

«Nunca un detective se enfrentó a casos tan terroríficos» —Book Reporter

**SHERLOCK  
HOLMES** entra en el mundo  
de pesadilla de **H.P. LOVECRAFT**

# SOMBRA SOBRE BAKER STREET

La Factoría de Ideas





# Sombras sobre Baker Street

Coordinado por Michael Reaves y  
John Pelan

**Traducción:**

Paz Fernández-Xesta Cabrera





## *Sinopsis*

¿Qué pasaría si Sherlock Holmes tratara de resolver los misterios sobrenaturales de Lovecraft? ¿Sería capaz de desenvolverse en un mundo de pesadillas aplicando sus habilidades deductivas?

Sombras sobre Baker Street es una osada propuesta que mezcla dos de los universos más famosos y dispares de la historia de la literatura de misterio. Los relatos de este libro sitúan frente a frente al maestro de la deducción racional y los seres de pesadilla que habitan en los mitos de Cthulhu. Todo un reto que han aceptado autores de la talla de Neil Gaiman y Poppy Z. Brite, entre otros grandes nombres del género.



Título original: *Shadows over Baker Street*

Primera edición

© John Pelan y Michael Reaves, 2003

This translation published by arrangement with Ballantine Books, an Imprint of Random House Publishing Group, a division of Random House, Inc.

Grateful acknowledgment to the Estate of Dame Jean Conan Doyle for the use of the Sherlock Holmes characters in these stories.

Ilustración de cubierta: John Jude Palencar

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2006, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey (Madrid). Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 9788498002744



Para Kathy, como siempre...

Y para Jennifer, gracias por hacer esto posible.

—J. P.

Para Art Cover y Lydia Marano.

—M. R.



«Cuando has eliminado lo imposible, lo que queda,  
por muy improbable que parezca, debe ser la verdad».

—Sir Arthur Conan Doyle, La señal de los Cuatro

«Creo que lo más misericordioso de este mundo es la incapacidad  
de la mente humana para relacionar todo lo que contiene».

—H. P. Lovecraft, La llamada de Cthulhu



## Índice por autores

Introducción

Estudio en esmeralda (1881), por Neil Gaiman

¡Un tigre! ¡Un tigre! (1882), por Elizabeth Bear

El caso de la ondulada daga negra (1884), por Steve Perry

Un caso de sangre real (1888), por Steven-Elliot Altman

Las máscaras sollozantes (1890), por James Lowder

Arte en la sangre (1898), por Brian Stableford

El curioso caso de la señorita Violet Stone (1894), por Poppy Z. Brite y David  
Ferguson

La aventura de la sobrina del anticuario (1894), por Barbara Hambly

El misterio del gusano (1894), por John Pelan

El misterio del enigma del ahorcado (1897), por Paul Finch

El terror de múltiples rostros (1898), por Tim Lebbon

La aventura del manuscrito árabe (1898), por Michael Reaves

El geólogo ahogado (1898), por Caitlin R. Kiernan

Un caso de insomnio (1899), por John P. Vourlis

La aventura del símbolo voor (1899), por Richard A. Lupoff

La aventura del priorato de Exham (1901), por F. Gwynplaine McIntyre





La Muerte no se convierte en él (1902), por David Niall Wilson y Patricia Lee Macomber

Pesadilla de cera (1915), por Simon Clark



## Introducción

La gorra de cazador, la pipa, la bolsita llena de tabaco sobre el mantel de la chimenea... La imagen que aparece, ya sea la de Basil Rathbone, la de Jeremy Brett o una creada por el propio lector, es inconfundible. La figura más reconocible de la ficción en lengua inglesa es, sin lugar a dudas, la de Sherlock Holmes. Durante más de cien años, las historias del gran detective que utiliza la afilada cuchilla de la racionalización en contra del mal han cautivado a gran cantidad de entusiastas lectores en todo el mundo.

A lo largo de las décadas se han escrito gran cantidad de estudios y obras relacionadas, desde biografías hasta enciclopedias, que citan escrupulosamente cada personaje secundario y cada localización. Ha habido películas, seriales radiofónicos, obras de teatro, tebeos, series de televisión e incluso un par de libros de cocina. La cifra de pastiches no autorizados puede llegar a alcanzar fácilmente varios centenares. Holmes es uno de los personajes más fascinantes de la literatura. La idea de un hombre que resuelve los enigmas más difíciles e intrigantes solo mediante la lógica y la capacidad de deducción sigue atrayendo a un buen número de escritores y lectores más de un siglo después de su primera aparición en *The Strand Magazine*. Siempre podemos confiar en que las crónicas que Watson realiza sobre el primer detective consultor del mundo proporcionen el reconfortante conocimiento de que todo tiene una explicación; no hay oscuridad lo suficientemente profunda que la luz del intelecto y la razón no pueda iluminar.

Pero, ¿qué pasaría si...?

¿Qué pasaría si Holmes y Watson se vieran enfrentados a cosas ajenas al reino de la experiencia humana? ¿Qué pasaría si lo inconcebible resultara ser cierto? ¿Qué pasaría si hubiera lugares, entidades, conceptos en el cosmos que el hombre no solo no



entiende, sino que no puede llegar a entender?

El ciclo del Mito de Cthulhu de H. P. Lovecraft es solo una sombra que se esconde detrás del canon de Holmes, creado a través de las numerosas adaptaciones y obras en las que ha influido. Desde que Lovecraft habló de la existencia de Arkham, el Necronomicón y los Primigenios en las páginas de *Weird Tales*, una gran cantidad de autores se ha inspirado en ellos para crear su propia visión de esta mitología outré. El mito sugiere que la realidad que conocemos es pequeña y estrecha; que, más allá de los límites de la cordura, se arrastran seres de un inmenso poder y malicia que gobernaron este mundo antes de la llegada de la humanidad, y que pretenden volver a hacerlo. ¿Qué extraños sucesos causaron estas poderosas y extrañas criaturas en los últimos días del siglo XIX? ¿Cómo podrá alzarse el gran detective como defensor de la humanidad ante unos seres de conocimiento y poder incalculables?

Hemos hecho estas preguntas a dieciocho de los mejores escritores de misterio, fantasía y ciencia ficción de la actualidad. Las respuestas se encuentran en este libro, que es el primero en muchos años que los herederos de Doyle han autorizado. Podrás encontrar ligeras diferencias en la percepción que tiene de los personajes cada uno de los autores. Era de esperar; todos nosotros (tal y como el gran detective puede atestiguar) observamos las cosas de forma diferente. Confiamos en que los aficionados más apasionados de Holmes no encuentren ninguna discrepancia en la cronología que aquí presentamos. ¿Deben considerarse estas historias parte del canon oficial o, más bien, simples tributos cariñosos realizados por escribanos modernos? Eres tú, lector, quien debe decidirlo.

Desde el Lejano Oriente a la ciudad de Nueva York, pasando por el Londres de Holmes, comienza un nuevo y terrorífico juego. Sherlock Holmes y sus aliados poseen una enorme experiencia a la hora de enfrentarse a lo misterioso e inusual; ahora deben enfrentarse a lo incognoscible e inenarrable...

Aquí, por tanto, se encuentra el mundo que profetizó el árabe loco Abdul al-Hazred, visto a través de los ojos del doctor John H. Watson, de Irene Adler, del profesor James Moriarty y de otros. Desde las primeras aventuras de Watson en



Afganistán hasta recuerdos escritos durante la Gran Guerra, después de que los dos hombres se hubieran jubilado, estas historias son retazos de un mundo en el que lo imposible resulta real y aterrador.

Unas sombras extrañas se ciernen sobre Baker Street; en R'lyeh, el cadáver de Cthulhu empieza a desperezarse...

John Pelan y Michael Reaves

Seattle y Los Ángeles, 2002



## Estudio en esmeralda

### Neil Gaiman

#### 1. El nuevo amigo

Recién llegados de su reciente gira europea, durante la cual han actuado ante varias de las CABEZAS CORONADAS DE EUROPA, obteniendo aplausos y alabanzas gracias a sus magníficas interpretaciones dramáticas, en las que se combinan la COMEDIA y la TRAGEDIA, los Strand Players desean poner en su conocimiento que van a estar en el Royal Court Theatre, en Drury Lane, para una ACTUACIÓN POR TIEMPO LIMITADO durante el mes de abril, en la que se representarán ¡Mi hermano gemelo Tom!, La más pequeña violetera y Llegan los Primigenios (esta última, una histórica épica de pompa y esplendor); ¡todas ellas obras de un solo acto! Ya pueden adquirirse las entradas en la taquilla.

Es la inmensidad, creo yo. La vastedad de las cosas que se encuentran abajo. La oscuridad de los sueños.

Pero estoy divagando. Perdónenme. No soy un literato.

Necesitaba alojamiento. Así fue como lo conocí. Quería encontrar a alguien con quien compartir el alquiler. Nos presentaron, por mutuo acuerdo, en los laboratorios de química de St. Bart.

—Ha estado en Afganistán, por lo que veo. —Eso fue lo primero que me dijo, y



me quedé con la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—Asombroso —dije yo.

—En realidad no lo es —replicó el extraño de la bata blanca de laboratorio que iba a convertirse en mi amigo—. Por cómo se agarra usted el brazo, me doy cuenta de que ha resultado herido, y de una forma especial. Posee un profundo bronceado. También lleva un atuendo militar, y hay muy pocos lugares dentro del Imperio en los que un militar se broncee y donde además, dada la naturaleza de la herida de su hombro y las tradiciones de los afganos de las cuevas, sea torturado.

Dicho así, la verdad, resultaba absurdamente sencillo. Pero en realidad siempre lo fue. Yo tenía un bronceado marrón avellana. Y, de hecho, tal y como él había dicho, me habían torturado.

Los dioses y los hombres de Afganistán eran salvajes, poco dispuestos a que los gobernasen desde Whitehall, o desde Berlín, o incluso desde Moscú, y no estaban preparados para ser razonables. Me habían enviado a aquellas montañas destinado al regimiento. Mientras la lucha se mantuvo en esas colinas y montañas, estuvimos igualados. Cuando las escaramuzas descendieron a las cuevas y a la oscuridad, nos encontramos, de hecho, en una situación realmente comprometida.

Nunca olvidaré la superficie espejada del lago subterráneo, ni la cosa que surgió del agua que abría y cerraba los ojos, ni los cantarines murmullos que la acompañaban al emerger, rodeándola con un zumbido de moscas tan grandes como un planeta.

Fue un milagro que sobreviviera, pero lo hice; y regresé a Inglaterra con los nervios destrozados. La zona en la que me tocó esa boca parecida a la de una sanguijuela mantendría siempre su marca, de un blanco lechoso, grabada en la piel del hombro ahora lisiado. Una vez fui un tirador de primera. Ya no tenía nada, excepto un miedo parecido al pánico por ese mundo bajo el mundo, lo que significaba que pagaría gustoso seis peniques de mi pensión del Ejército por un agradable coche de alquiler antes que viajar en el subterráneo por un solo penique.

Y aun así, la niebla y la oscuridad de Londres me confortaban, me acogían. Tuve



que dejar mis primeros alojamientos porque gritaba en sueños. Había estado en Afganistán; ya no estaba allí.

—Grito en sueños —le confesé.

—A mí me han dicho que ronco —me contestó—. Además, mantengo un horario irregular y a menudo utilizo el aparador para practicar la puntería. Necesitaré el salón para recibir a mis clientes. Soy egoísta, introvertido y me aburro con facilidad. ¿Será eso un problema?

Sonreí, negué con la cabeza y alargué la mano. Nos las estrechamos.

Las habitaciones que nos había encontrado, en Baker Street, eran más que adecuadas para dos solteros. Tenía en mente todo lo que había dicho mi amigo acerca de su deseo de intimidad y me prohibí preguntarle cómo se ganaba la vida. No obstante, había demasiadas cosas que picaban mi curiosidad. Los visitantes podían llegar a cualquier hora, y cuando lo hacían yo abandonaba el salón y me dirigía hacia mi dormitorio, preguntándome qué tendrían en común con mi amigo: la pálida mujer con un ojo blanco marfileño, el hombrecillo que tenía aspecto de viajante, el llamativo dandi con su chaqueta de terciopelo y todos los demás. Algunos de ellos eran visitantes habituales; otros muchos acudían solo una vez, hablaban con él y se marchaban, con aspecto preocupado o satisfecho.

Él era todo un misterio para mí.

Una mañana, estábamos compartiendo uno de los magníficos desayunos de nuestra casera cuando mi amigo tocó la campanilla para llamar a esa buena señora.

—En unos cuatro minutos se unirá a nosotros un caballero —anunció—. Vamos a necesitar otro servicio en la mesa.

—Muy bien —contestó ella—. Pondré más salchichas en la parrilla.

Mi amigo reanudó su lectura del periódico de la mañana. Esperé, cada vez con más impaciencia, a que me diera una explicación. Finalmente, no pude soportarlo más.

—No lo entiendo. ¿Cómo puede saber que dentro de cuatro minutos vamos a recibir una visita? No ha llegado ningún telegrama, ningún tipo de mensaje.



Sonrió ligeramente.

—¿No ha oído el traqueteo de una calesa hace unos minutos? Redujo la velocidad cuando pasó ante nosotros, obviamente mientras el conductor identificaba nuestra puerta, y luego aceleró y se alejó, rumbo a Marylebone Road. Allí hay una parada de carruajes y coches de alquiler que dejan a sus pasajeros en la estación y la cerería, y es a esa parada a donde iría cualquiera que deseara venir aquí sin que lo observasen. El paseo desde allí hasta aquí lleva unos cuatro minutos...

Le echó un vistazo a su reloj de bolsillo y, justo cuando lo hacía, oí unos pasos en las escaleras de fuera.

—Pase, Lestrade —invitó—. La puerta está abierta, y sus salchichas a punto de llegar de la parrilla.

Un hombre que yo supuse que sería Lestrade abrió la puerta, y luego la cerró con cuidado a sus espaldas.

—No debería —confesó—. Pero la verdad es que esta mañana no he tenido posibilidad alguna de desayunar. Y realmente podría hacerles los honores a unas cuantas de esas salchichas. —Era el hombrecillo en el que me había fijado anteriormente en varias ocasiones, y cuyo comportamiento era propio de un viajante de novedades de limpieza o de patentes.

Mi amigo esperó a que nuestra casera abandonase la habitación antes de decir:

—Obviamente, asumo que se trata de un asunto de importancia nacional.

—¡Cielo santo! —exclamó Lestrade, y palideció—. Seguro que aún no ha podido correrse la voz. Dígame que no es así. —Empezó a llenar su plato con salchichas, arenques ahumados, kedgeree<sup>1</sup> y tostadas, pero las manos le temblaban un poco.

—Por supuesto que no —lo tranquilizó mi amigo—. Pero, después de todo este tiempo, reconozco el crujido de las ruedas de su calesa: un oscilante y agudo «yii» por encima de un agudo «sii». Y si el inspector Lestrade de Scotland Yard no puede ser visto

---

<sup>1</sup> Plato británico hecho a base de pescado desmenuzado, huevos y arroz. N. de la T.





yendo al despacho del único detective de consulta de Londres, y aun así va allí, y además sin haber desayunado, entonces sé que no se trata de un caso corriente. Ergo, involucra a aquellos que están por encima de nosotros y es un asunto de importancia nacional.

Lestrade se limpió la barbilla de yema de huevo con la servilleta. Lo miré. No encajaba con la idea que yo tenía de lo que era un inspector de policía, pero mi amigo tampoco encajaba con mi idea de un detective de consulta..., fuera lo que fuera eso.

—Puede que debiéramos discutir el asunto en privado —sugirió Lestrade, echándome un vistazo.

Mi amigo empezó a sonreír maliciosamente y su cabeza empezó a moverse sobre los hombros de la forma en la que lo hacía cuando disfrutaba de alguna broma privada.

—Tonterías —afirmó—. Dos cabezas son mejor que una. Y lo que se le cuenta a uno de nosotros se nos cuenta a los dos.

—Si me estoy entrometiendo... —dije a regañadientes, pero él me indicó con un gesto que guardara silencio.

Lestrade se encogió de hombros.

—A mí me da igual —dijo al cabo de un instante—. Si soluciona el caso, mantendré mi empleo. Si no es así, lo perderé. Utilice sus métodos, es todo lo que tengo que decir. Las cosas no pueden empeorar más.

—Si hay algo que nos ha enseñado el estudio de la historia, es que las cosas siempre pueden empeorar —comentó mi amigo—. ¿Cuándo partimos hacia Shoreditch?

Lestrade dejó caer su tenedor.

—¡Esto no está bien! —exclamó—. ¡Aquí está usted, jugando conmigo, cuando ya conoce todo el asunto! Debería estar avergonzado...

—Nadie me ha contado nada sobre este asunto. Cuando un inspector de policía



entra en mi casa con barro fresco de esa especial tonalidad amarillenta en sus botas y en las perneras de sus pantalones, supongo que no se me culpará por entender que ha pasado hace poco por las excavaciones de Hobbs Lane, en Shoreditch, el único lugar de Londres en el que parece existir ese barro del color de la mostaza.

El inspector Lestrade parecía avergonzado.

—Ahora que lo dice de esa forma —dijo—, parece demasiado obvio.

Mi amigo empujó el plato para alejarlo.

—Claro que lo es —repuso, algo molesto.

Fuimos hasta el East End en un coche de alquiler. El inspector Lestrade había ido andando hasta Marylebone Road para recoger su calesa, y nos dejó solos.

—¿Así que es usted en realidad un detective de consulta? —le pregunté.

—El único de Londres, o puede que del mundo —contestó mi amigo—. No acepto casos. Se me consulta. Otras personas acuden a mí con sus problemas sin solución, me los describen y, en ocasiones, se los resuelvo.

—Entonces, esa gente que va a verlo...

—Son agentes de policía, o ellos mismos son detectives, sí.

Era una bonita mañana, pero en ese momento nos encontrábamos en los aledaños del Rookery de St. Giles, ese nido de ladrones y degolladores que se asienta en Londres como un cáncer en el rostro de una bella florista, y la única luz que penetraba en el coche era tenue y débil.

—¿Está seguro de que quiere que yo vaya con usted?

Como respuesta, mi amigo me miró sin parpadear.

—Tengo una corazonada —me confesó—. Tengo la corazonada de que se supone que debemos estar juntos. De que hemos luchado por el bien, codo con codo, en el pasado o en el futuro, no lo sé. Soy un hombre de razón, pero he aprendido la importancia que tiene un buen compañero, y desde el momento en que le puse la vista encima supe que confiaba en usted tanto como en mí mismo. Sí. Quiero que venga



conmigo.

Yo me ruboricé, o dije algo sin sentido. Por primera vez desde Afganistán, me sentí importante.

## 2. La habitación

¡La «Vitae» de Victor! ¡Un fluido eléctrico! ¿Carecen de vida sus extremidades y otras partes de su cuerpo? ¿Recuerda con envidia los días de su juventud? ¿Ha enterrado y olvidado los placeres de la carne? La «Vitae» de Victor llevará la vida allí donde hace tiempo se perdió: ¡incluso el más viejo caballo de batalla puede volver a ser un orgulloso semental! Devuélvales la vida a los muertos: procede de una antigua receta familiar y de lo mejor de la ciencia moderna. Para recibir testimonios firmados de la eficacia de la «Vitae» de Victor, escriba a la Compañía V. von F., Cheap Street 1b, Londres.

Se trataba de una casa barata de alquiler en Shoreditch. Había un policía ante la puerta principal. Lestrade lo saludó por su nombre y nos hizo pasar, pero mi amigo se detuvo en la entrada y sacó una lupa del bolsillo de su gabán. Examinó el barro que había en el limpiapapatos de hierro colado, golpeándolo con el índice. Solo cuando se quedó satisfecho dejó que entráramos.

Subimos al piso de arriba. Quedaba claro cuál era la habitación en la que se había cometido el crimen: estaba flanqueada por dos corpulentos agentes.

Lestrade les hizo una seña con la cabeza y ellos se apartaron a un lado. Entramos.

Como ya he dicho antes, no soy escritor profesional y temo describir el lugar, pues sé que mis palabras no pueden hacerle justicia. Y aun así he comenzado esta



narración, por lo que me temo que debo continuarla. Se había cometido un asesinato en aquel pequeño dormitorio. El cuerpo, lo que quedaba de él, seguía allí, en el suelo. Lo vi, pero al principio, de alguna forma, no lo vi. Lo que vi en su lugar fue lo que había salido de la garganta y el pecho de la víctima: su color iba de un verde bilioso a un verde hierba. Había empapado la raída alfombra y salpicado el papel pintado de la pared. Por un momento me pareció la obra de algún artista infernal que hubiera decidido crear un estudio en esmeralda.

Tras lo que me pareció un siglo, bajé la vista hacia el cadáver, abierto como un conejo en una carnicería, y traté de encontrarle algún sentido a lo que veía. Me quité el sombrero, y mi amigo hizo lo mismo.

Él se arrodilló e inspeccionó el cuerpo, examinando los cortes y las incisiones. Luego sacó su lupa y se acercó a la pared para investigar las gotas de icor a medio coagular.

—Ya hemos hecho eso —le informó Lestrade.

—¿En serio? —replicó mi amigo—. Entonces, ¿qué han sacado de todo esto? Creo que se trata de una palabra.

Lestrade se acercó al lugar en el que se encontraba mi amigo y levantó la vista. Había una palabra, escrita en mayúsculas con sangre verde sobre el desvaído papel amarillo de la pared, un poco por encima de donde se encontraba la cabeza del agente.

—¿«Rache»...? —dijo, deletreándolo—. Obviamente, iba a escribir «Rachel», pero fue interrumpido. Así que... buscamos a una mujer.

Mi amigo no dijo nada. Se acercó de nuevo al cadáver y le cogió las manos, una después de otra. Las huellas se marcaban debido al icor.

—Creo que queda claro que no fue Su Alteza Real quien escribió esa palabra.

—¿Qué demonios le hace pensar...?

—Mi querido Lestrade. Por favor, concédame el hecho de que tengo un cerebro. Obviamente, el cadáver no es el de un simple hombre; el color de la sangre, el número de extremidades, los ojos, la posición del rostro... Todas estas cosas nos hablan de sangre



real. Aunque no puedo decir de qué linaje, sí puedo aventurar que se trata del heredero, no, del segundo en la línea de sucesión de uno de los principados alemanes.

—Es sorprendente. —Lestrade dudó, pero luego añadió—: Es el príncipe Franz Drago de Bohemia. Se encontraba aquí, en Albión, como invitado de Su Majestad Victoria. De vacaciones, y para cambiar un poco de aires...

—Es decir, para visitar los teatros, las prostitutas y las mesas de juego.

—Si usted lo dice... —Lestrade parecía abatido—. De todas formas, nos ha proporcionado usted una buena pista sobre esa tal Rachel. Aunque no tengo ninguna duda de que la hubiésemos encontrado nosotros solos.

—Lo dudo mucho —afirmó mi amigo.

Siguió inspeccionando la habitación, haciendo unos cuantos comentarios sarcásticos acerca de cómo habían tapado los policías las huellas de pisadas con sus botas y cómo habían movido objetos que hubieran podido utilizarse para reconstruir los sucesos de la noche anterior. De todas formas, parecía estar interesado en una pequeña mancha de barro que encontró detrás de la puerta.

Al lado de la chimenea había lo que parecían ser cenizas o tierra.

—¿Ha visto esto? —preguntó a Lestrade.

—La policía de Su Majestad —replicó Lestrade— no suele entusiasmarse ante las cenizas de una chimenea. Es allí donde suelen encontrarse. —Y se rió de su comentario.

Mi amigo cogió un pellizco de cenizas, las frotó con los dedos y olisqueó lo que quedó en ellos. Finalmente, recogió lo que quedaba del material y lo introdujo en un frasco de cristal que tapó y guardó en un bolsillo interior de su gabán.

Se levantó.

—¿Y el cadáver?

—El palacio enviará a su propia gente —respondió Lestrade.

Mi amigo me hizo una seña con la cabeza y juntos fuimos hacia la puerta. Suspiró.



—Inspector: su búsqueda de la señorita Rachel no dará fruto. Entre otras cosas, Rache es una palabra alemana. Significa «venganza». Compruebe su diccionario. Tiene otros significados.

Llegamos al final de la escalera y salimos a la calle.

—Usted no había visto a alguien de la realeza antes de esta mañana, ¿verdad? —me preguntó. Yo negué con la cabeza—. Bueno, su visión puede alterar los nervios, si uno no está acostumbrado. ¡Pero mi buen amigo, si está usted temblando!

—Discúlpeme. Enseguida estaré bien.

—¿Le vendría bien que diéramos un paseo? —me preguntó y yo asentí, completamente seguro de que, si no caminaba, iba a empezar a gritar.

—Entonces hacia el oeste —dijo mi amigo, señalando la oscura torre del palacio. Y empezamos a andar—. Así que —dijo él al cabo de un tiempo— no ha tenido usted ningún encuentro personal con ninguna de las cabezas coronadas de Europa.

—No —le contesté.

—Creo que puedo asegurarle sin lugar a dudas que va a hacerlo —me dijo—. Y esta vez no será con un cadáver. Muy pronto.

—Mi querido amigo, ¿qué le hace creer...?

Como respuesta me señaló un carruaje, pintado de negro, que se había parado a unos cincuenta metros de donde nos encontrábamos. Un hombre vestido con chistera negra y casaca se hallaba a un lado de la puerta, manteniéndola abierta y esperando en silencio. Sobre la puerta del carruaje había un escudo de armas, conocido por todos los niños de Albión, pintado en dorado.

—Existen invitaciones que no se pueden rechazar —comentó mi amigo. Saludó al lacayo con el sombrero, y creo que estaba sonriendo cuando entró en aquel espacio parecido a una caja y se acomodó en los suaves asientos de cuero.

Cuando traté de hablar con él durante el viaje a palacio, se puso un dedo sobre los labios. Luego cerró los ojos y pareció hundirse en sus pensamientos. Yo, por mi



parte, traté de recordar todo lo que sabía acerca de las casas reales alemanas, pero, excepto el hecho de que el consorte de la reina, el príncipe Alberto, era alemán, sabía muy poco.

Metí la mano en el bolsillo y saqué un puñado de monedas: marrones y plateadas, negras y de un verde cobrizo. Contemplé el retrato de nuestra reina estampado en cada una de ellas, y sentí a la vez orgullo patriótico y pánico. Me dije que hubo un tiempo en el que fui militar y el miedo me era ajeno, y pude recordar una etapa en la que todo eso era verdad. Por un instante recordé una época en la que había sido un buen tirador (incluso, me gustaba pensar, un tirador de primera), pero ahora mi mano derecha temblaba como si tuviera fiebre, y las monedas chocaban y repiqueteaban; lo único que podía sentir era lástima.

### 3. El palacio

Después de una larga espera, el doctor Henry Jekyll se complace en anunciar el lanzamiento general de sus mundialmente conocidos «Polvos de Jekyll» para el consumo popular. Ya no son dominio de unos pocos privilegiados. ¡Libere su yo interior! ¡Para la limpieza interna y externa! DEMASIADA GENTE, tanto hombres como mujeres, sufre un RESFRIADO DEL ALMA. El alivio es inmediato y barato, ¡con los Polvos de Jekyll! (Disponibles con sabor a vainilla y la fórmula mentolada original).

El consorte de la reina, el príncipe Alberto, era un hombre corpulento, con un impresionante mostacho y una calva incipiente, y era innegable y completamente humano. Nos recibió en el pasillo, nos saludó a mi amigo y a mí con un gesto de la cabeza y no preguntó nuestros nombres ni alargó la mano para que se la estrecháramos.



—La reina está muy apenada —nos dijo. Tenía acento. Pronunciaba las eses como zetas: «eztá»—. Franz era uno de sus favoritos. Tiene muchos sobrinos, pero él le hacía reír. Deben encontrar a los que le hicieron eso.

—Haré todo lo que esté en mi mano —contestó mi amigo.

—He leído sus monografías —dijo el príncipe Alberto—. Fui yo quien les sugirió que deberían consultarle a usted. Espero haber hecho lo correcto.

—Yo también —respondió mi amigo.

Y entonces se abrió el portalón y se nos condujo ante la presencia de la reina.

La llamaban Victoria porque nos había derrotado en combate hacía unos setecientos años, y se la llamaba Gloriana porque era gloriosa, y se la llamaba la reina porque la boca humana no estaba conformada para pronunciar su auténtico nombre. Era enorme, mucho mayor de lo que yo habría creído posible, y se ocultaba entre las sombras, mirándonos desde arriba sin moverse.

—Eszto debe zsolucionarzzse. —Las palabras surgieron de entre las sombras.

—Por supuesto, señora —contestó mi amigo.

Un miembro culebreó y me señaló.

—Un ppazso al frente.

Quise andar. Mis piernas no se movieron.

Y entonces mi amigo acudió en mi ayuda. Me cogió del hombro y caminó conmigo hasta donde estaba la reina.

—No hay de qué tener miedo. Va a merecer la ppena. Vasz a tener compañía.

Eso fue lo que me dijo. Su voz era un contralto muy dulce, con un lejano zumbido. Y entonces su extremidad se desenrolló y se estiró, y ella me tocó el hombro. Hubo un instante, solo un instante, de un dolor más profundo e intenso de lo que jamás había experimentado, mas luego lo reemplazó un penetrante sentimiento de bienestar. Pude sentir cómo se relajaban los músculos de mi hombro y, por primera vez desde Afganistán, me vi libre de dolor.





Y entonces mi amigo se adelantó. Victoria habló con él, pero no pude oír lo que le dijo; me pregunté si, de alguna forma, le hablaría directamente con la mente, si este sería el consejo de la reina acerca del cual había leído. Él respondió en voz alta.

—Por supuesto, señora. Puedo decirles que, esa noche, acompañaban a vuestro sobrino dos hombres; las huellas, aunque borrosas, eran inconfundibles. —Y luego—: Sí. Lo entiendo... Eso creo... Sí.

Guardó silencio cuando nos fuimos y no me dijo nada mientras volvíamos a Baker Street.

Ya había oscurecido. Me pregunté cuánto tiempo habríamos estado en palacio.

Cuando regresamos a Baker Street pude observar, gracias al espejo de mi habitación, que la marca de color blanco lechoso de mi hombro había adquirido una tonalidad rosada. Confié en que no lo estuviera imaginando, que no fuera un mero efecto de la luz de la luna a través de la ventana.

#### 4. La representación

¿PROBLEMAS DE HÍGADO?! ¿ATAQUES BILIARES?! ¿NEURASTENIA?!  
¿ABSCESOS EN LA GARGANTA?! ¿ARTRITIS?! Estos son solo unos pocos de los problemas para los que una SANGRÍA profesional puede ser la solución. En nuestras oficinas se encuentran octavillas con TESTIMONIOS que el público puede examinar en cualquier momento. ¡¡¡No ponga su salud en manos de aficionados!!! Llevamos haciendo esto desde hace mucho: V. TEPES DESANGRADOR PROFESIONAL (¡Recuerde! ¡Se pronuncia Tzsep-pesh!) Rumanía, París, Londres, Whitby. Ya ha probado con todos los demás, ¡¡AHORA PRUEBE CON LOS MEJORES!!



No debería haberme sorprendido el que mi amigo fuera un maestro del disfraz, pero lo hizo. Durante los diez días siguientes, un estrafalario grupo de personajes entró por nuestra puerta en Baker Street: un anciano chino, un joven roué, una mujer gorda y pelirroja de cuya antigua profesión no cabía ninguna duda y un anciano y venerable cochero, con los pies destrozados y vendados debido a la gota. Todos y cada uno de ellos entraban en la habitación de mi amigo y, a una velocidad que habría hecho justicia a un artista del cambio de un espectáculo de variedades, salía mi amigo.

No hablaba de lo que había estado haciendo en esas ocasiones, sino que prefería relajarse y mirar al vacío, redactando de cuando en cuando alguna nota en cualquier trozo de papel que tuviera a mano; notas que yo, francamente, encontraba incomprensibles. Parecía realmente preocupado, tanto que empecé a temer por su salud. Y entonces, una tarde ya muy avanzada, llegó a casa con sus propias ropas y una sonrisa tonta, y me preguntó si me gustaba el teatro.

—Tanto como a cualquiera —le respondí.

—Entonces coja sus prismáticos de ópera —me dijo—. Vamos a ir a Drury Lane.

Había esperado que se tratase de una opereta o de algo por el estilo, pero con lo que me encontré fue con el peor teatro de Drury Lane, a pesar de que afirmaba haber actuado ante la corte real; y, para ser honestos, ni siquiera se encontraba en Drury Lane, pues se ubicaba allí donde la calle se unía a la avenida Shaftesbury, justo donde la avenida se acerca al Rookery de St. Giles. Siguiendo el consejo de mi amigo escondí bien mi cartera, y siguiendo su ejemplo llevé un recio bastón.

Una vez nos sentamos en las gradas (le había comprado por tres peniques una naranja a una de las encantadoras jovencitas que las vendían al público, y la chupaba mientras esperábamos), me dijo en voz baja:

—Debería considerarse afortunado por no tener que acompañarme a las casas de juego o a los burdeles. O a los manicomios, otro de los lugares que al príncipe Franz le gustaba visitar, por lo que he podido averiguar. Pero no iba a ningún sitio más que una



única vez. A ningún sitio excepto...

La orquesta empezó a tocar y se levantó el telón. Mi amigo guardó silencio.

A su manera, era un espectáculo bastante bueno: se representaron tres obras de un solo acto. Se cantaban canciones cómicas entre los actos. El actor principal era alto y lánguido, y tenía una bonita voz; la actriz principal era elegante, y su voz llegaba a todos los rincones del teatro; al comediante se le daban bien las canciones animadas.

La primera de las obras era una sencilla comedia de confusión de identidades: el actor principal representaba a una pareja de gemelos idénticos que nunca habían llegado a conocerse, pero que, debido a una serie de cómicas desventuras, se encontraban prometidos a la misma mujer, quien, para nuestro regocijo, creía estar prometida con un único hombre. Las puertas se abrían y se cerraban cuando el actor cambiaba de identidad.

La segunda obra era la sobrecogedora historia de una huerfanita que se muere de hambre mientras vende macetas de violetas en la nieve; al final, su abuela la reconoce y jura que ella es el bebé que unos bandidos se llevaron diez años atrás, pero era demasiado tarde y el congelado angelito exhala su último aliento. Debo confesar que más de una vez tuve que secarme los ojos con mi pañuelo de lino.

La representación acabó con una emocionante narración histórica: la compañía al completo interpretaba a los hombres y mujeres de una aldea costera, setecientos años antes de nuestros tiempos modernos. Veían cómo surgían del mar, a lo lejos, unas formas. El héroe anunciaba alegremente a los aldeanos que eran los Primigenios, cuya llegada había sido anunciada y que regresaban a nosotros desde R'lyeh y desde la sombría Carcosa y desde las llanuras de Leng, donde habían estado durmiendo o esperando o aguardando el momento de su muerte. El cómico opinaba que los otros aldeanos habían comido demasiados pasteles y bebido demasiada cerveza, y se imaginaban las formas. Un caballero regordete que representaba a un sacerdote del dios romano avisaba a los aldeanos de que las formas del mar eran monstruos y demonios, y les decía que debían destruirlos.

En el punto culminante, el héroe mataba a golpes al sacerdote con su propio



crucifijo y se preparaba para recibir a los seres. La heroína cantaba un aria de caza mientras, debido a un sorprendente despliegue de trucos de linterna mágica, daba la impresión de que las sombras se acercaban a nosotros desde la parte de atrás del escenario: la reina de Albión en persona y el Oscuro de Egipto (con una forma casi idéntica a la de un hombre), seguidos por la Antigua Cabra, Progenitora del Millar y Emperatriz de toda la China, el Zar Incontestable, Aquel que Preside sobre el Nuevo Mundo, la Dama Blanca de la Inmensidad Antártica y todos los demás. Y a medida que cada una de las sombras cruzaba el escenario, o daba la impresión de hacerlo, de todas y cada una de las gargantas de la galería surgía, espontáneamente, un poderoso «¡hurra!», hasta que el mismo aire dio la impresión de vibrar. La luna se elevó sobre el cielo pintado y entonces, cuando estaba en lo más alto, y gracias a un último momento de magia teatral, esa pálida tonalidad amarilla de la que hablan las antiguas historias se cambiaba por el reconfortante carmesí de la luna que hoy nos ilumina.

Los miembros del reparto saludaron entre vítores y risas, hasta que el telón bajó por última vez y el espectáculo acabó.

—Bueno —dijo mi amigo—. ¿Qué le ha parecido?

—Excelente, excelente —le respondí, con las manos doloridas de tanto aplaudir.

—Qué atrevido —me dijo con una sonrisa—. Vayamos a los camerinos.

Salimos al exterior y fuimos a un callejón por detrás del teatro, hasta la puerta de actores, en donde una mujer delgada tricotaba sin descanso. Mi amigo le enseñó una tarjeta de visita y ella nos condujo al interior del edificio; subimos unas escaleras hasta llegar a un pequeño vestuario común.

Unas lámparas de aceite y unas velas ardían frente a unos espejos sucios, y hombres y mujeres se quitaban maquillaje y disfraces sin importar su sexo. Aparté la vista. Mi amigo no pareció perturbarse por todo ello.

—¿Podría hablar con el señor Vernet? —preguntó a gritos.

Una joven, que había interpretado a la mejor amiga de la heroína en la primera de las obras y a la picaruela hija del posadero en la última, nos indicó el otro extremo de la



habitación.

—¡Sherry! ¡Sherry Vernet! —llamó.

El hombre que se levantó como respuesta era esbelto; menos apuesto, dentro de lo convencional, de lo que parecía desde el otro lado de los focos. Nos miró intrigado.

—No puedo creerme que tenga el placer...

—Me llamo Henry Camberley —dijo mi amigo, alterando de alguna forma su dicción—. Es posible que haya oído hablar de mí.

—Debo confesar que no he tenido ese privilegio —contestó Vernet.

Mi amigo le entregó al actor una tarjeta de visita. El hombre la contempló con un interés en absoluto fingido.

—¿Productor teatral? ¿Del Nuevo Mundo? Vaya, vaya. ¿Y él es...? —Me echó un vistazo.

—Se trata de un amigo mío, el señor Sebastian. No es de la profesión.

Yo musité algo acerca de lo mucho que había disfrutado con la representación y le estreché la mano al actor.

Mi amigo le preguntó:

—¿Ha visitado usted alguna vez el Nuevo Mundo?

—Aún no he tenido el honor —admitió Vernet—, aunque siempre ha sido mi mayor deseo.

—Pues bien, buen hombre —dijo mi amigo con esa fácil informalidad característica de un habitante del Nuevo Mundo—, es posible que logre cumplir su deseo. Esa última obra... Nunca había visto algo semejante. ¿La escribió usted?

—Oh, no. La escribió un buen amigo mío. Aunque fui yo quien creó el mecanismo para el espectáculo de sombras de la linterna mágica. No verá ninguno mejor sobre los escenarios de hoy en día.

—¿Podría decirme el nombre del dramaturgo? Tal vez debiera hablar



personalmente con ese amigo suyo.

Vernet sacudió la cabeza.

—Me temo que eso no va a ser posible. Tiene otra profesión, y no desea que se haga pública su relación con los escenarios.

—Ya veo. —Mi amigo sacó una pipa del bolsillo y se la puso en la boca, y entonces rebuscó en todos sus bolsillos—. Lo siento —empezó a decir—. Me he olvidado de traer mi tabaquera.

—Yo fumo una variedad de picadura negra muy fuerte —dijo el actor—, pero si no tiene usted ningún problema...

—¡Ninguno! —contestó mi amigo entusiasmado—. Vaya, pero si yo también fumo una variedad fuerte de picadura.

Llenó su pipa con el tabaco del actor y los dos hombres se alejaron fumando mientras mi amigo describía la visión que había tenido de una obra que pudiese representarse en una gira por todas las ciudades del Nuevo Mundo, desde la isla de Manhattan hasta el otro extremo del continente, en el lejano sur. El primer acto sería la última obra que habíamos visto. El resto podría relatar el dominio de los Primigenios sobre la humanidad y sus dioses, posiblemente imaginando lo que podría haber pasado si la gente no hubiera tenido casas reales que les sirvieran de referencia: un mundo de barbarie y oscuridad.

—Pero su misterioso amigo profesional debería ser el autor de la obra, y él será el único que decida lo que ocurrirá. Nuestra tragedia será suya. Pero puedo garantizarle que tendrá un gran éxito de audiencia, mayor de lo que usted pueda llegar a imaginar, y que recibirá un importante porcentaje de la recaudación. Digamos que un cincuenta por ciento...

—Esto es muy emocionante —dijo Vernet—. ¡Espero que no resulte ser un sueño que me haya producido la pipa!

—¡No, señor, no lo es! —replicó mi amigo fumando en su pipa, carcajeándose de la broma del otro hombre—. Venga a mi alojamiento en Baker Street mañana por la



mañana, después del desayuno, digamos que a las diez, junto con su amigo dramaturgo, y le tendré preparados los contratos.

Al oír eso, el actor se subió a su silla y dio unas palmas pidiendo silencio.

—Damas y caballeros de la compañía —dijo con una voz resonante que llegaba a todos los rincones de la habitación—. Este caballero es Henry Camberley, productor teatral, y nos propone cruzar el Atlántico en busca de fama y fortuna.

Se oyeron varios vítores, y el cómico dijo:

—Bueno, será todo un cambio respecto a los arenques y la cebolla picada —y la compañía se echó a reír.

Salimos, rodeados por las sonrisas de todos ellos, a las neblinosas calles.

—Querido amigo —comenté—. Sea lo que sea...

—Ni una palabra más —me interrumpió—. La ciudad tiene gran cantidad de oídos.

Y no dijimos nada más hasta que tomamos un coche de alquiler, subimos a su interior y empezamos a recorrer Charing Cross Road.

E incluso entonces, antes de pronunciar una sola palabra, mi amigo se sacó la pipa de la boca y echó los restos a medio fumar de la cazoleta en una cajita de metal. Cerró la cajita y se la guardó en el bolsillo.

—Ya está —dijo—. Si este no es el Hombre Alto, yo soy holandés. Lo único que falta ahora es que el Doctor Cojo sea lo suficientemente avaricioso y curioso como para reunirse con nosotros mañana por la mañana.

—¿El Doctor Cojo?

Mi amigo soltó un bufido.

—Así es como he dado en llamarlo. Por las huellas y otras evidencias cercanas al cadáver del príncipe, queda claro que esa noche habían estado dos hombres en esa habitación: un hombre alto con quien, a menos que me equivoque, nos acabamos de encontrar, y otro más bajo que cojea, y que fue quien destripó al príncipe con una



maestría que lo delata como profesional de la medicina.

—¿Un médico?

—Claro está. Odio decirlo, pero mi experiencia me ha enseñado que, cuando un médico sigue el mal camino, resulta ser una criatura más malvada y retorcida que el peor degollador. Así nos encontramos con Huston, el hombre del baño de ácido, y con Campbell, que llevó a Ealing la cama de Procusto<sup>2</sup>...

Y continuó hablando de cosas similares durante el resto del viaje.

El coche se paró cerca del bordillo.

—Una libra y diez peniques —dijo el cochero. Mi amigo le lanzó un florín y él lo cogió y lo puso en su raída chistera—. Muchas gracias a los dos —dijo mientras el caballo se perdía en la niebla.

Nos acercamos a nuestra puerta. Mientras yo recorría el cerrojo, él me dijo:

—Qué extraño. Nuestro cochero no le ha hecho caso a ese tipo que está en la esquina.

—Suelen hacer eso cuando acaba su turno —comenté yo.

—Sí, claro que sí —respondió.

Esa noche soñé con sombras, sombras enormes que tapaban el sol, y en mi desesperación las llamé, pero no me escucharon.

## 5. La piel y el hueso

---

<sup>2</sup> Cama de hierro inventada por un bandido del Ática llamado Damastes y conocido como Procusto o «El Estirador», en la que obligaba a dormir a todo viajero que caía en sus manos; si era demasiado bajito lo estiraba hasta que moría, y si era demasiado alto le cortaba brazos y piernas hasta que alcanzaba la altura adecuada. El héroe mitológico Teseo mató a Damastes y acabó con sus crueles prácticas. N. de la T.





Este año entre en la primavera... ¡con un brinco! JACK'S. Botas, zapatos y botines. ¡Cuide sus suelas! Los talones son nuestra especialidad. JACK'S. Y no se olvide de visitar nuestra tienda de ropa nueva y complementos en el East End; ropa de tarde de todo tipo, sombreros, novedades, bastones normales, bastones con espada, etcétera. JACK'S DE PICADILLY. ¡Todo para la primavera!

El inspector Lestrade fue el primero en llegar.

—¿Ha apostado sus hombres en la calle? —le preguntó mi amigo.

—Lo he hecho —contestó Lestrade—. Con órdenes estrictas de dejar pasar a cualquiera que quiera entrar y de arrestar a cualquiera que pretenda salir.

—¿Y ha traído esposas con usted?

Como respuesta, Lestrade se llevó la mano al bolsillo y sacó dos pares de esposas.

—Y ahora, señor —dijo—, mientras aguardamos, ¿por qué no me cuenta qué estamos esperando?

Mi amigo se sacó la pipa del bolsillo. No se la llevó a la boca, sino que la puso sobre la mesa, frente a él. Luego extrajo la cajita de la noche anterior y un frasco de cristal que reconocí como el que tenía en aquella habitación de Shoreditch.

—Aquí tenemos —explicó— el clavo para el ataúd del señor Vernet, tal y como confío poder demostrar. —Hizo una pausa; luego, sacó su reloj de bolsillo y lo puso cuidadosamente sobre la mesa—. Aún nos quedan unos cuantos minutos antes de que lleguen. —Se volvió hacia mí—. ¿Qué sabe usted de los restauracionistas?

—Ni una palabra —le contesté.

Lestrade empezó a toser.

—Si está usted hablando de lo que creo que está hablando —dijo—, puede que debiéramos dejarlo aquí. Ya es suficiente.



—Ya es demasiado tarde para eso —contestó mi amigo—. Pues existen algunos que no creen que la llegada de los Primigenios supusiera el bien que todos sabemos que fue. Anarquistas hasta el último hombre, quieren volver a los métodos antiguos; que la humanidad controle su propio destino, si lo prefiere así.

—No toleraré esas palabras sediciosas —afirmó Lestrade—. Debo advertirle...

—Y yo debo advertirle que no sea tan cabeza hueca —replicó mi amigo—. Porque fueron los restauracionistas los que mataron al príncipe Franz Drago. Asesinan y matan en un vano esfuerzo por obligar a nuestros amos a que nos abandonen en la oscuridad. El príncipe fue asesinado por un rache; es un término antiguo para referirse a un perro de presa, inspector, como bien sabría si hubiese consultado un diccionario. También significa «venganza». Y el cazador dejó su firma en el papel pintado de la habitación en la que se cometió el asesinato, de la misma forma en la que un artista firmaría su lienzo. Pero no fue él quien mató al príncipe.

—¡El Doctor Cojo! —exclamé yo.

—Muy bien. Esa noche estuvo allí un hombre alto; sé su estatura porque la palabra estaba escrita al nivel de los ojos. Fumó en pipa; la ceniza y las hebras de tabaco permanecían sin quemar en la chimenea, y vació su pipa con facilidad sobre la repisa, algo que a un hombre más bajo no le habría sido posible hacer. El tabaco era de una variedad de picadura poco habitual. Sus hombres borraron casi por completo las huellas de pisadas que había en la habitación, pero aún quedaban algunas bastante claras detrás de la puerta y junto a la ventana. Alguien había estado allí esperando: un hombre más bajo, a tenor del tamaño de las pisadas, que apoyaba todo su peso sobre la pierna derecha. En el camino exterior pude apreciar varias huellas bastante claras, y los diferentes colores del barro del limpiapapatos me dieron aún más información: un hombre alto, que acompañó al príncipe hasta esa habitación y luego volvió a salir. Esperando a que llegaran se encontraba el hombre que troceó al príncipe de esa forma tan impresionante...

Lestrade hizo un sonido de desagrado que no llegó a convertirse en una palabra.

—Pasé muchos días reconstruyendo los movimientos de Su Alteza. Fui a casas de



juego, a burdeles, a garitos de mala muerte, a manicomios, en busca de nuestro fumador de pipa y su amigo. No logré hacer ningún progreso hasta que se me ocurrió comprobar los periódicos de Bohemia en busca de alguna pista acerca de las actividades más recientes que realizó allí el príncipe, y así averigüé que una compañía teatral inglesa había estado en Praga el mes pasado, y que había actuado frente al príncipe Franz Drago.

—Dios santo —dije yo—. Por tanto, ese tal Sherry Vernet...

—Es un restauracionista. Exacto.

Me encontraba yo sacudiendo la cabeza, maravillado por la inteligencia y las dotes de observación de mi amigo, cuando llamaron a la puerta.

—¡Debe de tratarse de nuestra presa! —dijo—. ¡Cuidado ahora!

Lestrade se metió la mano hasta el fondo del bolsillo, donde, sin lugar a dudas, llevaba una pistola. Tragó saliva, nervioso.

Mi amigo gritó:

—¡Pasen, por favor!

La puerta se abrió.

No se trataba de Vernet, ni de ningún doctor cojo. Era uno de esos jóvenes árabes de la calle que se ganan un mendrugo de pan haciendo recados «para monsieur Calle y monsieur Caminante», como solíamos decir cuando yo era joven.

—Por favor, señores —dijo—. ¿Se encuentra aquí un tal señor Henry Camberley? Un caballero me ha encargado que le entregue una nota.

—Soy yo —contestó mi amigo—. Y, a cambio de seis peniques, ¿qué me puedes decir del caballero que te dio la nota?

El jovenzuelo, cuyo nombre, según nos dijo, era Wiggins, mordió la moneda de seis peniques antes de hacerla desaparecer, y luego nos contó que el alegre caballero que le entregó la nota era alto, con pelo oscuro; además, añadió que fumaba en pipa.

Tengo aquí la nota, y voy a tomarme la libertad de transcribirla.



Querido señor:

No voy a dirigirme a usted como Henry Camberley, puesto que es un nombre al que no tiene ningún derecho. Quedé muy sorprendido por el hecho de que no se presentara bajo su auténtico nombre, pues es un buen nombre y le otorga cierta reputación. He leído algunos de sus escritos, siempre que me ha sido posible obtenerlos. De hecho, hace dos años me carteeé con usted, con bastante éxito, debido a ciertas anomalías teóricas en su escrito sobre la Dinámica de un asteroide.

Me divirtió encontrarme con usted ayer tarde. Unas cuantas puntualizaciones que podrían ahorrarle preocupaciones en los tiempos venideros, dentro de la profesión que ejerce en la actualidad. En primer lugar, es posible que un fumador de pipa lleve en el bolsillo una completamente nueva y sin estrenar, y que no tenga tabaco, pero es realmente poco probable; al menos, tan poco probable como que un productor teatral no posea el menor conocimiento acerca de los métodos habituales de recompensa durante una gira, y que se haga acompañar por un taciturno oficial del Ejército (de Afganistán, a menos que me equivoque). Además, aunque tiene usted razón respecto a que las calles de Londres tienen oídos, debo aconsejarle que, en el futuro, no tome el primer coche de alquiler que aparezca. Sus cocheros también tienen oídos, si deciden utilizarlos.

Realmente, tiene razón en una de sus suposiciones: por supuesto que fui yo quien atrajo a la criatura mestiza a la habitación de Shoreditch. Si le sirve de algún consuelo, ya que ha descubierto algo de cuáles eran sus entretenimientos favoritos, le dije que le había conseguido una chica, secuestrada de un convento en Cornualles en el que nunca vio a un hombre, y que bastarían un toque y la simple visión de su rostro para conducirla a la locura.

Si ella hubiese existido, él se habría alimentado de su locura mientras la poseía, como un hombre que sorbe la pulpa de un melocotón maduro y deja tan solo la piel y el hueso. Se lo he visto hacer. Los he visto hacer cosas aún peores. Es el precio que pagamos por la paz y la prosperidad.

Es un precio demasiado alto.

El buen doctor (que cree lo mismo que yo y es quien realmente escribió nuestra obrita, ya que tiene ciertas dotes que agradan a las masas) nos estaba esperando, con sus



cuchillos.

Le envió esta nota, que no un reto de «atrápeme si puede», ya que el buen doctor y yo nos hemos ido y usted no va a poder encontrarnos para decirle que me ha gustado sentir que, aunque solo fuera por un instante, tenía un adversario que merecía la pena. Uno mucho mejor que esas inhumanas criaturas procedentes del Abismo.

Me temo que los Strand Players van a tener que encontrar otro actor principal.

No firmaré como Vernet, y, hasta que acabe la cacería y se restaure el mundo, le ruego que, sencillamente, piense en mí como

Rache

El inspector Lestrade salió corriendo de la habitación llamando a sus hombres. Obligaron al joven Wiggins a que los llevara a donde aquel hombre le había entregado la nota, como si Vernet el actor fuera a estar esperándolos allí, fumando en su pipa. Desde la ventana, mi amigo y yo los observamos irse corriendo y sacudimos la cabeza.

—Detendrán y registrarán todos los trenes que partan de Londres, todos los barcos que zarpen de Albión rumbo a Europa o al Nuevo Mundo —dijo mi amigo—, en busca de un hombre alto y su compañero, un médico grueso y algo más bajo con una ligera cojera. Cerrarán los puertos. Bloquearán cualquier forma que haya de salir del país.

—¿Entonces cree que los atraparán?

Mi amigo negó con la cabeza.

—Puede que me equivoque —dijo—, pero juraría que su amigo y él se encuentran ahora mismo a una milla de distancia, en el Rookery de St. Giles, donde la policía no se aventura si no es en un gran grupo. Se esconderán allí hasta que acabe todo este revuelo y alboroto. Y entonces volverán a sus asuntos.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El hecho —dijo mi amigo— de que, si nuestras posiciones se invirtieran, eso sería exactamente lo que yo haría. Por cierto, debería usted quemar esa nota.



Fruncí el ceño.

—Pero es una prueba —protesté.

—No son más que tonterías sediciosas —me replicó mi amigo.

Y debería haberla quemado. De hecho, cuando regresó Lestrade le dije que lo había hecho, y él me felicitó por mi buena idea. Lestrade no perdió el trabajo y el príncipe Alberto escribió una nota a mi amigo felicitándolo por sus deducciones y lamentándose de que el culpable siguiera en libertad.

Aún hoy siguen sin haber capturado a Sherry Vernet, o como quiera que se llame, ni se ha encontrado rastro alguno de su cómplice criminal, al que se identificó como un antiguo cirujano militar llamado John (o puede que James) Watson. Curiosamente, quedó revelado que él también estuvo en Afganistán. Me pregunto si nos llegamos a encontrar.

Mi hombro, tocado por la reina, continúa mejorando; la carne se regenera y se cura. Pronto volveré a ser un tirador de primera.

Una noche, varios meses atrás, cuando estábamos a solas, le pregunté a mi amigo si recordaba la correspondencia a la que aludía en la nota el hombre que firmaba como «Rache». Mi amigo me respondió que lo recordaba bien, y que «Sigerson» (pues así se hacía llamar el actor por aquel entonces, pretendiendo ser islandés) se había inspirado en una ecuación de mi amigo para sugerir algunas teorías bastante atrevidas que desarrollaban la relación existente entre la masa, la energía y la hipotética velocidad de la luz.

—Tonterías, por supuesto —afirmó mi amigo, sin sonreír—. Pero, no obstante, unas tonterías inspiradas y peligrosas.

Finalmente, el palacio envió noticia de que la reina estaba complacida con los logros de mi amigo en el caso y el asunto quedaba zanjado.

Pero dudo mucho que mi amigo lo dejara correr; no acabaría hasta que uno de ellos matara al otro.



Guardé la nota. He aludido a cosas en la narración de estos asuntos que no deben mencionarse. Si fuera un hombre sensato quemaría estas páginas, pero tal y como me enseñó mi amigo, incluso las cenizas pueden revelar sus secretos. En vez de eso, las guardaré en una caja de seguridad de mi banco con instrucciones de que no se abra hasta mucho después de que todo aquel que vive en la actualidad haya fallecido. Aunque, a tenor de los recientes sucesos en Rusia, temo que ese día esté más cerca de lo que cualquiera de nosotros podría pensar.

S. M. comandante (retirado)

Baker Street

Londres, Albión, 1881



¡Un tigre! ¡Un tigre!

Elizabeth Bear

¿Qué ocurre con la caza, osado cazador?

Hermano, la guardia ha sido larga y fría.

¿Qué ocurre con la presa que fuiste a matar?

Hermano, continúa en la jungla.

¿Dónde está el poder que te hizo orgulloso?

Hermano, cae de mi espalda y mi costado.

¿Por qué te das tanta prisa?

Hermano, voy a mi hogar... ¡a morir!

—Rudyard Kipling

Fue en la India, en la meseta de Malwa, en julio de 1882, cuando tuve la oportunidad de conocer a una mujer americana a la que nunca he olvidado, y me ocurrió una aventura que he tardado mucho en relatar. Ese ardiente y árido verano el monzón se había retrasado, y se había entablado una guerra entre los británicos y los rusos en la cercana Afganistán; otro movimiento en el tablero de ajedrez del «gran juego». Ninguno de los dos problemas tenía a la vista solución posible cuando me llamaron a mí, Magnus Larssen, shikari, a la aldea de Kanha para guiar una partida en





la caza del tigre.

El chico que portaba mis armas (que por entonces tenía casi quince años) y yo llegamos diez días antes y logramos contratar a un cocinero, batidores y mahouts, así como preparar una base de operaciones. Al terminar el primer día de nuestra estancia me encontraba sentado ante mi escritorio de campaña cuando «Rodney» entró en mi tienda, con el alcohol brillando en sus ojos color avellana.

—Los aldeanos están muy excitados, sahib —me dijo.

—¿Están apenados? —Sentí cómo se me fruncía el ceño.

—No, sahib. Están aliviados. Hay un devorador de hombres. —Se puso a bailar una impaciente jiga en la entrada.

Levanté una ceja y me estiré en mi silla de tela.

—¿Lo ha llevado a ello la sequía?

—Solo el último mes —me contestó—. De momento, solo tres muertos y algunos toros. Creen que se trata de una hembra a la que le faltan dos dedos de la pata delantera derecha.

Bebí mi té mientras pensaba en ello, y finalmente asentí.

—Bien. Puede que logremos hacerles un favor mientras estamos aquí.

Tras unos días de preparativos, tomamos un transporte hacia Jabalpur para recibir el tren procedente de Bhopal. Iban a ser siete en la partida: seis hombres y mujeres británicos y europeos de gran riqueza, y una aventurera y cantante americana que viajaba en compañía de un cierto conde Kolinzcki, un obeso noble lituano.

Los demás eran un emperifollado caballero británico de mediana edad, el señor Northrop Waterhouse, y sus hijos adolescentes James y Conrad; el Graf Baltasar von Hammerstein, un tipo muy prusiano al que conocía desde hacía tiempo, robusto en todo el sentido de la palabra; y el doctor Albert Montleroy, un inglés de pelo claro y ojos juveniles.

Pero, a medida que iban bajando del tren, fue la dama la que atrajo mi atención.



De pelo rubio, una mandíbula bien definida y ojos claros, tendría unos veintidós años, pero no poseía el tipo de belleza que resalta especialmente en la juventud. Llevaba puesto un vestido de paseo muy práctico de color verde salvia, con un corte muy a la moda, y sus guantes y sombrero combinaban muy bien con sus botas. Me di cuenta de que llevaba su propia arma, así como su bolsito.

—¡Ah, Magnus! —Von Hammerstein bajó a gran velocidad los escalones de metal del vagón y estrechó mi mano con fuerza, al estilo europeo—. Permítame que le presente a la gente que va a estar a su cargo. —Recobrando sus modales se volvió hacia la americana, y pude ver que ella había viajado lo suficiente como para agradecer la cortesía—. Fraulein, este caballero es el famoso escritor y cazador de caza mayor, el señor Magnus Larssen. Magnus, permítame que le presente a una talentosa contralto, la señorita Irene Adler.

—¿Qué es eso del devorador de hombres del que he oído hablar, shikari? —decía el mayor de los chicos Waterhouse, James—. ¡En el tren oímos el rumor de que habían encontrado a una docena de hombres desgarrados y destripados!

—Muchacho... —le advirtió su padre, lanzando una mirada a la mujer. Ella levantó la vista de su jerez, que apenas había probado.

Creo que la señorita Adler me guiñó un ojo.

—Le ruego, señor, que no limite la conversación en mi beneficio. Me encuentro aquí para cazar, exactamente igual que el resto de ustedes, y he visitado lugares más duros que este.

Montleroy asintió bajo la parpadeante luz de la linterna. Los chicos habían recogido los platos de la cena y ahora nos relajábamos, cada uno con un vaso en la mano.

—Sí, si vamos a tener que ir tras ese devorador de hombres, conozcamos todos los detalles. Es mejor, y más seguro.



—Muy bien —accedí al cabo de un rato—. De momento solo ha habido tres víctimas, así como cierta cantidad de reses. Da la impresión de que la tigresa responsable está herida y busca presas fáciles. Los cuerpos fueron descuartizados y devorados; eso es cierto. Los detalles son bastante horribles.

Realmente horribles. Se habían comido los ojos y toda la carne de los rostros. Los cuerpos habían sido descuartizados y devorados. Si no fuera por el hecho de que las únicas huellas que aparecieron cerca de los cuerpos eran las de un tigre herido, me hubiera visto tentado de considerar algún grupo más siniestro: posiblemente, miembros de un culto thug. Pero no iba a revelar más detalles ante una compañía mixta, a pesar del alto concepto que tenía la señorita Adler de su constitución.

Al otro lado de la habitación, vi cómo se estremecía el más joven de los chicos Waterhouse, Conrad. Sacudí la cabeza. Demasiado joven.

Gruesas hojas y ramas azotaron los flancos de nuestros elefantes cuando salieron de la jungla y se adentraron en una sombra más transitada. La hojarasca que cubría el suelo crujía bajo sus patas al emerger de la espesura hacia un pequeño arroyo. Desde allí, podíamos observar la pradera que descendía hacia un enorme valle en forma de herradura y hasta la orilla del río Banjar.

—¡Este calor es brutal, señor Larssen! —se quejó el conde.

Miré a través de las alfombras rojas y doradas que cubrían el ancho lomo del elefante que compartíamos con la señorita Adler. Yo sudaba incluso bajo mi parasol, y realmente no envidié a los mahouts, subidos a los cuellos de las bestias, directamente bajo la brutal luz del sol; pero supuse que, por sangre y costumbre, estarían más habituados a aquel tórrido calor.

—Estamos en la India, conde —repliqué, quizá con mayor brusquedad de lo que era necesario.

—Y los insectos son intolerables. —El sentido del humor de Kolinzcki no parecía



entender la ironía. Levanté una ceja y volví a centrar mi atención en el camino, manteniendo mi rifle a mano y atento a la aparición de cualquier presa comestible, ya que los batidores cobraban principalmente en carne.

Mi mente empezó a divagar mientras buscaba cualquier rastro o pista de nuestra presa. Un extraño y opresivo silencio impregnaba el aire, y la brisa no transportaba ni una gota de humedad. Sentí en la nuca un escalofrío de inquietud; aunque puede que solo se tratara de la sombra de los árboles mientras nuestras monturas nos volvían a llevar a la jungla.

Sentí la necesidad de romper ese estresante silencio.

—El tigre —les expliqué a la señorita Adler y a su compañero— es el verdadero rey de la jungla. Ningún león puede compararse a él en ferocidad, inteligencia o valor. No le teme a nada, y fácilmente podría cambiarle las tornas a un cazador.

—¿Por eso es por lo que montamos en elefante? —El acento del lituano podría haber sido mejor, pero aun así se le entendía.

Asentí.

—Los tigres respetan a los elefantes, y viceversa. No se molestan los unos a los otr...

Se produjo una gran algarabía entre los monos y los pájaros de la jungla a nuestra derecha, lo que interrumpió mi lección. Oí un crujido intermitente en el bambú al salir huyendo un antílope. Nuestro tigre estaba en marcha.

Nuestros batidores se introdujeron en la jungla y desaparecieron de la vista entre los árboles. Uno o dos se volvieron a mirarnos antes de desaparecer entre la vegetación, con una comprensible aprensión: en esa espesura había por lo menos un tigre que había probado la carne humana.

Conduje a los mahouts de vuelta al claro, donde podríamos interceptar la línea de batidores. El buen doctor y Von Hammerstein iban montados en el segundo animal, y el señor Waterhouse y sus dos hijos en el último. Rodney caminaba a nuestro lado cargado de rifles. El conde Kolinzcki manejaba su arma con torpeza, y me dije que no debía



perder de vista al lituano, por si fuera a necesitar ayuda. La señorita Adler sacó su winchester de cañones superpuestos y, silenciosa y eficientemente, lo preparó sola.

Llegamos en orden al claro y nos tomamos un tiempo para prepararnos. Nos llegaron los gritos de los batidores: «¡bagha! ¡bagha!». «¡Un tigre! ¡Un tigre!».

Había caído en su red y se dirigía hacia donde estábamos nosotros. La señorita Adler respiró profundamente para tranquilizarse y me preparé para no ponerle una mano en el hombro con intención de calmarla; sin embargo, al echarle un vistazo a su hermosa cara solo vi una silenciosa decisión.

Von Hammerstein también preparó su arma, igual que los Waterhouse y el doctor. Como no pretendía disparar, estúpidamente no cogí mi rifle de dos cañones en lugar del 303 milímetros Martin-Lee que llevaba.

Todo quedó en silencio. Me encontré contando mis respiraciones, con la vista fija en el muro de vegetación. «Mir Shikar», empezó a decir Von Hammerstein; por suerte, pues al girarme a mirar a mi robusto y fiel viejo amigo vi acercarse a la tigresa.

La astuta y venerable asesina había vuelto sobre sus pasos de alguna forma y ahora se acercaba por nuestro flanco. Estaba demasiado cerca, casi a un paso. Dio un salto gigantesco para salir de la espesura, y ya estaba en el aire antes de que pudiera apuntarle con el rifle.

En ese instante capté todos los detalles (la retorcida zarpa delantera, las tristes marcas dejadas por el hambre y la desnutrición, los ojos dorados llenos de frenesí) y mi dedo apretó el gatillo.

Sin resultado alguno. Con un clic vacío, el rifle no llegó a disparar. Me pareció que transcurría un siglo antes de poder correr el cerrojo (que se había atascado), echarlo a un lado y extenderle una mano a Rodney para que me pasara el Egipcio de 534 milímetros. En el momento en que mis dedos se cerraban sobre la suave madera de avellano turco del cañón, oí rugir dos armas y unas súbitas columnas de acre humo blanco se recortaron en la cálida brisa. Los disparos alcanzaron a la tigresa en el flanco y el pecho, derribándola y haciéndola girar.



Se volvió a poner en pie, y esta vez disparó el señor Waterhouse, apuntando con el cañón como un profesional y metiéndole una tercera y definitiva bala al osado felino. Este hizo un débil ruido parecido a una tos y expiró, perdiendo fluidos por todas las articulaciones.

Eché un vistazo a mi alrededor antes de bajarme del elefante. La señorita Adler había plegado su winchester y estaba tranquilamente cambiando el cartucho que había gastado en el pecho de la criatura. Von Hammerstein también desmontaba de su bestia, y mantenía preparada su arma por si se veía obligado a volver a disparar.

Me incliné para examinar la presa y de pronto me enderecé bruscamente, vigilando la jungla en busca de cualquier signo de movimiento. Solo vi a nuestros batidores, que regresaban.

Von Hammerstein lo vio y me lanzó una mirada interrogante.

—Sus dientes —le expliqué, aturdido—. Tiene que haber un segundo felino. Este de aquí podría derribar a un hombre, pero nunca lo lograría con una res. No con esa zarpa herida y esos dientes dañados.

Fue entonces cuando oí un ruido parecido al redoble de un tambor, lejano pero muy claro. No supe qué lo producía y me picó la curiosidad.

Darí­a lo que fuera por haber seguido en la ignorancia.

Tres de los batidores no llegaron a regresar de la jungla, ni logramos encontrar sus cuerpos.

Los estuvimos buscando hasta el anochecer, pero no logramos hallar a los hombres; de hecho, tampoco se encontró rastro alguno del segundo tigre. A regañadientes, nos volvimos a unir y regresamos al campamento, mientras nuestros batidores murmuraban descontentos. Decidimos reanudar la caza por la mañana, esperando dar con algún rastro de las víctimas y de cualquier felino que se las hubiese llevado. El doctor Montleroy tuvo suerte al dispararle a un leopardo y abatirlo, por lo



que ya teníamos dos trofeos: la anciana tigresa y un precioso felino manchado de más de dos metros de longitud.

La cena de esa noche fue algo sombría, a pesar de la excelente comida: una especie de pan aplanado relleno de patata, verduras al curry con tomate y cebolla, y cordero especiado cocinado en una olla de barro. Supuso un gran alivio que el conde lituano le pidiera a la señorita Adler que nos cantara algo, y que ella accediera. Incluso sin acompañamiento de ningún tipo, su voz de contralto era espectacular, y alivió nuestros angustiados corazones.

Cuando por fin pude dormirme, mi sueño se vio alterado por una pelea en voz baja que se desarrollaba cerca: la voz exigente de la señorita Adler, «¡pero debes devolvérmelo!», y un murmullo masculino (que a mí me pareció lleno de tozudez) que le respondía. Puede que fuera una pelea de enamorados.

No sé qué fue exactamente lo que me hizo salir de mi catre, excepto ese tipo de lascivia que a ningún hombre le gusta admitir. Por supuesto, me pregunté qué le habría quitado él a ella, y un caballero no abandona a una dama en apuros, incluso cuando la dama en cuestión es una aventurera.

Era Kolinzcki con quien discutía, reconocí su voz cuando me acerqué más a la pared de mi tienda, tanteando el camino con los pies descalzos en la impenetrable oscuridad. Él cambió de idioma y ella hizo lo mismo. Me sorprendí de ser capaz de entenderlos de alguna forma, puesto que yo no hablaba lituano. Pero la discusión que mantenían en voz baja era en ruso, y ese idioma lo conocía bastante bien.

—No era tuyo y no lo podías coger —susurraba la señorita Adler, con su entrenada voz teñida de urgencia—. ¿Sabes lo que vas a desencadenar?

—Ya se ha desencadenado —le replicó Kolinzcki—. Yo, simplemente, les he conseguido a nuestros nobles amigos los medios para controlarlo.

Ella suspiró, adquiriendo cierta fluidez esa áspera lengua rusa cuando ella la hablaba.

—No es tan simple, y tú lo sabes. Si no logro devolverles su propiedad a mis



amigos de Praga, les causará gran cantidad de problemas. Si diera la impresión de que están cooperando con el zar, será aún más duro para ellos.

Él guardó silencio y ella continuó, con una voz apenas audible bajo el zumbido de los insectos.

—¿Acaso no he hecho todo lo que me has pedido?

Me quedó claro que el conde estaba chantajeando a la hermosa cantante, y decidí intervenir. Pero, cuando puse mi mano sobre la entrada de la tienda, volví a oír ese latido grave y resonante que tanto nos había confundido aquella tarde. En el exterior, la señorita Adler dejó escapar un gritito de sorpresa, y, cuando estaba a punto de doblar la esquina para enfrentarme a ellos, oí que él le decía en inglés:

—Y esa es la razón por la que no puedo complacerte, querida, y tú lo sabes. Igual podemos volver a discutirlo cuando estemos de nuevo en tierras civilizadas.

Ella se acercó más a él y le puso una mano sobre el hombro.

—Claro, querido.

Entonces era una pelea de enamorados, después de todo, y ya había terminado. En silencio debido a mis pies descalzos, regresé a mi lecho inquieto, tremendamente decepcionado, albergando sospechas que no me atrevía a admitir. ¿Quién era yo, un noruego, para preocuparme por las alianzas o guerras que el zar y la reina de Inglaterra utilizaban el uno contra el otro? Parecían decididos a partir Afganistán en dos, en lo que ellos llamaban «el gran juego»: una serie interminable de intrigas imperialistas y combates. Un juego en el que, desde mi punto de vista, las principales víctimas eran las gentes sencillas, como mi Rodney. Lo mejor que podíamos hacer los demás (o eso pensaba entonces) era mostrar algún tipo de distante desagrado por los métodos empleados.

La mañana nos encontró a todos despiertos e inquietos. Fue el atrevido y joven James Waterhouse quien vino a buscarme antes de que montáramos en nuestros elefantes.

—Shikari —me dijo; había adoptado la costumbre de llamarme así de Von





Hammerstein, al considerarlo deliciosamente pintoresco—. ¿Volvió a oír ese ruido la pasada noche?

Dudé en contestar.

—¿Ese tamborileo? Claro que lo oí. —No dije nada más, pero él debió de darse cuenta de que fruncía el ceño.

Siguió presionándome.

—No se trataba del ruido de ningún animal, ¿verdad? Lo oí cuando matamos al tigre.

Era todo en lo que había podido pensar durante la noche, cuando no me distraían las implicaciones de la discusión entre el conde lituano (si es que era lituano) y la dulce señorita Adler. No era exactamente un tamborileo: se parecía más a... al latido de un corazón. Era cierto; no se parecía al ruido producido por ningún animal. Pero tampoco se parecía a ningún ruido producido por el hombre.

—No lo sé —le respondí incómodo—. Nunca antes lo había oído. —Me giré para ayudar a la señorita Adler a subir por la escalera de cuerda de nuestro elefante. En realidad, fue el conde quien más ayuda necesitó, y mientras lo ayudaba a subir se le ahuecó la cazadora y pude ver el dorado pomo de una daga que llevaba oculta bajo ella. Sin lugar a dudas, sería el cuchillo de caza de su bisabuelo: era demasiado llamativa, pero no estaba mal tomar semejante precaución. Subió un punto en mi estima.

Había algunas nubes en el horizonte, y pensé que cabía la posibilidad de que el viento trajera algo de humedad. Estaba ansioso por encontrar al segundo felino e introducirme más en la jungla, tal vez en busca de un tercero. Habíamos avanzado mucho debido al tiempo que hacía, y el monzón podría acabar con nuestra cacería.

Mi partida estaba inquieta, sin ninguna duda nerviosa tanto por la desaparición de los batidores el día anterior como por lo cerca que habíamos estado del tigre. Seguía sin haber rastro alguno de los hombres desaparecidos (ni siquiera lo había de lucha



alguna), y empecé a pensar que habían desertado. Conrad parecía aterrado y permití que los hermanos montaran en mi elefante, mientras la señorita Adler y su escolta viajaban con el señor Waterhouse.

En lugar de bordear la jungla, decidimos penetrar en ella y buscar al segundo devorador de hombres entre el bambú y las vaticas. Me sentía tan ansioso como un chiquillo, y para cuando nos detuvimos para almorzar ya nos habíamos introducido varias millas en lo más profundo de la jungla. Encontramos un pequeño claro en el que disfrutar de nuestro curry frío y nuestra carne de venado junto con el pan nativo. Me senté al lado de Von Hammerstein y me di cuenta de que la señorita Adler se había sentado a cierta distancia de su conde. Me pregunté por qué.

Mantuve el Egipcio a mano, por si nuestro devorador de hombres se veía atraído por el olor de la comida o de la presa, pero el almuerzo transcurrió sin incidentes. Decidimos dormir una pequeña siesta en la hierba debido al apabullante calor de la tarde, mientras algunos batidores montaban guardia.

Volví a captar algunas nubes, que se amontonaban en el horizonte, pero no daba la impresión de que se encontraran más cerca que por la mañana, por lo que decidí que, después de descansar, avanzaríamos a más velocidad. Pero debí de quedarme dormido. Me despertó sobresaltado un crujido entre los arbustos; algo se dirigía hacia nosotros a gran velocidad. Me puse en pie, cogiendo mi rifle. Me di cuenta de que los demás también se habían dormido; excepto la señorita Adler, que ya estaba en pie, enderezando y ajustando la chaqueta del conde, y el leal Rodney, que charlaba con uno de los batidores en su hindi nativo.

Apunté con mi arma en dirección al sonido. Los batidores se apresuraron a alejarse de la línea de fuego y yo no me molesté en mirar a los demás.

No fue un tigre lo que apareció entre los árboles, sino un hombre con las ropas raídas y aspecto hambriento, al borde del agotamiento, con los pies descalzos cubiertos de sangre, como si hubiera recorrido un largo camino. No tenía aspecto de indio, sino más bien de árabe; ¿afgano, tal vez? Bajé cautelosamente el rifle y él se desplomó a mis pies con un sollozo.



Balbució algo en una lengua que no llegué a entender. De nuevo cambié mi opinión respecto al conde Kolinzcki, pues fue el primero en acudir junto al hombre y se inclinó sobre él. Los observé con cautela durante un instante. Pero el árabe no parecía representar amenaza alguna, así que le indiqué a Rodney que trajera agua mientras yo me arrodillaba a mi vez junto a él. Mi porteador acababa de empezar a cruzar el claro, alejándose de su lugar junto a mi hombro, cuando la más vieja de los elefantes levantó la trompa y barritó alarmada.

Una brisa errante llevó un cierto aroma a mi nariz: carbón y metal al rojo. Miré a mi alrededor en busca de cualquier señal de incendio y me di cuenta de que los elefantes estaban muy nerviosos. En ese momento me parecía obvio que debían haber olido fuego, pues por aquel entonces no conocía ninguna bestia que pudiese alterarlos de aquella manera.

Tenía razón, pero a la vez estaba equivocado.

—¡Monten! —grité.

Los Waterhouse empezaron a dirigirse inmediatamente hacia los elefantes, mientras que el doctor Montleroy y Von Hammerstein ayudaban a los batidores a recoger nuestras pertenencias. Yo me agaché con la idea de ayudar al árabe postrado, pero Kolinzcki ya estaba ayudándolo a ponerse en pie.

El árabe agarró a Kolinzcki por el cuello de la camisa y el grueso conde puso a un lado su mano gordezuela. Y entonces, con aspecto confuso y enfermo, el conde se llevó la mano derecha al pecho con la expresión que tendría un hombre que acabara de descubrir que su reloj ha desaparecido de su chaqueta.

Recordé la discusión de la noche anterior y cómo la señorita Adler se había inclinado mientras él dormía sobre su postura supina, pero el transcurso de los acontecimientos hizo que no pudiera investigarlo.

Apenas logré echarle un vistazo antes de que se encontrara entre nosotros: llegó tan silencioso como el humo, sin alterar la vegetación. Resplandecía, incluso en la incandescencia de la tarde, con una luz parecida a la de las brasas, y tenía en la espalda



unas franjas similares al carbón. Su forma recordaba vagamente a la de un tigre, pero apestaba a incendio forestal y su mandíbula era una llamarada.

Saltó ágilmente sobre la espalda de la más pequeña de los elefantes, paralizando a Conrad Waterhouse con su ardiente mirada. Aunque a la elefanta le entró el pánico, él se quedó tan helado como un pájaro encantado por una serpiente. Las llameantes garras de la criatura se clavaron en los flancos, dejando unas hendiduras en la gruesa piel que no creía que ni siquiera un hacha pudiera causar. La elefanta chilló y se incorporó sobre sus patas traseras, girando la cabeza sobre el hombro, en un vano intento por librarse del depredador. Su pánico derribó a Conrad, y no lo vi volver a levantarse. Su hermano se interpuso en el camino de la criatura para escudar al muchacho caído con su propio cuerpo: un valiente e inútil gesto.

La criatura evitó sin problemas los salvajes golpes de la elefanta y aterrizó en la suave tierra como si fuera una bala de cañón, mientras nuestras tres monturas huían en estampida y una pata de la elefanta herida golpeaba a James.

Los batidores y los mahouts se dispersaron. La criatura destripó al hombre que tenía más cerca como quien no quiere la cosa: ni siquiera llegó a girar la cabeza, pues ya estaba preparándose para volver a saltar. Incluso mientras preparaba mi arma sabía que sería inútil. Apreté el gatillo y el rifle me golpeó el hombro una vez, y luego otra. Rodney volvió corriendo a mi lado, aferrando mi Purdey en una mano. Entre los dedos llevaba dos cartuchos que había sacado de los pliegues de su chaleco; había abierto el rifle y cargaba los dos cañones mientras corría.

El buen doctor se había quedado paralizado debido a la conmoción. Oí disparar el arma de Von Hammerstein y, un segundo después, la de la señorita Adler. Abandoné mi arma descargada mientras Rodney, farfullando debido a la excitación, me entregaba la sustituta con cuidado. El señor Waterhouse intentaba de nuevo cubrir a la bestia con manos temblorosas, incapaz de dispararle mientras nosotros estuviésemos en medio, y estiraba el cuello para tratar de ver tanto la lucha como a sus dos hijos.

El animal avanzó abriendo sus fauces rodeadas de llamas, y volví a oír ese ruido que me recordaba a unos tambores o al latido de un poderoso corazón. El rugido



continuó y continuó, y se me encogió el corazón y me temblaron las manos cuando el animal dio un paso al frente.

Preparé mi inútil arma, dispuesto a morir luchando, y la señorita Adler disparó por segunda vez. La bala penetró en el flanco de la bestia y su superficie se vio recorrida por una onda, como si lo que ella hubiera hecho fuera arrojar una piedra al agua. Salieron despedidas algunas gotas de fuego que cayeron entre la hierba, donde desaparecieron tras humear.

El conde Kolinzcki retrocedió a trompicones, cayó sobre una rodilla debido al pánico y a la desesperación y retiró la mano del pecho, tratando torpemente de manejar su arma. Von Hammerstein contuvo su fuego. Yo sabía que debía de estar aguardando para disparar a los ojos; una arriesgada esperanza a la que yo también me aferraba.

El trueno de unos cascos arruinó mi puntería. Levanté la vista de mi arma para observar la llegada de la proverbial caballería. Del bambú surgió a galope tendido un bayo castrado empapado en sudor (árabe, a tenor de su pequeña estatura y su exuberante crin). Sus flancos se estremecían debido a su respiración fatigada, y su morro estaba cubierto de una espuma sanguinolenta. Sobre su lomo se encontraba un bigotudo oficial que tiró de las riendas, haciendo que su montura se elevase virtualmente en el aire.

Fue un salto prodigioso: los cuartos traseros del caballito se alzaron y se relajaron, y aterrizó sobre el lomo de la criatura. La cosa parecida a un tigre se retorció en un vano intento de clavarle las garras al caballo, y luego retrocedió cuando el jinete le arrojó una especie de bolsa a la cara. ¡Fuera lo que fuera, le hizo daño! La criatura volvió a rugir, taladrándome los oídos, giró y se alejó.

El oficial ordenó detenerse a su caballo y le hizo girar sobre sus cascos; un despliegue de equitación sin igual. El pequeño bayo se encabritó en protesta por la rudeza del jinete, y luego volvió a posarse en el suelo, pateando y resoplando.

El oficial, que lo tranquilizó con una mano sobre el cuello, era un hombre de mediana edad, con el pelo y el espeso bigote de color gris acero. Tenía una frente ancha y una mueca sensual en la boca, y seguían brillándole los ojos debido a la excitación de



la caza.

Cuando apareció el oficial, el árabe trató de huir y casi cayó en mis brazos. Sus pies seguían algo torpes y no me fue difícil detenerlo.

—Señor —dijo la señorita Adler, la primera en recobrarse—, estamos en mayor deuda con usted de lo que jamás podremos llegar a pagarle.

—Señorita —respondió él—, ha sido un honor ayudarlos. Y ahora debemos irnos, antes de que regrese.

Identifiqué la insignia británica de su uniforme.

—Coronel, yo también se lo agradezco. Soy Magnus Larssen, el guía de esta buena gente. Tenemos algunos heridos.

El batidor al que la criatura había destripado estaba muerto o a punto de morir, pero pude ver a James intentando levantarse lleno de dolor; su padre estaba arrodillado a su lado, con una expresión de inmenso pesar. El doctor Montleroy ya acudía a su lado.

—Coronel Sebastian Moran, del primer regimiento de Su Majestad de los Pioneros de Bangalore —se presentó. Me di cuenta de que, además de su pistola y su sable, llevaba un rifle para elefantes en la silla de montar, de una forma muy parecida a como los americanos llevaban su rifle para bisontes.

Von Hammerstein y Rodney se habían acuclillado allí donde había estado la criatura. Rodney recogió una cantimplora de cuero chamuscada: el objeto que el coronel le había arrojado a la cara.

—No hay rastro alguno, sahib —me dijo Rodney—. No ha dejado marca alguna en la hierba. Hay... —un silencio— unas bolitas de plomo fundido. —Lo que no dijo fue «balas».

Sentí una fría y agarrotada sensación en el estómago: miedo.

—Shikari —comenzó a decir el coronel, pero dudó cuando miró al angustiado padre y empezó a desmontar y a desenfundar su arma—. El joven parece encontrarse lo suficientemente bien como para poder montar. Ayúdele al chico a subir a mi silla.



Debemos llegar al río al anochecer.

Le echó otro vistazo al árabe y otro al exhausto caballo.

—Ese hombre es mi prisionero. Llevo persiguiéndolo desde la frontera, y debo regresar con él.

Kolinzcki, poniéndose en pie, parecía estar a punto de protestar, pero algo del brillo que tenía el coronel en la mirada le hizo guardar silencio. En cuanto a mí, me limité a asentir y fui con Von Hammerstein a ocuparme de las bajas.

Únicamente recuerdo los sucesos de aquella tarde como un caluroso temblor. Solo caminamos cuando ya no pudimos correr más. Waterhouse se agarraba al pomo de la silla del caballo del coronel, trotando a su lado mientras tranquilizaba a sus hijos. Conrad seguía respirando, pero no había recobrado la consciencia, y yo estaba convencido de que James había sufrido algún tipo de herida interna: estaba aún más blanco y silencioso que antes, y la mayor parte de nuestra agua fue para él.

Yo sabía que la criatura nos acechaba de la forma en que lo hacen los felinos heridos, pues de cuando en cuando la brisa me traía su rojo olor, y el castrado tenía los ojos muy abiertos y llenos de pánico. Yo temía que la pobre bestia tuviera dañados los pulmones: gemía a cada inspiración y temblaba bajo la doble carga, pero se mantuvo a buen paso.

El coronel había atado las manos al árabe por delante con una correa de cuero. De ese modo Moran ayudó a mantener al prisionero de pie y en movimiento, a pesar de que este se encontraba al borde del agotamiento.

Me acerqué a él cuando no nos movíamos a demasiada velocidad y me incliné sobre su oído.

—¿Ese árabe es un agente del zar?

—Algo parecido —me contestó, sin perder de vista al individuo en cuestión—.



Un chamán tribal. Un personaje importante. Y es afgano, no árabe. —Me miró de reojo de arriba abajo, y yo asentí para animarle a seguir hablando—. Viajaba a la India en compañía de un séquito. Detuvimos al resto en la frontera, pero este consiguió pasar. Por fortuna, lo he capturado antes de que pudiera... —Se le fue apagando la voz—. ¿Cuál es su postura política, Larssen?

—No tengo ninguna.

Gruñó.

—Pues consiga alguna. —Y se alejó.

Mi castigo principal era el gordo conde, que trastabillaba a nuestro lado sin dejar de quejarse. La señorita Adler lo llevaba bastante bien y aguantaba fenomenalmente sus propios problemas, a pesar de las miradas llenas de sospechas que le dirigía el conde. Estuve a punto de creer que iba a empezar a discutir con ella abiertamente, pero miró con dureza a Moran y siguió haciendo comentarios sobre el calor.

Finalmente, movido por el calor y la desesperación, Moran se volvió hacia él.

—¡Si no deja de quejarse, lo enviaré de vuelta en pedacitos! —le espetó bruscamente, agitando su pistola para darle un mayor énfasis a sus palabras.

El conde se detuvo.

—¡Ningún plebeyo inglés me llama idiota! —le replicó cortante—. ¡Estoy acostumbrado a mantener un paso digno, y si ese noruego idiota no nos hubiese conducido a una tierra de monstruos —hizo un gesto grosero en mi dirección—, en este momento ya nos habríamos dado todos un baño y habríamos comido!

El prisionero del coronel aprovechó ese momento para intervenir, gesticulando y amonestado aparentemente al conde, chillando furioso. El conde lo escuchó durante un rato y luego negó con la cabeza. Miró a su alrededor buscando ayuda.

—¿Alguno de ustedes entiende a este bárbaro? —preguntó nervioso, mirándonos a todos.

Nadie le respondió, pero Moran levantó una ceja en silenciosa sospecha.





Cayó la noche más rápido de lo que me había imaginado. Me sangraban los pies dentro de las botas y el sol me había producido ampollas en la nariz, allí donde el casco no me protegía. Estaba medio sordo debido al zumbido de los insectos y el griterío de los monos y los pájaros. La única promesa de alivio era ese negro frente de tormenta que se estaba formando en el horizonte: el largo tiempo esperado monzón, que se dirigía hacia el norte a gran velocidad para recibirnos. Siempre que lograba encontrar fuerzas para levantar la vista miraba esas copiosas nubes suplicante, pero no parecían acercarse.

Como si estuviesen sitiadas por un ejército invisible, se retorcían y fragmentaban, pero no podían avanzar.

El doctor Montleroy vino a verme cuando la tarde ya estaba bastante avanzada.

—Voy a perder a James a menos que consiga ayuda, y pronto. Podría morir de todas formas, pero aún tenemos tiempo para intentarlo.

—¿Qué dice su padre? —le pregunté con voz rasposa.

—Lo sabe —me respondió Montleroy, mirando por encima del hombro hacia el pálido hombre—. Se trata de un hijo o de ninguno.

Asentí una vez.

—Traiga toda el agua. Venga.

Bajamos a Conrad del agotado castrado a pesar de las febriles protestas de James, y el buen doctor se subió detrás. Moran llenó de agua su sombrero para el caballo y el animal se lo bebió de un único y desesperado trago.

—Sé rápido como el viento —le dijo al caballo, y le golpeó con fuerza en el flanco. La bestia se sobresaltó y salió disparada, con Montleroy y James inclinados sobre su cuello.

—Buena suerte —les deseó la señorita Adler, que se encontraba a mi lado. Miré a mi alrededor, sorprendido. Fue entonces cuando me di cuenta de que el conde había



desaparecido.

Nadie lo había visto quedarse atrás, y no podíamos regresar. El señor Waterhouse, Von Hammerstein y yo nos turnamos para llevar a Conrad, que se agitaba debido a la fiebre. Musitaba frases extrañas en un idioma que yo nunca había oído, pero que parecía incomodar en gran medida al prisionero de Moran.

El prisionero trató de hablar conmigo, pero yo solo pude negar con la cabeza ante su idioma extranjero. También trató de hacerlo con Von Hammerstein, con el mismo e infructuoso resultado, y Moran no intervino. Me dio la impresión de que el coronel nos observaba por el raballo del ojo, como si buscara en nosotros la más mínima señal de comprensión, pero, al menos para mí, la cháchara de los monos era más inteligible.

Al desaparecer su escolta, la señorita Adler se situó en la vanguardia del grupo. Fue ella la primera en identificar el claro en el que habíamos matado a la tigresa. Hicimos una pausa para recobrar el aliento y el prisionero se dejó caer, jadeante, entre la alta hierba.

—Quedan otras dos millas hasta el río —dijo con un tono neutro y desesperanzado, mientras apoyaba la culata del winchester en el suelo. Moran pasó rápidamente de mirarla a ella a observar el cielo, que se oscurecía a gran velocidad. Gruñó. El rostro de Waterhouse se crispó de temor, y supe que no era por él por quien tenía miedo.

—Podemos intentar dejarlo atrás corriendo —sugirió Von Hammerstein. Se acomodó mejor la inmóvil forma de Conrad Waterhouse sobre su hombro y miró hacia la pradera con un gesto calculador en el rostro—. ¿Podrá mantener el paso, señorita?

La mujer frunció el ceño.

—Yo diría que sí. —Se agachó para desatarse las botas mientras Rodney le sostenía el Winchester. Se las quitó y se las ató por encima del hombro.

Los monos quedaron en silencio. El prisionero se puso en pie, con los ojos



desorbitados, y empezó a gritar: «¡Iä! ¡Iä Hastur c'ayah 'vugtlagln Hastur!». Luego balbució en un farfullante hindi: «¡se acerca el ardiente!». Sus ojos brillaban enloquecidos. Su voz estaba llena de entusiasmo. Me pregunté por qué no habría hablado hindi previamente, al menos conmigo o con Rodney.

—¡Corran! —gritó Moran tirando de la correa de cuero, y obedecimos.

Los seis, con Moran arrastrando a su prisionero, salimos de la espesura y descendimos la loma hacia la orilla del río. A nuestro alrededor, la hierba se incendió con un color dorado y luego con un rojo sangre bajo la luz del atardecer. Un orbe enorme, ya casi oculto en el horizonte, iluminaba la escena como si fueran las llanuras del infierno.

Yo corría aferrando mi rifle, sin importarme aplastar la hierba. Rodney lo hacía más adelante, con una mano sobre el brazo de Von Hammerstein, casi tirando de ese hombre tan cargado. Conrad rebotaba en su espalda, elevando la voz en un extraño chillido, pronunciando unas palabras que hacían que me dolieran los oídos.

El suelo se volvió borroso bajo mis pies, y cuando pasé junto a la señorita Adler la agarré por el codo y tiré de ella; iba a buen paso, pero mis piernas eran más largas. Por delante de donde yo estaba vi a Moran ayudar a Waterhouse y girarse para darle otro tirón a la correa de cuero. El prisionero sencillamente se abalanzó sobre él, utilizando las manos como un mazo y desnudando los dientes para morder.

—¡La daga! —chilló en un mal hindi, escapándosele espuma de entre los dientes—. ¡Idiota, nos cogerá a todos!

Moran se movió con la velocidad propia de un hombre con la mitad de su edad.

—¡Vamos! —me gritó mientras yo me acercaba para ayudarlo. Esquivó el salto del prisionero y le golpeó bajo la mandíbula con el cañón de su arma. Mientras yo me acercaba, el árabe cayó al suelo, inerte, y Moran levantó su arma.

Me encogí, esperando oír un disparo, pero Moran soltó un bufido sarcástico y obligó al prisionero a levantarse.

Intenté recobrar el aliento. Dolía.



—No vamos... a conseguirlo —jadeó la señorita Adler sin aliento.

Se alzaba sobre nosotros un árbol solitario, y yo me atreví a echar un vistazo por encima del hombro. Nos encontrábamos a menos de medio camino del río, y pude ver cómo el rojo resplandeciente de la puesta de sol quedaba igualado por un infierno apenas a unas yardas a nuestra espalda.

Von Hammerstein y Waterhouse debían de haber llegado a la misma conclusión, pues mientras nos deteníamos los vimos acucillarse sobre la hierba. Rodney se detuvo justo detrás de ellos; sus ojos, muy abiertos, contrastaban con su rostro del color de la caoba. Me dio una palmada en el hombro cuando pasé por su lado, y me di cuenta de que era aún más joven que Conrad Waterhouse, cuya delirante forma vigilaba.

—Buen chico —le dije, lo que no parecía demasiado adecuado, y me volví y me quedé detrás de él. Recordé que le habíamos dado a James toda nuestra agua y me encontré con que mi miedo aumentaba. Y eso que ya me había resignado.

Moran llegó a donde estábamos y aceptó la situación con un gesto de la cabeza. Nos dimos la vuelta para enfrentarnos al diablo, con la puesta de sol a nuestra espalda.

Permitió que lo viéramos acercarse: un brillante espectro recortado contra la oscuridad, un demonio de llama y miedo. Saltó hacia mí a través de la alta hierba, un brinco de unos doce metros. Pude verlo con toda claridad mientras se preparaba para el ataque. Unos ojos llameantes me miraron con un brillo de impía inteligencia justo antes de saltar.

Sentí algo en mi corazón al encontrarme bajo esa mirada, un terror antiguo como nunca antes había sentido, y oí gemir a Waterhouse; o puede que fuera yo el que lo hiciera, debido al miedo. Parecieron formarse en mi mente unas palabras, una invocación que, a la vez, conocía y desconocía, poderosa, antigua y tan malvada como gusanos en el alma: «¡Iä! Iä Hastur»...

Vacíé el cargador del 534 sin resultado alguno. A mi lado oí cómo la pistola de Von Hammerstein se encasquillaba y luego disparaba dos veces. Fue a coger una segunda. El aire estaba cargado de olor a pólvora.



La bestia se encontraba en mitad del salto, entre nosotros. Conrad se puso en pie con expresión demente y se lanzó hacia Rodney. Waterhouse detuvo el golpe, trastabilló y tiró al muchacho al suelo, se arrodilló sobre su pecho y le sostuvo las manos a duras penas. Rodney ni siquiera se encogió.

Tiré el arma descargada.

—¡Chico, arma!

Rodney me puso la Purdey en la mano y apunté el cañón, con una plegaria a Dios Todopoderoso en los labios. Moran no le prestaba atención a su prisionero, mientras desenfundaba su arma y la agitaba en un fútil y hermoso gesto. Su enorme bigote cayó sobre la pistola al apuntar. Le metió dos balas a la bestia en el ojo cuando esta empezaba a descender.

La garra llameante no causó ningún daño. Me golpeó por encima de la cadera y sentí un desgarró, pero no me dolió. Perdí la Purdey y vi caer al pobre Rodney, derribado por otro golpe poderoso. Cayó como una muñeca rota y no volvió a levantarse. El señor Waterhouse se levantó para defender a su hijo y se vio lanzado a cinco metros de distancia, entre los árboles, justo antes de que el siguiente golpe de la bestia aplastara a Von Hammerstein contra el suelo. Pude sentir el impacto desde donde me encontraba.

Moran se giró empuñando su arma y apuntó fríamente a la criatura. No vio cómo su prisionero se ponía en pie aferrando una piedra con sus manos atadas, y mi grito llegó demasiado tarde. A pesar de que se giró, el malvado lo derribó.

Y entonces, de repente, la señorita Irene Adler apareció detrás del prisionero con algo brillante en la mano. Llevó hacia atrás el brazo y, con un grito propio de una valquiria, clavó profundamente la daga del conde en la espalda del árabe. El hombre se quedó rígido, empezó a temblar y agitó las manos atadas, como garfios, en el aire, como si quisiera quitarse de la espalda a la señorita Adler. Extrañamente, me recordó a la pobre elefanta herida.

Cayó de rodillas mientras la criatura rugía con ese bramido penetrante y giraba



sobre sus cuartos traseros. Dio un paso hacia la señorita Adler y gritó como solo los felinos saben gritar.

El prisionero cayó muerto al suelo y la señorita Adler se irguió desafiante detrás del cadáver, dispuesta a aceptar cualquier muerte que le deparara el destino. Sin que, al parecer, le afectara la muerte del árabe, la criatura se dispuso a saltar. Doliéndome de mi pierna rota, empecé a ponerme en pie con la absurda idea de saltar sobre aquella cosa.

En ese momento empezó a llover.

El monzón cayó sobre nosotros como una pared de cristal y la criatura volvió a chillar..., esta vez de agonía. Se dio la vuelta, ansiosa por escapar de la lluvia igual que un perro huye ante una paliza. Cada gota siseaba y provocaba vapor cuando caía sobre ella, y con cada gota la luz del diablo parpadeaba y aparecían unos puntos sobre su lomo, parecidos a los que surgen en un fuego de carbón cuando se lo apaga con agua.

Se retorció sobre sí misma, encogiéndose, y finalmente dio la impresión de derrumbarse. De las húmedas cenizas, lo único que quedó de ella, surgió un enfermizo olor a carbonilla.

Por fin, un ramalazo de pura agonía recorrió mi pierna, y lo único que pude ver fue un negro túnel que se cerraba sobre mí.

Gemí y abrí los ojos a una visión de desaliñada e inefable belleza que guardaba una daga enjoyada en su bolso. Me encontraba encima de una lona alquitranada húmeda, aunque algo más seca que el suelo; había otra debajo de las ramas del árbol para protegerme de lo peor de la lluvia. Las reconocí como parte del equipo que Rodney había llevado. Moran yacía a mi lado, bajo una sábana, aún inmóvil.

Ella me colocó un paño húmedo sobre la frente y me acarició el pelo antes de ponerse en pie.

—Tiene una pierna rota. Le suplico que me perdone por abandonarlo en tal estado, señor Larssen. Le aseguro que enviaré ayuda, pero debo marcharme de



inmediato: es un asunto delicado, y resulta vital para cierto noble del Báltico que nunca llegue a probarse el robo de esta daga de entre sus propiedades..., ni por los ingleses ni por los rusos.

—Espere —grité—. Señorita Adler..., Irene...

—Claro que puede llamarme Irene —me contestó, con un cierto tono de diversión en su voz. Me di cuenta de que se le habían quemado los guantes y de que tenía las palmas de las manos llenas de ampollas.

Traté de formular una pregunta, pero me faltaron las palabras.

—¿Qué ha pasado aquí? —logré por fin preguntar, confiando en que ella lo entendiera.

—Me temo que lo superaron los acontecimientos, mi querido señor Larssen... Magnus. Igual que a todos. Vine aquí para recuperar esta daga, que le habían robado a un amigo mío. El maligno señor Kolinzcki, que me temo que no es ni conde ni lituano, sino un agente del zar, la robó y la trajo aquí con la intención de entregársela a este hechicero afgano.

Empujó el cadáver con la punta del pie.

—Por lo que sé, pretendía realizar algún retorcido ritual mediante un sacrificio humano que hubiese desagradado en gran medida al ejército británico. Como mínimo, parecía tener suficiente poder como para controlar eso. —Gesticuló expresivamente y apuntó hacia la pila de cenizas—. Lástima que haya tenido que matarlo. Me imagino que hubiese podido proporcionar gran cantidad de información al espionaje británico, de haber tenido la oportunidad de interrogarlo. Pero una vez me di cuenta de que estaba reteniendo la tormenta de alguna forma...

—El monzón. Si me permite el atrevimiento de corregir a una dama.

—El monzón. —Sonrió.

—¿Pero cómo? ¿No puede explicarme cómo? —Deseé poder apretar los dientes para aliviar un poco el dolor que me causaba la pierna, pero me castañeteaban, así que no fue posible. No busqué a Rodney, allá fuera, bajo la fría lluvia.



—Da la impresión de que existen cosas en el cielo y en la tierra que nuestras occidentales mentes científicas no pueden entender.

Asentí, y una oleada de dolor y náuseas amenazó con abrumarme.

—¿El conde...? —pregunté.

Ella encogió sus fuertes hombros con una expresión sombría.

—Supongo que se quedó atrás y lo devoraron. Nos ha prestado una valiosísima ayuda, y ahora podrá acabar la guerra en Afganistán.

Colocó una sartén llena de agua de lluvia y una pistola cargada al alcance de mi mano.

—El coronel está vivo, pero inconsciente; me da la impresión de que el golpe lo dejó sin sentido.

Dudó ligeramente antes de darse la vuelta para marcharse. Se giró y estudió mi cara durante un momento. Creo que vi un cierto sentimiento en su expresión.

—Siento mucho lo de Rodney.

Fue una noche larga y fría, pero los aldeanos y el doctor Montleroy fueron a buscarme por la mañana. No hablamos, ni entonces ni nunca, de lo que vimos.

James sobrevivió, aunque Conrad nunca llegó a recuperarse. Tuve algunos encuentros posteriores con el coronel Moran, hasta que se marchó en busca de regiones más frías. Tengo entendido que acabó muy mal.

Y en cuanto a la señorita Adler, no volví a verla. Pero, hasta hoy, me persiguen en sueños su rostro y, de forma menos agradable, esas fantasmagóricas palabras («¡lä! ¡lä Hastur c'ayah 'vugtlaglun Hastur!»). Desde entonces no he vuelto a ser capaz de empuñar un arma por deporte.





## El caso de la ondulada daga negra

Steve Perry

Holmes estaba sentado en su silla de cuero acolchada, preparando su pipa de raíz. La habitación se encontraba más o menos silenciosa. Un pequeño fuego de carbón ardía en el hornillo de hierro situado sobre el ladrillo que había frente a la chimenea; el metal crepitaba ligeramente debido al calor. Dos lámparas de aceite con buenas mechas proporcionaban suficiente luz como para poder leer, y al estar la ventana solo ligeramente abierta, los vientos invernales y el frío se mantenían lo bastante a raya. Un chal de lana sobre los hombros completaba la defensa contra el menor soplo de viento helado que pudiera abrirse paso hasta la habitación. Desde la pieza adyacente, que tenía la puerta entreabierta, se oían los ronquidos de Watson, no tan altos como para impedirle la concentración, pero sí lo suficiente como para señalar la posición del médico con absoluta precisión.

No resultaba tan cómodo como el 221B de Baker Street, pero era un refugio más que suficiente para su breve visita a la ciudad de Nueva York. Desde luego, había estado en lugares peores.

Holmes introdujo un buen pellizco de tabaco húmedo en la cazoleta de su pipa de raíz. No se trataba de su meerschaum favorita, a la que los años habían vuelto de color dorado, pero esa belleza era demasiado valiosa como para arriesgarse a perderla o dañarla en un viaje a la salvaje América. Compactó el tabaco, utilizando para ello un sello de oro macizo que le regalara Su Majestad Victoria Regina años atrás, debido a su valiosa ayuda en el asunto de las cartas de amor robadas. Cuando estuvo seguro de que produciría suficiente humo, encendió una cerilla, permitió que se desvanecieran los vapores de la apestosa ignición del sulfuro y luego, con cuidado, bajó la llama hasta la



cazoleta e inhaló hasta que se produjo un alegre resplandor y un fragante humo azulado le cubrió el rostro.

Ah...

Dio otra calada, exhaló el humo y asintió.

Ahora la noche podía volverse interesante.

—Buenas noches —dijo, mirando a la pipa—. Sé que se esconde ahí. ¿Por qué no sale y se une a mí?

Transcurrieron unos segundos. Y entonces, desde la oscura sombra del alto ropero de madera en el que guardaba su ropa de viaje, apareció una mujer.

Era alta, esbelta como un junco y, al igual que el sucio ropero de roble, su piel era oscura. Llevaba puesta una blusa verde de lana de manga larga y una falda negra de lana cuyo dobladillo rozaba las punteras de unos bonitos zapatos. Llevaba su brillante pelo negro recogido en lo alto de la cabeza. Si se lo dejara suelto probablemente le llegaría a la cintura, o eso supuso Holmes. Cuando sonrió, sus dientes brillaron blancos y puros, en contraste con sus facciones café au lait. A pesar de que él no solía disfrutar de los placeres sensuales que podían encontrarse en la mayor parte de las compañías femeninas, tenía que admitir que se trataba de una mujer atractiva; extraordinariamente atractiva.

—Buenas noches, señor Holmes —dijo ella.

Él dio otra profunda chupada a su pipa y permitió que el humo saliera culebreando de su delgada nariz y de su boca, rodeándole la cabeza.

—¿Nos ponemos a ello? —preguntó él. Señaló con la mano que tenía libre la silla que se encontraba frente a la que ocupaba, una que permitiría que la cara de la mujer quedara iluminada por la lámpara más cercana.

Ella asintió y se dirigió hacia la silla. Poseía la gracia felina de una tigresa.

—Allí tiene un decantador de oporto, y otro de güisqui en la mesita auxiliar. Por favor, sírvase lo que quiera.



—Muchas gracias, pero no suelo beber ese tipo de bebidas espirituosas.

Él sonrió. En ocasiones se lo ponían criminalmente fácil.

Se trataba de una prueba acerca de sus habilidades, por supuesto, y excepto por el hecho de entrar a hurtadillas y por lo de esconderse entre las sombras, no era algo demasiado poco frecuente. Ya se había acostumbrado a semejantes aventuras. Ocurrían con mayor frecuencia desde que Watson había comenzado a relatar sus casos, y tenía que admitir (incluso a pesar de que nunca permitiría que Watson lo supiera) que disfrutaba con esos pequeños desafíos.

El ingenio, igual que si fuera una cuchilla, necesitaba afilarse de cuando en cuando para no embotarse. La lástima era que hubiese tan poca gente que pudiera igualarse con una mente como la suya. Mycroft nunca estaba cerca cuando lo necesitaba. La mujer difícilmente suponía una amenaza, y, si llegara él a temer algo semejante, tenía a mano un revólver Webley, uno de los varios que Watson poseía, justo en el bolsillo de la chaqueta de su esmoquin. Al fin y al cabo, estaban en América.

Holmes dio otra calada a la mezcla deliciosamente aromatizada de su pipa. Debía admitir que allí tenían un buen tabaco.

Y ahora, a los negocios.

—Déjeme ver. Usted es... una sacerdotisa de una fe exótica, y ha venido hasta aquí desde muy lejos. Yo diría que del trópico, de las islas de las Especies, con una misión de gran importancia. Recobrar un objeto perdido...; no, robado. Ese objeto no posee en sí mismo un gran valor, aunque tampoco es ninguna baratija, pero tiene una gran importancia religiosa y se necesita para realizar un importante ritual. Se la escogió a usted para esta misión debido a que conoce ciertas disciplinas tanto físicas como mentales, y desea mi ayuda para recobrar el tesoro perdido. Existe algún peligro dentro de esta búsqueda, y, a pesar de que el peligro no le asusta, está siendo cauta porque sabe que un paso en falso resultaría fatal.

La sonrisa de diversión volvió a iluminar el rostro de la mujer, a pesar de la débil luz. Él reprimió sus ganas de sonreír. Sabía que esos comentarios casuales y llenos de



confianza siempre impresionaban a los que querían ponerlo a prueba. Incluyó la cabeza en un breve saludo militar, aceptando la sonrisa de ella. Ese era el punto en el que siempre preguntaban, y ese sería el momento en el que él le ofrecería una inteligente aunque elemental reconstrucción de las pistas que lo habían llevado a semejante razonamiento deductivo.

Inspiró profundamente para empezar a hablar, pero ella lo sorprendió.

—Bien dicho, caballero, pero realmente no es tan impresionante, ¿verdad?

Casi se le escapó la pipa. Holmes frunció el ceño, volvió a compactar el tabaco y aspiró otra bocanada de aire, lo que intensificó el brillo ya existente en la cazoleta.

—Podría ofrecerle dos líneas de pensamiento que podrían explicar cómo averiguó usted todas esas cosas —continuó ella—. En primer lugar, mi aspecto. A pesar de que voy vestida como una mujer del lugar, debido a mi complexión y a mis rasgos resulta obvio que soy de ascendencia india, y no europea o africana. Mi inglés, aunque es bastante bueno, aún posee algo de acento nativo, y seguro que a un hombre como usted le resultará familiar la lengua malaya, por lo que no parece tan difícil realizar una suposición amplia acerca de mi lugar de origen. Las islas de las Especias cubren una amplia porción de océano, señor Holmes. ¿Le importaría ser un poco más preciso?

Holmes lo pensó por un momento.

—Bali —contestó. No permitió que su rostro revelara nada.

—Exacto, es verdad. Pero, de nuevo, tampoco es una deducción tan difícil, ¿verdad? Para un oído entrenado, el acento balinés es fácil de detectar. Aunque no es esa la razón por la que usted lo ha averiguado.

Él asintió, cada vez más intrigado.

—Continúe.

—Me ha visto caminar hasta la silla, desde un lugar en el que estuve escondida durante un tiempo antes de que usted se diera cuenta de mi presencia, a pesar de que pretende que lo sabía desde el principio, por lo que ha podido averiguar que poseo un cierto entrenamiento, tanto físico como en cuestiones... de sigilo.



Él volvió a asentir. La mujer resultaba fascinante.

—Por favor, continúe, continúe.

—Dado que el noventa por ciento de los habitantes civilizados de las islas de las Especias profesan la fe islámica, y que tradicionalmente no se admite a las mujeres en los círculos clericales musulmanes, resulta evidente que, con un entrenamiento semejante, debo profesar otra religión, una que sí admita mujeres entre sus adeptos. Bali sigue teniendo más seguidores del budismo y el hinduismo que Java, por no hablar de algunos cuantos reductos de animismo aquí y allá.

Él aspiró más humo. Realmente estaba disfrutando en gran medida de esa conversación. ¡Qué magnífica criatura!

—Y, claro está, la parte más fácil de averiguar es la razón por la que me encuentro aquí. ¿Por qué iba yo a acercarme al renombrado Sherlock Holmes si no fuera para pedirle ayuda respecto a algún asunto que solo él podría solucionar? Tendría que ver con algún tipo de conducta criminal, una persona o un objeto que hubiese desaparecido. Y si simplemente se hubiera cambiado de lugar, no se encontraría a medio mundo de distancia, ¿verdad? Y si estuviese buscando a una persona, un hombre o una mujer de raza india llamaría más la atención y sería más fácilmente identificable en los Estados Unidos que en muchos otros países; en cuyo caso, ¿por qué iba yo a necesitar a un gran detective? De modo que lo que busco debe ser algún objeto difícil de encontrar, y además robado.

—Usted y yo, señora, somos almas gemelas —dijo él, dándose cuenta de que era cierto.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza, sin dejar de sonreír.

—Esos juegos de palabras, aunque divertidos, no prueban nada.

Holmes enarcó una ceja.

—Por supuesto, señora...

—Sita Yogalimari —se presentó ella. Ante la mirada interrogante de él, añadió—. Mis abuelos procedían de Java.



—Ah. —Ella había sabido que él se daría cuenta de que los nombres no eran balineses. ¡Qué maravillosa criatura, que se daba cuenta de que él la comprendería inmediatamente! Había conseguido toda su atención de una forma que jamás había logrado ninguna mujer, con la posible excepción de Irene Adler. Mycroft se habría enamorado de ella. Puede que fuera mejor que jamás se la mencionara a su hermano, precisamente por esa razón...

—¿Puede usted decirme algo más, señor Holmes?

—¿La prueba final, señorita Yogalimari? —Miró la cazoleta. Vacía. Le dio la vuelta, hizo caer los restos sobre el cenicero y colocó la pipa de raíz sobre su soporte con gran precisión. Sabía exactamente qué era lo que ella quería, y, por supuesto, sabía más cosas de las que iba a decir—. Lleva un cuchillo bastante largo oculto bajo la ropa. —Lo pensó un instante, y al final no pudo resistirse—. Un... «kris», creo.

De nuevo, un destello de dientes perfectos. La mujer se llevó la mano a la espalda e hizo algo con el dobladillo de su falda. Cuando volvió a dejar la mano a la vista, sostenía un cuchillo con una vaina de madera tallada de forma intrincada, con un tubo de plata que cubría la mayor parte de su longitud de más de treinta centímetros. La parte superior del arma y de la tallada vaina recordaban a un barco de proa elevada.

Ella se levantó, cruzó la escasa distancia y se la ofreció.

Holmes cogió el arma, poniendo cuidado de hacerlo con las dos manos. Desenvainó la cuchilla, que era ondulada, y la levantó hasta tocarse levemente con ella la frente; la mayor parte de la asimétrica cruz de acero sobre el pomo en forma de pistola apuntaba hacia la derecha. Del metal se elevó un aroma a aceite de madera de sándalo, rico e intenso.

—Qué interesante, señor Holmes. No se esperaba de un inglés que conociera el saludo ritual adecuado para cuando se desenvaina e inspecciona un keris.

Él se encogió de hombros.

—Algo sencillo, señorita Yogalimari, para cualquiera que lea aunque sea un poco el holandés. Han escrito profusamente acerca de estos temas. Incluso el gobernador



Raffles lo menciona en su excelente historia de las islas. —Examinó la hoja. El acero hacía aguas, tenía marcas de un negro oscuro, con un diseño damasquinado de hebras brillantes de níquel que se retorcían entretejidas entre el hierro—. Pamor —dijo—. ¿No es así como llaman a los diseños del acero?

—Sí.

—Y el color oscuro procede de un lavado realizado a base de zumo de limón y arsénico.

—Y secado bajo el sol tropical. El níquel no adquiere la pátina, de ahí los distintos diseños. Sus conocimientos son realmente formidables, señor Holmes. Existen cientos de diseños pamor, cada uno de ellos imbuido de su propia magia. A este, que pertenece a la variedad retorcida, se lo conoce como buntel mayit, el «sudario de la muerte». Es muy poderoso.

Él asintió, acercando la hoja a la luz para examinar el diseño más de cerca. El cuchillo (la daga) tenía cinco ondas que se iban estrechando desde el mango a la punta, y era de doble filo. Se había grabado una pequeña runa en el acero de la base, que reconoció como el símbolo malayo para dexter, la mano derecha. Asintió. Por supuesto. Pero lo dejó correr; resultaba demasiado delicioso. Volvió a mirarla.

—Este kris forma parte de una pareja idéntica —explicó ella—. Fue fabricado hace ciento cincuenta años por un maestro empu, un herrero balinés, a partir de hierro mágico que cayó del cielo.

—Un meteorito.

—Sí. —Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, bajó mucho la voz—. ¿Ha oído hablar usted de... los Primigenios, señor Holmes?

Un escalofrío recorrió los hombros del detective, a pesar del chal.

Ella se dio cuenta de forma inmediata.

—Ya veo que conoce las historias. No había duda respecto a que un hombre de su erudición tendría algún conocimiento de los antiguos textos prohibidos. Existen muchas de estas criaturas de leyenda; entre ellas, una que apareció en Bali, eones antes de que el



hombre fuera a vivir allí. Su verdadero nombre no debe pronunciarse en voz alta, pero en ocasiones se lo conoce como el Devorador de almas, otras como el Devorador de niños, y otras veces, simplemente como la Naga Negra. La leyenda cuenta que la Naga Negra se despierta cada mil años para comer y que, antes de volverse a dormir, cientos de personas se han convertido en su alimento. Solo busca a los más puros entre los puros y cualquier hombre que se interpone en su camino es destruido, pues se afirma que la Naga Negra posee seis brazos y nueve piernas, y que exhala un vapor venenoso tan nocivo que su toque provoca que la madera arda instantáneamente, e incluso que la roca se funda. Sus dientes, que se cuentan por un centenar, son más largos que los dedos humanos, y puede arrancarle un brazo a un hombre de un mordisco en un abrir y cerrar de ojos. —Hizo una pausa antes de continuar—. Y se dice que tiene dos corazones.

Holmes no dijo nada, pero no apartaba los ojos centelleantes del rostro de ella.

—Sí, ya veo que lo entiende. Es esa la razón para los dos kris. Deben atravesarse los dos corazones a la vez para conseguir la muerte verdadera. Aunque los kris se prepararon y forjaron hace siglo y medio, la próxima hora de la Naga Negra tan solo acaba de comenzar. En menos de un año se sacudirá la tierra y las telarañas de encima y se levantará, surgirá de su cueva escondida para matar y alimentarse de sus víctimas.

—Y usted cree en la existencia de ese monstruo. —No era una pregunta.

—Sí.

—Pero, ¿quién se atrevería a enfrentarse a una criatura tan temible, si es que realmente hay alguien, señorita Yogalimari?

—Solo alguien a quien se hubiera entrenado desde el nacimiento para un enfrentamiento semejante, caballero. Entrenado rigurosamente en las artes malayas y balinesas del pukulan y el pentjak silat, experto en el sistema de boxeo propio de China, conocido como kun-tao.

—¿Y una persona así podría confiar en derrotar a la Naga Negra?

—Si estuviese armada con los kris mágicos diseñados y encantados precisamente con ese propósito, sí. Una persona así podría confiar en obtener la victoria. Aunque, por





supuesto, nunca sería una certeza.

— Ese hombre sería realmente formidable.

Apenas la vio moverse. En un momento estaba en la silla, sonriéndole benignamente, y al siguiente se encontraba a su lado, con una mano tocándole ligeramente la cabeza y lo que parecía ser una aguzada uña presionándole con suavidad un lado del cuello.

— Antes de que usted pueda desenfundar su revólver, señor Holmes, yo podría, si así lo deseara, seccionarle la carótida de tal forma que ni el doctor Watson con toda una cohorte de los mejores cirujanos de campaña de Inglaterra sería capaz de detener la hemorragia a tiempo de salvarle la vida.

Más allá del respingo inicial debido a la sorpresa, Holmes no reaccionó de modo alguno a su repentina amenaza. Ella retrocedió ligeramente, y lo que él había pensado que era una uña resultó ser un pequeño cuchillo en forma de garfio, no mucho más largo que un dedo.

Habiendo mantenido, más o menos, la compostura, volvió a coger su pipa de raíz y su bolsa de tabaco. Mientras volvía a llenar la cazoleta, se fijó en que la mujer tenía unos cuantos mechones de cabello fuera de lugar, y dedujo dónde había ocultado la cuchilla. Frunció los labios sorprendido, pero sin sentir miedo. ¡Era magnífica! Semejante mente, y en un cuerpo tal... Resultaba difícil de creer.

Realmente iba a tener que replantearse su opinión acerca de las mujeres.

Ella regresó a su silla con la gracia de una acróbata y se volvió a sentar.

Holmes encendió su pipa y se puso a fumar, dando reflexivas caladas. Con calma (o al menos así se lo pareció a él), dijo:

— Pero usted habló de dos líneas de pensamiento, señora.

Esperó a que ella sonriera, y no se vio defraudado.

— Oh, sí. La segunda forma en la que usted habría podido explicar rápidamente su revelación expositiva es mucho más sencilla, a pesar de que estoy segura de que sus



dotes de observación son tan agudas como las del más perspicaz de los... hombres.

Él se dio cuenta del énfasis con el que pronunció la última palabra, y supo que ella así lo había querido.

—¿Y sería...? —preguntó, gesticulando suavemente con la pipa de raíz, a pesar de que sabía lo que ella le iba a decir. ¡Qué juego tan maravilloso estaba resultando! Nunca había participado en algo tan intrigante.

De nuevo, no quedó decepcionado.

—Usted esperaba a alguien como yo, caballero. Porque ya había visto el compañero de este kris diseñado para acabar con la Naga Negra. Y, de hecho, esa arma está en su poder. Una vez llegué y me di a conocer, usted supo de forma inmediata quién era yo y por qué estaba aquí.

Holmes sintió que empezaba a formársele en el rostro una sonrisa tan genuina como ninguna otra.

—¡Bravo, señorita Yogalimari, bravo! ¿Cómo dio conmigo?

Ella se inclinó ligeramente, y él se dio cuenta por primera vez de que se le marcaban los pechos bajo el tejido de la blusa.

—El ladrón fue Setarko, un malayo con conexiones en Hong Kong —contestó—. Robó la pareja de dagas hace unos veinte años.

»Los responsables de su cuidado las buscaron a lo largo y ancho del mundo durante dos décadas. La cuchilla para la mano derecha fue encontrada arrinconada en un almacén del Royal Dutch Museum, en Batavia. —Señaló la daga que Holmes tenía en el regazo—. La otra daga, la que estaba marcada como sinister, continuó desaparecida.

»Pero antes de que... falleciera, se supo que Setarko el ladrón había hecho negocios con el difunto profesor Moriarty, que coleccionaba esos objetos. Setarko admitió que le había vendido una de las hojas a su némesis. Cuando Moriarty murió se vendió gran parte de sus pertenencias, pero esa colección no llegó a salir a la luz.

—¿Y asumí que la tenía yo?



—Consideré esa posibilidad.

—Pero difícilmente podría estar totalmente segura.

—No hasta esta noche.

—¿Y qué fue lo que se lo confirmó? —Lo sabía, pero quería oírlo de boca de ella.

—Un hombre lo bastante experto como para darse cuenta de que escondía una daga bajo mi camisa también debería serlo como para saber que llevaba otras armas escondidas por todo el cuerpo. No se dio cuenta del kerambit, la garra del tigre que usaba como pasador.

Cierto. Pero dijo:

—No puede estar segura de eso.

—Sí puedo. Un luchador con suficiente entrenamiento como para descubrir el tipo de armas que llevo encima no me habría permitido situarme dentro del radio de ataque con ellas, puesto que sabría que puedo utilizarlas con habilidad mortal. Usted no es un luchador habilidoso, señor Holmes, excepto en combates de ingenio. Por tanto, la única forma en la que pudo saber que yo llevaba el kris es que sospechara que portaba el compañero del suyo. ¿Un hombre que posee un kris tan finamente labrado como estos, marcado con la palabra malaya que significa sinister, un hombre con un intelecto como el suyo? Por supuesto que habría sospechado que, en alguna parte, habría un dexter. En cuanto me vio, una mujer balinesa, estableció la conexión. Fue algo realmente inteligente de su parte dar ese paso. Casi propio de la intuición femenina.

—Nunca pensé que una mujer pudiera ser tan brillante —reconoció Holmes, posiblemente de forma algo brusca—. Haber seguido un camino tan largo, haberme encontrado y haber descubierto todo lo que quería saber, así como todo lo que yo sabía... Y todo ello en tan poco tiempo. Estoy impresionado.

—Se me considera la menos inteligente de todas mis hermanas, señor Holmes. Mis talentos se encuentran principalmente en habilidades más brutales.

—Eso he visto —replicó él—, aunque sospecho que es usted demasiado modesta. —Ella sonrió ligeramente ante el cumplido. Holmes se puso en pie—. En fin, permítame



que vaya a buscarle el kris. —Fue hasta la caja de madera en la que guardaba la reliquia y la abrió. Sacó el arma, la envolvió en seda negra, cruzó la habitación y se la ofreció.

Ella la cogió reverentemente, con una ligera inclinación.

—¿No va a examinarla?

—No es necesario. Usted es un hombre de honor, ¿no es así?

Él asintió, complacido por el uso que hacía ella del término.

—¿Y qué va a hacer usted una vez se encargue de la Naga Negra, señorita Yogalimari? ¿Cuándo toda una vida de entrenamiento mortal ya no sea necesaria? Asumiendo, por supuesto, que sobreviva al enfrentamiento.

—Regresaré con mis hermanas y enseñaré mi arte a las jóvenes. Siempre se necesitarán mujeres que posean estas habilidades. Y esperaré a ver lo que me depara la vida.

Él sopesó con mucho cuidado sus siguientes palabras.

—¿Y se les permite recibir visitas?

Ella volvió a sonreír de esa forma tan suya, y él sintió una extraña calidez al verla.

—Normalmente no. Pero puede haber excepciones. A usted no necesito decirle dónde encontrarme, en caso de que vaya a viajar a la zona, ¿verdad, señor Holmes?

Él sonrió. Otra prueba.

—Ha sido todo un placer haberle servido de ayuda, señora. Espero que algún día nos volvamos a ver. —Le hizo una reverencia. No era necesario desearle que tuviera un viaje seguro; ella podía encargarse perfectamente de ello.

La mujer asintió.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, señor Holmes, buena suerte.

Salió de la habitación como una sombra, como un espectro, y desapareció.

Holmes se volvió a sentar en su silla y trató de retomar la lectura de las estadísticas del cultivo de cereal en Sudáfrica, pero su concentración era menor de lo



que debería ser. Al cabo de un rato, oyó cómo los ronquidos de Watson se detenían de forma abrupta. Segundos después su amigo apareció en la puerta, vestido con su gorro de dormir y su camisón, y arrastrando sus raídas zapatillas por el suelo de madera. Metió la cabeza en la habitación, echó un vistazo a su alrededor y frunció el ceño.

—Yo diría, Holmes, que lo he oído hablar con alguien.

El detective volvió a echarse el chal sobre los hombros; a pesar del fuego, la habitación estaba mucho más fría. A lo largo de los años había pocas aventuras suyas (realmente muy pocas) que no hubiesen encontrado un hueco en los relatos de Watson. Normalmente se debía a razones de seguridad nacional. E incluso, más raras veces, por la seguridad de la humanidad.

Respondió a la pregunta que le hacía su viejo amigo.

—Tan solo con la mujer de mis sueños, Watson.

—Mmf. —Watson le echó un vistazo y luego bostezó, se giró y se volvió a la cama—. Bueno, pues entonces buenas noches, Holmes.

Holmes sonrió. Sí. La verdad es que había resultado una noche realmente buena.



## Un caso de sangre real

### Steven-Elliot Altman

Todo comenzó con un curioso cable que recibí una húmeda tarde de febrero cuando me encontraba en mi lugar favorito, los baños turcos que se encuentran en el 33 de Northumberland, uno de los establecimientos más discretos y solicitados de la ciudad. Después de darle instrucciones a mi ayuda de cámara para que fuera a buscar mis ropas, llamara a mi cochero y se cobrara un chelín de mi abrigo por sus servicios, me sequé con una toalla y volví a leer el cable, intentando llegar a creerme su contenido y procedencia. Decía:

«Estimado señor Wells:

Se precisa su ayuda en una investigación de especial importancia para la familia real de los Países Bajos. Se ruega comunique al señor S. Holmes si acepta participar.

Sec. de S. M. Emma de Waldeck-Pyrmont»

Mientras nos dirigíamos a Regent's Park a través de los mal tendidos adoquines, en la parpadeante luz de gas, volví a leer otra vez la nota, preguntándome en qué se podría necesitar que yo ayudase al famoso Sherlock Holmes, un hombre conocido en toda Europa debido a sus increíbles habilidades en la investigación. Yo, un simple maestro y escritor de ficción, apenas lo conocía, excepto por las contadas ocasiones en las que cenamos juntos en compañía de nuestro mutuo amigo John Watson y por el conocimiento de sus casos, que compartía con todos los londinenses gracias a lo relatado por el Daily Press. El reciente matrimonio de Watson, así como su también reciente



adquisición de una casa, le había exigido regresar a la práctica de la medicina civil, y me pregunté si, sencillamente, no desearía Holmes algo de compañía, y si el cable no sería más que un simple artificio.

El coche se detuvo ante el 221B de Baker Street y me bajé, indicándole a mi cochero que esperara mi regreso. Llamé al timbre y la casera de Holmes, a la que se había informado de mi posible llegada, me hizo pasar. Me condujo al estudio, donde me calenté las manos ante el fuego de la chimenea y me fijé en el escritorio del hombre, abarrotado hasta la saturación. La habitación olía a humo de pipa, y las pesadas cortinas daban a uno la impresión de encontrarse en un funeral. Sobre la mesa cercana a un sillón, bajo una vela en precario equilibrio, se encontraba un ejemplar de mi última novela, satisfactoriamente ajada y con señales de haber sido muy leída; sospechaba que la habían colocado allí para halagar, aunque el hecho en sí no me molestaba.

Unos pasos ligeros me anunciaron la llegada de mi anfitrión: de constitución delgada, el pelo alborotado, vestido con una bata morada y unas zapatillas persas de andar por casa. Los ojos vivos y las marcadas facciones eran exactamente como las recordaba, aunque tenía entonces un cierto nerviosismo que achaqué a la falta de sueño.

—Wells —exclamó en un tono que era, a la vez, familiar y confiado—, qué considerado por su parte llegar tan pronto a una hora tan tardía. —Me estrechó firmemente la mano, y luego sacó una caja de Burns & Hill y me ofreció uno.

—¿Qué demonios está pasando, Holmes? —quise saber, aceptando la oferta.

—Vamos, vamos, Wells —me respondió, mientras prendía una cerilla y encendía nuestros puros—. Lo conozco bien, debe de estar lleno de curiosidad. Y puede que, precisamente, se trate de demonios. Por favor, siéntese.

Movió su sillón para colocarlo frente al mío, y, con la parpadeante luz iluminándole la frente, esbozó una sonrisa sardónica.

—Veo que está usted trabajando duramente en su próxima novela, y que le han pagado bien la última. Y además, hace menos de una hora se encontraba usted en los baños de Northumberland.



—Así que hablando con mi editor... Y supongo que también habrá empleado su habitual red de irregulares.

—No —me contestó—. Simplemente me he dado cuenta de la mancha de tinta fresca que hay en el puño de su camisa y de que su aliento huele a Glenfiddich. No es una bebida que pueda permitirse un hombre pobre. Y solo he olido ese tipo de talco en dos lugares de Londres: un burdel de Camden, lugar que usted no suele frecuentar, y los baños que se encuentran en el 33 de Northumberland. Y sus uñas están impecablemente limpias.

Sacó del aparador dos vasos cortos y una botella de plata y los colocó en la mesa que había entre nosotros. Le mostré mi falta de interés, puesto que ya había bebido bastante para la hora que era y esperaba encontrarme pronto en compañía de mi esposa.

—Estoy bastante impresionado, Holmes. Y ahora haga el favor de explicar el contenido de este cable antes de que estalle de nervios.

Holmes se volvió a sentar y juntó los dedos.

—Estoy seguro de que es usted consciente, gracias a las dramatizaciones bastante elaboradas que realiza Watson de mis casos, de que no acepto ninguno que no encaje con mis criterios personales. Debe tratarse de algo que se produzca en circunstancias fantásticas o poco habituales, y que el investigador más experimentado no pueda resolver con facilidad. Además, la naturaleza del crimen debe ser de lo más oscura. Los crímenes de escasa importancia son siempre tremendamente aburridos de resolver, e invariablemente se producen debido a la pobreza, la avaricia o un amor no correspondido. Solo me interesa el mal más puro, aquellos casos que, a simple vista, parecen desafiar la lógica o la moralidad, crímenes que provienen de una fuente arcana, aunque mortal, que aún tengo que desvelar.

—Lo aplaudo, Holmes. Y asumo que este asunto holandés se trata de un caso de estas características, ¿verdad?

—Así es —respondió Holmes.

—¿Y cuál es el crimen? —le pregunté.





—Intento de asesinato de un miembro de la familia real, al parecer por parte de un poltergeist.

Me incliné hacia delante en mi silla y pedí esa copa que antes había rechazado. Holmes me sirvió un escocés doble.

—¿Un poltergeist, dice usted? Dígame que no cree en esas cosas.

Me taladró con una mirada que me dejó helado.

—¿Cree usted en esas cosas, Wells?

—No, no creo en ello, a pesar de que, como usted bien sabe debido a nuestras conversaciones, el estudio de las ciencias ocultas y de los mitos constituye la base de muchas de mis obras de ficción.

—¡Ah! —exclamó Holmes, con la luz danzando en sus grises iris—. Exactamente, querido Wells, y esa es la primera en la larga lista de razones por las que deseo reclutarlo: su amplio conocimiento en la materia en cuestión y, al mismo tiempo, su escepticismo respecto a su validez. Debido a los detalles de los que hasta ahora se me ha informado, estoy convencido de que ha habido un intento de asesinato, y de que un segundo intento se producirá de forma inminente. Todos los participantes creen que hay un espectro involucrado en el asunto, y esa creencia basta para darle color al crimen anteriormente mencionado. Nuestra misión consiste en exponer la falsedad de semejante pretensión, minarla y capturar a los responsables. Sin mencionar que la joven princesa Guillermina es, aparentemente, admiradora suya. ¿Vendrá conmigo a Holanda?

—¿Está usted seguro de que mis conocimientos servirán de algo?

—¿Qué es un poltergeist, Wells?

—Estoy seguro de que usted ya sabe, por haber consultado su Britannica, que poltergeist es un término alemán, en el que polter significa «ruido» y geist «fantasma». Un poltergeist es un espíritu sin cuerpo que alberga propósitos malignos. Sin embargo, un experto en ocultismo encontrará esta definición demasiado genérica y carente de significado, con poca utilidad en taxonomía y ninguna en propósitos prácticos. Yo



mismo podría citar otras dos decenas de moradores de lo oscuro que pueden aplicarse específicamente a la mitología holandesa, pero primero necesitaría saber muchos más datos respecto a los sucesos observados. ¿Qué fue lo que vieron? ¿Quién lo vio y cuándo? Podría haber sido cualquier cosa, desde un maligno kobold a un fetch hogareño. ¿Qué ocurrió antes de...?

—Sí —afirmó él, interrumpiendo mi explicación—. Estoy totalmente seguro de que podrá ayudarme. Lleve suficiente equipaje para, al menos, una semana. Y asegúrese de llevar equipo para la lluvia; el clima de Holanda hace parecer a Londres un lugar cálido. Saldremos mañana del puerto de Harwich hacia Róterdam. —Y, con eso, se puso en pie, me estrechó la mano con fuerza y añadió—: Gracias, Herbert. Creo que encontrará este viaje realmente inspirador. —Y me deseó buenas noches.

Mientras volvía a entrar en mi coche miré hacia su ventana, pues alguien acababa de empezar a tocar el violín con un gran fervor; una sombría pieza de Liszt. Mi cochero arreó al caballo y nos pusimos en marcha en dirección a Whitechapel. Tenía poco tiempo para pensar en cómo iba a explicarle a mi mujer esta súbita aventura.

El capitán del vapor holandés Dordrecht nos dejó viajar gratis en su buque, asegurándonos sus servicios personales. La libra esterlina estaba por entonces por encima del florín, pero la discrepancia carecía de importancia, ya que éramos huéspedes de la Corona; tuve que obligar a Holmes a que permitiera que nos trataran como a tales. Daba la impresión de que Holmes no sabía demasiado acerca de los placeres terrenales, y de que le importaban poco los lujos que la riqueza puede proporcionar. Lo envidié debido a su resignación burguesa. En el viaje a través del Canal disfrutamos de buen tiempo y no hubo ningún problema, por lo que pasamos gran cantidad de tiempo en cubierta, discutiendo las intrigas políticas holandesas.

—Holmes, debo admitir que no estoy demasiado familiarizado con la actual familia real, dejando a un lado al rey Guillermo y a, ejem, su mucho más joven esposa, Emma —admití algo avergonzado—. Si me hace el favor de identificar a los jugadores...



—Es comprensible, Wells; hasta que el mundo está en guerra no se nos ocurre mirar más allá de nuestra puerta. En realidad, Su Majestad Emma de Waldeck y Pyrmont, nuestra encantadora anfitriona, es cuarenta y un años más joven que el rey, y, de hecho, es su segunda esposa.

—Ah, sí, la primera fue Sofía. Corren rumores de que él le pegaba —dije yo.

—Nunca confíe en la conjetura, querido Wells, especialmente en lo que respecta a los holandeses. Son orgullosos y protectores. —Me hizo observar a una pareja de ancianos que habían oído mi comentario y que ahora nos dirigían miradas furiosas.

—Tomo nota; continúe —dije.

—La reina Sofía le dio a Guillermo tres hijos: el príncipe Nicolás, el príncipe Federico y el príncipe Alejandro. Federico murió a los siete años; de meningitis. Al parecer, el médico de la corte equivocó el diagnóstico, y cuando Sofía pidió una segunda opinión el rey se la negó. Cuando el niño murió, Sofía, muy enfadada, abandonó al rey y regresó a su Württemberg natal.

—Bien hecho por su parte —dije alegre—. Pero tuvo que haber algún tipo de reconciliación; hubo un tercer hijo.

—Por supuesto, Wells, lo hubo: Alejandro, un año después. Se decía de Su Majestad que tenía bastante mal carácter, que era vengativa y caprichosa y que hizo que los niños odiaran a su padre. Otro hecho poco conocido es que era prima hermana del rey Guillermo.

—Qué escándalo —repuse, algo más alto de lo que era necesario, ante el comentario de Holmes.

—Los príncipes supervivientes también proporcionaron a Holanda una buena cantidad de escándalos —continuó— antes de que su madre falleciera de una enfermedad sin diagnosticar en el verano de 1877. Y entonces el rey se desposó con la joven Emma, lo que no hizo más que acentuar el abismo existente entre sus hijos y él. Nicolás fijó su residencia en París y Alejandro marchó a Suiza. Un año después, Emma dio a luz a una niña.



—La encantadora princesita Guillermina. Debe de tener ahora unos ocho o nueve años.

—Vaya, Wells, no estaba usted tan mal informado como me hizo creer.

—Y esta joven princesa es la víctima de nuestro intento de asesinato y de este supuesto hechizo.

Me puse en pie y me dirigí a la borda del barco, desde donde podían verse ya las hileras de molinos de viento, que en la distancia parecían alfileres ennegrecidos alineados a lo largo de la costa. Recordé de las lecciones del colegio que aproximadamente la mitad del país se encontraba por debajo del nivel del mar; los ingenieros holandeses se habían vuelto expertos en el colosal sistema de canales, diques y molinos que servía para extraer el exceso de agua del encharcado suelo, y hacer así emerger la tierra sumergida. Ahora mantenían una guerra constante para evitar que el mar reclamase el país.

—De acuerdo, Holmes, picaré el anzuelo y afirmaré que uno de los príncipes es el que ha creado este hechizo ficticio, movido, obviamente, por los celos y el afán de venganza.

—Y estaría usted totalmente equivocado, querido Wells. —Holmes se reunió conmigo en la borda—. Al menos, en lo que respecta a la elección del culpable. Los dos príncipes ya murieron; Nicolás en un duelo a causa de una mujer, y Alejandro de fiebres tifoideas.

Llegar a Holanda fue como retroceder diez años en el tiempo, tanto con respecto a la moda como por la falta general de instalaciones. Respecto a la cultura holandesa yo sabía muy poco, en concreto que se los conocía por criar a los hombres de negocios más duros y que adquirirían gran cantidad de literatura inglesa con grandes descuentos. A pesar de que Holmes hablaba bastante bien el holandés, resultó que la mayoría de la población tenía amplios conocimientos del inglés de la reina y que, al contrario que los



franceses, estaban dispuestos a demostrarlo en nuestra presencia.

Nos estaba esperando en el muelle un carruaje de primera clase junto con una escolta armada de cinco hombres. Inmediatamente, Holmes fue reconocido y saludado por un hombre gigantesco, de casi siete pies de estatura y diecinueve piedras<sup>3</sup> de peso, llamado Jan Gent, que poseía una barbita corta y una paciencia aún más corta. A pesar de que el capitán Gent era el paradigma de la cortesía militar, su tono y sus maneras dejaban claro que se encontraba preocupado.

—Bienvenidos a los Países Bajos. Se requiere su presencia inmediata en palacio. Por favor, vengan por aquí. —Esta sería la traducción aproximada de la bienvenida completa que le dirigió a Holmes.

Una vez trasladado nuestro equipaje, subimos al carruaje y en cuestión de minutos ya habíamos dejado el puerto atrás, con los soldados encima, en sus puestos. Los viandantes se detenían y nos observaban maravillados; deduje que no era demasiado normal ver por la zona soldados armados con fusiles.

—Capitán, ¿el público en general está informado de la amenaza a la princesa? —le preguntó Holmes a Gent.

—Hemos hecho todo lo posible para que la información no trascienda —contestó él en su mal inglés—. No obstante, estoy convencido de que existen rumores. Cerca de una media docena de sirvientes han dejado su empleo en palacio desde que todo esto empezó.

Holmes asintió.

—Voy a necesitar una lista con sus nombres y otros datos.

—Por supuesto. ¿Desea que los llamemos a todos para ser interrogados?

—Es algo pronto para ello —contestó Holmes—. Pero recordaré esa posibilidad.

Holmes dirigió mi atención hacia algunas marcas importantes del terreno mientras el fuerte olor de los muelles y los bastos adoquines de Róterdam se

---

<sup>3</sup> Medida británica de peso equivalente a 6,35 kilos. N. de la T.



transformaban rápidamente en la prístina y elegante arquitectura de Den Haag, o La Haya, como la llamábamos nosotros, los ingleses. El palacio de Noordeinde, residencia actual de la familia real, surgió al final de un bello camino, rivalizando con el monumental esplendor de cualquier alojamiento real británico. La estructura estaba formada por unas enormes arcadas de mármol de estilo romano que, además, resguardaban a los hombres y mujeres que se refugiaban allí huyendo de un grupo de nubes negruzcas que se cernían amenazadoramente sobre ellos.

El cochero se detuvo ante la puerta principal y, mientras el buen capitán le abría la puerta a Holmes, surgió de las sombras una niña de unos doce años que se abalanzó sobre nosotros, aferrando en su manita un ramillete. En un instante, nuestros guardias apuntaron con sus fusiles, y el capitán desenvainó su sable y mantuvo el filo de su hoja amenazadoramente cerca de la garganta de la niña. Tras dejar caer el ramillete, la niña empezó a llorar y sollozar. Holmes se arrodilló y recogió del suelo los tulipanes envueltos en tela. Una vez bajaron las armas, el capitán volvió a envainar el sable y pidieron las disculpas, se llevaron a la niña de allí.

—Están realmente nerviosos —susurró Holmes mientras Gent nos conducía a través de las puertas. A cada giro y contragiro del edificio nos encontrábamos con guardias que se cuadraban a nuestro paso, con ojos fieros y enrojecidos debido a lo que Holmes dedujo como falta de sueño, admitiendo que conocía bien los síntomas.

Nuestros alojamientos consistían en dos habitaciones contiguas, cuyo esplendor y buen gusto ya se puede usted imaginar. Nos refrescamos y nos preparamos para nuestra audiencia con la reina. Gent llegó poco después para conducirnos, a través del salón real, hasta la salita de té, una lujosa pieza que no se parecía en absoluto a ninguna otra que hubiera visto al pasar, con hermosas alfombras europeas de seda, librerías llenas de volúmenes muy leídos, una chimenea, candelabros de cristal y varias sillas y sillones muy cómodos. Mientras esperábamos, el capitán dispuso varios guardias más a cada extremo del corredor y Holmes y yo observamos en silencio la habitación.

—Una atmósfera totalmente propia de un encantamiento, ¿eh, Holmes?

—Por supuesto —dijo a nuestras espaldas una suave voz acostumbrada a



mandar. Nos giramos para recibir a Su Majestad Emma de Waldek-Pyrmont, una belleza morena de unos treinta años, con rosadas mejillas y sensatos ojos verdes, que llevaba un vestido atemporal que denotaba de gran riqueza. Pareció deslizarse, en lugar de andar, al acercarse hasta quedar ante nosotros.

—Disculpadnos si no nos inclinamos, Majestad —dijo Holmes con respeto.

—No se disculpe —respondió ella graciosamente, al parecer complacida por la presencia de Holmes—. Ustedes son súbditos de una reina inglesa. Y, en estos momentos, nuestros distinguidos invitados.

—Dankuwel. —Holmes le besó la mano—. Wij zijn hoogst vereed.

—U bent meer dan welkom, señor Holmes —respondió la reina—. Uw Nederlandsch es uitstekend. —Y entonces, cambiando fácilmente al inglés, añadió—: Pero acogamos a su compatriota, el señor Wells. Caballero, usted también es bien recibido. Como pronto descubrirá, mi hija es una tremenda admiradora de su Crónica de los argonautas. Y en cuanto a nuestra atmósfera encantada, estoy de acuerdo con usted. Por favor, tomen asiento.

Holmes y yo nos sentamos en sillas opuestas. La reina se colocó ante la chimenea, dándonos la espalda, como si la historia que estaba a punto de contar la hubiese dejado repentinamente helada.

—Fue en esta misma habitación, caballeros, donde fue atacada mi hija, Mina. Acababa de caer la noche y estaba sentada en la misma silla que ha escogido usted, señor Wells, sola, leyendo a la luz de las velas. La puerta estaba cerrada desde el interior.

Holmes asintió para sí mismo, desviando la mirada hacia la puerta para examinarla.

—Un ruido llamó su atención y levantó la vista. Ya no estaba sola. Estaba... la niña.

—¿La niña? —pregunté yo, aún más interesado debido al énfasis que había dado a la frase.



—Sí, señor Wells, así es como llamamos a este intruso invasor y claramente maligno.

—¿Así que debo inferir que se ha visto a esta niña en más de una ocasión? —preguntó Holmes.

La reina se giró hacia nosotros, su rostro ahora privado totalmente de color.

—Desde el ataque, se la ha visto en siete ocasiones hasta la fecha.

—De ahí el extendido sentimiento de sospecha que existe entre vuestros guardias y el incidente excesivamente exagerado del que fuimos testigos en vuestra puerta, y que involucraba a una niña —comentó Holmes.

—¿Habéis visto en persona a la niña? —pregunté yo.

Ella asintió, evidentemente aterrada.

—Una vez, al despertarme en mi dormitorio.

—¿Podrías describírnosla, por favor?

La reina empezó a gesticular.

—Su aspecto es el de una joven morena de unos dieciséis años. Su piel es de un blanco lechoso, sus ojos oscuros. Va vestida de lino blanco y se mueve con una gracia innatural. Ella...

—Por favor, no os calléis ningún detalle —le indicó Holmes cuando ella hizo una pausa—. Os aseguro que no hay motivo alguno para no contarle todo, ni siquiera por motivos de incredulidad o discreción.

La reina asintió y dijo:

—Para ser honestos, se parece asombrosamente a la propia Mina... —Volvió a hacer una pausa.

Holmes me hizo una seña para que yo continuara.

—Por favor, Majestad, seguid —le dije.

La reina inspiró profundamente.





—Mina, inocentemente, le preguntó cómo se llamaba y ella no quiso contestar, simplemente se humedeció los labios y le susurró a Mina su propio nombre. De alguna forma, Mina supo que estaba en peligro y empezó a chillar, tirándole libros a la niña y corriendo por la habitación para mantenerse alejada de ella. El capitán Gent oyó los gritos y echó la puerta abajo...

—Continuad, Majestad. ¿Qué vio el capitán cuando entró?

—Encontró a Mina inconsciente, con manchas de sangre en el cuello y en el camisón —contestó ella valientemente.

Holmes y yo nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta. Él examinó el lugar en el que el cerrojo aseguraría la puerta.

—Esta puerta ha sido forzada, al parecer mediante varias patadas. Mire aquí, estas grandes marcas en la madera.

Mi atención se había centrado en otra parte, en una mancha extraña; la huella de una mano, solo visible desde un ángulo determinado debido al parecido con el color y la textura de la madera, situada al nivel del pecho, sobre la superficie exterior de la puerta.

—Holmes, mire esto —le dije.

Holmes sacó su lupa mientras la reina se acercaba rápidamente para observar lo que habíamos encontrado.

—Ciertamente, se trata de sangre —dijo él.

—Da la impresión de que esta huella ensangrentada se hizo a la entrada, no a la salida —comenté yo.

—Haced el favor, Majestad, de colocar vuestra mano sobre la puerta para poder examinarla —pidió Holmes, y ella colocó su delicada mano sobre la huella.

Holmes bajó su lupa.

—Parece tener el tamaño de la mano de una niña. Ciertamente, no la hizo la manaza de vuestro hombre, Gent.

—Podría ser la huella de Mina —sugerí yo—, dejada después del ataque.



—Pero estaba inconsciente cuando Gent la sacó de la habitación —replicó la reina.

—¿Cuánto mide Mina? —preguntó Holmes.

—Apenas un metro.

—Unos tres pies; no es lo suficientemente alta como para poder haber dejado esta huella. La uniformidad de la marca de sangre sugiere claramente un empujón hacia delante realizado por una niña no más alta de cinco pies y dos pulgadas y no más baja de cuatro pies y nueve pulgadas.

—Muy curioso —dije yo. Y luego, volviéndome hacia la reina, pregunté—: ¿De dónde provino la sangre de Mina? ¿Resultó herida?

La reina nos miró confundida.

—No encontré ninguna herida en Mina, aunque su cuello estaba tremendamente magullado. La bañé yo misma.

—Bien, pues alguien sangraba por algún lado —afirmó Holmes—. ¿Existe algún mito referente a una extracción de sangre sin que se produzca herida alguna, Wells?

—Ninguno que yo conozca —contesté—. Excepto el del Nachzerer, el equivalente alemán del vampiro rumano. Pero, según la leyenda, debería haber heridas de salida, señales de mordiscos.

—De acuerdo —accedió Holmes. Volvió a dirigirse a la reina—. Nos habéis dicho que examinasteis minuciosamente a vuestra hija y que no encontrasteis heridas semejantes.

—Ninguna, señor Holmes, se lo aseguro.

—Disculpadme si os hago una pregunta delicada, Majestad. ¿Ha empezado vuestra hija a menstruar?

—Nee, señor Holmes. Nacht neet.

Holmes hizo un ruido agudo para sí mismo y luego dijo:



—Debemos asumir que la sangre de la huella y la que se encontró sobre la princesa provenían de heridas desconocidas, producidas antes del ataque. ¿Puedo solicitaros ahora, Majestad, tener una entrevista con vuestra hija?

—Por supuesto, los conduciré hasta ella —contestó.

Nos dirigimos entonces por el corredor, precedidos de guardias, hacia los aposentos de la princesa. La reina entró sola, dejándonos esperando fuera, mientras los guardias ocupaban sus puestos. Aproveché el momento para preguntarle a Holmes:

—¿Sospecha de alguna traición cometida por el capitán Gent? Ciertamente, estaba dispuesto a abatir a esa niña de los tulipanes.

—Cierto —contestó Holmes—, pero contuvo su mano.

—¿Quizá debido a nuestra presencia?

—Un punto de vista interesante, Wells, y se encontraba previsoramente presente en ambas ocasiones; no obstante, no veo qué motivo podría tener. Si le deseara a la princesa el menor mal, su inteligente madre se habría dado cuenta. No, por lo que he observado se trata simplemente de un hombre de acción, extremadamente leal, aunque algo impetuoso. Un hombre honesto.

Asentí, mostrándome de acuerdo.

—Intente averiguar de la princesa todos los detalles que considere oportunos, Wells. Proceda como si realmente tratara de demostrar que se trata de un auténtico encantamiento.

—De acuerdo —contesté yo—. Actuaré como si fuera un creyente.

La voz de Su Majestad proveniente del interior nos hizo pasar.

El dormitorio de la princesa era el sueño de todo niño, lleno de cualquier juguete imaginable, cada uno en su soporte adecuado. La princesa estaba rodeada por al menos media docena de almohadas, en una cama con dosel, tapada con sábanas limpias



mientras disfrutaba de su cena sobre una bandeja de plata. La niña realmente se animó al presentarnos ante ella, se quitó las sábanas de encima a patadas y saltó a los pies de la cama para ir a saludarnos.

—Mi hija, Guillermina —la presentó su orgullosa madre.

—Es un placer, señor Holmes, señor Wells —nos saludó Mina con una voz que podría haber pertenecido a una chica que le doblara la edad—. Oh, este es un día gozoso. ¡Madre, te aseguro que ya estoy curada!

—Tranquila, Mina —le dijo la reina—. Los médicos han ordenado que permanezcas en cama otros tres días.

—Sí, madre —aceptó la princesa. Y entonces se volvió y empezó a rebuscar en un montón de libros que tenía bajo las sábanas, hasta que levantó un volumen que me resultaba familiar—. Mire, señor Wells, tengo las Crónicas de los argonautas aquí mismo, conmigo.

—Me siento muy honrado, Alteza —le contesté.

—Hemos oído hablar del peligro en el que os encontráis —dijo Holmes, volviendo a la misión que teníamos entre manos—. De la niña que trató de haceros daño.

Mina no se resistió, ni mostró miedo alguno, a contar el ataque, siendo su historia idéntica a la de su madre, debido, sin duda, al hecho de que la reina la había narrado con meticulosa precisión.

—¿Visteis si la niña tenía sangre en las manos? —le pregunté cuando acabó.

—No —me contestó ella.

—¿Oía a algo raro?

Ella pensó en la pregunta un momento y luego contestó:

—Sí, creo que oí algo raro; eso hizo que levantara la vista del libro. Oía a pino. A bosque.

—Qué extraño —comenté yo—. ¿Y qué fue lo primero que hizo que os dierais



cuenta de que os encontrabais en peligro?

De nuevo, volvió a reflexionar antes de revelar:

—La forma en la que susurró mi nombre. Su voz no parecía normal.

—¿Y eso?

—Sonaba furiosa, y como si no fuese la suya —contestó Mina.

—Y por favor, decidme, ¿qué estabais leyendo antes de que ella apareciera?

La niña dudó, casi imperceptiblemente.

—Era un libro de cuentos de hadas —contestó bajando la voz—, de Hans Christian Andersen.

—Gracias, Alteza. Ahora os dejaremos terminar la cena —dijo Holmes, terminando con nuestra entrevista.

—Pero, esperen, tengo algo para ustedes, un regalo —nos dijo—. Madre, ¿podrías traerme mi joyero?

La reina se acercó a un buró, hizo lo que se le pedía y depositó la caja sobre la bandeja de Mina. La niña rebuscó en la caja y cogió una bolsita de la que sacó dos piezas brillantes.

—¡Aquí están! —anunció.

Al ver los dos anillos idénticos de plata, la reina regañó a su hija en holandés:

—¡Mina, dat zinj ringen van je grootmoeders erfgoed! —«Los anillos fueron un regalo de su abuela», me tradujo Holmes al oído.

—¿No puedo hacer con ellos lo que quiera, madre?

La reina accedió a lo que quería la princesa, ya fuera por orgullo al estar en nuestra presencia o porque fuera incapaz de negarle nada a su hija, eso nunca lo podremos saber. Holmes habría rechazado los regalos si yo no lo hubiera agarrado del puño de la camisa en ese mismo momento.

—Será un honor —dije, alargando la mano para recibir los dos anillos y dándole



uno a Holmes. Me deslicé la hermosa joya por el anular de la mano derecha y admiré su brillo. Holmes se puso el suyo con fingida gratitud.

—Están bendecidos por Su Santidad, el papa Gregorio, ¿verdad, madre?

La reina asintió, y Mina elevó su menudo cuerpo hasta ponerse de rodillas y me susurró algo al oído.

—Lo conservaré siempre —anuncié a toda la habitación, con la mano sobre el corazón, mientras dejábamos a la joven princesa con sus libros.

Ya en el pasillo, la reina nos explicó:

—Como han podido ver, la niña tiene tendencia a dramatizar, rasgo que ha heredado de su padre.

Para no perder la oportunidad, Holmes respondió:

—¿Podría preguntaros, Majestad, dónde se encuentra actualmente el rey Guillermo?

—El rey se encuentra en este momento en el patio, señor Holmes. Si así lo desea, puedo pedirle que le conceda una audiencia. Aunque, debo advertirle, él no comparte mi preocupación por estos asuntos, y rechaza totalmente cualquier explicación sobrenatural.

—¿Cómo describiríais la relación actual entre vuestra hija y vuestro marido? —le preguntó Holmes.

—Adoración desde la distancia —contestó la reina después de pensárselo mucho. Llamó a una dama de compañía y le dio instrucciones en holandés, y luego se volvió de nuevo hacia Holmes—. Le he enviado a mi marido un mensaje respecto a su petición, pero pasará algún tiempo antes de que obtengamos su respuesta.

Holmes no perdió el tiempo.

—Gracias, Majestad. ¿Podría hablar ahora con los miembros de vuestro servicio que también han visto la aparición?

Uno a uno, fueron trayendo a nuestra presencia a guardias, doncellas, lacayos y



personal de la cocina, y mantuvimos nuestras entrevistas en presencia de la reina, solo para descubrir que ella relataba los sucesos mucho mejor que aquellos que los habían experimentado de primera mano, pues recordaba con una precisión sorprendente detalles que ellos habían olvidado; quién había visto qué y cuándo, cada plancha del suelo que chirriaba y cada luz que parpadeaba. Demostraba una diligencia como solo podía tener una madre que realmente temiera por la seguridad de su hija.

Cenamos con la reina espléndidamente, aunque no voy a dar detalles, baste con decir que fue una de las mejores comidas de toda mi vida. Después tuvimos una audiencia con el rey en su despacho privado.

El rey Guillermo III era un caballero de poco más de setenta años, alto, como la mayoría de sus súbditos, con una ligera calvicie, una poblada barba blanca, nariz aguileña y mejillas rubicundas. Sus ojos poseían una mirada que desarmaba y su actitud delataba una impaciencia sin sentido. Resultaba difícil verlo con la joven reina, aunque he observado que esas cosas suelen funcionar de forma diferente entre la realeza. Felicitó a Holmes por la gran reputación que poseía entre las comunidades europeas respetuosas de la ley, elogio que Holmes agradeció.

—Señor Holmes, soy un hombre cansado —declaró—. He sobrevivido a una esposa y tres hijos. Solo últimamente he conseguido un cierto equilibrio económico para la nación. No dejo de pensar en el momento, espero que cercano, en el que pueda sentarme en la costa a pescar. Su Majestad la reina y la princesa representan la segunda oportunidad que me ofrece la vida, y pretendo mantenerlas protegidas.

—Somos vuestros servidores ante esa misión —afirmó Holmes.

—Se lo agradezco mucho —contestó el rey—. Hay alguna oscura maquinación bajo mi techo, y pretendo acabar con ella. Por lo tanto, comience con sus preguntas.

—¿Posee vuestra real casa algún enemigo que podríamos considerar sospechoso?

—Ninguno, caballero —respondió el rey—. En la actualidad, los Países Bajos no



mantiene ninguna disputa abierta.

—¿Y en lo que respecta a enemigos personales, Majestad?

El rey lo pensó bastante tiempo, con profundidad, y luego dijo:

—Debo admitir, con tristeza, que esta casa estuvo una vez dividida. Mi difunta esposa, Sofía, puso a mis hijos en mi contra; el anuncio del nacimiento de la princesa Mina no fue bien recibido por ninguno de ellos. No obstante, esta disputa ya se había solucionado en el momento del fallecimiento del príncipe Alejandro.

—Fue durante un tiempo el jefe de los francmasones, ¿verdad? —preguntó Holmes.

—Cierto, aunque, como ocurría con la mayor parte de las diversiones en las que se involucraban mis hijos, transcurrió poco tiempo antes de que lo dejara. En este caso en concreto, lo dejó antes de lo que solía. Alejandro era demasiado apasionado e impulsivo para el gusto de los masones.

Ante la mención de los francmasones, deseé desesperadamente poder preguntar más cosas, pues el hecho de que hubieran estado involucrados durante cierto tiempo en las artes innaturales exigía esa atención por la que, precisamente, se me había llevado hasta allí. Pero una rápida seña de Holmes hizo que guardara silencio.

—Dankuwel, zijne Majesteit —dijo Holmes, acabando con la entrevista e inclinando su cabeza en señal de respeto—. Os dejaremos para que podáis gobernar vuestro país.

Fue un día muy largo, repleto de historias extrañas e imágenes extranjeras. Cuando regresamos a nuestros alojamientos, me senté en el borde de la cama y observé mi cansado reflejo en el adornado espejo. Holmes aún estaba lleno de energía; me pregunté qué hechicería emplearía para mantenerse tan activo.

—No se prepare aún para irse a descansar, querido Wells; todavía tengo una





tarea más para usted antes de que acabe el día.

Suspiré.

—Claro, Holmes, siempre a su servicio.

—Me gustaría que fuera a ofrecerse para contarle un cuento a nuestra joven princesa antes de dormir.

—Debe de estar bromeando. Sería realmente poco apropiado hacer algo semejante sin consentimiento real.

—Y aun así, hablo muy en serio —replicó Holmes—. Y dele a elegir: una historia alegre y otra de miedo.

—Puedo asegurarle que no entiendo el motivo.

—Como mínimo, Wells, conseguirá que ella le deba un favor. Algún día será reina.

Le miré con solemnidad, tratando de dilucidar su auténtico propósito.

—Y usted estará...

—Atendiendo otros asuntos. Por cierto, ¿qué le susurró la princesa después de regalarnos esto? —me preguntó, señalando el llamativo fulgor de su dedo.

—Me dijo que se suponía que nos protegerían del demonio. —Holmes arqueó una ceja—. No creerá que todo el asunto no es más que el intento de una niña por atraernos aquí, ¿verdad?

Holmes apoyó su delgado cuerpo contra la jamba de la puerta y lo meditó cuidadosamente.

—Wells, toda esta familia está tratando de decirnos algo, y no solo la princesa. Pero no están seguros de qué están tratando de contar. Es algo que intuyen; el rey con su conciencia culpable, la reina con sus sospechas y la princesa con sus regalos para protegernos. Toda la casa está atrapada por una quimera; es un sorprendente despliegue de conocimiento trascendental. —Mientras yo digería sus palabras, se enderezó y añadió—: Ahora vaya a contarle un cuento a la princesa. Nos reuniremos de nuevo aquí



cuando el reloj marque las diez.

Observé cómo Holmes se marchaba, tan silencioso y discreto que los guardias del pasillo no lo vieron. Me acerqué a ellos poco después y les pedí que me escoltaran a la habitación de la princesa, cosa que, para mi sorpresa, hicieron sin dudar. La princesa pareció encantada de verme.

—Tengo unas historias que estoy preparando, Alteza —le comenté, como si le estuviera confiando un importante secreto—. Una de ellas trata de un fantástico viaje que realizan unos hombres a los que disparan desde un cañón para que aterricen en la Luna; la otra habla de un científico loco que transforma animales en unas criaturas medio humanas.

—Cuénteme la del científico loco, por favor, señor Wells —me respondió ansiosa.

Regresé a nuestros alojamientos para encontrarme con Holmes tumbado sobre la cama, totalmente vestido, con las manos bajo la cabeza, esperándome.

—¿Qué eligió? —me preguntó, con algo de fanfarronería.

—La más terrorífica historia que jamás haya imaginado —le respondí—. Casi me asusté yo.

—No me sorprende —me replicó—, teniendo en cuenta lo que ha estado leyendo últimamente. —Se sentó y empezó a relatarme su última hora—. Me preocupaban dos cosas con respecto a la princesa Mina. Primero: el hecho de que, al parecer, se encerrara en la salita de té para leer; ¿por qué hacer algo así, a menos que temas que te pongan objeciones al objeto de tu lectura? Segundo: tuvo un instante de duda cuando usted le preguntó sobre lo que leía justo antes del ataque.

—Su madre estaba presente —sugerí.

—Por supuesto —respondió Holmes—. Así que examiné detenidamente los contenidos de las librerías sin encontrar nada sospechoso, por lo que me senté en la



misma silla y me dispuse a observar. Y entonces lo vi: una moldura de cierta longitud, que ocupaba una longitud diferente de la pared opuesta, lo que reveló con rapidez una estantería oculta.

—¿Qué contenía, dígame, si no le importa? —le exigí mientras me abotonaba el camisón.

Bajando la voz, me contestó:

—¿Ha oído hablar alguna vez de un texto antiguo llamado el Necronomicón?

—Holmes, dígame que está de broma —susurré—. El libro es ficticio, solo existe por los rumores. El título se traduce del griego como «libro concerniente a los muertos».

Holmes asintió con gravedad.

—Sí, Wells, aunque su contenido sugiere propósitos aún más arcanos. Unos rituales referentes a la manifestación de demonios. Mírelo usted mismo.

Sacó de su maletín de viaje un oscuro libro de gran tamaño, encuadernado en cuero sin tratar y del que se desprendía un olor a moho; me lo entregó. Abrí una página al azar y me encontré con un absurdo encantamiento, tediosamente escrito a mano sobre el amarillento pergamino y acompañado por un críptico diagrama. Quise denunciar su falsedad de inmediato, pero la rareza de lo que tenía en las manos evitó que proclamara mis dudas en voz alta.

—Holmes, es una injuria pensar que la princesa...

—Cálmese, hombre —me dijo Holmes, y bajó la voz—. Creo que ella se limitó a encontrar el libro, que, sospecho, debió de pertenecer a su hermanastro Alejandro. Había otros libros ocultos allí, incluido el despreciable Cultos innombrables de Von Junzt, y ciertos textos que solo posee la alta jerarquía de los francmasones.

—Entonces, ella solo es culpable de volverlos a esconder. —Suspiré, aliviado.

—Sí, Wells; aunque rezo para que su inocente y joven mente no haya sido capaz de entender las oscuras implicaciones de lo que haya leído hasta ahora. Pero el hecho permanece; el libro está aquí, y eso, desde mi punto de vista, eleva las apuestas



considerablemente. También encontré una serie de cartas de una mujer llamada Elisabeth Cookson, que mantuvo relaciones ilícitas con uno de los príncipes, si no con los dos, y, bastante posiblemente, incluso con el mismísimo rey.

—¿Ha traído también las cartas?

—No, las volví a guardar. Y, en cualquier caso, estaban escritas en holandés. Ella será el centro del delicado interrogatorio de mañana. —Con eso, Holmes estiró la mano para recuperar el libro y yo se lo devolví, algo perturbado por la intensidad que él había demostrado.

—Y ahora duerma, Herbert. Yo haré la imaginaria de esta noche.

—Holmes, ¿no hay nada que lo canse? —le pregunté, asombrado por su energía.

Holmes se levantó y me respondió mientras se dirigía hacia la puerta.

—No mientras siga activo ese demonio.

Apagó la única vela de la habitación y me dejó a merced de mis oscuros pensamientos.

Quizá debido en partes iguales a mi naturaleza errabunda, a la terrorífica historia que le conté a la princesa, a la extraña atmósfera que rodeaba el palacio y a la enfermiza impiedad que contenían las páginas de ese maligno libro, caí presa de la más elaborada pesadilla.

Comenzó con un solitario meteorito que se dirigía a la Tierra desde el más lejano cosmos, y que se estrelló en algún lugar desierto y despoblado, desplazando toneladas de arena y grava a millas de distancia. No era ningún lugar de la Tierra que yo pudiera identificar con facilidad; aunque me estremecí al pensar lo que podría ocurrir si una de esas rocas llegara a caer en una ciudad habitada como nuestro Londres. Al acercarme, vi cómo caían escombros para revelar la verdadera naturaleza del objeto: no era un meteorito, sino un recipiente cilíndrico de algún tipo, de unas treinta yardas de



longitud, compuesto de un metal que no pude identificar y de un color indescriptible.

Estaba observándolo, a la vez entusiasmado y nervioso, cuando la parte superior circular del cilindro empezó a rotar y me di cuenta de que había vida a bordo del objeto caído de las estrellas. Me acerqué flotando, transfigurado, temiendo a la cosa dañada que emergería de allí, e intenté despertarme, sin éxito, cuando el primer tentáculo pegajoso salió reptando de entre las ruinas. Y entonces, para mi horror, le siguieron más apéndices trémulos (su número era difícil de captar debido a sus agitados y temblorosos movimientos), y cada uno de ellos acababa en algo parecido a ojos. En ese momento apareció un cuerpo redondo de gran tamaño, de un color grisáceo, que salía lenta y dolorosamente del cilindro. La cosa oscura era grotesca y, ciertamente, no pertenecía a este mundo.

Cuál no sería mi sorpresa cuando varias decenas más de esos cilindros cayeron de forma similar, y pronto se reunió allí al menos un batallón de esas repugnantes criaturas. Mientras las observaba en su improvisado asentamiento, descubrí que su inteligencia y habilidad alienígenas superaban con mucho las de la humanidad. Esas cosas oscuras poseían un idioma que no pude descifrar, compuesto de agudos gemidos, y cada vez que hablaban hacían que me embargase un miedo primordial.

Fue transcurriendo el tiempo a intervalos cada vez más rápidos, y me di cuenta, agradecido, de que esta visión no era del futuro de la Tierra, sino de su más lejano pasado. Mientras, vi cómo esas criaturas colonizaban y domesticaban el entorno primordial que las rodeaba.

La vida en la Tierra no había evolucionado más allá de rudimentarios organismos multicelulares y vegetación primaria, pero las cosas oscuras utilizaron técnicas que no puedo ni siquiera aventurar para inducir y persuadir a esta vida indígena a que evolucionara de la forma que ellas precisaban. Sacaron de los océanos enormes glóbulos protoplásmicos que fusionaron, y de la recién surgida vida vegetal crearon unas pulposas y bulbosas criaturas bípedas, experimentando después con cada una de ellas para moldear sus tejidos y crear todo tipo de órganos temporales.

Criados como esclavos, estos elementales sin mente trabajaban infatigables



durante la noche y se los encerraba durante el día como si fueran ganado, se los trataba con crueldad y sus amos los controlaban mediante algún tipo de lazo telepático. Las cosas oscuras utilizaban estos esclavos, creados con extremidades más habilidosas que las suyas, capaces de cargar y manipular grandes pesos, para construir su ciudad y realizar todo tipo de tareas. Me vinieron a la mente las imposibles pirámides de los egipcios, a pesar de que su escala era diminuta en comparación con las mastodónticas espirales de la emergente ciudad de las cosas oscuras.

Transcurrieron los milenios y los esclavos comenzaron a desarrollar tendencias rebeldes periódicas, más importantes durante determinadas fases de las estrellas. Aparentemente, los problemas derivaban del hecho de que estos esclavos habían empezado a cazar y alimentarse de varias nuevas especies terrestres que evolucionaban ajenas al control de sus amos. Adquirieron un cierto gusto por la sangre, y eso empezó a cambiarlos sutilmente. A los problemáticos se los castigaba mediante el uso de una aleación alienígena parecida a la plata. Cuando les obligaban a llevarla, las criaturas volvían a someterse en cierto modo. A los peligrosos se los exterminaba de diferentes formas: a los marinos mediante descuartizamiento sónico, y a los terrestres mediante unos curiosos artefactos incendiarios manuales.

Y entonces sucedió que algún gran desastre que yo no pude ver golpeó salvajemente nuestro mundo prehistórico, algo tan grande que acabó con la atmósfera e hizo aparecer la Luna. Las cosas oscuras sobrevivieron, aunque su magnífica ciudad quedó sumergida varias millas bajo el mar. Se vieron obligadas a observar, impotentes, cómo se deshacía todo su proceso colonizador bajo el avance de grandes masas de hielo que cubrieron y sacudieron la Tierra.

Las cosas oscuras hundidas que nacieron de las estrellas se encerraron en capullos y cayeron en un letargo parecido a la muerte, en lo más profundo del océano.

Pasaron eones y, lentamente, el mundo empezó a recuperarse, dando origen con el tiempo a todo tipo de razas y civilizaciones, mientras las cosas oscuras permanecían atrapadas bajo el mar. Volvieron a transcurrir varias eras antes de que la humanidad, por fin, caminara erguida sobre tierra seca, y entonces, en algún lugar, una de las cosas



oscuras se desperezó. Por alguna razón, los primitivos cerebros cromañones eran susceptibles a la comunicación telepática con las sepultadas cosas oscuras, que los llamaron en sus sueños y les hicieron manifestar conductas de lo más innatural que interfirieron con su evolución. Se les transmitieron a estos primeros hombres ritos secretos, métodos perdidos en épocas pasadas; y la humanidad quedó dividida entre aquellas tribus que respondieron a la llamada de las cosas oscuras y aquellas que permanecieron sordas a su influencia. Observé, horrorizado, cómo esta división enseñaba a nuestros predecesores el concepto del asesinato.

Las cosas oscuras susurraron a sus fieles que algún día, cuando la Tierra se hubiese calentado lo suficiente, su magnífica ciudad volvería a surgir de las profundidades y se uniría de nuevo a la costa de la que se desgajó, y yo...

Afortunadamente, desperté sobresaltado de esa terrorífica pesadilla gracias a la insistencia de Holmes para que fuéramos a desayunar antes de embarcarnos en el arduo día de trabajo que nos había preparado.

Me vestí a duras penas mientras la pesadilla se desvanecía, y no fui demasiado hablador durante nuestra comida juntos, sorprendido por mi enorme y grotesca imaginación.

Para cuando me hube librado completamente del sueño, me encontré zarandeado dentro de un carruaje, con el capitán Gent sentado frente a mí y Holmes a mi izquierda.

—Exactamente, ¿adónde vamos? —quise saber.

—Al manicomio público de Leiden —dijo Gent.

—¿Quién de nosotros ha llegado a ese extremo? Debo de ser yo.

—Qué gracioso, Wells —dijo Holmes—. Cuando esta mañana le expliqué al capitán Gent que Su Majestad el rey nos había mencionado el nombre de Elisabeth Cookson como posible sospechosa, descubrí, para mi sorpresa, que él ya estaba al tanto de ella.



—Exacto —contestó Gent—. Fui yo quien la condujo al manicomio desde palacio no hará ni seis meses. El mismo camino que están siguiendo ustedes ahora.

—Exactamente, ¿qué es lo que sabe usted de esta mujer? —le pregunté, siguiendo la jugada de Holmes.

—Bajo una estricta confidencialidad, le diré que era una prostituta que tuvo durante un tiempo algún tipo de relación con el joven príncipe Alejandro. Tras su muerte, acudió a Su Majestad el rey exigiendo una recompensa y farfullando todo tipo de tonterías melodramáticas. La última vez lo hizo ocultando una daga en su cuerpo. Se lo aseguro, está totalmente loca.

—Qué extraño que el rey concediera audiencia a una prostituta —señalé yo.

—Nuestro buen rey siempre está disponible para todos sus súbditos —respondió Gent, defendiendo a su soberano.

—Por supuesto —dijo Holmes.

Las puertas del manicomio se abrieron de par en par sobre bisagras oxidadas, y entramos apresuradamente. Un celador nos condujo hasta la señorita Cookson, elogiando con entusiasmo al capitán durante todo el camino. Describir la barbarie que observamos al pasar frente a las celdas llenas de mugre sería un ejercicio de repulsión tal que no voy a castigar con ello al lector de este relato.

Elisabeth Cookson era una desaliñada mujer de edad indeterminada debido a la falta de una higiene adecuada. Resultaba difícil imaginar que hubiera sido alguna vez capaz de encender el deseo de un noble. Llevaba el pelo oscuro muy corto, sin duda para minimizar la aparición de piojos y otros parásitos. Iba descalza, vestida con un sencillo vestido de arpillera, y se retorció las manos y susurraba sin cesar. Le echó un vistazo al capitán y empezó a chillar, gritos que resonaron por todo el pasillo.

—Capitán, haga el favor de marcharse —le pidió Holmes, y Gent nos dejó solos con ella. De forma inmediata, ella se calmó y reanudó sus paseos.

—Vrouw Cookson —empezó a decir Holmes en holandés, que yo traduciré en estas páginas—. Por favor, háglenos de su reclamación ante la familia real. Estamos aquí





para que las cosas se hagan correctamente.

Con una velocidad alarmante, ella se giró y agarró a Holmes por la solapa y lo atrajo hacia ella.

—El servidor del Het Duivelsche Volk, de las cosas oscuras... —nos llegó su rasposo e inquietante gruñido—, viene para reclamar. Estamos en deuda. ¡Estamos en deuda, y es un precio terrible!

Al mencionar ella las cosas oscuras yo me quedé helado, primero considerando y después abandonando la idea de que ella hubiera tenido sueños parecidos a los míos.

—¿Con quién está usted en deuda? —preguntó Holmes con voz tranquilizadora.

Ella lo soltó y lanzó los brazos al aire, presa del delirio.

—¡Ellos lo están, todos ellos! ¡Se han roto promesas y correrá la sangre!

—¿Qué promesas, señorita Cookson? ¿De quién será la sangre que correrá?

—Sí, sí, ella vendrá. De sangre real.

Holmes la cogió rudamente del brazo y la hizo girar hasta ponerla frente a él.

—¿Quién es ella? ¡Le exijo que me lo diga!

La antigua cortesana se carcajeó.

—Sí, ella será sangre.

Fue entonces cuando me di cuenta del objeto que pendía del cuello de la mujer, y grité:

—¡Holmes, el guardapelo!

Holmes agarró el fino cordón y se lo arrancó de la garganta, lo que hizo que la loca se enfureciera salvajemente, forzándonos a retroceder y salir de la habitación. El capitán Gent, que nos estaba esperando, cerró la puerta y corrió el cerrojo. Con la cara apoyada contra la mirilla, contorsionada hasta alcanzar proporciones violentas, Cookson se desgañitaba.

—¡Geef het Terug! ¡Devuélvemelo! ¡Devuélvemelo!



Gent golpeó la mirilla con su enorme puño.

—¡Retrocede o despídete de tu vida! —gritó.

—Salgamos —ordenó Holmes—. Su histeria es contagiosa; necesitamos librarnos de ella.

Nos marchamos a gran velocidad, perseguidos por sus estremecedores gritos.

—¡Nos prometieron que estaba muerta! —peroraba.

Me alegré de ver la luz del sol cuando llegamos a las escaleras del manicomio y recobramos la compostura.

—Discúlpeme por mi estallido, señor Holmes —dijo el capitán.

—Es comprensible, capitán —lo tranquilizó Holmes mientras abría el guardapelo y examinaba la fotografía de la villana que había en el interior. Miramos por encima de su hombro para contemplar la imagen de una niña. A pesar de la escasa calidad de la foto, su parecido con la familia real era evidente.

Las rubicundas mejillas de Gent palidecieron.

—Es ella —exclamó—. ¡Godverdomme, es real! —Volvió a entrar en el edificio y regresó minutos después con el celador que estaba de guardia.

—¿Conoces a esta niña? —exigió saber Gent. Holmes le acercó la fotografía para que la examinara.

—Sí —respondió el hombre, aún nervioso por el estallido de la señorita Cookson—. Es la hija, Sarah. La pobrecilla viene de cuando en cuando a visitar a su madre.

—¿Y dónde podríamos encontrarla? —preguntó Holmes.

El celador se encogió de hombros.

—Posiblemente en el barrio rojo de Utrecht o Den Haag.

—La manzana nunca cae lejos del árbol —comentó Gent—. ¡Vamos, encontraremos a esa malvada joven!



Volvimos a toda velocidad a La Haya, donde, con la foto en la mano y unos cuantos florines, se nos indicó en breve una casa de huéspedes en el barrio rojo. Gent entró en la casa, con nosotros pisándole los talones. Pasamos a gran velocidad al lado de furiosas meretrices, a las que tuvo que contener su molesta madame, hasta llegar al piso de arriba, donde Gent empezó a echar abajo las puertas a patadas y a interrogar a cada uno de sus ocupantes acerca del lugar en el que se encontraba la chica. Mujeres escasamente vestidas y sus clientes abandonaron las habitaciones por cualquier medio a su alcance. Minutos después, Gent la encontró, completamente sola y dormida. Cruzó la habitación como una tromba y la despertó con brusquedad.

Efectivamente, se trataba de la chica de la fotografía; mientras se levantaba, luchando por liberar su delgada muñeca de la zarpa del capitán, su parecido con la princesa Mina se nos reveló inconfundible.

—¿Qué he hecho, qué significa esto? —sollozó, llena de dolor.

—Suéltela, capitán —insistió Holmes—. Al menos hasta que acabemos con el interrogatorio.

Gent gruñó y soltó a la chica. Ella se frotó la dolorida muñeca y empezó a sollozar.

—¿Qué he hecho? —volvió a preguntar.

—¿Eres Sarah Cookson, hija de Elisabeth Cookson? —le preguntó Holmes.

—Sí, señor —sollozó. Su pálida piel resplandecía. Me conmovió.

—¿Has visitado el palacio Noordeinde?

—Claro que lo ha hecho —respondió Gent en su lugar—. La he visto allí con mis propios ojos.

—Por favor, caballeros —suplicó ella, mirándonos con ojos resplandecientes llenos de lágrimas—. Les aseguro que nunca he pisado Noordeinde. No sé qué quieren de mí.

—¡Mentirosa! —aulló Gent—. ¡Eres una puta y una asesina!



Ella quedó conmocionada por la afirmación, como quedó claro al verse sin respiración, temblando de la cabeza a los pies. Se levantó tambaleante de la cama y me cogió torpemente de la mano.

—¿Een Moordenaar? —susurró—. Le aseguro, amable señor, que, aunque me avergüenzo de mi profesión, nunca he dañado a ningún ser vivo.

En ese momento creí en su inocencia con cada fibra de mi ser.

—Deja de utilizar tus encantos, tentadora —dijo Gent, volviéndola a agarrar por la muñeca y arrastrándola fuera de la habitación en camión, ignorando los consejos de Holmes acerca de contener su mano. Dándose la vuelta, nos llamó—. Caballeros, confío en que logren encontrar el camino a Noordeinde. Hemos apresado a la culpable. Voy a llevarla a la comisaría para interrogarla. Se agradece el servicio que nos han prestado.

Salimos del burdel detrás de ellos mientras Gent obligaba a la chica a entrar en el carruaje y se alejaban de allí.

Mientras Holmes y yo caminábamos sobre los adoquines, preguntando direcciones, empezó a llover, y durante un tiempo no hablamos ninguno de los dos. Me encargué de romper el silencio.

—Holmes, o esa chica es de ascendencia real o yo soy hombre muerto.

—Estoy de acuerdo, Wells; el parecido es asombroso.

—Y da la impresión de que, en este país, se es culpable hasta que se demuestra lo contrario.

—Sí, eso parece —dijo Holmes, dándome la razón—. Aunque el hombre es un testigo reputado.

—Las circunstancias y la conveniencia lo son todo... —Y entonces me interrumpí, atónito ante las implicaciones de su afirmación, mientras la lluvia caía por mi rostro—. ¿Entonces el caso está cerrado? —pregunté.

Holmes bajó la cabeza.

—Eso parece.



—Entonces una niña inocente va a ir a prisión y se va a ver sometida a torturas inimaginables, y todo debido a nuestra diligencia y a lo mal que usted juzgó la personalidad de Jan Gent. ¡Maldita sea, Holmes, en este momento lamento haberme unido a usted!

Holmes no dijo nada mientras hacíamos nuestro equipaje, excepto «gracias» al sirviente que nos atendió y «vamos, Wells» cuando nos llamó la reina. Yo estaba tan alterado por el resultado de nuestra investigación que fingí encontrarme súbitamente indispuerto y le pedí a Holmes que me disculpara ante la reina por mi ausencia.

Una vez se hubo marchado, empecé a maldecir al capitán y a la familia real, completamente convencido de que la pobre y sollozante chica era incapaz de haberse infiltrado entre esos muros y haber perpetrado crímenes semejantes. Abrí las cortinas y observé cómo las nubes bloqueaban los últimos rayos de sol, trayendo consigo la oscuridad. Quedaba claro que algo maligno estaba sucediendo entre esas paredes, y yo no tenía ningún poder contra ello.

De pronto, llamaron mi atención unas suaves pisadas y un olor extraño, como a bosque. Me giré y me quedé atónito al ver a la chica, Sarah Cookson. Sus pies desnudos dejaban marcas oscuras sobre el mármol mientras ella se ponía delante de mí, vestida de un blanco translúcido, con unos ojos oscuros que irradiaban el abandono de la juventud. Me encontraba tan nervioso debido a su presencia, tan alterado, que no me di cuenta de lo absurdo de la situación. Antes de que yo pudiera decir algo, ella se puso un dedo sobre los labios carmesíes para que guardara silencio y se giró, desplegando sus encantos. La observé transfigurado, lleno de deseo. Y entonces, con un movimiento tan veloz que agitó mi cabello como el viento, se encontró entre mis brazos, sus labios apretados contra los míos.

Un beso sin igual; dulce al principio, y luego apasionado, y luego abrumador; y luego un sabor en mi boca, no del todo desconocido, me devolvió la consciencia. Era sangre. Contemplé el reflejo de los dos sobre el espejo... y me quedé sin aliento. No era



Sarah Cookson quien se encontraba entre mis brazos, sino una maligna y repugnante criatura de pegajosa y negra carne parecida a la de las ballenas, con un rostro carente de facciones, excepto por un enorme y abierto agujero por boca, que me rodeaba con varias trémulas extremidades en forma de tentáculos.

Me saqué de encima a esa espantosa criatura y volvió a ser Sarah; recuperó su belleza, pero ahora estaba mancillada por una turbadora sonrisa. Fue a por mí y levanté las manos en un acto de defensa. Al entrar en contacto con el anillo de plata que llevaba en el dedo se encogió sobre sí misma, chillando, y huyó de la habitación con una velocidad de ultratumba.

Grité para dar la alarma, y luego me dirigí a todo correr hacia la habitación de la princesa Mina. Me latía con fuerza el corazón a cada paso que daba, pues temía llegar demasiado tarde. Desde el otro extremo del pasillo oí proferir a Mina un largo grito de terror. Llegué justo a tiempo de ver a la criatura atrapada entre un amenazante Holmes, armado con un candelabro encendido, y la ventana abierta. Holmes la obligó a retroceder hasta la abertura, desde donde cayó hacia fuera y desapareció de la vista.

Miramos hacia abajo, pero no vimos señal alguna de su aterrizaje. La princesa Mina se encontraba hecha un ovillo bajo su cama, aparentemente ilesa.

Se realizó una exhaustiva búsqueda en el patio, pero no se obtuvo prueba alguna. Holmes envió un mensajero al capitán Gent para anunciarle que había habido otro ataque y pedirle que se reuniera de nuevo con nosotros en el manicomio, lo antes posible. Dejamos a la princesa con su madre, bien protegida, y Holmes se subió al pescante de un carruaje y empezó a arrear a los caballos mientras yo me subía a trompicones, aún conmocionado y sin acabar de creérmelo (¡pensar que realmente había llegado a abrazar a esa maldita cosa!). Cruzamos las calles desiertas a una velocidad endiablada. Al llegar a nuestro destino, Holmes apartó a un lado al empleado del turno de noche y nos dirigimos a toda velocidad a la celda de la señorita Cookson.



Ella soltó una risita nerviosa cuando Holmes cerró la puerta con un portazo.

—Han arrestado a su hija Sarah, acusada de intentar asesinar a la princesa Guillermina —le contó Holmes—. Si quiere salvarla... ¡tiene que librarse inmediatamente de esa criatura!

De pronto, dejó de hacerle gracia.

—Tienes que soltar a mi hija; ¡ella no forma parte de todo esto! —suplicó.

—Ahora depende de usted —contestó Holmes, sin conmoverse.

—Pero... ¡yo no tengo poder para detener lo que ha comenzado!

—Pues entonces enseñenos —le pedí, dando un paso al frente.

—Fueron los príncipes, no yo, los que plantaron esa maldita cosa. Sarah no supo nada de todo eso, no era más que una niña —sollozó, temblorosa.

—¿Plantaron? ¡Explíquese! —exigió Holmes.

—¡No, no puedo! ¡Het wordt mij verboden!

—¿Quién se lo prohíbe? —Con estas palabras, Holmes sacó el guardapelo y se lo mostró—. Cójalo como garante de mi promesa de que se la protegerá. ¡Y ahora piense en Sarah, no en usted!

Ella cogió bruscamente el guardapelo y miró la fotografía, con lo que se tranquilizó.

—Cuando se enteraron de que Mina había nacido, se pusieron furiosos. Alejandro conocía los métodos pnakóticos y plegó sus rodillas ante el altar de Yog-Sothoth. Invocó los ritos prohibidos del libro robado e hizo que esa cosa creciera. Tomó la sangre de mi Sarah en contra de mis deseos.

—¿Sangre, dice? ¿Cuánta sangre tomaron?

—Una pinta —susurró la bruja—. Le sacaron a mi pequeña una pinta al mes durante un año. ¡Ella estaba indefensa, caballero!

—¿Para qué se utilizó esa sangre?



—Para que el shoggoth pudiera crecer hasta albergar a su igual, a esta esclava de su venganza.

La extraña palabra me embargó de terror, pues sabía que estaba conectada con el sueño.

—¿Cómo podríamos detener a ese shoggoth? —exigió saber Holmes, atragantándosele esa extraña palabra, lo que confirmó mis temores de que no era de origen holandés—. Hable ahora. ¡Oigo cómo se acerca el carruaje del capitán!

La mujer se encogió contra la piedra de una esquina mientras el ancho gabán de Holmes la cubría por completo.

—Encuentra la raíz. Hay que talar esa cosa por la raíz, o, si no, volverá a crecer. ¡God allemachtig!

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Donde todo empezó —susurró con voz rasposa—. El extremo sur de De Veluwe. —Finalmente se vino abajo, farfullando. La dejamos allí, contemplando el guardapelo, para reunirnos con el capitán Gent.

Nos montamos en el carruaje de Gent, que era más recio, y los tres, acompañados de cinco guardias, nos dirigimos a toda velocidad hacia Veluwe, una densa área boscosa a varias horas de viaje hacia el este. La auténtica locura de todo el asunto estuvo a punto de superarme, así que luché por mantenerme alerta, hablando poco, pero estaba tremendamente asustado.

—Confío en que el nombre de Sarah Cookson quede totalmente limpio —le dijo Holmes a Gent—, ya que este último ataque se produjo mientras ella seguía bajo custodia.

—Soltaremos a la chica, señor Holmes, cuando esté seguro de que la princesa está a salvo, y no antes.





La humedad y los malignos sonidos de la noche se incrementaron diez veces cuando la carretera dio paso a las sendas forestales. El ulular de varios búhos grises de gran tamaño anunció nuestra llegada, como si advirtieran del peligro, y la gente de Gent empezó a cargar sus fusiles.

—Si se trata de un truco de la vieja, lo pagaré caro —aseguró Gent.

El extremo sur de Veluwe era una extraña zona boscosa. Descendimos del carruaje en silencio, sobrecogidos ante esa lechosa y negra quietud. Los hombres del capitán utilizaron lámparas de queroseno para encender antorchas, y me entregaron una.

—Miren cómo crecen de densos los árboles en esa zona —dijo Holmes, dirigiendo hacia allí nuestra atención—. Totalmente innatural.

Nos acercamos al grupo de árboles y rodeamos su perímetro.

—Holmes —le dije, agarrándolo por el hombro mientras nos movíamos—, ¿huele eso? Igual que en palacio.

Asintió, confirmándomelo, mientras yo controlaba mis ansias de huir.

Holmes tenía razón: no era ninguna formación natural de árboles. Los troncos estaban cubiertos de grandes tumores, sus ramas se abrazaban como si fueran amantes incestuosos, la corteza resultaba fría y pegajosa al tacto, como la piel de un reptil. Las espinosas ramas se elevaban abruptamente como si se tratase de garras, y toda la vegetación daba la impresión de ser una multitud de negras entidades que se hubiesen fusionado en una sola. Cada paso que daba me resultaba arduo, cada raíz algo desenterrada era un motivo de alarma.

Holmes me atrajo con un movimiento de su antorcha hacia una oscura oquedad excavada en la madera.

—Un orificio —musitó, y se acercó para tocar el borde de la abertura. Cuando sacó la mano, estaba húmeda. Bajó mi antorcha para inspeccionar el viscoso fluido rojo que tenía en los dedos, y luego gritó:

—¡Capitán, venga de inmediato!



Acercamos todas las antorchas; miramos dentro del agujero y observamos lo indecible.

Allí, enterrada en la húmeda madera, rodeada de ramas sanguinolentas que parecían venas palpitantes, se encontraba atrapada la chica. Un doppelgänger perfecto de Sarah en todos los detalles, excepto la maligna expresión de su cara tallada mientras dormía.

—¡God allemachtig! —exclamó Gent, visiblemente conmocionado.

—El shoggoth —susurré, con un miedo y un asombro idénticos ante la extraña palabra que surgía de mis labios—. Holmes, toque la madera con su anillo.

Holmes tocó el tronco con su mano izquierda durante un instante. La monstruosidad parecida a una chica se removió.

—Wells, ¿cómo matamos a esta cosa? —me preguntó Holmes, con deferencia por mi repentina intuición.

Todos los ojos se posaron sobre mí, y yo me estremecí y me rendí a los detalles de mi peligrosa visión, cómo exterminaban las cosas oscuras a sus esclavos nacidos de la tierra.

—El fuego —proclamé—. ¡Quememos el árbol y esa cosa morirá con él!

—¿Está seguro, Wells?

—¿Cómo puedo estarlo, Holmes? Pero queda claro que este árbol es el nido.

El capitán Gent se quedó de guardia ante el agujero mientras sus hombres traían queroseno del carruaje y Holmes y yo amontonábamos agujas de pino y ramas secas alrededor de la base del árbol. Y entonces Holmes sacó su pipa, encendió una cerilla, le dio una calada y se arrodilló para prender la pira.

Retrocedimos y observamos cómo se prendía el árbol y ardía mientras unos gritos malignos y estremecedores surgían de la misma madera; gritos que me perseguirán durante el resto de mi vida.

—Hemos salvado a la princesa, Holmes —afirmé.



Holmes asintió y le dio una calada a su pipa.

—Por supuesto, Wells, aunque me temo que este mal en concreto no es más que un tentáculo que hemos cortado a unas fuerzas mucho más oscuras que aún han de llegar.

Me apreté aún más el gabán sobre los hombros mientras el sol empezaba a filtrarse entre los árboles.

Holmes tenía razón: el viaje me sirvió de inspiración, de varias formas, todas terroríficas. Soltaron a la niña, Sarah Cookson, y se le pagó una pequeña cantidad por su silencio. Tras la muerte del rey, la princesa Guillermina subió realmente al trono a la edad de diez años, y gobernó admirablemente su país durante la II Guerra Mundial. Solo puedo suponer que Holmes confiscó y destruyó el maligno Necronomicón, aunque nunca me atreví a sacar el tema. Pues, cuando las circunstancias sociales nos reunían a los dos, él se negaba a hablar abiertamente de ello; aunque sí que me di cuenta de que siempre llevó puesto el anillo de plata gemelo del mío.



## Las máscaras sollozantes

James Lowder

Al volver a mirar los relatos que escribí acerca de los singulares logros del señor Sherlock Holmes, y al recordar todos aquellos casos que no llegué a poner por escrito, solo ahora me doy cuenta de lo estúpido que fui al no darle la oportunidad de resolver el mayor misterio con el que me he encontrado. Él hubiera dado la bienvenida al desafío, por supuesto. Su aguda mente hubiese penetrado el velo de extrañeza que rodea a estos horribles sucesos de Afganistán, y hubiese averiguado la auténtica causa de lo que observé allí. Y entonces, con un brillo de malicia infantil en sus ojos, hubiese explicado los horrores, los hubiera hecho desaparecer bajo la intensidad de su inteligencia de forma parecida a como se desvanece la niebla bajo el brillante sol de la mañana.

Ahora que ese sol se ha puesto, ahogado su fuego bajo el torrente de las cataratas Reichenbach, solo me resta preguntarme por qué no permití que su luz iluminara ese oscuro secreto que guardaba en mi interior mientras tuve la oportunidad. Él se dio cuenta de su existencia; era imposible esconderle completamente algo a Holmes. Sospecho que percibió las habituales señales de terror en mi persona incluso en nuestro primer encuentro. «Ha estado en Afganistán, por lo que veo», señaló tras darme un apretón de manos ese primer día. Más tarde reveló los detalles de mi conducta y mi aspecto que lo habían llevado a esa conclusión: mis conocimientos médicos, mi aspecto militar, mi rostro bronceado y la rigidez de mi brazo izquierdo, obviamente herido. Pero esas cosas también podrían haber indicado que yo era un médico militar recién llegado de Sudán o de Zululandia. No, observó algo más en mi demacrado rostro: esa mirada conmocionada habitual en aquellos que han servido en Afganistán. Ningún soldado



británico deja esa tierra desolada sin ella. Y mis rasgos estaban aún más marcados debido a las cosas extraordinarias de las que fui testigo en ese lugar infernal.

En esos primeros días de mi amistad con Holmes, hubo ocasiones en las que mostré pistas acerca del motivo de mi inquietud. Admito que los motivos eran oscuros y que las ofrecía a regañadientes. Pero los espantosos sucesos seguían frescos en mi mente, y tanto mi compostura como mi confianza en Holmes eran demasiado frágiles como para intentar una aproximación más directa.

La razón por la que Holmes nunca insistió en el asunto aún se me escapa. Puede que no me lo preguntara por educación. Podía ser sorprendentemente atento en ocasiones, especialmente conmigo, y con frecuencia me dejaba claro que respetaba mi intimidad, más allá de aquello que le revelase su capacidad de deducción. O puede que no volviera nunca a pensar en el asunto, después de haber deducido correctamente el origen de mi herida y dónde se había desarrollado mi carrera militar. Además, podían pasársele por alto preocupaciones tan humanas como el miedo o la desesperación, incluso cuando tenían lugar dentro de su círculo cerrado de amigos.

El resto de la humanidad no está tan bien protegida contra las emociones más amargas, y debemos enfrentarnos a ellas lo mejor que podemos. Algunos las transforman en odio y rabia hacia el mundo. Otros intentan escapar. Los recuerdos de esas experiencias afganas demostraron ser demasiado intensos, incluso después de haber regresado a Inglaterra, por lo que busqué refugio en la botella. Si Stanford no me hubiese encontrado en el Bar Criterion y me hubiese llevado esa misma tarde a conocer a Holmes (un encuentro que dio lugar a gran cantidad de aventuras, pero que me aseguró la supremacía de la razón sobre el misterio), bien podría seguir hoy en día buscando el fondo de una botella de ginebra. Mi único hermano siguió también ese triste camino hasta llegar a su inevitable fin. Cuando supe de su muerte, justo un año antes de que yo partiera hacia el este, no pude entender cómo podían ponerse tan mal las cosas para que empujaran a un hombre sano y con un buen porvenir a acabar de esa forma. Ahora rezo por el hecho de que, fuera cual fuera esa abrumadora infelicidad que lo condujo a la autodestrucción, hubiera surgido de problemas mucho más mundanos que aquellos a los que tuve que enfrentarme en Afganistán.



Maiwand me dio razones más que suficientes para empezar a darle a la botella. No era más que un bisoño cuando ocupé mi lugar como ayudante del cirujano para los Berkshire. Había viajado abundantemente por el oriente cuando era más joven, por lo que no esperaba que las condiciones de Afganistán fueran demasiado agradables. Y aun así, no estaba preparado para las largas marchas a través de terreno baldío, a una temperatura que bien podría rozar los cincuenta grados centígrados a la sombra, allí donde lográbamos encontrar un lujo semejante.

—Que este calor sirva como aviso ante los peligros de una vida de pecado — señaló Murray, mi ordenanza, mientras nos encaminábamos hacia nuestro fatídico encuentro con el ejército de Ayub Khan—. Si este clima le resulta insoportable, imagínese cómo serán los rigores del infierno.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no estamos ya allí? —repliqué, confiando en que la burla de mi voz mostrara la expresión que mis labios dañados por el sol no podían llegar a transmitir.

Murray me dirigió una mirada que seguramente había pasado de veterano a novato en todos los campos de batalla, desde el principio de los tiempos.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero sería mejor que reservase su juicio sobre el infierno hasta que haya vivido su primer combate.

—No temas por mí, Murray. Sabré distinguirme cuando comiencen a disparar.

—Sin duda, señor, sin duda. Pero la lucha no se parecerá a nada que le hayan descrito los oficiales durante la instrucción, ni siquiera a los relatos de primera mano que publican los periódicos en casa.

Se detuvo para espantar un enorme enjambre de moscas de la arena que se había congregado alrededor de una de las literas de los heridos que se encontraba en la columna, cerca de nosotros. Al parecer era una amabilidad totalmente inútil (las moscas zumbaban por todas partes y se reunían principalmente alrededor de los animales de carga y de los heridos), pero era típico de Murray. No iba a ninguna parte sin detenerse a hacer algún bien, aunque fuera pequeño. Llevaba varios años como veterano, pero



hacía bastante que había rechazado esa dureza de corazón tan característica del personal médico que se encontraba al servicio de la reina. Para ellos, el sufrimiento era un hecho derivado de estar en el campo de combate y en campaña que debía aceptarse o, aun peor, ignorarse. Murray consideraba las dificultades como prueba de carácter. Rendirse a la dureza de corazón o a la desesperación ante semejante sufrimiento significaba convertirse en cómplice del mismo.

—Simplemente, no hay forma de describir con fidelidad lo que es una batalla — continuó después de haber asegurado mejor la mosquitera sobre el hombre inconsciente—. No existen palabras para describir la enormidad y la carga de hasta la más pequeña de las escaramuzas, ninguna que le haga justicia. Lo podrá descubrir usted mismo si alguna vez tiene que describir alguna.

Como en tantas otras cosas, Murray tenía razón en esto. Cuando intento relatar los hechos de aquel fatídico día, la narrativa se atasca con la fragmentada precisión de nuestra columna en su avance hacia el combate aquella mañana, o bien escapa a mi control, como en la retirada del campo de los supervivientes unas escasas cuatro horas después. Solo pueden describirse bien los detalles: el espantoso gemido de los caballos cuando caía un obús entre ellos; la visión ultraterrena de una mujer afgana, velada y fantasmal, que se movía entre la multitud de enemigos, exhortando a los guerreros hacia la venganza y la gloria; ese palpable sentimiento de odio que envolvía el campo de batalla mientras cada bando hacía todo lo posible por aniquilar al otro.

Al encontrarnos en el flanco derecho, los Berkshire nos enfrentamos a los ghazi. Se habían unido a Ayub Khan miles de estos fanáticos religiosos con la esperanza de expulsar a los odiados británicos de su tierra o, si no lo lograban, de ganarse su viaje a la otra vida. Para conseguir esto último acudían a la lucha vestidos con harapos. Algunos incluso cargaban contra nosotros desarmados, tan ansiosos estaban esos locos de conseguir esa recompensa eterna que les habían prometido sus mullah, fuera la que fuera. Aún puedo verlos en mis pesadillas: temibles figuras vestidas de blanco que emergían del lecho seco del río que corría paralelo a nuestra posición. Una estrategia brillante, utilizar esas hendiduras para ocultar un avance de tropas. Su desaliñado aspecto no hacía sino reforzar la impresión de que se trataba de ajados cadáveres que se



levantaban de una fosa común.

Hicimos todo lo posible para devolver a los ghazi al hoyo como auténticos cadáveres. Una ráfaga de las Martini-Henry los derribó en gran cantidad. Durante dos horas no perdimos terreno, y podríamos haber seguido así todo el día si el flanco izquierdo de los británicos no se hubiese visto sobrepasado. La infantería y la artillería en retirada cayeron sobre nosotros como una ola, y nuestras líneas también se rompieron.

No consigo recordar cómo me vi separado del sexagésimo sexto, al menos no con demasiada claridad. Estaba junto a Murray y, de pronto, me vi rodeado por un pequeño grupo de fanáticos. El combate anterior había sido ordenado, incluso se había librado considerablemente bien, comparado con el caos que se originó una vez se rompieron nuestras líneas. Ya no se trataba de ejército contra ejército, sino de hombre contra hombre, miles de salvajes peleas que se desarrollaban muy cerca las unas de las otras, pero que quedaban totalmente aisladas debido a una angustiosa nube de humo y polvo. Los gritos de victoria se unían a los alaridos de los heridos, el trueno que producía la carga de los afganos, al bramido de la retirada de los británicos, hasta que un único sonido, un estruendo ensordecedor que taladraba el cráneo, se sobrepuso a todos. Por tanto, no resulta tan sorprendente que ni yo ni los que intentaban asesinarme oyéramos el estampido del carro de artillería hasta que estuvo casi encima de nosotros. Los caballos al galope surgieron de la nada, dispersando tanto a aliados como a enemigos. Ghazi enloquecidos se colgaron del vagón por una docena de sitios, mientras el conductor y el artillero, armados solo con picas y cuchillos khyber, se los clavaban, enloquecidos, en manos y brazos, en cualquier sitio que les hiciera perder su agarre y los mantuviera lejos del cañón.

El paso del carro de artillería hizo que el grupo se deshiciese. Yo escapé, solo para encontrarme poco después al borde del lecho seco del río que el enemigo había utilizado con tanta eficacia. La bruma no era tan espesa en ese lugar, aunque no era motivo de júbilo. El fondo estaba cubierto de cadáveres, en dos o tres capas de profundidad, los de hombres y animales mezclados, tan lejos como alcanzaba la vista a lo largo del barranco. Se encontraban allí los ghazi a los que habíamos derribado, así como los británicos





masacrados mientras abandonaban el campo. La mayoría estaba inmóvil. Unos pocos elevaban las temblorosas manos al cielo, o trataban en vano de liberarse de aquella trampa sangrienta. Un camello al que habían arrancado de cuajo las patas delanteras trataba de arrastrarse, gimiendo como un alma en pena; lo que resultaba apropiado, puesto que la escena parecía sacada de una ilustración del infierno de Dante.

Me quedé de pie, al borde de la hondonada, paralizado por el miedo o hipnotizado por la espantosa escena que se extendía a mis pies (hoy no sabría decir el qué), hasta que me llamó la atención una figura que se encontraba en la orilla opuesta. Medio atontado como estaba, me fijé en que llevaba puesto un uniforme británico ya obsoleto, la familiar casaca roja y los pantalones azul oscuro que vestían nuestros soldados en la primera guerra de Afganistán. Pero sobre su cabeza descansaba un turbante, y los fusiles gemelos que llevaba colgados del hombro no eran Enfields ni Sniders, sino jezails. Yo había perdido mi fusil, que, debido a mi torpeza, se me había caído al intentar alejarme del vagón de artillería fugitivo. Traté de desenfundar mi pistola reglamentaria. Pero, antes de que mis dedos pudieran incluso llegar a tocar la pistolera, el soldado afgano levantó uno de sus fusiles de chispa de largo cañón y disparó.

La bala penetró en mi hombro izquierdo, haciéndome girar de tal forma que caí de espaldas en el lecho del río. Con el pecho ardiéndome debido al dolor, me deslicé orilla abajo hasta detenerme sobre el río de cadáveres. La marea de cuerpos se movió ligeramente ante mi llegada. Hundido allí entre los muertos, prácticamente acabado, sentí cómo se expandía la cálida y húmeda señal de mi herida. Febril, traté de detener la hemorragia sin dejar de mirar al asesino de casaca roja. Este, tranquilamente, dejó caer su primer fusil y levantó el segundo. Los jezails tardan tanto en recargarse que los guerreros afganos con experiencia llevan más de uno, listos para disparar, para casos como este.

Pero el disparo fatal nunca llegó. Súbitamente, el soldado levantó los brazos. En su boca se formó un gemido de asombro que nunca llegó a salir de su garganta y cayó, ya sin vida, dentro del cauce del río. En el lugar en el que había estado, sobre la orilla, se encontraba Murray con un cuchillo khyber ensangrentado en la mano. Empecé a hacerle



señales, a llamarlo débilmente, cualquier cosa para hacerle saber que seguía con vida. Para mi espanto, se dobló sobre sí mismo y se derrumbó como si también lo hubiesen apuñalado por la espalda. Pero fue el agotamiento lo que le hizo desplomarse, no el acero, y pronto se abrió camino hasta mi lado.

—Intente no moverse —me advirtió, dándose cuenta de mi estado con un solo vistazo—. Apriétese la herida con la mano. Quédese quieto.

Sin decir otra palabra, se tumbó a mi lado con el cuchillo khyber aferrado contra el pecho, y luego movió el cadáver de un ghazi hasta que quedó tumbado sobre nosotros dos.

—Solo hasta que pasen los rezagados —me dijo como única explicación.

Pronto comprendí el significado de ese críptico comentario. Por el estruendo que había en la llanura, daba la impresión de que la lucha se había trasladado hacia el suroeste. Los afganos pisaban los talones a nuestras tropas, que se dirigían hacia los pueblecitos de Mundabad y Khig para la batalla final. Lo que nos dejaba muy lejos, tras las líneas enemigas.

De cuando en cuando, algún que otro carroñero de las tribus se abría paso a través del río de cadáveres. El cuerpo del afgano que teníamos sobre nosotros nos protegía de los golpes que, de cuando en cuando, propinaban estos salvajes a los muertos británicos con los que se encontraban. Mientras nos mantuviésemos inmóviles, los rezagados no nos prestarían atención. Con el tiempo oímos gritos sobre la llanura, y luego eso también se fue desvaneciendo, hasta que todo quedó sumido en un silencio tal que podía oírse el zumbido de las moscas de la arena por encima del rumor lejano del combate.

—Alguien río arriba los va a poner a recoger a sus muertos —me susurró Murray—. Para prepararlos para el entierro.

Se sacudió de encima nuestro escudo de carne y me aferró con unas manos fuertes.

—Me temo que esto le va a doler, pero será mejor que nos pongamos en marcha.



Encontraré algún lugar en el que nos podamos esconder. Será mejor que nos mantengamos en el lecho del río, en dirección noreste...

—¿Alejándonos del regimiento? —le pregunté débilmente.

—Es la única oportunidad que tenemos, señor —me contestó mientras hacía todo lo que podía por vendarme adecuadamente el hombro destrozado. Y luego me cargó sobre su espalda, añadiendo—: De todas formas, sospecho que queda muy poco del sexagésimo sexto con lo que podamos reunirnos.

Solo recuerdo fragmentos de nuestro viaje a través del cauce. Para entonces, yo deliraba debido al dolor y la pérdida de sangre. Transcurrieron las horas como una serie de incidentes a medio entender, en los que se fundían los sueños con la realidad. Daba la impresión de que los muertos nos perseguían. Unas manos grises agarraron las botas de Murray y tiraron de ellas hasta que lo derribaron, y ambos caímos al río de cadáveres. Más tarde, una lastimosa figura se levantó de entre las demás. Sus ropas estaban tan manchadas de sangre y entrañas que bien podían estar teñidas de carmesí. También tenía la cara cubierta. Mientras lo miraba, aquel rostro se contorsionó y abrió la boca de una forma imposible para lanzar un grito de alarma. Murray me dejó caer, desenvainó su cuchillo khyber y enterró la hoja en la garganta del hombre. Pero eso no acalló el grito, al menos para mi atribulado cerebro. Se abrió la herida de su cuello y, como si fuera una segunda boca, continuó dando la alarma. Incluso después de que el afgano se derrumbara, el grito continuó, solo que surgía ahora de los labios de mi ordenanza.

Finalmente, Murray dejó que acabara ese alarido.

—He anulado la alarma de ese tipo —explicó mientras se acercaba. Me volví a hundir y recibí como respuesta una sonrisa temblorosa—. Ayuda conocer algo de la lengua del enemigo, señor, pero eso no me convierte en uno de ellos.

Mi cabeza se aclaró lo suficiente como para reconocer a mi amigo.

—Claro que no —dije—. Lo siento. Creí haber visto... pensé que usted...

—No necesita darme ninguna explicación —me interrumpió Murray—. La mente



juega malas pasadas en circunstancias como estas. —Antes de volver a cargar conmigo, se sacó una fina cadena del bolsillo y rodeó con ella mi mano derecha. Sobre la palma descansaba el disco plateado de una medalla de san Cristóbal—. Si no se ofende por esto, puede que le sirva de ayuda...

—«No te maravilles, puesto que has cargado con todo el peso del mundo» —cité, oyendo la voz de mi padre contándome la historia del santo que llevó al niño Jesús al otro lado del arroyo. Cerré los ojos y traté de centrarme en ese recuerdo, que había olvidado hasta entonces. Debí de desmayarme en ese momento, pues lo siguiente que supe fue que un trío de campesinos afganos me arrastraba a un manzanar seco, con desnudos árboles de aspecto muerto y marchito. Luché contra ellos, hasta que Murray puso una mano sobre mí para tranquilizarme.

—¿Dónde...? —grazné.

—A salvo —me contestó—. Abandoné el curso del río cuando este llegó a las colinas y me encontré con estos tipos, que estaban buscando unas cabras que se les habían perdido. Su jefe luchó a nuestro lado en la última guerra.

—Vosotros ayudáis a nuestros enfermos —dijo uno de los hombres en un inglés con fuerte acento, aunque comprensible—. No más sollozos.

Murray asintió y dijo algo en persa. Luego se volvió hacia mí y me explicó:

—Cuando nos encontramos con ellos, conseguí que entendieran que somos personal médico. Nos esconderán de los seguidores de Ayub Khan si les ayudamos con cierta enfermedad que ha hecho presa en sus familias. Aunque no logro entender a qué se refieren con eso de los «sollozos». Puede que el llanto por los muertos. O ampollas supurantes. Es un síntoma habitual en media docena de enfermedades nativas.

Me sorprendí gratamente por la ecuanimidad con la que hablaba mi amigo de estos asuntos tan desagradables, aunque no pude evitar preguntarme acerca de su fuerza y resistencia. Había cargado conmigo durante millas bajo ese insoportable calor, y aun así caminaba a mi lado como si todavía nos encontráramos en esos momentos de calma previos al combate. Su experiencia militar, o su fe, o una combinación de ambas,



lo habían preparado tan bien que daba la impresión de que no había reto alguno que se encontrara más allá de sus capacidades. Más adelante pude comprobar lo equivocado que estaba, pero en ese momento, mientras nos encaminábamos hacia la casa de mayor tamaño de esas oscuras edificaciones de adobe que formaban la aldea afgana, estaba convencido de que Murray podría superar cualquier reto con el que nos encontráramos.

Nos recibió en la puerta un anciano arrugado. Iba vestido con el atuendo característico de la zona, excepto por sus viejas botas de estilo occidental, que daban la impresión de no haber abandonado sus pies desde que se las entregaran durante la última guerra. Se encontraba a su lado un niño pequeño, que saludó militarmente a Murray. El anciano le hizo bajar al niño el brazo de un manotazo y le gruñó algo en persa.

—Hace bien en corregirlo —dijo Murray—. Venimos como invitados, no como conquistadores.

El anciano le echó un vistazo a Murray, como si pudiera comprobar la sinceridad de un extraño con solo mirarlo. Finalmente, asintió.

—Se les da la bienvenida como nuestros invitados.

Indicó a los aldeanos que me condujeran a una enfermería comunal que se encontraba en la parte de atrás de la casa. La larga habitación de techo bajo apestaba a suciedad y desesperación. Había dos hombres en el suelo sobre unas colchonetas. A pesar del abrumador calor, estaban tapados con unas sábanas. Había tres puestos más, dispuestos para los nuevos enfermos o abandonados por los que acababan de morir. Era difícil saberlo exactamente.

Me colocaron al lado opuesto de la puerta y, a instancias del anciano, dispusieron una raída y sucia tela para separarme de los demás. Murray me quitó con celeridad el improvisado vendaje del hombro. Las balas de los jezails suelen fabricarse con clavos torcidos, trozos de plata y cualquier otro metal que tengan a mano, por lo que las heridas que causan se enconan con rapidez. Eso fue lo que le pasó a mi hombro. A pesar de que la bala me había atravesado limpiamente a la altura del omóplato, ya se había infectado.



De alguna forma, Murray había logrado conservar su botiquín de campaña y se puso a tratar la herida y la infección lo mejor que podía.

—A partir de ahora depende de usted, señor —me dijo, una vez hubo acabado su trabajo.

Asentí y dejé que me acercara una taza a los labios. Tras beber un sorbo de agua tibia, abrí la mano derecha. La medalla de san Cristóbal brillaba pálidamente a la luz de la vela que se encontraba al lado de mi colchoneta, pues había anochecido mientras Murray drenaba todo lo que podía de la infección y cerraba la herida cuanto se atrevía.

—Ya no puede seguir cargando conmigo —le susurré—. Cójala, por si necesita que alguien lo libere de sus cargas.

Tomó la cadena de mi mano.

—Si quiere que se la devuelva, no tiene más que decírmelo. Mientras tanto, trate de descansar. —Tras una última comprobación del vendaje, Murray quitó con cuidado la vela y corrió la cortina.

Esa noche me desperté varias veces para descubrir que mi amigo estaba en las cercanías, bien a mi lado, bien atendiendo a las otras personas de la habitación. Incluso cuando se encontraba arrodillado junto a los nativos, la sombra que proyectaba sobre la cortina parecía cuidar de mí, una forma jorobada y temblorosa que se cernía como un ángel guardián. Su voz llenaba las horas muertas de la noche al ofrecer palabras de consuelo que tranquilizaban los delirios de los enfermos. También oí al viejo afgano en las grises horas que preceden al alba. Habló con Murray de la enfermedad que aquejaba a la aldea, utilizando el inglés todo el tiempo. Sin duda, esperaba poder aliviar a su gente de semejante situación.

Al salir el sol me aumentó la fiebre, y al mediodía me volví tan incoherente como los temblorosos nativos. Al igual que ocurre con nuestro viaje a través del río de cadáveres, las noches y los días que siguieron solo residen en mi memoria de forma fragmentada: Murray como una sombra protectora; el espantoso calor que me abrasaba a oleadas; los gritos y gemidos de los afganos enfermos. Esto último permanece de una



forma especialmente vívida, pues el incesante castañeteo de sus dientes otorgaba a sus gritos una cualidad inhumana, casi propia de insectos.

Fue ese extraño sonido lo que me despertó la noche en que vi por vez primera a los sacerdotes enmascarados.

Me desperté poco a poco, pero pronto me di cuenta de que me había bajado la fiebre. Había disminuido el dolor palpitante del hombro y realmente podía sentir el frescor de la brisa vespertina sobre mi piel empapada en sudor. Recibí con gratitud el alivio que me producía después del calor de la fiebre, pero pronto se convirtió en pánico cuando intenté llamar a Murray y descubrí que era incapaz de hablar, incluso de moverme. Tan solo podía mirar a la cortina, ahora de un enfermizo verde amarillento debido a alguna luz extraña que la iluminaba desde el otro lado, y a la alta y desconocida sombra que se cernía sobre mí, tan oscura como una mina de carbón, en el centro de la misma.

Ciertamente, esa figura no era Murray. Era más alta y delgada, con un vago contorno que recordaba a una túnica, no a un uniforme británico. Allí donde mi amigo se había arrodillado cerca de los enfermos, este visitante se erguía distante y desdeñoso. Allí donde Murray había respondido a sus gritos con palabras amables, el extraño guardaba silencio mientras se acercaba primero a uno de los balbucientes inválidos y luego al otro. Sobre cada uno de ellos se inclinó ligeramente hacia delante y bajó la cabeza, como si rezara, sin mover los brazos, que se mantuvieron todo el tiempo rígidos a sus costados.

Por último, la sombra de la cortina aumentó de tamaño y supe que el silencioso visitante venía a por mí. Volví a intentar pedir ayuda. De nuevo mi grito se ahogó en mi garganta antes de nacer. Ahora la sombra cubría del todo la cortina. Una mano enguantada en cuero decolorado descorrió la raída tela, revelando una figura alta y solemne vestida con una túnica blanca y un turbante. Deduje que era un hombre debido a su constitución, puesto que sus ropajes ocultaban todo rasgo distintivo de sexo, de la misma forma que una máscara de porcelana ocultaba sus rasgos. La máscara era plana, con la boca y la nariz solo sugeridas mediante curvas, sin detalle alguno. Había un



pequeño símbolo arcano, amarillo contra el blanco invernal de la porcelana, en cada mejilla. En cuanto a rasgos humanos, solo los ojos resultaban visibles.

Esos orbes oscuros parecían, al principio, inanimados, como si también formaran parte de la máscara. La ilusión se deshizo cuando el silencioso extraño movió la cabeza. Fue entonces cuando vi las lágrimas. Eran tan copiosas que el líquido se agolpaba al fondo del hueco dejado para los ojos hasta que estaba listo para derramarse sobre el borde. Entonces, tal y como había hecho con los dos nativos, el sacerdote enmascarado se inclinó hacia delante. Me encogí, preparándome para esas lágrimas que caerían sobre mí. De alguna forma, incluso entonces sabía que debía temer su toque.

— ¡Aléjate de él!

Murray acompañó este grito con unas palabras en persa. Pero la primera orden fue suficiente como para confundir al sacerdote. La silenciosa figura se enderezó y se alejó, de tal forma que sus lágrimas se vertieron sobre los símbolos amarillos de su máscara, y no sobre mí. Descubrí que podía volver a moverme. Un grito de terror, suprimido durante mucho tiempo, escapó de mis labios mientras me sentaba y echaba hacia un lado la cortina.

Había un segundo sacerdote enmascarado cerca de la puerta. Sostenía una linterna de forma extraña, la fuente de la fantasmagórica luz verde amarillenta que inundaba la habitación. Murray pasó a su lado y se dirigió a grandes zancadas hacia el sacerdote que se había cernido sobre mí. Estaba a mitad de camino cuando se dio cuenta de que los dos nativos se habían quedado en silencio. Los hombres seguían sobre sus colchonetas, mirando al techo, con los ojos fijos en algo que nosotros no podíamos ver.

Murray señaló a los enfermos y luego hizo una pregunta al sacerdote. La figura enmascarada permaneció en silencio, pero, con todo, obtuvo una respuesta.

— ¿Que qué han hecho? Han rezado para que estos hombres se curen mañana a la puesta de sol o, de lo contrario, se vean libres de su sufrimiento — aulló el anciano aldeano, que ahora se encontraba enmarcado en la puerta—. Os recibí como huéspedes, incluso toleraré que no lograsedis ayudar a nuestro hijos. Pero no toleraré que insultéis a estos hombres santos.





Murray se disculpó, pero los sacerdotes no le contestaron. Aún en silencio, cruzaron la puerta. Allí, cada uno de ellos tomó una de las manos del anciano y se inclinaron sobre ellas. Aunque lo intentó, el anciano no pudo ocultar su incomodidad. Una vez más, los sacerdotes no dieron la impresión de darse cuenta. Salieron de la enfermería con el anciano detrás de ellos; este se secó subrepticamente las manos en los pantalones de algodón.

—Los aldeanos temen a los sacerdotes —señaló Murray mientras me limpiaba la herida y me volvía a vendar—. Los llaman «los sollozantes». Los nativos los consideran portadores de mala suerte. Pero su propio mullah fue el primero en morir por la peste, así que...

—¿La peste? ¿Se trata de algo tan grave?

—Ha acabado con al menos tres aldeas cercanas en el último año, aproximadamente.

Miré hacia donde estaban los dos nativos. Murray había descorrido la cortina; podíamos ver a los dos hombres temblar bajo sus gruesas sábanas, con la vista fija en el techo.

—¿Qué pasa con ellos?

Murray se frotó los ojos, enrojecidos por la falta de sueño.

—Morirán antes de que amanezca —contestó—. Al menos, eso es lo que ha ocurrido todas las otras veces que han acudido a los sacerdotes. Sospecharía que se dedican a envenenar a estos pobres tipos, pero da la impresión de que su sola presencia los asusta tanto como para llegar a matarlos. —Me volvió a acomodar sobre la colchoneta—. Vamos a tener que marcharnos mañana, señor. Debería descansar esta noche cuanto pueda.

—¿Y usted?

—No hay descanso para mí. —Su cara se iluminó con esa amable sonrisa tan familiar—. Si esas pobres almas van a morir, deberían poder pasar sus últimas horas sin esa plaga cerniéndose sobre ellos.



—Esos sacerdotes no son moscas de la arena —le dije—. No puede simplemente... espantarlos. Además, hay algo misterioso en ellos. Algo... in-natural.

La risa desdeñosa que ese comentario provocó a Murray, a pesar de estar teñida de amabilidad, me asustó. No podía explicar con palabras la causa de mi inquietud, pero sabía lo suficiente como para no rechazar tan desdeñosamente lo que acababa de presenciar. Y aun así, Murray ni siquiera admitía la genuina rareza de los sacerdotes. Los consideraba unos desagradables místicos o unos falsos faquires, tan comunes en el este como las moscas que rodean a los camellos. No podía imaginarse que los sollozantes fueran algo más siniestro. Simplemente, su visión del mundo no le permitía contemplar semejantes posibilidades. Reconfortándome en su certeza, me deslicé en el sueño aquella noche sin más preocupaciones que mi herida y la grave situación en la que nos encontrábamos.

El sol ya estaba alto cuando me desperté al día siguiente. Murray se había marchado, y en su lugar atendían a los nativos un par de mujeres. Los dos hombres se encontraban destapados, aún mirando a las alturas. Muertos, como descubrí. Las mujeres sollozaban suavemente bajo sus velos mientras, en el exterior, podía oírse a lo lejos el gemido tradicional por los difuntos. El aroma del agua de rosas inundaba la habitación.

Quería ayudarlas, pero sabía tan poco de sus rituales que me dio miedo ofenderlas. Los aldeanos ya estaban enfadados con nosotros por no haber podido salvar a los jóvenes. Así que, simplemente, observé a las mujeres mientras lavaban a los muertos y luego enjugaban con un agua fuertemente aromatizada los verdugones y las rezumantes ampollas que cubrían los cuerpos. De hecho, lo que yo había tomado por sollozos eran plegarias por los muertos. Repetían las mismas palabras una y otra vez, primero mientras lavaban los cadáveres, y luego cuando los vestían de la cabeza a los pies con ropas nuevas de color blanco.

Tan pronto habían acabado de vestir al segundo, entró uno de los sacerdotes enmascarados. El anciano de la aldea lo seguía a cierta distancia, no por respeto, sino por puro agotamiento. Cuando el sacerdote indicó a las mujeres que se marcharan, el



viejo se desplomó, cayendo contra la pared. Temblaba, a pesar de las gruesas ropas de invierno que llevaba puestas. De cuando en cuando, el castañeteo de sus dientes interrumpía la sencilla plegaria por los muertos que recitaba. Me di cuenta de que, pronto, él también se vería confinado en la enfermería para esperar con temor la última visita de los sollozantes.

Entró una docena de sacerdotes para llevarse los cuerpos. Colocaron los cadáveres en unas literas y los sacaron de la habitación con la misma fría eficiencia que el sacerdote que había visitado a los enfermos la noche antes. A pesar de todas sus lágrimas silenciosas, no parecían apenados. Si el peso de aquellos muertos abrumaba sus corazones, no lo demostraban. Tenían todos el mismo aspecto, excepto por los símbolos amarillos de la máscara de su líder y la cadena de plata que ahora portaba este alrededor de la muñeca. En ese momento ese detalle no me dijo nada, aunque me quedó claro su significado poco después de que los sollozantes se marcharan con los muertos, cuando por fin alguien respondió a las llamadas que le hacía a Murray.

—¿El otro soldado se ha marchado? —repetí, incrédulo. Estaban acomodando al anciano en una de las camas de la enfermería, su delgado cuerpo tan tembloroso que no podía hablar. Lo que dejaba únicamente al aldeano que, con su mal inglés, había pedido a Murray el primer día que detuviera los sollozos. El significado de aquella frase me resultó entonces escalofriantemente claro.

—Él irse anoche —me dijo el joven—. No volver.

No podía imaginarme a Murray abandonándome. Ni tampoco se habría marchado sin dar ninguna explicación. Recordé los comentarios que había hecho acerca de impedir que esa plaga molestara a los moribundos. ¿Habría ido a convencer a los sollozantes de que se mantuvieran alejados? Parecía algo bastante estúpido, pero, después de pensarlo bien, también lo era cargar con un compañero herido y posiblemente moribundo a través del río de cadáveres después de Maiwand.

Fue en ese momento cuando me acordé de la cadena de plata. No la llevaba la noche anterior, y parecía fuera de lugar en posesión del sacerdote. De hecho, me parecía familiar.



La medalla de San Cristóbal. Si Murray había ido a enfrentarse con los sollozantes, se la habría llevado consigo...

Los nativos me miraron entre asombrados y divertidos cuando salí a trompicones de la cama y me puse, a duras penas, mis ropas. Resultó ser una ardua tarea, pues mi brazo izquierdo seguía siendo poco menos que inservible. Pero me las arreglé de algún modo para vestirme, poner el brazo en cabestrillo y comprobar que mi pistola reglamentaria estaba totalmente cargada. Si los sacerdotes habían tomado a Murray como rehén, lo liberaría. Si lo habían matado, recuperaría su cuerpo para que recibiera un entierro cristiano. No me molesté en averiguar cómo podría llevar a cabo cualquiera de las dos cosas un hombre solo, armado con una Adams del calibre 450 y con una herida que amenazaba con volver a abrirse en cualquier momento. Después de todo lo que Murray había hecho, yo tenía la obligación de hacer cualquier cosa por él, de hacer todo lo que pudiera.

Las únicas indicaciones que pude obtener del joven fueron rudimentarias. Señaló un camino que bajaba hacia las montañas, y lo único que dijo fue «cueva» y «señal dorada». Me fabriqué una antorcha, que llevé todo el viaje como si se tratase de un garrote, y confié en alcanzar a los sollozantes por el camino.

A pesar de las cargas que tenían a su cuidado, los sacerdotes lograron permanecer tan adelantados que nunca logré darles alcance. Por fortuna, el camino resultaba fácil de seguir. Incluso el tiempo cooperó, proporcionando una espesa capa de nubes de color gris acero que cubrían el cielo hasta el horizonte. Claro que seguía haciendo un calor abrumador, pero, sin el azote del sol, resultaba casi soportable.

El mundo ya estaba en tinieblas cuando encontré la entrada a la cueva. Sabía que ese era el lugar debido a los signos amarillos que habían grabado en la roca a ambos lados. Me detuve en la boca de la cueva, miré hacia el interior y entrecerré los ojos para ver en la tiniebla. Extrañamente, el interior de la caverna era menos oscuro que el exterior bajo el cielo nocturno sin luna y cubierto de nubes. Adentrándose en la montaña, justo en los límites de mi visión, una leve luminiscencia iluminaba el interior. No se trataba de la luz parpadeante de las antorchas, sino de un resplandor continuo.



Aun así, prendí fuego a mi antorcha antes de aventurarme hacia las entrañas rocosas, y me sentí más seguro al hacerlo.

Resultó que la fuente de la luz era un moho húmedo y asqueroso que crecía por toda la caverna a intervalos regulares. El fulgor verde amarillento que producía era idéntico al de las extrañas lámparas que portaban los sollozantes. A pesar de la fantasmagórica iluminación natural, me alegraba de tener mi antorcha. En muchos sitios, la iluminación que el moho proporcionaba era débil. En otros, allí donde los sacerdotes habían recogido el moho, reinaba la oscuridad.

El túnel giraba y se retorció pero nunca se bifurcaba, como si lo hubiesen excavado con el único propósito de conducir a los hombres hasta la enorme cámara central en la que desembocaba. Pronto me encontré al borde de esa vasta habitación, en la parte superior de una amplia escalinata que conducía hasta un suelo cubierto de mosaicos destrozados y con señales de haber sido excavados. Unas altísimas paredes rodeaban la sala, con la piedra labrada de tal forma que recordaba a las fachadas de alguna antigua ciudad. Las tallas debieron de haber sido hermosas en su tiempo, pero, ahora el moho oscurecía su magnificencia. Las paredes ascendían durante tres pisos o más, hasta un punto en el que debería haber un techo o una cúpula, pero solo pude ver el cielo nocturno.

Muy por debajo de esa inmensidad de vacío poblado de estrellas, en el centro mismo de la sala, había un grupo de altares que surgían del suelo como si fueran champiñones. Unos cuarenta sollozantes o más se encontraban entre ellos, centrada su atención en su líder y en los dos cadáveres que habían transportado desde la aldea aquella tarde. Habían tumbado a los muertos sobre la espalda, de tal forma que sus rostros inertes contemplaran la noche. Mientras los observaba, el sumo sacerdote colocó una máscara de porcelana sobre cada uno de esos rostros comidos por la enfermedad y comenzó a salmodiar.

Unas voces poco acostumbradas a hablar se unieron a la plegaria, hasta que la cámara se llenó de un espantoso alarido, parecido a los gritos proferidos por los ahogados desde el fondo de un lago. Dejé caer la antorcha y me tapé los oídos con la



esperanza de bloquear el sonido. Pero seguía oyendo la plegaria de los sollozantes, que se grabó en mi memoria de forma tan indeleble como la visión de aquellos dos aldeanos muertos, que se levantaban y añadían sus voces al coro.

—Nunca estuvieron muertos —susurré, mientras mi mente luchaba por mantener la cordura—. Solo se encontraban en estado catatónico o hipnotizados.

No tuve tiempo de decidir cuál de las dos opciones era la correcta, pues en ese mismo momento una mano enguantada me aferró el hombro derecho y me empujó, de cara, contra la pared. Me agarraron con fuerza, aunque, de alguna forma, también con una repugnante blandura, como si la carne cediera demasiado cuando me revolvía contra ella. Logré liberarme y me giré contra mi atacante. El sacerdote enmascarado se inclinó sobre mí, con los ojos cuajados de lágrimas.

Le di un puñetazo, posiblemente lo peor que podía haber hecho en ese momento. El repentino esfuerzo hizo que se me volviese a abrir la herida, mientras el golpe partía la máscara de porcelana que llevaba el sacerdote. Pero la careta no llegó a caer. Quedó colgada a la altura del pecho, suspendida de unas hebras de color claro que la unían a lo que quedaba de lo que una vez fue un rostro humano.

Retrocediendo a trompicones logré, de alguna forma, desenfundar mi revólver y disparar tres veces. Las balas penetraron en su cuerpo. De cada impacto surgieron unas manchas que comenzaron a esparcirse, pero aunque las balas habían impactado en zonas vitales a pesar de haber disparado con tanto apresuramiento, no parecieron causarle ningún daño grave. Era como si, bajo esa túnica, todo su cuerpo estuviese compuesto de gelatina.

Mi herida me había hecho caer al suelo, y en la caída perdí el revólver. Apoyándome de espaldas en la pared, traté de ponerme en pie, pero fue inútil. Solo pude contemplar, horrorizado, cómo el sacerdote volvía a colocarse la máscara en su sitio, con un húmedo sonido, y luego avanzaba hacia mí con ese paso lento y mecánico.

Se irguió sobre mí, inclinando la cabeza de tal forma que el líquido que supuraba su rostro putrefacto se agolpó bajo sus ojos como si fueran lágrimas. Supe entonces cómo se extendía la plaga de aldea en aldea, y supe también que no iba a permitirle que



me infectara. Tanteé el suelo a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pudiese utilizar como arma. Mis dedos se cerraron alrededor de la antorcha abandonada.

El golpe que le propiné fue muy débil, apenas suficiente como para hacerle retroceder un paso. Pero la antorcha moribunda logró aquello que ni mi brazo ni mi revólver pudieron conseguir. La llama prendió sus blancos ropajes y lo envolvió como si su carne putrefacta fuera aceite. Solo gritó una vez, con esa voz espantosa y húmeda, propia de un ahogado, y se derrumbó, convertido en un bulto aún en llamas.

Mi victoria fue muy corta. Desde el interior del templo me llegaron ruidos de movimiento, la lenta y tranquila aproximación de los cincuenta sollozantes, o más, que se encontraban allí reunidos. Pensé en escapar retrocediendo por el túnel. Pero aunque mi herida no me hubiese impedido llevar a la acción tan desesperado plan, la conmoción que reverberaba a través del corredor de piedra eliminó cualquier esperanza de retirada. Me habían cogido. Me sequé los dedos manchados de sangre en la chaqueta y recogí mi revólver, dispuesto a luchar hasta el final.

Fue una suerte el que careciera de la fuerza suficiente para apretar el gatillo cuando las primeras figuras se abalanzaron sobre mí desde el túnel. No eran más sacerdotes los que llegaban desde la entrada de la caverna, sino un pequeño grupo de ghurkas comandado por mi ordenanza, mi amigo, Murray.

Los ghurkas llevaban sus propias antorchas, e incluso una o dos linternas de aceite. Una vez supieron lo que debían hacer, los chicos acabaron pronto con los sacerdotes. Mientras Murray me curaba el hombro, vimos cómo el humo de los cuerpos en llamas se elevaba hacia el cielo nocturno a través del techo abierto de la cámara. Después de eso, abandonamos la caverna en silencio.

Más tarde Murray me explicó que, efectivamente, se había marchado de la aldea, aunque solo después de oír cómo uno de los cabreros contaba que, el día anterior, había visto una pequeña fuerza expedicionaria británica. Dado el humor en el que se encontraban los nativos y los problemas originados con los sacerdotes enmascarados, Murray sabía que debíamos marcharnos lo antes posible. No podía dejar pasar semejante oportunidad de conseguirnos ayuda, pues no estaba demasiado seguro de



que yo pudiera realizar por mis propios medios el largo viaje de vuelta a Kandahar. El anciano de la aldea me habría explicado dónde había ido Murray, de no haberse visto afectado por la enfermedad.

¿Y la medalla de plata que había provocado mi estúpido asalto al templo de los sollozantes? Murray se la había dejado a uno de los enfermos antes de ir a buscar a nuestra patrulla. El sacerdote debió de quitársela al infortunado antes de que prepararan su cadáver para el funeral.

Se me había pasado por alto la explicación más sencilla de cómo había llegado la medalla a manos del sacerdote; algo apenas sorprendente. Incluso ahora, después de todas las lecciones que he recibido en el campo del razonamiento deductivo de manos del único maestro de verdad en esa ciencia, no puedo pretender, en confianza, que, dada una evidencia semejante, no llegase a la misma errónea conclusión, o puede que a otra diferente, pero igualmente equivocada. Y aun así, sigo confiando en la lógica. A través de ella puedo explicar a los sacerdotes enmascarados como víctimas de una variedad extraña de lepra, tan dañina para la mente como para el cuerpo. Los ritos que observé en acción no resucitaban a los muertos, simplemente sacaban a los enfermos de un estado de catatonia, uno muy parecido a la parálisis del sueño que yo mismo experimenté la noche en que, por primera vez, vi a los sacerdotes. Son explicaciones que el propio Holmes hubiera aprobado. Y si no consigo imaginarme qué explicación le habría dado a lo que vi a través del techo del templo, se debe a que carezco de su talento para la deducción.

Ahora más que nunca me pregunto cómo lo habría explicado: un techo que se abría a un cielo nocturno despejado, cuando en el exterior de la caverna todo lo que se podía observar eran nubes. Bien podría la escena estar pintada en el techo, pero fui testigo de cómo el humo procedente de los sacerdotes en llamas ascendía y salía de la cámara, y no se quedaba en el techo; cosa que hubiera ocurrido, sin lugar a dudas, si el cielo no fuera más que decoración. O puede que el paisaje sin nubes que contemplaban los visitantes de la cámara fuera el resultado de algún extraño fenómeno meteorológico, como el ojo de un huracán, solo que sin tormenta. Casi puedo llegar a creerme esas explicaciones. Lo que no puedo llegar a describir es lo que vi moviéndose contra ese





cielo estrellado: un... ser mastodónico, todo él extremidades sin hueso y culebreante oscuridad, con una faz más espantosa que los rostros putrefactos de sus sacerdotes. Mientras caía el último de los sollozantes, yo yacía en el frío suelo de piedra de la entrada de la cámara, mirando al cielo, de forma muy parecida a como lo hicieron los iniciados desde los altares. Vi esa cosa salir de Aldebarán y girar hacia la constelación de Tauro. Y, en ese mismo momento, supe que también me miraba a mí.

Los sacerdotes lo llamaban «el Innombrable», «Aquel a quien no se debe mencionar». Al menos, así es como tradujeron los estudiosos del Museo Británico los fragmentos de la plegaria que pude pronunciar. Una vez más, Murray tenía razón: resulta útil conocer algo de la lengua del enemigo. Pero un poco es más que suficiente. Aunque recordase el encantamiento al completo, no tengo ningún deseo de que mi boca logre pronunciar las demás blasfemias, incluso si con eso ayudase a los estudiosos a recuperar un idioma que ya era viejo cuando los faraones gobernaban en Egipto.

¿Qué nombre le habría dado Holmes a la bestia? Ahora nunca lo sabré, y sospecho que es mejor así. Tuve oportunidades más que de sobra para hablarle de esa cosa sobre el cielo nocturno, para hacerle entender que no fueron mis experiencias en Maiwand ni las fiebres que contraí en el hospital de Peshawar tras escapar de los sollozantes lo que me obligó a regresar a Inglaterra. Así que, ¿por qué no lo hice?

La respuesta a esa pregunta es muy sencilla, incluso para mis escasos poderes de deducción: elemental, querido Watson. No quieres acabar como Murray.

Seguramente, él habría podido salir con bien de todo eso si no me hubiese pedido que confirmara lo que también había visto esa noche. Mientras hubiera podido seguirse diciendo que no había sido más que una alucinación, igual que la aullante herida que vi en el ghazi que él había matado mientras escapábamos del campo de batalla, habría sido capaz de sobrellevarlo. Entonces habría sido capaz de rechazarlo, o de ignorarlo, y así mantener intacta la visión demasiado rígida que tenía del mundo. Pero desde el momento en que le confirmé sus miedos estuvo acabado. Y cuando el sacerdote católico de Peshawar no pudo explicar esa imposible experiencia mediante las enseñanzas de la Iglesia, Murray fue a la parte más aislada del hospital, como si quisiera molestar a la



menor cantidad de gente posible, y se descerrajó un tiro en el corazón.

Sí, esa es la razón por la que nunca compartí mi historia con Sherlock Holmes. Una vez le hubiese descrito los espantosos sucesos, él se habría apoyado en el respaldo de su silla, habría unido sus dedos y habría resuelto el misterio. O puede que existan cosas que la lógica no puede llegar a conquistar. Holmes conoce la verdad o la falsedad de esa afirmación, ahora que dio aquel salto fatal en las cataratas Reichenbach. La razón me dice que su muerte me proporciona la respuesta: la cosa de las cuevas afganas permanece, mientras que Holmes se ha ido, llevándose con él toda esperanza. Pero, una vez más, puede que haya llegado a la conclusión equivocada. Ya me he equivocado antes. En este caso, cuento con ello.



## Arte en la sangre Brian Stableford

«Se sabe que el arte que se lleva en la sangre  
puede adoptar las formas más extrañas»

—A. Conan Doyle, La aventura del intérprete griego

Aún no eran las cinco; Mycroft acababa de desplomarse sobre su butacón y de abrir el Morning Post cuando apareció el secretario en la puerta de la sala de lectura y le hizo un gesto brusco con la mano derecha. Era una llamada para acudir a la Sala de los extraños, acompañada de un gesto particular con el meñique que le indicaba que no se trataba de una visita casual, sino de un asunto en el que el club Diógenes tenía un interés especial.

Mycroft suspiró y levantó su gran exceso de carne del sillón. Las reglas del club le prohibían preguntar al secretario acerca de la importancia de la visita, por lo que quedó bastante sorprendido al ver a su hermano Sherlock esperándolo en la Sala de los extraños junto a la ventana, contemplando Pall Mall. Sherlock había acudido a él en algunas ocasiones para que le resolviera algunos enigmas complicados, pero aún no había habido ninguno que tuviera una especial relevancia para los propósitos ocultos del club. Por la rigidez de la postura de Sherlock, quedaba claro que no se trataba de ningún asunto sin importancia, y que, de momento, le había ido bastante mal.



Se encontraba otro hombre en la habitación, que ya estaba sentado. Parecía cansado; sus ojos grises (no muy diferentes en tonalidad a los de los hermanos Holmes) estaban inquietos y con aspecto acosado, pero se esforzaba realmente por mantener la compostura. Se trataba, sin duda, de un marino mercante, posiblemente un segundo oficial. Lo desigual del desvaído bronceado que cubría su rostro (cuya parte inferior había estado cubierta hacía tiempo por una barba) era prueba de que había regresado a Inglaterra desde los trópicos hacía menos de un mes. El olor que impregnaba su ropa revelaba que había hecho una visita reciente a Limehouse, donde había disfrutado de una generosa pipa de opio. El bulto que tenía en el bolsillo izquierdo de su abrigo sugería la presencia de una botella de medicina, pero Mycroft era demasiado escrupuloso como para inferir que se trataba de láudano. Decidió que la actitud del marino era de una resignación a regañadientes, la de un hombre decidido a mantener la dignidad aunque ya hubiese perdido toda esperanza.

Mycroft saludó a su hermano con un despliegue adecuado de afecto y esperó a que lo presentaran.

—Permíteme que te presente a John Chevauchoux, Mycroft —dijo Sherlock, abandonando de forma inmediata su puesto junto a la ventana—. El doctor Watson lo puso en contacto conmigo, pues se dio cuenta de que lo que contaba era algo demasiado desesperado como para que le sirviera de algo algún tipo de tratamiento médico.

—Encantado de conocerlo, caballero —dijo el marino, poniéndose brevemente en pie antes de volver a hundirse en su asiento. La mano del extraño era fría, pero su apretón fue firme.

—El doctor Watson no se encuentra aquí —señaló Mycroft. No tenía por costumbre señalar lo obvio, pero la ausencia del médico parecía necesitar explicación; en esos tiempos Watson se aferraba a Sherlock como si fuera su sombra, ansioso por conseguir otro provechoso relato debido a sus incansables esfuerzos en los mercuriales asuntos de individuos con problemas.

—El buen doctor tenía otros asuntos que atender —le informó Sherlock. Su tono de voz era neutro, pero Mycroft dedujo que Sherlock había aprovechado la forzada



ausencia de su amigo para solucionar este asunto en concreto. Al parecer, esta era una «aventura» que Sherlock no quería terminar leyendo en *The Strand*, sin importar lo mucho que, de forma admirable, el otro la embelleciera literariamente.

Dado que el acento de Chevauchoux lo señalaba como procedente de Dorset, y que su apellido sugería que descendía de refugiados hugonotes, Mycroft supuso que era más probable que el marino trabajase para alguien de Southampton que de Londres. Si había acudido a Watson en calidad de médico en vez de por ser el socio de Sherlock, debía de haberlo conocido hacía ya tiempo, probablemente en la India; y debía de haberlo conocido bastante bien, pues había sido capaz de localizar al doctor en Londres a pesar de que se había retirado. Esos datos, si bien no podían darse por seguros, adquirirían una mayor probabilidad de ser ciertos si se combinaban con las ominosas noticias (eran ominosas, a pesar de que no se habían publicado en el *Post*) de la repentina muerte, ocurrida siete días antes, del capitán Pye, del *S.S. Goshen*. El *Goshen* había echado anclas en Southampton el doce de junio, habiendo zarpado de Batavia seis semanas antes. El capitán Pye no tenía ninguno de los méritos necesarios para formar parte de un club, pero más de un miembro del club Diógenes lo conocía, y se lo consideraba un agente de confianza.

—¿Sabe usted cómo murió Dan Pye, señor Chevauchoux? —preguntó Mycroft, yendo directamente al grano. Al contrario que a Sherlock, a él no le gustaba alargar los asuntos con una charla innecesaria.

—Se lo maldijo hasta la muerte, caballero —le contestó abruptamente Chevauchoux. Obviamente, había estado en compañía de Sherlock el tiempo suficiente como para esperar que el proceso de deducción de los Holmes fuera por delante del suyo propio.

—¿Dice usted que se lo maldijo? —Mycroft levantó una ceja, aunque no en son de burla—. ¿Acaso se trata de alguna mala experiencia en las Andamanes? —Si Pye se estaba encargando de alguno de los asuntos del club (aunque no tenía que haber sabido necesariamente de quién eran los asuntos de los que se estaba encargando), las Andamanes eran el lugar más probable en el que pudiera meterse en problemas.



—No, caballero —contestó Chevauchoux con seriedad—. Se lo maldijo a morir aquí mismo, en las islas británicas, aunque el odio enloquecido que activó la maldición enfureció al mar durante semanas.

—Si conoce al responsable —dijo Mycroft con amabilidad—, ¿dónde está el misterio? ¿Por qué le presentó Watson a mi hermano? —El auténtico enigma era, por supuesto, por qué Sherlock había conducido hasta allí al marino, incapaz de haberle sido de ayuda; pero Mycroft era lo suficientemente prudente como para no decir eso en voz alta. No podía tratarse de algo tan común como encontrar pruebas que satisficieran a un tribunal de justicia; el meñique del secretario se lo había dicho. Este misterio iba más allá de las simples cuestiones de motivo y mecanismo; estaba relacionado con asuntos de sangre.

Sherlock se había metido la mano en el bolsillo mientras Mycroft hablaba, y sacó de él un objeto tan pequeño como una cajita de rapé. Su expresión al pasárselo a Mycroft estaba llena de amargura y frustración. Mycroft lo cogió y lo observó con atención.

Se trataba de una figurita tallada en piedra. Una figura imaginaria, mitad humana (aunque solo de forma aproximada) y mitad pez. Pero no se trataba de una de esas sirenas que un marino solitario podía tallar en madera tropical o en un colmillo de morsa; a pesar de que la cabeza era vagamente humanoide, quedaba claro que el torso no lo era, y el cuerpo de pez poseía unos añadidos que se parecían más a tentáculos que a aletas. Tenía algo de lamprea (incluso en la boca, que podía confundirse con una humana) y algo de increíble. Mycroft no sintió ningún escalofrío revelador al sostenerla, pero supo que su mera visión era suficiente como para sacar a la luz un sueño atávico. El opio no era la mejor medicina para el tipo de dolores de cabeza que debía de estar padeciendo últimamente Chevauchoux, pero ni él ni Watson se encontraban en posición de saberlo.

—Déjame tu lupa, Sherlock —pidió Mycroft.

Sherlock le pasó la lupa, sin molestarse en señalar que la luz que las lámparas proporcionaban a la Sala de los extraños era pobre, o que la labor de artesanía de la escultura era tan delicada que se necesitaría una aguja muy fina y un microscopio con



luz para poder investigar su fina talla. Mycroft sabía que Sherlock encontraría una especie de maligno placer en ampliar cualquier deducción a la que él llegara con la ayuda de esos medios tan inadecuados que tenía a mano.

Pasaron dos minutos en silencio en los que Mycroft terminó su examen superficial.

—Piedra de Purbeck —afirmó—. Mucho más blanda que la de Portland; lo suficiente como para poder trabajarse con herramientas sencillas, pero es fácil que se haga añicos si se aplica una fuerza inadecuada. También se erosiona con facilidad, pero, si esta pieza es tan antigua como parece, ha estado protegida de la erosión cotidiana. Puede que haya estado guardada en algún gabinete de curiosidades, aunque es más probable que haya permanecido enterrada. Sin duda alguna, habrás examinado las marcas dejadas por las herramientas que la tallaron y la suciedad acumulada en las estrías más finas. ¿Hierro o bronce? ¿Arena, sedimentos o tierra? —Puso el objeto sobre una mesa auxiliar mientras formulaba estas preguntas, pero lo colocó con cuidado, resaltando que aún no había acabado con él.

—Un cuchillo de bronce —le explicó Sherlock sin dudar—, pero de una aleación inteligente, no posterior al siglo XVI. La tierra procede de un terreno en barbecho del que se ha cortado heno con una cierta regularidad; pero también hay sal. El lugar en el que estaba enterrada está lo suficientemente cerca del mar como para que lo cubran las olas durante una tormenta.

—¿Y la imagen? —Mycroft se deleitó de forma algo vergonzosa en la expresión de irritación que cruzó por los rasgos finamente esculpidos de Sherlock: la frustración de la ignorancia.

—Terminé por llevarla al museo —admitió el gran detective—. Pearsall sugirió que podría tratarse de Oannes, el dios babilonio de la sabiduría. Fotherington no estaba de acuerdo.

—Sin lugar a dudas, Fotherington tiene razón —declaró Mycroft—. Por supuesto, él fue quien te envió a mí, sin ofrecer hipótesis alguna.



—Sí que lo hizo —admitió Sherlock—. Y me dijo, de una forma muy poco educada, que dejara a Watson al margen de todo esto.

—Tenía razón al hacerlo —aseguró Mycroft. Y al avisar al secretario con antelación, añadió, aunque no en voz alta.

—Discúlpeme, caballero —intervino el marinero—, pero parece que aquí me encuentro fuera de mi elemento. Tal vez pueda explicarme qué es esta cosa, si es que lo sabe, y por qué se la enviaron al capitán Pye..., y si acabará conmigo igual que hizo con él. Debo admitir, caballero, que hacia el final daba la impresión de que Rockaby me odiaba casi tanto como al capitán, y eso que una vez fuimos amigos y que siempre hemos sido vecinos. No me importa admitir, caballero, que estoy asustado.

Eso era obvio, aunque, evidentemente, John Chevaucheux no era un hombre que se asustara con facilidad, sobre todo por cuestiones de superstición.

—Vaya, no puedo ofrecerle ninguna garantía de que vaya usted a encontrarse a salvo en el futuro, señor Chevaucheux —le dijo Mycroft, temiendo que las únicas garantías que pudiera ofrecerle fueran, más bien, de signo contrario—, pero no perderá nada si me entrega el objeto. Y, además, podría serle usted de ayuda al club Diógenes si me contase su historia, tal y como sin duda habrá hecho ya con el doctor Watson y con mi hermano.

Sherlock se removió incómodo. Mycroft sabía que su hermano había tenido la esperanza de conseguir más, a pesar de que no había confiado en ello; pero Sherlock y él estaban hechos con el mismo molde, y sabían lo que le debían a la acumulación de conocimientos.

El marino asintió.

—Contarlo me ha hecho un gran bien, caballero —dijo—, así que no me importa volver a hacerlo. Lo tengo ahora mucho más claro que antes, y soy menos reacio a hacerlo ahora que sé que existen hombres en este mundo que pueden tomárselo con seriedad. Entenderé que no pueda ayudarme, pero le agradezco al señor Sherlock el haberlo intentado.





Anticipando que sería una larga historia, Mycroft se volvió a sentar en su silla; pero no pudo lograr ponerse cómodo.

—Sin duda, habrá deducido por mi apellido que soy de ascendencia francesa — comenzó Chevauchaux —, a pesar de que mi familia lleva en Inglaterra siglo y medio. Siempre hemos sido marinos. Mi padre navegó con Dan Pye en los viejos clíperes, y mi abuelo fue contraalmirante en la armada de Nelson. El capitán Pye acostumbraba a decir que él y yo éramos parientes, debido al hecho de que a los normandos que llegaron a Inglaterra con Guillermo el Conquistador se los llamaba así porque descendían de los nórdicos, al igual que los vikingos que colonizaron el norte de Inglaterra siglos antes. Le cuento esto porque Sam Rockaby era un hombre muy distinto de nosotros dos, a pesar de que su familia vive a no más de un día de distancia a caballo de la mía, y la mía a no más de una hora de distancia en tren de la de Dan Pye.

»La mujer y los hijos de Dan Pye residen el Poole y los míos en Durlston Head, en Swanage, cerca de las cuevas de Tilly Whim. La gente de Rockaby procede de una aldea al sur de Worth Matravers, cerca de los acantilados occidentales de St. Aldhelm's Head. Para la gente como ellos, todo aquel cuyos antepasados no trepaban por esos acantilados antes de la llegada de los romanos es un extranjero, y todo aquel cuyos antepasados no aprendieron a navegar por el Canal en coracles<sup>4</sup> o en canoas hechas con troncos horadados no es un auténtico marino. El doctor Watson me ha dicho que todo el mundo lleva en la sangre algo de mar, puesto que es de allí de donde procede toda la vida terrestre, pero no estoy muy seguro de ello. De lo único que estoy seguro es de que la gente como Rockaby se ríe entre dientes cuando oye a hombres como Dan Pye y Jack Chevauchaux afirmar que llevamos el mar en la sangre.

»El señor Sherlock me ha dicho que usted no suele viajar demasiado, por lo que supongo que no ha estado en Swanage, y mucho menos en Worth Matravers o en los acantilados de Saint's Head. Tiene usted toda la razón acerca de cómo trabaja la piedra la gente del lugar. Utilizaron piedra de Portland para la fachada del museo al que me

---

<sup>4</sup> Antigua embarcación británica, conocida por los irlandeses como currac, con forma de caparazón de tortuga y con capacidad para uno o dos tripulantes. N. de la T.



llevó el señor Sherlock, pero no suele usarse la de Purbeck, pues se hace añicos con demasiada facilidad. En estos días, incluso las casas de la isla son de ladrillo; pero en los viejos tiempos lo que tenían de sobra era piedra, y además era fácil de obtener, sobre todo allí donde los acantilados de la costa sufren las embestidas del mar, así que lo que utilizaban era la piedra. También la tallaban, aunque nunca de una forma tan fina y delicada como la de esta cosa, y no logrará ver una sola casa antigua de piedra en un radio de diez millas desde Worth Matravers que no tenga una cara fea o una figura deforme tallada en alguna de sus paredes. Hoy en día no se trata más que de una tradición, pero la gente de Sam Rockaby tiene sus propias creencias ancestrales respecto a estas cosas. Cuando Sam y yo éramos niños, me solía decir que las únicas caras auténticas eran las que miraban hacia el mar.

»“Algunos te dirán que son diablos, Jacky”, me dijo una vez Sam, “y otros te dirán que están allí para asustar a los demonios; pero no es así. Los diablos del infierno no son más que una broma propia de los cuentos de hadas. Puede que sean los dioses antiguos, o puede que sean los Otros, pero en cualquier caso son mucho más antiguos que cualquier diablo cristiano”. Pero nunca me llegó a explicar qué quería decir con eso, por lo que siempre supuse que me estaba tomando el pelo. Pasaba lo mismo con las capillas. A lo largo de toda la costa había capillitas sobre los acantilados en las que podían reunirse a rezar aldeas enteras cuando sus hombres quedaban atrapados en el mar debido a algún temporal. Incluso en Swanage corría el rumor de que la gente de Rockaby no solo rezaba por el regreso, sanos y salvos, de los pescadores, puesto que eran saqueadores antes incluso que contrabandistas, pero Sam se reía de esas calumnias.

»“Cambiaron las piedras de lugar para construir las capillas”, me dijo, “y tiraron las que les asustaban; pero la piedra sabe lo que era desde antes de que Cristo naciera, y qué se suponía que debían ver a través de los ojos que las crearon. Primero estaban los Antiguos, pero su vigilancia no les sirvió de nada. De todas formas llegaron los Otros, e imprimieron sus propios rostros en la roca”. Siempre estuvo un poco loco; pero siempre creí que era inofensivo, hasta que fue tocado por el fuego.

»El padre de Rockaby y el mío salieron una o dos veces a navegar juntos. Por lo que sé, se llevaban bien con Dan Pye y el uno con el otro. La primera vez que me enrolé



en el Goshen, el padre de Sam seguía con los veleros y sé que Sam hubiese seguido sus pasos si los tiempos de la navegación a vela no hubiesen acabado. A Sam nunca le gustó el vapor, pero no puedes hacer retroceder el tiempo, y, si quieres trabajar tienes que ir a donde haya trabajo. Era un marino de los pies a la cabeza, y si ir en un vapor era lo que tenía que hacer para salir a la mar, eso sería lo que haría. No creo que me guardara rencor por haber sido yo el que preparara sus papeles cuando se enroló en el Goshen, a pesar de que él era uno o dos años mayor que yo, puesto que no era nada ambicioso. Era un buen marino, y el mejor nadador que yo haya conocido jamás, pero no tenía el más mínimo interés en el mando. Yo siempre quise estar al frente de mi propio barco, pero él nunca quiso estar al mando de nada, ni siquiera de su propia alma.

»No podría decir qué fue lo primero que hizo que Rockaby y el capitán Pye se enfrentaran. Refunfuñar es algo propio de la naturaleza de los marinos, y siempre se encuentra un chivo expiatorio en el puente. No noté que había un elemento nuevo en la barcaza cuando el Goshen zarpó, aunque las conversaciones se hicieron más oscuras cuando el tiempo empezó a no acompañarnos. Los de tierra adentro creen que el vapor hace que la navegación sea algo fácil, pero no conocen el océano. Puede que un vapor no necesite el viento para conseguir energía, pero sigue siendo vulnerable a sus caprichos. Hay veces en las que juraría que el viento intenta hacer zozobrar un vapor con el doble de intensidad, simplemente por orgullo. Tuvimos una dura travesía, se lo digo yo. Nunca vi tan enfadado al Mediterráneo, y en cuanto cruzamos el canal y nos adentramos en el Mar Rojo, las tormentas nos volvieron a alcanzar. Rockaby era el único hombre de la tripulación que no estaba tan mareado como un cerdo; y supongo que fue por eso por lo que empezaron a empeorar las cosas entre él y Dan Pye. Rockaby afirmó que le tenía manía, que le daba más trabajo del que realmente le correspondía; y era verdad, puesto que, en ocasiones, era el único que se encontraba capacitado para seguir las órdenes. El capitán también hizo más de lo que le correspondía, y yo también lo intenté, pero había veces en las que ninguno nos teníamos en pie.

»No hay por qué avergonzarse de marearse en el mar. Dicen que Nelson tenía días en los que le costaba mantenerse en pie. Pero el mareo ordinario solo fue el principio; el láudano nos ayudó a sobrellevar la fiebre y los dolores, hasta que nos



encontramos suficientemente al este como para comprar hachís y opio puro. Puede que usted no lo apruebe, señor Mycroft, pero así funcionan las cosas en el oriente, al menos entre los marinos. Te produce pesadillas, pero al menos puedes soportar estar despierto. O esa es la forma en la que funciona normalmente. Pero esta vez fue diferente; daba la impresión de que el océano nos la tenía jurada. Transportábamos el correo de la compañía, así que tuvimos que detenernos una docena de veces en la zona continental de la India y en las islas, y en alguna parte a lo largo del trayecto cogimos el fuego. El fuego de san Antonio, eso es lo que fue.

»El doctor Watson me contó que se había encontrado con casos parecidos cuando estaba en la India (lo conocí en Goa hace trece años, cuando era marinero del Serendip) y que la causa era el pan en mal estado, contaminado con el hongo llamado cornezuelo. Puede que sea verdad, pero no es eso lo que creen los marinos. Para ellos, el fuego es algo procedente del infierno. Los hombres en peor estado afirmaban que sentían como si tuviesen cangrejos y serpientes deslizándose bajo su piel, y que sufrían cegadoras visiones de diablos y monstruos. Esta vez, Rockaby se vio afectado igual que los demás, y, de hecho, le dio realmente fuerte. Empezó a culpar a Dan Pye y a afirmar que el capitán lo había maltratado, y que al insultar su sangre había traído la aflicción a la nave.

»Perdimos otros dos hombres antes de hacer escala en Padang y cargar suministros frescos. Fue entonces cuando Rockaby desapareció; creímos que había caído por la borda, aunque era demasiado buen nadador como para ahogarse estando tan cerca de la costa, delirase o no. Casi zarpamos sin él, pero, por desgracia, regresó al barco justo a tiempo. Había superado el fuego y no parecía estar en peor estado físico que el resto de nosotros (más bien al contrario), pero pronto descubrimos que su mente no se había recuperado tan bien como su cuerpo. Apenas nos habíamos puesto en marcha empezó a farfullar y a balbucir, a veces musitando para sí en una lengua extranjera, más extraña que cualquiera que yo haya oído jamás. Hacía su trabajo (no le faltaba fuerza), pero había cambiado, y no para mejor. El capitán Pye afirmaba que sus murmullos no eran más que cosas sin sentido, pero a mí me parecía un verdadero idioma, aunque posiblemente uno que no fue diseñado para que lo pronunciáramos los



humanos. Había unos nombres que no dejaban de repetirse: Nyarlathotep, Cthulhu, Azathoth. Cuando hablaba el inglés, Rockaby contaba a todo aquel que quisiera escuchar que nosotros no entendíamos ni podíamos entender cómo era realmente el mundo y en qué se convertiría cuando volvieran los Otros para reclamarlo.

»El capitán Pye se daba cuenta de que Sam estaba enfermo, y no quería forzarlo demasiado, pero los marineros son gente muy supersticiosa. Ese tipo de mala voluntad puede conseguir que cualquier problema que aparezca sea mil veces peor. Incluso cuando todo va bien, a nadie le gusta formar parte de una tripulación que está nerviosa, y cuando el barco ha pasado por una plaga y además hay tifones a los que enfrentarse y con los que luchar... Bueno, a un capitán no le queda otra alternativa que intentar cerrarle el pico al Jonás de turno. Dan lo intentó, pero eso solo empeoró las cosas. Yo también intenté que Sam recuperara el juicio, pero nada de lo que dijéramos tenía otro resultado que enloquecerlo aún más. Puede que hubiéramos debido arrojarlo por la borda en Madrás o Adén, pero, al fin y al cabo, era un hombre de Purbeck, y era nuestra responsabilidad que regresase a casa sano y salvo. Y eso es lo que hicimos, aunque ojalá no lo hubiéramos hecho.

»Para cuando nos encontramos de vuelta en las aguas de Southampton, Rockaby parecía encontrarse mucho mejor, aunque le habíamos dado tanto opio como para mantener tranquilo a un elefante, y nosotros mismos también habíamos tomado una cantidad posiblemente insana. Pensé que se recuperaría por completo una vez volviese a casa, así que hice con él el viaje a Swanage en tren para asegurarme de que llegaba bien. Estaba bastante tranquilo, pero lo que decía no tenía demasiado sentido. “Eres un tonto, Jacky”, me dijo antes de salir. “Crees que puedes hacerlo bien, pero no es verdad. Hay que pagar el precio, debe realizarse el sacrificio. ¿Sabes?, los Otros nunca se marcharon después de librarse de los dioses antiguos. Puede que duerman, pero también sueñan, y el vapor se filtra en sus sueños como la vela nunca hizo, estirándose y retorciéndose, y filtrándose. No hay esperanza alguna de que nos dejen en paz mientras existan mareas en el mar y el caos reptante permanezca en nuestra sangre. Puedes tirar las caras, pero no puedes evitar que los ojos vean y los oídos oigan. Sé dónde se encuentran las maldiciones, Jacky. Sé cómo va a morir Dan Pye, y cómo debe hacerse. Sigue con él y



estarás condenado, Jacky. Escúchame. Lo sé. La vieja sangre corre por mis venas”.

»Lo dejé en la estación de Swanage, esperando un carro que lo llevase a casa, o al menos hasta Worth Matravers. Seguía musitando para sus adentros. No volví a oír nada más ni de él ni sobre él; pero antes de que transcurrieran dos semanas, recibí una cara de la mujer de Dan Pye suplicándome que acudiera a la casa que tienen en Poole. Tomé el primer tren que pude.

»El capitán estaba confinado en su cama, y se estaba muriendo. Su médico se encontraba a su lado, pero no tenía la menor idea de lo que le ocurría y no podía ofrecer más tratamiento que láudano y más láudano. Me di perfecta cuenta de que no iba a ser suficiente. Todo lo que el láudano puede hacer es disminuir el dolor mientras tu cuerpo realiza sus propias reparaciones, y yo podía afirmar que el cuerpo del capitán ya no era capaz de realizar reparación alguna. Me daba la impresión de que su carne lo había traicionado y ya no quería ser humana. Estaba cambiando. He visto hombres con la enfermedad de las escamas, que hace que parezca que se están convirtiendo en peces, y he visto hombres pudriéndose en vida debido a la gangrena, pero nunca había contemplado nada parecido a la transformación que estaba sufriendo Dan Pye. Fuera lo que fuera en lo que estaba tratando de convertirse, no era ningún ancestro de la humanidad, pero tampoco era simple podredumbre.

»Le quedaba aliento suficiente como para pedirme que me deshiciera del médico y que hiciera salir a su esposa, pero cuando nos quedamos solos habló a gran velocidad, como un hombre que esperara no poder hablar durante mucho tiempo. “Me han maldecido”, me contó. “Sé quién lo ha hecho, aunque la culpa no es solo suya. Sam Rockaby nunca ha tenido dotes de mando, aunque es un buen seguidor si logras demostrarle que estás al frente, así como un buen nadador en mares más extraños de los que jamás hayamos surcado tú y yo. Devuélvele esto, y dile que lo he entendido. No le perdono, pero lo entiendo. He sentido el caos reptante y he visto la locura de la oscuridad. Dile que ya ha terminado, y que ya es hora de arrojarlo por Saint’s Head y dejar que se vaya para siempre. Dile que haga lo mismo con todas las demás, por su propio bien y por el de los hijos de sus hijos”. Lo que me dio para que se lo devolviera a Rockaby es ese objeto que le ha entregado su hermano.



»Dijo más cosas, claro, pero lo único relevante para la historia es lo de los sueños. Hay que tener en cuenta que Dan Pye fue marino durante cuarenta años, y el ron, el opio y el hachís no le eran extraños. Conocía sus sueños, Dan los conocía. Pero estos, por lo que me dijo, eran distintos. Eran auténticas visiones: visiones de ciudades que llevaban muertas mucho tiempo, y de criaturas que la madre Tierra no podía haber generado, ni en cuatro mil años ni en cuatro mil millones de años. Y también había palabras: palabras que no es que no tuvieran sentido, sino que formaban parte de una lengua que los humanos no estaban preparados para pronunciar. “Los dioses antiguos no pueden salvarnos, Jack”, me dijo. “Los Otros eran demasiados poderosos. Pero no tenemos que rendirnos; ni nuestras almas, ni nuestra voluntad. Tenemos que hacer todo cuanto podamos. Díselo a Rockaby, y dile que tire todo el conjunto al mar”.

»Traté de hacer lo que Dan me había pedido, pero cuando fui a Worth Matravers descubrí que Rockaby nunca había llegado a casa después de que lo dejara en la estación de Swanage. No arrojé la piedra por el acantilado porque descubrí que la maldición que había matado a Dan ya había empezado a afectarme, y pensé que sería mejor mostrársela a alguien que fuera capaz de ayudarme. Ya conocía a Watson de antes, como ya he dicho, y sabía que había estado en la India. No estaba seguro de que él pudiese ayudarme, pero sí lo estaba de que ningún médico de Dorset podía hacerlo, y sabía que cualquiera que haya estado en la India el tiempo suficiente habrá visto cosas tan extrañas y malas como lo que me había afectado, fuera lo que fuera. Así que encontré al doctor Watson a través de la Asociación de marinos de Londres, y él me envió a ver al señor Sherlock Holmes, quien me ha prometido encontrar a Sam Rockaby. Pero quiso venir aquí primero para pedirle consejo a usted acerca de la piedra maldita debido a lo que le dijo ese tipo, Fotherington, en el museo. Y eso es todo; bueno, salvo por esto.

Mientras terminaba de decir la última frase, John Chevauchoux se desabrochó el abrigo y la camisa que llevaba debajo. Luego se abrió la camisa para exponer su pecho y abdomen ante la mirada de Mycroft. Los ojos del marino estaban llenos de espanto mientras se mostraba y enseñaba los estragos causados por aquello que se había apoderado de él.



Daba la impresión de que la reptante enfermedad había comenzado a extenderse desde una zona sobre el corazón de Chevauchoux, pero en ese momento la desfiguración se había extendido hasta el ombligo y el cuello, y de una axila a la otra. La deformación de la epidermis no se parecía a la pátina escamosa de la ictiosis; se asemejaba más a la gomosa carne de un cefalópodo, y su forma recordaba ligeramente a la de un pulpo con los tentáculos extendidos. Estaba decolorada debido a multitud de magulladuras y úlceras en expansión, aunque aún no parecía haber signo alguno de putrefacción gangrenosa.

Mycroft no había visto antes nada parecido, a pesar de que sí había oído hablar de deformidades similares. Sabía que debía inspeccionar los síntomas más de cerca, pero sentía un profundo rechazo por tocar la carne enferma.

—Watson no sabe cómo tratarlo —señaló Sherlock sin necesidad—. ¿Podría ayudarnos algún miembro del club Diógenes?

Mycroft meditó la pregunta durante un tiempo antes de negar con la cabeza.

—Dudo que haya alguien en Inglaterra que tenga una cura para este tipo de enfermedad —contestó—. Pero puedo darte la dirección de uno de nuestros laboratorios de investigación, en Sussex. Ciertamente, estarán interesados en investigar el desarrollo de la enfermedad, y puede que sean capaces de paliar los síntomas. Si es usted lo suficientemente fuerte, señor Chevauchoux, podría sobrevivir a esto, pero no puedo prometerle nada. —Se volvió hacia Sherlock—. ¿Puedes cumplir tu promesa de encontrar a este tal Rockaby?

—Por supuesto —contestó Sherlock, molesto.

—Entonces debes hacerlo, sin retraso; y debes convencerlo de que te lleve adonde guarda esas reliquias, entre las que obtuvo esta piedra. Si el señor Chevauchoux me lo permite me quedará con esta, pero debes llevar el resto al laboratorio de Sussex. Le pediré al secretario que envíe contigo dos funcionarios, pues puede que se tenga que realizar trabajo duro y esta no es la clase de caso en la que deba involucrarse Watson. Cuando los objetos estén a salvo, o al menos tan a salvo como puedan estar en manos humanas, debes volver aquí y explicarme exactamente lo que ocurra en Dorset.





Sherlock asintió.

—Espérame dentro de una semana —dijo, con su habitual confianza.

—Lo haré —le aseguró Mycroft, a pesar de que era incapaz de compartir esa seguridad.

Sherlock era tan bueno como su palabra, al menos en lo que respectaba a la puntualidad. Llegó a la Sala de los extraños siete días después, a las cuatro y media de la tarde. Iba algo más que un poco desaliñado, pero había puesto todo su orgullo y autocontrol en mantener su imagen de maestro de la razón. Aun así, no se levantó de su asiento cuando Mycroft entró en la habitación.

—He recibido esta mañana un telegrama de Lewes —le dijo Mycroft—. Conozco los hechos básicos, pero no los detalles. Lo has hecho bien. Puede que no lo creas así, pero es verdad.

—Si vas a decirme que hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que ha soñado mi filosofía... —replicó Sherlock con un tono hundido cuyo asombro iba más dirigido a él mismo que a su hermano.

—No pretendía insultarte —dijo Mycroft faltando un poco a la verdad—. Cuéntame la historia, por favor; con tus propias palabras.

—Los primeros pasos fueron elementales —comenzó Sherlock a regañadientes—. Si Rockaby hubiese estado en Londres, los irregulares lo hubiesen encontrado en unas horas; tal y como estaban las cosas, hice correr la voz a través de mis contactos en Limehouse. Estuviese donde estuviese Rockaby, seguro que se drogaba para huir de los terrores de su situación, y eso tenía que dejar rastro. Lo localicé en Portsmouth. Había ido allí en busca de un barco que pudiese llevarlo de vuelta al Índico, pero ninguno lo aceptaba debido a lo loco que estaba. Se había rendido poco antes y se emborrachaba para olvidar. Chevauchoux y yo nos dirigimos allí en cuanto pudimos y lo encontramos en una situación lamentable.



»No había señal alguna de la enfermedad del capitán Pye en el cuerpo de Rockaby, lo que me dio cierta confianza acerca de que la piedra no fuera portadora de ninguna enfermedad contagiosa, ni común ni exótica, pero estaba totalmente ido. Mis preguntas apenas obtuvieron respuesta, pero Chevauchoux tampoco tuvo mejor suerte que yo. Rockaby lo reconoció, a pesar de su locura, y dio la sensación de sentirse en deuda con él, una deuda adquirida hacía ya tiempo, cuando mantenían relaciones más cordiales. “No debería haberlo hecho, Jacky”, le dijo a Chevauchoux. “En realidad no fue culpa mía, pero no debería haberlo hecho. No debería haber dejado correr la sangre; y ahora estoy condenado, con sangre o sin ella. No puedo morir, pero no puedo vivir. Aléjate, muchacho. Vete y mantente alejado”.

»Chevauchoux le preguntó dónde podía encontrar el resto de las piedras. Dudo que, si se hubiese encontrado en mejor estado, nos lo hubiera dicho, pero en esto su situación trabajó a nuestro favor. Chevauchoux tuvo que pelear duro, recordándole constantemente a Rockaby los lazos que les unían de niños y como compañeros de barco, y al final logró sonsacarle una dirección. El nombre del lugar no me dijo nada, y probablemente no signifique nada para cualquiera que no haya recorrido la isla de cabo a rabo con el niño que una vez fue Rockaby, pero Chevauchoux conocía el lugar exacto cerca de los acantilados al que se refería. “Déjalos en paz, Jacky”, suplicó el loco. “No perturbes el terreno. Déjalos en paz. Déjalos que vengan a su debido tiempo. No dejes que se apresuren, te queme lo que te queme”. Por supuesto, no seguimos el consejo.

Mycroft se dio cuenta de que Sherlock parecía arrepentirse ahora de ello.

—Fuisteis a St. Aldhelm’s Head —le espetó—. A los acantilados.

—Fuimos de día —dijo Sherlock con un brillo en los ojos mientras volvía a centrarse en la narración—. El tiempo no acompañaba, el cielo estaba gris y chispeaba, pero era de día. Aunque la luz diurna no duró. Chevauchoux nos condujo rápidamente al lugar, pero la vieja mina que los canteros habían excavado en la cara del acantilado era difícil de alcanzar, puesto que las olas habían desgastado hacía ya tiempo el antiguo camino. La entrada a la mina estaba bloqueada a medias, pues las lajas de piedra se habían erosionado de manera desigual, partiéndose y derrumbándose; pero Rockaby se



había abierto un paso, y nos introdujimos por él sin alterar el techo.

»Cuando tus compañeros de club se pusieron a trabajar con ahínco, uno con un pico y el otro con una pala de minero, temí que se nos cayera encima todo el acantilado, pero habíamos penetrado cuarenta yardas en él y las rocas que nos rodeaban no habían sufrido nunca el empuje de las olas. Pero jamás había oído un ruido semejante al que se desató cuando arreció el viento y el mar se encrespó. El chocar de las olas parecía provenir de dentro de las rocas, surgir de las paredes como el gemido de un gigante enfermo; y eso fue antes de que tus hombres comenzaran a sacar las imágenes y levantarlas.

»Tú estudiaste la que te dio Chevauchoux a la luz de la lámpara y bajo el microscopio, pero no puedes ni imaginarte cómo se veían todas esas caras a la luz de nuestras lámparas, en aquel agujero dejado de la mano de Dios. Había bastantes de un tamaño mayor que la que Rockaby le envió al capitán Pye, pero no era solo su tamaño lo que las magnificaba: era su malevolencia. No eran portadoras de ningún tipo de enfermedad de la misma forma en que los harapos de un muerto pueden albergar microbios, pero sí que eran contagiosas, lo irradiaban sus facciones.

»Chevauchoux me había mostrado las caras de piedra de las casas de Worth Matravers, pero estas habían estado expuestas al sol, al viento y a la sal que transportaba el aire durante décadas, o siglos. Se habían convertido en simples caras feas, tan desprovistas de virtudes como de vicios. Estas eran distintas; y si me hubiesen mirado a mí de la forma en la que lo hicieron con el pobre Chevauchoux...

Mycroft sabía que no debía burlarse de esa sorprendente observación.

—Continúa —instó.

—La razón me dice que, en realidad, no es posible que miraran a Chevauchoux, que debió de habérselo imaginado, de forma muy parecida a como uno se imagina que la mirada de un retrato lo sigue por toda la habitación; pero, Mycroft, tengo que decírtelo, yo también me lo imaginé. No percibí que los ojos de esos monstruos me miraban a mí, sino que lo miraban a él... como si lo acusaran de haberlos traicionado. No a Rockaby, aunque fue él quien le dijo a Chevauchoux dónde encontrarlos, ni a ti ni a



mí, aunque fuimos nosotros los que le pedimos que los encontrara en beneficio de tu bendito club, sino a él, y solo a él. Sencillamente, la justicia y la lógica no formaban parte de la ecuación.

»“¿Lo ve, señor Holmes?”, me preguntó, y yo tuve que confesarle que sí. “Lo llevo en la sangre”, dijo. “Sam estaba equivocado al considerarse mejor marino que Dan Pye o Jacky Chevauchoux. ¿Sabe?, hay mares más extraños que los siete por los que navegamos nosotros. Existen océanos de mayor tamaño que los cinco a los que hemos puesto nombre. Existen mares de infinito y océanos de eternidad, y su sal es lo más amargo que puede haber en el creación. Los sueños que usted conoce no son más que fantasmas..., fantasmas sin más sustancia que el verso o la razón. Pero son sueños de la carne, señor Holmes. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme, pero aun así... no puedo evitar soñar”.

»Mientras hablaba no dejaba de alejarse, de dirigirse a la estrecha ranura por la que habíamos entrado al corazón de la mina. Se introducía en las sombras, y asumí que trataba de escapar de la luz porque intentaba huir de la mirada hostil que le dirigían esas espantosas efigies; pero esa no era la razón. Pudiste ver lo que le estaba pasando a su torso cuando estuvo aquí, pero su rostro estaba intacto. El veneno se había introducido en su hígado y en sus venas, pero no había llegado a sus ojos o a su cerebro. Sin embargo, los ojos vacíos de esas cabezas de piedra estaban fijos en él, no importa lo absurdo que parezca, y... ¿tienes idea de lo que te estoy hablando, Mycroft? ¿Entiendes qué estaba ocurriendo en aquella cueva?

—Ojalá —contestó Mycroft—. Tú, querido hermano, eres posiblemente el único hombre de Inglaterra que puede entender lo intensamente que lo deseo. Al igual que tú, soy maestro de la deducción y de la observación, y tengo muchas razones para desear que mis dones sean realmente adecuados para comprender el mundo en el que nos encontramos. No hay nada que los hombres como nosotros odiamos y temamos más que lo inexplicable. No comparto la opinión de esos idiotas que afirman que existen cosas que se supone que el hombre no debe conocer, pero me veo obligado a admitir que existen cosas que el hombre, hoy por hoy, no puede conocer. Apenas hemos llegado a tratar de igual a igual a esas aflicciones corrientes de la carne que llamamos



enfermedades, por no hablar de lo extraordinario. Si existen cosas tales como las maldiciones, y sin duda alguna estarás de acuerdo conmigo en que sería infinitamente preferible que no fuera así, entonces, hoy por hoy, somos impotentes ante ellas y no podemos contrarrestarlas. ¿Dijo Chevauchoux algo más acerca de estos sueños de la carne?

—Ya me había dicho que Dan Pye había tenido razón —continuó Sherlock—. Eran más que sueños, incluso cuando se trataba de espantajos. El opio no los alimenta, me aseguró, pero tampoco puede suprimirlos. Me había contado, con mucha calma que ya había visto los desiertos del infinito, las profundidades de la oscuridad, los horrores que se esconden al borde de la razón... y que había oído los murmullos, la discordancia que subyace bajo toda pretensión de música y de discurso coherente. Pero cuando se introdujo en las sombras de la cueva...

Sherlock hizo un esfuerzo evidente por recobrar la compostura.

—No dejó nunca de hablar —continuó diciendo el gran detective—. Quería que tú lo supieras. Quería ayudarnos y, a través de nosotros, ayudar a otros. «Lo peor de todo», me dijo, «es lo que he sentido. He sentido el caos reptante, y sé qué es lo que tengo ahora. En comparación, el fuego de san Antonio es una simple molestia. He sentido la mano de la revelación sobre mi frente, y la siento ahora, aferrándome como si fuera un torno. Sé que la fuerza gobernante de la creación está ciega, y peor que ciega. Sé que carece de la más mínima inteligencia, la más mínima compasión, el más mínimo sentido artístico. Puede estar usted sorprendido de verme tan tranquilo en una situación como esta en la que me encuentro, señor Holmes, y, para serle sincero, yo también estoy sorprendido, sobre todo después de haber visto a Dan Pye en su lecho de muerte y a Sam Rockaby convertido en una ruina por sus propias acciones; pero he aprendido de usted que los hechos deben aceptarse y ser tratados como tales, y que la locura es una traición de la voluntad. Puede creer que su hermano y usted no me han ayudado, pero sí lo han hecho... a pesar de todo. Llévase esas cosas monstruosas y estúdielas. Aprenda todo lo que tienen que enseñarle, cueste lo que cueste. Eso es mucho mejor que el camino de Sam Rockaby, o que el mío...». —La voz de Sherlock volvió a apagarse.



—El señor Chevauchoux era un valiente —afirmó Mycroft tras un instante de silencio.

En ese momento Sherlock lo miró a los ojos, con una mirada teñida de miedo y fuego.

—¿Estoy condenado, Mycroft? —preguntó con voz áspera—. ¿Estoy incubando la enfermedad, igual que él? ¿Son mis sueños algo peor que sueños?

Mycroft no podía ofrecerle demasiadas garantías, pero negó con la cabeza.

—Chevauchoux, al igual que Pye, tenía algo en su interior que respondió a la maldición. Tú y yo somos de una casta distinta; el arte de nuestra sangre es diferente. No puedo jurarte que seamos inmunes o que seguiremos así, pero estoy convencido de que tenemos mejores medios para enfrentarnos a eso. Esas efigies que le llevaste a Lewes pueden tener el poder de hacer que algunos hombres contemplen una espantosa verdad, y que alguna carne humana traicione a su alma, pero no son omnipotentes, pues de lo contrario haría mucho que la carne humana habría sucumbido a sus efectos. De todas formas, no es seguro esconderlas o esconderse de ellas. Sea cual sea el riesgo que corramos, hay que estudiarlas. Esos estudios son peligrosos, pero eso no es excusa para abandonar nuestros deberes académicos. Debemos intentar entender qué son (qué somos), por muy odiosa que pueda ser la respuesta.

—Entonces, ¿crees que estamos a salvo de su contagio? ¿Tú y yo?

Mycroft nunca había visto a Sherlock tan desesperado por conseguir consuelo.

—Me atrevería a confiar en ello —dijo juiciosamente—. El club Diógenes tiene cierta experiencia en asuntos de esta índole, y de momento hemos sobrevivido. Las entidades que la gente como Rockaby llama los Otros han demostrado en el pasado ser más poderosas que las que él llama los dioses antiguos, pero la sangre de Nodens no está extinguida: sigue en nosotros, y tiene su manera de expresarse. No debe despreciarse el don que se nos ha otorgado a la gente como nosotros. Hay veces en las que sospechas que yo te tengo en menor consideración porque te has hecho famoso en lugar de trabajar oculto a la sociedad de la forma en la que lo hago yo, pero me alegro



de que te hayas convertido en un héroe de nuestro tiempos, porque esta época necesita grandemente tu tipo de héroe. Nuestro arte se encuentra en su infancia, y nos esperan muchos más enfrentamientos como este en los años, puede incluso que en los siglos venideros, y en los que quede patente nuestra incapacidad, pero de todas formas debemos alimentarlo y conservar con celo sus recompensas. ¿Qué más podemos hacer si queremos ser merecedores del nombre de humanidad?

Sherlock asintió, aparentemente satisfecho.

—Dime ahora —pidió Mycroft— qué pasó en la cueva. Sé que mis fieles servidores y tú tuvisteis éxito a la hora de llevarle a Lewes los objetos, pero también sé que Chevauchoux no se encontraba con vosotros. Rockaby ha sido trasladado a un asilo para lunáticos, donde uno de nuestros agentes se encargará de investigar su locura, pero, por el tono de tu narración, me parece que Chevauchoux no va a encontrarse disponible para un estudio en profundidad. ¿Te sientes ahora capaz de contarme qué ha sido de él?

—¿Que qué ha sido de él? —repitió Sherlock, y se le llenaron de nuevo los ojos de miedo—. ¿Que qué ha sido? Ah... —Hizo una pausa mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba una botella. Mycroft no tenía forma de estar seguro, pero le pareció que su tamaño encajaba perfectamente con el del bulto que había observado en las ropas de John Chevauchoux unas pocas semanas antes. La etiqueta de la botella, garabateada por la descuidada mano de un médico le confirmó que se trataba de láudano.

Sherlock llevó la mano al corcho, pero se detuvo y colocó la botella sin abrir sobre la mesa auxiliar.

—No sirve de nada —dijo—. Pero solo son sueños, ¿verdad? Simples fantasmas. No hay necesidad alguna de que los transforme en sueños de mi carne. De todos modos, eso es lo que me contó Chevauchoux cuando se adelantó para entregarme la botella, justo antes de huir. Creo que trataba de ser amable; pero habría sido más amable de su parte que hubiera permanecido entre las sombras. ¿Ves?, él tenía fe en mí. Creyó que yo querría ver en qué se había convertido... y tenía razón. Debía tener razón, y así fue. Antes de echar a correr hasta el final de aquel pasillo de piedra improvisado y lanzarse



al ingrato mar, donde realmente espero que haya muerto...

»Ese valiente quiso que yo viera lo que le había hecho el caos reptante, al convertir su carne en un sueño bajo los malignos ojos de esas criaturas que sacamos de su escondite...

»Y lo vi, Mycroft.

—Lo sé —le contestó Mycroft—. Pero debes decirme qué es lo que viste, para que podamos llegar a aceptarlo. —Y vio cómo su hermano respondía a esta petición, comprendiendo tanto el sentido como la necesidad de hacerlo. Durante toda su vida, Sherlock Holmes había creído que, una vez eliminado lo imposible, lo que quedara, por muy improbable que pareciese, debía ser la verdad. Ahora había comprendido que, cuando lo imposible era demasiado difuso como para ser eliminado, había que revisar la opinión que se tenía de los límites de lo posible; pero era un hombre valiente en el que aún fluía la sangre de Nodens, aunque algo modificada, que continuaba con su larga e incesante guerra contra la mancillada sangre de los Otros.

—Vi la carne de su rostro —continuó Sherlock, conduciendo tozudamente su historia hasta su inevitable final—, cuya textura se parecía a la de un repugnante y blando cefalópodo, y cuya forma se disolvía en una masa de retorcidos y agoniosos gusanos, todos y cada uno de los cuales se licuaban y supuraban como si hubiesen estado descomponiéndose desde hacía un mes. Y vi sus ojos..., sus brillantes ojos ciegos a la luz normal, que no me miraban a mí sino al infinito y a la eternidad, donde contemplaban un horror tan inenarrable que precisó de toda su fuerza para esperar un instante más antes de arrojarse, en cuerpo y alma, al abismo sin límite.





## El curioso caso de la señorita Violet Stone Poppy Z. Brite y David Ferguson

Una mañana bajé a desayunar y me encontré a Sherlock Holmes aún en bata, contemplando una nota escrita en una letra grande y temblorosa. Esperé a que me sirviera mi primera taza de café y luego me pasó la nota desde el otro lado de la mesa.

«Señor Holmes:

Por favor, caballero, ¿podría ir a verlo? Temo por la vida de mi querida hermana. Llegaré hoy después del almuerzo. Por favor, señor Holmes, no sé a quién más acudir.

Thomas Stone»

—¿Qué opina de esto, Watson? —me preguntó cuando logré descifrar la infantil grafía.

—No demasiado. Aunque supongo que ya lo sabrá usted todo respecto a él.

—No mucho más de lo que aparece en la nota —contestó Holmes, aunque yo era consciente de que incluso una nota tan escueta podría decirle muchas cosas a su acostumbrado ojo—. Un hecho o dos, nada más. Esperemos y veamos qué tiene que decirnos este hombre personalmente.

La mañana había amanecido clara y templada, pero, hacia mediodía, una repugnante niebla amarilla cubrió toda Baker Street y se pegó a las ventanas como una



cara grasienta, llenando nuestras agobiantes habitaciones de una fría humedad. Holmes se encontraba avivando el fuego cuando llamaron a la puerta y apareció el señor Thomas Stone.

Me costó determinar su edad, pues era un joven que, de alguna forma, parecía mayor. Sus rasgos no parecían especialmente envejecidos; de hecho, tenía el pelo claro y era atractivo, con unos ojos oscuros llenos de decisión y un cierto gesto en la mandíbula que sugería una tendencia a la tozudez. Tenía anchas espaldas, pero había algo en su postura y en su comportamiento que, en un primer momento, me hizo creer que debía de ser casi pensionista. Luego me fijé mejor y decidí que no podía tener más de veinticinco años. Los dobladillos de sus pantalones estaban oscurecidos por una suciedad más densa que la de las calles de Londres.

—Les agradezco la amabilidad de recibirme habiendo avisado con tan poco tiempo —dijo mientras nos estrechaba la mano.

—No tengo ninguna duda de que era necesario —le contestó Holmes—. Watson, permítame que le presente a Thomas Stone, aprendiz de cocinero en el Grand Hotel.

—Entonces..., ¿ustedes dos ya se conocían? —pregunté, aunque un vistazo a la sorprendida cara de nuestro invitado me dijo que no era así.

—Nunca había visto a este caballero hasta ahora. Pero sospeché que se encontraba en el negocio de la restauración cuando leí la nota, y supe que tenía razón en cuanto entró.

—No puedo ni imaginarme cómo lo averiguó, caballero —dijo el asombrado joven.

—Utilizó la palabra «almuerzo» en su nota. La mayor parte de la gente utilizaría la palabra «mediodía», a menos que tuviera una razón para compartimentar el día según las comidas. Además, escribió la nota en un fragmento de una factura de un mercader de pescado de Dover. En la parte de atrás del papel encontré las letras «TEL» y la palabra «lenguado». ¿Qué tipo de establecimiento recibiría una factura semejante?: el restaurante de un buen hotel. No oí ningún carruaje fuera justo antes de que entrara



usted y sus zapatos no están enfangados, por lo que deduje que venía de algún lugar cercano. El restaurante del Grand es el único de la zona lo suficientemente elegante como para servir lenguado de Dover.

—¡Pero bien pudo haber venido de un lugar distinto al de su trabajo! —exclamé.

—Observe las manchas de los dobladillos de sus pantalones, Watson. Hay señales de grasa de la cocina, y un trozo de perejil fresco en el cordón de su bota. Y en cuanto a su puesto, observe el grueso callo de la segunda falange del índice de su mano derecha. Ese tipo de callo aparece tras un largo uso del cuchillo, aunque no tanto como para ser el cocinero jefe. Y sus ojos carecen del brillo tiránico del chef. No, tiene que ser el aprendiz. Si me equivoco, le prepararé yo mismo la cena. ¿Me equivoco, señor Stone? Por el bien de su estómago, espero que no.

—En absoluto, caballero. Llevo dos años como aprendiz en el Grand bajo el chef John Sutcliffe. Pero no es por eso por lo que he venido.

—No —recordé—, decía en la nota que temía por la vida de su hermana. ¿Qué problema tiene la joven?

—Ah, mi pobre Violet —comenzó a decir Stone. Pero no pudo continuar, pues Holmes se levantó de improviso de su silla y cogió un periódico que estaba sobre la mesa.

—¿Su hermana es Violet Stone? —quiso saber Holmes.

—¿Quién demonios es Violet Stone? —pregunté yo.

—Discúlpeme, Watson. Me olvidé de que usted solo lee la sección financiera de los periódicos. ¡Debería interesarse más por lo que hacen sus compatriotas!

Empecé a farfullar, pues Holmes siempre había hablado con desagrado de las historias de interés humano, afirmando que las minucias de la vida cotidiana de la gente no tenían interés alguno a menos que él pudiera estudiarlas en persona. Me entregó el periódico y me indicó un artículo, y yo me aplaqué mientras leía los titulares.



Una joven lleva tres años sin comer  
La madre confía al periodista: «se alimenta de aire y fe».

Una anomalía de la naturaleza  
Los médicos dicen: «¡Falso!»,  
pero no encuentran pruebas de ello

Leí el artículo que los acompañaba y averigüé que la señorita Violet Stone, del 10 de Percy Lane, Highgate, había enfermado tres años atrás durante unas vacaciones en Grecia. Había nadado en una charca de una de las islas y se había enfriado, tras lo cual, según la familia, no volvió a ser la misma. Gradualmente fue comiendo cada vez menos, hasta que fue incapaz de tragar nada; le daban arcadas y se ahogaba cuando la obligaban a comer. Hacía poco, una mujer de la limpieza había dejado de servir a la familia y había informado a la prensa del extraño asunto.

—Estoy de acuerdo con mi colega, sea quien sea —afirmé—. La historia es falsa. Si la señorita Stone dejó realmente de ingerir alimento y bebida, hubiese fallecido tras unos treinta o cuarenta días de privación. Mire, el cuerpo humano es como ese fuego de ahí —señalé la chimenea, donde ardían alegremente unos cuantos troncos—. Arde porque tiene combustible. Retire los troncos y se quedará sin fuego.

—Una buena analogía —comentó Holmes—, pero el fuego también se alimenta de oxígeno. Ahóguelo y lo extinguirá. Pero no puede ver el oxígeno, y si no fuera usted un hombre culto, no tendría evidencia alguna de la existencia del mismo.

—¿Está sugiriendo que la señorita Stone se está alimentando de algo que la ciencia desconoce?

—En absoluto —respondió Holmes, que había comenzado a arreglarse las uñas con un kris malayo—. Simplemente señalaba un fallo en su analogía.

—Si hacen el favor, caballeros —interrumpió Stone con timidez. Holmes y yo lo miramos con sorpresa; nos habíamos interesado tanto en la historia de su hermana que



creo que ambos nos habíamos olvidado de que estaba allí.

—Discúlpenos —dijo Holmes—. No somos más que un par de viejos pedantes. Debido a que su apellido es tan común, no me di cuenta de la conexión existente entre su nota y el artículo del periódico hasta que mencionó que el nombre de pila de su hermana era Violet. Por favor, continúe.

—Bueno, es cierto que no come, al menos por lo que yo sé. Paso mucho tiempo en el Grand, y solo veo a mi familia por la mañana temprano y cuando el chef me da un día libre. Pero, que yo sepa, ni ella ni mi madre han contado nunca una mentira. ¿Y por qué iba ella a mentir? ¿Por qué iba a sufrir deliberadamente?

—¿Entonces está sufriendo? —preguntó Holmes.

—Su cuerpo está escuálido y retorcido, pero ella afirma no tener hambre. Dice que encuentra su sustento en otro reino y que no necesita alimento alguno de este mundo. Como se pueden imaginar, esto representa un duro golpe para mí; solía cocinarle algunas cosas al principio de su enfermedad. Natillas, y cosas parecidas. Ahora me dice que tragar mis natillas le resultaría tan doloroso como tragar carbones ardientes.

—¡Vaya! ¿Y ha estado así desde que se dio un baño en unas vacaciones?

—Oh, sí, caballero. Hace tres años murió nuestra tía abuela, que legó una cierta cantidad de dinero a nuestra madre. Nuestro padre murió cuando yo era pequeño, ¿sabe?, y nos dejó en buena posición, pero nunca hubo suficiente dinero para caprichos. Mi madre siempre quiso estar entre las ruinas griegas y sentir cómo el antiguo viento le agitaba el cabello; así es como lo dice ella. Tiene un alma bastante poética. Yo no podía dejar la cocina, pero insistí en que ella y Violet utilizaran el dinero para tomarse unas vacaciones.

»Un día, se encontraban de picnic en la isla de Cnosos cuando Violet vio una charca de aguas claras y fue a darse un baño. No es que le gustase demasiado nadar, pero mi madre dijo que vio en el fondo algo que brillaba y que quiso sumergirse para cogerlo; pensó que sería una moneda antigua, o algo por el estilo. Violet dijo que no era



nada, solo el reflejo del sol en el agua; pero esa noche enfermó, y tuvieron que volver a casa quince días antes de lo que habían planeado. Mi madre pensó que se recuperaría una vez llegaran a Londres, pero se metió en cama y no se ha levantado desde entonces.

—¿Cuáles son sus síntomas?

—Mientras estuvieron en Cnosos, tenía amnesia; aunque casi daba la impresión de que trataba de ocultarlo. Pretendía conocer a nuestra madre, pero no podía responder ni a la pregunta más sencilla acerca de nuestras vidas en Londres. Cuando regresó, me di cuenta de que tampoco me reconocía a mí. Yo me sentaba con ella siempre que disponía de algo de tiempo y le contaba historias de nuestra infancia, y a menudo le leía. Le encanta que le lea. Lo que no resulta extraño; antes del accidente disfrutaba con los periódicos y las novelas modernas. Ahora prefiere historias que yo, por mi parte, apenas puedo entender que le gusten. No hace mucho me pidió que le llevara algo llamado *Necronomicón*, pero no he sido capaz de encontrarlo en ninguna librería.

—¡El *Necronomicón*! —musitó Holmes—. ¿Qué puede querer una joven dama inglesa de esa enmohecida basura ocultista?

—Se pasa muchas noches levantada, garabateando en un pequeño libro. Es una de las pocas cosas que aún puede hacer por sí misma. Ya se ha recuperado de su amnesia, o al menos nos reconoce, aunque haya tenido que volver a aprenderlo todo como si acabara de nacer. Pero nunca se recuperó de su enfermedad física. Primero le ardía el cuerpo de fiebre. Deliraba y farfullaba en una lengua que nadie entendía. No me importa reconocer que ese sonido me producía una sensación desagradable, y que casi acaba destrozándole los nervios a mi pobre madre.

»Cuando por fin le bajó la fiebre, sus extremidades empezaron a arrugarse y a encogerse como si fueran las de una anciana. Al final dejó totalmente de comer y beber, y pensamos que nos iba a dejar, pero sigue viva. En ocasiones afirma que desearía morir, pero sigue teniendo esa sed de conocimientos.

Holmes estaba sentado justo al borde de su silla, escuchando la historia de Stone. Se levantó y cogió su sombrero.



—En fin, Watson, no nos queda más remedio: debemos ir a ver a la señorita Violet Stone.

Sabiendo que no habría descanso ni para mí, ni para Holmes, ni para el desafortunado señor Stone hasta que lo hubiéramos hecho, me puse mi gabán y seguí a Holmes y al otro hombre hasta la calle. Paramos un coche y los tres nos adentramos en la pálida tarde sobre las resbaladizas losas grises de Londres.

Holmes sacó su fiel pipa de la chaqueta, así como una bolsa de tabaco. Mientras compactaba pensativamente el contenido de la cazoleta y miraba por la ventana, inquirió:

—Disculpe, señor Stone, ¿puede decirnos algo más sobre la situación en la que se encuentra su hermana? Watson es un médico bastante bueno. Puede que llegue a alguna conclusión a través de su descripción.

El gentil joven inclinó la cabeza hacia mí antes de decir:

—Apenas sé por dónde comenzar, caballero.

—Yo diría que, de todos los sitios, el principio es el mejor sitio por donde empezar. ¿Está usted de acuerdo, Watson? Díganos qué observó de sus síntomas iniciales y de la amnesia que afligió a su pobre hermana.

Soltando pequeñas bocanadas de humo azul, Holmes volvió a recostarse sobre el asiento. Cerró los ojos, tal y como acostumbraba hacer cuando escuchaba algo con su peculiar capacidad de atención. Cuando los sentidos de Holmes estaban más despiertos, su estrecha figura siempre daba la impresión de una laxitud extrema. Más de un mentiroso descuidado había dejado que lo engañara la aparente falta de atención que delataba su postura.

No obstante, el joven Stone no parecía tener razón alguna para mentirnos. Su rostro solemne se ensombreció mientras hacía retroceder en el tiempo sus pensamientos hasta tres años atrás.

—Era como si nuestra Violet se hubiera ido para siempre, caballero —comenzó—. Antes, su voz era musical y su risa recordaba el trinar de los pájaros. Estaba llena de



vida, y cuando hablaba siempre movía las manos. Era como si dibujara en el aire aquello que te estaba contando. Cuando por fin le bajó esa espantosa fiebre y pudo volver a hablar sin delirar, había desaparecido toda su luz.

El joven hizo una pausa para respirar hondo y secarse los ojos, parpadeando con tozudez para evitar llorar. Quedaba claro que estaba profundamente afectado por el trágico cambio que había sufrido su hermana. A pesar de que ya habían pasado varios años desde que alcanzara su mayoría de edad, por un momento el joven cocinero exhausto que teníamos frente a nosotros desapareció, y lo que vimos fue a un niño pequeño agotado que trataba de mantener sus emociones bajo control.

—Ahora está distinta. Nunca ríe. Su voz es plana, ya no hay chispa. Honestamente, caballero, es como si fuera una chica totalmente diferente. —Suspiró profundamente y volvió a secarse los ojos—. Y tengo miedo de que fallezca en cualquier momento. ¿Cómo puede no comer, caballero? ¿Cómo puede no comer y seguir viva?

—Espero llegar a averiguarlo, joven —le contestó Holmes.

El coche había entrado en las somnolientas calles de Highgate y se dirigía a la dirección que Stone le había proporcionado. Para cualquier extraño, la casa parecía normal, otro edificio alto y estrecho entre muchos, cada uno con su propia entrada y su propio patio. Pero Stone me había transmitido lo suficiente de su desesperación como para que ya no pudiera mirar la casa de los Stone con objetividad: sus ventanas cortinadas se convertían en ojos entrecerrados; sus paredes llenas de hollín, en la apagada piel del enfermo.

La niebla nos cubrió el rostro de humedad mientras Stone nos conducía hasta la entrada. Nos recibió una joven doncella de ojos color esmeralda, que cogió nuestros abrigos.

—Iré a decirle a la señora que ha llegado usted, señor Stone —dijo, con un suave acento irlandés.

Todo era igual a como lo había descrito el joven. Daba la impresión de que los Stone se encontraban en buena posición económica, pero no pertenecían a las elegantes





familias de la clase alta londinense. La casa estaba decorada con gusto, pero algunas esquinas de las alfombras estaban raídas, y las sillas del salón indicaban muchas horas de uso.

—Tom, ¿quiénes son estos caballeros? —dijo una voz procedente del pasillo, y así nos dimos cuenta de la presencia de la señora Stone, una viuda con aspecto de matrona embutida en un vestido de seda salvaje. Su rostro era amable pero estaba lleno de preocupación, y unas manchas violetas bajo sus ojos delataban muchas horas de nerviosismo y de falta de sueño.

—Él es Sherlock Holmes, mamá —nos presentó Thomas—. Y el doctor Watson es médico.

—Ah, sí —contestó ella—. He leído sus nombres en el Times. Es un placer conocerlos. Le diré a Anna que nos traiga un té, ¿o prefieren un burdeos?

—Mamá —intervino Stone—. Los he traído para que vean a Violet. Como ya sabes, el señor Holmes es un gran conocedor.

Al oír el nombre de su hija, los hombros de la señora Stone se vinieron abajo, como si hubiese caído un gran peso sobre ellos.

—Oh, mi pobre Violet —dijo—. No sé cómo puede seguir respirando en este mundo.

—¿Es cierto, señora, que lleva tres años sin ingerir alimento o bebida alguna? —le preguntó Holmes.

—Sí, caballero, es totalmente cierto. Se ha ido consumiendo hasta quedarse en prácticamente nada, y aun así sigue respirando, más o menos. Hemos hecho todo cuanto hemos podido para que esté cómoda, pero, como ya les habrá contado Tom, apenas parece ser ella misma.

—En fin, ese burdeos va a tener que esperar —comentó Holmes—. Si no es mucha molestia, ¿podríamos verla ahora?

—Este momento es tan bueno como cualquier otro —contestó la atribulada madre—, pues está prácticamente igual a cualquier hora. Apenas parece dormir. Nunca



cierra los ojos. Hay veces en las que habla menos y se queda totalmente inmóvil en la cama, siendo su respiración la única señal de que continúa viva, pero, desde que todo esto comenzó, no hemos visto que duerma como lo hacen todos los demás.

Nos hicieron subir las escaleras hasta llegar a una estrecha sala en la que había tres puertas, que, sin duda alguna, conducirían a los respectivos dormitorios de los miembros de la familia Stone. Un leve aroma a jazmín inundaba la sala, posiblemente debido a una bolsita aromática.

La señora Stone se dirigió hacia la puerta que se encontraba más hacia la izquierda y la abrió en silencio. Las lámparas del dormitorio proporcionaban muy poca iluminación, y la neblinosa penumbra de la tarde se colaba a través de las ventanas, sumiendo las esquinas en una total oscuridad. Cuando reparé en la presencia de la doncella arrodillada a los pies de la cama pensé que estaba realizando algún servicio a la muchacha que se encontraba postrada en ella. Solo al fijarme con más detenimiento descubrí las cuentas del rosario católico que colgaba entre las manos juntas de la sirvienta.

—¡Anna! —aulló la señora Stone—. ¿Cómo has podido?

La pobre doncella aferró las cuentas contra su pecho, y fue entonces cuando me di cuenta de las lágrimas que le surcaban el rostro.

—Pero señora —protestó—, ¡esto tiene que ser un milagro! ¡Es una santa!

—Ya te lo he dicho antes, Anna —replicó la señora Stone, con nubes de tormenta cerniéndose sobre su frente—: ¡no queremos esa basura papista en esta casa! ¡El capitán Stone era protestante, igual que yo, y así es como hemos educado a nuestros hijos!

—Por favor, mamá —la interrumpió el joven señor Stone—. Nuestros invitados...

—Por supuesto —contestó la viuda, recobrando la compostura—. Anna, espérame abajo. Estos caballeros han venido a ver a Violet.

—Sí, señora —contestó la asustada doncella y abandonó apresuradamente la habitación.

Fue entonces cuando vimos por primer vez a la joven afectada. Aferrándose a



una de las colgaduras de la estrecha cama, la madre nos indicó con un gesto que nos acercáramos.

—Aquí está —dijo la madre—, mi pobre pequeña.

La chica, de unos diecisiete años, formaba un bulto increíblemente pequeño bajo las sábanas. Sus brazos eran palillos; sus dedos, pequeñas ramitas que arañaban débilmente la almohada ribeteada de encaje. Puede que su rostro hubiera sido atractivo en algún momento, pero ahora lo tenía hundido, con pómulos prominentes y una piel de ese blanco perlino azulado propio de los recientemente fallecidos. Si he de ser totalmente honesto, tenía el aspecto de algo que yo hubiese esperado ver sobre una mesa mortuoria, no en un coqueto dormitorio de Highgate. Solo los ojos centelleantes daban a ese rostro macilento alguna señal de vida.

—¿Madre? —dijo con suavidad, su voz apenas audible.

—Sí, cariño. Tom ha llegado hoy pronto; ha traído a un médico y a otro amigo. — Con una mano, la señora Stone nos instó a que nos acercáramos más.

—¿Otro médico? —preguntó la espectral muchacha con tono de resignación. Con el tiempo, seguramente había llegado a asociar las visitas de los doctores con toqueteos de sus frágiles extremidades, pruebas de sangre y otras inconveniencias.

—Señorita Stone —dijo Holmes, inclinándose ligeramente ante ella—, soy Sherlock Holmes. Y él es mi...

Pero, antes de que Holmes pudiera acabar con sus presentaciones, la joven se inclinó hacia delante en la cama y agarró el brazo de Holmes por la muñeca.

—¡Usted! —gritó, sus brillantes ojos ardiendo con ese fantasmagórico y fantasmal fuego. Su diminuta mano se había encogido hasta parecerse a una garra, pero debía de haber agarrado el brazo de mi amigo con una fuerza preternatural, puesto que Holmes no pudo soltarse. Nunca lo había visto soportar un inesperado contacto físico con otra persona con tranquilidad. Pero, en esta ocasión, se mantuvo casi inmóvil, y no habló ni traicionó ningún tipo de emoción.

—Usted puede ayudarme —jadeó la niña—. Sí, usted. Usted posee las



capacidades mentales necesarias.

—¿Qué es esto? —exigí saber inclinándome más hacia delante, mientras los dos Stone retrocedían involuntariamente ante la repentina animación de la muchacha.

—He llegado aquí por error. Todo ha salido realmente mal. No tenemos demasiada experiencia en esta ciencia del reemplazo. Estoy atrapada en el cuerpo de esta niña, y debo regresar. Ha habido errores en el proceso. No nos hemos unido bien.  
—La muchacha parecía estar fuera de sus cabales.

—Ya veo —comentó Holmes, con su rostro curiosamente convertido en una máscara sin expresión.

—¿Tiene acceso a la lente de un pulidor? ¿A un metalúrgico? ¿Al taller de un maquinista? —Los pálidos ojos de la joven estaban llenos de desesperación. Toda su esencia vital parecía estar concentrada en esos ojos. Su piel, su pelo, incluso las grisáceas sábanas que la tapaban hasta la cintura parecían estar desprovistos de todo color, pero sus ojos brillaban tanto como los de los infortunados lunáticos a los que tuve que tratar en los sanatorios de Londres.

—Sí, a todo —contestó Holmes, aún sin manifestar, extrañamente, ninguna emoción, y curiosamente pasivo ante esa espectral muchacha de ojos enloquecidos.

—Debe ayudarme —reiteró la chica—. ¿Tom?

—¿Sí, Violet? —respondió Stone tras un momento, recobrándose todavía de la conmoción que le había producido la súbita animación de su hermana.

—¿Dónde está mi cuaderno de notas? —le preguntó.

Stone sacó de un mueblecito que se encontraba junto a la cama un pequeño cuaderno de flores del tipo del que se anima a las jóvenes damas inglesas a utilizar como diario.

—Está aquí, hermana —dijo, mientras lo colocaba a su lado junto a la colcha.

Ella soltó la muñeca de Holmes y puso el cuaderno entre sus largas y diestras manos.



—Todas las instrucciones se encuentran aquí —le dijo—. Sígales al pie de la letra. ¡Por favor, no me falle, señor Holmes!

—Sí, señorita —contestó un todavía sorprendentemente pasivo Holmes—. Lo haré lo mejor que pueda. —Y, con eso, se guardó el diario en la chaqueta y se alejó de la cama sin pronunciar otra palabra. Yo me quedé allí, con los igualmente sorprendidos Stone. Violet volvió a tumbarse entre las sábanas y dejó que se le cerraran los ojos.

Después de explicar a la familia que seguramente mi amigo tendría excelentes razones para haber abandonado tan bruscamente la habitación, le hice un breve examen físico a Violet. Al no detectar ninguna amenaza inmediata contra su vida, seguí a los Stone escaleras abajo hasta el salón.

Encontramos la larguirucha figura del detective sentada en una silla, con su larga nariz enterrada en el diario de la muchacha.

—Fascinante —murmuró mientras sacaba un cigarrillo del bolsillo y lo encendía con una cerilla de madera—. Realmente sorprendente.

—¿De qué se trata, Holmes? —le pregunté, tan ansioso como los Stone por obtener alguna explicación.

—¡Ah! —exclamó Sherlock Holmes, levantándose de la silla y cerrando el librito con un golpe seco—. Señor Stone, señora, volveremos dentro de unos días, y, espero, arreglaremos las cosas.

Y sin decir mucho más, recogimos nuestros abrigos y regresamos al coche que nos estaba esperando.

En el viaje de regreso a Baker Street, Holmes siguió hojeando el diario de la joven. Me pregunté qué demonios estaría captando de tal modo la atención de mi amigo, pero los muchos años de caprichos de Holmes y algún que otro momento de conducta errática me habían enseñado a esperar, pues él no respondería a las preguntas que se le hicieran más que a su debido tiempo.

Pero, al estar ardiendo de curiosidad, logré echar furtivamente un vistazo a las páginas. No sé qué era lo que esperaba encontrar, pero lo que vieron mis ojos me causó



una tremenda sorpresa. En lugar de páginas llenas con la pulcra letra de una colegiala, el diario parecía estar lleno de dibujos y esquemas de gran complejidad técnica. Mientras que la mayoría de las letras y símbolos que capté me resultaban familiares, había varias líneas de una escritura floreada que me recordaba ligeramente al árabe, y en una de las páginas había una forma que parecía retorcerse sobre sí misma formando extrañas configuraciones ante mis ojos. Si yo hubiese sido supersticioso, creo que la visión de tal imagen me hubiese hecho coger el libro y arrojarlo por la ventanilla del coche. En vez de esto, desvié la vista hasta que Holmes pasó la página.

Finalmente, no pude soportarlo más.

—¿Qué es lo que ha escrito allí, Holmes?

—Instrucciones, Watson —respondió Holmes de forma vaga, y fue entonces cuando me di cuenta de que tenía la mirada extraviada. Era como si no estuviera por completo conmigo, en el carruaje. Parecía tremendamente preocupado, como si, al tiempo que hablaba, los engranajes de su mente siguieran girando y se encontrara inmerso en un complicado conjunto de problemas y cálculos—. La señorita Violet Stone me ha proporcionado una detallada lista de instrucciones.

Cuando llegamos a nuestras habitaciones, Holmes se preparó una dosis especialmente abundante de cocaína. Mientras se subía la manga, me dijo:

—Durante los próximos días voy a pasar bastante tiempo a solas, en mi estudio. Le ruego que no me interrumpa excepto en caso de emergencia.

—Ni se me ocurriría hacerlo —le contesté mientras él buscaba cuidadosamente un lugar en el que inyectarse e introducía la cocaína en su corriente sanguínea—. Pero nunca le había visto inyectarse cocaína en un momento como este, Holmes.

—Ahhhhhhhhh... —suspiró. Comenzó de forma inmediata a reclinar la cabeza sobre los hombros al recorrerle todo el cuerpo la potente droga—. Normalmente, la cocaína me envía a una borrosa tierra de sueños disociados. —Se rió con suavidad—. Pero los sucesos de hoy me han convencido de que solo perdiéndome en uno de esos sueños, y soñando, estaré realmente despierto y consciente.



Con un cuidado infinito, se sacó la brillante aguja hipodérmica del brazo. Tras un momento de ensoñación, se levantó de un salto de la silla y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Watson, voy a decírselo ahora. La droga me ha soltado la lengua, pero nunca volveremos a hablar de ello, pues temo que podría sentirme como un idiota.

Esperé en silencio en mi silla junto al fuego. Había visto pocas veces a mi amigo afectado por la droga, y, ciertamente, nunca tras una dosis tan abundante. Sus ojos brillaban tan febriles como los de Violet Stone. Su amplia frente resplandecía bajo una capa de sudor, y le palpitaba ominosamente una vena en la sien. Se sirvió con mano temblorosa un güisqui del aparador y, agarrando un atizador, empezó a avivar vigorosamente el fuego.

—Watson, ¿cuál es el registro más antiguo de una raza inteligente en este planeta?

—Creo que de los sumerios, aproximadamente del 4.000 a. C.

—¿Qué pensaría usted si le dijera que eso no es sino una gran prueba de la cortedad de vista de la humanidad? ¿Que una raza mucho más sabia nos precedió?

—Le preguntaría por las evidencias que poseyera para corroborar tal afirmación.

—Ah, querido Watson, siempre el científico pragmático. —Se bebió el güisqui en dos tragos y volvió al aparador a servirse otro—. ¿Un cigarrillo? —me preguntó, sacando su tabaquera. Le aseguré que, a esas horas, prefería un puro, y me dio uno.

—Watson, viejo amigo, ha ocurrido algo singular hoy en esa casa. Cuando la joven señorita Stone me agarró por la muñeca fue como si..., como si... —Se bebió el segundo güisqui y se sentó en una silla para preparar la aguja para una segunda inyección.

—Por favor, Holmes —le dije—. Como caballero que soy, jamás interferiría con sus placeres. Pero como médico me siento obligado a informarle de que una segunda dosis de cocaína de tamaña magnitud podría, seriamente...

—Doctor —me interrumpió—, aprecio su preocupación. —Pero, aun así, siguió



haciéndolo. Cuando hubo acabado con sus preparativos, me miró—. Desearía poder empezar a aceptar lo que experimenté en ese momento junto a la cama —me dijo.

Introdujo la aguja y se inyectó, gimiendo en voz alta ante las oleadas de placer que lo recorrieron. Y entonces empezó a reír con la enloquecida carcajada de un demente. Segundos después, se quedó inmóvil. La droga estaba acelerando sus cambios de humor, o puede que solo los estuviese conduciendo hacia un incoherente frenesí.

Encendió otro cigarrillo, obviamente al haber olvidado el que había dejado encendido en el cenicero del aparador.

—Si hago un esfuerzo por explicarlo, tiene que darme su palabra de que nunca volverá a hablar del asunto.

Se la di de buena gana y esperé.

—Watson, este planeta estuvo habitado por una raza de seres inteligentes milenios antes de la aparición de los humanos. Y, aunque parezca mentira, han descubierto una forma de hacer retroceder y avanzar sus almas a través del tiempo.

—¡Santo Dios, Holmes! ¿Qué diablos está sugiriendo?

Holmes levantó con paciencia una mano para que guardara silencio. Le dio una profunda calada a su cigarrillo antes de continuar.

—Ella fue capaz de comunicarme todo esto con un simple toque de su mano. No se ha confiado a nadie más, pero la conciencia que habita en el cuerpo de la señorita Violet Stone es en realidad un viajero procedente de esa época anterior al hombre, que ha venido a recabar información y conocer las costumbres de nuestra era.

Yo me había quedado mudo, estaba estupefacto. Y aun así Holmes, a pesar de su retorcida naturaleza, nunca me había contado otra cosa que la verdad de lo que percibía. Durante nuestra relación nunca me había engañado, ni se había burlado de mí, ni me había informado de nada con otro propósito en su corazón que el de ayudarme a entender las cosas. A pesar de lo discordante que le parecía esta nota a mi naturaleza racional, no tenía más remedio que creer que era la verdad.

—Esta raza se refiere a sí misma como los Grandes. Aunque si usted viera uno de





ellos no lo reconocería como un ser inteligente. Por lo que he podido apreciar, se parecen a unas lapas gigantescas, y poseen un conjunto de conocimientos sin igual en toda nuestra historia. Comparada con ellos, Alejandría no era sino un pueblucho con una pequeña biblioteca.

»Necesitan un anfitrión vivo, y, a su vez, la conciencia de la persona en la que residen se ve transportada a su propio tiempo, entre finales del Mesozoico y principios del Paleolítico. El viajero que se encuentra en el interior de la señorita Stone está falto de experiencia, y algo ha salido tremendamente mal en el proceso. El cuerpo de la señorita Stone se ha revelado. No se alimenta, por lo que está demasiado débil para moverse. El viajero la ha mantenido con vida lo mejor que ha podido, pero para revertir el proceso necesita un aparato especial. Y eso, Watson, es para lo que sirven estas instrucciones.

Se sentó muy recto en su silla, con el cigarrillo en la mano, el rostro resplandeciente.

Yo había conocido locos, los había tratado, había hecho todo cuanto había podido por aliviar sus sufrimientos. Una persona de la calle que en ese momento hubiese contemplado a Holmes lo hubiera declarado demente, irremediablemente loco. Y aun así, a lo largo de los años en los que mantuvimos una relación había aprendido que lo que en el semblante y la conducta de una persona normal podía significar una cosa, en Holmes solía significar justo lo contrario.

—Voy a estar muy ocupado los próximos días. No me pase ninguna llamada. Que no se me moleste. Confiemos en que pueda estar a la altura de la misión que se me ha encomendado. —Se puso en pie, subió las escaleras y cerró las puertas de su estudio dando un portazo.

Fiel a su palabra, Holmes se aisló durante tres días. Las comidas que se le enviaban fueron totalmente ignoradas. De cuando en cuando pedía tazas de té y de café, y jarras de agua para beber; y en tres ocasiones abandonó de forma abrupta Baker Street, dos veces el primer día y una vez más el segundo, ya muy avanzada la noche. Regresaba con paquetes de formas extrañas, no saludaba a nadie y volvía a desaparecer encerrándose en el estudio.



Por fin, salió de allí la mañana del tercer día, con ojos algo enloquecidos y un cierto aire de desorden sobre su persona. Yo acababa de despertarme y, con los ojos aún pesados por el sueño, observé cómo arrojaba alegremente al fuego de la chimenea el cuaderno de Violet Stone.

—¡Por el gran Scott, Holmes! —exclamé, y volví a depositar mi taza de café en su plato—. ¿Qué hace?

—Se ha acabado, Watson. Había que destruir las instrucciones una vez se completara la misión. —Se acomodó en una silla frente a la mía.

—¿El aparato ya está terminado? ¿Y qué demonios hace?

—Si se lo explicara, Watson, creería que he perdido irremediablemente el juicio. Apenas logro entenderlo yo. —Se estiró y bostezó como si fuera un gato enorme—. Vamos a hacer una visita a los Stone antes de que acabe la mañana. Y, después, voy a disfrutar enormemente de un descanso. Sin duda ha sido una tarea agotadora.

Enviamos una nota a casa de los Stone, avisando de que llegaríamos en una hora. En el momento acordado, Holmes salió de su habitación tan despierto y lleno de energía como si acabara de volver de unas vacaciones en la playa. Llevaba un bulto extraño cubierto de tela negra bajo el brazo.

Apenas fui capaz de contener mi curiosidad acerca del bulto. ¿Qué extraña máquina podría ayudar a aliviar el sufrimiento de la señorita Violet Stone? ¿Cuál sería la verdadera causa de su sufrimiento? ¿Podría ser realmente tal y como Holmes me había explicado? Como médico, no había visto nada en mis pacientes que pudiese encajar con la historia de este caso. Tal y como había hecho muchas veces antes, seguí a Holmes en silencio en busca de un coche en la grisácea mañana londinense y confié en que todo me fuera revelado a su debido tiempo.

Encontramos a la señora Stone sentada, muy nerviosa, en el salón principal, retorciendo un empapado pañuelo entre sus puños de nudillos blancos.

—Buenos días, caballeros —nos saludó—. Tom debería estar a punto de llegar. Me envió un mensaje diciendo que vendría hacia aquí en cuanto se lo permitiese el chef.



—Se guardó apresuradamente el pañuelo y, al inclinarme para estrecharle la mano, volví a oler un leve aroma a jazmín.

—Ah, bien —dijo Holmes, tomando asiento y colocando el bulto envuelto a sus pies—. Confío en que los sucesos de esta mañana conduzcan este asunto a una conclusión satisfactoria.

—Señor Holmes, es tan extraño... —comentó la señora Stone.

—¿Qué ocurre, señora? —le preguntó Holmes, levantando una ceja interrogante.

—Esta mañana, cuando fui a verla, me dijo Violet que usted volvería hoy, antes del mediodía. Le pidió a Tom que no fuera a trabajar, pero él fue de todas formas. ¿Cómo podía ella conocer a qué hora iba usted a venir antes de que yo misma lo supiera?

Pero antes de que Holmes pudiese intentar responderle, el señor Thomas Stone entró apresuradamente.

—He venido tan rápido como he podido —anunció sin aliento.

—Ah, estupendo —dijo Holmes, y se puso en pie—. Ahora que ya estamos todos, necesitareé estar un momento a solas con la señorita Stone. ¿Podría subir a su habitación?

La señora Stone y Thomas intercambiaron una mirada confundida, pero no protestaron cuando Holmes volvió a meterse bajo el brazo la misteriosa (pero aparentemente pesada) máquina y empezó a subir las escaleras. Me las ingenié para mantener una conversación educada con los Stone en su ausencia, pero sus rostros estaban llenos de ansiedad y yo me sentía realmente preocupado por mi propia confusión. Nuestra conversación no hacía más que interrumpirse y volver a empezar durante un cuarto de hora, que se convirtió en veinticinco minutos.

Por fin, justo cuando mi reloj anunciaba que Holmes se había ido hacía casi una hora, su voz nos llamó desde lo alto de las escaleras. Los Stone y yo nos levantamos al mismo tiempo, y si yo no fuera un caballero juraría que la señora Stone me empujó con el codo para abrirse paso hacia las escaleras.

Encontramos a Holmes sonriente junto a la cama de la joven señorita. Las



lámparas de la habitación brillaban con fuerza y se había avivado el fuego de la chimenea. Se había movido el arcón que estaba junto a la cama, y me di cuenta de que parecía que alguien había golpeado y arañado su superficie hacía poco con un objeto pesado y aguzado. Pero esos pensamientos se me fueron pronto de la mente, solo para darles vueltas más tarde; pues cuando posé los ojos en la transformada muchacha que estaba en la cama no pude pensar en otra cosa.

—¡Mamá! ¡Tom! —gritó—. ¡He tenido un sueño muy extraño! Estaba nadando en una charca en la isla de Cnosos... ¡y entonces me desperté aquí! Debía de estar tan emocionada por irnos de vacaciones que soñaba con ello por adelantado. —Y entonces se echó a reír, con una alegre risa de campanillas tan musical como la que Thomas había descrito en el coche de alquiler. Aunque seguía estando tremendamente demacrada, Violet Stone parecía una persona por completo distinta. Sus ojos brillaban con una luz cálida, totalmente diferente al brillo maligno de tres días atrás. Y tal y como nos contó el señor Stone, sus incansables manos dibujaban graciosamente en el aire mientras hablaba.

—¿Violet? —inquirió la señora Stone, y entonces se arrojó sollozante a los brazos de su hija, siguiendo su instinto maternal—. ¡Querida, querida Violet! —Rodeó a la muchacha con los brazos y empezó a llorar violentamente.

—Mami, ¿qué pasa? —preguntó nerviosa la joven—. ¿Qué ocurre?

—No pasa nada, Violet —le respondió Holmes, dándole unas palmaditas en el hombro a la dama—. No pasa nada en absoluto.

Poco después, cuando la joven anunció que tenía hambre y que se moría por unas de las deliciosas natillas de su hermano, supimos que había llegado el momento de retirarnos. Holmes se derrumbó, agotado, sobre el asiento de cuero del coche que nos llevaría de vuelta a nuestros alojamientos. Me di cuenta de que el misterioso artefacto que había llevado en el viaje de ida había desaparecido, al igual que la tela negra en la que había estado envuelto. Cuando se lo comenté, Holmes me miró como si yo hubiera perdido totalmente el juicio, y no dijo nada.

Me sentía tan lleno de preguntas mientras ascendíamos las escaleras de Baker



Street que me daba la impresión de que iba a estallarme la cabeza, pero quedaba claro que mi viejo amigo no estaba en condiciones de explicar nada. Me dio los buenos días con cordialidad y desapareció en su habitación si decir otra palabra.

Pasé muchas horas de los días siguientes tratando en vano de conseguir algún tipo de explicación de todo el asunto. Cuando llegó una agradecida carta de la familia Stone, que contenía un generoso cheque y sus más sentidos agradecimientos, traté de sacar alguna explicación de los cerrados labios de mi amigo, solo para que volviera a rechazarme sin decir palabra.

Sigo sin haber llegado, hasta hoy, a entender el caso, y debido a nuestro acuerdo no ha habido ningún intento de explicármelo. Como último recurso, debo confiar en el relato que me contó Holmes. A pesar de que esta historia puede traspasar los límites de la credulidad, es todo lo que conozco del curioso caso de la señorita Violet Stone.



## La aventura de la sobrina del anticuario

Barbara Hambly

Durante mi carrera como cronista de los casos del señor Sherlock Holmes he tratado (a pesar de sus afirmaciones de lo contrario) de presentar tanto sus éxitos como sus fracasos. En la mayoría de los casos, su aguda mente y su facilidad para la deducción lógica lo condujeron a encontrar las soluciones a enigmas aparentemente imposibles de desentrañar. En algunas ocasiones, como con la extraña conducta de la señora Effie Munro, sus conclusiones fueron erróneas debido a hechos desconocidos que no se habían descubierto antes; en otros, como el enigma de los bailarines o el espantoso contenido de la carta que recibió el señor John Openshaw, su correcta apreciación de la situación llegó demasiado tarde para salvar la vida a su cliente.

En un pequeño porcentaje de casos, simplemente no es posible determinar si su razonamiento es correcto o incorrecto, puesto que nunca se llegó a una conclusión. Uno de esos casos fue el del señor Burnwell Colby y su prometida, y los abominables habitantes del priorato de Depewatch. Holmes guardó durante mucho tiempo los recuerdos de su investigación en una caja roja de cartón que tenía en su habitación, y si yo no he escrito antes sobre estos hechos se debe a la temerosa sombra que dejaron sobre mi corazón. Solo ahora los escribo, a la luz de los nuevos descubrimientos del doctor Freud acerca del extraño funcionamiento de la mente humana.

Burnwell Colby acudió a los alojamientos que yo compartía con Holmes en el verano de 1894. Era una de esas calurosas tardes londinenses que hacen que se añoren los lujos de la costa o los pantanos escoceses. Al ser Holmes un londinense de pura cepa, estoy seguro de que no era más consciente del calor de lo que lo es un pez del agua: fueran cuales fueran las condiciones que hubiera en la ciudad, prefería verse rodeado



del ruido, la prisa, las curiosas escenas callejeras y los extraños contratiempos generados por la cercanía de cerca de un millón de criaturas que por cualquier aire fresco. Y en cuanto a mí, los gastos producidos por la enfermedad mortal de mi querida esposa evitaban que llegara a pensar siquiera en abandonar la metrópolis; además, la depresión que me había atrapado debido a ello hacía que, en ocasiones, ni siquiera pudiera pensar. Aunque Holmes nunca se refería a mi pérdida ni de palabra ni mediante miradas, resultó ser una compañía sorprendentemente tranquilizadora en esos días, tratándome de la forma en la que siempre lo había hecho, en lugar de ofrecerme unas simpatías que me habrían resultado insoportables.

Por lo que recuerdo, él se encontraba en la mesa del salón preparando algún experimento de química bastante interesante cuando la señora Hudson llamó a la puerta.

—Ha venido a verlo un tal señor Burnwell Colby, señor.

—¿Qué, en esta época del año? —Holmes tanteó con el pulgar la tarjeta que ella le había entregado, observándola contra la brillante luz que procedía de la ventana—. Papel grueso, cien por una libra y seis peniques, impreso en América, con un tipo de letra restringida utilizado generalmente en los más conservadores círculos diplomáticos, pero que huele a... —Se interrumpió y miró a la señora Hudson con unos ojos repentinamente llenos de interés—. Sí —dijo—. Sí, recibiré a este caballero. Watson, si se queda, apreciaría mucho el punto de vista de alguien ajeno acerca de nuestro invitado.

Pues yo había doblado el periódico que había estado mirando durante la última media hora sin verlo en realidad, y me preparaba para marcharme a mi dormitorio. Para ser sincero, recibí con alegría la invitación para quedarme y ayudé a Holmes a guardar rápidamente los alambiques y las pipetas en su cuarto. Cuando fui a coger la tarjeta, que aún permanecía sobre el ajado alféizar, Holmes me la quitó de los dedos y la metió en un sobre, que guardó en una esquina oscura de la librería.

—Que ninguna conjetura enturbie las aguas destiladas de su observación —dijo con una sonrisa—. Tengo curiosidad por ver qué escribirá sobre una tabula rasa.

—Manténgame en la duda —repliqué yo, elevando las manos en un gesto de



desesperación y volviéndome a acomodar en el butacón mientras la puerta se abría para dejar paso al más robusto espécimen de la masculinidad americana que haya tenido el privilegio de conocer. De metro ochenta de alto, ancho de hombros y de pecho robusto, tenía unos ojos oscuros que brillaban con inteligencia bajo una noble frente en un rostro algo alargado. Con su traje marrón bien cortado (aunque en un estilo algo americano) y sus guantes de cervatillo, estaba claro que sumaba riqueza material a las bendiciones de la amable naturaleza. Le estrechó la mano a Holmes y se presentó, y Holmes inclinó la cabeza.

—Y este es mi compañero y amanuense, el doctor Watson —me presentó Holmes, y el señor Colby se giró sin dudarle para estrecharme la mano—. Cualquier cosa que se me diga puede decirse en su presencia.

—Por supuesto —respondió Colby con su voz profunda y agradable—, por supuesto. No tengo secretos; eso es lo que me aflige... —Y sacudió la cabeza con el atisbo de una risita—. Los Colby somos una de las familias más acaudaladas de Nueva Inglaterra: llevamos comerciando con China durante cincuenta años, y con la India el doble de tiempo, y nuestras inversiones en ferrocarriles podrían aumentar esos beneficios en un mil por ciento. He estudiado en Harvard y en Oxford, y, si se me permite decirlo sin parecer presumido, no carezco de atractivo, y no como con mi cuchillo ni duermo con las botas puestas. Así que, ¿qué tengo de malo para que los tutores de una respetable joven rechacen de pronto el que la corteje y me prohíban hablar con ella?

—Oh, podría citar una decena de posibilidades habituales —contestó Holmes, indicándole que tomara asiento—. Y muchas más si deseáramos redactar un catálogo de lo outré. Quizá pueda decirme usted, señor Colby, el nombre de esa desafortunada joven y las circunstancias en las que perdió tan rudamente el favor de sus padres.

—Tutores —lo corrigió nuestro visitante—. Su tío es el honorable Carstairs Delapore, y su abuelo es Gaius, vizconde Delapore, del priorato de Depewatch, en Shropshire. Es un viejo caserón gótico medio en ruinas que se hunde debido a la decadencia. El dinero de mi familia podría restaurarlo con facilidad, tal y como le dije al





señor Delapore en numerosas ocasiones, y él estaba de acuerdo conmigo.

—Qué curioso en un hombre que rechaza su cortejo.

Colby volvió a soltar una risita de exasperación.

—¿Verdad? No es como si yo fuera un extraño que ha conocido en la calle, señor Holmes. He sido pupilo del señor Delapore durante un año, he pasado los fines de semana en su casa, he comido en su mesa. La primera vez que fui a estudiar con él, habría jurado que aprobaba el amor que siento por Judith.

—Y, exactamente, ¿qué diría usted que enseña el señor Delapore? —Holmes se inclinó hacia delante en su asiento, con las yemas de los dedos ligeramente unidas, y observó detenidamente el rostro del joven americano.

—Supongo que usted lo llamará... un anticuario. —La voz de Colby estaba llena de dudas, como si le costase escoger las palabras—. Uno de los más conocidos anticuarios del mundo del folclore antiguo y de las leyendas. De hecho, fue con la esperanza de estudiar con él por lo que fui a Oxford. Soy... Supongo que podría considerarme la oveja negra intelectual de la familia Colby. —Volvió a reírse—. Mi padre nos dejó la compañía a mis hermanos y a mí, pero en realidad yo me contento con que sean ellos los que la dirijan a su gusto. Hacer dinero, los constantes problemas de inventario, y los precios del ferrocarril, y los directores... Desde que era pequeño sentía que en el mundo había asuntos más profundos que esos, sombras olvidadas que se escabullen detrás del artificial resplandor de la luz de gas.

Holmes no dijo nada ante este comentario, pero bajó ligeramente los párpados, como si tratase de escuchar algo por detrás de las palabras. Colby, con las manos juntas, parecía haberse olvidado casi completamente de su presencia, o de la mía, o de la realidad del pegajoso calor veraniego. Siguió hablando:

—Estuve escribiéndome con Carstairs Delapore acerca de... de algunas de las más oscuras costumbres de Lammastide, en las tierras fronterizas galesas. Tal y como yo había esperado, accedió a guiar mis estudios, primero en Oxford y luego entre los libros de su colección privada: volúmenes maravillosos que clarifican los ritos del folclore



antiguo y los contextualizan dentro de la filosofía, la historia, ¡el propio tejido del tiempo! El priorato de Depewatch...

Dio la impresión de recobrase repentinamente y miró a Holmes. Luego me miró a mí y continuó en una voz más contenida:

—Fue en el priorato de Depewatch donde conocí a la sobrina del señor Delapore, Judith. Tiene dieciocho años y es la hija de Fynch, el hermano del señor Delapore, un espíritu de luz e inocencia en ese... en ese fantasmagórico viejo caserón. Acababa de regresar de Suiza tras acabar sus estudios, aunque los planes para debutar en la sociedad londinense se habían venido abajo a causa de la pobreza de la familia. Cualquiera otra chica de las que conozco estaría haciendo pucheros y llena de lágrimas por haberse perdido su temporada en la ciudad. ¡Pero no ella! Lo aceptó con valor y dulzura, a pesar de que es evidente que se enfrenta a un estancamiento de por vida en una diminuta ciudad montañesa, cuidando de una casa decrepita... y de un anciano difícil.

Colby se sacó del bolsillo un portafotos de cartón con membretes repujados y lo abrió para mostrar la imagen de una joven realmente hermosa. Delgada y de aspecto frágil, llevaba los suaves rizos recogidos en un moño. Parecía tener los ojos claros, azules o avellana, por lo que podía yo adivinar a través de la fotografía monocromática, el pelo no demasiado oscuro (puede que pelirrojo, aunque era más probable que fuera de un castaño claro) y una palidez fantasmal. Su expresión transmitía una grave inocencia, llena de confianza pero sin llegar a ser consciente de ello.

—El viejo vizconde Delapore es un anciano y amargado autócrata que gobierna a su hijo, a su sobrina y a todos los habitantes de la aldea de Watchgate como si estuviéramos en 1394, en vez de en 1894. Posee todas las tierras de los alrededores, por lo que sé pertenecen a la familia desde tiempos inmemoriales, y tiene un carácter tan violento que los aldeanos no se atreven a cruzarse en su camino. Desde que Judith me confesó el amor que sentía por mí, me ofrecí a llevármela lejos de aquel lugar; incluso a sacarla del país si era necesario, aunque no creo que él fuera a perseguirla, tal y como ella teme.



—¿Le da miedo su abuelo? —Holmes daba vueltas, pensativamente, a la fotografía entre sus manos, y examinaba minuciosamente tanto la parte delantera como la trasera.

Colby asintió y sus facciones se oscurecieron debido a la furia.

—Ella afirma que es libre para hacer lo que le plazca, que no pueden ejercer ninguna influencia sobre ella. ¡Pero sí pueden, señor Holmes, sí pueden! Cuando habla del vizconde Delapore mira de reajo por encima de su hombro, como si él pudiera escucharla esté donde esté. ¡Y la mirada que tienen sus encantadores ojos...! Lo teme, señor Holmes. Ejerce una maligna y abrumadora influencia sobre la joven. No es su tutor legal; es el señor Carstairs Delapore. Pero la influencia del anciano también se extiende sobre su hijo. Cuando recibí esto... —sacó del mismo bolsillo del que había extraído la fotografía una hoja de papel doblada, que entregó a Holmes—, le rogué que hiciera caso omiso de las órdenes de su padre, al menos para que yo pudiera presentar mi caso. Pero esta tarjeta... —le pasó una larga y tensa nota a Holmes— es todo lo que conseguí.

La carta estaba fechada el 16 de agosto, cuatro días atrás.

«Adorado:

Estas terribles noticias me han arrancado el corazón del pecho. Mi abuelo me ha prohibido volver a verte, ha prohibido incluso que se mencione tu nombre dentro de esta casa. No dará más razones para ello que el que es su voluntad que permanezca en esta casa como su sirvienta; ¡temo que como su esclava! He escrito a mi padre, pero me temo que no hará nada. ¡Estoy desesperada! No hagas nada, pero aguarda y estate preparado.

Solo tuya.

Judith»

El delicado papel de color rosa, que olía a pachulí y al ligero humo de la lámpara de aceite junto a la que la habrían escrito, se encontraba manchado debido a las



lágrimas.

La carta de su padre decía sencillamente:

«Olvídese de ella. No se puede hacer nada».

Burnwell Colby se golpeó la palma de la mano con el puño y adelantó su fuerte mandíbula.

—Mi abuelo no permitió a los mandarines de Hong Kong que lo echaran, y mi padre no dejó que lo detuvieran ni los sioux ni las tormentas invernales en las Rocosas —afirmó—. Y esto no va a detenerme. ¿Podría usted averiguar por mí, señor Holmes, qué maligna influencia ejerce lord Gaius sobre su nieta y sobre su hijo, para que yo pueda liberar a la joven más gentil que jamás haya existido de las garras de ese malvado anciano que pretende convertirla en su esclava para el resto de su vida?

—¿Y esto es todo —preguntó Holmes, abriendo los ojos para enfrentarse a la ansiosa mirada del americano— lo que tiene usted que decirme sobre Carstairs Delapore y su padre? ¿O sobre esas «sombras oscuras» que constituyen el objeto de estudio de Delapore?

El joven frunció el ceño, como si la pregunta lo dejase momentáneamente desarmado.

—Oh, los temerosos hablarían de decadencia —dijo tras un instante, aunque no despreocupadamente, sino como si pensase con mucho cuidado cada palabra—. Y algunas de las prácticas que Delapore ha descubierto son bastante espantosas, según los estándares modernos. Ciertamente, desconcertarían a mi viejo pater, así como a mis pobres compañeros de la hermandad. —Se echó a reír, como si recordara alguna broma de sus años de estudiante—. Pero ya sabe, en el fondo no son más que leyendas y fantasmas de la noche.

—Por supuesto —contestó Holmes, estrechándole la mano al joven enamorado—. Averiguaré todo cuanto pueda de este asunto, señor Colby. ¿Dónde puedo encontrarlo?



—En el hotel Excelsior, en Brighton. —El joven sacó del bolsillo de su chaleco una tarjeta en la que escribir la dirección; parecía que lo llevaba todo suelto en los bolsillos, junto y revuelto como las calabazas en un cesto—. Así fue como la señorita Delapore supo dónde encontrarme. ¡Cómo logran ustedes permanecer en la ciudad con un tiempo como este es algo que me supera! —Y se marchó, al parecer sin darse cuenta de que no todo el mundo tenía un abuelo que cebaba a los chinos de opio para poder pagar las tarifas estivales del Excelsior.

—¿Qué piensa de nuestro Romeo americano? —me preguntó Holmes cuando el traqueteo del coche de Colby se perdió Baker Street abajo—. ¿Qué tipo de hombre cree usted que es?

—Uno rico —contesté, aún molesto por ese impertinente comentario acerca de los que permanecían en la ciudad—. Uno no acostumbrado a escuchar la palabra «no». Pero yo diría que apasionado y de buen corazón. En realidad, posee un punto de vista equilibrado sobre esos estudios «decadentes» a los que los Delapore podrían poner pocas objeciones, si es que los comparten.

—Cierto. —Holmes dejó la carta y la nota sobre la mesa y se dirigió hacia la librería en busca de su ejemplar de la Gaceta de la Corte, que se encontraba tan repleto de columnas de sociedad, recortes de periódicos y notas escritas por Holmes en su clara y fuerte letra que ocupaba casi el doble de su tamaño original—. ¿Pero cuál será la naturaleza de esas «prácticas» folclóricas que son «bastante espantosas, según los estándares modernos»? Aquello que un mundo que ha inventado la pistola Maxim considera espantoso difícilmente puede ser llamado «fantasmas en la noche».

»“Carstairs Delapore” —leyó abriendo el libro sobre su largo brazo—. “Se le preguntó acerca de sus actividades el 27 de agosto de 1890, cuando el dueño de una casa pública de Whitechapel denunció la desaparición de su hijo Thomas, de diez años. Esa misma tarde se vio hablando con el niño a un hombre que coincidía con la descripción de Delapore, que evidentemente tiene un aspecto difícil de olvidar. Nunca encontraron a Thomas. Ya decía yo que el nombre me era familiar. La policía de Manchester lo había interrogado también en 1873: se encontraba en esa ciudad, sin razón aparente, cuando



desaparecieron dos pequeñas hilanderas... La verdad es que me sorprende que alguien informara de su desaparición. Todos los días desaparecen de las calles de Londres chicas del arroyo y pilluelos callejeros sin que nadie se pregunte por ellos más de lo que uno se pregunta por el paradero de las mariposas una vez cruzan revoloteando la verja del jardín. Ni siquiera se necesita ser demasiado inteligente para secuestrar a un niño en Londres". —Cerró el libro y frunció el ceño al dirigir la mirada hacia la infinita extensión de ladrillo que se abría al otro lado de la ventana—. Solo es cuestión de tener cuidado al elegir a los más sucios y hambrientos, a aquellos sin padre y sin hogar.

—Esa es una conclusión muy seria a la que llegar —repliqué, confundido y asqueado.

—Lo es —contestó Holmes—. Por eso es por lo que trato de no llegar a conclusiones apresuradas. Pero se menciona tres veces a Gaius, vizconde Delapore, en informes tempranos de la policía metropolitana, entre 1833 y 1850, en relación con sucesos de esa índole, justo por la época en la que estaba yo publicando una serie de monografías acerca de la supervivencia de rituales demoníacos a lo largo de la frontera galesa para la desacreditada Sociedad del Ojo del Amanecer. Y, en 1863, un periodista americano desapareció mientras investigaba unos rumores referentes a la existencia de un culto pagano en la zona occidental de Shropshire, ni a cinco millas de distancia de la aldea de Watchgate, justo bajo la colina sobre la que se alza el priorato de Depewatch.

—Pero, aun así, incluso si los Delapore están involucrados en algún tipo de estudios teosóficos, o en la trata de blancas, ya puestos, ¿no tratarían de que un extraño, como la sobrina de Delapore, se mantuviera lejos de la casa en vez de retenerla allí, convirtiéndola en una fuente potencial de problemas? ¿Y cómo podría utilizar el anciano esa basura ocultista para controlar a su nieta y a su hijo contra su voluntad?

—Cierto, ¿cómo? —Holmes regresó a la librería y cogió el sobre en el que había guardado la tarjeta de Burnwell Colby—. Yo también considero que nuestro visitante americano, a pesar de su claro deseo de que no se lo relacione con su aburrida familia, tan estrecha de miras, es un joven ingenuo e inofensivo. Lo que hace que todo el asunto sea aún más curioso.



Me entregó el sobre, saqué la tarjeta y la examiné de la misma forma que él había hecho antes. El papel, tal y como había indicado, era de los caros, y la fuente tipográfica rígidamente correcta, aunque la tarjeta mostraba ligeras señales de que el señor Colby la había llevado descuidadamente en los bolsillos, junto a plumas, notas y fotografías de su amada Judith. Solo cuando me la acerqué más para examinar las pequeñas roturas y los arañazos que había en su superficie fui consciente del olor que impregnaba el grueso y suave papel, una nauseabunda mezcla de incienso, cabellos quemados y...

Miré a Holmes con ojos desorbitados. Había sido militar en la India, y médico durante la mayor parte de mi vida. Conocía aquel olor.

—Sangre — dije.

La nota que Holmes envió aquella tarde recibió respuesta unas horas después, y cuando acabamos de cenar me invitó a acompañarlo a casa de un amigo que vivía en el embarcadero, cerca del Temple:

—Un curioso cliente que podrá poner en su paleta sobre la vida londinense unos cuantos colores hasta ahora insospechados — me dijo.

El señor Carnaki era un joven delgado, de estatura y complexión medias, cuyos grandes ojos grises miraban desde detrás de unos gruesos lentes con una expresión difícil de definir: como si siempre buscase algo que los demás no podíamos ver. Su casa alta y estrecha estaba repleta de libros (que incluso se encontraban alineados contra las paredes de los pasillos, de tal forma que un hombre más ancho se vería obligado a pasar de lado, como un cangrejo), y a través de las oscuras entradas atisbé la temblorosa luz de gas recortada contra lo que parecían ser complejos aparatos químicos y eléctricos. Escuchó el resumen que hizo Holmes de la visita de Burnwell Colby sin hacer comentario alguno, con la barbilla apoyada en una mano de dedos tan delgados como patas de araña, y luego se levantó de su asiento y subió un par de escalones hasta llegar a una de las estanterías superiores de una de las muchas librerías que rodeaban las



paredes del pequeño estudio, que se encontraba en la parte trasera de la casa y al que nos había conducido.

—«El priorato de Depewatch» —leyó en voz alta— «se alza sobre un acantilado que da a la aldea de Watchgate, en la salvaje región montañosa fronteriza de Gales, en donde, en 1215, el rey Juan aprobó la construcción de un monasterio agustino sobre una “antigua casa de religión” ya existente, de la que se decía fue construida por José de Arimatea. Da la impresión de que de este hecho se deriva todo un ciclo de leyendas y rumores. De hecho, la intención original del rey había sido, al parecer, derruir el lugar y construir de nuevo sobre sus cimientos. Un tal Philip de Mundberg lo denunció ante Eduardo IV, afirmando que los monjes se encontraban “en tratos con demonios invocados del infierno, que les hacen saber sus deseos a través de ciertos sueños”, pero al parecer no llegó a presentarse ante el rey y se abandonó la investigación. Se los acusó repetidamente de herejía en relación con la transmigración de las almas de ciertos priores, rumores que, al parecer, terminaron transfiriéndose a la familia Grimsley, a la que Enrique VIII entregó el priorato en 1548, y luego volvieron a aparecer en la década de los ochenta del siglo XVIII en conexión con los Delapore, que lo heredaron por matrimonio».

»William Punt —le dio unos golpecitos a las tapas de cuero negro del libro mientras lo ponía sobre la mesa, junto a Holmes—, en su Catálogo de abominaciones secretas, describió en 1793 el lugar como “una hermosa mansión de piedra gris” construida sobre el claustro de época Plantagenet; pero indica que el núcleo original lo constituyen las ruinas de una torre, posiblemente de época romana. Punt señala que quedan los vestigios de unas escaleras que conducían a una cripta, en la que los priores solían dormir sobre un tosco altar tras realizar ritos espantosos. Cuando, en 1687, lord Rupert Grimsley fue asesinado por su mujer y sus hijas, estas hirvieron, al parecer, su cadáver y enterraron sus huesos en la cripta, excepto el cráneo, que colocaron en un nicho a los pies de la escalera principal de la mansión para que “el diablo no se atreviera a pasar”.

No pude evitar reírme.





—La verdad es que, como amuleto protector, no funcionó demasiado bien con lord Rupert, ¿verdad?

—Yo diría que no —contestó Holmes, con una sonrisa—. Y aun así, por lo que deduzco de la lectura de la edición del Catálogo de Punt publicada en Ámsterdam en 1840, la población local no consideró que el asesinato de Rupert Grimsley fuera algo especialmente malo; los aldeanos obstaculizaron de tal forma a la policía metropolitana en el transcurso de sus obligaciones que las tres asesinas quedaron totalmente impunes.

—Cielo santo, así es —dijo Carnaki, y cogió otro libro, más inocuo que el tomo de aspecto siniestro de las abominaciones. Pues este era simplemente una historia de las familias de la región occidental, tan lleno de recortes de periódico y de notas como la Gaceta de Holmes—. Se temía a Rupert Grimsley desde Shrewsbury hasta el estuario, pues se lo consideraba un hechicero; tiene una reputación muy extendida como salteador de caminos, pero no se llevaba objetos sino viajeros, a los que no se volvía a ver. Se decía que los demonios iban y venían a su antojo, y se sabe de al menos dos lunáticos procedentes de esa región de la frontera galesa, uno a principios del siglo XVIII y otro en fecha tan reciente como 1842, que juraban que el anciano lord Rupert se introducía en los cuerpos de todos los lores sucesivos de Depewatch.

—¿Quiere decir que se reencarnaba constantemente? —Debo admitir que la aparición de esta creencia tibetana en las prosaicas tierras montañosas de Gales me sorprendía bastante.

Carnaki negó con la cabeza.

—Lo que quiero decir es que el espíritu, la mente de Rupert Grimsley, iba pasando de cuerpo en cuerpo como un parásito entre los herederos y expulsaba el alma del hombre más joven cuando moría la parte humana de cada uno de los lores de Depewatch.

El joven anticuario estaba tan serio al decir eso que tuve que esforzarme mucho para no reír; la expresión de Carnaki no cambió, pero dejó de mirarme y se fijó en Holmes.



—Supongo —dijo el joven al cabo de un rato— que esto se debe al hecho de que se rumoreaba de todos los caballeros en cuestión que estaban involucrados en las misteriosas desapariciones de mineros del carbón que se producían en el distrito: Gerald, vizconde Delapore, de quien se afirma que sufrió un cambio tan terrible de personalidad tras conseguir el título que su mujer lo abandonó y huyó a América... con el joven Gaius Delapore en persona.

—¿En serio? —Holmes se inclinó ansiosamente hacia delante en su silla, con la mano aún reposando sobre el Catálogo, que había estado examinando con la extasiada reverencia propia de los verdaderos amantes de los libros antiguos. Apenas había podido dejar de mirar los numerosos tomos que cubrían todas las mesas y prácticamente todos los rincones del pequeño estudio de Carnaki, algunos de ellos con la encuadernación en cuero de ternera, o de marroquinería propia de los libreros georgianos, otros, los más pesados y arcaicos incunables de letras negras propios de los primeros días de la imprenta, y más de unos cuantos aún más antiguos, manuscritos en latín sobre pergamino, con esbeltas miniaturas en los márgenes que, incluso a esa distancia, me inquietaban debido a su anómala bizarrerie.

—Y, exactamente, ¿cuál es el mal que la leyenda asocia al priorato de Depewatch, y con qué propósito iban a buscar Rupert Grimsley y sus sucesores a aquellos que no tienen poder alguno y a los que la sociedad no iba a echar de menos?

Carnaki dejó a un lado su libro de historia y se sentó en las escaleras de roble de la librería, con sus largos y delgados brazos apoyados en las rodillas. Volvió a mirarme, no como si le hubiera ofendido antes al reírme, sino como si tratara de averiguar cómo expresarlo de tal forma que yo pudiera llegar a entenderlo; y luego volvió a centrarse en Holmes.

—Supongo que habrá oído hablar de los seis mil escalones que mencionan, aunque nunca de manera directa, las leyendas de las antiguas tribus cymricas que precedieron a los celtas, así como las de los indios americanos. Del hoyo que se encuentra en las profundidades del corazón del mundo, y de las entidades que, según se dice, se ocultan en los abismos que se hallan más allá de él.



—Sí que he oído hablar de esas cosas —contestó Holmes en voz baja—. Hubo un caso en Arkham, Massachusetts, en 1869...

—El caso Wateley, sí. —Carnaki retorció su boca grande y sensual mientras recordaba algo desagradable, y me dirigió una mirada—. Estas leyendas, que solo recuerdan dos cultos de tribus indias sorprendentemente degeneradas, una en Maine y la otra, curiosamente, en el noreste de Arizona, y a la que rechazan sus vecinos navajos y hopis, hablan de cosas, entidades inteligentes aunque no completamente materiales, que habrían ocupado las oscuras simas del espacio y el tiempo desde antes de que los más remotos antepasados de la humanidad se mantuviesen erguidos por primera vez. Estos antiguos seres temen la luz del sol, y aun así, cuando llegan las tinieblas, salen reptando de ciertos lugares del mundo para hacer presa en los cuerpos y en los sueños humanos, y logran a través de los siglos hacer tratos sorprendentes y terribles con ciertos individuos de la humanidad a cambio del pago más maligno.

—¿Y eso es lo que Gaius Delapore y su hijo creen tener en el sótano? —Enarqué las cejas—. Eso debería ponernos las cosas fáciles a la hora de ayudar al joven señor Colby a liberar a su prometida de la influencia de dos hombres que, de forma tan evidente, han perdido el juicio.

Holmes me respondió con suavidad:

—Debería.

Permanecimos en casa de Carnaki hasta casi la medianoche, mientras Holmes y el joven anticuario (pues eso es lo que asumí que era Carnaki) hablaban acerca de las terroríficas especulaciones folclóricas y teosóficas que evidentemente habían causado la locura del vizconde Delapore: retorcidas historias acerca de criaturas que se encontraban más allá de la imaginación o de los sueños humanos, leyendas monstruosas acerca de oscuros supervivientes de eones imposiblemente antiguos, y de esos dementes engañados cuyas retorcidas mentes aceptaban como ciertas cosas tan absurdas. Holmes



tenía razón cuando afirmó que la visita proporcionaría a la paleta de mis conocimientos sobre Londres tonalidades hasta ahora insospechadas. Lo que me sorprendió fue que Holmes conociera semejantes cosas, pues, al fin y al cabo, era un hombre básicamente práctico, que nunca prestaba atención a un asunto a menos que tuviera algún fin a la vista.

Y aun así, cuando Carnaki empezó a hablar de la abominación de las abominaciones, de los terribles y amorfos shoggoths y del Guardián del Puerto, Holmes asintió, tal y como se hace al oír nombres que resultan conocidos. Los asombrosos ritos que realizan los grupúsculos de antiguos creyentes, ya sean indios americanos o cultos en decadencia que se pueden encontrar en las planicies de Groenlandia o en el Tíbet, no lo sorprendieron, y fue él, no nuestro anfitrión, quien habló de la demente leyenda del dios informe que toca la flauta en el negro corazón del caos y que envía los sueños que enloquecen a los hombres.

—No sabía yo que se dedicase a estudiar semejantes tonterías, Holmes —comenté una vez nos volvimos a encontrar en el neblinoso embarcadero, tratando de oír el traqueteo de las pezuñas del caballo que tiraba de una calesa—. No se me había ocurrido que la teosofía le interesara.

—Me interesa todo aquello que pueda ser, o haya sido, motivo de los crímenes del hombre, Watson. —Levantó la mano y silbó para parar el coche, un extraño sonido en la silenciosa quietud. Su rostro, al resplandor de la luz de gas, parecía pálido y triste—. Si un hombre se inclina ante Dios, ante Mammón o ante Cthulhu en su oscura morada de R'lyeh, no es de mi incumbencia... hasta que derrama una sola gota de sangre que no es suya en nombre de su deidad. En ese momento, que Dios se apiade de él, porque yo no lo haré.

Todos estos hechos tuvieron lugar el lunes 20 de agosto. Al día siguiente, Holmes estuvo ocupado hojeando sus cuadernos de recortes en busca de crímenes sin resolver, al parecer, o esa impresión me dio, centrándose en desapariciones acaecidas a finales de verano y retrotrayéndose casi hasta principios de siglo. El miércoles, la señora Hudson nos entregó la elegante y conocida tarjeta de visita del folclorista americano, siguiéndola



este muy de cerca y casi empujándola a un lado para entrar en nuestro salón.

—Bueno, Holmes, ya se ha solucionado todo —anunció con una voz gritona que no se parecía en nada a la suya—. Gracias por su paciencia con la maldita baladronada del anciano Delapore, pero he visto en persona al viejo, que vino ayer a la ciudad, condenada imprudencia, y le hice entrar en razón.

—¿De veras? —preguntó Holmes con educación, indicándole que tomara asiento en la silla que anteriormente había ocupado él.

Colby lo rechazó impaciente con un gesto.

—En realidad, fue lo más sencillo del mundo. Dale de comer a un chucho y dejará de ladrar. Y esto es para usted. —Y sacó de su bolsillo una bolsita de cuero que arrojó descuidadamente sobre la mesa. Al chocar, produjo el pesado tintineo metálico de las monedas de oro—. Gracias otra vez.

—Gracias a usted. —Holmes inclinó la cabeza, pero no dejó de observar el rostro de Colby mientras hablaba, y pude ver lo mucho que palideció—. Es usted realmente generoso.

—Por Dios, caballero, ¿qué significan unas cuantas guineas para mí? Ahora puedo romper la triste carta de la pequeña Judi, ya que vamos a casarnos como Dios manda... —Guiñó un ojo a Holmes provocativamente y le estrechó la mano—. Y también la condenada carta de su anciano padre, si no le importa.

Holmes miró a su alrededor de forma imprecisa y levantó varios de los cuadernos de recortes que tenía sobre la mesa para mirar bajo ellos.

—¿No la guardó detrás del reloj? —pregunté yo.

—¿De veras? —Holmes se dirigió directamente hacia el aparador, abarrotado como siempre de periódicos, libros y correspondencia sin contestar, y tras una breve búsqueda sacudió la cabeza—. La encontraré, no se preocupe —afirmó con el ceño fruncido—. Y se la devolveré, si es usted tan amable de volver a darme la dirección.

Colby dudó un instante y luego cogió el trozo de papel más cercano (creo que era una factura del sastre de Holmes) y garabateó una dirección en él.



—Salgo hacia Watchgate esta tarde —dijo—. Con esto podrá encontrarme.

—Gracias —contestó Holmes, y me di cuenta de que no llegaba a tocar el papel ni se ponía al alcance de la mano del hombre que se alzaba frente a él—. La echaré al correo antes de que anochezca. No se me ocurre qué he podido hacer con ella. Ha sido un placer ayudarlo, señor Colby. Mi enhorabuena por el feliz desenlace de su cortejo.

Cuando Colby se hubo ido, Holmes se quedó durante un tiempo de pie ante la mesa, observando el lugar por donde se había marchado, con la mirada ligeramente perdida, las manos convertidas en puños y apoyadas entre los cuadernos de recortes.

—Dios mío, no puedo creerlo... —susurró.

Y entonces se giró con brusquedad, se dirigió hacia el aparador y sacó rápidamente, de detrás del reloj, la nota que Carstairs Delapore le había enviado a Colby. La había metido en un sobre que había cerrado. Mientras copiaba la dirección, me preguntó en un tono seco y sin emoción:

—¿Qué opina de nuestro huésped, Watson?

—Que el éxito lo ha convertido en un engreído —le contesté, pues Colby me había caído peor en este estado de ánimo alegre y lleno de energía que cuando simplemente hablaba sin pensar en el dinero que él tenía y en el que tenían los demás—. Holmes, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha ido mal?

—¿Se ha dado cuenta de la mano con la que ha escrito la dirección?

Reflexioné un instante, imaginándome al hombre garabateando, y luego dije:

—Con la izquierda.

—Y cuando, anteayer, escribió la dirección del hotel Excelsior —comentó Holmes—, lo hizo con la derecha.

—Es cierto. —Me acerqué a él y cogí la factura del sastre, comparando lo que estaba escrito en ella con la letra de la dirección del Excelsior, que se encontraba en la mesa entre los cuadernos y los recortes—. Esa podría ser la razón por la que la letra es tan diferente.



—Por supuesto —contestó Holmes. Pero hablaba mirando a Baker Street a través de la ventana, y el brillante resplandor del sol de la mañana proporcionaba a sus ojos una mirada de acero, fría y lejana, como si contemplase a distancia algún terrible suceso—. Me voy a Shropshire, Watson —anunció al cabo de un rato—. Me marcho esta noche, en el último tren; debería estar de vuelta...

—Así que encuentra usted la repentina capitulación del vizconde Delapore tan siniestra como lo hago yo —dije.

Me miró con sorpresa, como si esa deducción acerca de la información proporcionada por el joven Colby hubiese sido lo último en lo que estaba pensando. Y entonces se rió, una risa corta y brusca como un ladrido, y dijo:

—Sí. Sí, lo encuentro... siniestro.

—¿Cree que, al regresar al priorato de Depewatch, el joven Colby se dirige hacia algún peligro?

—Sí, creo que mi cliente se encuentra en peligro —contestó Holmes con suavidad—. Y, si no logro salvarlo, lo mínimo que puedo hacer es vengarlo.

Al principio, Holmes se negó a oír hablar de que yo lo acompañara a la frontera galesa, y envió en cambio una nota a Carnaki con instrucciones para que estuviese listo para partir en el tren de las ocho en punto. Pero cuando Billy, el mensajero, regresó diciendo que Carnaki no se encontraba en casa, y que no volvería hasta el día siguiente, accedió y envió un nuevo aviso al joven anticuario, pidiéndole que se reuniera con nosotros en el pueblo de High Clum, a unas cuantas millas de Watchgate, al día siguiente.

Me sorprendió que Holmes hubiera elegido el último tren, ya que temía por la vida de Colby si este volvía al priorato de Depewatch a liberar a su prometida de las manos de esos dos maníacos. Aún me sorprendió más que, a nuestra llegada, a medianoche, a la ciudad comercial de High Clum, Holmes nos reservara habitaciones en



La cruz de oro, como si deliberadamente estuviese manteniendo las distancias con el hombre del que hablaba, cuando se le forzaba a hacerlo, como si ya estuviera muerto.

Por la mañana, en vez de intentar comunicarse con Colby, Holmes alquiló un coche tirado por un poni y pagó a un chico para que nos llevara hasta el barranco boscoso que separaba High Clum del valle en el que se encontraba la aldea de Watchgate.

—Una gente extraña la de allí —comentó el muchacho, mientras el robusto caballito metía sus ollares en el pasto—. Solo están a cuatro millas, pero es como si fueran de otro país. Nunca oírás hablar de uno de sus chicos que venga a Clum a cortejar, y esa gente es tan rara que ninguno de nosotros iría allí. Van al mercado una vez a la semana. Hay veces en las que se puede ver al señor Carstairs conduciendo hasta la ciudad, doblado y marchito como si fuera un árbol alcanzado por un rayo, mirando a su alrededor con ojos pálidos: de un avellana amarillento, como todos los Delapore; mi madre dice que todos ellos son manzanas podridas. Y a veces lo acompaña el viejo Gaius, que lo trata como a un perro, tal y como trata a todo el mundo.

El chico refrenó al caballo hasta que este se paró y señaló el valle con su látigo.

—Allí está el priorato, señor.

Después de todas esas conversaciones acerca de monstruosos supervivientes y antiguos cultos, yo había medio esperado ver unos esbeltos y llamativos pináculos góticos y ennegrecidos que se elevaran por encima de los árboles. Pero en realidad, tal y como había leído Carnaki en el libro de William Punt, desde el otro lado del valle, el priorato de Depewatch se veía, simplemente, como «una hermosa mansión de piedra gris», con los muros cubiertos de hiedra y varias ventanas rotas y tapiadas. Fruncí el ceño al recordar la manera indiferente con la que Colby había lanzado su bolsa de guineas sobre la mesa de Holmes: dale de comer a un chucho y dejará de ladrar...

Y, aun así, en un primer momento el viejo Gaius había rechazado la oferta de Colby para reparar adecuadamente el priorato.

Por detrás del bajo tejado de la casa original pude ver lo que debía de ser la torre





romana de la que había hablado Carnaki; sin duda alguna, el «vigía<sup>5</sup>» que tenían en sus nombres tanto el priorato como la aldea. Evidentemente, la habían estado restaurando de forma interrumpida hasta principios de este siglo: una superviviente sorprendente. Recordé que Carnaki había dicho que la cripta se encontraba por debajo de ella: el centro de ese culto decadente que se remontaba a una época prerromana. Me encontré preguntándome si el viejo Gaius bajaría las escaleras para dormir sobre el antiguo altar, tal y como se decía que hacía el famoso lord Rupert Grimsley; y si lo hacía, qué sueños tendría en aquel lugar.

Después del pegajoso calor de Londres, las colinas cubiertas de frondosos bosques resultaban deliciosamente frescas. La brisa traía de las alturas el olor a agua y el frío de la lluvia. Puede que fuera este contraste lo que me provocó aquello que me sucedió ese mismo día, más adelante; no lo sé. Lo que sí es seguro es que, después de volver a La cruz de oro, debí de caer enfermo y empezar a delirar. No hay otra explicación posible (rezo para que no la haya) para esos sueños fantasmales, peores que cualquier delirio que experimentara cuando enfermé en la India de unas fiebres que mientras dormía me sumergían en abismos de terror, y que han ensombrecido durante años mis sueños, e incluso, en alguna ocasión, me han acosado estando despierto.

Recuerdo que Holmes se llevó el coche para ir a buscar a Carnaki a la estación. También recuerdo haberme sentado junto a la ventana de nuestra agradable sala de estar a limpiar mi pistola, pues temía que si, efectivamente, Holmes había encontrado alguna prueba de que el malvado vizconde había secuestrado niños mendigos para utilizarlos en algún antiguo rito inenarrable, bien pudiera haber problemas cuando nos enfrentáramos al viejo autócrata. Ciertamente, no sentí ningún escalofrío premonitorio cuando fui a abrir a quien había llamado a la puerta principal.

El hombre que se encontraba ante ella no podía ser otro que Carstairs Delapore. «Tan retorcido como un árbol al que hubiese alcanzado un rayo», había dicho el chico de los establos: no hubiese sido tan alto como yo ni aunque su espalda estuviese totalmente

---

<sup>5</sup> Watch en el original; hace referencia a las torres de vigía que, en época romana, se erguían aisladas en los territorios considerados conflictivos. N. de la T.



recta, y me miró de lado, torciendo su cabeza como un pájaro sobre un cuello escuálido.

Sus ojos eran de un color avellana claro, casi dorados, tal y como había dicho el chico.

Son lo último que recuerdo del mundo real de aquella tarde.

Soñé que yacía en la oscuridad. Me dolía todo el cuerpo, tenía el cuello y la columna totalmente rígidas y me daban pinchazos, y cerca de mí oía un suave sollozo intermitente, como de un anciano aterrorizado o lleno de dolor. Lo llamé a gritos, «¿quién está ahí? ¿Qué pasa?», y mi propia voz me sonó rasposa, como el oxidado graznido de un cuervo, tan ajeno como sentí mi propio cuerpo cuando traté de moverme.

—¡Dios mío —sollozaba la voz del anciano—, Dios mío, el abismo de los seis mil escalones! Es Lammastide, la noche del sacrificio. ¡Dios mío, Dios mío, sálvame! ¡lä! ¡Shub-Niggurath! ¡Nos espera, nos espera la Cabra con los Diez Mil Retoños!

Me arrastré por un suelo desigual, húmedo y resbaladizo, y me rodeaban olores a tierra de las profundidades y piedra mojada, y, más lejos, el terrible hedor de cosas aún peores: podredumbre, carne quemada y el enfermizo y familiar aroma a incienso. Mis manos tocaron a mi compañero en la oscuridad, y él se alejó.

—¡No, nunca! ¡Malditos, que habéis utilizado a la pobre Judith como cebo para atraerme hasta vosotros! La cosa encapuchada que se encuentra en la oscuridad os ha enseñado cómo hacerlo, tal y como enseñó a otros antes que a vosotros; os mostró ciertos pasajes del Libro de Eibon; os enseñó cómo arrebatarse el cuerpo a otros, cómo abandonar sus mentes atrapadas en vuestra antigua carne moribunda... ¡la misma que les sacrificáis después! Un cuerpo nuevo, un cuerpo fuerte, el cuerpo de un hombre, fuerte y saludable...

—¡Tranquilo —susurré—, tranquilo, está delirando! ¿Quién es usted, dónde estamos?



Volví a tocarle las manos y sentí los huesos como palillos y la piel flácida y sedosa de un hombre muy anciano. En ese mismo momento, esas frágiles manos me toquetearon en la oscuridad el rostro, los hombros, y se puso a gritar:

—¡Aléjese de mí! ¡Usted no era lo suficientemente bueno para ellos, retorcido, tullido y débil! Todo fue una trampa, ¿verdad? Una trampa para atraerme, pensando que fue ella quien mandó buscarme para liberarla... —Su voz aguda se convirtió en un chillido y me alejó con su histeria febril—. ¡Y ahora me enviaréis al abismo, al abismo de los shoggoths! —Mientras sus sollozos se transformaban en unas risitas histéricas, oí un ruido en la distancia; un roce, como el que producirían al moverse unas cosas enormes y blandas.

Me tambaleé hasta ponerme en pie, las piernas apenas me respondían; iba haciendo esos, torpe como un borracho. Fui siguiendo la pared en la total oscuridad, la cual, por lo que sentía, estaba compuesta en algunos tramos de piedra antigua sin mortero, y en otros de la roca desnuda y la misma colina. Había una puerta, madera deshidratada y hierro que se deshizo, oxidado y polvoriento, entre mis manos. Caí hacia atrás en la oscuridad y me golpeé contra algo (una mesa de piedra, cubierta de antiguos grabados), y a su lado encontré el único medio de salir de allí, una abertura cuadrada en el suelo de la que partían, hacia abajo, unos anchos escalones muy erosionados.

Descendí a trompicones, con las manos apoyadas a los lados para poder sentir la húmeda roca de la pared, que a veces se estrechaba hasta extremos insospechados: estaba aterrorizado por lo que pudiera encontrarme abajo, pero aún me daba más miedo encontrarme en poder de los locos que sabía arriba. Me sentía mareado, jadeaba, mi mente era presa de mil ilusiones, la peor de las cuales eran los ruidos que creía oír, no por encima de mí sino por debajo.

Con el tiempo, la oscuridad se llenó de finas columnas de fósforo azul que iluminaban el abismo a mis pies. Pude vislumbrar, muy abajo, una cámara, una especie de caverna de techo elevado de cuyas paredes goteaba natrón y en donde se encontraba un altar de piedra medio derruido, una antigualla ruinosa y manchada de negro por una espantosa podredumbre. Había una obscena aberración en toda la geometría de la



cámara, como si los ángulos que formaban suelo y paredes no debiesen encontrarse de la forma en que lo hacían; como si todo lo que veía no fuera más que una ilusión óptica, un truco creado por la oscuridad y las sombras. Del ángulo más interno de aquella cámara surgía la oscuridad, como una espesa marea de la noche; una oscuridad que, en un momento, parecía congelarse en formas concretas, y al siguiente demostraba ser únicamente movimientos inconexos. Y aun así, allí había algo, algo que me producía tal terror que no me atrevía a moverme, a hacer el más mínimo ruido; ni siquiera a respirar, por si el sonido de mi aliento pudiese hacer caer sobre mí un inimaginable destino de pesadilla.

Las risotadas agudas e histéricas de mi compañero cautivo en la parte de arriba de las escaleras hicieron que me escondiera en un nicho abierto en la húmeda roca. Estaba descendiendo... y no venía solo. Me apreté contra la estrecha oscuridad, donde solo podía oír el ruido de los cuerpos al descender por las escaleras. Poco después los siguieron otros, mientras yo me hacía un ovillo y rezaba a todos los dioses que el hombre temeroso adoró en algún momento para que, fuera lo que fuera lo que descendía hacia ese fantasmal abismo, no se diese cuenta de mi presencia. En ese mismo momento se elevaron ciertos sonidos desde abajo, un gímoteo o un crujido sin ritmo que, a pesar de todo, parecía una forma de música, y por detrás un ruido grave borboteante, como si un líquido espeso e inexplicablemente maligno surgiese de entre las rocas.

Eché un vistazo fuera de mi improvisado refugio de piedra y en el infernal y creciente resplandor púrpura que había debajo pude ver la alta figura de Burnwell Colby, de pie junto al altar, levantando entre sus manos un cráneo descarnado. La oscuridad lo rodeaba, pero casi daba la impresión de que el cráneo brillaba por sí mismo, una parpadeante y espantosa radiación que me mostraba (casi) las formas de aquello de lo que se componía esa oscuridad. Me mordí la mano para no gritar y me pregunté por qué el dolor no hacía que me despertara; un anciano yacía sobre el altar, y gracias a sus risitas sollozantes lo reconocí como aquel a quien habían encerrado conmigo en la cripta de piedra de arriba. La profunda voz de Colby se elevaba por encima de los estridentes gímoteos:



—Ygnaiih... ygnaiih... thflthkh'ngha...

Y las cosas que se encontraban en la oscuridad, espantosas sugerencias medio percibidas de escamosas cabezas sin ojos, de trémulos tentáculos y de pequeñas bocas redondas que se abrían y cerraban con un aterrador brillo de dientes, le respondieron con un gemido espeso y avaricioso:

—H'ahye n'grkdl'lh, h'ebye... En el nombre de Yog-Sothoth, yo os invoco, yo os ordeno...

Algo, no sé el qué ni me atrevo siquiera a imaginármelo, se elevó por detrás del altar, algo informe que resplandecía y que, a la vez, parecía absorber toda la luz, oculto en la oscuridad más profunda. El anciano que se encontraba sobre el altar empezó a gritar, un agudo gemido continuo de puro terror, y Colby gritó:

—¡Os lo ordeno..., os lo ordeno! —Y entonces me dio la impresión de que jadeaba y tragaba, como si se le detuviera el aliento en los pulmones, antes de que volviera a levantar el cráneo y aullara—: ¡Ngrkdl'lh y'bthnk, Shub-Niggurath! ¡En el nombre de la Cabra con los Diez Mil Retoños, yo os lo ordeno!

Y entonces la oscuridad se tragó el altar, y allí donde, un momento antes, se podía ver al gimoteante anciano, tan solo pude distinguir una ardiente oscuridad, mientras emanaba del abismo un hedor asqueroso a sangre y muerte que casi me hizo perder el sentido.

—Ante los Quinientos —gritaba Colby, que de pronto se estremeció y casi dejó caer el cráneo que sostenía—. Ante los Quinientos...

Jadeó, como si le costase hablar. La cosa sobre el altar levantó su cabeza encapuchada, y en el súbito silencio dio la impresión de que ese ruido temible y borboteante llenaba el lugar impío, acompañado por el eco lejano de las ahora silenciadas flautas que le respondían.

Y entonces, con un grito, Colby cayó de rodillas y la calavera se le resbaló de entre las manos. Empezó a ahogarse e intentó recuperarla, pero de la oscuridad de las escaleras que se encontraban a su espalda surgió otra forma, pequeña y delgada, que



atrapó el cráneo talismán del temible antepasado que había gobernado ese lugar.

—¡Ygnaiih, ygnaiih Yog-Sothoth! —aulló una voz de mujer, aguda y poderosa, llenando por completo la espantosa cámara. Y por un momento pensé que esa oscuridad que se cernía sobre ella la cubría exactamente igual que lo había hecho con el anciano que estaba sobre el altar, y luego retrocedía. Gracias a la extraña luz actínica que emanaba de la calavera pude ver el rostro a la mujer, y la reconocí como Judith Delapore, sobrina y nieta de los lunáticos que gobernaban Depewatch. Y aun así, ¡qué diferencia con el dulce semblante que había pintado en la miniatura de Colby! Como si fuera la marfileña máscara de una diosa, fría y tensa debido a la concentración, posó la mirada en ese pesado torbellino de pesadilla que la rodeaba, sin mirar un solo instante a su amado, que se encontraba a sus pies, jadeante, convulsionándose. Con voz aguda y dura, fue repitiendo las terribles palabras de los encantamientos y no dudó un solo instante, mientras esas espantosas cosas se retorcían, se arrastraban y se estremecían en la oscuridad.

Solo cuando el maligno ritual hubo acabado y la inenarrable congregación se hubo retirado hacia el blasfemo ángulo de las paredes interiores, bajó la joven el cráneo que sostenía. Se irguió con su vestido negro, recortada contra el resplandor del natrón de las paredes, mirando hacia el abismo del que habían surgido esas terribles cosas inhumanas, apenas dándose cuenta de mi presencia mientras me tambaleaba escaleras abajo.

No quedaba nada del anciano que había yacido sobre el altar. La piedra estaba cubierta por una gruesa capa de limo que goteaba hasta un suelo cubierto por un líquido marrón de posiblemente un dedo de espesor, y que brillaba ante el febril resplandor azul del natrón. Al haber visto cómo se tragaba a Burnwell Colby esa retorcida oscuridad, me tambaleé hacia donde él había estado con una cierta idea confusa de ayudarlo, pero cuando me arrodillé solo vi una pegajosa masa de carne y huesos a medio disolver. Los huesos tenían todo el aspecto de haber sido chamuscados, casi fundidos. Levanté la vista, horrorizado, hacia la mujer de la calavera, y mis ojos se cruzaron con los suyos, de un avellana claro casi dorado, exactamente iguales a otros que apenas podía recordar. Ojos que se abrieron sobremanera, preñados de rabia y odio.



—Tú... —susurró—. Así que, después de todo, no te lo llevaste.

Yo solo sacudí la cabeza, pues sus palabras no lograban cobrar sentido en mi confuso estado, y ella continuó:

—Como ya has visto, tío, ahora soy yo y no el abuelo, el abuelo que no existe desde hace cincuenta años, quien manda. —Y, para mi horror, estiró la mano hacia ese ángulo espantosamente anómalo de las paredes en el que esperaba la oscuridad—. Y'bfnk... ng'haie...

Grité. En ese mismo momento hubo un súbito destello de luz en las escaleras que conducían hacia el inocente reino superior del mundo ignorante: una incandescencia de un blanco azulado, como un relámpago, y el aire se llenó del olor a ozono.

—Mi querida señorita Delapore —dijo Holmes—, si me disculpa por la interrupción, me temo que está usted trabajando sobre una premisa falsa. —Terminó de bajar las escaleras, portando en una mano una vara de metal de la que parecía emanar una chispeante corona de electricidad que se unía a una vara parecida que llevaba Carnaki, que descendía por las escaleras detrás de él. El anticuario cargaba a la espalda una pequeña mochila de lona, de las que usan los porteadores en Constantinopla; la unían a la vara que sostenía en la mano una docena de cables, y de esa vara partían rayos en dirección a la vara de Holmes, de modo que un mortal nimbo de luz parecía rodear a los dos hombres. El frío resplandor privaba al rostro de Holmes de todo color, por lo que sus cejas resaltaban con un color casi negro, como las de un hombre que ha recibido un golpe mortal y tiene una hemorragia interna.

Me miró y me preguntó, como si estuviésemos compartiendo una taza de té en Baker Street:

—¿Cuáles eran las flores favoritas de su esposa?

La señorita Delapore, confusa, abrió la boca para decir algo, pero yo grité, abrumado por el dolor.

—¿Cómo puede preguntarme eso, Holmes? ¿Cómo puede hablar de mi Mary en este lugar, después de todo lo que hemos visto? Su vida fue toda bondad, toda alegría, y



fue para nada, ¿lo entiende? Si esta... blasfemia, este monstruoso abismo yace bajo nuestro mundo, ¿cómo pueden estar a salvo la bondad y la alegría? Es todo una farsa; amor, cariño, ternura... no significan nada, y somos unos locos por creer en ello...

—¡Watson! —tronó Holmes, y una vez más la señorita Delapore lo miró confusa.

—¿Watson? —susurró.

Él sostuvo mi mirada, y me volvió a preguntar:

—¿Cuáles eran las flores favoritas de la señora Watson?

—Los lirios del valle —respondí, y enterré el rostro entre las manos. Al hacerlo, llegué a ver (así de extraño y espantoso era mi sueño) mis manos como las de un anciano, delgadas y retorcidas por la artritis, y la alianza que nunca había dejado de llevar, incluso tras la muerte de mi Mary, había desaparecido—. Pero nada de eso importa ya, ni volverá a importar sabiendo lo que sé ahora acerca de la verdadera naturaleza del mundo.

A través de mis sollozos, oí a Carnaki que decía suavemente:

—Vamos que tener que apagar el campo eléctrico. No creo que podamos hacerle subir por las escaleras.

—Estarán a salvo —afirmó la voz de la señorita Delapore—. Ahora soy yo quien gobierna sobre ellos, tal y como hizo mi abuelo. Yo sabía que el objetivo que él, que eso, tenía era apoderarse del cuerpo de Burnwell, como había hecho hace cincuenta años con el de mi abuelo. Despreció a mi tío, igual que despreció a mi padre, igual que me despreció a mí por ser mujer, pues nos consideraba demasiado débiles como para soportar todo el poder desatado por el rito del Libro de Eibon. ¿Por qué si no iba a hacer que regresara a casa desde la escuela, sino para atraer a ese pobre americano a su destino?

—Con una carta cubierta de lágrimas —señaló Holmes hoscamente—. Incluso en los márgenes, y en la parte que queda en blanco junto a la dirección. Difícilmente los lugares en los que caerían las lágrimas derramadas por una joven mientras escribe, pero es difícil evitar que se esparzan las gotas que se echan a mano con el perfumero del





dormitorio.

—Si no hubiera escrito esa carta —replicó ella—, habría sido a mí, y no a mi abuelo, a quien hubieran entregado esta noche al encapuchado. Al menos, al atraer a Burnwell hasta mí fui capaz de envenenarlo con setas de la araña marrón, que no surte efecto hasta muchos días después. Mi abuelo hubiera terminado por capturarlo, de una forma u otra; no se rinde fácilmente.

—¿Y fue usted quien envió a buscarlo, para que se reuniera con su abuelo en Brighton?

—No. Pero sabía que iba a venir. Cuando mi abuelo..., cuando el espíritu vampírico de lord Rupert se introdujo en el cuerpo del pobre Burnwell, ese cuerpo ya se estaba muriendo, aunque nadie más que yo lo sabía. Conocía que el tío Carstairs también había dominado la técnica del cambio de cuerpo; pero asumí que era usted su objetivo, no su amigo.

—Da igual —contestó Holmes con voz muy suave y amargamente fría—. Me subestimó; y, al parecer, los dos la subestimamos a usted.

Cuando ella respondió, su voz tenía un ligero tono de desafío:

—Los hombres lo hacen. Al parecer, incluido usted.

El ensordecedor siseo de electricidad se detuvo. Abrí los ojos y los vi arrodillados a mi alrededor, en el espanto de esa oscura caverna: Holmes y Carnaki, que ponían en mis manos sus varas eléctricas, y la señorita Delapore que me miraba a los ojos. De alguna forma, a pesar de la oscuridad, podía verla con total claridad, podía ver en sus ojos dorados, de la forma en que se hace en los sueños. No recuerdo lo que me dijo debido a la sacudida y al frío que sentí cuando Carnaki encendió el aparato...

Abrí los ojos a la mañana de verano. Me dolía la cabeza; cuando levanté la mano para tocármela, descubrí que tenía las muñecas magulladas y laceradas, como si me las hubieran atado.



—Ha estado usted fuera de sí durante la mayor parte de la noche —me dijo Holmes, que estaba sentado junto a la cama—. Temimos que pudiera hacerse daño a sí mismo; lo cierto es que nos dio verdaderos motivos para preocuparnos.

Miré a mi alrededor, al sencillo papel pintado de la pared y a las cortinas blancas de mi habitación en La Cruz de oro, en High Clum. Farfullé:

—No recuerdo qué ha pasado...

—Fiebre —me explicó Carnaki, que en esos momentos entraba en la habitación, acompañado de una joven esbelta a la que, gracias a la miniatura que Burnwell Colby nos había mostrado, reconocí como la señorita Judith Delapore—. Jamás había visto que le subiera a alguien tanto la fiebre en tan poco tiempo; debe de haber cogido todo un señor resfriado.

Sacudí la cabeza y me pregunté qué tendrían la innatural calma de la señorita Delapore y sus ojos de un color avellana dorado para que me llenaran de pánico.

—No recuerdo nada —repetí—. Sueños... Creo que su tío estuvo aquí —añadí después de que Holmes me presentara a la joven—. Al menos... creo que era su tío. —¿Por qué estaba yo tan seguro de que ese hombrecillo retorcido y enloquecido que había acudido a mi habitación, o que yo creía que había acudido a mi habitación, era Carstairs Delapore? No podía recordar nada de lo que me había dicho. Solo sus ojos...

—Era mi tío —afirmó la señorita Delapore, y cuando volví a mirarla me di cuenta de que iba vestida de luto—. ¿No recuerda nada de la razón que lo impulsó ayer a venir aquí? Pues antes de que pudiese mencionar su visita a cualquiera de los que vivimos en el priorato —y aquí echó una mirada a Holmes—, se cayó por las escaleras y murió.

Le expresé mis más sentidas condolencias mientras trataba de suprimir un inexplicable y profundo alivio que asocié, de alguna manera, con los sueños que había tenido mientras deliraba. Tras inclinar la cabeza en agradecimiento, la señorita Delapore se volvió hacia Holmes y le entregó una caja roja de cartón atada con una cuerda.

—Lo que le prometí —dijo.

Me volví a tumbar, realmente agotado, al parecer tanto de cuerpo como de



mente. Mientras Carnaki me preparaba un sedante, Holmes acompañó a la señorita Delapore fuera de nuestro saloncito común, y oí cómo se abría la puerta exterior.

—Mucho había oído yo hablar de sus habilidades deductivas, señor Holmes —decía la voz de la joven, apenas audible a través de la puerta entreabierta del dormitorio—. ¿Cómo supo que mi tío, que debería haber venido aquí para tomarlo a usted igual que mi abuelo hizo con Burnwell, había capturado a su amigo en su lugar?

—No fue necesaria ninguna deducción, señorita Delapore —contestó Holmes—. Conozco a Watson, y sé lo que he oído acerca de su tío. ¿Habría bajado Carstairs Delapore a encontrarse con el peligro solo para ver cómo podía ayudar a un herido?

—No piense usted tan mal de mi familia, señor Holmes —respondió la señorita Delapore tras un momento de silencio—. No puede sellarse el camino que desciende por esos seis mil escalones. Siempre debe existir un guardián. Esta es la naturaleza de este tipo de cosas. Y siempre resulta más fácil encontrar un sucesor venal que esté dispuesto a intercambiar con ellos las cosas que desean, la sangre que ansían, a cambio de regalos y servicios, que encontrar a alguien dispuesto a servir como guardián en solitario, solo para que el mundo superior permanezca a salvo. Temían a lord Rupert, si es que la cosa que todos conocíamos como lord Rupert no era en realidad un espíritu aún más antiguo. Espero que sus huesos, enterrados en la cripta, resulten ser una barrera que estén poco dispuestos a cruzar. Ahora que el cráneo, el talismán que los obligaba a entregar sus favores, ha desaparecido, es posible que la tentación sea menor para aquellos que estudien en la casa.

—Siempre existen tentaciones, señorita Delapore —comentó Holmes.

—Mantengámoslas a mis espaldas, señor Holmes —replicó la voz de la mujer con un toque de argénteo humor que no se correspondía con sus años—. He visto lo que le hizo la tentación a mi tío en su desesperado afán por arrebatar a mi abuelo el control de las criaturas. He visto en lo que se convirtió mi abuelo. Son cosas que recordaré cuando me llegue el momento de buscar discípulo.

Cuando Holmes regresó a la habitación, yo ya estaba empezando a dormirme debido al sedante que me había administrado Carnaki.



—¿Ha hablado usted con Colby? —le pregunté, mientras trataba de mantener abiertos los ojos y él se acercaba a la mesa para coger la caja roja de cartón—. ¿Se encuentra bien? —Debido a mis sueños, me parecía que su destino había sido espantoso, terrible y equívoco—. Avisarle... Evitar que el viejo vizconde le cause algún daño...

Holmes calló durante mucho tiempo y me miró con una preocupación que no pude llegar a entender.

—Lo hice —me contestó finalmente—. De tal forma que el vizconde Delapore ha desaparecido del distrito; esperemos que para bien. Pero, en lo que respecta a Burnwell, él también se... ha marchado. Me temo que la señorita Delapore está destinada a llevar una vida solitaria y bastante llena de dificultades.

Le echó un vistazo a Carnaki, que estaba introduciendo en una mochila de lona lo que parecía ser una batería eléctrica, así como un conjunto de varas de acero y cables, cuyo propósito no podía ni imaginar. Sus ojos se encontraron. Y entonces Carnaki asintió muy levemente, como si aprobara lo que Holmes acababa de decir.

—¿Debido a lo que se ha descubierto —pregunté, suprimiendo un enorme bostezo— acerca de este... chantaje que se estaba llevando a cabo? Ese joven, abandonar a una mujer así... —Se me cerraron los ojos. Luché por abrirlos de nuevo, embargado por un súbito terror, por el miedo a deslizarme en el sueño y volverme a encontrar en ese terrorífico abismo, observando esas espantosas cosas que se escondían y reptaban desde aquellos ángulos de oscuridad que no deberían estar allí—. ¿Descubrió... algo de los estudios que llevaban a cabo?

—Por supuesto —contestó Carnaki. Y luego, como a la ligera, añadió—: Aunque no tenían ningún interés.

—Y entonces, ¿qué es lo que ha traído la señorita Delapore?

—Simplemente un recuerdo del caso —contestó Holmes—. Y en lo que respecta al joven señor Colby, no sea tan duro con él, Watson. Hizo todo lo que pudo, igual que todos. De todas formas, no creo que hubiera sido demasiado feliz con la señorita Delapore. Ella era, con mucho, la más fuerte de los dos.



Holmes nunca me llegó a explicar cómo rellenó el hueco existente entre sus sospechas acerca de que el vizconde Delapore se encontraba relacionado con los secuestros de niños para utilizarlos en algún maligno culto con centro en el priorato de Depewatch, y la obtención de evidencias suficientes como para lograr que ese malvado abandonase la zona. Si Carnaki y él lograron encontrar pruebas en el priorato (pues sospecho que esa fue la razón por la que Holmes le pidió al joven anticuario que nos acompañase a Shopshire), nunca me habló de ello. De hecho, siempre se mostró muy reacio a hablar del caso.

Le estoy agradecido por ello. Tardaron mucho en abandonarme los efectos de la fiebre, e incluso tres años después me encontré presa de la sensación de que había descubierto algo (que afortunadamente olvidé) que bien hubiera podido acabar con mi idea de lo que el mundo es y puede llegar a ser; que, de ser cierto, bien podría hacer que me resultara imposible mantener la vida o la cordura.

Holmes solo mencionó el asunto una vez, algunos años después, durante una conversación acerca de las teorías de Freud sobre la locura, al hablar de pasada sobre la convicción que tenía el viejo vizconde Delapore (sostenida, evidentemente, por otras personas en lo que ahora se denomina folie à deux) de que el anciano era realmente el espíritu reencarnado, o traspuesto astralmente, de lord Rupert Grimsley, el que fuera una vez señor del priorato de Depewatch. Y lo hizo de forma somera, sin dejar de mirarme, como si temiera volver a provocar mis viejos sueños y causarme muchas noches de insomnio.

Solo lamento que el caso acabara sin una conclusión sólida, puesto que, tal y como Holmes me prometió aquella noche en el embarcadero, me mostró colores insospechados en el espectro de la mentalidad y la existencia humanas. Y aun así, no fue una bendición sin mácula. Pues, a pesar de que estoy convencido de que mi sueño febril no fue más que eso, una fantástica alucinación creada por mi enfermedad y la curiosa manía de Carnaki acerca de cultos de ultratumba y escritos antiguos, en ocasiones, en



las sombras existentes entre el sueño y la vigilia, pienso en ese espantoso abismo de color azul que yace bajo un antiguo priorato en la frontera de Gales, y me imagino oír ese fantasmal gemido del caos que se eleva de unos blasfemos ángulos de la noche. Y en mis sueños vuelvo a ver a la enigmática señorita Delapore, de pie ante ese grupo chirriante de pesadillas, sosteniendo entre sus manos el cráneo de lord Rupert Grimsley: el mismo cráneo que ahora reposa en una esquina de la habitación de Holmes, dentro de una caja roja de cartón.



## El misterio del gusano

John Pelan

He revisado los extraordinarios hechos que se relatan en esta narración y he llegado a la conclusión de que, incluso ahora, en un mundo en el que el viaje aéreo se considera algo normal y los motores de la guerra pueden escupir muerte desde el cielo, el mundo sigue sin estar preparado para las verdades que se exponen en ella. Los sucesos de esa espantosa noche de 1894 permanecerán escritos en estas páginas, a salvo entre mis demás papeles, hasta que llegue un tiempo en el que nuestro mundo esté preparado para descubrir esas grandiosas y aterradoras verdades.

A lo largo de los años, mi amigo Sherlock Holmes ha recibido una gran cantidad de extrañas visitas, desde mujeres histéricas con problemas de diversa índole hasta miembros de la familia real que utilizaban ridículos disfraces en un intento de mantener el anonimato. Fuera cual fuese la naturaleza del visitante, fuera cual fuese la petición de ayuda, Holmes, como cabía esperar, siempre se comportó como un perfecto caballero y trató a todos y cada uno de ellos con cortesía y aplomo. La poco habitual secuencia de hechos que culminarían en el suceso al que previamente me he referido como «El caso del extraordinario gusano del que se decía que la ciencia no conocía» comenzó a finales de la primavera de 1894, pocas semanas después del asunto relacionado con el feroz coronel Moran.

Holmes y yo nos encontrábamos leyendo en la salita; él una monografía sobre egiptología escrita por el profesor Rockhill, mientras yo satisfacía mi debilidad por el sensacionalismo con la última novela de misterio de Dick Donovan. Conocía a Donovan ligeramente debido al club Savage y tenía que ser siempre discreto cuando él pudiera oírme, pues, de lo contrario, cualquier referencia que hiciera a los casos de mis amigos



podría verse convertida en una de sus escabrosas novelizaciones.

Una repentina llamada a la puerta hizo que tuviéramos que abandonar, sobresaltados, nuestras lecturas. ¡Una visita inesperada! Holmes se levantó con rapidez y recibió a nuestro visitante con la cortesía que se le debía. El hombre tendría unos treinta años, era alto y esbelto, pero se movía con una gracia que desmentía su corpulencia y su constitución atlética. Llevaba consigo un pequeño maletín que depositó en la mesa con sumo cuidado antes de tomar asiento allí donde Holmes le indicaba.

Miró a mi amigo.

—Usted debe de ser Sherlock Holmes, el detective de consulta. —Cuando Holmes se lo confirmó, se volvió hacia mí—. Por lo que usted debe de ser el doctor John Watson.

—Así es.

Satisfecho por encontrarse en el apartamento correcto, nuestro visitante sacó una cajita de madera y nos entregó a cada uno una tarjeta de visita, en las que estaba impreso:

Dr. Robert Beech

Entomólogo

—Me dedico al estudio de los insectos; mi especialidad son los procedentes de África y del Lejano Oriente. He acudido a ustedes, caballeros, con un problema que me ha dejado realmente perplejo, y confío en que el señor Holmes pueda ayudarme.

Holmes no dijo nada, pero juntó las manos y le dedicó a nuestro visitante toda su atención.

—En un reciente viaje a Egipto encontré unos objetos bastante extraños muy cerca los unos de los otros. Me temo que la relación existente entre estos objetos se encuentra más allá de mi área especializada de estudio, por lo que no les puedo





encontrar ningún significado. Pero usted, señor Holmes, es famoso por resolver enigmas; ¿le importaría echarle un vistazo a lo que he traído? Aprendería cualquier cosa que pudiera decirme acerca de estos objetos.

Holmes asintió, y nuestro visitante abrió su maletín y sacó de él, con mucho cuidado, tres objetos realmente curiosos. El primero de ellos era un cilindro de metal, de una tonalidad verdosa, con intrincados símbolos que yo encontré carentes de todo sentido. El objeto medía cerca de treinta centímetros de largo, diez de ancho y un grosor de cerca de la mitad de la anchura. Aparentemente, los símbolos cubrían totalmente su superficie, y se trataba de una caótica *mélange* de espirales, líneas y formas geométricas. Mientras observaba el objeto, me dio la impresión de que aparecía una especie de esquema entre los símbolos, pero mis ojos debían de estar cansados a causa de la lectura, pues las inscripciones parecieron brillar y cambiar de forma mientras las contemplaba. Parpadeé y centré mi atención en los otros objetos que se encontraban sobre la mesa.

El segundo era una piedra toscamente tallada que se parecía ligeramente a una estrella de mar labrada en una piedra común extraída de una mina. A pesar de que un arqueólogo podría haberle encontrado algún interés, yo no lograba hallar relación alguna con el cilindro de metal o con el repulsivo tercer objeto.

El tercero tenía mucho más que ver con la vocación del doctor Beech. Se trataba de un vial de cristal de gran tamaño, que desenvolvió con gran cuidado de una gruesa tela para revelar su contenido: un gusano especialmente repugnante que flotaba en formaldehído. La criatura medía unos tres centímetros y se parecía a un ciempiés, aunque con muchas menos patas. La cabeza de la criatura poseía unas mandíbulas de horrible aspecto que rodeaban lo que parecía ser un agujón o una probóscide de algún tipo. Me estremecí involuntariamente.

Aunque la mayoría de las formas inferiores de vida nos resultan extrañas o repelentes, esta cosa tenía algo que iba más allá de la repugnancia física. De alguna forma parecía impura. Me sentí algo aliviado porque la criatura estuviese muerta y porque no existiese riesgo alguno de que se escapara y se escondiera en nuestro apartamento.



—El gusano —continuó diciendo nuestro invitado— es especialmente interesante, puesto que se encontró en un árido desierto, totalmente aislado y sin ninguna fuente visible de nutrientes. Los otros objetos son curiosidades interesantes, pero no tienen gran importancia; aunque se me ocurrió que, debido a los conocimientos que usted posee sobre criptogramas y escrituras parecidas, sería capaz de traducir las inscripciones del cilindro.

Durante toda esta parrafada, Holmes había mirado alternativamente el gusano, el cilindro y la piedra labrada. De pronto, se puso en pie.

—Caballero, debo pedirle que se marche ahora mismo. Usted no es más profesor de entomología que yo. Es usted un vulgar fraude, y estos objetos que ha traído con usted no tienen mayor interés que las curiosidades que Barnum exhibe en su museo. Buenos días.

Por un instante creí que el extraño iba a tratar de golpear a mi amigo, pues empezó a temblar de rabia debido a las acusaciones de Holmes. Pero logró contenerse, recogió en silencio sus cosas y se marchó sin decir palabra.

Observé interrogante a Holmes, esperando que me diese alguna explicación acerca de ese comportamiento tan poco habitual en él.

Cuando se volvió para mirarme, le brillaban los ojos de una forma especial.

—Mi buen y querido Watson... Cree que me he vuelto loco debido a la cocaína, que las drogas me han dejado débil y me han vuelto un cascarrabias. No, no, querido, no lo niegue; su expresión lo dice todo. Le aseguro que no me he vuelto loco, ni he sido más descortés de lo que requería la situación. Nos encontramos en aguas profundas, Watson, ¡realmente profundas! Nuestro «invitado» es un hombre muy peligroso, y no me habría comportado de la forma en la que lo hice si no hubiese estado completamente seguro de que él solo llevaba encima una espada y un cuchillo, y de que usted tenía a mano su revólver.

—Cielo santo, Holmes, yo no vi esas armas, y eso que aplico sus métodos lo mejor que puedo...



—En fin, Watson, ¿qué opina de nuestro visitante y de su maletín lleno de baratijas? La situación quedaba bastante clara.

Resumí mis observaciones a medida que iba recordándolas:

—Nuestro hombre superaba con mucho la estatura media y era de constitución atlética, lo cual, aunque no es algo común entre los científicos, tampoco es algo insólito, sobre todo teniendo en cuenta que su área de estudio requiere una cantidad considerable de trabajo de campo. Iba bien vestido y llevaba un bastón, ciertamente más como accesorio de moda que por una necesidad física. Una vez más, no se trata de una afectación habitual en un hombre de ciencia, pero, de nuevo, tampoco es algo insólito. Tendría unos treinta años, joven para su profesión, pero una edad en la que es más probable que se dedique a realizar trabajos de campo que a moldear mentes jóvenes en los salones de la academia. Así, no hay nada que entre en contradicción con su historia.

—¡Espléndido! —Holmes aplaudió y se puso en pie, y empezó a dar paseos—. ¡Watson, ha aprendido bien mis métodos! Todo lo que ha dicho es preciso y creíble en la superficie. No obstante, usted solo vio lo que nuestro visitante quería que viese, y no llegó a observar lo que estaba allí esperando a ser observado.

»El bastón que llevaba ocultaba una espada; he visto muchos de esos. Usted no se dio cuenta de que el bastón tenía una empuñadura poco habitual que sirve de guarda y permite agarrarlo con fuerza durante el combate. Eso en sí mismo no es condenatorio, pero si se une a las otras evidencias, demuestra que nuestro hombre no es quien dice ser.

»¿No se fijó usted en sus muñecas? La derecha tenía un grosor bastante mayor que la izquierda. Si a esto unimos los callos que tenía en la mano derecha, demuestra que se trata de un hombre que pasa gran cantidad de tiempo manejando una espada; lo que, a su vez, sugiere que se trata de un duelista. Además, me di cuenta de su tendencia a apoyar el peso en la punta de los pies; una vez más, indicativo de un hombre que pasa gran cantidad de tiempo practicando esgrima.

—¡Holmes! —exclamé—. Es sorprendente. Seguramente no habrá podido echarle más que un simple vistazo a sus muñecas.



Mi amigo sonrió y continuó con su explicación.

—¿No se dio cuenta de su curioso bronceado?

—Por supuesto que lo hice; parecía como si, hacía poco, se hubiera quemado hasta quedar tan rojo como un indio.

—Exactamente, Watson; y eso es precisamente lo que me llamó la atención. Un hombre que realmente pasa gran cantidad de tiempo en el exterior adquiere un tono más profundo e igualado, debido a la exposición frecuente al sol durante un período de tiempo prolongado. Nuestro hombre tenía el aspecto que tendría el londinense medio tras su primer viaje a un clima soleado; lo cual sería extraño si realmente nos estuviera diciendo la verdad acerca de su profesión. Además, su tarjeta de visita no llevaba dirección alguna; una práctica común entre aquellos que recorren el mundo, pero que, si se une a la intensidad de su bronceado, sugiere inmediatamente un fraude. Nuestro hombre, debo recalcar, no está acostumbrado a localizaciones más exóticas que nuestra propia costa.

»No, Watson; aquí se está llevando a cabo un extraño juego, y me gustaría estar seguro de la identidad de nuestro oponente. Sospecho que no vamos a tener que esperar mucho.

La precisión de las afirmaciones de Holmes fue sorprendente; antes de que hubiera terminado de hablar, se paró una calesa junto a la acera y se bajó de ella un único pasajero.

—Watson, coja su revólver del cajón y manténgalo a mano. A menos que esté equivocado en grado sumo, el caballero que se acerca es tan tremendamente peligroso que, a su lado, nuestro anterior invitado parecería un simple golfillo. Lo haré pasar.

—Holmes, si es tan peligroso como usted dice, ¿de qué serviría invitarlo a entrar, excepto para ponernos en peligro?

—Oh, venga, Watson. —Los ojos de Holmes brillaban de esa forma característica que indicaba que sus instintos de investigación se habían despertado por completo—. ¿No siente al menos un poco de curiosidad acerca de por qué un hombre semejante



buscaría al más famoso detective del mundo?

El hombre al que Holmes hizo entrar en la habitación era peculiar, aunque, ciertamente, no más que nuestro anterior visitante. Un hombre de aspecto juvenil, posiblemente de ascendencia mediterránea, vestido inmaculadamente, como cualquiera de los indolentes retoños de cualquiera de las familias más ricas del Imperio. Era de estatura media y, por sus movimientos, se adivinaba que se encontraba en buena forma física. No tenía nada extraño en su persona, hasta que uno se daba cuenta del enorme gato negro que se acomodaba sobre su hombro y de sus extraños y penetrantes ojos. Sin duda alguna, esos ojos pertenecían a un hipnotizador.

—Señor Holmes, doctor Watson, soy el doctor Nikola —se presentó mientras se sentaba en la silla que Holmes le había indicado. Durante todo ese tiempo, su felino compañero no dejó de mirarnos torvamente y sin parpadear—. En primer lugar, debo disculparme por haber enviado a Persano a verlos. Necesitaba comprobar si sus recursos mentales merecían los elogios que había escuchado. El subterfugio resultaría evidente a una mente superior, pero bien podría pasarle desapercibido a un intelecto inferior.

»Envié a Persano porque, de todos mis asistentes, es el que tiene un aspecto que despierta menos alarma. Pero ya es suficiente. Mi propósito al visitarlo, señor Holmes, es bastante simple. A pesar de que bien podría considerarme como el mayor intelecto de esta época, mis estudios se limitan a ciertos campos, al igual que los suyos se centran en otras disciplinas. Permítame que le explique el enigma al que me enfrento, y estoy totalmente seguro de que accederá a ayudarme en una empresa que realmente merece la pena.

Decir que el hombre era arrogante sería quedarse realmente corto. Parecía claro que estaba loco... ¡y Holmes le había dejado entrar! Nuestro invitado no se dio cuenta de mi expresión de incredulidad mientras él pronunciaba estas ridículas afirmaciones. Holmes se limitó a asentir y escuchó con atención y sin dejar de mirar al gato, que permanecía allí sentado, completamente inmóvil excepto por un movimiento rítmico de la cola. No dijo nada hasta que nuestro invitado hubo terminado.



—Doctor, puede que debiera empezar por el principio y explicarnos qué razón lo mueve a pensar que yo podría iluminar de alguna forma este enigma al que se enfrenta.

Nikola inspiró profundamente, como si se preparase para realizar un enorme ejercicio físico. El gato permaneció inmóvil, excepto por su cola.

—Señor Holmes, acabo de regresar de Egipto; no es mi intención revelarle mayores detalles. Baste con decir que existe allí una antigua ciudad que desde hace mucho se pensaba perdida y que, gracias a mis estudios, he logrado localizar.

»Como sin duda alguna ya sabrá, soy científico. He dedicado mi ya larga vida a crear un mundo perfecto, uno que disfrute de las ventajas que ofrecen todas las ciencias, tanto las conocidas como las arcanas. Para ese fin es necesario que disfrute de una vida extraordinariamente larga, y que aquellos que pueden ayudarme considerablemente en la consecución de mi utopía de la ciencia disfruten de una longevidad parecida. Pero me estoy extendiendo demasiado...

—Un momento, caballero. —No pude seguir escuchando semejantes locuras sin hacer algún comentario—. Habla de su edad como si fuera un anciano. Y no puede usted tener más de treinta y cinco años a lo sumo.

Holmes no dijo nada, pero la mirada que me dirigió fue más que suficiente para indicarme que había hablado más de lo que recomendaba la prudencia. Nuestro invitado no pareció ofenderse por mi desafío, sino que continuó hablando como si se tratase de un profesor dando una clase a unos estudiantes especialmente obtusos.

—Que quede claro que estoy convencido de que mi apariencia física es la de un hombre de treinta años, no de treinta y cinco. Puede resultarle interesante el hecho de que yo tenía un aspecto bastante parecido cuando su duque de Wellington acabó con el monstruo francés. Ciertamente, existen determinados componentes, conocidos solo por unos pocos, que alargan bastante la esperanza de vida humana. He mantenido durante muchos años correspondencia mutuamente beneficiosa con un caballero chino del que creo tener razones más que suficientes como para suponer que era joven cuando empezaron a construir las pirámides de Guiza. Nuestra comunicación ha tenido como resultado el que yo obtuviera un cierto compuesto hace ya muchos años, con obvios



resultados. No obstante, mi colega se ha mostrado algo reticente a la hora de proporcionarme suficiente información como para poder reconstruir su fórmula.

Finalmente, Holmes tomó la palabra.

—Conozco bastante bien la reputación que posee usted como vivisector, pero ahora me quedan demasiado claros los propósitos que se esconden tras sus experimentos. ¡Busca la vida eterna! Cree que su colega ha encontrado la llave química que abre las puertas de la inmortalidad y pretende replicarla.

—Cierto. Ya conozco lo suficiente de la composición del elixir como para saber que tuvo su origen en Egipto y que uno de sus ingredientes es la jalea real de una especie concreta de abejas. El intentar recrear la fórmula a partir de estos conocimientos ha resultado ser fútil, y ha evitado que pudiese dedicarme a otras áreas de interés. Recientemente llegué a la conclusión de que mi amigo asiático podría no ser el único en poseer la fórmula que necesito. Creo que existen otros seres para los que aquello que yo llamo elixir vitae es algo tan corriente como lo es la ginebra barata para un trabajador de Stewpony.

»Lo que he descubierto tiene que ver con los materiales que Persano trajo para enseñarle. Permítame que le explique las curiosas circunstancias en que se descubrieron y veremos si llega usted a las mismas conclusiones que yo.

»Existen lugares en el desierto egipcio en los que ciudades enteras de la antigüedad se encuentran totalmente enterradas bajo las arenas cambiantes, y ciudades modernas en las que los niños juegan con los huesos de los reyes y los perros salvajes desgarran los cuerpos de los sumos sacerdotes de los antiguos dioses. Un lugar realmente extraño, un lugar en el que creo que se encuentra el origen del elixir vitae.

»Ya he mencionado a mi colega asiático. Gracias a la más sutil de las pistas y a la más increíble de las coincidencias, he llegado a la conclusión de que es muy posible que caminase sobre esta tierra hace mucho tiempo, bajo la identidad de uno de los faraones del Reino Antiguo. Teniendo esto en mente, reuní algunos de mis más poderosos ayudantes, y a aquellos que podían viajar públicamente sin causar alarma indebida, y los envié a explorar el hogar ancestral de mi... amigo.



»Les evitaré los detalles de cómo nos vimos forzados a abandonar la ruta que habíamos elegido debido a una de esas tormentas de arena endémicas de la región. Aún queda mucho que descubrir en África; los hallazgos de Burton y Speke palidecen en comparación con lo que nosotros nos encontramos. Se abrió el velo de arena y fuimos los primeros humanos en muchos siglos en encontrar rastros de la Ciudad de los Pilares. Quedaban pocas columnas en pie; la mayoría estaba enterrada, salvo por unos pocos metros que salían de la arena. Se habían tallado en basalto, y bien podrían tener un diámetro de cinco metros. Sobre la parte superior de cada uno de los nueve pilares que observamos se encontraba una profunda depresión que contenía unos objetos de metal parecidos al que Persano les ha mostrado. Cada uno de los cilindros se hallaba parcialmente cubierto por una de las piedras estrella que también han visto ustedes. Una unión interesante e incomprensible; si las torres eran tan altas como sospecho, ¿qué motivo terrenal les habría impulsado a colocar estos objetos en la parte superior? Medité sobre ello durante algún tiempo, mientras Persano trataba de tranquilizar a nuestros portadores, que estaban convencidos de que nos hallábamos en presencia de un gran mal. Puede que lo más curioso fuera el hecho de que las piedras estrella se encontraban soldadas a los pilares mediante barras de hierro forjado. Alguien, en algún momento, se había tomado muchas molestias para asegurarse de que las piedras permanecieran en su lugar.

»Se preguntarán qué tiene todo esto que ver con elixires para la longevidad, abejas y cosas por el estilo. A primera vista nada y, si no fuera por la avaricia de uno de nuestros portadores, yo tampoco habría encontrado la conexión.

»Habíamos establecido el campamento cerca del lugar. Persano, que actúa como guardia personal, y yo establecimos nuestra tienda algo más lejos, tal y como era mi deseo. La noche en el desierto se encontraba sumida en un silencio sepulcral hasta que me despertó un espantoso zumbido; el ruido que produciría un ejército de langostas o de abejas. El aire literalmente vibraba a causa del batir de sus alas. Ese ruido era mucho más profundo y resonante que el que produciría cualquier insecto que yo hubiera oído antes. Persano y yo nos quedamos donde nos encontrábamos y forzamos la vista para intentar captar aunque fuera un vistazo de lo que estaba ocurriendo en el campamento.





Por desgracia no pudimos ver nada, excepto un resplandor sobre el cielo nocturno.

»Solo cuando Ra comenzó su viaje pudimos ver con claridad lo que había ocurrido durante la noche: habían arrasado el campamento. No quedaba en él rastro alguno de vida. Al examinar uno de los pilares, descubrimos que alguien, sin duda uno de los portadores, pues mis hombres eran totalmente leales, había arrancado una de las piedras estrella. Yacía sobre la arena apenas a una docena de metros del lugar de donde la había sacado. Del hombre no quedaba ni rastro, así como de sus compañeros, excepto por unas manchas de un rojo ominoso que se secaban sobre la arena.

»Regresamos a Inglaterra con los tres objetos que Persano les ha mostrado. Está bastante claro que el cilindro no es más que un aparato que sirve para comunicarse a través de las barreras del espacio y el tiempo. También queda claro que la piedra, o el estar cerca de la piedra, interfiere con la transmisión. ¿Qué saca usted de todo esto, señor Holmes?

Mi amigo observó a nuestro invitado durante un minuto, y me dio la impresión de que estaba teniendo lugar algún tipo de lucha silenciosa entre esas dos grandes mentes, casi como si se estuvieran leyendo los pensamientos el uno al otro. Finalmente, Holmes habló.

—Doctor, es usted un hombre brillante. Sus deducciones son, al parecer, totalmente correctas. Sospecho que este objeto es algún tipo de aparato de comunicaciones creado, obviamente, por una ciencia muchísimo más avanzada que la nuestra. De la descripción que usted me ha hecho de los sucesos acaecidos, solo puedo llegar a la conclusión de que transmite algún tipo de señal a través del éter, una señal a la que algo responde de una forma bastante alarmante. La piedra debe de tener ciertas propiedades que interfieren con la señal, y, a juzgar por los sucesos que nos ha relatado, da la impresión de que sería más que prudente mantener en todo momento la piedra cerca del cilindro.

—Eso es exactamente lo que yo creo, señor Holmes. —Los enormes ojos oscuros de Nikola brillaban de excitación—. Tengo la teoría de que, fueran quienes fueran los seres que respondieron a la señal, no se llevaron a mis portadores por malicia, sino más



bien por pura curiosidad científica. El hecho de que esos aterrorizados y tontos ignorantes luchasen contra ellos o los intentasen atacar explicaría las manchas de sangre que encontramos. Imagínese, si así lo desea, los beneficios que podríamos sacar si hablásemos con estos seres, si aprendiésemos su ciencia, tan obviamente avanzada respecto a la nuestra. Si no significan nada para ellos los abismos del espacio, ¿no resulta razonable suponer que hayan podido encontrar alguna forma de acabar con las amenazas del tiempo y la muerte?

—Yo no supongo nada, doctor —le replicó Holmes con brusquedad—. Llego a conclusiones basándome en inferencias lógicas; hacer otra cosa es anatema contra mis métodos. Bien podría ser como usted dice, que lo que visitó su campamento, fuera lo que fuera, viniera de otro lugar ajeno a nuestro planeta. Pero el intentar averiguar los motivos de algo que es, por definición, extraño a nosotros, es una cuestión totalmente distinta. Y, aun así, la perspectiva de establecer comunicaciones con otra raza inteligente es realmente intrigante. ¿Qué sugiere usted?

Nikola sonrió, algo no muy agradable de ver. La expresión carecía de calidez y de humor; era más parecida a la de un autómatas que copiara la expresión humana.

—Poseo un edificio relativamente aislado en Limehouse que sería perfecto para nuestro experimento. Pretendo invocar a estos «eternautas», como yo los llamo, y mantener con ellos una conversación. Está claro que el peligro no va a ser pequeño, pero da la impresión de que, sean las que sean las fuerzas que utilizan estos seres para atravesar las barreras, quedan anuladas cuando la piedra se encuentra cerca del cilindro; por lo que podríamos acabar rápidamente con la conversación en el caso de que no lográramos hacernos entender.

»Señor Holmes, usted posee una notable habilidad para encontrar significado a la más oscura de las pistas. ¡Le estoy pidiendo que utilice esa habilidad para intentar comunicarse con seres provenientes de otro mundo!

Dado que semejante conversación era el tipo de locura que se podía esperar de un par de comedores de opio que farfullaran señalando sus alucinaciones, el ver a mi amigo asintiendo me pareció la mayor de las locuras, hasta que me acordé de ese extraño



gusano que nos había mirado con sus muertas facciones a través del vial. Nikola entregó a Holmes una tarjeta con la dirección en la que iba a tener lugar nuestro experimento y nos dejó para que pudiéramos hablar entre nosotros.

—Un hombre de lo más insólito —musitó Holmes—. Habría esperado oír más cosas sobre él y su celestial amigo a lo largo de los años. Watson, este podría ser un juego realmente interesante. No necesito señalar que las apuestas son verdaderamente elevadas...

Despedimos a nuestro conductor, puesto que no podíamos saber cuánto tiempo permaneceríamos en el almacén de Nikola. Por el aspecto que tenía, daba la impresión de que el doctor no estaba tan versado en las cuestiones económicas como lo estaba en las científicas. Resultaba difícil imaginarse una estructura menos atrayente, incluso en los barrios bajos de Limehouse. El edificio era una estructura de madera que tenía el aspecto de haberse derrumbado y vuelto a construir en numerosas ocasiones. Se alzaba, manchado por el humo y la suciedad, detrás de una hilera de chabolas abarrotadas de trabajadores chinos.

Hoy en día, mi amigo Burke escribe pequeños artículos en los que alaba los encantos y las costumbres de este distrito y sus gentes. Puedo asegurar a mis lectores que sus agradables historias otorgan a esta deplorable barriada un aura que nunca ha poseído.

Oímos el débil golpeteo del canto de un bastón poco antes de que Persano apareciese.

—Caballeros, les ruego que me disculpen por el subterfugio. Como sin duda ya les habrá explicado mi jefe, cuando el precio de algunos asuntos bien podría ser la vida eterna, deben dejarse a un lado los modales.

Holmes asintió con hosquedad y le indicó a Persano que nos indicara el camino. La puerta del almacén estaba cerrada mediante un gran candado, que abrió con una



enorme llave.

—El doctor solía realizar aquí sus experimentos. En un vecindario tan empobrecido, nunca faltan voluntarios...

—¿Y Nikola dónde está?

—Se reunirá con nosotros en breve. ¡Ya hemos llegado!

La habitación contenía un gran número de aparatos científicos, incluidas varias mesas llenas de tanques y vasos de precipitación, la mayoría de los cuales se encontraban vacíos en aquel momento. Algunos de los tanques aún mostraban evidencias de la vocación de Nikola por la vivisección. Ya eran bastante malas las arañas y los sapos de tamaño gigantesco, pero también vi con demasiada claridad a qué se había referido Persano cuando había hablado de «voluntarios». Es mejor no contar las atrocidades que se habían cometido contra esas pobres gentes; realmente espero que se hubiera limitado a experimentar con los muertos, y que no lo hubiera hecho con los vivos.

Había una mesa alejada de las demás, en un extremo de la habitación, sobre la que se encontraban la piedra estrella y el cilindro. Tras la mesa había una curiosa representación de la forma humana, forjada admirablemente de metal. ¡Un autómeta! Si estos sorprendentes objetos eran lo que el doctor había dejado atrás, ¿qué locuras y qué maravillas habría contenido este laboratorio cuando se encontraba completamente operativo?

Eché un vistazo a Holmes y observé una expresión de alarma en su rostro. Persano se encontraba examinando de forma somera ciertos objetos que se encontraban sobre una de las mesas. Holmes me indicó que guardara silencio y señaló con la cabeza la puerta por la que habíamos entrado.

Sus críticos gestos cobraron sentido cuando el autómeta, con un chirrido de metal, cobró... «vida». No había señal alguna del titiritero que manejaba los hilos eléctricos de la grotesca marioneta, pero quedaba claro cuál era su objetivo. Con un hábil movimiento, cogió la piedra estrella y la alejó del cilindro.



—¡Watson, Persano, salgan de aquí si es que valoran sus vidas!

El grito de Holmes nos sobresaltó mientras mirábamos al hombre mecánico, que había vuelto a quedarse rígido y sin vida. Holmes me agarró del brazo y me alejó de allí. Persano empezó a seguirnos, pero luego se detuvo y comenzó a gritar:

—¡Cobardes! ¡Los eternautas llegarán pronto, y pueden entregarnos la vida eterna!

—Ignórelo, Watson, no tiene idea alguna de las fuerzas con las que nos enfrentamos aquí. Esto no es más que otro de los experimentos de Nikola...

Salimos a trompicones a la fría noche, y Holmes se dio la vuelta y cerró la puerta a nuestra espalda. Corrimos hasta el otro lado de la calle y observamos cómo descendía la locura...

Apareció en la noche un túnel centelleante, de un color que no pude distinguir, y que, de alguna forma, bloqueaba las estrellas. Daba la impresión de que el túnel atravesaba las paredes del almacén de Nikola sin llegar a dañar la madera. De su interior provenía un zumbido y un chirrido como el que producirían las alas de un millón de langostas...

Y entonces, tan rápido como había comenzado, todo acabó. El cielo nocturno recuperó sus características normales. Nos quedamos allí en silencio durante casi una hora, fumando, observando, esperando; no estoy demasiado seguro de qué. Finalmente, dijo Holmes:

—Ha sido una visita breve; supongo que la entrevista del señor Persano no ha resultado ser demasiado satisfactoria. ¿Entramos? Creo que ya ha pasado el peligro. Sin duda, Nikola debe encontrarse allí dentro, en alguna parte, esperando a ver cómo acaba todo. Sería una pena decepcionarlo.

La enorme habitación se hallaba intacta. Persano estaba vivo... más o menos. Encontramos otros dos ejemplares de esos extraordinarios gusanos, y, sin duda alguna, Holmes seguirá teniéndolos flotando en frascos de formaldehído. También nos llevamos el cilindro y la piedra estrella; sorprendentemente, su propietario jamás nos llamó para



recuperarlos.

Persano nunca volvió a decir nada inteligible. De cuando en cuando profería a voz en grito extraños sonidos que ni el más capacitado de los lingüistas fue capaz de descifrar. Los gritos parecían ser un intento por reproducir sonidos que nunca se pretendió que profiriera una garganta humana. Persano falleció en un manicomio algunos meses después; lo que vio sigue siendo un misterio que se llevó con él a la tumba.

Tuvimos una oportunidad para estudiar a placer esos gusanos. Sin duda alguna se trataba de parásitos, aunque de un aspecto muy poco habitual. Tras examinar su icor descubrimos que seguían una dieta a base de metal, aunque su aspecto era muy parecido al de ciertos gusanos de África conocidos por habitar dentro de un anfitrión humano o animal. ¿Sería posible que sus organismos anfitriones fueran seres de metal vivo?

Fuera cual fuera el aspecto que tuvieran los eternautas, sirvió para enloquecer a Persano. De hecho, cuando, previamente, Holmes había comentado nuestra incapacidad para averiguar los motivos que mueven a una mente totalmente ajena a la nuestra, se le olvidó mencionar lo terrible que podía llegar a ser su aspecto y cómo su visión podía conducir a la locura incluso a un hombre con una fuerza de voluntad tan grande como la de Persano.

Los hechos que siguieron a los de esa espantosa noche resultaron ser bastante anticlimáticos. No volvimos a ver al doctor Nikola, a pesar de que tengo razones para creer que mi amigo siguió comunicándose con él, seguramente sobre asuntos sin relación alguna con el que aquí nos ocupa. Al resumir estos sucesos tan poco habituales, que ocurrieron hace casi treinta años, no puedo evitar maravillarme ante alguna de las cosas que sucedieron. El colega de Nikola hizo sentir su terrible presencia en Londres, tal y como el doctor mencionó que podía suceder. El propio Nikola desapareció durante la Gran Guerra, aunque sospecho que su desaparición será solo temporal. ¿Podría haberse ido de verdad un hombre como Nikola? No lo creo. Ahora luchamos en un mundo espantosamente arruinado, un mundo cada vez más preparado para recibir a un



líder capaz de prometer y demostrar grandes maravillas. Sospecho que el doctor volverá a aparecer pronto en el escenario del mundo. Desconozco si alguna vez tuvo éxito en replicar la fórmula que buscaba, pero ha tenido muchos años en los que llevar a cabo sus investigaciones y reclutar nuevos aliados.

Hace mucho que mi amigo Holmes se ha retirado a una aislada granja en Sussex, en la que cría abejas. He aprendido lo suficiente de sus métodos como para encontrar elementales los motivos de esta actividad. Solo puedo confiar en que sus experimentos científicos tengan éxito y que nunca se vea tentado de alejar la piedra estrella de su lugar junto al cilindro de metal.



## El misterio del enigma del ahorcado

Paul Finch

En realidad, ni Holmes ni Watson querían asistir.

Watson fue tan lejos como para afirmar que creía que no deberían hacerlo. Y tenía buenas razones para ello. Se podía argumentar que estaban obligados a asistir (al fin y al cabo, era el resultado de gran parte del trabajo que habían realizado juntos), pero, en el caso concreto de Harold Jobson, toda la culpa recaía en la policía metropolitana; ni el buen doctor ni su amigo se habían visto involucrados de ninguna forma. A pesar de todo, había llegado una brillante mañana de mayo de 1897 al 221B de Baker Street, del caballero anteriormente mencionado, en forma de invitación personal. Incluso entonces, bien podría Holmes no haberse sentido tentado. Pero el caso Jobson tenía algo... extraño e inexplicable. Y, además, estaba la propia carta, con su extraña redacción, un tanto ominosa. Por si fuera poco, Newgate se encontraba tan solo a un cuarto de hora de distancia en carruaje.

Jobson les sonrió desde el otro extremo de la mesa. Tenía unas facciones anchas y fuertes, y una piel de un blanco parecido al de la tiza y que, bajo su mata de pelo negro, parecía casi fantasmal.

—Sabía que vendrían —comentó suavemente.

—Entonces es usted todo un profeta —señaló Holmes.

Jobson negó con la cabeza.





—Simplemente, conozco a la gente. Sabía que el gran Sherlock Holmes no sería capaz de resistirse ante un asunto de importancia nacional, o puede que incluso internacional.

—Describió bien el caso en la carta. ¿Podría proporcionarnos más información?

—Puedo, pero no lo haré. En vez de eso, tengo algo para usted. —Jobson se sacó un trozo de papel doblado del bolsillo de los pantalones, lo desdobló y pidió permiso a los guardias con la mirada. Los dos oficiales examinaron el objeto con suma atención antes de encogerse de hombros y pasarlo al otro lado de la mesa.

En un primer momento, tampoco Holmes fue capaz de encontrarle sentido. Se trataba de un tosco esquema en forma de rejilla, dibujado a lápiz y formado por líneas rectas; la mayoría se encontraban interconectadas y formaban una vaga red, aunque esta no poseía simetría alguna ni ninguna forma reconocible; la mayor parte de las líneas terminaba por desaparecer por el lado derecho. Más o menos en el centro del dibujo, aunque quizá ligeramente hacia la izquierda, en una zona que no tenía ninguna otra referencia, había un pequeño círculo dibujado en tinta roja.

—¿Qué es esto? —terminó por preguntar Watson.

—Eso es lo que el señor Holmes tiene que averiguar —contestó su anfitrión—. Al entregárselo a usted, Holmes, le estoy dando al mundo una oportunidad. Por supuesto, le debo muy poco al mundo..., así que es una oportunidad muy pequeña. Gracias a mi aproximación, usted tendrá, como mucho, dos o tres días para resolver el enigma.

—¿Y si fracaso? —preguntó Holmes.

Jobson se inclinó hacia delante por encima de la mesa y su sonrisa se convirtió en una espantosa mueca en forma de hoz.

—Si fracasa... ocurrirá una catástrofe como jamás podría imaginarse. Por supuesto, yo no estaré aquí para verlo. Pero, en lo que respecta a eso, me encontraré entre los afortunados.

—Habría pensado que un hombre en su posición buscaría hacer las paces con sus compatriotas, no dejarles un legado de odio —comentó Watson.



—No se trata de mi legado, doctor Watson —contestó el criminal—. Que no lo confunda esa absurda idea de que, al destruirme a mí, el Estado está destruyendo a su enemigo número uno. —Echó un vistazo al reloj que se encontraba en la pared de ladrillo gris. Eran las nueve menos cinco—. De hecho, es justo lo contrario. En apenas cinco minutos, sus problemas solo estarán empezando.

Poco después, Holmes y Watson estaban en el corredor. La celda se cerró a sus espaldas con un fuerte ruido metálico. A unos veinte metros a su izquierda, la puerta se abría a una cámara de paredes encaladas, brillantemente iluminada, en cuyo centro se encontraba un esbelto caballero vestido de negro funerario que realizaba los últimos ajustes a una horca.

—Y bien, Holmes... ¿Tenía algo que decir? —preguntó una voz rasposa.

Se trataba de Lestrade. El inspector había acudido en compañía de dos de los otros detectives que habían trabajado en el caso Jobson, pero, con todo, seguía siendo una sorpresa verlo allí. El hombre de Scotland Yard estaba involucrado en ese momento, y de forma bastante notoria, en la caza de un enorme cocodrilo macho que había desaparecido del parque zoológico de Regent's Park, una investigación que ya había sido objeto de varias viñetas cómicas en el Punch. Representaba un cambio brusco respecto a su anterior y más provechosa cacería de Harold Jobson, el cruel asesino de cinco personas.

Holmes sacudió la cabeza.

—Por una vez, Lestrade, usted y yo nos encontramos igual de perdidos.

—Tonterías sin sentido —añadió Watson—. No tenían ni pies ni cabeza.

El policía se aclaró pomposamente la garganta y luego se ajustó el cuello de la camisa. En honor de ese día, llevaba uno de los más altos y duros.

—Yo diría que ese hombre está loco..., pero fue un crimen despreciable. Se merece el destino que lo espera.

—Sin duda —contestó Holmes, girando sobre sus talones y alejándose—. Sin ninguna duda.



Y era cierto. El crimen de Harold Jobson había sido totalmente despreciable.

Tras la caída de la noche, aparentemente en un estado de estupor causado por las drogas (nadie podía concebir que hubiese cometido un acto tan atroz estando en sus sano juicio), había entrado a la fuerza en la casa que tenía en Russell Square el acaudalado químico y profesor Archibald Langley con la intención de cometer un robo en su interior. En algún momento durante el transcurso del crimen se encontró con dos de las doncellas, que dormían en su dormitorio de la planta baja, y las golpeó brutalmente con su palanqueta hasta que las mató. Luego subió al piso de arriba, donde atacó a Henry, el mayordomo del profesor Langley, que se había levantado de la cama al oír ruido. El leal Henry también resultó asesinado, con el cráneo convertido en pulpa. No saciado con todo esto, Jobson entró en el dormitorio de la hija de diecinueve años del químico, Laura, la sacó a la fuerza de entre las sábanas y la ató a una silla con el cordón de llamar al servicio. Luego fue al dormitorio del profesor Langley y le hizo a él lo mismo. Lo que pasó después no estaba claro. Lo más probable es que Jobson torturase a esos pobres desgraciados para averiguar dónde ocultaban las cosas de valor. Lo hiciera o no, abandonó la casa una hora después con las manos vacías..., pero solo después de prender fuego deliberadamente al salón, desde donde se extendió con rapidez por el resto del edificio, que ardió por completo y abrasó a los prisioneros, que seguían atados, hasta tal punto que fue casi imposible reconocerlos como seres humanos. Ojalá el profesor Langley y su hija ya estuvieran muertos para entonces, aunque las evidencias señalaban justo lo contrario.

Mientras se dirigían a Baker Street, Holmes repasó los oscuros detalles del crimen. Incluso en ese momento, con la confesión que la policía había obtenido, no tenía demasiado sentido.

—¿Por qué —preguntó— iba un tipo que está cometiendo un crimen por el que, como mucho, le podían caer varios años de cárcel, de pronto y sin razón aparente, a estropearlo todo, y en tal grado, tanto para sus víctimas como para él?



Watson se encogió de hombros.

—¿Por qué trata de entender lo irracional? No puede hacerse.

—Me temo que no estoy de acuerdo con usted. —Por un tiempo, Holmes se perdió en sus pensamientos—. A menudo, los actos más irracionales parecen racionales a quien los comete. Pero, en este caso, a pesar de que sabemos poco del pasado de Jobson, por ejemplo, que procede de una buena familia pero que se contempla a sí mismo como un fracaso, y que, más adelante en su vida, se dio a las drogas y a la bebida, hemos descubierto realmente muy poco acerca de sus verdaderos motivos.

—En fin, supongo que es típico de Lestrade no haber realizado un trabajo más concienzudo.

Una vez más, Holmes negó con la cabeza.

—Es justo lo contrario. Creo que, en esta ocasión, el inspector realizó un trabajo excelente. Arrestaron al criminal un día después de haber cometido semejante atrocidad, y la fiscalía presentó un caso sólido.

—Sí, pero, como ha señalado...

—Ah. —Holmes sonrió a medias—. No creo que el psicoanálisis de Freud sea algo que domine Scotland Yard justo en estos momentos, Watson..., aunque es posible que nosotros debamos aprenderlo. ¿Qué opina de esos rumores acerca de que Jobson pertenecía a algún tipo de culto o secta?

—Honestamente, no sé qué pensar.

Holmes reflexionó sobre ello.

—A menudo, la mentalidad de un sectario es la más difícil de entender. Y aun así... —sacó su reloj y vio que eran las nueve y dos minutos—, este es un sectario del que ya no tenemos que preocuparnos.

Holmes permaneció la mayor parte de lo que quedaba de ese día absorto en el



enigma. Cuando no medía las líneas y realizaba extraños cálculos, se encontraba en la mesa del laboratorio realizando pruebas químicas al papel y a la tinta. No llegó a ninguna conclusión válida.

—¿No sería posible que Jobson solo tratase de incomodarlo? —le preguntó Watson—. ¿Qué le haya entregado un problema insoluble y sin sentido solo para frustrarlo?

Holmes pensó en ello mientras contemplaba Baker Street y aspiraba de su pipa.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Nunca antes había tenido contacto con ese hombre.

—Esa calamidad que afirmó que se acercaba... Igual trataba de crear pánico: su última venganza contra la sociedad, por así decirlo.

—En ese caso, habría acudido a la prensa. Seguro que sabía que, entre toda la gente, yo era quien menos iba a difundir la noticia.

—En fin, todo esto me confunde —admitió Watson, y volvió a centrarse en el Times.

—A mí también. —Holmes cogió el trozo de papel del escritorio, le echó un último vistazo, lo dobló y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta—. Puede que debamos darle otro enfoque. Venga, nos marchamos a Southwark.

—¿A Southwark?

—Jobson vivía en Pickle Herring Street. Lo vi en las transcripciones del juicio. No era una dirección que fuera a olvidar fácilmente.

Pickle Herring Street discurría paralela a ese bullicioso extremo del Támesis conocido como «la charca de Londres». En su extremo norte se encontraba un denso bosque de velas, mástiles y aparejos que se extendía desde Cotton's Wharf hasta esa inmensa y nueva construcción que era Tower Bridge. No obstante, poca de la grandeza y la maravilla de esa obra de ingeniería lograba filtrarse hasta los sombríos recovecos



que se encontraban bajo ella. En ese punto, Pickle Herring Street, que apestaba, adecuadamente, a buccino, a gamba y a pescado muy salado, daba paso a una serie de estrechos callejones con el suelo cubierto de paja y que se abrían a una oscura avenida poblada de cervecerías y lóbregos albergues.

Fue en uno de esos callejones, un lugar miserable e infestado de ratas, donde Holmes y Watson encontraron la antigua residencia de Harold Jobson. Se trataba de poco más que un refugio de ocasión, con sus ventanas rotas cubiertas de trapos y su única habitación azotada por los elementos, ya que habían arrancado la puerta de sus bisagras y hacía mucho que los saqueadores se habían llevado cualquier cosa que hubiese de valor.

—No lo entiendo —dijo Watson mientras contemplaban el oscuro interior—. Jobson había recibido una educación. Alardeaba de la buena posición de su familia. ¿Cómo llegó a esto?

Holmes frunció los labios.

—¿Quién sabe? En ocasiones, las presiones de la vida son demasiadas para un hombre. Sencillamente, se aleja de la sociedad. Y además, en este caso está el factor del culto. Ya he oído hablar antes de cosas como esta. Los acólitos están tan hipnotizados por su nueva llamada que abandonan todo lo que poseen. Sea como sea, Watson, dudo mucho que aquí haya nada que podamos utilizar.

Regresaron a través de lo que a Watson le pareció una ruta circular, pues Holmes giraba a la izquierda siempre que podía. Poco después, tal vez de forma inevitable, se encontraban recorriendo una zona por la que ya habían pasado antes.

—¿Se da usted cuenta de que estamos yendo en círculos? —se atrevió a preguntar Watson.

—Sí —contestó Holmes en voz baja—. ¿Cree que el hombre que nos viene siguiendo se ha dado cuenta?

—Que nos viene siguiendo...

—Preferiría que no tratase de buscarlo.



Continuaron su camino, pero Watson estaba perplejo. Estos callejones junto al río se encontraban abarrotados de trabajadores de todas clases; encargados del aparejo, encargados del lastre, fogoneros, paleadores, todos ellos apresurados de un lado a otro. El cómo había podido su amigo distinguir a uno en concreto como un enemigo potencial era algo que lo superaba.

—El que tiene un clavo suelto en el zapato —explicó Holmes—. No deja de repiquetear contra los adoquines, y lleva haciéndolo durante un tiempo.

Watson se concentró y, efectivamente, pudo oír entonces un débil repiqueteo regular entre todo el estruendo de los muelles.

—Seguro que no ha podido caminar también en círculos a menos que nos esté siguiendo.

—Eso es exactamente lo que creo yo —dijo Holmes, que dobló una esquina y entró bruscamente en un estrecho callejón, arrastrando a Watson con él.

Poco después entraron en un cuchitril abandonado, donde se detuvieron a esperar. Transcurrieron unos segundos y, de pronto, se oyeron los pasos apresurados de alguien que entraba con urgencia en el callejón detrás de ellos. Quedaba claro que el perseguidor no deseaba perder a su presa. Los pasos cruzaron frente a la puerta del cuchitril, acompañados del traqueteo continuo del clavo suelto, y luego se detuvieron y retrocedieron. El propietario de los pasos entró tambaleante, un hombre corpulento y con aspecto de bruto vestido con un desaliñado traje de tres piezas y un sucio bombín encasquetado en su gordo cabezón. Se quedó helado cuando sintió el cañón del revólver de Watson contra sus riñones.

—Ya es suficiente, caballero —dijo el doctor.

El hombre hizo un gesto brusco hacia el bolsillo de su chaqueta, pero Holmes apareció de improviso frente a él.

—Haga el favor de mantener las manos donde podamos verlas.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre, con un puro acento de Bow—. ¿Están tratando de robarme, o algo parecido?



—Nosotros podríamos hacerle la misma pregunta —respondió Watson.

—O tal vez no —añadió Holmes—. Tengo mis dudas acerca de que un ladrón común persiguiese a su presa por calles públicas durante varios minutos cuando tenía todas esas callejuelas y puertas en las que esconderse. Así que, díganos: ¿quién es usted?

El tipo sonrió y mostró unos feroces dientes amarillentos.

—No quieran saberlo.

Holmes lo observó y reconoció en él esa tozuda amargura tan propia del soldado raso y tan ajena al oficial al mando.

—¿Qué relación tiene con Harold Jobson? —le preguntó.

Cuando oyó eso, el tipo se puso nervioso.

—¿Jobson? —dijo—. No lo conozco. No he oído nunca hablar de él.

—Si nunca ha oído hablar de él, ¿por qué tiembla?

—¡Nunca he oído hablar de él, ya se lo he dicho! —aulló de pronto el tipo, echando hacia atrás un hombro del tamaño de un jamón, con el que golpeó a Watson en el esternón. El doctor jadeó sin aliento y se dobló debido al dolor. Logró aferrar al hombre por el cuello de su chaqueta, pero se le cayó el revólver. Holmes se agachó para recoger el arma y el prisionero aprovechó ese momento para escapar: se retorció hacia un lado para librarse de la chaqueta, salió por la puerta y se perdió en el callejón.

Watson hizo ademán de seguirlo, pero Holmes le indicó que se quedase donde estaba y recobrase el aliento. No había razón alguna para montar una escena, dijo; al fin y al cabo, el tipo podía quejarse de que no había hecho nada malo mientras que ellos lo habían retenido a punta de pistola..., y estaría diciendo la verdad. Watson gimió y se frotó el pecho.

—Ese tipo tenía realmente miedo de algo —comentó.

Holmes asintió mientras registraba los bolsillos de la chaqueta abandonada.

—Sí, y sea lo que sea, le daba más miedo que nuestro querido Webley.





Registró la pieza a conciencia, pero solo encontró uno o dos objetos que tuvieran algún interés: una navaja plegable de aspecto especialmente desagradable, con una hoja de al menos seis pulgadas, afilada como una cuchilla y con el muelle bien aceitado, de forma que pudiese desplegarse en un instante; y una pequeña agenda de cuero con dos anotaciones. Ambas estaban escritas a lápiz con una caligrafía parecida a las patas de una mosca. Decían:

Randolph Daker, Commercial Road 14

Sherlock Holmes, 221B de Baker Street

Watson estaba conmocionado.

—Cielo santo. Ese tipejo lleva todo el día detrás de usted.

Holmes asintió.

—Pero no solo detrás de mí. Randolph Daker, de Commercial Road... ¿Lo conocemos?

Watson negó con la cabeza.

—Lo dudo. Commercial Road se encuentra en el East End.

—Puede que debamos hacerle una visita.

—Oh, Dios, y yo que creía que este vecindario era peligroso.

Aquella tarde, tomaron un coche hasta el centro de la ciudad y luego se dirigieron a pie hacia las atestadas barriadas de Cheapside y Whitechapel. Los dos hombres ya estaban familiarizados con el vecindario; aún no habían transcurrido diez años desde que el autodenominado Destripador aterrorizara aquellas hambrientas y atestadas calles. La atrocidad de los hechos dirigió la atención del mundo hacia el



crimen y la sordidez del distrito, pero daba la impresión de que se habían producido pocos cambios. Las calles seguían llenas de barro y excrementos animales, y las entradas de las casas cubiertas de basura. Las edificaciones eran realmente pobres: muros de ladrillo marrón cubiertos de hollín, llenos de humedad, a punto de derrumbarse, reclinados los unos contra los otros en busca de mutuo apoyo. Los habitantes, y eran muchos (en esa parte de Londres, las familias superaban mucho en número a las viviendas), parecían todos ellos demacrados y menesterosos. Lo más frecuente es que vistiesen harapos, y las principales actividades del día eran la mendicidad y la bebida.

—Es la desgracia más absoluta —musitó Watson—. Creía que el Acta para el albergue de las clases trabajadoras iba a acabar con todo esto.

Holmes negó con la cabeza.

—Las buenas intenciones no sirven de nada sin grandes sumas de dinero, Watson. Los impuestos sobre la propiedad no recaudan fondos ni remotamente suficientes como para siquiera disminuir este nivel de degradación.

Entristecidos por todo lo que veían, pero, inevitablemente, más dispuestos a acabar con el trabajo que tenían entre manos, siguieron adelante, y una hora después llegaban a Commercial Road. El número 14 era un edificio alto, estrecho y aterrazado que se erguía tras un jardín vallado que, en esos momentos, crecía sin control. Las ventanas de abajo carecían de cristales, pero estaban tapiadas con tablones unidos por clavos. En las superiores, tan solo podían verse afilados añicos.

—Parece abandonada —comentó Watson.

—Puede parecer abandonada, pero alguien ha estado entrando y saliendo de ella recientemente —le contestó Holmes. Señaló un camino que conducía desde la puerta de la verja hasta la puerta principal. No estaba pavimentado, pero la vegetación se encontraba aplastada por unos pies que pasaban de forma regular. Había varios tallos que se acababan de quebrar.

Se acercaron a la puerta, que estaba abierta un par de pulgadas. Holmes la abrió de un empujón. Al otro lado, la casa estaba envuelta en tinieblas. Un olor nauseabundo,



como a aceite de pescado o a salmuera, flotaba en el ambiente.

El detective alzó la voz:

—¿Está el señor Randolph Daker en casa?

No hubo respuesta. Holmes miró a Watson, se encogió de hombros y entró. El interior del edificio estaba más sucio de lo que nadie podría imaginarse. Había montones de comida podrida, ropa abandonada y muebles rotos por todo el suelo. Lo poco que quedaba del papel pintado colgaba de las paredes hecho jirones; de cuando en cuando podían apreciarse unas huellas verdes de manos sobre él. Cuanto más penetraban en la casa, más intenso se hacía el olor.

—¿Hola? —volvió a llamar Watson. Una vez más, nadie contestó.

Al cabo de un rato se encontraron en lo que, una vez, fue el salón. Estaba abarrotado del mismo tipo de basura que cubría el resto de la casa. Watson estaba a punto de llamar por tercera vez cuando Holmes lo detuvo. El doctor se dio cuenta inmediatamente de que los sentidos de su amigo, agudos como los de un felino, lo habían alertado de algo. Transcurrió un tenso segundo, y entonces se escuchó un débil sonido de arrastre desde algún lugar cercano. Un objeto que se caía. Se oyó un brutal gruñido propio de un animal... y apareció una figura tambaleante procedente de la puerta que conducía a la cocina y al fregadero.

Llevaba puesto un traje barato que no era de su talla y al que le había estallado la mayor parte de las costuras. De ellas salían unas hebras de lo que parecían ser algas. Le colgaba esa misma asquerosa materia de la cara y de las manos, y cuando fue avanzando lentamente hasta quedar en campo abierto, resultó evidente que no se trataba de un disfraz. Fuera lo que esa grotesca criatura hubiese sido, ahora su cabeza era una masa hinchada de percebes y protuberancias de aspecto marino. Unos ojos vidriosos y parecidos a los de un pulpo giraban entre gruesos pliegues de carne cubierta de pólipos. Unos labios partidos se abrían en una boca sin fondo parecida a la de un pez.

Holmes y Watson solo pudieron quedarse allí de pie, inmóviles, observando la aparición. Esa cosa trató de decirles algo, pero solo pudo farfullar sonidos sin sentido.



Al darse cuenta de que le resultaba imposible comunicarse, profirió un corto gemido agudo y se lanzó hacia delante, con las deformes manos extendidas. Ya casi estaba encima de ellos cuando Watson se recuperó.

—¡Retroceda, Holmes, retroceda! ¡No deje que lo toque!

Los dos amigos retrocedieron, e, incapaz de alcanzarlos, la monstruosidad, que de pronto parecía estar enferma, cayó primero de rodillas y luego de bruces. Se le agitaron los hombros tres veces mientras luchaba por respirar y luego se quedó inmóvil.

Permanecieron mudos de asombro hasta que, finalmente, dijo Holmes:

—Randolph Daker, caballero, a menos que yo esté terriblemente equivocado.

Watson se arrodilló junto al cadáver y se puso los guantes. Seguía siendo reacio a tocar esa cosa, incluso con las manos protegidas.

—¿Había visto alguna vez algo parecido? —le preguntó el detective.

El médico negó con la cabeza.

—Algún tipo de infección por hongos, pero... está demasiado avanzada.

—¿Está muerto?

Watson asintió.

—Ahora sí. —Levantó la vista—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Debemos averiguarlo —respondió Holmes—. Descubrir cualquier conexión existente entre este tal Daker y Harold Jobson.

Empezaron a investigar, y pronto descubrieron a través de la ventana del fregadero que se había adaptado el patio trasero hasta convertirlo en un establo improvisado. Se había colocado un endeble tejado compuesto por tablones de madera. Bajo él, hundido hasta las trancas en excrementos y paja sucia, se encontraba un escuálido y desaliñado caballo.

—Daker era carretero —dijo Watson.

—En cuyo caso guardaría registros —contestó Holmes—. Sigamos buscando.



Poco después, Watson encontró un fajo de documentos unidos por un sujetapapeles.

—Las facturas —anunció.

Holmes se acercó a donde él estaba.

—Encuentre la más reciente.

Watson las hojeó. La débil caligrafía, garabateada a lápiz, apenas resultaba legible.

—El último trabajo que realizó fue el 22 de abril, cuando fue a «recoger diversos artículos para el señor Rohampton»... en Tibbut's Wharf, Wapping.

Holmes ya se dirigía hacia la puerta.

—No está ni a veinte minutos de aquí. Qué oportuno.

—Oh, sí... Ahora lo recuerdo —dijo el jefe del muelle de Tibbut's Wharf, un barbudo gigante tocado con una vieja gorra de marino—. Se trata de un americano, ¿verdad?

—¿Americano? —preguntó Holmes con interés.

El jefe del muelle asintió, y luego tabaleó con los dedos sobre el escritorio.

—El señor Rohampton. Vino él en persona a hacer la reserva. Se trataba de varias cajas y tres pasajeros. Llegaron con la marea la mañana del 22 de abril, a bordo del Lucy Dark, un mercante privado de... —Le fallaba la memoria—. Veamos, ¿de dónde era? ¿Podría ser un lugar llamado Innsmouth? ¿Les suena de algo?

—¿Innsmouth, Massachusetts?

—No, no, no. —El barbudo negó con la cabeza—. Innsmouth, América.

—Ya veo. En fin, tiene usted buena memoria.



El jefe del muelle se apoyó contra el respaldo de su asiento.

—No lo olvidaré fácilmente. Los pasajeros estaban cubiertos de vendas. De la cabeza a los pies. Supongo que ese tal Rohampton es algún tipo de médico, y que esos eran pacientes suyos.

—Es muy posible —le contestó Holmes—. ¿Qué más puede decirnos de él?

—Si esperan un momento... —El jefe del muelle abrió un registro y recorrió con un dedo que tenía una gruesa uña las listas que estaban allí escritas—. Creo que tengo una dirección.

Burlington Mews era una calle transversal a Aldgate. A pesar de que formaba parte del distrito financiero, la mayor parte de los locales se encontraban en ese momento «en alquiler». Solo uno de ellos estaba realmente ocupado: «Rhampton Té y Jengibre». Para ser una compañía tan sonora, sus ventanas estaban parcialmente cerradas, y su semiderruida fachada aparecía cubierta de mugre. Solo se veía polvo y oscuridad a través de los cristales del escaparate.

Holmes hizo ademán de ir a entrar sin más, pero Watson lo retuvo.

—¿No... no estamos yendo un poco deprisa en todo esto?

Holmes pensó en ello.

—Jobson afirmó que teníamos dos o tres días... a lo sumo. Llevamos casi un día sin saber qué hacer. Creo que es mejor seguir adelante con todo lo que tenemos.

—¿Holmes? —preguntó Watson—. ¿Va todo bien? Parece usted... ansioso.

Una vez más, el detective reflexionó sobre ello. Se trataba de uno de esos escasos momentos en los que parecía haberse quedado sin palabras.

—Ya sabe, Watson, que siempre he creído firmemente en que todo hecho tiene su causa y su efecto. Que todo se puede explicar en términos científicos, sin importar lo extrañas que sean las circunstancias que lo rodean.



Watson asintió.

Holmes lo miró con seriedad.

—Pero eso no significa que no exista un mundo totalmente extraño con el que usted y yo todavía no nos hemos encontrado. —Y entró.

Con más curiosidad de la que nunca antes había sentido, Watson lo siguió.

Se trataba de un pequeño conjunto de oficinas, separadas las unas de las otras mediante paneles de oscura madera un tanto apagada, y lleno de humedad. A pesar de que aquel día de mayo era brillante y hacía una temperatura agradable, se colaba muy poca luz solar en el interior. Además de la abrumadora oscuridad, también corría un aire frío y había sensación de humedad. Pero, a pesar de todo, Burgess, el empleado que atendía a las visitas, parecía encontrarse perfectamente cómodo en ese ambiente. Se trataba de un hombre bajo pero corpulento al que solo le quedaban unos cuantos mechones de pelo, que peinaba sobre su calva, y que mostraba un gesto de prepotencia en sus pálidas y bastas facciones. Cuando se acercó, lo hizo con una pronunciada cojera; daba la impresión de que una de sus piernas era mucho más corta que la otra.

Holmes se presentó y luego le ofreció una mano enguantada. El empleado se la estrechó. El detective tomó nota inmediatamente de los dedos del tipo. Estaban retorcidos y llenos de callos, y las uñas rotas y sucias. Pero no había manchas de tinta. Holmes se dio cuenta de que tampoco había tales manchas en el papel secante que se encontraba sobre el escritorio del empleado, y de que el cuaderno de registro que estaba allí, abierto, no tenía nada escrito. Mientras el empleado iba a avisar a su jefe, el detective realizó un examen más minucioso. No le sorprendió encontrar una fina capa de polvo sobre el muro de lomos de libros que se encontraba cerca, así como telarañas en las estanterías sobre las que se almacenaba la mercancía.

—¡Caballero!—exclamó una educada voz con acento americano.

Se giraron y, por primera vez, pudieron contemplar a Julian Rohampton. Había surgido de la oscura parte trasera del local. Poseía una cierta aura de capitán de un equipo deportivo universitario. Era alto, de una corpulencia impresionante, y poseía



una buena mata de fino cabello dorado. A primera vista resultaba extraordinariamente atractivo, pero, si se lo observaba bien, tenía una palidez cerúlea, y su carne poseía una textura sedosa y casi sólida. Cuando sonrió, dio la impresión de que lo único que se movió fue su boca. Sus ojos permanecieron profunda y sorprendentemente brillantes.

—¿El señor Rohampton? —preguntó Holmes.

—El mismo. ¿Y usted es el famoso Sherlock Holmes?

—Sí. Y este es mi amigo, el doctor Watson.

—Es un honor —dijo Rohampton—. Pero, ¿qué fascinante caso de asesinato los ha traído hasta aquí?

—No es ningún caso de asesinato —respondió Holmes—... por lo que sabemos hasta ahora.

—Estamos investigando... —empezó a decir Watson, pero Holmes lo interrumpió.

—Estamos investigando un robo. Nuestro cliente ha importado recientemente cierta mercancía de América, y en el camino desde Tibbut's Wharf a la casa que posee en Greenwich han desaparecido algunas de esas mercancías. He averiguado a través del jefe del muelle que usted también ha introducido bienes en el país a través de Tibbut's Wharf. ¿No ha tenido usted problemas parecidos?

Rohampton pensó en ello unos instantes y luego negó con la cabeza.

—No que yo sepa. No es que tenga demasiada costumbre a la hora de importar mercancías, ya me entiende. Esta carga estaba compuesta principalmente por especímenes botánicos. Eran para uno de mis asociados. Y él no se ha quejado de que le faltase nada.

—Me alegro —contestó Holmes—. Claro que eso no quiere decir que no se produjera un intento de robo. Los pasajeros que acompañaron a sus mercancías, ¿no mencionaron nada fuera de lo común?

—¿Pasajeros? No había ningún pasajero. Al menos, si los había no tenían relación





alguna con mis negocios.

—Ya veo. —Holmes aspiró con fuerza—. En cuyo caso, ya hemos acabado. —Hizo ademán de volver a dirigirse hacia la puerta—. Gracias por su ayuda. Por favor, disculpe las molestias...

—Por favor, caballeros, esperen —interrumpió Rohampton—. No es ninguna molestia recibir a tan afamados visitantes. ¿No pueden quedarse a tomar una copita de jerez?

Burguess había vuelto a aparecer desde las habitaciones de la parte de atrás, y esta vez portaba una bandeja en la que llevaba una botella oscura y tres copas de cristal.

—Bueno... —dijo Watson, mirando con ansia la bebida.

—No, gracias —replicó Holmes con firmeza—. Nos espera mucho trabajo. No deberíamos ponernos a ello estando un poco achispados.

Rohampton hizo un gesto amistoso.

—Como quiera. Que tengan un buen día.

—Oh... —dijo Holmes, antes de marcharse—, queda una minucia: ¿sería posible que pudiésemos hablar con su socio, el caballero que recibió la mercancía, solo para asegurarnos de que no hubo ningún problema en el traslado?

—Por supuesto —contestó Rohampton—. Se llama Marsh, Obed Marsh. Un momento, déjeme que se lo anote. Es un antiguo capitán de barco que ahora se dedica a la botánica. Un tipo interesante.

Se sacó una pluma del bolsillo de la camisa, arrancó un trozo del papel secante que se encontraba sobre la mesa de su empleado y garabateó en él a gran velocidad una dirección. Su boca se torció en una sonrisa más parecida a una mueca mientras lo entregaba..., y, una vez más, la sonrisa no se reflejó en los ojos.

—¿Me harán saber si falta algo? Obviamente, puede haberse robado algo y que no nos diéramos cuenta.

—Por supuesto —le contestó Holmes.



Cinco minutos después se encontraban a bordo de un coche, atravesando el centro de la ciudad en dirección a Liverpool Street. En el trozo de papel que les habían dado ponía «Sun Lane nº 2», y ambos sabían que se trataba de un pequeño cul-de-sac que se encontraba justo detrás de la estación de ferrocarril.

—Un tipo curioso —comentó Watson mientras se dirigían hacia allí—. ¿Se ha dado cuenta de que apenas se ha modificado la expresión de su rostro?

—También me he dado cuenta de que es un hombre poco dado a trabajar —contestó Holmes.

—¿Cómo ha llegado usted a esa conclusión?

—Venga, Watson. Había muy pocas evidencias en esa oficina que mostrasen que allí se realizaba algún tipo de trabajo. Y si ese tal Burgess es oficinista, entonces es que ha recibido la vocación tardíamente. Esa cojera sugiere que está más acostumbrado a la bola y a la cadena que a los libros de cuentas.

—¿Y el tal Obed Marsh?

Holmes se frotó la barbilla.

—Aún no lo tengo claro con él. Pero me da la impresión de que el señor Julian Rohampton estaba demasiado dispuesto a darnos la dirección, ¿no cree usted?

El cochero los dejó justo al inicio de la calle en cuestión, cobró sus honorarios y se marchó. Por un momento se quedaron allí, observando y escuchando. Sun Lane no era más que un mugriento camino de acceso. Había varios cubos y sacos de basura a lo largo de la calle. Tenía a ambos lados unos altos muros de ladrillo, y en el extremo más alejado había una puerta cerrada y encadenada, que daba a alguna zona trasera de la estación. Allí abajo no se movía absolutamente nada, aunque se oía el traqueteo de las locomotoras y el silbido de los trenes.

—¿Y es aquí donde vive un botánico? —se preguntó Holmes ácidamente—. No lo



creo.

Llevó a Watson a un lado y se escondieron detrás de un montón de bolsitas viejas de té. Poco después apareció al final de la calle un carruaje con las cortinas echadas. Los dos hombres observaron en silencio cómo el cochero se quedaba allí sentado, inmóvil, el rostro embozado con una bufanda. Transcurrió un instante, y entonces se descorrió ligeramente la cortina y salió por la ventana un objeto siniestro..., algo que se parecía a un enorme cañón de un arma de fuego, aunque no consistía en uno solo, sino que eran, más bien, unos nueve o diez, unidos firmemente los unos a los otros hasta formar una masa tubular de acero.

Watson agarró a Holmes por la muñeca.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡Oh, por el buen Dios..., eso es una Gatling!

—Sin duda alguna, recién traída de América, junto con cualquier otra cosa que haya importado nuestro amigo de ojos fríos —dijo Holmes en voz baja—. No me extraña que nos haya conducido a un callejón sin salida.

—¡Por el gran Scott! —jadeó Watson. Solo entonces comenzó a entender la naturaleza de aquellos a los que se enfrentaban—. ¿Qué... qué vamos a hacer?

—Sugeriría que nos mantuviésemos agachados durante un tiempo.

Los dos hombres se quedaron donde estaban y esperaron. Transcurrieron unos minutos, durante los cuales el tiro empezó a ponerse nervioso y los caballos comenzaron a patear el suelo. El cochero se removió y empezó a mirar a su alrededor, como si estuviera confuso. Al cabo de un rato apareció un peatón que caminaba de forma distraída, con las manos en los bolsillos. Holmes y Watson lo reconocieron de inmediato como el tipo del bombín que les había intentado seguir por Pickle Herring Street. Seguía, llamativamente, sin chaqueta. Dudó un momento cuando llegó adonde estaba esperando el carruaje, y luego se apoyó contra la pared más cercana. La postura que adoptó lo traicionó ante los ojos de Holmes: estaba tenso, realmente alarmado.

—Sí —musitó el detective—. Tenía que haber pasado algo, ¿verdad, amigo? En fin, no vayamos a decepcionarte. —Tranquilamente, se sacó un silbato de la policía del



bolsillo y sopló en él tres veces, con fuerza.

El efecto fue inmediato. El cochero arreó a su tiro sin un momento de duda y el carruaje se alejó rebotando contra los adoquines, tras doblar la esquina de Bishopsgate. Apenas tuvo tiempo quien manejaba la ametralladora para volver a correr la cortina, y mucho menos al tipo del bombín para subirse. Así que se encontró completamente solo y a la vista de cualquiera que pasara por allí. Lleno de pánico, se dio la vuelta y empezó a correr en dirección opuesta.

Holmes dio unos golpecitos a Watson en el hombro, y entonces se levantaron y lo siguieron. Poco después se encontraban esquivando a la gente en el vestíbulo de la estación de Liverpool Street. Apenas a unos veinte metros de distancia, el tipo del bombín se había detenido ante una de las taquillas, recibía algo de cambio y luego se abría paso entre la multitud, sin dejar de mirar por encima del hombro, con el rostro brutal encendido en un púrpura oscuro. Si había logrado descubrir a Holmes o a Watson no lo demostró, pero se apresuró a bajar las escaleras que conducían a los andenes.

—¿Para dónde ha comprado el billete ese hombre que acaba de irse? —preguntó Watson al taquillero.

El taquillero negó con la cabeza.

—A ninguna parte, caballero. Era un billete de andén. Solo cuesta dos peniques.

—Dos billetes de andén —contestó Holmes, entregándole cuatro peniques.

Poco después corrían escaleras abajo, persiguiéndolo. Cuando llegaron, miraron a izquierda y derecha. Gracias a Dios, su presa seguía llamando la atención al ir con bombín y en mangas de camisa. En esos momentos se encontraba empezando a bajar otro tramo de escaleras.

—Se dirige hacia el tren subterráneo —exclamó Watson, sorprendido.

Holmes no le respondió. Se le había ocurrido de pronto una idea espantosa, una que, instintivamente, quería olvidar, pero acababa de descubrir que no podía hacerlo.

Siguieron al hombre del bombín hasta el andén occidental del metropolitano,



donde, por un instante, lo perdieron entre los viajeros. Al fin y al cabo, estaba acabando el día, y era entonces cuando la estación se encontraba más abarrotada. Se abrieron paso hasta la zona de primera clase antes de que volvieran a verlo. Para asombro de ambos, cuando el tipo llegó al extremo más alejado del andén se deslizó hacia los raíles que se encontraban justo detrás del tren, perdiéndose entre el vapor.

—Qué demonios... —empezó a decir Watson.

—¡Dese prisa! —lo instó Holmes.

Y ellos también bajaron de un salto y, poco después, trastabillaban entre los raíles, introduciéndose en el túnel, lleno de humo y calor, en donde se oían los ecos de los furiosos golpes y estallidos propios del sistema de ferrocarril subterráneo. Unos cuantos metros más adelante, cuando Watson estaba a punto de pedir que dejaran la persecución, pues temía que estuviesen poniendo en peligro sus vidas, vieron a la izquierda una zona abierta hacia la que se filtraba una luz apagada a través de un elevado tragaluz. Penetraron en ella y se detuvieron allí un instante, jadeantes, para inspeccionar el terreno. Estaba lleno de polvo, trapos y basura. No obstante, las huellas recientes de su perseguido la cruzaban claramente, para terminar junto a una amplia y oxidada puerta de metal que se encontraba abierta contra una de sus paredes. El olor que emanaba de esa prohibida abertura era tan asqueroso y nauseabundo como ningún olor conocido por ambos.

Watson se llevó un pañuelo a la nariz.

—No creerá que realmente ha bajado por allí...

Una vez más, Holmes no le respondió. Watson miró a su alrededor y descubrió que su amigo estaba observando el trozo de papel que Jobson les había entregado.

—¿Holmes?

—Watson... —susurró por fin el detective—. Harold Jobson nos engañó. Pero solo ligeramente. No nos dejó un enigma. Nos dejó un mapa.

—¿Un mapa? —Watson estaba atónito. Miró un momento el papel y luego las escaleras que bajaban desde la compuerta—. No... no será de las alcantarillas, ¿verdad?



Holmes señaló las numerosas y tenues líneas que había en el papel de Jobson, y cómo daba la impresión de que todas ellas confluían en el lado derecho de la hoja.

—Estas son las alcantarillas de intercepción que construyó Bazalgette hace unos treinta años. Alejan los desperdicios de la ciudad hacia el este del sistema principal de alcantarillas, evitando a propósito el Támesis. —Al mencionar el río, señaló un conducto central más grueso que realizaba un giro hacia abajo y que recordaba de forma inmediata el meandro del Támesis alrededor de la Isla de los Perros. Holmes señaló dos burbujas dibujadas a lápiz que también se encontraban en la parte derecha del mapa—. Esto de aquí es la estación de bombeo de Abbey Mills, en Stratford... Y esto de aquí, la estación de tratamiento de residuos que se encuentra en Beckton.

—¿Pero qué significa ese círculo rojo? —preguntó Watson.

Holmes no pudo evitar un escalofrío.

—Bueno, se encuentra a la izquierda; en otras palabras, al oeste del centro de la ciudad. Si estoy en lo cierto, esta línea recta que lo atraviesa debe de ser uno de los conductos principales que traen el agua fresca de las reservas de agua de Surbiton y Hampton. Watson..., este círculo, indique lo que indique, está en una zona posterior a los filtros por los que pasa el agua.

Watson sintió cómo un escalofrío le recorría los hombros.

—Jobson mencionó que iba a producirse una catástrofe... Cielo santo, ¿no podría ser una catástrofe relacionada con el suministro de agua?

La piel de Holmes había palidecido hasta adquirir un tono ceniciento.

—Debemos enviar a buscar a Lestrade inmediatamente —insistió Watson.

Holmes luchó con la idea, y luego negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Vamos, tenemos un mapa.

Se inclinó como si fuera a descender por la rejilla, pero Watson lo detuvo.

—Por amor de Dios... No pretenderá que nos aventuremos por las alcantarillas...

Holmes levantó la vista para mirarlo.



—¿Y qué otra opción nos queda?

—Por todos los santos... Necesitará botas altas de agua, una lámpara, una cuerda de seguridad...

—Watson, este puede ser el peor caso en el que nos hayamos embarcado — contestó Holmes sin dejar de mirar a su amigo—. La seguridad personal no puede entrar en la ecuación.

El Londres subterráneo era un laberinto de múltiples capas compuesto por alcantarillas abandonadas, raíles del ferrocarril subterráneo, cañerías, túneles, tuberías y todo tipo de conductos, una red en expansión de pasajes ignotos formada por siglos de arquitectura olvidada, nivel tras nivel, desde la época medieval hasta la más moderna. Era tan extensa y profunda que no existía mapa alguno que la abarcara en su totalidad. Así mismo, se encontraba inmersa en una neblina infernal y en unos malignos miasmas que procedían de los ríos de excrementos y de residuos industriales y químicos que fluían por todas partes en su fangoso interior.

Una vez se encontraron abajo, Holmes se hizo una antorcha con unos trapos que ató a un trozo de rama rota, e instó a Watson a hacer lo mismo, y aun así avanzaron con suma precaución, vadeando hacia el oeste a través de conductos llenos de arcos contruidos en antiguos ladrillos que transpiraban por la humedad. Todo aquello que tenían a la vista estaba cubierto de repugnante detrito. Hebras de pútrida suciedad les golpeaban el rostro; el chillido de las ratas los rodeaba por todas partes; se oía un ruido continuo procedente de las calles que tenían encima. Watson no dejaba de quejarse de la estupidez de semejante empresa y avisaba de los peligros de la enfermedad de Weil, de la hepatitis, de la peste bubónica.

—Y esas llamas desnudas... —añadió preocupado—. Son un auténtico peligro. Suponga que nos encontramos con una bolsa de gases del pantano.

—Ese es un riesgo que debemos correr —le contestó Holmes, y volvió a consultar



el mapa en cuanto llegaron a una nueva bifurcación—. Creo que, si giramos aquí hacia la derecha, estaremos atajando hacia el norte a través del conducto de Picadilly.

—¡Holmes! —protestó Watson—. Es un asunto mortalmente serio. Suponga que, de pronto, se produce un vertido. ¡Estos conductos quedarían inundados!

Holmes levantó la vista.

—Watson... Soy perfectamente consciente de los riesgos a los que nos enfrentamos. Créame, no me habría puesto en semejante peligro, y mucho menos a mi más querido amigo, si no fuera absolutamente necesario.

—Pero, Holmes...

—Watson, no puedo obligarlo a acompañarme. Si lo que quiere es regresar a la superficie y buscar a Lestrade, hágalo. Estaría prestando un gran servicio. Pero yo debo continuar.

Su rostro mostraba su expresión más severa. Demostraba a las claras que iba totalmente en serio. Finalmente, Watson sacudió la cabeza.

—Qué bonito... que los más íntimos amigos se abandonen en su hora de mayor necesidad. —Sonrió con valor.

Holmes le devolvió la sonrisa y luego agarró a su compañero por el hombro.

—Puede que este laberinto parezca desalentador, pero el mapa de Jobson no resulta tan difícil de interpretar. Debió de haber seguido este camino en multitud de ocasiones, ya que fue capaz de dibujar el plano de memoria, sentado en la celda de la muerte. Si él fue capaz de hacerlo, estoy seguro de que nosotros también.

Siguieron chapoteando otros quince minutos, girando a izquierda y derecha, pasando de cuando en cuando bajo pates y rejillas de ventilación a través de las cuales podía vislumbrarse el mundo de arriba. El abrumador hedor a podredumbre y alcantarilla fue tornándose lentamente soportable, pero eso no hizo que disminuyeran los horrores visuales de las oscuras y fétidas entrañas de Londres. Aquí y allá flotaban menudillos que las carnicerías habían tirado; se veían cadáveres en putrefacción de gatos y perros que enriquecían las ya envenenadas aguas de la forma más rancia y





enfermiza.

—Dudo mucho que cualquier cosa que puedan poner en el agua potable vaya a ser peor que este brebaje —comentó Watson cuando entraron chapoteando en un pasadizo en forma de huevo y de techo bajo, que parecía extenderse hacia el infinito en dirección noroeste—. De todas formas, ¿dónde está ese sitio que me mencionó antes? ¿Innsmouth? Nunca había oído hablar de... ¡¡Dios mío, cuidado!!

Con un siseo reptiliano y un chasqueo feroz de sus gigantescas mandíbulas, emergió una cosa de la profunda oscuridad que se extendía frente a ellos.

—¡Holmes! —volvió a gritar Watson, y entonces recibió un golpe en el pecho que lo envió volando hacia atrás.

Soltó la antorcha, que se apagó en las asquerosas aguas, pero no antes de iluminar una masa de entre cuatro y siete metros de brillantes escamas de aspecto correoso, una colosal cola flagelante y una inmensa cabeza de saurio llena de dientes del tamaño de dagas.

Holmes también había caído hacia atrás, pero logró mantener el equilibrio y seguir sosteniendo la antorcha frente a él. Su ondulante llama se reflejó en dos malignos orbes carmesíes, pero también en una gruesa cadena de cuero que enlazaba por un lado con una placa que se encontraba en la pared del túnel, y por el otro con un grueso anillo que rodeaba el cuello del monstruo. Watson luchó por ponerse en pie, jadeando y tosiendo, y luego cogió el revólver que llevaba en el bolsillo de su gabán.

—Yo que usted no lo haría —le avisó Holmes—. No, a menos que desee privar a Lestrade de su próximo triunfo.

Watson ya había empezado a apuntar con su arma, pero la bajó.

—¿Cree... cree usted que ese es el animal que ha desaparecido del zoo?

—Estoy seguro —contestó Holmes—. A menos que haya una camada de cocodrilos aquí, en las alcantarillas de Londres, cosa que dudo.

Se acercó para mirarlo con mayor detalle. Watson fue con él. La bestia ya era totalmente visible, una chata y enorme monstruosidad tan gigantesca que solo se



encontraba sumergida a medias en aquellos fluidos repulsivos. Tapaba el pasadizo en su totalidad, y en esos momentos se quedó simplemente allí, con la boca abierta y rugiendo desafiante..., aunque eso era lo único que podía hacer. A la luz de la antorcha se veía con toda claridad que la cadena que retenía a la bestia solo medía un metro de longitud y que ya estaba estirada al máximo; lo que significaba que esa bestia salvaje bien podía bloquear el acceso al túnel, pero era incapaz de perseguir a quienes se dieran la vuelta.

—Quienesquiera que se hayan tomado todas estas molestias para conseguir tamaño perro guardián deben de ser muy celosos de su intimidad —musitó Holmes.

—Es un milagro que no nos haya matado a los dos —comentó Watson—. Lo teníamos virtualmente encima.

—Sí... Aunque los reptiles consiguen energía de la luz del sol. —Holmes levantó la vista para mirar el techo bajo—. Y esta criatura no ha tenido ocasión de hacerlo durante varios días. Por fortuna para nosotros, en estos momentos se encuentra bastante atontado.

—Sigue siendo capaz de hacernos pedazos si intentamos pasar por ahí.

—Eso es cierto, Watson.

—¿Cree que existe otro camino?

—No sería lógico que quien se esconde aquí abajo bloqueara una ruta de acceso, a menos que la otra esté realmente bien escondida.

Watson volvió a levantar su revólver.

—En cuyo caso, no nos queda otra opción.

—¿Mató usted muchos cocodrilos en la India?

—Ni uno.

—No me sorprende. —Holmes le hizo volver a bajar el revólver—. No creo que un arma de pequeño calibre como la suya logre causarle más daño a esa criatura que una simple herida. Por otro lado, lo que sí haríamos sería alertar a nuestro verdadero enemigo. Seguro que estas alcantarillas funcionan como unas magníficas cámaras de



resonancia.

A regañadientes, Watson se guardó la Webley en el bolsillo.

—Pero tiene que haber otro camino —afirmó Holmes—. Estoy convencido de que nuestro amigo del bombín no se ha enfrentado a las mandíbulas de este animal. Retrocedamos un poco.

Retrocedieron varios metros, hasta que Holmes iluminó una pequeña rejilla que se encontraba entre las arcadas de ladrillos del techo. Al igual que todo lo demás allí abajo, estaba cubierta de una espesa capa de mugre y, como mucho, mediría sesenta centímetros de ancho por treinta de alto. Holmes la examinó con detenimiento.

—Es un sistema antiinundaciones —afirmó al cabo de un rato.

—¿Y a dónde conduce?

—Me imagino que al Walbrook.

—¿El Walbrook? —Watson estaba atónito—. Pero si ese río lleva siglos desaparecido...

—Pues entonces va a ser todo un viaje de descubrimiento —le contestó Holmes.

Introdujo sus largos dedos en la rejilla y tiró de ella de forma tentativa. Se soltó inmediatamente.

—Tal y como pensaba —dijo—. La han forzado hace poco para abrirla. —Los tornillos que una vez mantuvieron la rejilla en su lugar se habían roto hacía poco. Entre la capa de óxido, sus bordes partidos seguían manteniendo el brillo del metal limpio—. Lo que significa, espero, que tenemos el paso libre.

—No creo que vaya a estarlo durante mucho tiempo —comentó Watson mientras ayudaba a su amigo a subir—. Dejará de estarlo en cuanto me quede allí atascado.

A pesar de los pensamientos agoreros de Watson, los siguientes minutos fueron relativamente cómodos. El canal que conectaba con el Walbrook no era más que un tubo, pero uno suavemente cilíndrico, y tal y como Holmes había predicho, se encontraba libre de escombros. Aunque era algo estrecho, solo les llevó un minuto o dos



recorrer sus tres o cuatro metros de longitud, y luego volvieron a las marrones y espumeantes aguas del río subterráneo. Continuaron adelante, con el agua a la altura de las caderas, esquivando vigas y contrafuertes, hasta que, finalmente, emergieron a una alta cámara abovedada que recordaba de algún modo a la capilla lateral de una catedral. Caían sobre ella torrentes de agua procedentes de varias aberturas elevadas, y esa inundación se vertía después por un profundo pozo circular.

—¿Qué cree usted que es eso? —preguntó Watson. Señaló una estrecha puerta de madera que se encontraba en una zona seca.

—Probablemente, una sala de descanso —contestó Holmes— donde los que trabajan en las cisternas se toman un respiro. —Transcurrió un instante y luego echó un vistazo al mapa—. Al menos, esa debió de ser la función que tuvo una vez. Según Harold Jobson, ahora sirve para un propósito totalmente diferente.

Watson echó un vistazo por encima del hombro de Holmes y volvió a ver el círculo de tinta roja. Fuera lo que fuera lo que significaba, ya habían llegado.

La puerta no estaba cerrada con llave. Pero, justo detrás de ella, había una pequeña antecámara en la que los esperaba un sombrío aviso. Allí se encontraba una segunda puerta, y junto a ella habían clavado tres garfios de hierro, seguramente pensados para colgar el equipo. Sin embargo, en esos momentos pendían de ellos dos cadáveres.

Holmes y Watson se aproximaron con el corazón palpitante. A primera vista, los cuerpos recordaban a las momias egipcias. Estaban envueltos con vendas de lino, tanto cabeza como torso, aunque la mayoría de las vendas se encontraban en esos momentos sueltas y sucias. En ambos cadáveres habían dejado el brazo izquierdo sin vendar. Watson examinó los miembros expuestos. En la zona interior de los codos eran bien visibles los hematomas producidos por antiguas heridas punzantes. El médico había visto heridas parecidas en adictos a las drogas, aunque, en este caso, eran de mayor



tamaño y menos numerosas. Lo que le parecía más sorprendente era el hecho de que las dos víctimas parecían tener membranas interdigitales, y el que existían unos parches de piel dura, brillante y moteada en las muñecas y los antebrazos que recordaban a escamas. Desconcertado, hizo ademán de ir a descubrir la cabeza al primero de los cadáveres.

Holmes lo detuvo.

—Yo que usted no lo haría —le dijo con suavidad—. Podría resultar más de lo que pueda soportar en este momento. En cualquier caso, nuestro auténtico asunto nos espera ahí dentro. —Señaló la puerta.

Lograron abrirla con un chirrido, y se encontraron al inicio de una rampa de cemento que bajaba hacia una enorme y espaciosa cámara iluminada con velas. Lo más probable era que esa habitación hubiese sido utilizada alguna vez como almacén (la rampa sugería que habían entrado y salido carritos y vehículos parecidos), pero en ese momento la habían transformado en algo parecido a un laboratorio. Había varios muebles, en su mayoría mesas y aparadores, todos ellos cubiertos de botellas y tubos de ensayo. A su lado se encontraban esparcidos cajas y contenedores abiertos. Lo siguiente que vio Holmes le hizo aferrarse al hombro de Watson. El médico levantó la vista y contempló una enorme tubería de hierro forjado que cubría el techo de la cámara de un extremo a otro y que culebreaba a través de un tapiz de telarañas polvorientas. Al estar soldadas las juntas mediante técnicas muy complejas, se evidenciaba una maestría en ingeniería y una atención al detalle que solo podían significar una cosa...

—El suministro principal de agua —dijo Holmes—. Demasiado vulnerable. ¿A qué distancia diría usted que está, a unos tres metros? Tan solo se necesitaría una escalera, un martillo y un escoplo, y se podría perforar con facilidad.

Pero Watson había captado otra cosa, algo todavía más sorprendente. Sin pronunciar palabra, dirigió la atención de Holmes hacia una figura que se encontraba en el extremo norte de la cámara. Al principio, el tipo había resultado invisible dada la escasa luz, oculto tras un despliegue de cables y recipientes interconectados, pero en ese momento, al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, pudieron verlo con más claridad. Él



aún no se había percatado de su presencia, y, aparentemente, trabajaba frenético junto a una mesa de operaciones en la que yacía, bajo una fina sábana, otro de los momificados pacientes. El tipo era de mediana edad y llevaba una barba larga y canosa. También portaba unas gafas de lentes redondas.

—Holmes... —dijo Watson, sin acabar de creérselo—. Holmes..., es el profesor Langley. ¡Dios mío! Pero si está muerto... ¡Ardió hasta quedar convertido en cenizas!

—Alguien ardió hasta quedar convertido en cenizas —le replicó Holmes—. Evidentemente, no fue Langley.

Langley (si es que se trataba de él) estaba cubierto de polvo e iba sin afeitarse y en mangas de camisa, prenda que, por su parte, estaba asquerosa. Tenía un aspecto demacrado y la cara hundida debido a la falta de sueño. En esos momentos manejaba una bomba de mano que se encontraba conectada a un tubo de goma que, a su vez, unía una aguja clavada en el brazo del paciente con una compleja construcción compuesta de válvulas, tubos y frascos de cristal que había colocado sobre una mesa baja que tenía al lado. Con cada presión sobre la bomba, se propulsaba un visible chorro de sangre hacia el frasco que estaba en la parte superior. Ya estaban llenos varios de los frascos de la parte de abajo. En la base del aparato, una sustancia transparente se iba introduciendo, gota a gota, en un recipiente.

—Está realizando una transfusión de sangre —dijo Watson—. ¿Pero con qué? Parece una destiladora.

Holmes se frotó la mandíbula.

—Está sacando algo de la sangre. Puede que algún tipo de esencia...

—Es usted sorprendente, Holmes —dijo una voz con rico acento americano a sus espaldas.

Los dos hombres se giraron con rapidez y se encontraron con que bloqueaban la rampa no solo Rohampton, sino también el bruto del bombín y el oficinista, Burgess, que había sacado la Gatling de su trípode y ahora la sostenía sobre sus brazos, de tal forma que apuntaba directamente hacia ellos; tenía enrollado en el brazo un cargador



completo, cuyo extremo estaba parcialmente introducido en el mecanismo de disparo.

Watson intentó coger el revólver que llevaba en el bolsillo, pero Rohampton lo avisó a gritos:

—¡Ni se le ocurra, doctor! —Dio unas palmaditas al grueso cañón de la ametralladora—. Usted ha sido militar. Sabe perfectamente lo que puede hacer esta arma.

—¡Por Dios, Rohampton! —gritó Watson—. ¿En qué tipo de espantos está usted involucrado?

—¿Espantos, doctor? Cuánto prejuicio por su parte.

—¿Prejuicios, cuando está usted drenando a la gente hasta la última gota de su sangre?

Rohampton casi sonrió con tristeza, y se abrió paso hasta dejar atrás a los dos intrusos. Descendió por la rampa y se llegó al centro del laboratorio. El hombre del bombín lo siguió. Burgess cubrió la retaguardia e, indicándoles a Holmes y a Watson con la Gatling que debían avanzar, los obligó a bajar delante de él.

—Esa gente... como usted los ha llamado —dijo el americano—, son voluntarios. Han entregado sus vidas voluntariamente para conseguir un bien mayor. —Miró hacia el otro lado de la habitación, hacia donde el profesor Langley se encontraba en esos momentos observando los acontecimientos desde detrás de sus tubos y recipientes—. ¡Siga trabajando, Langley!

—Pero si han visto todo esto... —protestó el profesor.

—¡Trent! —profirió Rohampton con brusquedad—. Recuérdeme a nuestro amigo el profesor por qué resulta tan importante que se concentre en la tarea que tiene entre manos.

El hombre del bombín cruzó el laboratorio y descorrió una cortina que daba a una pequeña alcoba. Lo que se desveló fue una visión escalofriante: habían colocado en posición vertical una mesa de operaciones de hospital, apoyada contra los húmedos ladrillos de la pared de la alcoba, y a ella habían atado mediante varias correas a una



joven. Seguía vestida con su harapiento camisón y tenía su claro cabello sucio y enmarañado. Miró suplicante a Holmes y a Watson, pero no fue capaz de hablar pues la habían amordazado con fuerza. Quedaba claro que se trataba de Laura, la hija del profesor Langley.

Justo frente a ella había un barril abierto lleno de una planta verde y esponjosa. Rohampton empezó a dirigirse hacia él, quitándose el abrigo mientras lo hacía. Cogió de la pared un delantal de goma y unos guantes industriales y se los puso. Y entonces, sin dudar, introdujo una mano enguantada en el barril.

—¿Ve esto, Holmes? —preguntó mientras sacaba la mano llena de la sustancia verde—. Musgo del arrecife del Diablo. Es prácticamente único. Solo crece en un punto de la costa de Nueva Inglaterra. No me pregunte por qué, yo no soy el científico...

Holmes lo observó con atención. Aquel puñado de extraña vegetación tenía algo que lo llenaba de un terror ancestral.

—Da la impresión de ser tóxico.

—Oh, es algo mucho peor —afirmó Rohampton, que miraba el musgo como si le fascinara—. Pero, ¿por qué se lo cuento? Ya ha visto usted sus resultados.

—Randolph Daker —dijo Holmes.

El americano abrió la mano y sacudió los dedos para asegurarse de que no quedaba ni una brizna de musgo sin regresar al barril.

—Exacto. Daker..., el único eslabón débil de nuestra cadena. Fue inevitable que viera algo de lo que nos traemos entre manos, pero, ¿quién era él? Un simple carretero, un rufián, un borracho... Seguro que se hubiese puesto a cotillear en cuanto hubiera bebido un par de copas. No podíamos permitirlo, Holmes..., así que condimentamos esas copas.

—Me alegro de que no probáramos su jerez —comentó Holmes.

Rohampton sonrió.

—Sí, fue muy intuitivo de su parte. Por supuesto, el musgo funciona de una





forma bastante lenta. Con el tiempo, llegamos a preocuparnos por que, a pesar de estar infectado, Daker terminara por hablar.

—Así que envió uno de sus seguidores para que pusiera fin a sus miserias.

—Eso es.

Holmes echó un vistazo al tipo al que habían llamado Trent.

—No es que fuera demasiado eficiente.

Rohampton empezó a quitarse los guantes.

—Me temo que estas son las herramientas con las que debo trabajar. Cuando se recluta con tan poco tiempo, y lo único que se puede ofrecer a cambio son vagas promesas de riqueza y poder..., hay que ser muy afortunado para atraer algo más que los despojos de la calle. Jobson fue uno de los mejores. Fue él, junto con otros, quien organizó el secuestro del profesor Langley y de su hija y los reemplazó dentro de la casa en llamas por dos borrachos que cogieron de la calle. Y entonces va Jobson y se deja capturar. —El americano sacudió la cabeza en un gesto de lástima fingida.

—Supongo que es usted consciente —comentó Holmes— de que fue Jobson quien nos condujo hasta usted.

Rohampton hizo un vago gesto, como si apenas le importase.

—No se tomó demasiado bien su condena a muerte. Creo que, hasta casi el último día, esperaba que lo rescatásemos. Solo entonces cambió sus expectativas de la supervivencia a la venganza. —Rohampton se rió con frialdad—. Como si alguien de mi posición tuviera el tiempo o las ganas suficientes de salvarle el cuello a un idiota.

Mientras tanto, Watson no dejaba de mirar la forma vendada que yacía sobre la mesa de operaciones. En todo ese tiempo, Langley no dejó de extraerle la sangre. Por la forma en la que yacía inmóvil el brazo a su costado, resultaba evidente que aquel paciente también había expirado.

—Y estos mal llamados voluntarios —preguntó asqueado—, ¿quiénes son?

En esos momentos, Rohampton se estaba quitando el delantal. Regresó al



laboratorio sacudiéndose el polvo de la camisa.

—Sus nombres no importan. Basta con decir que... fueron elegidos entre todos mis conciudadanos.

—Innsmouth —dijo Holmes.

Por primera vez, dio la impresión de que el americano se sorprendía.

—¿Lo conoce?

—Solo por las historias —contestó el detective—. Acerca de cómo quedó mancillado el linaje de Innsmouth hará unos cincuenta años... y de cómo sus habitantes han seguido degenerando desde entonces.

—¿Degenerando? —Si alguna vez fue posible que se retorcieran con rabia las blancas y rígidas facciones de Julian Rohampton, fue entonces—. Hay quien lo llamaría evolucionar. Hacia una forma de vida superior.

—Si es una forma tan superior —le preguntó Holmes—, ¿por qué se esconde usted bajo una máscara de cera?

Hubo entonces un momento de silencio en el que Watson no dejó de mirar, atónito, a ambos hombres. Posó la mirada en Rohampton cuando, de pronto, los dedos del americano se convirtieron en garras y este empezó a atacar su propio rostro. Fue arrancándose tiras y pegotones de lo que, evidentemente, había sido un disfraz finamente realizado. Debajo, la piel era de un gris azulado y pálido. Aún más espantoso resultaba que estuviera cubierta de escamas parecidas a las de un pez. Los labios y las cejas eran gruesos y de aspecto gomoso, y no tenía nariz. Bajo cada una de las mejillas se veían las agallas.

Watson apenas podía creerse la abominación que tenía ante él.

—¡Dios... mío!

Rohampton se deshizo de los últimos fragmentos y luego se quitó la peluca rubia.

—¡Observe, doctor Watson, el aspecto de Innsmouth! Cuando Obed Marsh regresó con nosotros procedente de los mares del Sur, trajo consigo algo más que una



nueva esposa. Había contraído matrimonio con una raza de seres muy superiores a nosotros. Cuando se fundieron totalmente los dos linajes, Innsmouth se convirtió en la cuna de una civilización completamente nueva. A medida que iban sucediéndose las generaciones y nosotros, los nativos de la ciudad, íbamos transformándonos lentamente, empezó a alcanzarnos una consciencia cósmica... acerca de los profundos, de su cultura, su ciencia y sus creencias, y acerca de nuestro destino, para ser uno con ellos. Con el tiempo, me uniré a ellos bajo las olas. ¡Y no estaré solo!

Holmes permaneció tranquilo. Se encaminó hacia la mesa más cercana y empezó a examinar las muchas botellas de productos químicos que había allí. Los hombres de Rohampton lo observaban incómodos.

—Me parece que están creando ustedes un bacilo —comentó mientras cogía un frasco que estaba abierto. Se dio cuenta, con gran interés, de que había cristales de sal incrustados en el borde. Cuando lo olfateó, detectó, tal y como había sospechado, que se trataba de ácido pícrico.

—Deje eso, Holmes —le ordenó Rohampton.

Holmes se giró y se enfrentó con él.

—Destilar un agente infeccioso de los fluidos vitales de su propia gente... ¿es eso lo que se trae entre manos?

—Sabe que sí. —Incluso en esos momentos, Rohampton no podía evitar vanagloriarse—. Estoy extrayendo el núcleo del material genético de mi raza. Cortesía, por supuesto, del genio bioquímico del profesor Langley.

Watson volvió a mirar la cañería que recorría el techo. Holmes había afirmado que solo se necesitaría una escalera, un martillo y un escoplo.

—¿Y pretende contaminar el suministro de agua de Londres con esa cosa? —le espetó.

—Por fin lo comprende el leal Watson —dijo Rohampton, que se estaba divirtiendo tanto que no se había dado cuenta de que Holmes seguía sosteniendo el frasco de ácido pícrico.



—Es... es inhumano —farfulló Watson.

El monstruo sonrió, y esta vez lo hizo de oreja a oreja.

—Por supuesto que es inhumano. Pero, dígame, ¿es necesario el insulto? ¿Ha realizado la humanidad una obra de arte tan magnífica en este planeta que deba despreciarse un plan para transformarla en algo mejor?

—¿Transformar a la humanidad? —se burló Holmes, que sentía más que veía la placa de hierro oxidado que reposaba sobre la mesa, muy cerca de él.

—No tenga tanta prisa en burlarse, Holmes —le replicó Rohampton—. A pesar de ser tan ruidosa y sucia, Londres sigue siendo el lugar donde se cruzan todos los caminos del comercio mundial. Una vez caiga, el resto del mundo la seguirá.

—Qué gran conquista —dijo Holmes, mientras se dirigía hacia la placa de hierro con el frasco de ácido—. Y todo gracias a un agujero en el suelo, unas cuantas botellas de disolvente...

El profesor Langley fue el primero en darse cuenta de lo que el detective estaba haciendo, y se metió debajo de la mesa.

—¡Holmes! —le avisó Rohampton.

—¡... y un momento de inspiración!

En el mismo momento en que los cristales píricos contactaron con el hierro desnudo, detonaron.

Hubo un cegador estallido, se oyó un estruendoso bang y, de pronto, volaron cristales por todas partes y el oscuro laboratorio se llenó de humo. Rohampton y sus hombres se taparon los ojos. La fuerza de la explosión derribó a Holmes y lo lanzó volando hacia atrás, pero se volvió a poner en pie con prontitud. Utilizando toda su fuerza, levantó la mesa humeante y destrozada y la arrojó contra la destiladora, que cayó con pesadez al suelo. Allí se hizo añicos y derramó la sangre fresca.

Mientras tanto, Watson aprovechó la oportunidad que le brindaban para sacar el revólver del bolsillo. Con un impulso propio de un militar, se volvió primero hacia



Burguess, que manejaba la Gatling; apuntó y disparó una vez. El casquillo cayó de la cámara, pero la bala voló en línea recta y alcanzó al matón en el hombro izquierdo, lo que le hizo caer dentro de la alcoba existente tras la cortina y soltar la mortífera arma. De manera automática, Watson se giró y descerrajó un par de tiros a Trent. El segundo matón había agarrado una barra de hierro. Aun así, la primera bala le atravesó la garganta, y la segunda el pecho. Se desplomó sin hacer ruido, y los ojos del brutal secuaz se pusieron en blanco.

Pero esa fue toda la resistencia que le fue posible presentar en el breve espacio de tiempo que le proporcionó la explosión química... Rohampton avanzaba ya a todo correr. Había recogido la Gatling y, con un rugido de furia, se abalanzó sobre Holmes y le golpeó en el costado con la pesada culata. Luego volvió a golpearlo, esta vez en la sien, y lo dejó medio inconsciente en el suelo. A unos diez metros de distancia, a su izquierda, sintió cómo Watson se echaba cuerpo a tierra y apuntaba con su revólver.

—¡Tírelo, doctor! —aulló el híbrido, apuntando a Holmes con la Gatling—. ¡Tírelo... o su amigo morirá!

Watson se dio cuenta de forma inmediata de que no tenía otra opción. Solo le quedaban tres balas, mientras que aún se veían varias decenas en el cargador de la ametralladora.

—No dispare —dijo, y aflojó la presa que ejercía sobre el Webley, de tal forma que colgara hacia abajo de su dedo. Tan lentamente como pudo, lo bajó hasta depositarlo en el suelo.

Transcurrió un instante, y entonces Rohampton retrocedió un par de metros para contemplar la destrucción causada. Sus ojos pasaron sobre el cadáver de Trent y sobre la forma gimiente y semiinconsciente del profesor, pero cuando reparó en la destrozada destiladora, sus facciones se deformaron debido al odio.

—¡Malditos, malditos sean! ¡Pero aún no han conseguido nada!

Holmes, a pesar de que seguía atontado, se había recuperado lo suficiente como para arrastrarse por el suelo y alejarse de allí. Watson apreció que tenía el rostro lleno de



quemaduras y pequeños cortes. Pero daba la impresión de que las cosas iban a ponerse peor.

—¿Creen que no puedo volver a hacerlo? —aulló Rohampton, volviendo a enfrentarse a ellos—. ¡Solo me llevará días, y esta vez ustedes, malditos entrometidos, no estarán vivos para interferir!

Apuntó a Holmes, y estaba a punto de disparar cuando, de pronto, algo lo distrajo: un ahogado gruñido gutural. Los tres se giraron hacia la alcoba, donde Laura Langley, que seguía colgando de sus ataduras, se había desmayado. Pero no era ella quien centraba su atención; se trataba de Burgess, el pretendido oficinista, que en esos momentos parecía un ser sacado de una pesadilla.

Cuando Watson lo hirió había caído hacia atrás, hacia la alcoba, pero no había llegado más allá del barril de musgo del arrecife del Diablo, con el que chocó; pero al intentar sostenerse apoyándose en él había caído accidentalmente dentro, de cabeza. En ese momento comenzaba a emerger lentamente... y ya estaba cubierto de brotes, protuberancias y anémonas. Emanaba de él un repulsivo hedor a sal y cavernas marinas.

Se abalanzó tambaleante hacia ellos, jadeando y siseando como si fuera un buzo, pero entre toda esa palpitante masa de parásitos marinos, sus ojos seguían siendo espantosamente humanos..., y con otro borboteante y agónico gemido los dirigió hacia su amo, quien, a pesar de todo lo que había visto y hecho, se encontraba hipnotizado ante la visión y el hedor.

—¡Retroceda, Burgess! —gritó Rohampton—. ¡No me toque! ¡No se atreva!

Puede que Burgess no lo oyera, pero lo más probable es que no quisiera hacerlo. Pues en ese instante comenzó a dirigirse, ciego y tambaleante, hacia la única persona que sabía que, de alguna forma, podía ayudarlo.

—¡Burgess! —aulló Rohampton mientras retrocedía a gran velocidad con la Gatling a punto—. ¡Burgess, aléjese de mí!

El arma abrió fuego con un rugido ensordecedor, y su cañón escupió llamas y humo. El sirviente quedó destrozado allí donde se encontraba: cada impacto arrancaba



jirones sangrientos de su carne destrozada. Se vio empujado hacia atrás, agitando los brazos, hasta que chocó contra la pared más alejada, y se deslizó lentamente, dejando un rastro de sangre y entrañas sobre los ladrillos que tenía a la espalda. Rohampton no se detuvo y siguió disparando y disparando; pero, al hacerlo, no se dio cuenta de que Holmes se ponía en pie, metía una mano bajo el gabán y extraía una afilada hoja.

Se trataba de la navaja plegable de Trent. El detective despreciaba todas las armas y esa herramienta de carnicero le resultaba especialmente repugnante..., pero, en momentos desesperados, había que utilizar todo lo que se tuviera a mano. Abrió el cuchillo en toda su longitud y, justo cuando el híbrido se giraba para enfrentarse a él, la cuchilla alcanzó su objetivo y se introdujo profundamente en el brazo izquierdo del americano. Rohampton jadeó y se retorció. La Gatling cayó y le golpeó en las rodillas.

Aprovechando la oportunidad que se le brindaba, Watson recogió su revólver.

—¡No lo haga, Watson! —le espetó Rohampton—. Los mataré a los dos... ¡Lo juro!  
—Pero esta vez no parecía estar demasiado convencido.

Como el brazo le colgaba inerte e inútil, y le chorreaba la sangre, tenía que luchar tanto para sostener la pesada arma, como para mantenerla apuntada hacia sus objetivos.

Jadeando desesperado en busca de aire, fue retrocediendo a través de la habitación llena de escombros y por la rampa, hasta llegar a la puerta.

—No han conseguido nada —les espetó, pero su voz traicionaba su estado. Llegó a la puerta y la abrió con el pie—. ¡Los convertiremos! —Y volvió a abrir fuego.

Holmes se lanzó bajo la mesa volcada. Watson se dirigió hacia el otro lado y se escondió detrás de uno de los contrafuertes del muro. Pero ninguno de ellos tenía que haberse molestado, pues la ráfaga recorrió sin éxito la habitación. Varias balas rebotaron y casi alcanzaron al propio Rohampton. Furioso, pero sabedor de que no tenía otra opción, este se giró y se perdió en las alcantarillas.

—¡Vamos, Watson! —gritó Holmes mientras salía rápidamente en su persecución.

—¿Se encuentra bien, querido? —le preguntó Watson, apresurándose por la



rampa hasta ponerse a su lado.

—Nunca he estado mejor. Pero tenga cuidado: nuestro amigo Rohampton está librando una guerra por su raza. No será fácil acabar con él.

Resultó bastante fácil seguir la pista al americano. A pesar de la oscuridad que había en las alcantarillas, su sangre destacaba sobre los muros de ladrillo y se percibía como un remolino aceitoso sobre las sucias aguas. Aunque giró varias veces y se introdujo en varios corredores, no había llegado demasiado lejos cuando Holmes y Watson volvieron a verlo. Una vez más, se giró y los recibió desafiante con una ráfaga de la ametralladora. Al encontrarse en los estrechos confines del sistema de alcantarillas, la furiosa ráfaga fue bastante más mortífera, y los dos hombres se vieron obligados a sumergirse en la corriente.

—¡Aj! —exclamó Watson—. ¡Qué asco! La verdad es que no va a poder retenernos durante mucho tiempo. Ese cargador ya debe de estar prácticamente agotado.

—No necesita retenernos durante demasiado tiempo —le respondió Holmes—. Por allí, en alguna parte, tiene que haber una cañería de desagüe que conduzca al Támesis. Si llega hasta ella puede darse por libre.

—¿Qué quiere decir?

Holmes se apresuró.

—Por amor de Dios, Watson... Rohampton es un anfibio, y el Támesis desemboca en el mar. ¡Lo que quiero decir es que pronto escapará a un lugar en el que nunca nadie podrá alcanzarlo!

Cuando comprendió totalmente las implicaciones de esa afirmación, Watson se lanzó a una persecución frenética. Tomaron una curva muy cerrada y casi acabaron por el suelo. Rohampton se había detenido tan solo a unos diez metros de distancia. A su espalda había un agujero en la pared, ya que se habían caído unos ladrillos. Detrás podía oírse la fuerte corriente de la tubería de desagüe.

El híbrido soltó una enloquecida risotada.





—¡La humanidad está acabada, Holmes! —rugió—. ¡Y Londres será la primera en morir!

De pronto, las repugnantes aguas que tenía detrás se elevaron y explotaron, y lo único que pudieron ver fue que unas mandíbulas colosales se habían cerrado con fuerza alrededor de la cintura de Rohampton. Este soltó un penetrante alarido que quedó instantáneamente interrumpido cuando el cocodrilo guardián empezó a sacudirse de forma violenta —lo que envió una ola de fango sobre Holmes y Watson— y a rasgar y a retorcer a su indefensa presa como si fuera un manojo de jirones.

Los dos hombres no podían dejar de mirar, paralizados, desde donde se encontraban.

Durante lo que parecieron minutos, el gigantesco y famélico reptil mordió y arrancó la carne de su presa, sin importarle sus alaridos y gemidos; lo hizo girar una y mil veces, lo golpeó contra los muros de ladrillo para ablandarlo y volver a arrancarle algún pedazo, hasta que, finalmente, se lo tragó entero de varios mordiscos. Las aguas que rodeaban al animal se tiñeron de un rojo oscuro; se tragó los huesos y las entrañas como si fuera un dinosaurio. La ropa y los zapatos también desaparecieron; incluso la enorme ametralladora quedó doblada y destrozada debido al frenesí del ataque, y por poco no la engulló también.

Siguieron oyéndose los ecos de la matanza hasta mucho después de que hubiera terminado.

Cuando por fin fue capaz de moverse, Watson retrocedió lentamente, conmocionado.

—Gra... gracias a Dios que no le disparé a esa cosa..., o eso creo.

Holmes, que normalmente se mantenía con la cabeza fría en circunstancias semejantes, también se encontraba conmocionado por lo que había presenciado.

—Gracias a Dios —musitó.

—Por supuesto, ya sabe lo que esto significa —añadió finalmente Watson—: nadie nos va a creer. Es decir, no queda ni un fragmento del felón como prueba.



Holmes asintió.

—Por mucho que odie decirlo, Watson..., es un precio que ha merecido la pena pagar.

La bestia escamosa había vuelto a sumergirse en las sucias aguas, y solo resultaban visibles su espinosa espalda y sus malignos ojos carmesíes. Los observaba sin parpadear, famélica.



## El terror de múltiples rostros

Tim Lebbon

Lo que vi aquella noche desafiaba la fe, pero debo creer en ello, pues confío en mis ojos. Ciertamente, «ver es creer» no es un axioma que mi amigo hubiera aprobado, pero yo era un médico, un científico, y para mí los ojos eran los órganos más honestos de todo el cuerpo.

Nunca creí que me pudieran mentir.

Aquello en lo que posé los ojos en el neblinoso crepúsculo londinense me convirtió en el hombre más triste del mundo. Me arrebató toda la fe que tenía en el orden de las cosas, en la bondad de la vida. ¿Cómo puede existir algo tan erróneo en un mundo ordenado? Si hay un propósito benevolente para todo, ¿cómo puede existir algo tan demencial?

Son preguntas que me hice entonces y que sigo formulándome ahora, a pesar de que la cuestión se ha solucionado de una forma muy distinta a como, en aquel momento, jamás llegue a imaginarme.

Regresaba a casa desde la clínica. Estaba empezando a ponerse el sol en el horizonte londinense, y la ciudad experimentaba su habitualmente dubitativa transición de la luz a la oscuridad. Cuando doblé una esquina y me introduje en un estrecho callejón adoquinado, vi a mi viejo amigo, a mi mentor, destripando a un hombre. Le clavó varias veces una cuchilla que reflejaba el rojo atardecer, y cuando me vio dio la impresión de calmarse, y entonces empezó a realizar algún tipo de meticulosa mutilación sobre el cuerpo, que aún se retorció.

Me eché de espaldas contra la pared.



—¡Holmes! —jadeé.

Él levantó la vista, y en sus honestos ojos no vi nada. Nada de luz, ningún brillo, ninguna pista de la aguda inteligencia que se escondía tras ellos.

Nada más que una oscura y fría vacuidad.

Paralizado por la sorpresa, no pude evitar observar la carnicería que Holmes había cometido sobre el cadáver. Era un hombre de múltiples talentos, pero aun así me sorprendió la habilidad con la que había abierto el cuerpo y extraído el corazón, que había envuelto con su pañuelo.

No, no era una carnicería. Era cirugía. Trabajaba con una tranquilidad y unos conocimientos médicos que parecían superar a los míos.

Holmes volvió a mirarme, mientras yo seguía paralizado. Sonrió, una mueca retorcida que parecía extraña en su rostro. Luego se levantó y se encogió de hombros, y entonces empezó a agitarse sin moverse del sitio, como si tratara de acomodarse dentro de un traje nuevo.

—Holmes... —volví a graznar, pero él se dio la vuelta y huyó.

Holmes el pensador, el reflexivo, el genio, corrió a mayor velocidad de lo que he visto correr a nadie. Me encontraba tan conmocionado por lo que acababa de presenciar que ni siquiera se me ocurrió salir en su persecución. En cuestión de segundos, toda mi visión del mundo había cambiado de forma irrevocable, la habían derribado y hecho añicos con una brutalidad que jamás supuse que sería posible. Me sentía como si me hubieran pegado un tiro, como si me hubiera pasado un tren por encima, como si me hubieran aplastado. Me faltaba el aliento y me sentía mareado y a punto de desmayarme.

Pero me mordí con fuerza la mano, hasta que salió sangre, y volví en mí.

Cerré los ojos y respiré profundamente, pero cuando volví a abrirlos el cadáver seguía allí tendido. No había cambiado nada. Por mucho que deseara no verlo, por mucho que deseara olvidarlo, ya empezaba a darme cuenta de que eso no iba a pasar nunca. Aquella escena se me había quedado grabada.



Una de las peores cosas que se pueden sentir en la vida es la traición, el darse cuenta de que todo aquello en lo que se creía es falso, o, como mínimo, que se estaba terriblemente equivocado. Esa mirada en los ojos de Holmes... Habría dado cualquier cosa por poder olvidarla.

Sus pasos se habían desvanecido en la distancia. Lo más probable es que la víctima estuviera muerta, pero al ser médico tenía que examinarla para asegurarme de ello. Se trataba de un hombre joven, atractivo, con un aspecto ligeramente extranjero y, obviamente, de buena posición social, a juzgar por el buen gusto de los anillos que llevaba en los dedos y el traje a medida..., que en esos momentos estaba lleno de agujeros, rasgado y roto debido a las salvajes puñaladas que Holmes le había propinado. Y estaba muerto, por supuesto. Le habían abierto el pecho y le habían arrancado el corazón.

Tal vez se tratara él mismo de un criminal, un asesino al que Holmes había estado persiguiendo y dando caza durante días o semanas. Ya no pasaba tanto tiempo con Holmes como antes, ni me involucraba en todos los casos que llevaba. Pero... ¿asesinato? Holmes no. Fuera cual fuera el crimen que este muerto hubiera cometido, no había nada que pudiera justificar lo que mi amigo había hecho.

De pronto me vi embargado por un intenso sentimiento de culpa, al encontrarme arrodillado junto a un cadáver con los dedos manchados de sangre fresca. Estaba convencido de que, si alguien doblaba la esquina justo en ese momento, tendría problemas para explicárselo, no solo debido a la primera impresión que recibiría la persona en cuestión, sino también al estado de conmoción en el que me encontraba, al terror que sentía ante lo que había presenciado.

Debería haber informado a la policía. Debería haber ido a buscar a un policía o haberme dirigido lo antes posible a la comisaría más cercana, haberlos conducido a la escena del crimen. Con toda probabilidad, estaba destruyendo pruebas valiosas... Pero entonces pensé en Holmes, en esa sonrisa enloquecida, y me di cuenta de que ya conocía la identidad del asesino.

En vez de eso, hubo algo que me hizo huir. La lealtad hacia mi viejo amigo



formaba una parte pequeña de ello, pero también estaba el miedo. Incluso entonces yo sabía que las cosas no siempre son lo que parecen. Holmes me lo había explicado infinidad de veces, y yo seguía pensando Imposible, imposible, mientras volvía a revivir la escena en mi mente. Pero yo confiaba en mis ojos, sabía lo que había visto. Y, en mi mente, Holmes me seguía sonriendo como un maníaco...

Con cada paso que daba, mi miedo aumentaba.

Holmes era el hombre más brillante que había conocido. E, incluso en su obvia locura, yo sabía que seguía superando con mucho al hombre ordinario como para que alguien lo sobrepasase en inteligencia e ingenio, o para que pudiera capturarlo. Si va a continuar con esta locura, recé, por favor, Dios, no dejes que decida ir a visitar a un viejo amigo.

No tendría que haberme preocupado por lo de informar a la policía del asesinato. Ya lo sabían.

El día que siguió a mi terrible experiencia me sentí enfermo y me quedé en casa, en la cama, muchas veces al borde de las lágrimas, mientras trataba de encajar en mi vida lo que había visto. Debo admitir que mis pensamientos eran muy egoístas, puesto que había perdido a mi mejor amigo a causa de una espantosa locura. No iba a poder recuperarlo nunca. Divagué bastante aquel día, recordando aquellos tiempos que compartimos y la estéril existencia a la que me enfrentaba sin él. Me gustaba mi vida..., pero las cosas perdían algo al no tener la promesa de que Holmes fuera a formar parte de ellas.

Me lamenté, sin dejar de ser consciente en ningún momento del revólver reglamentario que tenía debajo de la almohada.

Además, mezclada con todo esto existía la convicción de que debería decir a la policía lo que había visto. Pero entonces llegaron los periódicos vespertinos y, de alguna forma imposible, lo terrible se hizo aún peor.



Había habido al menos seis espantosos asesinatos en las calles de Londres la noche anterior, todos ellos casi idénticos en la forma de ejecución y en el nivel de violencia. En cada uno de los casos se habían extraído órganos de los cuerpos, aunque no siempre los mismos. El corazón a uno, los pulmones a otro, y a una dama de Wimbledon le habían extraído el cerebro.

En cuatro de los casos (incluido el asesinato del que yo había sido testigo) habían encontrado los órganos robados por los alrededores. Fileteados, dispuestos en el suelo de forma ordenada, colocadas las secciones perfectamente según tamaño y grosor. En algunos casos, también se habían encontrado trozos destrozados del órgano, como si le hubiesen arrancado un trozo a mordiscos, lo hubiesen masticado y luego escupido. Lo habían probado. Lo habían puesto a prueba.

Y había habido testigos. No de todos los asesinatos, pero sí de los suficientes como para convencerme de que el asesino (Holmes, me seguía diciendo, Holmes) quería que lo vieran. Aunque existía otro misterio: cada uno de los testigos había visto a alguien distinto. Uno de ellos vio a un hombre alto y gordo que llevaba una poblada barba y bigote y vestía de forma desaliñada y sucia. Otro describió a un hombre algo más bajo vestido decentemente, que llevaba una linterna ciega en una mano y una espada en la otra. El tercer testigo hablaba de la asesina que había visto: una mujer de una gran fuerza, puesto que había retenido a la infortunada víctima contra la pared mientras la destripaba.

Un misterio, sí, pero solo por un instante. Solo hasta que recordé lo mucho que le gustaban a Holmes los disfraces, y empecé a vestir la imagen que recordaba de él de la noche anterior primero de forma desaliñada, portando una linterna ciega y, por último, con un vestido de mujer.

—Oh, Dios mío —musité—. Dios mío, ¿qué le ha pasado, Holmes, viejo amigo? ¿La cocaína? ¿Ha acabado con usted la tensión? ¿La presión de tener una mente que no puede descansar, de trabajar en asuntos tan malignos y criminales?

Cuantas más vueltas le daba, peor me parecía. No podía dudar de lo que había visto, a pesar de que iba contra toda lógica, contra el sentido común. Traté de utilizar la



razón y la deducción tal y como habría hecho Holmes, intentando olvidar lo espantoso del caso para reducirlo a lo básico, asegurando los hechos y tratando de rellenar los huecos. Pero mi memoria no cooperaba; no podía evitar recordar a mi amigo acuchillado sobre el cadáver, primero apuñalándolo y luego diseccionando con mucho cuidado el pecho del muerto. La sangre. Ese extraño olor que flotaba en el aire, como a miel dulce (y puede que eso fuera una pista, aunque no podía hacer nada con ella).

Esa terrible y espantosa sonrisa de Holmes cuando me vio.

Tal vez fuera eso lo peor. El hecho de que diera la impresión de que se estaba ufanando.

Bien podría haber permanecido así durante días, convirtiéndose mi fingida enfermedad en algo real a medida que la verdad destrozaba mi alma. Pero la tarde de aquel primer día tras los crímenes recibí una visita que me obligó a decir la verdad.

El detective inspector Jones, de Scotland Yard, vino a mi casa en busca de Holmes.

—Se trata de un caso aterrador —me dijo—. Nunca he visto nada parecido. —Su rostro había palidecido al recordar los cadáveres que debía de haber visto durante todo el día—. Diferentes testigos vieron a gente distinta por todo el extremo sur de Londres. Un hombre me dijo que el asesino era su hermano. Y una mujer, que fue testigo de otro asesinato, se estaba guardando, sin lugar a dudas, algo de índole personal. Los propios asesinatos son tan parecidos entre sí como para haber sido cometidos de forma idéntica. El asesinato, seguido de la extracción de un órgano.

—Suenan espantoso —dije de forma poco convincente, pues la verdad pugnaba por salir.

—Lo fue —afirmó Jones. Y luego me miró con toda la intención—. Lo que no han dicho los periódicos es que al menos tres de las víctimas estaban vivas cuando se les extrajeron los órganos, y que esa fue la causa de su muerte.

—¿A qué horas? —pregunté.

—Por lo que hemos podido averiguar, hay cerca de una hora entre una muerte y





otra. Y, aun así, un asesino diferente en cada caso. Y estoy seguro de que, con el tiempo, se revelará que todos los testigos conocían al asesino que vieron. Extraño. ¡Extraño! Doctor Watson, ya hemos trabajado juntos antes; conoce lo decidido que soy. Pero esto... esto me llena de terror. Temo que esta noche, a la puesta del sol, nos encontremos con otra serie de asesinatos, o incluso con algo peor. ¿Cuántas noches como esta tendremos que soportar antes de que se desate el pánico en Londres? ¿Una más? ¿Dos? Y no tengo ni la más mínima pista acerca de lo que está ocurriendo. Sospecho que es una secta compuesta por muchos miembros y que necesita los órganos para algún malvado propósito. Pero, ¿cómo encontrarlos? No tengo ninguna pista. ¡Ni una! Y estoy seguro, totalmente seguro, de que a su amigo Sherlock Holmes le fascinaría el caso.

Jones sacudió la cabeza y se desplomó en el sillón. Pensé que ya parecía totalmente derrotado. Me pregunté lo que podría causarle oír la verdad. Y aun así yo tenía que soportarla, así que pensé que lo mejor sería compartirla. Decirlo. Holmes, viejo amigo..., pensé con amargura, y le conté a Jones lo que había visto.

Estuvo varios minutos sin hablar. La conmoción que mostraba su cara ocultaba sus pensamientos. Miraba fijamente al fuego como si buscara allí otra posible realidad, pero mis palabras flotaban pesadas sobre nosotros, y mi conducta debió de resultarle prueba suficiente de que yo no mentaba.

—Las distintas descripciones... —dijo en voz baja, pero sentí que ya lo había averiguado.

—Disfraces. Holmes es todo un maestro.

—¿Debo dar caza a Holmes? ¿Perseguirlo a través del Londres que tan bien conoce?

—No veo cómo —le contesté, puesto que realmente nos veía incapaces de controlar la situación—. Holmes podría jugar al juego que escogiera hasta que él lo decidiera, y su final sería el que él quisiera. Conoce todas las calles, todos los callejones, tienda por tienda y casa por casa. En muchos casos sabe dónde vive cada uno, dónde trabaja y con quién se relaciona. Puede pasear a lo largo de una calle y, si quiere, ir contándome cosas de cada una de las casas. Lleva la agenda en el cerebro, exactamente



igual que la que tiene en Baker Street. Su mente... Ya conoce su mente, señor Jones. Es infinita.

—Y usted está seguro, doctor Watson. Su enfermedad no le ha afectado la vista, no ha tenido alucinaciones...

—Solo tengo enferma el alma debido a lo que he presenciado —le contesté—. Ayer por la tarde me encontraba perfectamente.

—Entonces debo ir a buscarlo —afirmó Jones, pero la desesperación y la desesperanza de su voz me dijeron que ya se había rendido. Siguió mirando al fuego durante un tiempo y luego se levantó y se recompuso; volvió a ser un profesional.

—Le deseo suerte —dije.

—¿Podría ayudarme? —me pidió Jones—. Usted lo conoce mejor que nadie. Es usted su mejor amigo. ¿Tiene alguna idea, algo que lo lleve a suponer por qué está cometiendo estos crímenes, dónde volverá a atacar?

—Ninguna —le contesté—. Lo que está claro es que es una locura. —Deseé que Jones se fuera en ese momento, que saliera de mi casa y se perdiera en la noche. Allí estaba el hombre que iba a perseguir a mi amigo, a darle caza en la tiniebla, que enviaría a sus hombres armados y dispuestos a disparar y a matarlo si llegaba el caso. Y a pesar de lo que había visto hacer a Holmes, de ese espantoso recuerdo... no podía afrontar la idea de su muerte.

Jones se marchó y me puse en pie de un salto. Él tenía razón. Yo conocía a Holmes mejor que cualquiera otra persona, y tras tantos años de acompañarlo mientras resolvía los casos más sorprendentes, esperaba que se me hubiera pegado algo de su intuición.

Ya había oscurecido casi totalmente. La roja luz del crepúsculo besaba mi ventana como si fuera sangre diluida, y si esa noche iba a ser como la anterior, mi viejo amigo ya estaría dando caza a su primera víctima.

Iría a Baker Street. Tal vez encontrase allí una prueba de su locura, y puede que incluso algo que me diera la esperanza de una cura.



Las calles me resultaron muy distintas esa noche.

De entrada, había menos peatones. Mucha gente había oído hablar de los asesinatos de la noche anterior y prefirió quedarse en casa. También llovía, una fina neblina que cubría las ropas y las empapaba de forma inmediata. Las farolas proporcionaban oasis semiiluminados en medio de la oscuridad, y me dirigía justamente a ellos, yendo de uno a otro lo más rápido que podía. Incluso entonces, mientras pasaba bajo las luces y veía cómo cambiaba mi sombra de dirección, me sentía más vulnerable que nunca. Yo no podía ver más allá de la débil influencia de las farolas, y quedaba iluminado para que todo el mundo pudiera verme, cualquier extraño que se ocultase entre las sombras, cualquier «amigo» que portase un cuchillo.

Podría haber encontrado el camino a Baker Street en la oscuridad. Caminé con rapidez y seguridad, prestando atención por si oía cualquier señal de persecución. Traté de escudriñar entre las sombras, pero sabían guardar bien sus secretos.

Me parecía que todo había cambiado. No solo era mi reciente miedo a la oscuridad, sino la percepción de que nada, nada, es exactamente lo que parece. Holmes siempre había sabido que la verdad se encuentra en los detalles, pero, ¿habría sospechado alguna vez la existencia de esa destructiva parte suya, de esa corrupta corriente de experiencia, conocimiento y agotamiento que lo había conducido a la locura? Era un Londres más cruel el que crucé aquella noche. El bien y el mal se habían fundido y confundido en mi mente, pues, a pesar de que sabía a ciencia cierta que lo que Holmes había hecho estaba mal, tampoco podría nunca estar bien perseguirlo y matarlo por ello.

Llevaba mi revólver en el bolsillo, pero a cada paso que daba rezaba para no verme obligado a utilizarlo.

Las sombras saltaban desde los callejones y se deslizaban en los tejados, pero solo se trataba de mi imaginación, que retorció el crepúsculo. Cuando llegué a Baker Street



ya había oscurecido por completo, y la luna era un pálido fantasma que se recortaba contra la niebla de Londres.

Me quedé fuera un tiempo, contemplando la ventana de Holmes. Por supuesto, no había luz alguna, ni señal de que allí viviera alguien, pero seguí esperando unos minutos, sintiéndome protegido con los recuerdos. Seguramente, nunca me atacaría allí, a la sombra del que fuera su hogar durante tanto tiempo. No, temía que se hubiese marchado, que se ocultase en algún rincón desconocido de Londres, o que incluso se hubiese llevado su locura a cualquier otro rincón del país.

Oí un ruido a mis espaldas y me giré con rapidez, mientras rebuscaba en el bolsillo en busca de mi revólver. Había sido un pop apagado, como si alguien hubiera abierto la boca para hablar. Retuve el aliento y apunté con mi arma desde la cadera. No había nada. Sentía cargado el silencio, la oscuridad, como si bulleran de secretos y de algo más terrible... Algo...

—Holmes —llamé. Pero él no iba a estar allí, no era tonto, no era tan estúpido como para regresar, cuando se lo buscaba debido a algunos de los más espantosos asesinatos...

—Amigo mío.

Empecé a andar tratando de averiguar de dónde había venido la voz. Sostuve la pistola con más fuerza y la fui dirigiendo lentamente de izquierda a derecha, dispuesto a disparar en cuanto algo se moviera. Estaba aterrado, más de lo que había creído posible. Se me hizo un nudo en el estómago, revuelto ante la idea de que me clavasen en él un cuchillo.

—¿Es usted, Holmes?

El silencio continuó durante un tiempo, así que empecé a pensar que estaba imaginándome cosas. Hubo un momento en el que aumentó la oscuridad, como si algo hubiese pasado frente a la luna; incluso levanté la mirada, pero no había nada en el cielo y la luna seguía tan pálida como de costumbre.

—¡Usted también lo ha sentido! —exclamó la voz.



—Holmes, por favor, deje de esconderse.

—Vaya a mi habitación. La señora Hudson aún ni ha oído hablar de ello; le dejará entrar, y yo encontraré mi propia forma de colarme.

No parecía loco. Sí que sonaba diferente, pero no loco.

—Holmes, tiene que saber...

—Soy consciente de lo que vio usted, Watson, y hará bien en mantener el revólver desenfundado y apuntando al frente. Vaya a mi habitación, quédese en una esquina, y no guarde el arma. Por su cordura, por su paz mental, esto tiene que quedar entre nosotros durante un tiempo.

—Vi... Holmes, vi...

—A mi habitación.

Y entonces se fue. No lo oí partir, no vi nada que se alejara en la oscuridad, pero supe que mi viejo amigo se había marchado. Deseé tener una antorcha con la que poder seguirlo, pero Holmes habría esquivado la luz. Y con esa idea recuperé mi fe en las habilidades de Holmes, en su genialidad, en su desprecio por los niveles normales de razonamiento y de inteligencia.

Seguía estando loco, pero... no podía evitar confiar en él.

Oí a lo lejos, muy, muy lejos, lo que parecía un grito. Había zorros en Londres, y miles de perros salvajes, y había quien decía que los lobos seguían rondando por los callejones olvidados de esta ciudad en crecimiento. Pero aquello había sonado como si fuera un grito humano.

No podía haber llegado tan lejos en tan poco tiempo.

¿Verdad?

La señora Hudson me recibió, y fue lo suficientemente amable como para ignorar lo preocupado que me encontraba mientras subía las escaleras hacia la habitación de Holmes.



Hubo otro grito en la noche antes de que Holmes apareciera.

Había abierto la ventana y me encontraba allí, en la oscuridad, observando Londres y escuchando. La ciudad estaba mucho más silenciosa por la noche, lo que, irónicamente, hacía que cada sonido sonase mucho más alto. El ladrido de un perro que recorría las calles, un portazo, rebotaban una y otra vez en las paredes. El grito... Esta vez no tuve ninguna duda: era humano, y a pesar de que se produjo mucho más lejos que el que había oído antes, aún pude sentir su agonía. Segundos más tarde le siguió otro grito, que se cortó bruscamente. No se oyó nada más.

«Vaya a mi habitación, quédese en una esquina, y no guarde el arma», me había dicho Holmes. Me quedé junto a la ventana. Al menos, allí había una ruta de escape, si es que la necesitaba. Lo más probable es que me rompiera el cuello en la caída, pero al menos tendría una oportunidad.

¡He acudido a su habitación!, pensé. Como una mosca a la telaraña. Como una gallina a la madriguera del zorro. Pero, aunque su voz no había sido la de siempre (más tensa), no podía creer que el Holmes que me había hablado minutos antes estuviera en esos momentos por ahí, causando todos esos gritos.

Pensé brevemente en el detective inspector Jones, y deseé que se encontrara bien.

—Estoy convencido de que sigue con vida —dijo Holmes a mis espaldas—. Es demasiado estúpido como para no estarlo.

Giré a gran velocidad y levanté el revólver. Holmes había entrado y se erguía junto a la puerta. Se había introducido en la habitación y cerrado la puerta a sus espaldas sin que yo lo oyera. Respiraba con dificultad, como si hubiese estado corriendo, y yo me hice a un lado para dejar que pasara la luz de la luna, temiendo ver oscuras manchas de sangre en sus manos y sus mangas.

—¿Cómo sabía que estaba pensando en Jones? —le pregunté, sorprendido una vez más por el razonamiento de mi amigo.

—La señora Hudson me contó que él había venido aquí en mi busca. Supe



entonces que la siguiente visita de su investigación sería usted, y que, inevitablemente, el alto sentido de la moral de usted le obligaría a relatarle lo que, obviamente, había visto. Sabe perfectamente que, en estos momentos, él está ahí fuera, dándome caza. Y el grito... parecía humano, ¿verdad?

—Encienda la luz, Holmes —le pedí.

Creo que negó con la cabeza en la oscuridad.

—No, llamaría la atención. No es que ellos no sepan que estamos aquí... Deberían... El miedo, el miedo tiene un olor tan dulce... para las abejas...

—Holmes. Encienda la luz o le dispararé. —Y en ese momento, de pie en aquella habitación en la que mi amigo y yo habíamos vivido años de alegría y de negocios, estaba diciendo la verdad. Tenía suficiente miedo como para apretar el gatillo, pues, a pesar de lo demente que sonaba, el intelecto de Holmes podía vencer a mi arcaico revólver. Podía vencerme. Si quería hacerlo, si me había atraído hasta allí para que me convirtiera en su próxima víctima, podía matarme.

—Muy bien —accedió mi amigo—. Pero prepárese, Watson. Han sido veinticuatro horas muy ajetreadas.

La lámpara se encendió.

Me quedé sin aliento. Tenía el aspecto de un hombre que debería estar muerto.

—¡No baje ese revólver! —me gritó de pronto—. Siga apuntándome, Watson. Después de lo que cree que me vio hacer, si baja la guardia me disparará al más mínimo ruido o movimiento. Está bien. Aquí. Apunte aquí. —Se golpeó en el pecho y yo apunté hacia allí con la pistola, a pesar de lo débil y conmocionado que me encontraba.

—Holmes... ¡Tiene un aspecto espantoso!

—Me siento peor. —Viniendo de Holmes era una broma, pero no pude sonreír. De hecho, apenas podía respirar. Nunca lo había visto tan sucio, agotado y desaliñado. Sus ropas habitualmente inmaculadas estaban rasgadas, húmedas y llenas de barro, y estaba totalmente despeinado. Tenía las manos ensangrentadas (vi que estaban llenas de cortes, por lo que, al menos por el momento, creí que se trataba de su propia sangre), su



mejilla estaba seriamente arañada en varios lugares y había algo en sus ojos... Estaban desorbitados y enloquecidos, lo que desmentía la calma que transmitía con su voz.

—Está usted loco —le espeté, incapaz de contener las palabras.

Holmes sonrió, y esa sonrisa no se parecía en nada a la expresión maníaca que me dirigió cuando se encontraba acuclillado sobre el moribundo.

—No se precipite en sus conclusiones, Watson. ¿No aprendió nada en todos los años que estuvimos juntos?

Empezó a temblarme la mano con la que sostenía el arma, pero seguí apuntando a mi amigo desde el otro lado de la habitación.

—Sabe que tengo que entregarlo. Tengo que llevarlo a la comisaría. No puedo... no puedo...

—¿Creer?

Asentí. Yo sabía que él ya estaba jugando a sus juegos. Me hablaría, me ofrecería explicaciones, me convencería de que las víctimas merecían morir, o de que le habían atacado..., o de que existía otra cosa mucho más sencilla que a mí se me escapaba. Hablaría hasta que me convenciera, y entonces atacaría.

—No puedo creerlo, pero debo hacerlo —afirmé, con una voz llena de decisión recién descubierta.

—¿Por qué lo vio? ¿Debido a que me vio matar a alguien debe creer que realmente lo hice?

—Por supuesto.

Holmes sacudió la cabeza. Frunció el ceño y, por un momento, dio la impresión de que se alejaba y se concentraba en algo que se encontraba muy lejos de Baker Street. Y entonces me volvió a mirar, echó un vistazo a la repisa que se encontraba sobre la chimenea y suspiró.

—Si no le importa, Watson, me gustaría fumarme una pipa. Me servirá para despejar la mente. Y le explicaré lo que sé. Después, si sigue queriendo entregarme,





hágalo. Pero estará condenando a muerte a incontables víctimas.

—Fume —le dije— y cuénteme. —Está jugando conmigo, jugando todo el tiempo...

Holmes encendió una pipa y se sentó en el sillón, con las piernas levantadas de tal forma que la cachimba casi se apoyaba en sus rodillas. Fijó la vista en la pared más alejada, no en mí, que permanecía junto a la ventana. Bajé ligeramente el revólver y, esta vez, Holmes no protestó.

No pude ver ningún cuchillo, ninguna suciedad en sus manos excepto su propia sangre seca. No había mancha alguna en su barbilla procedente de la carne masticada de los tipos a los que había matado.

Pero eso no demostraba nada.

—¿Se ha mirado alguna vez en el espejo y se ha concentrado realmente en la persona que ve allí? Inténtelo, Watson, es un ejercicio interesante. Después de estar mirando una hora, ve a otra persona. Con el tiempo, ve aquello que ve un extraño, no esa imagen compuesta de rasgos faciales que le es tan familiar, sino partes independientes del rostro; la enorme nariz, los ojos muy juntos. Se ve a sí mismo como una persona. No como usted.

—¿Qué está tratando de decirme?

—Le estoy tratando de explicar que la percepción no es definitiva, ni está libre de fallos. —Holmes le dio una chupada a su pipa y luego se la quitó lentamente de la boca. Se le abrieron mucho los ojos y se le oscureció el rostro. Se le había ocurrido alguna idea, y la fuerza de la costumbre me hizo guardar silencio durante un minuto o dos.

Entonces me volvió a mirar, pero no dijo nada. Parecía más preocupado que nunca.

—Lo vi matando a un hombre, Holmes —le dije—. Lo mató y se rió de mí, y luego lo abrió en canal y le sacó el corazón.

—El corazón, sí —dijo, desviando la mirada y volviendo a preocuparme—. El corazón, el cerebro... Partes, todo parte de un todo... Componentes de un mismo objeto...



—continuó musitando hasta que su voz se desvaneció, aunque sus labios seguían moviéndose.

—¡Holmes!

—Todo se ha quedado silencioso en el exterior. Ya vienen. —Lo dijo en voz muy baja y me miró con ojos tristes y aterrorizados, y un escalofrío me recorrió la espalda. «Ya vienen». No se refería a Jones o a la policía; no se refería a ninguna persona. Ningún hombre podía asustar a Holmes tanto como lo estaba en aquel momento.

—¿Quién? —le pregunté. Pero él se levantó de pronto y corrió hacia donde yo estaba, y me agarró de tal forma que nos quedamos cada uno a un lado de la ventana.

—Escúcheme, Watson. Si es usted mi amigo, si le quedan fe y lealtad, si me aprecia, va a tener que creerse dos cosas en los próximos segundos para que podamos sobrevivir. La primera es que yo no soy un asesino; la segunda es que, mientras dure todo esto, no puede confiar en sus ojos. En el instinto y en la fe, en eso es en lo que puede confiar, porque eso no lo pueden cambiar. Puede que lo llevemos demasiado dentro, que forme parte de lo que somos, no lo sé...

Volvía a musitar, a ratos de forma coherente y a ratos de forma incoherente. Y yo sabía que él habría podido matarme. Se había abalanzado hacia mí a tal velocidad, me había sorprendido tanto que me había olvidado completamente del arma que tenía en la mano.

Y luego, la negación.

Empecé a dudar, y la duda creció rápidamente al ver la expresión que tenía Holmes en el rostro. La había visto muchas veces antes. Se trataba de la emoción de la caza, la excitación del descubrimiento, la pasión de la experiencia, el conocimiento de que su razonamiento había vuelto a ganar. Pero, bajo todo ello, existía un miedo tan profundo que hizo que se me doblaran las rodillas.

—Holmes, ¿qué son?

—Me pregunta qué son, Watson, no quiénes. Ya está empezando a creer. ¡Silencio! ¡Mire! ¡Allí, en la calle!



Miré. Corriendo a lo largo de la calle, dirigiéndose directamente hacia la puerta del edificio..., venía Sherlock Holmes en persona.

—Pensé que vendrían a por mí —susurró mi amigo—. Soy una amenaza para ellos.

—Holmes... —Apenas sabía qué decir. Las recientes conmociones me habían dejado aturdido, y me daba la impresión de que ahora me estaban destrozando por dentro y que la realidad se alejaba por un largo y oscuro túnel. Sentí que me separaba de todo aquello que me rodeaba, a pesar de que sabía perfectamente que, en esos momentos, necesitaba estar tan alerta y consciente como me fuera posible.

—¡No confíe en sus ojos! —me siseó.

Ese hombre corría igual que Holmes, con esa amplia zancada, con ese revoloteo del cabello cada vez que un pie impactaba contra el pavimento. Con esa mirada decidida en los ojos.

—Tenga fe, Watson —me dijo Holmes—. Tenga fe en Dios si es necesario, pero debe tener fe en mí, en nosotros, en nuestra amistad y en nuestra historia juntos. Porque siento que allí se encuentra la respuesta.

Oímos unas fuertes pisadas en la escalera.

—Lo derribaré, a eso, a esa cosa —dijo Holmes—, y usted le dispara a la cabeza. Vacíe el cargador, puede que un disparo no sea suficiente. No vacile, amigo mío. Esta cosa de aquí, esta noche, es mucho mayor que nosotros dos. Estamos luchando por Londres. Puede incluso que por algo más.

No pude decir nada. Deseé que Jones se encontrara allí con nosotros, que hubiese otra persona que tomase las decisiones y a quien echar la culpa. Fe, me dije, fe en Holmes.

Le había visto matar a un hombre.



«No confíe en sus ojos».

Estaba sucio y lleno de sangre debido a la persecución, a la ocultación por los crímenes que había cometido.

«No soy un asesino».

Y entonces la puerta se abrió de sopetón, y allí estaba Sherlock Holmes, en la puerta, iluminado por la lámpara, alto, imponente, con las ropas enfangadas y hechas jirones, la cara llena de arañazos, las manos ensangrentadas y llenas de cortes, y se me acabó el tiempo.

De pronto, la habitación se llenó de un dulce olor a miel, y cuando giré ligeramente la cabeza para mirar al Holmes que se encontraba a mi lado junto a la ventana, capté algo por el rabillo del ojo. Daba la impresión de que ese algo revoloteaba alrededor de la cabeza del Holmes de la puerta.

Lo miré directamente, y no había nada. Y entonces me sonrió exactamente igual a como lo había hecho cuando lo vi asesinando a aquel hombre.

—¡Watson! —me dijo Holmes mientras me agarraba por los brazos desde el otro lado de la ventana—. ¡Tenga fe!

En ese momento, el nuevo visitante destrozó la lámpara de una patada y saltó hacia nosotros.

Retrocedí. La habitación estaba a oscuras, iluminada tan solo por la pálida luz de la luna y la aún más pálida luz de las estrellas, que se filtraba a través de la niebla perenne de Londres. Oí un gruñido, un aullido, muebles que se rompían, algo que se partía mientras los dos Holmes luchaban en el centro de la habitación. Pronto dejé de distinguir quién era quién.

—¡Aléjese! —oí que gritaba uno de ellos—. ¡Aléjese! ¡Aléjese! —Parecía totalmente aterrado—. ¡Oh, Dios, oh, cordura, por qué nosotros!

Les apunté con mi revólver, pero las formas giraban y se retorcían, con las manos de cada uno en el cuello del otro y los ojos saliéndose de las órbitas, mientras se ponía delante de mi cañón primero el rostro de uno de los Holmes y luego el otro. Aun así di



un paso al frente, sin dejar de oler ese peculiar aroma a miel, y algo me picó en el tobillo, una forma parpadeante que se retorcía dentro de mis pantalones. Le di una palmada y sentí cómo se aplastaba el ofensor contra mi pierna.

Abejas.

—¡Watson! —gritó Holmes. Descorrí las cortinas para permitir que penetrara en la habitación tanta luz de la luna como fuera posible. Uno de los Holmes tenía al otro contra el suelo, con las manos alrededor del cuello.

—¡Watson, dispárale! —ordenó el Holmes de arriba. Tenía el rostro retorcido por el miedo y se le habían vuelto a abrir las heridas de la cara, de las que no cesaba de manar sangre. El Holmes que se encontraba en el suelo forcejeaba, soltaba sonidos borboteantes, se ahogaba, y cuando bajó la vista me miró a los ojos. Allí hubo algo que me obligaba a mirar, a no perder detalle a pesar de que el Holmes de encima no dejaba de exhortarme a que disparara, le disparara, ¡le disparara a la cara!

El Holmes prisionero se calmó de pronto y acercó una mano que sostenía un pañuelo. Se enjugó las heridas del rostro. Desaparecieron. La sangre permaneció un poco más, pero, cuando pasó el pañuelo por segunda vez, también desapareció. Los arañazos eran falsos, la sangre era falsa.

El Holmes de arriba lo contempló durante unos segundos, y luego me volvió a mirar. Salió una abeja de su oído y recorrió su rostro hasta llegar a su frente. Y entonces, los arañazos de su mejilla se desvanecieron y desaparecieron ante mis ojos.

Empezó a brillar. Vi algo bajo esa capa de color carne, algo que reptaba, se retorcía y se separaba, pero que se combinaba en un todo para presentar una imagen de solidez...

Varias abejas se separaron del conjunto y zumbaron alrededor de la cabeza del impostor. Holmes seguía forcejeando en el suelo, intentando quitarse de encima unas manos que no eran manos.

La imagen parpadeó y se nubló ante mis ojos, y recordé las palabras de Holmes: «no puede confiar en sus ojos... el instinto y la fe, eso es en lo que puede creer...».



Di un paso al frente, presioné el revólver contra la cabeza del Holmes que estaba arriba y apreté el gatillo. Algo salpicó el suelo y las paredes, pero no era sangre. La sangre no intenta escaparse, ni vuela, ni zumba ante la luz.

El que yo apretara el gatillo, ese acto de duda y de fe, lo cambió todo.

La cosa que había estado tratando de matar a Holmes parpadeó ante la luz de la luna. Era como si estuviera contemplando dos imágenes que se sustituían a gran velocidad, tan rápido que mis ojos casi las fundían en una sola, en una imagen mórfica. Holmes..., la cosa..., Holmes..., la cosa. Y esa cosa, fuera lo que fuese, era algo monstruoso.

—¡Otra vez! —gritó Holmes—. ¡Otra vez, y otra!

Me arrodillé para no herir por error a mi amigo y volví a disparar a esa forma espantosa. Esta se retorció a cada impacto, y la alternancia de imágenes se fue ralentizando, como si las balas estuviesen liberando la verdad. Lo que no sabía entonces, pero sí descubriría más adelante, era que las balas estaban definiendo la verdad. Cada vez que apretaba el gatillo le propinaba otro golpe a esa cosa, no solo físicamente sino también dentro de la naturaleza de mis creencias. Ahora sabía que aquello era un falso Holmes, y eso hacía que se debilitara.

La sexta bala encontró solo el aire.

Me resulta difícil describir lo que vi en aquella habitación. Solo tuve unos escasos segundos para captar la ambigua naturaleza de la cosa antes de que se hiciera pedazos, pero incluso ahora no logro encontrar palabras que describan la irrealidad de lo que vi, oí y olí. Había un olor a miel en el aire, pero era extraño, como proveniente del recuerdo de otra persona. El sonido que llenó brevemente la habitación bien pudo haber sido una voz. Si era así, hablaba en una lengua extraña, y no tuve deseo alguno de entender lo que decía. Un ruido como ese solo podía ser una locura.

Todo lo que sé es que, segundos después de producirse mi último disparo, Holmes y yo estábamos solos. Yo me encontraba recargando apresuradamente, y Holmes ya se había puesto en pie y enderezaba la lámpara de aceite para



proporcionarnos luz. No necesitaba haberme preocupado tanto, porque en verdad estábamos solos.

Excepto por las abejas. Muertas o moribundas, debía de haber unas cien sobre la alfombra, en el alféizar de la ventana o detrás de las sillas o de los objetos que había sobre el aparador, donde se habían refugiado para morir. A mí solo me habían picado una vez y daba la impresión de que Holmes había escapado totalmente ileso, pero las abejas espiraban delante de nuestros ojos.

—Dios mío —jadeé. Caí de rodillas al suelo, temblando, y mi mano ya no fue capaz de sostener el peso del revólver.

—¿Se siente mareado, amigo mío? —me preguntó Holmes.

—No, mareado, no —le contesté—. Empequeñecido. ¿Tiene algún sentido, Holmes? Me siento como un niño que, de pronto, es consciente de todo lo que tendrá que aprender alguna vez.

—Efectivamente, hay más cosas en el cielo y en la tierra, Watson —dijo Holmes—. Y creo que acabamos de tener un encontronazo con una de ellas.

Él también había tenido que sentarse, y en esos momentos se frotaba el cuello dolorido con una mano mientras que con la otra se pasaba el pañuelo por la cara para eliminar cualquier resto de maquillaje. Luego se limpió la sangre de las manos, así como los falsos cortes. Mientras se aseaba parecía distraído, con la mirada distante, y más de una vez me pregunté qué estaría mirando, qué sería lo que realmente veía.

—¿Puede explicármelo, Holmes? —le pregunté. Contemplé la habitación sin dejar de imaginarme dónde habría ido aquel ser, aunque en el fondo de mi corazón sabía que su naturaleza era demasiado oscura como para que la entendiera mi pobre intelecto—. ¿Holmes? ¿Holmes?

Pero su mente divagaba, al igual que su voluntad, y recorría los pasadizos de su imaginación, su intelecto lo conducía por rutas que yo apenas podía imaginar, mientras trataba de descubrir la verdad de lo que habíamos visto. Me levanté, cogí su pipa, la llené con tabaco, la encendí y se la coloqué en la mano. Él continuó sosteniéndola, pero



no le dio ni una chupada.

Permaneció así hasta que Jones, de Scotland Yard, entró como una tromba por la puerta.

—¿Y cuánto tiempo ha estado con él? —volvió a preguntar Jones.

—Horas. Puede que tres.

—¿Y el asesino? Usted le disparó, así que, ¿dónde está?

—Sí, le disparé. A eso. Le disparé a eso.

Le había contado la historia a Jones tres veces, y daba la impresión de que el grado de incredulidad crecía cada vez que se la explicaba. El silencio de Holmes no ayudaba.

«Otros cinco asesinatos», me había dicho Jones. «Tres de ellos con testigos, y cada uno de los testigos había identificado al asesino como un amigo íntimo o un miembro de su familia».

Lo único que le pude ofrecer fueron mis propios murmullos de incredulidad. Aunque ya disponía de algunas pistas (a pesar de lo increíble que fuera, a pesar de lo increíble que resultara, seguía teniendo presente la insistencia de Holmes en que lo improbable debía seguir a lo imposible), no podía expresar en voz alta los detalles. La verdad era demasiado extraña.

Por suerte, Holmes lo contó en mi lugar. De pronto se estiró y se levantó, y durante un tiempo me miró sin expresión alguna, como si se hubiera olvidado de que yo me encontraba allí.

—Señor Holmes —dijo Jones—. Aquí su amigo, el doctor Watson, después de haberme contado que es usted un asesino, insiste ahora en proclamar su inocencia. Como mínimo, encuentro su razonamiento curioso, por lo que me beneficiaría grandemente poder oír su versión del asunto. Aquí ha habido disparos, pero no tengo





ningún cuerpo, y a lo largo de todo Londres ha llegado esta tarde la aflicción a mucha más gente.

—Y les llegará a muchos más —afirmó Holmes con suavidad—. Pero creo que no será así durante un tiempo. —Volvió a encender la pipa y empezó a fumar con los ojos cerrados. Yo me daba cuenta de que trataba de reunir valor para exponer sus teorías, pero su rostro seguía teniendo una palidez y un fruncimiento de ceño que no le correspondían. Delataban ideas incompletas, verdades que aún seguían ocultas para su brillante mente. No me proporcionó consuelo alguno.

—Fue una suerte para Londres, y puede que para toda la humanidad, el que yo fuera testigo de uno de los primeros asesinatos. Estaba dando un paseo vespertino tras haberme pasado el día realizando pequeños experimentos biológicos con roedores muertos, cuando oí que algo se agitaba en unos arbustos que se encontraban en la parte delantera de un jardín. Parecía ser algo de mayor tamaño que un perro, y cuando oí lo que solo podía ser un grito, creí que sería prudente ir a investigar.

»Lo que vi... era imposible. Yo sabía que no podía ser real. Hice a un lado una pesada rama y observé cómo operaban a un anciano. Estaba claro que ya estaba muerto cuando yo llegué, porque el asesino lo había abierto en canal y se encontraba extrayéndole los riñones y el hígado. Y lo que yo vi fue que el asesino era esa mujer, Irene Adler.

—¡No! —jadeé—. Holmes, ¿qué está diciendo?

—Si me deja continuar, doctor, le quedará todo claro. Al menos algo más claro, pues aún quedan muchas facetas de este misterio que no he llegado a desvelar. Estoy seguro de que lo haré, caballeros, pero... debo contárselo. Debo contárselo todo, y esta noche la verdad surgirá sola.

»Sigamos: allí estaba Adler en persona, trabajando sobre ese anciano en el jardín de una de las mejores casas de Londres. Lo que era total y completamente imposible e



irreal. Y como soy la persona lógica que soy y creo en que la prueba, y no la creencia, es lo que define la verdad, me negué a aceptar la verdad de lo que veía. Yo sabía que no podía ser cierto, pues Adler era una mujer que nunca había asesinado y que sería incapaz de hacerlo. Y, además, llevaba fuera del país muchos años. Mi total incredulidad hacia lo que estaba viendo significaba que no veía la verdad, y que estaba ocurriendo algo fuera de lo normal. Y lo que entonces me pareció más extraño, ¡pero qué evidente resulta ahora!, había estado pensando en esa mujer mientras paseaba por la calle.

—Bueno, oírle que realmente lo admite, Holmes, significa que es una buena parte de este misterio.

—Por supuesto —me respondió Holmes, aunque algo bruscamente—. Como estaba dispuesto a creer en algo, digamos, ajeno a este mundo, fui capaz de verlo. Vi la verdad que se ocultaba detrás del asesino, detrás de la escena de devastación. Vi... vi...

Se le fue apagando la voz mientras miraba la noche fantasmal a través de la ventana. Tanto Jones como yo guardamos silencio al ver el dolor que embargaba a Holmes mientras trataba de continuar.

—Espantoso —dijo por fin—. Espantoso.

—Y lo que yo vi —dije, tratando de retomar la narración donde Holmes la había dejado— fue un impostor que había recreado a Holmes según su propia imagen...

—No —me interrumpió Holmes—. No, me recreó según la imagen de usted, Watson. Lo que usted vio fue la versión que usted tiene de mí. Esa cosa se introdujo en su mente y tomó la forma de la identidad más fuerte que encontró allí: es decir, yo. Tal y como pasó con los otros asesinatos, señor Jones, cuyos testigos vieron, sin duda, a sus hermanos, esposas e hijos asesinando a completos desconocidos sin razón alguna.

—Pero el asesino... —dijo Jones—. ¿Quién era? ¿Dónde está? Necesito un cuerpo, Holmes. Watson me ha dicho que le disparó al asesino, y yo necesito un cuerpo.

—¿No ha tenido ya suficientes? —le preguntó Holmes en voz baja. Vi la mirada que dirigió a Jones. Nunca, en todo el tiempo que duró nuestra amistad, me la dirigió a



mí, pero sí que la había visto utilizar en más de una ocasión. Su propósito nacía de una rabia ciega. Tenía un efecto estremecedor.

Jones titubeó. Empezó a decir algo, se calló y luego retrocedió hacia la puerta.

—¿Acudiré mañana al Yard? —preguntó—. Necesito ayuda. Y...

—Iré —le aseguró Holmes—. De momento, me imagino que tendrá usted bastante trabajo que hacer esta tarde por todo Londres. ¿Cinco asesinatos, ha dicho usted? Supongo que quedarán otros tantos por descubrir. Y debe de haber estallado un cierto pánico entre la población que va a ser necesario calmar.

Jones se marchó. Me volví hacia Holmes, y lo que vi me conmocionó tanto como los sucesos de las veinticuatro horas previas.

Mi amigo estaba llorando.

—Nunca podremos saberlo todo —dijo Holmes—, pero me temo que ese todo nos conoce a nosotros.

Nos encontrábamos sentados a ambos lados de la chimenea. Holmes estaba fumando su cuarta pipa desde que Jones se había marchado. Seguían brillándole en las mejillas, sin vergüenza alguna, los restos de las lágrimas, y mis ojos se habían humedecido en simpatía.

—¿Qué quería? —le pregunté— ¿Qué lo motivaba?

—¿Qué lo motivaba? ¿Algo completamente ajeno a este mundo, extraño para nuestra forma de pensar y de entender las cosas? Puede que no necesitase motivación alguna. Pero yo sugeriría la experimentación como su objetivo principal. Asesinaba, diseccionaba y examinaba a sus víctimas con la misma despreocupación con la que, estos últimos días, yo envenenaba y diseccionaba ratones. Se puede ver en la forma cuidadosa en que abrieron los órganos extraídos.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué razón tendría una cosa como esa para querer saber cómo



estamos hechos?

Holmes miró fijamente el fuego y las llamas iluminaron sus ojos. Me alegré. Aún podía recordar la vaciedad que había visto en los ojos de su doble cuando se acuclillaba sobre el cuerpo ensangrentado.

—Una invasión —musitó, y luego lo repitió. O puede que solo se tratase de un suspiro.

—Uno de los principales fallos de nuestra condición es que, cuanto más deseamos olvidar algo, menos capaces somos de hacerlo —comenté. Holmes sonrió y asintió, y yo me sentí infantilmente orgulloso por haber dicho algo que él parecía aprobar.

—Ahí fuera —dijo Holmes—, más allá de lo que conocemos o creemos conocer, se encuentra un lugar totalmente distinto. Un lugar que puede que nuestras mentes no puedan nunca llegar a conocer. Es como intentar meter un bloque cuadrado en un agujero redondo, no estamos hechos para entenderlo.

—¿Ni siquiera usted?

—Ni siquiera yo, amigo mío. —Vacío su pipa y la volvió a llenar. Parecía enfermo. Nunca había visto a Holmes tan extraordinariamente pálido, tan melancólico después de un caso, como si algo enorme se le hubiera escapado. Y creo que, incluso entonces, me di cuenta de lo que era: comprensión. Holmes tenía una idea acerca de lo que había pasado, y parecía encajar limpiamente con los hechos, pero no llegaba a entenderlo. Y, más que otra cosa, era eso lo que debía de haber causado la mayor parte de su depresión.

—¿Se acuerda del tiempo que pasamos en Cornualles, de esa experiencia aterradora con la quema de la pólvora del Pie del Diablo?

Asentí.

—¿Cómo podría olvidarla?

—No fueron alucinaciones —dijo suavemente—. Creo que se nos ofreció una visión del más allá inducida por las drogas. No fueron alucinaciones, Watson. No fueron



alucinaciones en absoluto.

Nos quedamos sentados en silencio durante algunos minutos. Cuando el amanecer empezó a suavizar los bordes de la oscuridad del exterior, Holmes se levantó de pronto y me pidió que me marchara.

—Necesito pensar en algunas cosas —me dijo con urgencia—. Hay mucho en lo que pensar. Y la próxima vez tengo que estar mejor preparado. Tengo que estarlo.

Dejé el edificio cansado, muerto de frío y sintiéndome más pequeño e insignificante de lo que jamás había creído posible. Aquella mañana caminé mucho tiempo por las calles. El aire me olía a miedo y, una vez, oí zumbear una abeja de flor en flor en unas madreselvas. En ese momento decidí volver a casa.

Mi revólver, que seguía totalmente cargado, se calentó allí donde mi mano no dejaba de agarrarlo, dentro del bolsillo de mi abrigo.

Durante las dos semanas siguientes, pasé todos los días por Baker Street. Holmes siempre estuvo en sus habitaciones, podía sentirlo, pero nunca llegó a salir, ni hizo intento alguno por contactar conmigo. En una o dos ocasiones vi su luz encendida y su sombra paseando de un lado a otro en el interior, ligeramente encorvado, como si cargara un enorme peso sobre los hombros.

La única vez que vi a mi brillante amigo durante todo ese tiempo, deseé no haberlo hecho. Estaba de pie ante la ventana, contemplando el anochecer, y, aunque me detuve y le hice señas, no me vio.

Daba la impresión de que observaba los tejados con sumo detenimiento, como si buscara alguna esquiva verdad. Y al estar ahí de pie, observándolo, tuve claro que esos ojos que brillaban con esa oscuridad y esa tremenda tristeza debían de estar viendo algo que no pertenecía a este mundo.



## La aventura del manuscrito árabe

Michael Reaves

De las muchas y variadas aventuras en las que tuve el privilegio de ayudar a mi colega y amigo Sherlock Holmes, existen varias que no he hecho publicar. La mayoría de esas omisiones fueron por razones relativas a la seguridad del Imperio, o para evitar escándalos o no avergonzar a ciertas partes implicadas. Hasta cierto grado, estas consideraciones también pueden aplicarse a los incidentes que se narran a continuación. No obstante, después de mucho discutirlo, Holmes y yo hemos llegado a la conclusión de que, por interés del Imperio (de hecho, de toda la humanidad), es mejor que queden documentados, a pesar del tremendo dolor que sé que me causará contarlos.

Déjenme comenzar, pues, en un día de primeros de octubre del año de Nuestro Señor de 1898. El sol brillaba pálido y débil en el cielo norteño. El viento soplaba ligeramente frío y las hojas de los árboles reflejaban toda la gama de colores de la naturaleza. Holmes y yo regresábamos de una entrevista en Reading. No había transcurrido demasiado tiempo desde que me había casado por segunda vez, y disfrutaba con la idea anticipada de volver a reunirme con mi flamante esposa tras dejar a Holmes en su residencia de Baker Street.

Nuestro camino nos condujo cerca de los jardines Foubury y, al verlos, mi estado de ánimo se oscureció ligeramente ante ciertos recuerdos. Eran recuerdos agri dulces que, para entonces, ya me resultaban familiares, pero seguían siendo dolorosos. Solo fue un instante, pero bastó para obligarme a apartar la mirada de la ventana de la calesa y dirigirla al frente, y en ese momento me di cuenta de la tranquilizadora mirada que me dirigía Holmes.



—Lamento decir que la guerra deja heridas que el tiempo no puede curar — señaló.

Nuestra relación había durado el tiempo suficiente como para que su sorprendente habilidad para adivinar mis pensamientos ya no pudiera asombrarme, aunque yo nunca lograría verlo como algo normal y corriente.

—Como siempre, ha acertado —le contesté—. ¿Cómo sabía que estaba pensando en mi tiempo de servicio en Afganistán?

Mi amigo agitó los dedos en un gesto despectivo.

—Su conducta es demasiado fácil de leer. Mientras pasábamos por los jardines Foubury vi cómo miraba la estatua del león de Maiwand, monumento que se erigió conmemorando la masacre del regimiento de Berkshire en aquella remota aldea afgana en 1880. Se le oscurecieron las facciones, sus dedos se dirigieron ligeramente hacia el hombro en el que recibió la herida y enderezó la postura de una forma más militar; todo ello, sin duda, de forma inconsciente. Incluso alguien menos observador que yo ante la conducta humana no habría tenido problema alguno en saber en qué pensaba usted; por supuesto, en el caso de que conocieran, como yo, su pasado militar.

Asentí con lo que creí que era un gesto que no me comprometía a nada, y al cabo de un rato Holmes volvió a centrarse en las calles por las que pasábamos. Me sentí aliviado. Existían cosas sobre mí que mi amigo, a pesar de toda su perspicacia, no había llegado a deducir, y no me sentía avergonzado, ni creía que se viera afectada la amistad que teníamos, por desear que permanecieran así. Existen secretos que no pueden revelarse ni a tu más íntimo amigo. Además, me dije para confortarme, pasó hacia ya mucho tiempo, en otras tierras; y, excepto por el ocasional sentimiento de nostalgia, lo había dejado totalmente atrás. Al fin y al cabo, ni siquiera Holmes podía intuir un episodio del pasado sin que se lo sugiriera algún tipo de evidencia.

Como me iba diciendo todo esto con gran confianza y satisfacción, solo ahora puedo imaginarme la ironía con la que recibirán mis lectores la siguiente escena. Pues, cuando regresamos al piso de Holmes en el 221B de Baker Street, la señora Hudson le informó de que una joven lo esperaba en el interior. Le entregó la tarjeta de visita de la



dama. Holmes le echó un vistazo y me la pasó. La fuente del rectángulo de cartón era pequeña y cursiva, y seguía intentando descifrarla cuando lo seguí a través de la puerta.

La reconocí de inmediato, por supuesto. Fue como si los veinte años que habían transcurrido lo hubieran hecho en un abrir y cerrar de ojos. En esos momentos llevaba una chaqueta cruzada y una falda de paseo, en lugar del khalat de piel de cordero que vestía la última vez que la vi. Su anteriormente sedoso cabello negro lucía algunos mechones grises, y tenía arrugas en los bordes de ojos y boca, debido tanto a los años como al inmisericorde sol tropical. Pero todas esas señales no se debían a la edad, sino a la vida; la vida dura y espartana de los afganos de las colinas.

—Miriam —dije. Apenas era consciente de que Holmes se encontraba a nuestro lado, observándonos, pero eso no me importaba. Lo único que me importaba era la sorpresa y el casi doloroso placer de verla allí. Di un paso hacia ella y ella hacia mí, y entonces recordamos que teníamos audiencia, y además una llena de curiosidad. Miré a Holmes y tosí sobre mi puño.

—Discúlpeme, Holmes —dije—. Solo es que... que ella y yo...

—Estoy seguro de que ni siquiera Lestrade dejaría de darse cuenta de que ustedes dos han tenido algún tipo de relación en el pasado —dijo Holmes con ironía. Le ofreció a Miriam una ligera reverencia—. Sherlock Holmes a su servicio, señorita Miriam Shah.

—Es un verdadero placer conocerlo, señor Holmes —contestó ella. Su voz era tan potente y melodiosa como yo la recordaba. Se giró ligeramente y pude ver que llevaba una única pieza de joyería: un amuleto tallado en lapislázuli con la forma de una mano abierta con un ojo en mitad de la palma. La sorpresa de volver a verla no era lo suficientemente grande como para no apreciar en silencio la originalidad del objeto.

No pude resistirme a hablar; que la decencia se fuera al cuerno.

—Miriam —le pregunté—, ¿cómo es que estás aquí? Es tan maravilloso volver a verte...

—También a ti, John —contestó ella—. Desearía poder decirte que fue el deseo de





hacerte una visita después de todos estos años lo que me impulsó a emprender este largo viaje. Pero, por desgracia, eso no es cierto.

—Qué interesante —comentó Holmes—. Por favor, tome asiento, señorita Shah. Tengo curiosidad por saber por qué la hija de un caudillo ha realizado un viaje tan largo desde las regiones montañosas del norte de Afganistán, concretamente, creo, la zona cercana a Mundabad, solo para verme, especialmente existiendo la posibilidad de correr un riesgo mortal para su alma.

La expresión de sorpresa de Miriam no fue, por supuesto, muy diferente de las que había yo observado en los rostros de otros clientes que se habían dirigido a Baker Street durante la última década.

—No han exagerado su reputación, señor Holmes —dijo—. ¿Cómo ha intuido esos hechos?

Holmes levantó una ceja.

—Querida señora, yo no «intuyo». Yo deduzco. Extrapolo. En su caso, El proceso fue muy sencillo. Su acento es suficiente para determinar su nacionalidad. Además, ha estado llevando hasta hace poco el velo tradicional de las mujeres musulmanas, que les cubre la parte inferior del rostro. La parte superior está más bronceada, ligeramente aunque de forma perceptible. En conjunto, las mujeres afganas de las montañas realizan una mayor variedad de tareas, todas ellas más duras, que las que habitan en las zonas más metropolitanas del país. Lo que hace que se encuentren expuestas al sol del desierto durante una mayor cantidad de tiempo. Tiene además líneas de piel más clara en brazos y dedos, lo que indica que está usted acostumbrada a llevar joyas; práctica que pocas pueden permitirse, a excepción de las hijas y las esposas de los líderes tribales. El que conozca a mi amigo y colega la sitúa en la región de Mundabad. Por último, la única pieza de joyería que ha conservado —señaló el amuleto que pendía de la garganta de ella—, es, creo yo, un talismán conocido como hamsa, que protege del mal.

Miriam asintió y se sentó, y no dijimos nada más hasta que todos nos hubimos servido el té que había traído la señora Hudson.



Por supuesto, yo ardía en deseos por saber qué había traído a Londres a esta mujer, que era probablemente la última persona de la Tierra que yo esperaba ver allí. Me contuve (al fin y al cabo, un caballero no puede obligar a una dama a hablar hasta que ella está preparada), pero me supuso un gran esfuerzo. Pues, en una ocasión, Miriam Shah me había salvado la vida. Literalmente.

Miriam dio un largo sorbo a su té y se estremeció.

—Así está mejor —comentó—. Creo entender ahora por qué los ingleses están tan ansiosos por extender su imperio; los mantiene alejados de este clima helador. —Y luego se dirigió a Holmes—: ¿Ha oído usted hablar del Kitab al-Azif?

Holmes se sobresaltó ligeramente; una reacción que creo que nadie notaría excepto yo, que lo conozco desde hace tantos años. Fue una de las pocas veces en las que lo vi demostrar sorpresa.

—He leído algo sobre él. Debo admitir que mis conocimientos son escasos. Por supuesto, kitab es el término árabe para «libro». Al-Azif es, por lo que tengo entendido, un término utilizado por los musulmanes; se refiere al zumbido de los insectos nocturnos, que sus mentes supersticiosas toman por los aullidos de los afrit, o demonios. Se cree que el libro lo escribió un yemení llamado Abdul al-Hazred, alrededor del 700 d.C. Su obra se tradujo posteriormente a otras lenguas; la primera vez la tradujo Philetas al griego y le cambió el nombre por Necronomicón, o Libro referente a los muertos, y, posteriormente, Olaus Wormius la tradujo al latín. Existe también una traducción al inglés realizada a finales del siglo XVI por el doctor ocultista John Dee, que le puso el nombre de Liber Logaeth. Creo que también se han realizado traducciones más recientes. Se supone que lo que contiene el libro es un compendio de antiguas tradiciones y conocimientos prohibidos acerca de diversos seres y criaturas anteriores a Adán. Algunos de ellos de origen extraterrestre, que gobernaron una vez la Tierra y que pretenden volver a hacerlo.

—Su información es correcta —le contestó Miriam.

Y guardó silencio durante un instante, como si tratase de recobrar. Más que nada para romper ese silencio, intervine:



—Evidentemente, una obra semejante debe de considerarse producto de una mente desequilibrada.

—Si al-Hazred no estaba loco antes de escribir esa obra infernal, seguro que lo estaba después de hacerlo —dijo Miriam—. Aquellos que han hojeado el Necronomicón afirman que se trata del libro más peligroso del mundo, pues proporciona algo más que el simple conocimiento de la existencia de estos Primigenios y de estos dioses antiguos: también ofrece instrucciones al lector para invocarlos de varias formas desde sus lugares de exilio, de suerte que puedan gobernar sobre la Tierra del mismo modo en el que lo hicieron hace eones.

Miré a Holmes, convencido de que él rechazaría de forma inmediata esa grotesca afirmación como el auténtico disparate que era. Estaba llenando de picadura la cazoleta de su pipa y no dejó de hacerlo. Sencillamente dijo:

—Continúe, por favor.

Miriam continuó y yo la escuché, tan sorprendido por su historia que casi olvidé mi sorpresa ante su presencia.

—Según la leyenda, al-Hazred había profundizado en sus estudios acerca de conocimientos prohibidos y antiguos cultos secretos. Había visitado Irem, la temible Ciudad de los Pilares, y otras conurbaciones perdidas aún más peligrosas. Se había comunicado con los djinn, con los afrit y con otros seres sin nombre aún más primitivos y poderosos. Y todo esto lo expresó en pergamino; toda una vida de experiencias enloquecedoras que destrozarían el alma.

»Es un hecho incontestable el que, a medida que cada traductor iba copiando la obra árabe en su propio idioma, resumía cierta cantidad de enseñanzas y secciones; quizá porque consideraban que contenían determinados saberes que la humanidad no debía conocer, o tal vez en aras de la brevedad y de la claridad, o puede que ambas cosas a la vez. Sean cuales fueran las razones, el caso es que las pocas copias que existen del Necronomicón han sido profundamente resumidas. Falta mucho más texto que el que nos han dejado. La edición latina original tenía novecientas páginas; el Liber Logaeth no alcanza las seiscientas. Se asumió que las páginas que faltaban se habían



perdido; hace siglos que no se ha visto el al-Azif al completo.

—Hasta ahora, por lo que veo —comentó Holmes. Su voz era plana, casi contemplativa. Ya había terminado de llenar su pipa, pero no la había encendido. Estaba sentado casi inmóvil, sin apartar su atenta mirada de Miriam—. Por favor, continúe.

Mientras Miriam seguía hablando, sentí cómo me recorría un escalofrío involuntario y me pregunté por qué; al fin y al cabo, yo ya estaba acostumbrado al fresco del otoño londinense, y, normalmente, apenas lo habría notado. Pero ahora temblaba. Era como si, de alguna forma, el calor de la chimenea no llegase a penetrar en la habitación, a pesar de que veía arder el fuego en ella.

—Hace dos años, se encontró un gran recipiente cerámico en las profundidades de una de las cuevas que existen en los estrechos cañones cercanos a donde vive mi gente. Los aldeanos más supersticiosos se encontraban algo preocupados por si el abrirlo pudiera desatar una plaga de demonios y mala suerte. Así que se llevó a Kandahar, donde se vendió a un ferengi.

Holmes dejó su pipa y juntó los dedos frente a su cara, con lo que, por un sorprendente instante, dio la impresión de que rezaba.

—Ha mencionado usted que el recipiente estaba sellado. ¿Cómo supo lo que contenía?

—Había una inscripción sobre la arcilla. Y también estaba esto, impreso en el sello de cera. —Se sacó de la chaqueta un trozo de papel doblado y se lo entregó a mi amigo, que lo abrió. Tenía dibujado una especie de símbolo; no puedo describirlo con exactitud, pero cuando Holmes lo levantó para examinarlo, el papel quedó por un instante ante el fuego, y su iluminación me permitió ver, brevemente, el boceto a través de él. Era algo abstracto, pero incluso en ese inadecuado vistazo me dio la impresión de que se trataba de algo... erróneo, como si representara algún tipo de anomalía espacial. No se me ocurre mejor forma de describirlo. Antes de que pudiera pedirle que me permitiera verlo, Holmes había hecho un gurrúño con el papel y lo había arrojado al fuego.



—Si no me equivoco, es lo que se conoce como el símbolo de los antiguos —dijo.

—Lo es. Lo que ponía en el recipiente era «al-Azif», en acadio.

—Ah. Era la lengua franca en el mundo árabe hasta, aproximadamente, el 700 d.C.

—Exacto —afirmó Miriam—. Da la impresión de que al-Hazred consideraba que los contenidos del libro eran tan importantes como para realizar una segunda copia del manuscrito al completo, como salvaguardia.

Los dos guardaron silencio durante un momento. Y entonces dijo Holmes:

—Ha seguido al ferengi, al extranjero que compró el manuscrito hasta Inglaterra. ¿Por qué? Comprendo la volátil naturaleza del texto, pero, ¿por qué la eligieron a usted para perseguirlo?

Ella me miró, y luego contestó:

—Me presenté voluntaria. Soy uno de los pocos de mi aldea que hablan francés e inglés, y, desde que puedo recordar, he oído rumores sobre esas antiguas sectas prohibidas, los adoradores de Aquellos que Llegaron Antes. —Se llevó la mano a la garganta y tocó el amuleto que llevaba allí colgado—. Mashallah —murmuró, y luego siguió hablando—: Las copias que existen del Necronomicón están guardadas bajo llave, para que los conocimientos que aún contienen no destruyan nuestra civilización. ¿No será entonces mucho más peligrosa la versión completa? Debe ser encontrada lo antes posible. Esa es la razón por la que he acudido a usted, señor Holmes. —Me volvió a mirar y sonrió—. Y no pude resistir la oportunidad de volver a verte, John, aunque sea brevemente.

Como puede imaginarse, el estado de mi mente tras oír esas palabras era complejo, por decirlo con suavidad. Todo ello me recordaba las febriles fantasías obra del hachís y el opio en muchas mentes orientales, y también en no pocas occidentales. Pero un simple vistazo a la amarga expresión de Holmes me confirmó que él no pensaba que este asunto fuera una fantasía.

—¿Qué puede contarme sobre el comprador del manuscrito?



—Tenía un aspecto fuerte, era alto, con el pelo y la barba negros y unos intensos ojos azules. Me dio la impresión de que se encontraba a mediados de la treintena.

—¿Tenía alguna marca especial, alguna característica o algún rasgo que sirva para ayudar a identificarlo en medio de una multitud?

Ella se lo pensó durante un rato.

—Sí. Tenía una cicatriz en la palma de la mano izquierda, como si se la hubiera cruzado un cuchillo.

—Ah. Qué esclarecedor —comentó Holmes. Se puso en pie—. Muy bien, señorita Shah; ciertamente, la acompañaré en su búsqueda, y espero poder decir lo mismo de mi colega. —Esto último lo dijo mirándose—. Si me disculpa, debo ocuparme de ciertos asuntos. Creo que nuestras pesquisas no nos llevarán más de un día, dos a lo sumo, por lo que deberemos llevar poco equipaje. —Y tras decir esto, Holmes abandonó la habitación.

Durante un tiempo, Miriam y yo nos quedamos juntos, en silencio. Mi mente estaba llena de pensamientos y emociones contradictorios; entre ellos, que mi esposa me esperaba en casa. Claro que ella ya estaba acostumbrada (tal vez «resignada» sería una forma mejor de decirlo) a que yo partiera repentinamente de Londres cuando Holmes me lo pedía. Pero esto era distinto, y no podía predecir su reacción.

O si se lo contaría alguna vez.

Esos desleales pensamientos no hicieron nada por calmar la tormenta que bramaba en mi interior. Me volví hacia Miriam, pues sentía la necesidad de decir algo que rompiera aquel silencio.

—Creo que no llegué a agradecerte de forma adecuada —le dije— el haberme salvado la vida hace tantos años. —Pues, efectivamente, eso era lo que ella había hecho al cuidarme durante los largos meses que duró mi convalecencia en Peshawar, tras resultar herido en el frente. Durante mi larga lucha contra las fiebres, en la que, en muchas ocasiones, me encontré al borde de la muerte, abrí muchas veces los ojos para encontrarme con una joven afgana, hija de uno de los caudillos tribales que se habían



aliado con nuestras fuerzas, que me enjugaba la frente o me atendía de cualquier otra forma. Al principio sufrí frecuentes períodos de delirio, y fue Miriam quien escuchó mis balbuceos, quién habló conmigo y me guió con amabilidad de vuelta a mis cabales. Estoy totalmente convencido de que, si no hubiera sido por su presencia, que me anclaba a la realidad, me hubiera vuelto loco. Y una vida sin mente no es vida en absoluto.

Durante los últimos meses de mi convalecencia mantuvimos largas conversaciones. Había recibido una buena educación, pues había estudiado en la universidad de Bombay, y era más inteligente y segura de sí misma que cualquier otra mujer afgana; a decir verdad, que cualquier otra mujer que yo haya conocido. Desarrollamos una fuerte amistad; realmente, era más que amistad. A través de todos estos años, lo que más recuerdo de ello es la sensación de haber conectado profundamente, una intimidad que no he vuelto a compartir con nadie desde entonces, ni siquiera con mi querida Mary. Habíamos hablado Miriam y yo de demasiadas cosas, incluidos asuntos del corazón. Cuando yo ya estaba casi totalmente recuperado, le pedí que me acompañara a Londres. Ella declinó la oferta aduciendo que, al ser hija de un jefe, tenía ciertas responsabilidades que no podía ignorar, ni siquiera por amor.

Los dos teníamos nuestras obligaciones, así que me fui, pero a lo largo de los años me pregunté más de una vez qué habría ocurrido si hubiéramos sido menos leales a nuestras obligaciones.

Y ahora ella se encontraba ante mí; mayor, igual que yo, pero en muchos aspectos seguía siendo la mujer que recordaba. Eso hizo que despertaran en mí cosas que llevaban dormidas mucho tiempo.

—No necesitas darme las gracias —respondió ella ante mi afirmación anterior—. Pues tu presencia enriqueció mi vida al menos tanto como espero que la mía haya enriquecido la tuya. Ojalá tuviéramos tiempo para hablar de esas cosas ahora. Pero no lo tenemos, John, y debemos actuar con rapidez y decisión si queremos asegurarnos de que exista un futuro. Si no lo hacemos así, el mundo podría volver a caer en las garras de los Primigenios.



Su aparente desprecio por nuestro pasado me pareció un poco brusco y me sentí algo decepcionado. Quise hacerle más preguntas, investigar con más detenimiento ese misterioso y aparentemente peligroso embrollo que, como parecía evidente, tenía que ver con la posesión de ese manuscrito árabe, pero ella colocó un dedo sobre mis labios y así me instó a guardar silencio.

—Hablaremos más tarde del pasado —me dijo—. Pero ahora debes prepararte para el viaje, tal y como está haciendo tu amigo.

Hubo algo en su forma de decirlo y en el tono que empleó que pareció asegurarme, de una forma sutil, que, a pesar de la obvia importancia de nuestra misión, no cabía ninguna duda de que todo saldría bien. Pero también sentía un cierto presentimiento: el frío seguía invadiendo la habitación, como si el cálido y alegre fuego se hubiese apagado de improviso. Por un lado, Miriam era la mujer que había encendido la pasión de mi juventud, años atrás y a un mundo de distancia; ahora era mayor y algo distinta, no exactamente como yo la recordaba. No pude evitar sentir una cierta tristeza nostálgica por el camino que no llegamos a tomar. Asentí y me dirigí por el pasillo hacia lo que una vez fue mi dormitorio, para preparar mi equipaje para una noche.

No me llevó mucho tiempo; con los años, me había hecho realmente bueno en meter en una maleta todo lo necesario para un viaje corto. En menos de un cuarto de hora ya estaba listo, excepto por tres objetos que incluí en ese momento. El primero era una piedra pequeña, del tamaño de mi puño, que tenía una superficie oscura y porosa. Si se miraba fijamente, daba la impresión de que se movían diferentes colores oscuros bajo su superficie, de forma parecida a lo que ocurre con los ópalos negros de Queensland, Australia. Me la encontré por casualidad en Afganistán y la guardé todo este tiempo como recuerdo. Llegué a considerarla un amuleto de buena suerte, a pesar de que sabía que Holmes no creía en esas cosas y que se habría burlado de mí por ello. Pero un hombre que ha estado en el campo de batalla rodeado de balas que pasan volando a su alrededor, y que ha sobrevivido mientras todos los que estaban a su alrededor caían muertos, sabe que la dama Fortuna sonrío o frunce el ceño a aquellos a los que ella elige. Me pareció apropiado, con Miriam allí, llevarme la piedra de la suerte.





El segundo objeto que decidí llevar encima era una pequeña bolsita de cuero en forma de lágrima, de unos doce centímetros de largo, llena de balas de plomo. Tenía un lazo de cuero en el extremo más estrecho. Era lo que en el mundo del hampa se conocía como una cachiporra. La sostuve durante un momento, metí el lazo por el pulgar y me golpeé la palma abierta con ella como prueba; luego la metí en el bolsillo de mi abrigo.

Aunque en esos momentos no había necesidad alguna de llevarlo, también incluí en el equipaje mi revólver Webley Bulldog, pues, aunque la mayoría de las aventuras que había vivido con Holmes no habían sido realmente peligrosas, ese presentimiento me instaba a ser más cauteloso de lo normal. Si llegase a darse el caso, prefería tener un arma a mano. Al fin y al cabo, esta vez no solo teníamos que protegernos Holmes y yo.

Cuando salí de la habitación me encontré con él en el pasillo. Parecía más preocupado que de costumbre, así que intenté animarlo con una broma.

—Vaya, Holmes, parece que tenemos otro juego en marcha, ¿eh?

No me devolvió la sonrisa.

—Esta vez no se trata de ningún juego, Watson. —Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir con eso, nos habíamos vuelto a reunir con Miriam y la señora Hudson nos anunciaba la llegada de la calesa.

Mientras esperábamos que el cochero pusiera nuestras maletas en la parte de arriba y nos enfrentábamos a un súbito viento helador y húmedo que amenazaba con arrebatarnos los sombreros, Miriam comentó:

—Señor Holmes, da la impresión de que usted ya tiene un destino en mente.

—Por supuesto, señora, lo tengo. Tomaremos el tren hasta Guilford Station y luego un carruaje con el que cruzaremos el río hasta East Molesey. El hombre que buscamos es el profesor George Coombs, que tiene una casa en las afueras de la ciudad.

Miriam miró a Holmes con una expresión más de curiosidad que de la habitual



incredulidad.

—¿Cómo puede saber eso?

—Por la descripción que nos dio usted, señora. El profesor Coombs es un hombre corpulento con el pelo y la barba negros y los ojos azules.

Miriam frunció el ceño.

—Me atrevería a decir, caballero, que debe de haber más de un hombre en Inglaterra que responda a la misma descripción.

Holmes sonrió ligeramente.

—Por supuesto, pero no tantos con una cicatriz de cuchillo que cruza la palma de la mano. El profesor sufrió esa herida cuando se defendía del ataque de un sectario del hachís hace unos años, cuando se encontraba en la India. Los llaman asesinos, por la droga que los conduce a una locura suicida. Normalmente suelen realizar su malvado trabajo con un cordel para estrangular, pero tengo entendido que el profesor, que había sido púgil en sus días de universitario, logró esquivar el ataque inicial, por lo que el aspirante a asesino tuvo que recurrir a una cuchilla. Lo que, obviamente, también falló, puesto que nuestro señor Coombs continúa entre nosotros.

Miriam parecía albergar algunas dudas. Claro que yo sabía que Holmes no hubiese reservado un coche de alquiler basándose solo en evidencias tan débiles; tenía que haber algo más. No tardó en llegar:

—El profesor Coombs es arqueólogo, y su último trabajo fue con la reciente expedición al paso de Khyber realizada por lord Richard Penhurst. Penhurst es un aficionado con muchos dones, y es lo suficientemente inteligente como para buscar ayudantes que posean las credenciales necesarias cada vez que se embarca en una de esas aventuras. Según el Times, el grupo acaba de regresar con un gran número de objetos que ha donado al Museo Británico.

—¿No sería entonces más inteligente comprobar primero el museo?

El ceño del rostro saturnino de Holmes se frunció ligeramente, y yo contuve las ganas de sonreír. No le gustaba demasiado recibir consejos, al menos de aquellos a los



que consideraba sus inferiores intelectuales, categoría en la que nos encontrábamos casi todos. Incluso le he oído discutir largo y tendido con su hermano Mycroft, a quien probablemente considera su único superior en cuestiones de capacidad mental, aunque yo tengo mis dudas respecto a ese punto.

—No, señora, pues si se hubiese entregado al museo un documento como el que usted describe, este aparecería en la lista de los objetos donados. Dado que yo he visto esa lista, y dado que el manuscrito no aparece en ella, asumo que lo más probable es que el profesor lo haya conservado para estudiarlo con mayor detenimiento. East Molesey es nuestro destino.

Situada al suroeste de Londres, aproximadamente a una hora en tren, Guilford es una ciudad con una vertiente académica, y la universidad local está bien considerada en ciertos círculos. El profesor Coombs, que era un hombre de Oxford y, por tanto, no estaba vinculado a la universidad local, vivía en las afueras de Molesey; su familia poseía allí una residencia, y el salario de un profesor, incluso cuando provenía de fuentes privadas, no era demasiado elevado.

Todo esto nos lo explicó Holmes en el tren mientras cruzábamos la intermitentemente soleada campiña inglesa. Los colores del otoño (rojos, amarillos y dorados) brillaban de forma bastante agradable sobre el paisaje, si es que estas cosas le importan a alguien. Por supuesto, Holmes nunca demostró tener demasiado interés en la naturaleza per se, aunque sí realizó algunos comentarios acerca de un grupo de cuadradas colmenas blancas que coronaban una colina ante la que pasamos. Siempre le habían causado una especial fascinación la exacta construcción de la sociedad y las colmenas de las abejas. Como yo había visto a hombres que, tras tres días bajo el sol tropical, eran poco más que cadáveres a causa únicamente de las picaduras de las abejas, tenía un cierto interés en los insectos, pero no era nada comparado con la fascinación que ejercían sobre Holmes.

Tras un par de horas de viaje, dio la impresión de que Holmes se quedaba



dormido, y una vez más quedé, de alguna forma, a solas con Miriam. Sentí la necesidad de hablar con ella de nuestro pasado.

—Miriam...

—Más tarde John —me interrumpió como si hubiese leído mis pensamientos—. Hablaremos de esas cosas más tarde.

A pesar de lo frustrado que me sentí, me di por vencido. Puede que ella también se diera cuenta de ello, pues me dijo con una sonrisa:

—¿Recuerdas una curiosa piedra que me enseñaste una vez? Me dijiste que la encontraste en el lecho seco de un río, cerca de Khusk-i-Nakhud.

—Sí. Una piedra extraña, seguramente procedente de un meteorito —le contesté—. Qué raro que lo menciones; la considero algo parecido a un amuleto de buena suerte, y la llevo a todas partes.

—¿La has traído ahora?

Saqué la piedra del bolsillo. Se le iluminó la cara con una sonrisa y extendió la mano. Se la di.

Pasó suavemente los dedos por su superficie, con los ojos ligeramente cerrados; daba la impresión de que casi le producía un placer sensual, como si su toque le despertara algún agradable recuerdo táctil. Tras un rato, suspiró y trató de devolvérmela.

—Quédatela —le dije.

—No podría.

—Me gustaría que lo hicieras. Después de todo, procede de tu país.

Sonrió, aunque su expresión estaba, de alguna forma, teñida de misterio.

—Gracias, John —me dijo con suavidad—. Lo aprecio más de lo que puedes imaginar. —Un instante después se llevó las manos detrás del cuello, se desabrochó el amuleto que llevaba colgado y me lo ofreció—. Un regalo por otro. Por favor.



—Miriam, no tienes que...

—Acéptalo, John —insistió—. Nos mantendrá juntos, siempre, sin importar la distancia que nos separe.

Enternecido, acepté. No hablamos más, pero mientras el tren continuaba su marcha nos sumergimos en un silencio cómodo y cómplice.

Los trenes británicos funcionaban como un buen reloj, por lo que llegamos a la estación de Guilford a nuestro debido tiempo, poco antes de que terminara la tarde, y tomamos una calesa. Las nubes que habían tapado parcialmente el sol empezaban a oscurecerse, y la amenaza de lluvia fue haciéndose cada vez mayor a lo largo del trayecto hasta la casa del profesor Coombs, que, como había señalado Holmes, se encontraba en la campiña, más allá de la ciudad propiamente dicha. Para cuando llegamos, ya había comenzado a chispear, y apenas habíamos llegado al porche cuando se abrieron los cielos y cayó un verdadero chaparrón acompañado de todo un vendaval. Mientras cruzábamos el patio azotado por el viento, percibí a través de la lluvia el vago perfil de una montañita o una colina que se elevaba sobre los campos situados detrás de la casa.

Llamamos a la puerta y respondió un mayordomo de aspecto duro que, según mi impresión, se encontraría más a gusto en un carguero pesado que trabajando como el principal sirviente de un hombre. Le caían bien las ropas que llevaba puestas, pero no parecía sentirse demasiado cómodo dentro de ellas. Dado que nuestra visita había sido algo improvisada y que no teníamos cita previa, y como Holmes siempre se impacientaba ante las buenas maneras, fui yo quien hizo las presentaciones y preguntó si el profesor podía atendernos. El mayordomo recogió nuestros sombreros y nuestras maletas, nos condujo a una modesta salita bien acondicionada y se marchó para ir a hablar con su señor.

Nunca estuve, ni creo que llegue a estarlo, al nivel de Holmes en lo que respecta a



las dotes de observación; pero hasta yo me di cuenta de lo ansiosa que parecía estar Miriam, que no dejó de cruzar y descruzar los dedos y de ajustarse nerviosamente la ropa mientras esperábamos. Se levantó un par de veces, dio unos pasos en distintas direcciones y se volvió a sentar. Resultaba evidente lo tremendamente preocupada que se encontraba por el peligro que representaba el manuscrito árabe. Debería haber intentado tranquilizarla, pero había algo en su postura (sus movimientos parecían extrañamente formales, casi como si gesticulase siguiendo un guión), junto con su anterior reticencia, que evitó que lo hiciera. Daba la impresión de que Holmes también lo había notado; la observaba con su habitual ojo clínico.

Transcurrió un breve espacio de tiempo durante el que los únicos sonidos fueron el crujido de la crinolina y el fuerte tictac de un reloj de pared. Al cabo de un rato, regresó el mayordomo de aspecto simiesco. A juzgar por las descripciones de Miriam y Holmes, lo acompañaba el profesor Coombs. Lo contemplé con mis ojos de médico. Era alto, robusto, de miembros ágiles a tenor de sus movimientos, de aspecto atlético, y lucía un profundo bronceado.

Una vez más, hice las presentaciones pertinentes. No me dio la impresión de que Coombs se sorprendiera al conocer nuestras identidades.

—El señor Sherlock Holmes y el doctor John Watson. Sus reputaciones los preceden, caballeros. Me siento honrado, aunque algo sorprendido, por su visita. Y la señorita Sha. —Hizo una reverencia—. ¿Nos conocemos? Me resulta usted familiar.

—Sí, caballero; bueno, más o menos. Aunque no pudo verme la cara, puesto que yo llevaba velo.

—Por supuesto. —Se sentó, igual que nosotros, y nos ofreció un burdeos, que rechazamos—. ¿Qué es lo que trae hasta aquí a dos caballeros de Londres? ¿Y a usted, señora, desde las tierras orientales?

—Por favor, profesor —dijo Holmes—. No hay razón alguna para hacerse el ingenuo. Hemos venido para hablar del Kitab al-Azif.

La sonrisa de Coombs resultó un destello de blanco contra la oscuridad de su



barba.

—Es usted directo, señor Holmes, tal y como me habían dicho. Déjeme serlo igualmente. ¿Qué es lo que buscan?

Holmes le contestó con suavidad:

—La señorita Shah está preocupada por si se utiliza... mal.

Coombs levantó una ceja.

—¿Y Sherlock Holmes comparte esa preocupación? ¿Un racionalista conocido por sus poderes de deducción? Usted, caballero, es inglés y un intelectual; seguro que no comparte las creencias que aparecen en el al-Azif.

Yo esperaba que Holmes respondiera rápida y afirmativamente a esta pregunta, pero me sorprendió.

—Aún no he completado mis investigaciones sobre el asunto —contestó Holmes con voz tranquila—. De todas formas, no tengo muchos deseos de despreciar sus premisas tan a la ligera.

Coombs asintió mientras se atusaba la barba.

—Es usted más inteligente, caballero, de lo que me habían hecho creer. Existen cosas bajo el cielo de Dios que a una mente decimonónica moderna le parecen imposibles, pero que, de hecho, son muy reales. —Se le oscureció el rostro—. A través de los años y de todos mis viajes, he llegado a contemplar alguna de estas cosas, y me he convertido en un creyente, aunque algo reacio.

Holmes no respondió a esto. Al cabo de un rato, Coombs continuó hablando.

—La señorita Shah puede estar tranquila. Les garantizo que no se hará mal uso del manuscrito. Forma parte de mi colección personal de antigüedades y curiosidades.

—Se puso en pie—. Me disculpo si les parezco algo brusco, pero mi agenda de hoy...

—¿Entonces guarda usted aquí el al-Azif? —preguntó Miriam.

Coombs la miró. Mientras él hablaba, ella no había cesado de realizar sus ansiosos movimientos, aunque sí los había disminuido. Fue entonces cuando Coombs



dio la impresión de fijarse en ella. Estrechó los ojos y me pareció que se comunicaban de alguna forma, sin palabras. Su rostro se llenó de terror y furia. Vi que Holmes se inclinaba hacia delante, observándolos con suma atención.

—No la esperaba tan pronto —dijo Coombs a Miriam. Elevó la voz—. ¡Bradley!

El mayordomo volvió a aparecer. Llevaba en su gigantesca mano un Webley del 38 Bulldog como el que yo portaba en mi maleta. Me di cuenta de que era exactamente como el mío, pues de pronto reconocí las cachas de marfil que había puesto en el revólver algunos años antes. Evidentemente, ese matón había registrado nuestro equipaje.

Nunca me había considerado un hombre especialmente de acción, a pesar de que el tiempo que estuve al servicio de Su Majestad me expuso a más problemas en tierras extranjeras de los que me correspondían. Y a pesar de que la mayoría de las investigaciones en las que nos habíamos involucrado Holmes y yo habían sido relativamente pacíficas, también había habido momentos en los que necesitamos un corazón atrevido, un rápido ingenio y unos movimientos aún más rápidos para poder sobrevivir. Así que, en el mismo momento en el que vi el arma en manos de ese bruto, deslicé la mano en el bolsillo de mi chaqueta y cogí rápidamente mi porra, la guardé en la mano y, sin dejar de sostenerla, la escondí en el regazo. No me pareció que el mayordomo se diera cuenta de ello.

Mientras tanto, Coombs hablaba con Holmes sin apartar la mirada de Miriam.

—Lo siento, señor Holmes, pero se ha visto usted involucrado en asuntos mucho más complejos de lo que puede llegar a entender. No puedo permitir que el manuscrito abandone mi custodia. Especialmente para caer en manos de alguien como ella.

Pronunció esta última frase con un asco similar al de un blanco que hablara de un negro leproso.

Aunque viviera mil años, nunca podré olvidar lo que pasó a continuación. Miriam (mi querida y dulce Miriam, que me había arrancado de las puertas de la muerte con sus dulces manos) miró a Coombs con una expresión tal de furia y maldad





concentradas que parecía inhumana en su propia intensidad. Y entonces habló, pronunció una corta y brusca expresión formada por dos palabras de un idioma que yo no pude reconocer. El timbre discordante de su voz me taladró dolorosamente los oídos.

—¡N'gêb Yalh'tñf!

De pronto, Coombs se inclinó hacia un lado, se aferró el pecho y se desplomó tal y como haría un hombre que sufriese un ataque fatal al corazón.

Bradley, el mayordomo, se acercó y apuntó a Miriam a la nuca con mi revólver. Tenía intención de disparar; vi cómo su dedo apretaba el gatillo, vi cómo se elevaba el percutor, vi cómo comenzaba a girar el cilindro para introducir la bala en la cámara, listo para disparar. Todo ello ocurrió lentamente, como si el tiempo se hubiese alargado de alguna forma. En ese instante prolongado, lo único que pude oír fue el tictac del reloj de pared, que de pronto parecía ser lo suficientemente potente como para pertenecer a un reloj del tamaño del Big Ben.

Y entonces los sonidos y el movimiento se apresuraron a llenar el vacío. Me di cuenta de que me había puesto en pie de un salto. Oí gritar a Holmes: «¡Watson, no!». Pero yo ya había saltado hacia el mayordomo y le había golpeado con la porra en el brazo, justo por encima de la muñeca. Oí claramente cómo se partía el hueso. Me encontré pensando: eso ha debido de ser el radio.

Bradley aulló de dolor y soltó el arma. Pero era un auténtico bruto, y a pesar de tener el brazo roto se volvió para luchar conmigo.

Me considero capaz de manejarme tan bien en una lucha a puñetazos como cualquier hombre civilizado, pero no nos encontrábamos en ningún cuadrilátero de boxeo. Ese matón me doblaba el tamaño, y resultaba obvio que se trataba de un luchador que nunca había oído hablar del marqués de Queensbury. No dudé en volver a emplear la porra.

La ventaja que tiene un doctor en medicina en una pelea es su conocimiento de la anatomía. Mi siguiente golpe acabó con el nervio del codo y le paralizó el brazo izquierdo; y aun así tuve que agacharme para evitar que me arrancara la cabeza con un



gancho lanzado con su derecha rota. El tercer golpe con la porra lo alcanzó en la sien derecha. Eso lo atontó, pero tuve que volver a golpearlo en la cabeza para completar el proceso. Bradley se desplomó, inconsciente.

Holmes se arrodilló al lado de Coombs, que intentaba decir algo. Miré ansioso a mi alrededor en busca de Miriam, pero no había ni rastro de ella. Al parecer, había huido de la habitación mientras yo me encargaba del mayordomo.

Me acerqué a Holmes, que sostenía la cabeza del profesor con una mano. Coombs nos miró con unos ojos colmados de un terror como yo no había visto jamás, ni siquiera en los hombres que morían en el frente.

—De... detrás de la casa —logró decir—. ¡En el crómlech! ¡Deprisa!

Esas fueron sus últimas palabras, pues lo que se oyó a continuación fueron los inconfundibles estertores de la agonía.

Holmes se giró para enfrentarse a mí.

—¡Watson! ¿Tiene ella la piedra?

Debo admitir que en ese momento yo me encontraba conmocionado.

—¿Qué?

—¡El amuleto de buena suerte que lleva a veces! —Había una intensidad en su expresión que nunca antes había visto, y que nunca más he vuelto a ver—. ¿La tiene ella?

—Yo..., sí. ¿Qué ocurre, Holmes?

Pero ya se había puesto en pie y corría hacia la puerta de la salita.

—¡A la puerta de atrás! —Me miró por encima del hombro—. ¡Dese prisa, si quiere que el mundo contemple otro amanecer! ¡Y traiga su revólver!

Confuso y bastante asustado, cogí el revólver de la mano inmóvil del mayordomo y lo seguí.



Salí por la puerta de atrás de la casa unos pasos por detrás de Holmes. En esos momentos, llovía con una fuerza casi tropical y ya era noche cerrada. Un relámpago me mostró nuestro destino: un crómlech, un antiguo enterramiento probablemente neolítico. Holmes cruzó a toda velocidad el ventoso camino y se refugió bajo la enorme piedra. Cuando llegué a su lado, él ya había encendido una cerilla y había prendido con ella una antorcha improvisada, que no era más que un palo de madera con el extremo plano envuelto en pajas y hierba seca. Gracias a su parpadeante luz pude ver que se trataba de una entre las muchas que había en el suelo frente a la entrada de la tumba. Holmes cogió una segunda antorcha, la prendió con la suya y me la pasó.

—Mantenga lista el arma —me susurró—. Y rece para que sirva de algo. —Con ese enigmático comentario, se introdujo por el estrecho pasillo.

El techo apenas nos dejaba espacio para caminar erguidos. Los muros eran de piedra seca, en la que se abrían de cuando en cuando oscuras entradas a varias cámaras funerarias interiores. El pasillo central descendía bruscamente y giraba de cuando en cuando para mitigar esa cuesta tan empinada. Tuve que tragar saliva en varias ocasiones para igualar la presión de mis tímpanos con la de la húmeda atmósfera de la tumba.

Por fin llegamos al nivel inferior. Unos pocos pasos más y el pasillo acababa en la entrada de una enorme cámara excavada en la roca subterránea. La luz de nuestras antorchas reveló dentro de aquella cámara una escena que, al principio, mi mente se negó a aceptar.

Miriam se erguía ante lo que parecía ser un altar de piedra flanqueado por stelae. Esos pilares de piedra estaban cubiertos por petroglifos, sellos que, ante la difusa luz, parecían retorcerse y bailar sobre las rocosas superficies. Sobre el altar se encontraban dos altas pilas de pergaminos antiguos, una de ellas más alta que la otra. Apenas pude descifrar esa desvaída y críptica escritura que hablaba sobre los pensamientos, las experiencias y los miedos del árabe loco que los puso por escrito por su propia mano, siglos atrás. Me di cuenta de que ese debía de ser el Kitab al-Azif al completo; el libro del que el Necronomicón no era más que un mero fragmento.



Ante él, sobre el altar, estaba mi piedra de la suerte, aunque apenas la reconocí. Brillaba con una sorprendente luz parpadeante que cambiaba de color a través de un oscuro espectro cuyos tonos no puedo ni nombrar.

Al principio, Miriam no se dio cuenta de nuestra presencia; se encontraba ocupada salmodiando frases en ese idioma que taladraba los tímpanos y que ya había utilizado arriba, hacía tan solo unos momentos. Mis sentidos se estremecieron mientras trataba de entender la fantasmagórica escena. Daba la impresión de que el propio aire estaba vivo y se hacía visible, se retorció como la niebla y el humo de una fría mañana de invierno en Londres, mientras aquellas extrañas sílabas reverberaban sobre nosotros con una cadencia totalmente inhumana:

—Wyülgn mefh'ngk fhgah'n r'tíhgl, khlobå lhu mhwnfgth...

Me di cuenta de que Holmes me estaba hablando, con urgencia, en una voz apenas audible por encima del cántico de Miriam.

—¡Dispare, Watson, dispare!

Miré a mi alrededor, confundido. ¿Dispararle a qué? Lo que estaba viendo era tan extraño e increíble como una de las fantasías de Julio Verne, pero no había ninguna amenaza inmediata...

—Ahora, hombre, ¡antes de que acabe el hechizo y sea demasiado tarde! ¡Debe hacerlo!

Lo miré al darme cuenta, horrorizado, de que lo que pretendía era que disparara a Miriam. En ese momento yo sabía que uno de nosotros se había vuelto loco, pero, para ser honestos, no estaba seguro de si se trataba de Holmes o de mí.

El asombro me había dejado paralizado, y Holmes debía de haberse dado cuenta, pues levantó su bastón y se lanzó a por Miriam.

Pero ella percibió su presencia antes de que él pudiera recorrer la mitad de la distancia que los separaba. Interrumpió su salmodia y lo perforó con esa misma mirada espantosa que había dirigido antes a Coombs. Musitó entonces esa orden de dos palabras que yo ya había oído antes, y Holmes se detuvo como si hubiera chocado



contra un muro de piedra.

Cayó de rodillas.

Dios mío, pensé. Pero estaba claro que allí no se estaba invocando a ninguna deidad benigna. Dejé de observar la temblorosa forma de Holmes y posé la vista en Miriam, y vi la crueldad en sus facciones, la feroz diversión de un gato que atormenta a un ratón. Miriam, que me había cuidado durante meses, que me había sacado del abismo. Miriam, una mujer extranjera a la que, en contra de todas las convenciones sociales, habría hecho mi esposa. Parecía totalmente ajena a mi presencia; toda su atención se centraba en Holmes.

—¡Holmes! ¡Ya voy! —grité.

Di un paso al frente, pero entonces me embargó un extraño letargo. Seguía siendo consciente de lo que ocurría, pero de una forma cada vez más propia de los sueños, como si estuviera sonámbulo. Me sentía de alguna manera ajeno a todo, como si me hubieran drogado. La mano con la que sostenía el revólver cayó inerte a mi costado. Me acordé de los experimentos de Mesmer sobre la concentración y la sugestión, pero al tiempo que pensaba en ellos se me antojaban falsos. Empecé a entender que la escena que se desarrollaba ante mí no era en absoluto de mi incumbencia; más aún, que mi mente humana no era adecuada en absoluto para empezar a entender lo que allí se estaba desarrollando. Era mejor, mucho mejor, no interferir.

El aire se espesaba y se iluminaba cada vez más; daba la impresión de que, de algún modo, se estaba fusionando en uno de los extremos de la cámara. Como si algo empezara a tomar forma allí donde no había nada.

Holmes, con lo que obviamente le supuso un enorme y titánico esfuerzo, se giró para mirarme. Su rostro se estaba volviendo gris. Una parte de mí, lejana y difusa, se dio cuenta de que estaba viendo cómo moría mi amigo.

Holmes se estaba muriendo. Y Miriam lo estaba matando.

No puedo explicar lo que hice a continuación; realmente, no parece existir ninguna razón lógica para ello. Solo puedo sentirme agradecido por el hecho de que mi



cuerpo reaccionara ante el peligro de una forma tan atávica y primitiva. Si me hubiera parado a pensar, si hubiera dudado, todo se habría perdido.

Metí la mano izquierda en el bolsillo, cogí el talismán que Miriam me había dado y lo saqué. También parecía brillar ligeramente, pero puede que solo fuera en mi imaginación. Lo puse sobre el suelo de piedra de la cámara y lo pisé hasta reducirlo a polvo.

Tal y como había ocurrido antes en la sala de Coombs, dio la impresión de que la realidad volvía de repente. La laxitud que me envolvía desapareció. Inspiré profundamente y levanté el revólver.

—¡Miriam, detente! —grité.

Vi claramente cómo recorrían su rostro la sorpresa y la incertidumbre.

—No puedes dispararme, John —me dijo—. Aún me amas.

Me di cuenta de que era verdad. Aún la amaba. A pesar de que sabía que me había atrapado con algún tipo de lazo mental, a pesar de que seguía matando lentamente de algún modo a Holmes desde lejos, yo aún la amaba.

—Únete a mí, John —me dijo. Incluso sin la ayuda del hechizo, su voz seguía siendo fascinadora, convincente—. Los secretos del árabe pueden proporcionarnos una vida más allá de este mundo, más allá de la carne, más allá de la imaginación... El cosmos será nuestro, John; mundos que crear, que gobernar, que destruir...

El ruido de mi arma al disparar fue probablemente el más potente que jamás haya oído.

Miriam, su rostro lleno de incrédula sorpresa, me miró atónita mientras se desplomaba. Al mismo tiempo, Holmes pareció recuperar sus fuerzas. Corrimos los dos hacia delante. Recuerdo que me pregunté si mis conocimientos de medicina podrían salvarla, si mi lealtad hacia la humanidad, hacia la vida misma, me permitiría...

Elevé la antorcha y obtuvimos respuesta a mis preguntas.

Fuera lo que fuera eso, ya no era Miriam Shah; si es que alguna vez lo había sido.



Obviamente, no estaba vivo en el sentido que nosotros le damos a la palabra, ni su muerte fue como la de cualquier ser material. O eso me han dado a entender. Por fortuna, lo he olvidado; mi memoria ha borrado ese recuerdo, algo por lo que, según Holmes, debería estar profundamente agradecido. Es él quien me ha proporcionado la descripción de nuestros últimos instantes en la cámara subterránea. Lo último que recuerdo es haber apretado el gatillo. El sonido del disparo sigue reverberando en mi interior.

Lo que viene a continuación a mis mientes es la vuelta a Londres en tren, al día siguiente. Del tiempo que tardamos en regresar a la superficie, solo recuerdo breves destellos intermitentes.

—Usted lo sabía —le dije a Holmes—. Usted sabía lo que era ella. Me pidió que me detuviera cuando yo traté de evitar que Bradley le disparara.

Él asintió con gravedad.

—Había intentado evitar que usted lo supiera, viejo amigo. Deseaba enfrentarme a ella solo, pero debo confesar que subestimé su poder. Si el hombre de Coombs podía acabar con ello en ese momento, yo estaba dispuesto a permitirselo.

Me sentía totalmente vacío; el dolor seguía estando allí, pero era como una ola lejana que rompía sobre una playa distante.

—¿Cómo lo supo, Holmes?

Por primera vez en nuestra relación, Holmes pareció reacio a mostrar sus habilidades deductivas.

—La pista más evidente fue el talismán —dijo finalmente—. Ninguna buena musulmana portaría algo parecido, pues su fe no permite llevar amuletos y el profeta prohíbe expresamente toda representación artística de la forma humana, aunque solo sea una mano. Pero creí que no se trataba más que de una parte de su disfraz. Debí suponer que poseía ciertos elementos magnéticos que le permitirían hipnotizarlo a



usted.

»Pero lo que me proporcionó más información fue su comportamiento. Aunque nunca me había hablado de ella, hace mucho que deduje que usted había conocido a alguien mientras prestaba servicio en el Oriente. Se me confirmó este dato hace cuatro años, cuando establecí una discusión acerca de la campaña de Maiwand con un antiguo soldado de infantería que había sido asistente de un médico en el mismo regimiento que usted. Por favor, créame cuando le digo que no le pregunté nada acerca de su estancia allí; él me contó voluntariamente que usted y una mujer afgana habían demostrado tener un cierto... afecto mutuo.

Esta vez me tocó asentir a mí. Afecto. Al menos, Holmes me permitía aferrarme a cualquier resto de orgullo que me pudiera quedar.

—Me di cuenta de que algo había cambiado en ella desde que usted la conoció. Su actitud era distante, a pesar de que sonreía y hablaba educadamente; supuse que tendría algún motivo oculto para ello. No mostró una auténtica sorpresa cuando anuncié nuestro destino, simplemente me preguntó por el razonamiento que me había llevado a esa conclusión. Resultaba obvio que ya conocía la identidad del profesor Coombs.

—Y entonces, ¿por qué involucrarnos? ¿Por qué no dirigirse directamente hacia su casa?

—Necesitaba dos cosas de nosotros. La primera era el fragmento de meteorito que usted tenía. La frecuencia de vibración de los elementos que lo componen era una parte imprescindible del ritual. La segunda era una forma de enfrentarse a cualquier oposición que el difunto profesor hubiera organizado contra ella. Él ya había anticipado que tratarían de reclamarle de algún modo el manuscrito, a pesar de que no estaba seguro de la forma en que se haría.

—Sigue pareciéndome una locura —le dije débilmente—. Libros mágicos..., una mujer poseída por un espíritu antiguo...

—No es magia, Watson. Mis investigaciones me han dejado claro que los poderes





de los Primigenios se basan en la ciencia, aunque en una ciencia mucho más avanzada que la nuestra. Hay teorías acerca de la posibilidad de la existencia de diferentes realidades que entran en contacto con la nuestra, como si se tratase de una baraja de cartas. Y, si se invocan ciertas fuerzas, esas realidades pueden llegar a fundirse. Creo que eso es lo que estaba tratando de hacer esa cosa que había asumido la identidad de Miriam Shah: eliminar los límites que existen entre nuestro mundo y otro distinto. — Hizo una pausa, y luego añadió—: Creo que su personalidad quedó totalmente absorbida por la otra consciencia. Tal vez pueda consolarse si sabe que el alma de la mujer que una vez conoció ya se había ido.

Asentí. Lo entendí. Incluso llegué a creérmelo, a pesar de lo absurdo que sonaba. Y aun así, no me sentí mejor al saber que no había matado a Miriam, sino a un ser que había usurpado su identidad para sus propios y malvados objetivos. Holmes afirma que ese extraño vórtice que había empezado a formarse en la cámara mientras esa cosa (no puedo llamarla Miriam) realizaba el ritual había desaparecido en el mismo momento en que este se interrumpió. Pero incluso saber que salvamos al mundo de ser infestado por un enemigo exterior me sirve de poco consuelo. Aquella bala había atravesado mi corazón exactamente igual que el de ella.

Puede que fuese cierta la teoría de Holmes de que la esencia de Miriam se había extinguido aun antes de que llegara a Londres. Pero me seguiré llevando a la tumba la expresión de dolor y traición que se reflejó en su rostro cuando la bala disparada por mi mano le arrebató la vida en el suelo de aquella húmeda caverna.

Mientras trataba de recobrar la compostura, me vino súbitamente un recuerdo: la imagen de Holmes ante el altar, con la antorcha en alto, contemplando ese abominable montón de páginas.

—¿Qué ocurrió con el manuscrito árabe, Holmes? ¿Qué hizo usted con él?

No dijo nada durante un tiempo. Y entonces contestó:

—El pergamino antiguo arde bastante bien.

Hubo algo extraño en su tono de voz que hizo que levantara la vista hacia él.



Miraba por la ventana. No había nada que ver allí excepto la campiña inglesa, algo que yo sabía perfectamente que, normalmente, no le interesaba para nada.

—Así que lo destruyó —comenté.

Una vez más volvió a dudar. Durante un instante, casi temí por él. Y entonces me miró y sonrió.

—Sí, Watson —me dijo, y esta vez era la voz del Sherlock Holmes que yo conocía y en el que confiaba—. Le prendí fuego con la antorcha. En cuestión de segundos, del Kitab al-Azif no quedaban más que cenizas. Y el mundo es un lugar mejor gracias a ello.

Me sentí inmensamente aliviado. Al fin y al cabo, Holmes valoraba el conocimiento más que ninguna otra cosa, sin importar de dónde proviniera. ¿Cuánto habría resistido una tentación semejante, incluso con su enorme fuerza de voluntad? Al destruirlo, había actuado adecuadamente, con cordura.

Holmes volvió a mirar por la ventana. Yo eché un vistazo por encima de su hombro. Una vez más, pasábamos frente a las colmenas de abejas.

—Unas increíbles criaturas, las abejas —musitó—. Cada una de ellas forma parte de un conjunto mayor. Todas sus acciones, todos sus movimientos y comunicaciones están finamente orquestados, ritualizados..., casi predestinados. Fascinante.



## El geólogo ahogado

### Caitlin R. Kiernan

10 de mayo de 1898

Querido doctor Watson:

Ante la insistencia de nuestro mutuo conocido, el doctor Ogilvey, del Museo Británico, le escribo en relación con un suceso singular que me acaeció durante un extenso viaje a través de las tierras bajas escocesas y la costa este de Inglaterra, desde el sur hasta el norte de Yorkshire. El propósito del viaje era la adquisición de ciertos especímenes geológicos locales, así como datos estratigráficos, para el Museo Americano situado aquí, en Manhattan, y en el que he estado trabajando estos cuatro últimos años. Como hombre de ciencia que escribe abiertamente a otro, confío en que reciba estas palabras con la intención con la que las envío; de hecho, la única intención con la que realmente se me ocurre presentarlas: como el verdadero y objetivo testimonio de un observador e investigador entrenado que ha sido testigo de una serie de sucesos sumamente peculiares, a los que, incluso ahora, tantos meses después, no logro encontrar explicación. Me temo que, si es usted la mitad del hombre de ciencia y medicina de lo que su reputación me ha hecho creer, cuestionará la veracidad de mi historia y, sin duda alguna, también mi cordura. Y respecto al motivo por el que Ogilvey me ha sugerido que le confíe a usted, caballero, estos hechos, pronto quedará claro. Más aún, si mi voz parece fallar en ocasiones, si mi narración parece titubeante, tenga a bien entender que, a pesar de que ha transcurrido casi un año desde aquellos extraños días junto a la costa, solo mediante la mayor fuerza de voluntad he sido capaz de poner



finalmente por escrito este relato.

Los viajes que realicé por su país, que ya he mencionado, comenzaron el pasado mes de junio, cuando llegué a Aberdeen tras pasar un nada problemático y lamentablemente improductivo mes estudiando en Alemania. Pasé todo junio y julio trasladándome en carruaje y por tren, siempre solo y siempre procurando encontrar el medio de transporte más conveniente y económico para mis, a menudo, poco ortodoxos propósitos; siempre hacia el sur, a través de campos de estratos paleozoicos y mesozoicos, por suerte para mí los que quedaban normalmente mejor expuestos, a lo largo de los más inaccesibles acantilados y playas. Así que, a mediados de agosto, la mañana del doce para ser precisos, había llegado a Whitby y me había alojado en un pequeño hotelito con vistas al puerto.

Tras largas semanas de abrirme paso por la dura campiña, por carretera y, a menudo, a pie, incluso este modesto alojamiento me parecía un auténtico lujo, se lo aseguro. Poder disponer de un baño caliente siempre que se quisiera, y de una buena comida caliente, y un tejado que proteja de la lluvia, son pequeñas cosas que se convierten en una extravagancia cuando se ha pasado un tiempo sin ellos, por breve que haya sido. Me instalé en mi habitación individual de Drawbridge Road, nervioso ante la perspectiva de explorar los antiguos esquistos cargados de saurios que se encuentran en la costa, pero también aliviado por librarme de ese maldito clima durante un tiempo. Una quincena antes, había cableografiado a sir Elijah Purdy, un compañero de la Sociedad Geológica de Londres, hombre de gran experiencia con los estratos liásicos de Whitby y con los fósiles de huesos y moluscos que se encuentran en la zona, que iba a reunirse conmigo antes de la tarde del catorce, momento en el que comenzaríamos nuestra planeada investigación de las rocas, que duraría una semana. Hasta entonces, yo me dedicaría a examinar los especímenes conservados en el pequeño museo de Whitby, en los muelles, para averiguar de qué tipo de especímenes de amonitas y reptiles disponía la colección de dicha institución.

No lo aburriré relatándole los pormenores del paisaje, pues, gracias a Ogilvey, sé que está familiarizado con la aldea de Whitby, con sus pintorescos tejados rojos y sus paredes encaladas, las ruinas de la abadía en East Cliff, etcétera. Y debo confesar que, en



aquel momento, yo ya había visto más paisajes marítimos de los que podía soportar, por lo que no tenía ningún interés o paciencia hacia nada que no fueran los fósiles de conchas y huevos y los estratos llenos de fósiles por los que había recorrido tantos miles de millas.

Tras una buena noche de sueño, que no se vio perturbada por la terrible tormenta que estalló poco antes del amanecer, me vestí y bajé a desayunar, donde me encontré con una excitada discusión entre los allí alojados y el propietario acerca de una goleta rusa, la Deméter, que había encallado pocos días antes en el puerto de Tate Hill. Como ya he indicado antes, yo ya estaba harto de barcos y paisajes, por lo que apenas presté atención a la conversación, aunque sí recuerdo que las circunstancias que hicieron encallar la nave tenían algo de misteriosas, y parecían ser la fuente de bastante ansiedad. De todas formas, mi mente se encontraba totalmente absorta en mi trabajo. Me acabé los huevos con salchichas y una taza de un fuerte café solo y me dirigí hacia el museo. El aire matutino no era ni especialmente cálido ni especialmente frío, y fue un paseo agradable, durante el que apenas me di cuenta de lo que me rodeaba, perdido como estaba en mis pensamientos sobre asuntos paleontológicos.

Llegué a los muelles poco antes de las once y me recibió, tal y como estaba planeado, el reverendo Henry Swales, que llevaba varios años ya actuando como conservador del gabinete, cada vez mayor, del museo. A pesar de que se había establecido originariamente como depósito de fósiles, en las últimas décadas se había ampliado significativamente la función del museo hasta terminar englobando la historia natural, en general, de la región, lo que incluía grandes colecciones de insectos, material botánico, lepidópteros y peces. El reverendo Swales, un tipo alto y amigable que poseía un espeso bigote de color gris y unas cejas a juego, condujo ansioso a su invitado yanqui hasta la modesta galería en la que se exhibían al público muchos saurios colgados de las paredes, así como otros fósiles. Escuché con atención lo que relataba de cada espécimen, como si hablase de la biografía de otro hombre, los detalles de cada uno de ellos, las circunstancias que rodearon su descubrimiento y los detalles de su conservación. Me quedé prendado casi inmediatamente de cierto espécimen de plesiosauro que preservaba entre sus costillas el esqueleto completo de otro plesiosauro de menor



tamaño, y pasé gran parte de aquella tarde estudiando este fascinante ejemplar, realizando bocetos y perdiéndome cada vez más en mis fantasías acerca de un perdido mundo antediluviano de monstruosos dragones marinos.

Al cabo de un tiempo, el reverendo Swales regresó y me recordó que el museo cerraba sus puertas a las cuatro, pero que podía quedarme hasta más tarde si así lo deseaba. Así era, pues apenas había empezado a arañar la superficie de esa espléndida colección, pero tampoco quería abusar de la hospitalidad del reverendo. Al fin y al cabo, tenía muchos más días para centrarme en esas reliquias, y me empezaban a picar los ojos después de pasar tantas horas estudiando los plesiosauros y los ictiosauros.

—Gracias —le respondí—. Pero realmente no será necesario. Regresaré mañana por la mañana, temprano. —Me recordó que el museo no abría hasta las ocho y le aseguré que no habría ningún problema. Recogí las notas y dejé que el reverendo Swales cerrara el museo para la noche.

Cuando dejé atrás los muelles decidí dar un agradable paseo por la costa, pues aún era temprano, hacía un buen día y tenía poco en lo que ocupar mi tiempo, excepto por mis libros y mis notas. Mi camino me llevó hacia el norte a lo largo de Pier Road; las oscuras aguas pardas del estrecho del río Esk fluían veloces a mi derecha. Muy por encima del río, evidentemente, se elevaba el East Cliff, con las venerables ruinas de la antigua abadía.

A pesar de que antes no me habían interesado lo más mínimo, me encontré observando, fascinado, esos lejanos muros que se desintegraban, esas arquerías ojivales; tal vez me encontraba más dispuesto a apreciar el «color local», ahora que había saciado una pequeña parte de mi deseo de examinar los famosos saurios de Whitby durante ese día de trabajo. Conocía muy poco de la historia del lugar, tan solo que la abadía original se había construido sobre el acantilado en el 657 d.C., que unos saqueadores vikingos la destruyeron dos siglos después y que las ruinas de la estructura actual eran lo único que quedaba de una abadía normanda que se construyó en el mismo lugar algún tiempo después. Pensé que igual había algún santo relacionado con la abadía; creí haber leído algo sobre eso en alguna parte, pero no lograba recordar los detalles. Pero mientras



avanzaba por Pier Road, esas elevadas ruinas comenzaron a producirme unos extraños sentimientos de inquietud que ni fui capaz de explicar entonces ni lo soy ahora, caballero; así que decidí que sería mejor dedicarme a otras visiones menos sobrecogedoras. Así, poco después me encontraba en West Cliff, encima de la playa, allí donde los viejos adoquines de Pier Road giraban bruscamente hacia el sur, de regreso hacia la aldea, formando algo parecido a la ganchuda empuñadura del cayado de un pastor.

Debe disculparme si me he detenido a explicar esos pormenores del paisaje que anteriormente había prometido evitar, pero es importante que, llegados a este punto, comprenda usted mi estado de ánimo, ese extraño e inquietante efecto que había producido en mí la abadía. No estoy acostumbrado a ese tipo de emociones, y me gusta considerarme un hombre nada supersticioso. Me dije que, fuera lo que fuera lo que había sentido, no era más que el efecto acumulativo de la luz y la sombra, al que se unía un cierto grado de agotamiento debido al largo día; además, no se trataba de nada que cualquier otro hombre racional no hubiera sentido al observar esas ruinas.

Cuando llegué a West Cliff, me vi, una vez más, alejado de mi pretendida meta, los esquistos licísicos, debido a la extraordinaria imagen de una goleta embarrancada en la zona este de los muelles, a lo ancho del Esk, y pronto me di cuenta de que, de hecho, estaba contemplando esa misma goleta, la Deméter, de la que oí discutir con tanta excitación y tanto sobrecogimiento durante el desayuno. Le aseguro, doctor Watson, que la naufragada nave rusa constituía un espectáculo peculiar y solitario, varada como estaba entre los dentados guijarros de Tate Hill Pier, a los pies de East Cliff y el viejo cementerio. Sus patéticos y destrozados mástiles y el mascarón de proa me recordaron de forma inmediata las grandes púas de algunos monstruos de la época anterior a Adán, una asociación nada extraña, por supuesto, para alguien de mi profesión. Los cabos enmarañados y las telas desgarradas colgaban sueltos, se agitaban como una masa inanimada de cuero sin curtir y tendones ante la brisa del océano.

Y, una vez más, me asaltó ese sentimiento de inquietud tan poco habitual, solo que esta vez con más fuerza, y debo admitir que pensé regresar de inmediato al refugio que me ofrecía la posada. Pero, como ya he mencionado con anterioridad, me



enorgullezco especialmente de permanecer al margen de esas creencias y supersticiones primitivas, por lo que, sabedor de que allí no había nada que temer, y decidido a echarles un vistazo a esos lechos de alumbre y a que esos pensamientos y sentimientos infantiles no lograran disuadirme, comencé a buscar un acceso fácil hacia la playa que se extendía a mis pies, donde podría examinar mejor las rocas.

Pocos minutos después encontré una escalera de caracol de madera adosada al acantilado, cerca del muro de los muelles. De todas formas, el transcurrir de los años y los estragos del mar habían causado gran cantidad de daños en la estructura, y esta crujía de manera alarmante mientras yo descendía con sumo cuidado por los resbaladizos escalones hacia las arenas. Cuando finalmente llegué abajo, hice una breve pausa y miré hacia arriba, contemplé la desvencijada escalera y deseé con todo mi corazón encontrar otra forma de llegar de nuevo a la cima. La marea estaba baja, por lo que dejaba ver una amplia superficie de arena limpia y los habituales restos de naufragios, y supuse, acertadamente, que aún disponía de toda una hora, más o menos, para curiosear por el pie de West Cliff antes de verme obligado a buscar una subida alternativa.

Y entonces, casi de inmediato, me crucé con un ejemplar bastante grande y perfectamente conservado de equinodermo espinoso, o erizo de mar, erosionado, pero completamente libre de esas capas de alumbre que lo habían aprisionado durante tantas eras, que estaba depositado sobre la arena. Lo recogí y lo examiné más detalladamente a la luz del sol, incapaz de determinar a qué género o especie pertenecía, y sospeché que podría hacerlo a alguna especie desconocida hasta entonces por los paleontólogos; deposité mi premio en el bolsillo derecho del abrigo y seguí registrando las afiladas rocas en busca de algún otro fósil igual de excelente. Pero, a medida que transcurría la tarde, no llegué a encontrar nada igual de interesante, tan solo fui consiguiendo algunos ejemplares rotos de amonitas y conchas de mejillones inmersos en nódulos de piedra caliza, unas cuantas raspas de pez y lo que esperaba que fuera uno de esos característicos huesos en forma de reloj de arena propios de las aletas de un ictiosauro. Contemplé el mar y luego aquellas rocas de color gris oscuro, tratando de imaginarme, tal y como he hecho muchas otras veces antes, la increíble cantidad de tiempo que





habría transcurrido desde que esas rocas que tenía ante mí no eran más que limo rezumante en el fondo de un mar más antiguo e infinitamente más extraño.

—¿Es usted geólogo? —me preguntó alguien en ese momento, una voz de hombre que me sobresaltó; me volví para ver un varón muy alto y delgado con una fina nariz aguileña y que me observaba a poca distancia. Sonreía ligeramente, de una forma que, aunque parezca extraño, me pareció entonces familiar. Por lo que yo sabía, bien podía llevar allí una hora, pues tengo la costumbre de ensimismarme tanto en la recolecta que a menudo no miro a mi alrededor durante largos períodos de tiempo.

—Sí, caballero —le contesté—. Paleontólogo, para ser exactos.

—Ah —comentó él—. Por supuesto. Podría haberme dado cuenta antes, pero me temo que el naufragio me ha distraído —y señaló hacia los muelles, el Esk y la varada Deméter—. A menos que me equivoque, es usted, además, americano, y neoyorquino para más señas.

—Lo soy —le contesté, aunque debo confesar que, llegados a este punto, el extraño comenzaba a inquietarme de algún modo con sus preguntas—. Doctor Tobias Logan, del Museo Americano de Historia natural —me presenté, y le tendí una mano que él se limitó a mirar con curiosidad; me volvió a sonreír de esa forma tan familiar.

—Anda usted a la caza de los monstruos marinos de Whitby —afirmó él—, y, por lo que veo, no ha tenido demasiada suerte.

—Bueno —contesté, sacando el erizo de mi bolsillo y pasándoselo al hombre—, debo admitir que he tenido mejores días de trabajo de campo.

—Extraordinario —comentó el hombre alto, mientras inspeccionaba meticulosamente el fósil y le daba vueltas en la mano.

—Bastante —le respondí relajándome un poco, pues no estoy acostumbrado a explicarme ante los viandantes curiosos—. Pero sigue sin ser precisamente el descubrimiento que tenía en mente.

—Chapman tuvo mejor suerte, ¿eh? —preguntó, y me guiñó un ojo.

Me di cuenta de inmediato que se refería al descubrimiento que realizó William



Chapman, en 1758, de un cocodrilo marino en la costa de Yorkshire, no muy lejos de donde nos encontrábamos.

—Me sorprende, caballero —le dije—. ¿Es usted coleccionista?

—Oh, no —me aseguró mientras me devolvía el erizo—. Nada de eso. Pero leo bastante, ¿sabe?, y me temo que pocas materias han logrado no llamarme la atención.

—No tiene usted acento de Yorkshire —comenté, y él negó con la cabeza.

—No, doctor Logan, no lo tengo —contestó, y me volvió a guiñar un ojo. El hombre se giró y se puso a contemplar el mar, y fue entonces cuando descubrí que estaba empezando a subir la marea y que la playa se había vuelto notablemente más pequeña que la última vez que miré.

—Me temo que si no empezamos a retirarnos, no tardaremos en mojarnos los pies —dije, pero él se limitó a asentir y siguió contemplando la incansable y gris extensión del mar.

—Deberíamos mantener algún día una conversación más larga —dijo—. Existe un objeto de gran antigüedad y dudosa procedencia sobre el que realmente apreciaría escuchar su opinión profesional.

—Por supuesto —le contesté sin dejar de mirar la marea cada vez más alta—. ¿Un fósil?

—No, una tablilla de piedra. Da la impresión de estar cubierta de jeroglíficos tallados que recuerdan los de los antiguos egipcios.

—Lo siento, caballero, pero sería mejor que se la enseñase a un arqueólogo. Yo no sería capaz de proporcionarle demasiada información.

—¿No? —me preguntó, elevando una ceja y examinándome pensativo—. La encontré en los mismos estratos que usted lleva una hora examinando. Se trata de un objeto realmente sorprendente, doctor Logan.

Creo que miré a aquel hombre durante cierto tiempo sin pronunciar palabra, pues era tanta mi conmoción y mi incredulidad como para no saber qué decir. Él se



encogió de hombros, recogió un guijarro y lo arrojó al cada vez más cercano mar.

—Discúlpeme —dije, o algo parecido—. Pero o bien me está usted tomando el pelo o es usted víctima de la broma de algún otro. Obviamente, usted ha recibido una buena educación, así que...

—Así que —me interrumpió él— sé que estos estratos son millones de años demasiado viejos como para contener el objeto que le he dicho que encontré enterrado en ellos. Obvio.

—¿Así que está usted bromeando?

—No, buen hombre —contestó él mientras elegía otro guijarro que arrojar a las olas—. Más bien al contrario, se lo aseguro. La primera vez que vi este objeto era tan escéptico como lo es usted, pero ahora estoy bastante convencido de su autenticidad.

—Paparruchas —le aseguré, aunque, en ese momento, lo que tenía en mente eran expresiones mucho más vulgares—. Lo que está proponiendo usted es tan tremendamente absurdo...

—... que no merece ni la más mínima consideración por parte de hombres cultos —me interrumpió por segunda vez.

—Bueno, sí —repliqué con algo de brusquedad, me temo, y entonces me volví a meter el erizo en el bolsillo de mi abrigo—. La idea es totalmente absurda, caballero, si piensa en ello. Va en contra de todo lo que hemos descubierto en el último siglo acerca de la evolución, el desarrollo de la vida y el surgimiento de la humanidad.

—Al principio —continuó diciendo, como si yo no hubiera hablado— sospeché que alguien lo había puesto allí, ¿sabe?, que era posible que hubiese encontrado una broma dirigida a otra persona. Alguien que, al contrario que yo, sí tuviese la costumbre de coleccionar conchas, piedras y huesos antiguos que encontrarse en la costa.

»Pero fui capaz de identificar... Oh, ¿cómo lo llaman ustedes los geólogos? Las impresiones positivas y negativas... Sí, eso es. Las impresiones positivas y negativas de la tablilla se habían grabado, de forma clara e inconfundible, en los esquistos inmediatamente superior e inferior. Tuve también éxito al recuperarlos.



—Estoy seguro de ello —le dije, aún con dudas.

—Pero lo más curioso, doctor Logan, es que este no es el primer artefacto inadecuado que reúne estas características. Hace dos años, un minero encontró una piedra muy parecida a esta en la costa de Saithes, donde, como seguramente ya sabrá, se excavan los esquistos en busca de alumbre. Lo he visto con mis propios ojos, en un gabinete privado de Glasgow. Y existe un tercero, descubierto, creo, en 1865 ó 1866, en Frylingdales. Pero parece que ese ha desaparecido y, lamentablemente, solo se conserva un dibujo.

En ese momento, el hombre dejó de hablar un instante y echó un vistazo a las paredes de los muelles. Desde donde nos encontrábamos se podía distinguir el astillado palo mayor de la desafortunada Deméter, y fue hacia allí hacia donde comenzó a dirigirse.

—Se encuentran aquí en Whitby entidades oscuras, doctor Logan. Ay, cosas más oscuras que aquellas a las que suelo enfrentarme, y le aseguro que no soy ningún cobarde, si se me permite decirlo.

—La marea, caballero —le advertí, pues en esos momentos cada nueva ola acercaba el mar a escasos pies de donde nos encontrábamos.

—Claro, la marea —dijo de forma distraída y algo sorprendida, y volvió a asentir—. Pero puede que podamos volver a hablar de todo esto en otro momento, antes de que usted abandone Whitby. Me alegraría tener la posibilidad de mostrarle la tablilla. Permaneceré aquí otra semana. Aunque preferiría que el asunto se mantuviera entre nosotros.

—Será un placer —le aseguré—. No tengo ningún deseo particular de que me consideren un loco.

—Aun así —contestó, y con esa enigmática afirmación comenzó el peligroso ascenso hacia Pier Road por las desvencijadas escaleras. Yo me quedé allí algo más, observándolo mientras subía, esperando que, en cualquier momento, se vinieran abajo esas resbaladizas y traicioneras planchas y le hicieran precipitarse contra las rocas y la



arena a mis pies. Pero aguantaron, y dado que el mar ya se había tragado totalmente la playa al oeste de mi posición y que, al este, solo disponía del alto e inaccesible muro del muelle, hice de tripas corazón y lo seguí. Gracias a una gran cantidad de suerte, yo también sobreviví a la subida, a pesar de que la estructura no paraba de crujir y tambalearse, y yo estaba convencido de que cada paso que daba sería el último.

Estoy seguro, doctor Watson, de que ya habrá empezado a entender por qué Ogilvey me instó a escribirle. He leído en la prensa varios artículos acerca de la extraordinaria muerte del señor Holmes en Suiza, y confío en que la sorprendente posibilidad, que no voy a sugerir aquí de forma explícita, pero que tampoco voy a dejar de señalar en su consideración, no le cause más dolor. Soy muy consciente de la gran amistad que existía entre usted y el señor Sherlock Holmes, y si no hubiese estado tan confuso y perplejo debido a los extraños sucesos acaecidos en Whitby el último agosto, hubiese preferido guardarme el encuentro para siempre. Nunca habría descrito de forma tan pormenorizada al hombre de la playa, un hombre al que creo que habrá reconocido por su aspecto y comportamiento.

Pero debería continuar ahora con mi historia, y debo seguir confiando en que pueda usted considerarla algo más que los delirios de una mente sobresaturada y una imaginación excesiva.

Para cuando terminé mi ascensión y me encontré a salvo en la cima de West Cliff, se acercaban, a gran velocidad, nubes de tormenta desde el suroeste que oscurecían las borboteantes aguas del Esk y se configuraban en un fondo ominoso para las ruinas de la abadía. Como temía perderme en las desconocidas calles si intentaba descubrir un atajo hasta el hotel, me apresuré por Pier Road, desandando el camino hasta la posada, en Drawbridge Road. Pero había avanzado poco cuando empezó a arreciar el viento y a tronar, y poco después cayó un chaparrón fuerte y helador. No me había llevado paraguas, pues pensé que el día permanecería agradable y despejado, y no había planeado de antemano el paseo hasta la playa. Por tanto, me estaba empapando. Realmente debí de mostrar un aspecto terrible y lamentable mientras me abría paso por esas estrechas avenidas barridas por la lluvia.



Cuando finalmente llegué al hotel, me ofrecieron una taza caliente de té y un asiento junto al hogar. A pesar de lo tentadora que era esta última oferta, le dije al posadero que prefería retirarme a mi habitación para ponerme ropas secas y descansar hasta la cena. Cuando ya empezaba a subir las escaleras, él me volvió a llamar, pues se le había olvidado entregarme un mensaje que me habían dejado aquella tarde. Lo habían escrito en una pequeña hoja de papel de escritorio y, por lo que recuerdo, decía:

«Toby, te volveré a llamar mañana a primera hora. Por favor, espérame. He llegado a Whitby antes de lo que esperaba. Tengo mucho que contarte: unos fósiles poco habituales que se han hallado en Devon Lias y que ahora se encuentran a mi cuidado. ¿Te resultan familiares el dios fenicio (?) Dagón o el irlandés Daoine Dombain? Hasta mañana.

Tuyo, E. P.»

A pesar de que la perspectiva de esos nuevos fósiles de Devon que Purdy había mencionado me intrigaba y excitaba de forma adecuada, su pregunta acerca de dioses fenicios y esas dos palabras impronunciables en gaélico me había dejado atónito. Decidí que cualquier misterio que hubiera se solucionaría por la mañana y me retiré a mi habitación, donde lo primero que hice fue cambiarme de ropa, y luego estuve ocupado hasta la cena con algunas notas breves acerca del erizo y otros especímenes de West Cliff.

No dormí bien aquella noche, pues arreciaba la tormenta y las contraventanas no dejaban de dar golpes. No soy demasiado propenso a las pesadillas, pero recuerdo algunos fragmentos de un extraño sueño en el que me encontraba en la costa, en West Cliff, observando cómo la Deméter entraba majestuosa en el puerto. El hombre alto se encontraba en algún lugar a mis espaldas, aunque creo que no llegué nunca a verle la cara, y me hablaba de mi mujer y de mi hijo. Finalmente me desperté por última vez poco antes del amanecer, ante el olor del café recién hecho y el desayuno que se estaba cocinando abajo, así como ante el reconfortante sonido de la lluvia que goteaba de los aleros. La tormenta ya había terminado y, pese a lo mal que había dormido, recuerdo



haberme sentido totalmente descansado y listo para pasar un largo día recogiendo especímenes marinos junto a Purdy. Me vestí con rapidez y, armado con mi vara de fresno y mi mochila, mi martillo y mis cinceles, bajé a esperar la llegada de mi colega.

No obstante, a las once seguía esperando, bebiendo mi segunda taza de café y empezando a sentir inquietud por haber derrochado tantas horas del día cuando iba a estar tan poco tiempo en Whitby. Soy casi puritano en lo que respecta a mis hábitos de trabajo y me molesta desperdiciar un sol perfecto, y no podía imaginarme qué estaba haciendo que Purdy se retrasara tanto.

Debo decirle que los espantosos sucesos que pronto acontecerían lo hicieron sin dar la menor pista ni el más mínimo aire sensacionalista o escabroso que suele relacionarse con lo macabro y lo poco usual en las temibles novelas góticas de un penique. Ni siquiera hubo alguna vaga premonición el día anterior. Simplemente ocurrió, caballero, y de alguna forma, eso hizo que fuera aún peor. Tuvieron que pasar largas semanas antes de que empezara a relacionar con los sucesos esa singular trepidación y ese genuino terror que, gradualmente, fueron invadiendo mis pensamientos.

Leía por segunda vez un largo artículo de un periódico de Edimburgo (ahora no logro recordar el nombre del periódico, ni tampoco de qué trataba exactamente el artículo) cuando llegó un niño de unos ocho años de edad y anunció que lo habían enviado a buscarme. Dijo que un individuo le había pagado seis peniques para que me llevara a West Cliff, donde se había ahogado un hombre aquella noche.

—Lo lamento, pero no soy médico —le dije, creyendo que se trataba de un caso de confusión de identidades, pero no, me aseguró de inmediato, le habían pedido que llevase al doctor americano Tobias Logan a la playa de West Cliff lo antes posible. Mientras yo me quedaba allí sentado rascándome la cabeza, el niño empezó a impacientarse y protestó diciendo que debíamos apresurarnos. De todas formas, antes de abandonar el hotel de Drawbridge Road garabateé una rápida nota a Purdy y se la dejé al propietario, por si llegaba en mi ausencia. Luego recogí apresuradamente mis pertenencias y seguí, a través de las estrechas y ventosas calles de Whitby, al nervioso



muchacho, que me dijo que se llamaba Edward y que su padre era zapatero, y una vez más descendíamos por West Cliff.

El cuerpo del ahogado yacía sobre la arena y quedaba claro que las gaviotas habían estado bastante tiempo sobre él antes de que un raquero lo encontrase. Y aun así, a pesar de todo el daño causado por los crueles picos de las aves, no tuve ningún problema en reconocer el rostro de Elijah Purdy. Se habían reunido varios hombres a su alrededor, entre ellos el agente de policía y el jefe del puerto, ninguno de los cuales, como pronto descubrí, había sido quien había pagado al chico seis peniques para que me llevara a West Cliff.

—Primero ese maldito barco fantasma ruso —gruñó el policía mientras encendía su pipa—. Y ahora esto.

—Una semana espantosa, sin lugar a dudas —musitó en respuesta el jefe del puerto.

Me presenté de inmediato y me arrodillé junto a los maltratados restos terrenales de aquel hombre al que conocí y al que había apreciado tanto. El policía tosió y exhaló una enorme nube de gris humo de pipa.

—Vaya —dijo—. Así que conocía usted a este pobre tipo.

—Muy bien —le contesté—. Iba a reunirme con él esta misma mañana. Lo estaba esperando cuando este chico vino a buscarme a la posada de Drawbridge Road.

—¿Es eso cierto? —me preguntó el policía—. ¿Qué chico?

Levanté la mirada y no vi rastro alguno del chico que me había conducido hasta la sombría escena.

—El hijo del zapatero —respondí, y volví a centrar la mirada en el arruinado rostro de Purdy—. Me dijo que le habían pagado por traerme hasta aquí. Supuse que fue usted, caballero, el que envió a buscarme, aunque no estoy del todo seguro de cómo iba usted a saberlo.

Al oír eso, el jefe del puerto y el policía intercambiaron miradas de asombro, y este último volvió a dar caladas a su pipa.





—Entonces, ¿este hombre era uno de sus socios? —me preguntó el jefe del puerto.

—Por supuesto —le contesté yo—. Se trata de sir Elijah Purdy, geólogo de Londres. Llegó ayer a Whitby. Creo que alquiló una habitación en Morrow House, en Hudson Street.

Los dos hombres me miraron, el policía le susurró algo a su compañero y los dos asintieron al unísono.

—Usted es americano —afirmó el policía mientras elevaba una ceja y mordisqueaba la boquilla de su pipa.

—Sí —respondí—. Soy americano.

—En fin, doctor Logan, le aseguro que llegaremos al fondo del asunto —me dijo.

—Gracias —le contesté, y en ese momento me fijé en que el ahogado aferraba algo extraño, del diámetro aproximado de un dólar de plata.

—Aquí en Whitby resolvemos los asesinatos.

—¿Qué le hace pensar que fue asesinado? —pregunté al policía mientras investigaba el curioso objeto iridiscente que aferraba Elijah Purdy.

—Bueno, para empezar, el hombre tenía los bolsillos llenos de piedras, para que el cuerpo se hundiera. Puede verlo usted mismo.

Efectivamente, los bolsillos de su abrigo de lana estaban llenos de esquistos, pero tras examinarlos de forma somera pude ver que todos ellos contenían fósiles, así que le expliqué a aquel hombre que lo más probable era que el mismo Elijah Purdy fuera quien los había puesto allí. También había llenado uno de los bolsillos de su chaleco.

—Ah —dijo el policía pensativo, y se retorció el bigote—. Bueno, no importa. Encontraremos al que lo hizo, se lo prometo.

Como no tenía ganas de discutir, respondí unas cuantas preguntas más, le aseguré al policía que podía contar conmigo para lo que necesitase y subí por esa traicionera escalera hasta Pier Road. Me quedé allí brevemente, contemplando la escena de abajo, los hombres reunidos alrededor del cadáver del ahogado, el oscuro mar que



lamía incansablemente la costa, el amplio cielo del Mar del Norte sobre todo ello. Tras un rato, recordé el objeto que había cogido de manos de Purdy y lo saqué para examinarlo más detenidamente. Pero no había duda alguna acerca de qué se trataba: una pequeña amonita del género *Dactyloceras*, un espécimen bastante común en el liásico británico. Nada extraordinario, excepto porque este espécimen, aunque muerto, no estaba fosilizado, y la cabeza del cefalópodo, parecida a la de un calamar, me miraba con ojos plateados mientras sus diez tentáculos colgaban inertes sobre mis dedos.

Me temo que queda poco más que contar, doctor Watson, y al volver a repasar estas páginas puedo ver que lo que he escrito no tiene tanto sentido como había esperado. Regresé al hotel, donde pasé los tres días siguientes, y solo volví a hacer una visita más al museo del reverendo Swales, donde descubrí que mi entusiasmo por el trabajo había desaparecido. Tras la investigación, que determinó que sir Elijah Purdy se había ahogado de forma accidental mientras recogía fósiles por la playa, y que no había habido en ello juego sucio alguno, recogí mis cosas y regresé a Manhattan. Entregue el recientemente muerto *Dactyloceras*, preservado en alcohol, al conservador de los invertebrados fósiles, quien recibió el descubrimiento con una gran alharaca y me prometió que bautizaría la sorprendente nueva especie con el nombre del hombre de cuya mano la recogí. Un último detalle que puede serle de interés, y que constituye la razón principal por la que le escribo, es una carta que recibí algunas semanas después de regresar a los Estados Unidos.

Se había enviado desde Whitby el doce de septiembre, justo un mes después de mi regreso, no tenía remite y se había escrito a máquina. A continuación reproduciré lo que decía:

«Estimado doctor Logan:

Confío en que su regreso a casa se haya producido sin incidentes. Le escribo para disculparme por no haberme ocupado de la prematura muerte de su amigo y por no haber encontrado tiempo para retomar nuestra conversación. Pero debo implorarle que olvide



ese extraño asunto del que le hablé, las tres tablillas de Whitby, Staithes y Frylingdales. Me temo que las tres se han perdido, y me he dado cuenta de que realmente ha sido lo mejor que podía haber ocurrido. Existen aquí poderes ocultos y oscuros, el capricho de seres inhumanos de inconcebibles antigüedad y maldad; y sospecho que pudieron haber intervenido de forma directa en la muerte de sir Elijah. Tómese en serio mis palabras y olvídense de estas cosas. No le beneficiará en absoluto seguir preocupándose por ello. Puede que algún día nos volvamos a encontrar, en mejores circunstancias.

S. H.»

No puedo decirle si realmente el autor de esta carta era su socio, el señor Sherlock Holmes, ni si se trataba del mismo hombre con el que hablé en West Cliff. Tampoco puedo explicar la presencia en aguas de Whitby de un molusco que se creía desaparecido de la faz de la Tierra desde hacía muchos millones de años, ni la muerte de Elijah Purdy, un excelente nadador por lo que me habían dicho. Al no haber visto nunca esas tablillas no puedo dar ninguna opinión sobre ellas, y creo que es mejor no intentarlo. Nunca he sido nervioso, pero he empezado a oír ruidos y voces extrañas durante la noche, lo que, mucho me temo, está empezando a afectarme en el sueño y la paz de espíritu. Sueño con... No, no voy a hablar aquí de mis sueños.

Antes de terminar, debería decirle que el pasado viernes se produjo un robo aquí, en el museo, que la policía aún no ha resuelto. Lo único que robaron fueron la amonita de Whitby y todos los informes escritos sobre ella, aunque se produjeron actos vandálicos contra algunos despachos de paleontología y geología, así como contra el gabinete cerrado en el que se guardaba el espécimen.

Le agradezco su tiempo, doctor Watson, y si alguna vez viene a Nueva York, sería un verdadero placer conocerlo.

Doctor Tobias H. Logan

Departamento de Paleontología vertebrada

Museo Americano de Historia Natural



Ciudad de Nueva York, Nueva York

(Carta sin enviar encontrada entre los efectos personales del doctor Tobias Logan tras su suicidio por ahorcamiento, el 11 de mayo de 1898).



## Un caso de insomnio

John P. Vourlis

Holmes no podía dormir. No es que fuera algo poco habitual; no necesitaba más de tres o cuatro horas por noche. Mientras Londres dormía, él se paseaba por los vecindarios alumbrados por el gas de la ciudad, dejaba atrás a los panaderos de la parte de abajo de Baker Street, que ya estaban trabajando, observaba a los últimos rezagados de la noche que regresaban a trompicones a casa desde el Soho en un ebrio estupor mientras él continuaba Regent Street abajo, y cruzaba Mayfair, dejando atrás a las damas de la noche que se encontraban en Shepherd's Market con la esperanza de conseguir las últimas libras de la noche antes de acostarse en sus propias camas a la salida del sol. Cruzaba Picadilly, Edgware, Marylebone y, por fin, volvía a casa, al piso que compartíamos. Esa era la ruta que seguía el Holmes insomne; y a menudo me la describía mientras se fumaba una pipa matutina.

Como hombre de medicina, yo me preguntaba acerca de la causa de esta aflicción. La mente de Holmes era un motor de pensamiento continuo que siempre se encontraba trabajando en algún problema que requería permanecer despierto. Dormir le parecía una molestia, un lujo que le servía de poco. Así que no me sorprendí demasiado aquel jueves de marzo cuando llegó a grandes zancadas a mis habitaciones a las siete y media de la mañana, el Daily press en la mano, y anunció:

—¡Watson, sencillamente no puedo dormir!

—¿Qué pasa con la Valeriana officinallis que le prescribí? —le pregunté.

—Inútil. Ya han pasado tres días y no he conseguido cerrar los ojos. Y no soy solo yo el que está sufriendo —continuó mientras me ponía el periódico en las manos—. Lea



esto, página tres, columna siete, hacia el final.

Le eché un vistazo al periódico, buscando el artículo.

—Aquí. —Me lo señaló clavando su dedo en el titular como si fuera una daga.

—«Plaga de insomnio» —leí en voz alta—. «Los habitantes de la norteña ciudad de Inswich llevan tres meses sin dormir. La ciudad hierve de rumores acerca de la causa del suceso. Lo que comenzó como unos pocos casos aislados se ha convertido en toda una epidemia»... Holmes, ¿no estará sugiriendo que existe una conexión entre su falta de sueño y la de ellos?

—Por supuesto que no —contestó Holmes—. Pero, como no pude dormir por tercera noche consecutiva, acudí a un farmacéutico de Hardry Street.

Yo conocía a ese hombre. Tenía una tienda en Inslington, y en realidad no era más que un traficante de opio glorificado. Empecé a preocuparme aún más por el estado de mi amigo. Me lo notó en la expresión, por supuesto, y procedió a explicarse.

—Estaba claro que necesitaba algo más fuerte que sus raíces y sus hierbas.

Miré a Holmes con desaprobación, pero él no me prestó atención.

—Suele recetar una pócima a base de semillas de amapola turca y cannabis — continuó diciendo—. Pero cuando le pedí una dosis de su medicina me explicó que se había quedado sin suministros desde antes de fin de año. Lo encontré realmente curioso, pues nunca antes había dejado de satisfacer mis necesidades, y le pregunté cómo había podido ocurrir tal cosa. Entonces me contó que había enviado al norte un enorme cargamento, y que sus suministradores habituales no habían logrado reponer la mercancía desde entonces debido a la gran demanda existente y la consecuente subida de los precios.

—Supongo que se envió a Inswich.

—Exacto, Watson —me contestó Holmes sin dejar de frotarse los ojos—. Y ahora prepare sus cosas. Tenemos que coger un tren.

Mientras me preparaba para partir con él hacia Inswich, pude sentir su creciente



agitación, parecida a la de los purasangres de Aston que esperan impacientes en la salida a que comience la carrera.

—Dese prisa —me dijo mientras yo recogía unas cuantas cosas, entre ellas el revólver que llevaba en ocasiones.

—¿Cree que vamos a tener dificultades? —le pregunté.

—Yo no creo nada —me contestó.

En la estación de Marylebone adquirimos nuestros billetes hacia Barrington, la parada más cercana a Inswich, una aldea bastante aislada. Compré el London Mail en un estanco para tener algo en lo que ocuparme durante el pesado viaje de siete horas.

Mientras se sentaba, inquieto, a mi lado, Holmes llamó mi atención hacia otro pasajero que estaba en el andén, a cierta distancia.

—¿Ese no es el doctor Mashbourne? —me preguntó.

Levanté la vista de mostrador donde había entregado al dependiente medio penique por el periódico y vi a nuestro viejo conocido, Arthur Mashbourne, doctor en Medicina en Charing Cross. Nos abrimos paso entre la multitud matutina para ir a saludarlo.

Yo recordaba a Mashbourne como un hombre delgado de enormes apetitos y complexión rubicunda; en esos momentos tenía el aspecto de alguien a quien habían embutido en sus pantalones y su chaqueta de la misma forma que se hace con la carne picada para fabricar salchichas. Aunque era un caballero bastante agradable cuando se cenaba o se tomaban unas copas en su compañía, si se le privaba de cualquiera de esas cosas durante demasiado tiempo, podía terminar teniendo tal fijación con su obtención que lo más amable que se podía decir de él era que se convertía en alguien «difícil».

—¡Caballeros! Qué gran placer encontrarlos —dijo mientras nos estrechaba las manos con fuerza—. ¿Adónde van?



—A Inswich, con usted —le dijo Holmes.

—¿Cómo sabe a dónde me dirijo? —preguntó el sorprendido Mashbourne—. Una de sus inteligentes deducciones, supongo. Oigámosla.

—Simplemente, por el billete que lleva en el bolsillo del pecho —contestó Holmes, y sin pausa alguna preguntó—: ¿Qué opina de esa epidemia de insomnio que tienen allí? ¿Esa es la razón de su viaje?

—Sí. Voy a ver a un paciente, un viejo amigo que ha contraído este insomnio. Por lo poco que he averiguado, se trata de una epidemia muy poco habitual. Entonces, ¿también es el objeto de su investigación?

—Sí, aunque de forma indirecta —le contesté yo—. Parece que ha saturado el mercado de cierto soporífero que nuestro amigo Holmes quiere adquirir.

—¿También está usted teniendo problemas para dormir, Holmes? —le preguntó Mashbourne, preocupado.

—Voy allí para satisfacer mi curiosidad —contestó él mientras me fruncía el ceño—, no mis ansias de sueño.

Decidí que era mejor no discutir por ello y transcurrió un momento un tanto incómodo antes de que llegara nuestro tren y el conductor indicara que todo el mundo podía subir a bordo.

No pudimos evitar estar con Mashbourne en el mismo compartimento. Cerramos la puerta y nos pusimos tan cómodos como pudimos para el viaje hacia Inswich. Yo me puse a leer el periódico, mientras que Holmes sacó su pipa y empezó a llenarla. Mashbourne se quitó el abrigo, del que sacó una petaca de plata, que nos ofreció.

—¿Brandy? —dijo.

—No, gracias —le contesté yo.

—¿Holmes?

Holmes se había sumido en sus pensamientos y no hizo esfuerzo alguno por responderle.





—He descubierto que, cuando tengo problemas para dormir, el brandy puede resultar útil —comentó el doctor, tomando un sorbo.

—Sí, para algunos —le contesté—, aunque yo prefiero valeriana en polvo en una infusión caliente de manzanilla.

—Eso puede resultar igual de efectivo —dijo Mashbourne, tomando otro trago—, aunque mucho menos agradable.

En King's Cross cambiamos de tren para completar el resto del trayecto hasta el norte. Cuando realizábamos el transbordo, le pregunté a Mashbourne:

—¿Tiene alguna teoría respecto a qué puede haber causado una epidemia tan curiosa?

—Voy a necesitar más datos antes de dar un diagnóstico —me contestó.

—Tenemos datos —contestó Holmes de forma indiferente—. La ciudad: Inswich. Época del año: primavera. Duración de la epidemia: tres meses. Eso hace que comenzara aproximadamente a mediados de enero.

—¿Está sugiriendo que se trata de un desorden estacional? —preguntó Mashbourne, que estaba en esos momentos totalmente centrado en el problema—. ¿Podría ser un problema respiratorio, como una pleuresía?

Holmes soltó un bufido y sacó su pipa, dejando que Mashbourne y yo continuásemos con la discusión acerca de varias enfermedades pulmonares.

El tren de King's Cross tomó velocidad y empezó a escupir humo negro al cielo azul de la mañana. Mientras la ciudad iba dando paso a la campiña, enterré la cabeza en mi periódico y me puse a leer los sucesos del día anterior. Mashbourne se hizo una almohada con el abrigo y pronto se quedó dormido, habiendo servido el brandy a su propósito.

Mientras tanto, Holmes seguía fumando su pipa y, de cuando en cuando, emitía otro bufido. Cada vez que él gruñía yo dejaba momentáneamente la lectura, pues pensaba que iba a explicar alguna faceta del caso. Pero no llegó a hacerlo, por lo que tuve que preguntarme en silencio qué posibilidades estaría eliminando.



Cuando la mañana dio paso a la tarde, nos dirigimos al vagón comedor para el almuerzo y allí Holmes volvió a centrar la conversación en Inswich. Mientras Mashbourne devoraba su rosbif, su pudín de pan y sus salchichas de manzana, Holmes nos inundó con todo tipo de datos y cifras sobre la ciudad, y habló del lugar con tal pasión que apenas se podía uno llegar a imaginar que jamás había puesto un pie allí. Pero había estado digiriendo todo ello en su excepcional mente de la misma forma en que el estómago de Mashbourne digería aquellas tremendas cantidades de comida.

Inswich no estaba muy poblada, nos decía Holmes, apenas trescientos habitantes. La ciudad había sido fundada por un general romano como estación de paso en el camino que iba a Londres. La plaza de la ciudad se había erigido sobre los cimientos de un antiguo templo druida del siglo III d.C. Antes de la llegada del ferrocarril a Barrington, ciudad que se encontraba aproximadamente a unas diez millas de distancia al este, Inswich había tenido una población de varios miles de personas y vivía fundamentalmente de sus exportaciones, que transportaba a los mercados del sur por el canal. Pero esos días ya habían acabado y la ciudad había entrado en decadencia. En esos momentos, los pocos residentes que le quedaban atendían los latifundios que proporcionaban suministros al norte de Inglaterra, o bien cultivaban sus minúsculas parcelas.

Llegamos a Barrington a las cuatro y media, con el sol oculto tras unas apagadas nubes grises. Abandonamos el andén y alquilamos un pequeño carruaje para la última parte de nuestro viaje a Inswich, que nos llevó otros tres cuartos de hora.

—Si ustedes, caballeros, lo desean —ofreció Mashbourne—, podría conseguirles alojamiento en Carthon, la finca de mi amigo, que no está lejos de aquí y en donde estoy invitado a quedarme.

—No, gracias, doctor —dijo Holmes antes de que yo pudiera aceptar—. Nos alojaremos en Inswich. Me gustaría encontrar un lugar desde el que nos sea fácil contactar con los lugareños.

—Muy bien —accedió Mashbourne—. Pero deben cenar conmigo esta noche. Me complacería enormemente que conocieran a lady Carthon, la más exquisita de las



anfitrionas.

Nos separamos del doctor en Inswich tras acordar acudir a Carthon a las ocho, y nos dispusimos a reservar alojamiento en el Corazón negro, una pequeña posada situada en el centro de la ciudad; un lugar magnífico, como señaló Holmes, desde el que dirigir todas las acciones pertinentes.

Entramos en un vestíbulo de techo bajo apenas iluminado por varias temblorosas lámparas de aceite, pero no encontramos a nadie que nos atendiera. Llamé al timbre, y una desharrapada figura surgió de entre las sombras. Apareció una anciana de unos setenta años, que se levantó de una mecedora: cabellos de un gris pizarra, un ojo marrón, el otro de un blanco lechoso debido a las cataratas.

—¿Dos habitaciones? —nos preguntó en una voz cansada y cascada.

—Sí, señora, gracias —le contesté yo.

—¿Cuántas noches? —volvió a preguntar.

—Me sorprendería bastante si no lográsemos acabar nuestros asuntos esta misma noche —contestó Holmes.

—No encontrarán razón alguna para permanecer aquí durante más tiempo, caballero —dijo la mujer—. Tenemos poco de lo que enorgullecemos.

—Tenemos entendido que la ciudad entera sufre de insomnio desde hace tres meses —comentó Holmes.

—Aparece en todos los periódicos de Londres —me apresuré a añadir, pues temía que la brusquedad de mi amigo pudiera molestar a nuestra anfitriona.

—Bueno, sí, eso es lo que hay —contestó ella en voz baja.

—¿También le afecta a usted? —preguntó Holmes.

—En efecto —contestó ella, pero, antes de que pudiera continuar, se apagó una de las lámparas y ella se apresuró a ir hacia allí. Le temblaban las manos al encender una cerilla y luego al prender la mecha.

—¿Se encuentra usted bien? —le pregunté, preocupado por si habíamos asustado



inadvertidamente a la pobre mujer.

—Discúlpeme, caballero —contestó ella, nerviosa—, pero la noche se ha convertido aquí en algo temible.

—¿En serio? —pregunté—. ¿Y cómo es eso?

—«Se empujará al diablo de la luz a las tinieblas, y se lo expulsará del mundo» —respondió ella, como si, de alguna forma, eso contestara a mi pregunta.

—Job, capítulo dieciocho, versículo dieciocho —señaló Holmes.

Ella asintió y no añadió nada más, pero nos entregó dos llaves.

—Siete y ocho, suban las escaleras y a la derecha —continuó—. ¿Van a querer té esta tarde?

—No, señora, nos esperan en Carthon —le contesté.

—Será mejor que lleguen allí antes de que oscurezca —nos señaló.

—Gracias, haremos todo lo posible —le dije.

Ella asintió y, tras desearnos buenas tardes, regresó a su mecedora.

Encontré que la breve cita bíblica que ella había hecho tenía muy poco sentido y me pregunté cómo una habitación llena de lámparas iba a mantener alejado al diablo si este decidía realmente venir a Inswich, así que hablé tan poco como Holmes mientras subíamos las escaleras.

—No hay duda de que acabamos de ser testigos de lo que puede hacer la falta de sueño si la unimos al fervor religioso —comentó sardónicamente.

No pensé más en ello por el momento. Después de todo, estábamos allí solo para encontrar la medicina para dormir de Holmes, y a la mañana siguiente estaríamos de regreso a Londres. Dejamos nuestras pertenencias en las habitaciones, ambas iluminadas, igual que el vestíbulo, con chisporroteantes lámparas; lo mismo ocurría con otras habitaciones que nos encontramos abiertas al pasar.

No localizamos médico alguno con el que hablar, pues seguramente Inswich era



demasiado pequeña como para atraer a un médico residente, pero sí encontramos al dentista del lugar, que nos proporcionó cierta información acerca de la tan ansiada poción del farmacéutico de Holmes.

Al parecer, el dentista se había visto requerido en los últimos tres meses por un número cada vez mayor de habitantes de la ciudad que se encontraban en un alto estado de ansiedad provocado por su incapacidad de conseguir un descanso adecuado «debido a una criatura nocturna», algún tipo de animal salvaje que nos dijo que aterrorizaba a la población local.

Aunque no se creía demasiado las historias que le contaban («un montón de basura supersticiosa», afirmó), como no sabía qué otra cosa hacer encargó a su cuñado, un farmacéutico de Londres, una gran cantidad de medicina para dormir y se la prescribió a casi todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad.

—Una vez comprobé que su insomnio no estaba causado ni por caries ni por indigestión alguna —nos contó—, decidí que lo mejor era dormirlos a todos para evitar que me inundaran la consulta.

Pero, aunque el brebaje les había proporcionado cierto alivio durante la primera o las dos primeras noches, pronto regresaron los síntomas. Lo que, por supuesto, provocó una mayor ansiedad y la demanda de dosis mayores, lo que tuvo como resultado que al cuñado se le agotasen rápidamente los suministros.

—Han tratado los síntomas, no la causa —me susurró Holmes al oído.

Cuando Holmes le preguntó al hombre si le quedaba algo de la medicina, aunque fuera una única dosis, que él le pudiera comprar, le contestó que lo último que le quedaba lo había enviado hacía unas semanas a Carthon House.

—Tal vez deberíamos investigar a esa criatura nocturna —dije medio en broma mientras salíamos del dentista, pues me había dado cuenta de que nos quedaban varias horas antes de la fijada para la cena.

A pesar de lo decepcionado que se encontraba debido a la pócima, Holmes no necesitó más incentivos, pues, a pesar de que su fatiga ya se veía señalada de forma



regular mediante enormes bostezos y el frecuente frotamiento de los ojos, su natural curiosidad estaba picada. Así que dimos un paseo por la pequeña ciudad y nos paramos en el estanco, el mercado, un pequeño pub y el ayuntamiento, donde se encontraba la oficina del juez. La cansada mujer allí de servicio nos informó de que «su señoría» se había marchado de vacaciones.

Entrevistamos a una docena de ciudadanos más o menos acerca de sus experiencias con el insomnio, y al hablar con ellos descubrimos que la vieja posadera no era la única que tenía miedo a la noche. Una mujer de unos cincuenta años, bastante hogareña, nos informó de que algo había tratado de entrar por la ventana de su dormitorio, y que arañaba el cristal, agitaba el cierre y la despertaba cada vez que ella estaba a punto de dormirse. Pero cuando se levantaba de la cama y abría las contraventanas, allí no había nada, tan solo «un pestazo por todas partes».

Un joven cartero nos informó de que había visto «una sombra gigantesca, como la de un murciélago, pero enorme» que se abalanzaba sobre él una tarde, ya muy avanzada, cuando regresaba a casa. Nos dijo que logró evitar a la criatura que se le echaba encima refugiándose en un bar muy bien iluminado.

Otro tipo moreno, un carnicero con aspecto desaliñado y agotado, nos dijo que cada noche del último mes se despertaba varias veces con la sensación de que había alguien o algo sentado sobre su pecho tratando de estrangularlo. Cuando se despertaba y encendía su linterna, no encontraba nada. No hice caso a su historia al considerarla una manía provocada por una continua falta de sueño, pues verse privado del mismo puede causar alucinaciones.

—Hace poco leí un artículo de un tal doctor Breuer —le comenté a Holmes mientras continuábamos con nuestra búsqueda— en un periódico del colegio de médicos en Viena, acerca de un tipo de histeria mental que, en ciertas circunstancias, puede manifestarse en una comunidad entera.

—Yo también he leído ese artículo, Watson —me dijo Holmes—. Pero ese es el síntoma, y estamos buscando la causa. Una vez la encontremos, podremos hallar una cura.



Ninguno de los que entrevistamos afirmó haber visto realmente a la criatura; bueno, hasta que encontramos a una joven madre con profundas ojeras que nos aseguró que su hijo había visto a la cosa entrar en su dormitorio y que, desde entonces, insistía en dormir en la cama de su madre. Debo admitir que me vi forzado a contener las ganas de sonreír ante esta última afirmación, aunque parecía que Holmes no lo encontraba nada divertido.

Pidió hablar con el niño.

—¿Puede describirme lo que vio, caballero? —le preguntó Holmes, hablando con él como si se tratase de un hombre adulto, en lugar del niño de ocho años que era en realidad.

El niño miró a su madre sin saber si debía contarle o no, hasta que esta le indicó su aprobación.

—Me fui a la cama como siempre —dijo—. Y mamá dejó una vela encendida.

—Para mantener alejadas a las criaturas nocturnas —explicó la joven, algo avergonzada—. Mi madre es supersticiosa, y últimamente insiste en que no deje que el niño duerma en la oscuridad, por ese animal que ha estado merodeando por aquí.

—Pero yo quería verlo —dijo el niño—. Ver si era real, así que apagué la luz. Esperé mucho tiempo y creo que me dormí, pero entonces oí que se abría la puerta, y lo vi. Estuvo olfateando un segundo, pero nuestro perro Jeffery se puso a ladrar como un loco y lo asustó.

—¿Y podría describirme a esa criatura? —le preguntó Holmes.

—Oh, puede hacer algo mejor que eso —le respondió su madre—. Enséñaselo, hijo.

El niño se metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel que desdobló con mucho cuidado, y se lo dio a Holmes. Este lo estudió con gran detenimiento antes de pasármelo. Se trataba de un dibujo impresionante, muy realista, realizado a carboncillo, creo, de una criatura alada bastante fea que tenía cara de perro y gruñía; realmente, una imagen absolutamente inquietante para provenir de la mente de un niño.



—Lo dibuja todo el tiempo —dijo su madre.

Yo sentía bastante escepticismo ante la idea de que alguien tan joven pudiera plasmar con tanto detalle una monstruosidad semejante, especialmente si se basaba en su supuesta experiencia, y preferí creer que algún supersticioso habitante del pueblo había estado contando al niño cuentos de hadas.

—Su hijo es todo un artista —comenté mientras le daba al niño unas amistosas palmaditas en la cabeza.

—Sí, lo es —dijo Holmes, y se volvió hacia el niño—. ¿Puedo quedármelo, jovencito?

El niño volvió a mirar a su madre, quien asintió a Holmes.

—Por supuesto, caballero.

—En fin, todo esto es realmente curioso —comenté tras dejar al niño y a su madre—. Pero me temo que deberemos posponer nuestras investigaciones hasta mañana, pues son las seis y media y debemos estar en Carthon a las ocho.

—Tan puntual como siempre, ¿eh Watson? —señaló Holmes.

—La etiqueta exige el esfuerzo.

Tras regresar al Corazón negro y cambiarnos a un atuendo más apropiado para la cena, volvimos a la plaza del pueblo en busca de algún medio de transporte. Allí nos encontramos con una enorme hoguera, de unos seis metros de largo, que ocupaba la zona central e iluminaba la noche hasta una gran distancia a su alrededor. Había aproximadamente una docena de hombres que, reunidos en grupos pequeños, atendían las monstruosas llamas. Una vez más, recordé al artículo del doctor Breuer acerca de la histeria colectiva y estuve a punto de decírselo a Holmes, pero nada de eso parecía demasiado extraño tras todo lo que habíamos visto y oído aquel día.

Les pregunté a los hombres dónde podíamos encontrar transporte, y uno de ellos





señaló un pequeño carruaje abierto que estaba detenido en las cercanías. Su conductor era un tipo de mediana edad al que le faltaban algunos dientes y que tenía una única y gruesa ceja parecida a una enorme oruga negra que se extendía sobre ambos ojos. Al principio pareció tremendamente reacio a llevarnos hasta Carthon, nos preguntó por qué queríamos ir tan lejos y luego se excusó aduciendo que sus caballos estaban demasiado cansados y que era casi la hora de irse a cenar. Una guinea que saqué de mi chaqueta convirtió rápidamente sus dudas en conformidad.

Abrió la portezuela lateral de su pequeño vehículo y nos ayudó a subir.

—¿Quién soy yo para decirles a unos elegantes caballeros como ustedes adónde ir y cuándo hacerlo? Por aquí, caballeros.

Mientras viajábamos, nuestro charlatán conductor no paró de hablar de forma nerviosa (del tiempo, del precio del ganado ovino y bovino, de su suegra, que vivía en Barrington), pero no mencionó el insomnio. Bien podría haber seguido así ad infinitum, si no fuera porque Holmes le preguntó:

—¿Ha estado usted durmiendo bien últimamente?

—Nadie duerme bien en Inswich, caballero —contestó el hombre con solemnidad.

—¿Y a qué supone usted que se debe? —pregunté como quien no quiere la cosa, pues suponía que iba a ser algo reacio a contestar.

—Puede estar seguro de que no lo sé, caballero —respondió—. Soy un simple conductor, ¿sabe? Claro que he oído esas historias raras, sobre bestias que merodean en la noche y cosas por el estilo.

—Nosotros hemos oído las mismas historias —le dije.

—Cuentos de viejas, ¿no creen ustedes? —dijo el conductor.

—Sí, claro, por supuesto —contesté.

—¿Recuerda cuándo comenzaron esas historias? —preguntó Holmes.

—Creo que fue en enero, poco después de que cortaran la luna.



—¿Que la cortaran? —pregunté yo.

—Sí, señor. Ahí está la luna, y la cortan.

—El eclipse lunar —dijo Holmes, bastante excitado—. Fue el veintisiete de diciembre, ¿no, Watson?

—Sí. Eso creo —le contesté, tratando de recordar la fecha exacta.

—Eso es —dijo el conductor—. Todo se puso negro durante uno o dos minutos, y luego las viejas fueron a la iglesia y se arrodillaron para rezar por nuestras almas. Poco después de la misa me dijeron que dejara una luz encendida junto a la cama para mantener alejado al diablo.

No seguimos discutiendo, aunque no tengo ninguna duda de que la mente de Holmes seguía funcionando. Viajamos en silencio, excepto por el traqueteo de los cascos de los caballos y el girar de las ruedas del carro. Llegamos a Carthon House poco antes de las ocho. Un largo camino de piedra, flanqueado de altísimos robles que se erguían como centinelas, conducía hacia la majestuosa casa, una enorme mansión que resplandecía con luces en casi todas las ventanas, que solo en la fachada principal sumaban unas cien; una señal de bienvenida en la oscura noche sin luna.

—Extraordinario —comenté.

—¿Quieren que me quede a esperarlos, caballeros? —preguntó nuestro conductor cuando nos bajamos.

—No, gracias —le contestó Holmes.

El hombre asintió, giró su carruaje y desapareció rápidamente en la noche.

—Parecía tener mucha prisa por marcharse, ¿verdad? —comenté a Holmes.

—¿Se ha dado cuenta del bulto que tenía en el bolsillo del pecho de su largo abrigo? —repuso Holmes—. A menos que me equivoque, se trataba de un revólver; y cargado, a juzgar por la forma en la que comprobaba su presencia con la mano derecha cada uno o dos minutos.

—Tal vez haya realmente bestias por los alrededores —comenté, de nuevo a



modo de broma.

—Esa es una posibilidad —contestó Holmes.

Me limité a sacudir la cabeza con incredulidad ante el hecho de que él no rechazase totalmente esas historias de terrores nocturnos.

Cuando subíamos las escaleras hacia la entrada de la mansión, se abrió el portalón y apareció el doctor Mashbourne acompañado de un lacayo.

—Espléndido, espléndido —dijo Mashbourne mientras el lacayo recogía nuestros abrigos y sombreros—. Llega usted tan puntual como siempre, doctor Watson.

Holmes me sonrió con esa amarga sonrisa tan característica suya mientras entrábamos en la mansión Carthon.

El interior era tan magnífico como el exterior. Del ornamentado techo colgaba una magnífica araña que despedía luz desde varias decenas de velas.

—Debe de ser el diablo para mantenerla en tan buen orden —comenté, señalándola mientras avanzábamos.

—Esa no es la mayor de todas —dijo Mashbourne—, tal y como podrán ver cuando lleguemos al comedor.

Nos condujo a la sala de estar y llamó a uno de los sirvientes para que nos trajera un jerez. Mientras bebíamos, comenté con Mashbourne los diversos encuentros que habíamos tenido en Inswich y las historias sobre la criatura que perturbaba las noches de los habitantes del lugar.

—¿Una criatura, dice? ¿Qué tipo de criatura?

Holmes sacó el trozo de papel con el dibujo del niño y se lo mostró a Mashbourne. Él lo estudió con sumo detenimiento, y mientras lo observaba me dio la impresión de que se estaba tomando el asunto demasiado en serio.

—¿Cuánto puede aguantar una persona sin dormir? —preguntó Holmes.

—He conocido casos únicos en los que han sido varios días —intervine yo—, incluso una semana, como bien sabe usted, aunque me atrevería a afirmar que nunca me



he encontrado con un caso tan prolongado y extendido como este, ni siquiera en los periódicos.

—Ni yo —añadió Mashbourne mientras le devolvía el dibujo a Holmes—. ¿Ha formulado ya alguna hipótesis, señor Holmes?

—Sí —contestó Holmes para mi gran sorpresa.

—¿Y se puede saber cuál? —preguntó a nuestras espaldas una amable y suave voz.

Nos volvimos y allí estaba una mujer de sorprendente belleza, de unos treinta años, de cabello dorado, brillantes ojos azules y piel de un alabastro translúcido. Llevaba un pálido vestido del color de la cáscara de huevo con un alto cuello cerrado, y le colgaba del cuello una delicada cadena de plata de la que pendía una pequeña piedra negra. Al igual que la miriada de luces que iluminaba su casa, desprendía un fulgor cálido.

Incluso Holmes guardó silencio y permitió que Mashbourne fuera quien rompiera el hechizo e hiciera las presentaciones.

—Lady Carthon, estos son mis buenos amigos, el doctor John Watson y el señor Sherlock Holmes. Son bastante famosos en Londres...

—... por haber resuelto varios crímenes famosos —concluyó ella—. Estoy familiarizada con la reputación del buen señor Holmes. ¿Y qué los trae a nuestra humilde Inswich, caballeros?

—El rumor de que el lugar estaba repleto de mujeres hermosas —contesté yo.

Ella se echó a reír con tanta naturalidad que me hizo ruborizar.

—Es usted realmente encantador, doctor Watson —contestó.

—Me adula, señora —le respondí yo, mientras hacía una breve reverencia con la cabeza, complacido por haber provocado una respuesta tan agradable de una dama tan encantadora.

Llegó el mayordomo para avisarnos de que la cena estaba lista. Seguimos a lady



Carthon como ansiosos pretendientes mientras ella se deslizaba elegantemente hacia el comedor.

Una vez nos hubimos sentado, se nos agasajó con la más espléndida de las comidas, que consistía en varios platos uno detrás de otro. Mashbourne estaba en la gloria. Habló muy poco, simplemente se limitó a mostrarse de acuerdo con cualquier conversación que se estuviese manteniendo en cada momento y a gruñir su aprobación ante la variedad de alimentos que nos presentaron. Como Holmes parecía haberse vuelto a sumir en sus pensamientos, tuve que ser yo quien conversara con lady Carthon.

—¿Vive usted aquí sola? —le pregunté de forma algo brusca, me temo.

—Sí, yo sola —me contestó, sin mostrar vergüenza alguna ante mi falta de tacto.

—¿Y su marido? —volví a preguntar, pues me di cuenta de la alianza que llevaba en la mano izquierda—. ¿Está de viaje?

—A mi marido lo mataron en Egipto, en enero hizo un año —me contestó—. Era capitán en el Ejército Real de Su Majestad. Un hombre realmente maravilloso.

—Mis más profundas condolencias, señora —dije, perturbado ante su respuesta—. Debe de resultarle difícil llevar esta enorme casa sin él.

—Gracias, caballero —respondió ella—, pero me las arreglo bastante bien.

—Seguro que sí —contesté yo—. Debe de estar bastante entretenida.

—Oh, no mucho. Mi querido amigo el doctor Mashbourne me llama de cuando en cuando para proporcionarme pequeños fragmentos de las últimas noticias de Londres, así como algunos invitados ilustres, como ustedes.

Mashbourne asintió y sonrió, tenía la boca demasiado llena para poder hablar.

—¿Es usted consciente de que la ciudad de Inswich al completo padece problemas del sueño? —intervino Holmes.

—Sí, claro que soy consciente de ello.

—Y dígame, señora —continuó Holmes—, ¿usted duerme bien?



Ella hizo una breve pausa y luego contestó:

—No, nada bien.

El doctor Mashbourne se aclaró la garganta.

—Emily es la paciente que les mencioné en nuestro viaje hasta el norte. Su marido y yo servimos juntos, aunque brevemente, en Egipto.

—Sí —dijo Holmes—. Si no recuerdo mal, usted no prestó servicio durante demasiado tiempo.

—Dieciocho meses —precisó Mashbourne.

—¿Y cuánto hace que tiene este problema de insomnio? —preguntó Holmes a lady Carthon.

—Bastante —contestó ella.

—Y aun así, no ha llamado al doctor Mashbourne hasta hace poco.

—Antes me preocupaba poco.

—¿Y ahora? —preguntó Holmes.

—Cada vez me produce más problemas —contestó lady Carthon.

—¿Recuerda cuándo fue la última vez que durmió toda la noche de un tirón? —preguntó Holmes.

—Creo que en enero.

—Emily, ¿nos estás diciendo que llevas tres meses enteros sin dormir? —preguntó Mashbourne.

—¿Cómo puede aguantar? —pregunté yo, incrédulo—. ¿No está agotada todo el tiempo?

—¿Tiene alguna idea acerca de qué es lo que la mantiene despierta? —siguió diciendo Holmes de una forma displicente que yo no le toleré.

Ella pareció abrumarse ante esta andanada de preguntas, pues dio la impresión



de que no sabía qué responder.

—¿Ha oído usted las historias que cuenta la gente acerca de una criatura que los persigue mientras duermen? —preguntó Holmes al cabo de un rato.

Ella volvió a dudar, y por fin respondió:

—Sí.

—¿Y qué opina de ellas?

—Las encuentro tremendamente inquietantes.

—¿Se las cree? —pregunté yo.

—Esa es la razón por la que hay una luz encendida en cada habitación, ¿verdad, señora? —dijo Holmes.

—Sí —respondió ella—. Estoy segura de que todo esto les parecerá bastante tonto a unos caballeros de Londres, pero les aseguro que a mí me ha resultado totalmente aterrador.

—Haga el favor de explicarse —dijo Holmes.

—Todo comenzó una noche de finales de diciembre —comenzó tras recobrar la compostura—. Hubo un eclipse lunar total. A muchos de los habitantes les resultó especialmente inquietante, sobre todo cuando el sacerdote local, un viejo tristemente supersticioso, me temo, recogió sus pertenencias y nos dejó al día siguiente. Yo no compartía sus miedos, pues había estudiado un poco las estrellas y había pasado despierta toda la noche para presenciar el suceso. Después de eso, fui a la salita a por una copa de brandy y, cuando cruzaba el vestíbulo a oscuras, sentí de repente una presencia... muy cerca. Se trataba de la sombra oscura de una cosa, y sentí cómo me tocaba el cuello. Me asustó mortalmente, por supuesto, y me temo que di un fuerte grito. Mi doncella, Estella, salió corriendo de su habitación con una linterna para ver qué era todo ese alboroto, y cuando se acercó, esa cosa sencillamente desapareció.

»Yo estaba bastante alterada, como se pueden imaginar, e incluso me permití tomar una segunda copa de brandy, tras lo que volví a la cama, totalmente convencida



para entonces de que todo el incidente no había sido más que una alucinación. Pero cuando apagué la luz de mi dormitorio volví a sentir esa presencia. Inmediatamente volví a encender la lámpara y, una vez más, la cosa desapareció, así que dejé la luz encendida durante toda la noche. Como pueden imaginarse, dormí bastante mal aquella noche, despertándome frecuentemente para comprobar que la luz siguiera encendida.

»La noche siguiente, antes de ir a acostarme, hice que mis sirvientes comprobaran la mansión entera en busca de ventanas abiertas y puertas sin cerrar para asegurarme de que todas ellas estuviesen cerradas a cal y canto. Una vez estuve segura de que todo estaba bien, apagué la luz y me metí en la cama. Muy poco después, volví a sentir la presencia y encendí inmediatamente la lámpara.

»Desperté entonces a todo el servicio y le di instrucciones de que registraran a fondo la casa. Encontraron abierta una única puerta que tenía unos extraños arañazos por todo el marco exterior, como si fueran señales de garras.

»Seguimos este ritual durante casi toda una semana, y todas las noches encontramos abierta una puerta o una ventana distinta. Terminé por decir a los sirvientes que encendieran una lámpara en cada habitación de la casa y que las dejaran encendidas toda la noche, convencida de que esa era la única forma de ahuyentar al intruso.

Mientras nos contaba su historia, lady Carthon se llevó varias veces la mano a la piedra de su colgante, y fue entonces cuando pude verla bien por primera vez. Era un amuleto de forma extraña, parecida a una gran lágrima, con bordes aplastados y un raro color negro que, curiosamente, no reflejaba luz alguna.

—¿Fue su marido —la presionó Holmes— quien le regaló ese colgante?

Ella asintió, mirando extasiada la piedra que le colgaba del cuello.

—Fue un regalo de aniversario. Me lo envió desde Egipto. Llegó tan solo una semana o dos después de su muerte.

—¿Le contaron las circunstancias en las que murió? —le preguntó Holmes.

—¡Holmes, por favor! —exclamé, algo violento.





—No pasa nada, doctor —me tranquilizó ella con gentileza—. Me dijeron que lo habían asesinado unos ladrones de tumbas mientras patrullaba cerca de las grandes pirámides. Pero Arthur puede proporcionarle más detalles. Estaba allí.

—Estoy seguro de que podemos discutirlo más tarde —los interrumpí, esperando ahorrarle a la pobre mujer mayor incomodidad.

—Sí, claro —me apoyó Mashbourne—, después de la cena.

—Debe usted de echarle mucho de menos —dijo Holmes.

—Daría lo que fuera porque volviera conmigo —respondió ella, los ojos llenos de lágrimas, perdida toda la musicalidad de su voz.

De pronto parecía cansada, sumamente pálida y demacrada. Como si la luz que era la vida de sus pálidos ojos azules se hubiera apagado de pronto, su mirada era ahora vidriosa y vacua, y reflejaba la vacía oscuridad de la lágrima negra. Su cambio me perturbó bastante, igual que a Mashbourne. Solo Holmes mantuvo su fría compostura.

—¿Ha probado alguna medicina para inducir el sueño? —le pregunté.

—Todas ellas, doctor. Valeriana, flor de la pasión, leche caliente, manzanilla, un breve paseo antes de que oscurezca, un baño caliente antes de acostarme. Incluso he llegado a encargarme elixires especiales a un farmacéutico de Londres. No han servido de nada.

Miré a Holmes, pero su expresión no revelaba nada.

—Deberías probar mi brandy —dijo Mashbourne, y sacó su petaca de plata de su chaqueta—. A mí me hace dormir incluso al mediodía.

Ella le sonrió con tal tristeza que me puso un nudo en la garganta.

—Ya lo he probado, Arthur —confesó.

—Sí, tienes razón. Lo has hecho —respondió él con suavidad. Y entonces se volvió hacia nosotros y dijo con vehemencia—: Debemos descubrir el misterio que se esconde detrás de todo esto.

—Creo que si dormimos una noche en esta casa, obtendré la respuesta —afirmó



Holmes.

Lady Carthon se puso en pie, y nosotros también lo hicimos. Con una cálida y triste sonrisa, dijo:

—Mis dulces campeones... Me siento tremendamente afortunada de tenerlos esta noche como invitados.

—El placer ha sido todo nuestro, señora, se lo aseguro —le dije.

Nos deseó que pasáramos una buena noche, dejó instrucciones a un sirviente para que preparara dos camas más y se marchó para pasar la noche.

Observamos cómo se marchaba en silencio. Cuando ella se fue, Holmes se volvió hacia Mashbourne.

—Las circunstancias de la muerte del marido de la señora, si hace usted el favor.

Mashbourne se aclaró la garganta con un trago de vino y empezó:

—Tal y como ha dicho Emily, el capitán Carthon estaba patrullando por el desierto con sus hombres cerca de las grandes pirámides. Yo era el médico asignado a su regimiento. Los hombres de Carthon informaron de que una tarde se encontraron con un grupo de saqueadores de tumbas que se estaban haciendo con una gran cantidad de antigüedades procedentes de un enterramiento recientemente descubierto. Se produjo una breve pero sangrienta escaramuza y los saqueadores fueron apresados.

»Pero el capitán Carthon me confió en secreto, una vez hubo dejado los tesoros saqueados en manos del gobernador real, que, entre los múltiples objetos había encontrado uno que se imaginó que sería un maravilloso regalo para su esposa. Me mostró el colgante que todos hemos visto que ella llevaba esta noche. Lo más curioso es que, después de eso, los soldados del regimiento pasaron varias noches sin poder descansar.

—¿Está usted hablando de insomnio? —le preguntó Holmes.

—Sí —contestó Mashbourne—, pero no hasta este grado. No duró más de una semana. Y entonces, una noche en que volvíamos a estar de patrulla, asesinaron a



Carthon. Algunos dijeron que habían sido los saqueadores de tumbas, que habían vuelto en busca de su botín, pero yo estaba seguro de que había sido algún tipo de animal salvaje, pues examiné el cuerpo y este había sido salvajemente mutilado.

»Como iba a volver a Inglaterra, me correspondió la desagradable tarea de comunicarle a lady Carthon las tristes noticias y de entregarle los efectos personales de su marido.

—¿Se encontraba el colgante entre esos objetos? —le preguntó Holmes.

—No —contestó Mashbourne—. Creo que se lo envió antes, antes de que lo mataran.

Pude ver cómo la mente de Holmes volvía a ponerse a trabajar.

—Comentó usted con anterioridad que se le había ocurrido algo —le dije—. ¿Le importaría compartirlo?

—Tengo una teoría que pretendo poner a prueba esta noche —fue lo único que dijo.

—Oh, venga —exclamó Mashbourne, claramente molesto—. ¿No hay ni una miguita de pan que pueda dejarnos como pista para que podamos seguir su razonamiento?

—Una miguita les dejaría bastante más insatisfechos —respondió, y echó su silla hacia atrás—. Y ahora me temo que debo dejarlos, caballeros. Que duerman bien. — Cuando llegó a la puerta, volvió a girarse para mirarnos—. Y dejen una luz encendida. Si se encuentran con algo poco usual esta noche, cualquier sonido innatural o algo por el estilo, vayan inmediatamente a buscarme. Estoy seguro de que estaré despierto. —Y se fue.

—Un tipo de lo más peculiar, ¿no cree, Watson? —comentó Mashbourne.

—Vaya si lo es —contesté yo.

Después de unos puros y de un poco del brandy de Mashbourne, nosotros también nos retiramos a pasar la noche; un sirviente nos condujo al piso de arriba y nos



acompañó a nuestras habitaciones.

— Buenas noches, doctor Mashbourne —le dije mientras le dejaba.

— Buenas noches, doctor Watson. Estoy seguro de que yo, al menos, voy a dormir esta noche como un tronco. Este día me ha dejado realmente agotado.

Se encerró en su habitación.

Cerré mi puerta y me encontré con que me habían dejado una bata y un pijama junto a lo que parecía ser una cama realmente cómoda. Había una jarra de agua en una mesilla cercana, y me serví un vaso antes de apagar la luz y meterme entre las sábanas.

Mientras estaba allí tumbado y mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, me puse a pensar en las últimas palabras de Holmes, preguntándome a qué tipo de sonidos innaturales se referiría. Escuché con atención los sonidos de la noche que me rodeaba, y, a medida que mis oídos se iban acostumbrando al silencio, pude oír el viento que soplaba entre los árboles, el suave golpeteo de una contraventana que se había quedado sin cerrar en alguna zona apartada de la casa.

Me desperté debido a un golpe. Me intenté levantar, pero descubrí que estaba totalmente paralizado, excepto los ojos, que tenía muy abiertos pero me resultaban totalmente inútiles en la total oscuridad. Traté de mantener la calma, de convencerme de que la parálisis sería momentánea, de que estaba soñando. Pero entonces oí una llave en la cerradura (¿había cerrado la puerta con llave?) y sentí que alguien entraba en la negrura de tinta de mi habitación.

Me maldije en ese momento por haber ignorado el consejo de Holmes y haber apagado la luz. Me llené de oscuras premoniciones, de una sensación de perversa maldad. Se me desbocó el corazón. Luché en vano por levantarme (me temblaban brazos y piernas, se me llenó la frente de sudor, me dolía respirar), pero seguí sin poder hacerlo.

Oí unos pasos que se acercaban a mi cama. Me dije que solo se trataba de un



serviente que venía a ver si todo andaba bien, o que sería alguien que andaba en sueños, pero el pánico que inundaba mi corazón siguió creciendo... ¡y algo saltó sobre mi pecho! Unas manos frías me aferraron el cuello y empezaron a estrangularme. Jadeé en busca de aire, traté de gritar pidiendo ayuda mientras el aire abandonaba mis pulmones debido al peso de mi asaltante.

Cuando la oscuridad estaba a punto de tragarme, la puerta de mi cuarto se abrió con tal violencia que la arrancó de sus bisagras y la bendita luz entró procedente del pasillo.

La luz reveló una criatura (no encuentro un nombre mejor que darle) ¡qué se cernía amenazadoramente sobre mí! No se trataba de ningún cuento de hadas para niños, sino de una bestia casi bípeda y jorobada con un aspecto ligeramente canino, un rostro perruno con orejas puntiagudas. Su carne era de una blandura desagradablemente gomosa. Aquella blasfemia sin nombre me miraba con centelleantes ojos rojos, sus garras escamosas me rodeaban la garganta, su chato hocico y su babeante boca exhalaban su acre y fétido aliento sobre mí. Estaba a punto de morderme con unos afilados colmillos que llenaban de forma desordenada la enorme mandíbula cuando aulló todo su odio ante en repentino resplandor, desplegó unas espantosas alas negras, me soltó y voló directamente hacia la iluminada entrada en la que se encontraba Holmes con una linterna en una mano y su revólver en la otra.

Holmes disparó una vez y alcanzó a la bestia en el pecho. La fuerza del impacto solo hizo retroceder un paso a la criatura, antes de que volviera a saltar sobre él, aullando de furia. Vi cómo Holmes vaciaba el cargador a bocajarro sobre la bestia, lo que hizo que el ser se desplomara muerto a sus pies.

—¡Watson! ¿Se encuentra bien? —me preguntó.

Yo ya había logrado incorporarme sobre un codo, pues la parálisis comenzaba a desaparecer.

—No lo sé —contesté todavía profundamente conmocionado, y me examiné en busca de heridas. Tenía los hombros y el cuello profundamente magullados, pero, por fortuna, no había sufrido más heridas.



—¿Puede tenerse en pie, viejo amigo?

—Sí, eso creo —dije, pero no di buena muestra de ello, pues me temblaban las piernas.

Me llamó la atención un cierto movimiento en el suelo, y Holmes y yo pudimos ver, con total asombro, cómo esa cosa muerta se fundía lentamente y se convertía en un goteante sebo sulfuroso que se fue filtrando entre los tablones del suelo hasta desaparecer.

—Por Dios, ¿qué era eso? —pregunté a Holmes.

—Nada de este mundo —contestó él—. Venga por aquí.

Lo seguí hasta el dormitorio de Mashbourne, donde, gracias a la linterna de Holmes, pude ver al pobre hombre despatarrado en el suelo con el camión lleno de sangre. Me dirigí rápidamente a su lado y le cogí la muñeca para comprobar el pulso. Como allí no lo encontré me dirigí al cuello, y retrocedí horrorizado cuando vi que le habían desgarrado la garganta.

—Ya no podemos ayudarlo —le dije a Holmes, y entonces me puse en pie de un salto—. ¡Lady Carthon!

Recorrimos a toda prisa el largo y oscuro pasillo central, temiendo durante todo el camino desde lo más profundo de mi corazón lo que podríamos encontrar una vez llegásemos a su habitación.

—¿Por qué están todas las luces apagadas? —pregunté con voz temblorosa.

—Las apagué yo —me explicó Holmes—. Para comprobar mi teoría.

Lo miré lleno de confusión, pero no dijo nada más.

Cuando llegamos a la puerta de las habitaciones de lady Carthon, la encontramos ligeramente entreabierta y el cuarto sumido en la más completa oscuridad. Mientras entrábamos, temía que ella también hubiese caído presa de esa criatura nocturna. Pero cuando Holmes recorrió la habitación con su linterna y la luz iluminó a lady Carthon, la vimos tumbada completamente inmóvil sobre la cama, con una mano flácida sobre el



borde y varios viales de cristal rotos esparcidos cerca, sobre el suelo.

—Dios mío —exclamé, y me dirigí rápidamente a su lado, le cogí la mano y le tomé el pulso.

Holmes recogió uno de los viales y lo examinó con detenimiento, pasó un dedo por el extremo abierto y se lo llevó a los labios.

—El brebaje del farmacéutico —dijo—. Por el número de frascos vacíos que hay aquí, yo diría que se ha tomado una buena cantidad.

—¿Suicidio? —pregunté.

—Eso parece —me contestó.

No pude sentir pulso alguno en su muñeca, así que llevé la mano al cuello. Y, por fortuna, allí sentí el débil latir de su corazón.

—¡Está viva! —exclamé con una mezcla de alivio y de aprensión ante la idea de que aún pudiera fallecer, así que traté de despertarla sacudiéndola con fuerza por los hombros.

—¡Lady Carthon! ¡Lady Carthon! ¡Despierte!

Holmes cogió una jarra de agua y le echó parte de ella sobre la cara. Finalmente, comenzó a moverse.

—Oh, Dios —dijo débilmente—. ¿Qué ha pasado?

—Ha tomado demasiada medicina para dormir —le dije, tratando de no asustarla.

Me miró bastante confundida.

—¿Se acuerda usted de algo? —le preguntó Holmes.

—Recuerdo prepararme para ir a la cama, como siempre hago, confiando en que esa fuera la noche en la que por fin lograría dormir. Pero cuando me estaba quitando el colgante pensé en mi marido y deseé que fuera él quien me lo estuviera quitando, deseé que siguiera aquí, que me abrazara, y supe que pasaría otra noche sin dormir. Creo que



me derrumbé, y me tomé todo lo que me quedaba de la droga del sueño.

—¿Y luego? —preguntó Holmes.

—Nada. Solo oscuridad. No podía salir de esa oscuridad. —Entonces nos miró y vio la sangre que cubría mis manos y mi camisón—. Doctor Watson, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Arthur?

Yo no pude decir nada, así que le tocó a Holmes.

—Muerto —fue todo lo que dijo.

Ella empezó a sollozar.

—Todo esto es culpa mía.

—No lo creo —le aseguró Holmes—. No lo ha asesinado usted.

—Vino a por mí —dijo, sin dejar de sacudir la cabeza—. De noche. Desde esos espantosos sueños.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté—. ¿La criatura vino a por usted?

—Quería algo de mí. Esa noche de enero, cuando la luna se oscureció. Sabía que quería algo, pero, que Dios me ayude, no podía entender qué. Una llave, creo. Una apertura. Una puerta hacia otro lugar. No podía entender qué quería. Podía sentir sus pensamientos, pero su idioma me resultaba extraño. Le supliqué que me dejara. Pero no iba a dejar que yo disfrutase de una sola noche de descanso. Cada vez que trataba de cerrar los ojos, cada vez que me permitía estar en la oscuridad, volvía a acosarme. Avisé a la gente. Les dije que mantuvieran encendidas las luces por la noche, que evitaran la oscuridad. Esa cosa temía la luz. Odiaba la luz. Procedía de la oscuridad, ¿saben?, del vacío. Se había desplazado a gran distancia, en busca...

—¿En busca de qué? —le pregunté.

—No lo sé —contestó débilmente.

—Bueno, ya no puede seguir buscando —dijo Holmes mientras recogía el colgante de su lugar junto a la cama de ella—. Le hemos puesto fin.





Nos vestimos rápidamente y salimos de Carthon a pie a la salida del sol. Cuando contemplamos la mansión, nos encontramos con que, de día, era un lugar muy distinto. Tenía un cierto aire de tristeza, de solemnidad, que ni la luz del sol ni la de las lámparas podía ocultar. La brillante señal de luz de la noche anterior había desaparecido, un sueño convertido en pesadilla, y ahora, bajo la claridad del día, la ilusión se vio reemplazada por una sombría y desagradable realidad.

Mientras regresábamos caminando a Inswich, le pedí a Holmes que me explicara lo que había hecho la noche anterior una vez nos hubo dejado a Mashbourne y a mí, y cómo había logrado acudir tan rápidamente en mi auxilio.

—Tras desearles a ustedes dos unas buenas noches —me dijo—, seguí a lady Carthon hasta su habitación y me aseguré de que se había puesto a salvo para pasar la noche. Cuando Mashbourne y usted se fueron a sus habitaciones, comencé a apagar las luces, desde el extremo este de la casa hasta el oeste. Confiaba en atraer a esa cosa, enfrentarme a ella, confirmar si realmente existía. Y entonces fue cuando lo oí...

—¿A la bestia que casi me mata? —pregunté.

—Sí —me contestó—. Oí un ruido terrible procedente de la habitación de Mashbourne. Encendí mi linterna y corrí hacia él, pero ya era demasiado tarde. Así que fui inmediatamente a buscarlo a usted. Como encontré la puerta cerrada con llave, la eché abajo.

—Y le estoy profundamente agradecido por haberlo hecho, amigo mío.

—Lo siento, Watson. No se me ocurrió que ustedes dos apagarían las luces. Les había dicho que no lo hicieran.

—La fuerza de la costumbre, querido —le dije—. No fue culpa suya.

—Debería haber anticipado esa posibilidad —replicó—. Debería haberlos instruido con más vehemencia. Puede que se debiera a mi propio agotamiento, pero no se me ocurrió que la bestia pudiera actuar de forma tan violenta.



—Sigo sin entender por qué se creyó usted las historias acerca de esa criatura. A mí me parecieron totalmente falsas.

—Solo podía conjeturar, Watson —me respondió.

—Pero, ¿cómo pudo siquiera suponer que eran ciertas? —le pregunté, tratando de comprender su razonamiento.

—En primer lugar, estaba el hecho de que nadie podía ofrecer otra causa o razón médica para una epidemia de insomnio tan ampliamente extendida. Al principio, la histeria colectiva no parecía fuera de lugar. No hay duda de que los avisos de la dama pusieron a todo el mundo bastante nervioso. Y debo admitir que el soporífero me confundió un poco, pues daba la impresión de que, la primera vez que se administró, los ciudadanos pudieron dormir toda la noche, aunque los síntomas regresaron poco después. Pero tras oír tantas historias de la criatura procedentes de tanta gente, tras ver los dibujos del niño y tras percibir el terror que le tenía el conductor a este sitio, empecé a sospechar que detrás de esas historias había más de verdad que de superstición.

»Pero fue el propio Mashbourne quien terminó por convencerme. Vio el cuerpo del capitán Carthon. Dijo que le dio la impresión de que no lo habían asesinado unos saqueadores de tumbas, sino que lo había mutilado un animal salvaje.

—¿Y cree que era la misma criatura que mató a Mashbourne?

—La misma.

—Pero, ¿por qué?

—Por esto —dijo Holmes, y sacó el colgante de lady Carthon del bolsillo.

—¿El colgante? —le pregunté.

—El colgante no —respondió él—. La piedra del colgante.

Miré lo que sostenía en la mano. A la luz del día, parecía una simple roca negra, la baratija de obsidiana de un egipcio muerto hacía ya mucho tiempo. Y aun así, cuando llevaba ya un rato observándolo, Holmes tuvo que pronunciar mi nombre en voz alta para recuperar mi atención.



—¿Es esta la llave de la que hablaba lady Carthon? —le pregunté.

—Eso creo, Watson —me contestó—. Cuando la oía hablar de la criatura, sobre lo que parecía estar buscando, recordé algo que leí en un oscuro texto, muy poco conocido, que escribió un árabe loco acerca de objetos que sirven como ventanas al vacío, objetos más viejos que este mundo y que yacen enterrados en oscuras criptas construidas por faraones olvidados hace mucho.

—No lo suficiente —aseguré, aún hipnotizado por la piedra negra—. ¿Así que esto es lo que hizo que mataran al capitán Carthon?

—Sin duda —dijo Holmes—. Y podrían haber muerto más, si lady Carthon no hubiese descubierto la debilidad de la criatura y no hubiese avisado a la ciudad entera de que debían mantener siempre una luz encendida.

—¿Cómo supo esa cosa que tenía que venir a Inswich? ¿Y por qué le llevó tanto tiempo llegar hasta aquí? —pregunté, intentando reunir las últimas piezas del rompecabezas.

—No hay duda de que podía sentir dónde se encontraba la piedra. Pero parece que solo podía recorrer tanta distancia en una total oscuridad —me explicó Holmes.

—El eclipse —dije, y por fin lo entendí todo.

—Correcto —dijo Holmes.

—¿Qué va a hacer ahora con esa cosa? —le pregunté—. ¿Se la va a entregar a la Royal Society?

—No, Watson. Eso sería demasiado peligroso. Me temo que se encuentra más allá de nuestra razón, más allá de la comprensión de la ciencia. Creo que lo mejor será que la arroje a un profundo pozo, y esperemos no volver a oír hablar jamás de ella.

En el Corazón negro, la posadera se había quedado profundamente dormida en la mecedora y roncaba suavemente. Fuimos a nuestras habitaciones, recogimos nuestras



cosas y, sin molestar a la buena mujer, dejamos unos cuantos soberanos sobre el mostrador como pago.

En el exterior, encontramos a nuestro parlanchín conductor dormido sobre su coche. Holmes lo sacudió hasta despertarlo.

—Mil perdones —dijo—. Debo de haberme dormido. —Cuando nos reconoció, añadió con sorpresa—: Ya veo que han regresado sanos y salvos de Carthon. ¿Dónde quieren que los lleve, caballeros?

—A la estación de Barrington, buen hombre —le dijo Holmes tras entregarle un soberano—. Y le daré una guinea más si nos lleva antes de que parta el tren de las nueve en punto hacia Londres.

Saltó ansioso del pescante, recogió nuestras maletas y las aseguró en la parte de atrás de su carruaje abierto mientras nos subíamos a él. Un instante después, partíamos.

—Barrington es un buen sitio —nos dijo—. Mi suegra vive allí.

No dejó de hablar durante todo el viaje a la ciudad, pero yo me encontraba demasiado sumido en mis pensamientos como para prestarle atención. Cuando llegamos, Holmes le pidió que se detuviera en la comisaría local.

—¿Se ha cometido algún crimen? —preguntó el hombre.

—No —respondí raudo—. Solo ha habido un desafortunado incidente.

Encontramos al policía, un hombre bajo y robusto de unos cincuenta años, roncando apaciblemente detrás de su escritorio. Una vez se recobró lo suficiente de la vergüenza de haber sido sorprendido durmiendo en su puesto, Holmes le relató los sucesos de la noche anterior, teniendo cuidado de omitir los elementos más fantásticos y de sustituir a la bestia ultraterrena por un perro rabioso, y terminó el relato diciendo que había un cadáver en Carthon House.

Llegamos con tiempo suficiente como para relajarnos y acomodarnos lo mejor



posible para el largo viaje a casa en el tren de las nueve en punto. Más adelante ese mismo día, Holmes iba a hacer todas las gestiones necesarias para que lady Carthon pasara un tiempo recuperándose en una casa de reposo a las afueras de Londres. A mí me correspondió la desagradable tarea de notificar la muerte de Mashbourne a sus parientes más cercanos.

Cuando salimos de la estación, me giré y vi a mi amigo profundamente dormido, con los brazos cruzados, la barbilla cómodamente apoyada sobre el pecho, respirando lenta y tranquilamente. Tras todo lo que había visto en Carthon, pasaría un tiempo antes de que yo pudiera volver a dormir tan profundamente.



## La aventura del símbolo *voor*

Richard A. Lupoff

Era el peor invierno que Londres había conocido desde que el ser humano podía recordar, puede que desde que los romanos fundaran Londinium casi dos mil años atrás. Había bajado un frente tormentoso procedente del Mar del Norte que había aislado al continente y había cubierto la gran metrópolis con gruesas capas de nieve que pronto quedaron ennegrecidas debido al asfixiante humo que producían diez mil estufas de carbón, y que se convertían en una traicionera capa de hielo cuando se mezclaban con las apenas más cálidas tormentas de aguanieve.

Por tanto, Holmes y yo nos acomodamos en nuestras habitaciones del 221B de Baker Street. El fuego estaba encendido, habíamos disfrutado de una espléndida cena consistente en pastel de carne y col roja que nos había servido la fiable señora Hudson, y yo me encontraba soñando despierto con un buen brandy añejo y una pipa mientras Holmes se entregaba a su nueva pasión.

Había saqueado nuestra exigua cuenta para conseguir el dinero suficiente para conseguir uno de los nuevos gramófonos del señor Emile Berliner, que había importado Harrods, en Brompton Road. Había puesto en la máquina una de las nuevas grabaciones en disco del señor Berliner, que se anunciaban como una importante mejora respecto a los cilindros de cera tradicionales. Pero los sonidos que salían de ese cuerno no me parecían ni demasiado agradables ni demasiado melodiosos. Realmente eran de una naturaleza extraña e inquietante, unas armonías aparentemente discordantes, pero aun así sugerentes, que era mejor no llegar a entender.

Estaba a punto de pedirle a Holmes que apagara ese artilugio cuando la melodía



terminó y Holmes retiró la aguja del surco.

Se llevó un dedo a los delgados labios y susurró bruscamente mi nombre.

—¡Watson! —repitió mientras yo bajaba mi pipa. Casi se me cae la copa de brandy, pero fui capaz de recogerla a tiempo de evitar que se derramase.

—¿Qué ocurre, Holmes? —le pregunté.

—¡Escuche!

Mantuvo levantada una mano, con una expresión de intensa concentración en sus saturninas facciones. Señaló con la cabeza las ventanas cerradas que daban a Baker Street.

—Lo único que oigo es el zumbido del viento chocando contra las cornisas —le dije.

—Escuche con más atención.

Incliné la cabeza, tratando de percibir lo que había llamado la atención de Holmes. Se oyó un crujido en el piso de abajo, seguido del ruido de una puerta al abrirse y luego cerrarse, y el golpeteo de unos nudillos contra una puerta de madera, este último ahogado como por una tela fina.

Miré a Holmes, quien se llevó un largo dedo a los labios para indicarme que guardara silencio. Señaló la puerta con la cabeza y, poco después, oí a la señora Hudson, que ascendía por la escalera hacia nuestros alojamientos. Su paso firme iba acompañado por otro, más ligero y cauteloso.

Holmes abrió la puerta principal y vimos a nuestra casera, con la mano levantada, a punto de llamar.

—¡Señor Holmes! —jadeó.

—Señora Hudson, ya veo que ha traído con usted a lady Fairclough, de Pontefract. ¿Sería tan amable de dejar pasar a lady Fairclough y de traerle a la señora una taza de té caliente? Debe de haber sufrido mucho en el trayecto en esta noche invernal.



La señora Hudson se dio la vuelta y descendió por las escaleras mientras la esbelta joven que la había acompañado entraba en nuestra sala de estar con largas y graciosas zancadas. La señora Hudson había dejado detrás de ella, en el suelo, con sumo cuidado un maletín de tela.

—Lady Fairclough —se dirigió Holmes a la recién llegada—. Permítame que le presente a mi socio, el doctor Watson. Por supuesto, usted ya sabe quién soy yo; si no, no habría venido buscando mi ayuda. Pero primero haga el favor de calentarse junto al fuego. El doctor Watson traerá una botella de brandy con la que daremos más fuerza al té caliente que está preparando la señora Hudson.

La recién llegada no había pronunciado palabra alguna, pero en su rostro se reflejaba el estupor que sentía ante el hecho de que Holmes hubiese sabido su identidad y su casa sin que nadie se lo hubiese contado. Llevaba un moderno sombrero forrado de piel oscura, y un abrigo a medida decorado de forma similar en el cuello y los puños. Llevaba los pies cubiertos con unas botas que desaparecían bajo el dobladillo de su abrigo.

La ayudé a desprenderse de su abrigo. Para cuando lo hube colocado en nuestro armario, lady Fairclough se encontraba cómodamente sentada en nuestra mejor silla y tendía sus delicadas manos hacia las alegres y danzarinas llamas. Se había quitado los guantes y los había colocado con aparente despreocupación sobre el brazo de madera de su butaca.

—Señor Holmes... —dijo con una voz que denotaba una culta sensibilidad y un terror apenas contenido—. Discúlpeme por molestarlos a usted y al doctor Watson a una hora tan tardía, pero...

—No necesita disculparse, lady Fairclough. Al contrario, habría que felicitarla por haber tenido el valor de cruzar el Atlántico en mitad del invierno, y habría que felicitar también al capitán del vapor Murania por haber negociado de forma tan satisfactoria la travesía. Una lástima que nuestros agentes de aduanas hayan retrasado su desembarco de la forma en la que lo han hecho, pero ahora que por fin está aquí, tal vez pueda hablarnos al doctor Watson y a mí del problema que aflige a su hermano, el señor Philip





Llewellyn.

Si lady Fairclough se había sorprendido de que Holmes la hubiese reconocido sin que los hubiesen presentado, esta afirmación la dejó más atónita de lo que puede describir mi magra capacidad de redacción. Se llevó una mano a la mejilla, que, en el favorecedor resplandor de las danzarinas llamas, mostraba una suave complexión y una graciosa curva.

—Señor Holmes —exclamó—, ¿cómo sabe todo eso?

—No ha sido nada, lady Fairclough, solo se necesitan unos sentidos alerta y una mente activa. —No recibí bien la mirada que me lanzó Holmes, pero tampoco iba a protestar en presencia de una invitada y potencial clienta.

—Eso dice usted, señor Holmes, pero he leído acerca de sus logros y, en muchos casos, casi parecen sobrenaturales —respondió lady Fairclough.

—En absoluto. Consideremos este caso. Su maleta porta la etiqueta de los cruceros Estrella Azul. El Murania y el Lemuria son los principales cruceros transoceánicos de los cruceros Estrella Azul, y se alternan en las rutas transatlánticas oriental y occidental. Un simple vistazo a las noticias diarias sobre los buques muestra que el Murania llegaría a Liverpool esta mañana temprano. Si el barco hubiese llegado a puerto incluso a una hora tan tardía como las diez de la mañana, dado que el viaje en ferrocarril de Liverpool a Londres solo dura un par de horas, habría llegado a nuestra ciudad para mediodía. Otra hora, como mucho, desde la estación hasta Baker Street, y habría llegado a nuestra puerta a la una. Pero —concluyó Holmes tras echarle un vistazo al reloj que descansaba sobre nuestro aparador— ha llegado a la sorprendente hora de las diez de la noche.

—Pero, Holmes —intervine yo—, puede que lady Fairclough tuviese otras cosas que hacer antes de venir aquí.

—No, Watson, no. Me temo que no ha llegado a la conclusión correcta después de observar lo que seguro que ha observado. Se ha dado cuenta, ¿verdad?, de que lady Fairclough ha traído su equipaje con ella.



Me declaré culpable de los cargos.

—Está claro que, si no estuviese actuando con precipitación, lady Fairclough habría ido a su hotel, se habría refrescado un poco y habría dejado el equipaje en sus habitaciones antes de venir a Baker Street. El que solo haya traído una maleta es una prueba más de la urgencia con la que partió de su hogar en Canadá. En fin, Watson, ¿qué puede haber causado que lady Fairclough comenzara su viaje con tanta urgencia?

Sacudí la cabeza.

—Debo confesar que estoy completamente perdido.

—No hace ni ocho días que en el Daily Mail apareció un comunicado procedente de Marthyr Tydhl, una ciudad en la frontera entre Inglaterra y Gales, en el que se hablaba de la misteriosa desaparición del señor Philip Llewellyn. Ha habido tiempo suficiente para que las noticias llegasen a lady Fairclough en Pontefract a través de un cablegrama transatlántico. Como temía que, si se retrasaba en acudir al puerto y en embarcar en el Murania, podría sufrir un retraso intolerable, lady Fairclough hizo que su doncella empacase en su maleta las pocas cosas más imprescindibles. Luego partió hacia Halifax, de donde zarpaba el Murania, y si hubiese llegado a Liverpool esta mañana habría partido inmediatamente hacia Londres. Y aun así, llegó nueve horas después de lo que se habría esperado. Dado que nuestro servicio de ferrocarriles no se ve interrumpido ni por las condiciones climáticas más severas, el responsable solo puede ser el servicio de aduanas, igualmente famoso por ser tremendamente puntilloso y por sus tácticas dilatorias.

Holmes se volvió a girar hacia lady Fairclough y dijo:

—Lady Fairclough, en nombre del servicio de aduanas de Su Majestad, le presento mis disculpas.

Llamaron a la puerta y entró la señora Hudson con una bandeja con té caliente y emparedados fríos. La dejó sobre la mesa y se marchó.

Lady Fairclough les echó un vistazo a las viandas y exclamó:

—Oh, no podría.



—Tonterías —insistió Holmes—. Ha realizado un largo viaje y se enfrenta a una peligrosa tarea. Debe mantener sus fuerzas. —Se puso en pie y le añadió brandy al té de lady Fairclough, y luego permaneció de pie con aire serio a su lado mientras ella se tomaba su bebida y dos emparedados.

—Supongo que sí tenía hambre, después de todo —terminó por admitir. Yo me alegraba de que hubiera vuelto el color a sus mejillas. Había llegado a sentirme seriamente preocupado por su bienestar.

—Y ahora, lady Fairclough —dijo Holmes—, sería mejor que fuera a su hotel y que recuperara sus fuerzas con una buena noche de sueño. Confío en que haya hecho una reserva.

—Oh, por supuesto, en el Claridge's. Tengo reservada una suite, cortesía de Cruceros Estrella Azul, pero ahora no podría descansar, señor Holmes. Estoy demasiado preocupada como para dormir antes de haberle explicado mis necesidades y de estar segura de que usted y el doctor Watson aceptarán mi caso. Tengo mucho dinero, si es que eso le preocupa.

Holmes le aseguró que los detalles financieros podían esperar, pero yo me encontraba muy complacido porque nuestra invitada me hubiese incluido en su petición de ayuda. En demasiadas ocasiones me había sentido infravalorado, cuando, en realidad, era el socio de confianza de Holmes, tal y como él mismo había reconocido en multitud de ocasiones.

—Muy bien —asintió Holmes, y se sentó frente a lady Fairclough—. Haga el favor de contarme su historia con sus propias palabras, y sea tan precisa con los detalles como le sea posible.

Lady Fairclough apuró su taza y esperó a que Holmes terminara de volver a llenársela con brandy y unas gotas de Darjeeling. Tomó otro trago bastante largo y comenzó con su narración.

—Como usted ya sabe, señor Holmes, y usted, doctor Watson, nací en Inglaterra, en una buena familia. A pesar de nuestras antiguas conexiones galesas y de nuestro



apellido galés, llevamos siendo ingleses desde hace mil años. Yo fui la mayor de dos hermanos; el menor era mi hermano Philip. Al ser mujer, yo veía que tenía poco futuro en mis islas natales, así que acepté la proposición de matrimonio que me hizo mi marido, lord Fairclough, que posee abundantes posesiones canadienses y quien me confesó su deseo de emigrar a Canadá y comenzar allí una nueva vida que pudiéramos compartir.

Yo había sacado mi agenda y mi pluma estilográfica, y empecé a tomar notas.

—Fue por entonces cuando mis padres murieron en un accidente espantoso, el choque de dos trenes en los Alpes suizos, donde se encontraban de vacaciones. Como sentíamos que una boda suntuosa sería una falta de respeto por los fallecidos, lord Fairclough y yo nos casamos en una modesta ceremonia y partimos de Inglaterra. Vivimos felices en Pontefract, Canadá, hasta que mi marido desapareció.

—Es cierto —la interrumpió Holmes—. Leí lo de la desaparición de lord Fairclough. Veo que sigue refiriéndose a él como su marido, no como su difunto esposo, y que no lleva banda de duelo en sus ropas. ¿Cree usted que su marido sigue con vida?

Lady Fairclough bajó la mirada un instante al tiempo que se ruborizaban sus mejillas.

—Aunque el nuestro fue, de alguna forma, un matrimonio de conveniencia, he llegado a amar profundamente a mi marido. No teníamos problemas, señor Holmes, por si eso le preocupa.

—En absoluto, lady Fairclough.

—Gracias. —Dio un sorbo a su taza de té. Holmes le echó un vistazo y luego volvió a llenarla—. Gracias —repitió lady Fairclough—. Mi marido mantuvo correspondencia con su cuñado, mi hermano, y más tarde, después de que mi hermano se casara, con la mujer de mi hermano, antes de desaparecer. Yo veía los sobres mientras iban y venían, pero nunca se me permitió ver su contenido. Después de leer cada una de las cartas que recibía, mi marido las quemaba y luego aplastaba las cenizas hasta que quedaban irreconocibles. Tras recibir una especialmente larga, sé que era larga por el



volumen del sobre en el que llegó, mi marido hizo venir a unos carpinteros y construyó una habitación cerrada en la que se me prohibió entrar. Por supuesto, obedecí las órdenes de mi marido.

—Una actitud inteligente —señalé yo—. Todos conocemos la historia de Barba Azul.

—Podía encerrarse en sus habitaciones privadas durante horas, a veces durante días enteros. De hecho, cuando desapareció, medio esperaba que apareciera en cualquier momento. —Lady Fairclough se llevó la mano a la garganta—. Por favor —pidió con suavidad—, les ruego que me disculpen por esta falta de modestia, pero de pronto siento mucho calor.

Aparté la vista, y cuando volví a mirarla noté que se había desabrochado el botón superior de su blusa.

—Mi marido llevaba dos años desaparecido y todos, excepto yo, le daban por muerto, aunque debo confesar que incluso mis esperanzas eran pocas. Durante el tiempo en el que mi marido y mi hermano mantuvieron correspondencia, mi marido comenzó a aislarse de cuando en cuando de la sociedad. La frecuencia y la duración de sus desapariciones fueron aumentando gradualmente. Yo temía no sé el qué; puede que se hubiera vuelto adicto a alguna droga o vicio inenarrable para cuyo disfrute necesitase aislarse. Llegué a la conclusión de que había construido esa habitación sellada para ese propósito, y decidí averiguar cuál era su secreto.

Agachó la cabeza y dejó que se le escaparan unos largos sollozos que le agitaron visiblemente el hermoso busto. Al cabo de un rato, levantó el rostro. Se le habían humedecido las mejillas a causa de las lágrimas. Continuó con su historia.

—Hice venir a un herrero del pueblo y lo convencí para que me ayudara a entrar. Cuando por fin penetré en la cámara secreta de mi marido, me encontré frente a una habitación carente de todo rasgo identificador. El techo, las paredes, el suelo, lisos y desprovistos de adornos. Tampoco había ventanas, ni chimenea, ni ninguna otra forma de salir de ella.



Holmes asintió y frunció el ceño.

—¿Así que no había nada llamativo en la habitación? —preguntó al final.

—Sí, señor Holmes, lo había. —La respuesta de lady Fairclough me sorprendió tanto que casi se me cae la estilográfica, pero me recobré y seguí tomando notas.

»Al principio, la habitación parecía un cubo perfecto. El techo, el suelo y cada una de las cuatro paredes parecían ser perfectamente cuadrados y estar encajados unos con otros en el ángulo exacto. Pero mientras yo permanecía allí me dio la impresión de que... Supongo que decir que se deslizaban es la mejor forma que tengo de explicarlo, señor Holmes, pero en realidad no se movieron de ninguna forma normal. Y, a pesar de todo, parecían tener distinta forma, y que los ángulos se habían vuelto extraños, obtusos, y que se abrían a otras..., ¿cómo decirlo?, a otras... dimensiones.

Cogió la muñeca de Holmes con sus delicados dedos y se inclinó hacia él, suplicante.

—¿Cree que estoy loca, señor Holmes? ¿Mi pena me ha puesto al borde de la locura? Hay momentos en los que creo que no voy a poder soportar más cosas extrañas.

—Le aseguro que no está loca —la tranquilizó Holmes—. Simplemente se ha encontrado con uno de los fenómenos más extraños y peligrosos, un fenómeno que apenas sospechan hasta los matemáticos teóricos más expertos, y del que incluso ellos solo se atreven a hablar en susurros.

Liberó su brazo de la mano de ella, sacudió la cabeza y dijo:

—Si sus fuerzas se lo permiten, continúe con su historia, por favor.

—Lo intentaré —contestó ella.

Yo esperé, con la estilográfica sobre el cuaderno.

Nuestra visitante se estremeció como si hubiera recordado algo terrible.

—Una vez abandoné la habitación secreta, que yo misma volví a sellar, traté de regresar a mi vida normal. Días después mi marido apareció, y se negó, como era habitual en él, a dar explicación alguna acerca de dónde había estado. Poco después,



una muy querida amiga mía que vive en Québec dio a luz. Había acudido yo a su lado cuando recibimos la noticia de un gran terremoto ocurrido en Pontefract. Durante el desastre, se abrió la tierra y se tragó nuestra casa. Por fortuna, tengo independencia económica y nunca he sufrido a causa de la escasez. Pero no he vuelto a ver a mi marido. La mayoría de la gente cree que se encontraba en la casa cuando esta desapareció y que murió en el acto, pero yo aún tengo esperanza, por débil que sea, de que, de alguna forma, haya sobrevivido.

Hizo una pausa para recobrar la compostura, y luego continuó hablando.

—Pero me temo que me estoy adelantando. Poco después de que mi marido ordenara construir la habitación sellada, mi hermano, Philip, nos anunció que se iba a casar, así como la fecha del acontecimiento. Yo pensé que el que se casara en un plazo tan breve era algo poco habitual, pero dado que yo contraí matrimonio y partí hacia Canadá muy poco después de que fallecieran mis padres, no era quién para condenar a Philip. Mi marido y yo reservamos pasajes hacia Inglaterra, concretamente en el Lemuria, y desde Liverpool nos dirigimos hacia las tierras de mi familia en Marthyr Tydhl.

Sacudió la cabeza como si quisiera librarse de un recuerdo desagradable.

—Cuando llegamos al Palacio de Antracita, me sorprendió el aspecto que tenía mi hermano.

En ese momento, interrumpí a nuestra invitada con una pregunta:

—¿El Palacio de Antracita? ¿No es un nombre muy poco habitual para una mansión familiar?

—Nuestra residencia familiar recibió ese nombre de mi antepasado, sir Llewys Llewellyn, que fue quien consiguió la fortuna familiar y construyó la mansión gracias a una exitosa red de minas de carbón. Seguramente estará usted al tanto de que la región es rica en antracita. Los Llewellyn fueron pioneros en el uso de los métodos modernos de minería, que utilizan explosivos de gelignita para liberar las vetas de carbón a fin de que los mineros puedan extraerlo con facilidad de sus lugares de origen. En la región de



Marthyr Tydhl, donde se encuentra el Palacio de Antracita, siguen oyéndose hoy en día las explosiones de las cargas de gelignita, y en las bocas de las cuevas se erigen almacenes de explosivos.

Le agradecí su explicación y le sugerí que continuara con su historia.

—Mi hermano estaba pulcramente afeitado y vestido, pero le temblaban las manos, tenía las mejillas hundidas y sus ojos mostraban una mirada asustada y huidiza —dijo—. Cuando recorrí la casa de mi infancia, me sorprendió encontrar que habían modificado su estructura interior. Había una habitación sellada, igual que ocurría en Pontefract. No se me permitió entrar en ella. Mostré mi preocupación por el aspecto que presentaba mi hermano, pero él insistió en que se encontraba bien y me presentó a su prometida, que ya estaba viviendo en el palacio.

Me quedé sin respiración debido a la sorpresa.

—Sí, doctor —contestó lady Fairclough—, me ha oído bien. Se trataba de una mujer de piel oscura, de aspecto casi gitano, con un cabello negro brillante y unos ojos penetrantes. Sentí antipatía hacia ella de inmediato. Fue ella quien me dijo su nombre, no esperó a que Philip la presentara de forma adecuada. Su nombre de soltera, por lo que dijo, era Anastasia Romelly. Decía ser de sangre noble húngara y estar emparentada tanto con los Habsburgo como con los Romanov.

—Mpf — gruñí—. Puedes conseguir media docena de nobles de la Europa del este por medio penique, y las tres cuartas partes ni siquiera valen eso.

—Puede que eso sea cierto —me interrumpió Holmes con brusquedad—, pero no podemos saber si las credenciales de la dama en cuestión eran auténticas o no. —Frunció el ceño y me dio la espalda—. Lady Fairclough, por favor, continúe.

—Insistía en llevar la ropa típica de su país. Y había convencido a mi hermano para sustituir a su chef por uno que ella eligió, que procedía de su tierra natal y que modificó nuestro menú habitual de buena comida inglesa por platos desconocidos, llenos de extrañas especias e ingredientes desconocidos. Hizo importar raros vinos y ordenó que se sirvieran con las comidas.





Sacudí la cabeza lleno de incredulidad.

—El mayor despropósito ocurrió el día de su boda con mi hermano. Insistió en que la entregara un hombre hosco y moreno que apareció para la ocasión, hizo lo que tenía que hacer y desapareció. Ella...

—Un momento, por favor —la interrumpió Holmes—. Perdone; ha dicho usted que ese hombre desapareció. ¿Se refiere a que se marchó antes de tiempo?

—No, en absoluto. —Lady Fairclough estaba visiblemente nerviosa. Hacía poco parecía estar al borde de las lágrimas. Ahora estaba furiosa y ansiosa por liberarse del peso de su historia.

»En un momento conmovedor, puso la mano de la novia sobre la del novio. Y entonces levantó la mano. Pensé que iba a bendecir a la pareja, pero no fue así. Hizo un gesto con la mano, como si fuera un símbolo místico.

Levantó la mano, que tenía en el regazo, pero Holmes la interrumpió con brusquedad.

—¡Le advierto que no trate de imitar el gesto! Por favor, si puede, límitese a describirnoslo al doctor Watson y a mí.

—No podría imitar el gesto aunque lo intentara —contestó lady Fairclough—. Es inimitable. Me temo que tampoco podré describirlo bien. Me fascinó y traté de seguir los movimientos de los dedos del hombre moreno, pero no pude. Parecían desaparecer y volver a aparecer de una forma sorprendente, y entonces, sin previo aviso, se había ido. En serio, señor Holmes, el hombre moreno estaba allí... y, de pronto, se había ido.

—¿Se dio cuenta alguien más, señora?

—Al parecer no. Tal vez estaban todos mirando a los novios, aunque creo que vi a quien presidía la ceremonia intercambiar miradas con el hombre moreno. Por supuesto, eso fue antes de que desapareciera.

Holmes se frotó la mandíbula, inmerso en sus pensamientos. La habitación quedó sumida en un largo silencio que solo se vio interrumpido por el tictac del reloj y el silbido del viento a través de los aleros. Y entonces Holmes habló:



—No pudo ser otra cosa que el símbolo voor.

—¿El símbolo voor? —repitió intrigada lady Fairclough.

—No importa —dijo Holmes—. Esta historia va haciéndose más interesante por momentos, y también más peligrosa. Otra pregunta, si no le importa. ¿Quién celebró la ceremonia? Supongo que sería un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra...

—No. —Lady Fairclough volvió a negar con la cabeza—. No era miembro del clero anglicano, ni tampoco un hombre. La ceremonia la celebró una mujer.

Jadeé debido a la sorpresa, lo que provocó que Holmes me volviera a mirar con dureza.

—Llevaba unas ropas que yo nunca había visto —continuó diciendo nuestra invitada—. Tenían bordados unos símbolos astronómicos y astrológicos en hilo de plata, de oro, verde, azul y rojo. También había otros símbolos que me resultaron totalmente desconocidos y que sugerían geometrías y formas extrañas. La ceremonia en sí se llevó a cabo en un idioma que yo nunca había oído, señor Holmes, y eso que soy toda una lingüista. Creo que llegué a detectar unas cuantas palabras del egipcio del antiguo templo, una frase en griego copto y algo parecido al sánscrito. Las demás palabras no las reconocí en absoluto.

Holmes asintió. Pude ver cómo sus ojos comenzaron a llenarse de excitación, esa excitación que solo tenía cuando le presentaban un caso fascinante.

Preguntó:

—¿Cómo se llamaba esa persona?

—Se llamaba —dijo lady Fairclough con los dientes apretados debido a la furia, o puede que haciendo un esfuerzo para evitar que le castañeteasen debido al miedo— Vladimira Petrovna Ludmilla Romanova. Decía ser la arzobispo del Templo de la Sabiduría de los Cielos Oscuros.

—Santo cielo —exclamé—, ¡nunca oí hablar de algo semejante! ¡Es pura blasfemia!



—Es algo mucho peor que una blasfemia, Watson. —Holmes se puso en pie de un salto y empezó a pasear por la habitación a gran velocidad. Se detuvo cerca de la ventana principal, con cuidado de no dejarse ver por cualquiera que se escondiese abajo. Miró hacia Baker Street, algo que repetía a menudo durante los años que compartimos. Y entonces hizo algo que nunca antes le había visto hacer. Se echó hacia atrás y miró hacia arriba. Apenas puedo imaginarme qué esperaba ver en el oscuro cielo invernal que no fueran copos de nieve.

—Lady Fairclough —dijo al cabo de un rato—, ha sido usted extraordinariamente fuerte y valiente esta noche. Ahora le pediré al doctor Watson que la acompañe a su hotel. Creo que mencionó que se trataba del Claridge's. También voy a pedirle al doctor Watson que permanezca en su habitación el resto de la noche. Le aseguro, lady Fairclough, que es una persona de carácter intachable y que su presencia no comprometerá en absoluto su virtud.

—Pero Holmes —protesté—, una cosa es la virtud de la dama y otra muy distinta su reputación.

La propia lady Fairclough zanjó la cuestión.

—Doctor, aprecio su preocupación, pero nos enfrentamos a un asunto muy serio. Si debo hacerlo, aceptaré gustosa las miradas de sospecha de los puritanos y las burlas de los sirvientes. Están en juego las vidas de mi marido y de mi hermano.

Incapaz de ir en contra de los argumentos de la dama, seguí las instrucciones de Holmes y la acompañé al Claridge's. Debido a su insistencia, llegué incluso a armarme con un gran revólver, que metí por la parte superior de mis pantalones de lana. Holmes también me advirtió que no dejara que nadie, excepto él, entrara en las habitaciones de lady Fairclough.

Una vez se retiró a dormir la persona que tenía temporalmente a mi cargo, me senté en una silla de respaldo recto y me preparé para pasar la noche haciendo solitarios. Lady Fairclough se había puesto su camisón y su redecilla y se metió en la cama. Debo admitir que me sonrojé, pero me recordé que, en mi condición de médico, estaba acostumbrado a ver pacientes con poca ropa y que podía perfectamente asumir



un papel paternalista mientras vigilaba a esa valiente mujer.

Llamaron con fuerza a la puerta. Me desperté sobresaltado y me di cuenta de que, para mi vergüenza, me había quedado dormido sobre mi solitario. Me puse en pie, me acerqué a la puerta de lady Fairclough para asegurarme de que se encontraba ilesa y luego me dirigí a la puerta de la habitación. Como respuesta a mi exigencia de que nuestro visitante se identificara, una voz masculina respondió sencillamente:

—Servicio de habitaciones, señor.

Tenía una mano en el pomo de la puerta y la otra en el cerrojo cuando recordé las instrucciones de Holmes en Baker Street acerca de no dejar entrar a nadie. Claro que un saludable desayuno sería bien recibido; casi podía saborear los arenques ahumados, las tostadas y la mermelada que nos hubiese servido la señora Hudson si aún estuviésemos en casa. Pero Holmes había sido tajante. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

—No hemos pedido el desayuno —dije a través de la pesada puerta de roble.

—Cortesía de la dirección, señor.

Tal vez, pensé, debería dejar entrar a un camarero que trae comida. ¿Qué daño podría hacernos? Alargué la mano hacia el cerrojo solo para encontrarme con otra que me lo impedía, la de lady Fairclough. Se había bajado de la cama y había cruzado la habitación descalza y vestida únicamente con sus ropas de cama. Negó enérgicamente con la cabeza y me obligó a alejarme de la puerta, que permaneció cerrada ante cualquiera que quisiera entrar. Empezó a hablarme por señas. Su mensaje estaba claro.

—Deje el desayuno en el pasillo —pedí al camarero—. Lo recogeremos pronto. Aún no estamos listos.

—No puedo hacerlo, señor —insistió el camarero—. Por favor, señor, no haga que tenga problemas con la dirección. Tengo que meter el carrito en la habitación y dejar ahí la bandeja. Me meteré en líos si no lo hago, señor.



Casi me convencieron sus súplicas, pero lady Fairclough se había colocado entre la puerta y yo con los brazos cruzados y una expresión de férrea determinación en el rostro. Una vez más me señaló que debía lograr que se marchara el camarero.

—Lo siento, señor mío, pero debo insistir. Deje la bandeja junto a la puerta. Es mi última palabra.

El camarero no dijo nada más, pero creí oír cómo se alejaban sus reacias pisadas.

Me retiré para mis abluciones matutinas mientras lady Fairclough se vestía.

Poco después volvieron a llamar a la puerta. Como temía lo peor, desenfundé mi revólver. Tal vez se tratase ahora de algo más que un pedido equivocado al servicio de habitaciones.

—Le dije que se fuera —ordené.

—Watson, querido amigo, abra la puerta. Soy yo, Holmes.

La voz era inconfundible; me sentí como si me hubiesen quitado de encima un peso de cien piedras. Descorrí el cerrojo de la puerta y me hice a un lado para dejar entrar en el apartamento al hombre mejor y más sabio que jamás he conocido. Cuando pasó por la puerta, eché un vistazo al pasillo. No había rastro alguno de carritos del servicio de habitaciones ni de bandejas de desayuno.

Holmes me preguntó:

—¿Qué está buscando, Watson?

Le expliqué el incidente con el servicio de habitaciones.

—Hizo usted bien, Watson —me felicitó—. Puede estar seguro de que no se trataba de ningún camarero y de que su misión no consistía en servirles a usted y a lady Fairclough. Me he pasado la noche consultando mis archivos y otras fuentes en busca de cualquier referencia a esa extraña institución conocida como el Templo de la Sabiduría de los Cielos Oscuros, y puedo afirmar que estamos navegando por aguas realmente peligrosas.

Se volvió hacia lady Fairclough.



—Haga el favor de acompañarnos al doctor Watson y a mí hasta Marthyr Tydhl. Partiremos de inmediato. Aún tenemos una oportunidad de salvar la vida de su hermano, pero no podemos perder más tiempo.

Sin dudarle, lady Fairclough se dirigió al armario, se sujetó el sombrero al cabello con los alfileres y se puso el cálido abrigo que llevaba la primera vez que la vi, apenas unas horas atrás.

—Pero, Holmes —protesté—, lady Fairclough y yo no hemos desayunado todavía.

—Su estómago no importa, Watson. No tenemos tiempo que perder. Podemos comprar unos emparedados en la estación.

Antes de lo que había pensado, nos encontramos en un vagón de primera clase rumbo hacia el oeste, hacia Gales. Fiel a su palabra, Holmes se encargó de que estuviésemos bien alimentados, y yo me sentía mejor por haber tomado algo de comer, aunque fuera una comida ligera e informal.

La tormenta había amainado al fin, y un brillante sol relucía en un cielo del azul más luminoso sobre campos y colinas, a los que cubría una inmaculada capa del blanco más puro. Apenas se podía dudar de la bondad del universo; me sentía como un colegial de vacaciones, pero los temores de lady Fairclough y la seriedad de Holmes me devolvieron al mundo real.

—Es justo lo que me temía, lady Fairclough —explicó Holmes—. Su hermano y su marido se han involucrado con un retorcido culto que, de no ser detenido, amenaza con acabar con la civilización.

—¿Un culto? —repitió lady Fairclough.

—Exacto. ¿No me dijo que esa tal obispo Romanova era una representante del Templo de la Sabiduría de los Cielos Oscuros?

—Así se presentó, señor Holmes.

—Sí. Y no es que tuviera razón para mentir, ni que cualquier morador de ese nido de maldad dudara en hacerlo si eso conviniera a sus fines. El Templo de la Sabiduría es



una organización, no me atrevo a otorgarles el título de religión, muy poco conocida y de origen muy antiguo. Se han mantenido ocultos en espera de algún tipo de cataclismo cósmico que temo que se nos avecina.

—¿Un... cataclismo cósmico? Vaya, Holmes, ¿no es eso un poco melodramático? —le pregunté.

—Claro que lo es, Watson. Pero es lo que va a ocurrir. Ellos se refieren a ese momento con la expresión «cuando las estrellas estén en su sitio». En cuanto llegue, pretenden realizar un ritual impío que «abra el portal», signifique eso lo que signifique, para que sus amos puedan llegar a la Tierra. Entonces, los miembros del Templo de la Sabiduría se convertirán en los guardianes y opresores de toda la humanidad, en nombre de esos temibles amos a los que habrán permitido la entrada en nuestro mundo.

Sacudí la cabeza con incredulidad. Pude ver a través de las ventanillas de nuestro vagón que el tren se acercaba al puente que nos llevaría a través del río Severn. No faltaba mucho para que nos bajásemos del tren en Marthyr Tydhl.

—Holmes —le aseguré—, nunca me atrevería a dudar de su palabra.

—Lo sé, viejo amigo —me contestó—. Pero hay algo que le preocupa. ¡Desembuche!

—Holmes, esto es una locura. Temibles amos, portales que se abren, ritos impíos; parece sacado de una novela barata de terror. No esperará que lady Fairclough y yo nos creamos todo eso.

—Pues sí, Watson. Debe creerlo, porque todo es cierto, y mortalmente serio. Lady Fairclough, usted vino para intentar salvar a su hermano y, si es posible, a su marido, pero en realidad nos ha involucrado en un juego del que no dependen solo uno o dos individuos, sino el destino de nuestro planeta.

Lady Fairclough se sacó un pañuelo del puño de su vestido y se secó los ojos con él.

—Señor Holmes, he visto una extraña habitación tanto en Llewellyn Hall como en Pontefract, y a pesar de que estoy de acuerdo con el doctor Watson acerca de la



naturaleza fantástica de sus palabras, no puedo hacer menos que creerlo. ¿Puedo preguntarle cómo sabe usted todo esto?

—Por supuesto —asintió Holmes—. Se merece recibir esa información. Ya les dije antes de que saliéramos del Claridge's que me había pasado toda la noche investigando. Tengo muchos libros en mi biblioteca, la mayoría de ellos a disposición de mi socio, el doctor Watson, y de todos los demás hombres de bien. Pero hay otros que guardo a buen recaudo.

—Soy consciente de ello, Holmes —lo interrumpí—, y debo admitir que me duele que no esté dispuesto a compartirlos conmigo. Me he preguntado con frecuencia acerca de su contenido.

—Mi querido Watson, le aseguro que es por su propia protección. Watson, lady Fairclough, entre esos libros se encuentran el *De los mundos amenazantes y sombríos*, de Carlos Alfredo de Torrijos, el *Emorragia Sante*, de Luigi Humberto Rosso y el *Das Bestrafen von der Tugendhaft*, de Heinrich Ludvig Georg von Feldenstein, así como las obras del brillante Arthur Machen, del que sin duda habrán oído hablar. Estos libros, algunos de los cuales llevan escritos casi mil años y que citan libros aún más antiguos cuyos orígenes se pierden en las brumas de la antigüedad, son atterradoramente precisos en sus predicciones. Es más, varios de ellos, lady Fairclough, mencionan cierto gesto místico tremendamente poderoso y temible.

Aunque Holmes se dirigía a nuestra compañera, fui yo quien dijo:

—¿Un gesto, Holmes? ¿Un gesto místico? ¿Qué tonterías son esas?

—No son tonterías, Watson. Sin duda alguna, conocerá el gesto que nuestros hermanos romanos llaman «santiguarse». Los hebreos poseen un gesto de origen cabalístico que se supone que trae buena suerte, y los gitanos hacen un gesto para alejar el mal de ojo. Varias razas asiáticas realizan «danzas de manos», ceremonias con un significado religioso o mágico entre los que se encuentran los famosos hoola de las islas de Oahu y Maui, en el archipiélago hawaiano.

—Pero no son más que tontas supersticiones, recuerdos de un época más





temprana y crédula. ¡Seguro que no sirven de nada, Holmes!

—Desearía poder estar tan seguro como usted, Watson. Usted es un hombre de ciencia, por lo que lo felicito, pero «hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueñas con tu filosofía». No se apresure, Watson, a rechazar las viejas creencias. A menudo tienen una base real.

Sacudí la cabeza y volví a mirar el paisaje invernal que cruzaba nuestro tren. Holmes se dirigió a nuestra compañera.

—Lady Fairclough, mencionó usted un gesto peculiar que hizo el hombre moreno al finalizar la ceremonia de boda de su hermano.

—Sí, es cierto. Fue muy extraño, me sentí como si, mientras él movía la mano, yo me viese arrastrada hacia otro mundo. Traté de seguir sus movimientos, pero no pude. Y entonces desapareció.

Holmes asintió con rapidez.

—El símbolo voor, lady Fairclough. El extraño estaba trazando el símbolo voor. Hacen referencia a él las obras de Machen y de otros. Es un gesto muy poderoso y maligno. Tuvo suerte de que realmente no la arrastraran a ese otro mundo, mucha suerte.

No transcurrió mucho tiempo antes de que llegáramos a la estación más cercana a Marthyr Tydhl. Abandonamos nuestro vagón y, poco después, nos encontrábamos encajonados en una chirriante trampa con un cochero que no dejaba de azuzar a su tiro de caballos, rumbo al Palacio de Antracita. El comportamiento del cochero delataba que la mansión era muy conocida en la región.

—Seguramente, en cuanto lleguemos a la mansión saldrá a recibirnos la señora Morrissey, nuestra ama de llaves —dijo lady Fairclough—. Fue ella la que me comunicó la situación en la que se encontraba mi hermano. Es la única de los antiguos servidores de nuestra familia que permanece con los Llewellyn de Marthyr Tydhl. La nueva señora de la mansión los ha ido despidiendo uno a uno y los ha ido reemplazando por un equipo formado por sus morenos compatriotas. ¡Oh, señor Holmes, es todo tan



espantoso!

Holmes hizo todo lo que pudo por tranquilizar a la asustada mujer.

Pronto tuvimos a la vista el Palacio de Antracita. Como sugería su nombre, lo habían construido utilizando el carbón de la zona. Los arquitectos y canteros habían tallado los negros depósitos hasta convertirlos en bloques de construcción y habían erigido un edificio que se alzaba como una oscura joya sobre la negra capa de nieve, con muros que brillaban bajo la luz invernal.

Nos recibió un sirviente de librea que dio instrucciones a otros servidores de menor categoría para que introdujeran en la mansión nuestros escasos equipajes. A lady Fairclough, a Holmes y a mí nos condujeron al salón principal.

Iluminaban el edificio unas velas de gran tamaño que tenían llamas escudadas, para evitar que ardieran las paredes de carbón. Me llamó la atención el hecho de que el Palacio de Antracita fuera uno de los conceptos arquitectónicos más extraños que yo había visto jamás.

—No es un lugar agradable para vivir, ¿eh, Holmes? —Trataba de quitarle hierro al asunto, pero debo confesar que fracasé en mi intento.

Estuvimos esperando durante lo que, en mi opinión, fue un período excesivo de tiempo, pero finalmente se abrió una enorme puerta de madera y entró en la sala una mujer con aspecto de mando y apariencia exótica, con su piel oscura, sus centelleantes ojos, sus rizos azabache y sus labios sorprendentemente rojos. Nos saludó con la cabeza a Holmes y a mí e intercambió un frío remedo de beso con lady Fairclough, a la que llamaba «hermana».

Lady Fairclough pidió ver a su hermano, pero la señora Llewellyn se negó a hablar hasta que fuésemos a nuestras habitaciones y nos aseáramos un poco. A su debido tiempo se nos condujo al comedor. Yo estaba famélico, y los deliciosos aromas que nos llegaban mientras nos sentábamos a la larga mesa cubierta con un mantel me sirvieron de alivio y, a la vez, me estimularon aún más el apetito.

Solo estábamos cuatro personas: lady Fairclough, nuestra anfitriona, la señora



Llewellyn, Holmes y yo.

Lady Fairclough intentó volver a averiguar dónde se encontraba su hermano Philip.

Lo único que le respondió su cuñada fue:

—Está con sus devociones. Lo veremos cuando sea oportuno.

Como no logró averiguar nada más sobre su hermano, lady Fairclough preguntó por el ama de llaves, la señora Morrissey.

—Tengo tristes noticias, querida hermana —le contestó la señora Llewellyn—. La señora Morrissey enfermó de repente. Philip condujo personalmente hasta Marthyr Tydhl en busca de un médico, pero, para cuando regresaron, la señora Morrissey había expirado. La enterramos en el cementerio de la ciudad. Ocurrió la semana pasada. Sabía que tú ya estabas de camino desde Canadá, y pensé que sería preferible no perturbarte más con esta información.

—Oh, no... —jadeó lady Fairclough—. ¡La señora Morrissey no! Era como una madre para mí. Era la mujer más amable y cariñosa del mundo. Ella... —Lady Fairclough se interrumpió y se llevó la mano a la boca. Inspiró profundamente—. De acuerdo. —Pude ver cómo le brillaban los ojos con determinación—. Si ha muerto, no hay nada que podamos hacer al respecto.

Esa mujer aparentemente débil tenía una gran fuerza en su interior. No me hubiese gustado tener a lady Fairclough como enemiga. También me di cuenta de que la señora Llewellyn hablaba muy bien el inglés, pero tenía un acento que me resultó profundamente desagradable. También me dio la impresión de que, a su vez, a ella le desagradaba nuestro idioma. Estaba claro que estas dos mujeres estaban destinadas a enfrentarse. Pero la llegada de las viandas rompió la tensión del momento.

Parecía todo un festín, pero me dio la impresión de que cada uno de los platos tenía un pequeño fallo: demasiadas especias, verduras demasiado hechas, carne o caza demasiado poco hecha, un pescado que se había servido un día demasiado tarde, una crema que había pasado en la cálida cocina una hora más de lo que era aconsejable. Para



cuando acabó la comida había perdido el apetito, pero en lugar de sentirme satisfecho, tenía una ligera sensación de inquietud y desasosiego.

Los criados trajeron después de la cena unos puros para Holmes y para mí, un brandy para los hombres y jerez dulce para las mujeres; pero, tras una única calada, dejé mi puro y vi que Holmes hacía lo mismo con el suyo. Incluso parecía que, de una forma sutil, la bebida carecía de algo.

—Señora Llewellyn —lady Fairclough se dirigió a su cuñada cuando, por fin, esta última no pudo evitar el enfrentamiento—, recibí un cablegrama transatlántico en el que se mencionaba la desaparición de mi hermano. No nos fue a recibir cuando llegamos ni ha habido señal alguna de su presencia desde entonces. Exijo saber dónde se encuentra.

—Querida hermana —contestó Anastasia Romelly Llewellyn—, nunca debieron enviarte ese telegrama. La señora Morrissey lo envió desde Marthyr Tydhl cuando se encontraba en la ciudad realizando unos recados para el palacio. Cuando supe de su atrevimiento decidí despedirla, puedes estar segura. Solo su desafortunado fallecimiento evitó que lo hiciera.

Llegados a este punto, mi amigo Holmes se dirigió a nuestra anfitriona.

—Señora, lady Fairclough ha viajado desde el Canadá para descubrir en qué situación se encuentra su hermano. Me ha contratado, junto con mi socio, el doctor Watson, para que la ayudemos en su empeño. No deseo causarle más molestias que las necesarias, pero debo insistir en que le proporcione a lady Fairclough toda la información que está buscando.

Creo que en ese momento vi cómo la señora Llewellyn sonreía, o que, al menos, esbozaba una ligera sonrisa. Pero contestó sin vacilar a la exigencia de Holmes, con su peculiar acento más pronunciado y desagradable que nunca.

—Habíamos planeado un pequeño servicio religioso para esta noche. Todos ustedes están invitados a asistir, por supuesto, aunque esperaba que solo lo hiciera mi querida cuñada. Pero podemos acomodar un grupo mayor.

—¿De qué naturaleza será ese servicio religioso? —quiso saber lady Fairclough.



La señora Llewellyn sonrió.

—Del Templo de la Sabiduría, por supuesto. El Templo de la Sabiduría de los Cielos Oscuros. Confío en que lo presida la propia obispo Romanova, pero en caso de que no pueda estar presente, aún podemos hacerlo nosotros mismos.

Saqué mi reloj de bolsillo.

—Se está haciendo tarde, señora. ¡Así que sugeriría que comenzáramos ya!

La señora Llewellyn fijó su mirada en mí. A la parpadeante luz de las velas, sus ojos parecían más grandes y oscuros que nunca.

—No lo entiende, doctor Watson. No es demasiado tarde, sino más bien demasiado pronto para comenzar con la ceremonia. Empezaremos justo a medianoche. Hasta ese momento, pueden contemplar los cuadros y los tapices que decoran el Palacio de Antracita, o pasar el rato en la biblioteca del señor Llewellyn. O, si lo prefieren, también pueden retirarse a sus habitaciones y tratar de dormir.

Y así fue cómo nos separamos temporalmente los tres; lady Fairclough fue a pasar las horas entre los libros favoritos de su marido, Holmes a examinar los tesoros artísticos del palacio, y yo me fui a la cama.

Me sacaron de un sueño intranquilo plagado de extraños seres de forma nebulosa. De pie junto a la cama, sacudiéndome por el hombro, se encontraba mi amigo Sherlock Holmes. Pude ver nieve en los bordes de sus botas.

—Vamos, Watson —me dijo—, el juego ya está en marcha y es, con mucho, el más extraño con el que jamás nos vamos a encontrar.

Me vestí con rapidez y acompañé a Holmes hasta la habitación de lady Fairclough. Esta se había retirado para asearse un poco después de haber pasado las horas siguientes a la cena en la biblioteca de su hermano. Debía de habernos estado esperando, pues respondió sin demora a la llamada a la puerta de Holmes y al sonido de su voz.

Antes de que entráramos, Holmes me apartó a un lado. Se llevó la mano al chaleco y sacó un objeto pequeño que mantuvo oculto en ella. No pude ver qué forma



tenía, pues continuaba en el puño, pero emitía un oscuro fulgor, un débil remedo de lo que se podía ver entre sus dedos.

—Watson —me dijo—, voy a darle esto. Debe jurarme que no lo va a mirar, pues podría sufrir un daño mayor de lo que se puede llegar a imaginar. Debe llevarlo siempre encima, en contacto directo con el cuerpo si el posible. Si todo va bien esta noche, le pediré que me lo devuelva. Si no es así, podría salvarle la vida.

Extendí la mano.

Holmes colocó el objeto sobre mi mano abierta y me cerró los dedos sobre él con mucho cuidado. Sin duda, era el objeto más extraño con el que yo me había encontrado. Estaba desagradablemente caliente, tenía la textura de un huevo demasiado cocido y parecía retorcerse como si estuviese vivo, o como si contuviese algo vivo que trataba de escapar del tegumento que lo aprisionaba.

—No lo mire —repitió Holmes—. Llévelo siempre consigo. ¡Prométame que lo hará, Watson!

Le aseguré que haría lo que me pedía.

En ese momento vimos que la señora Llewellyn cruzaba el pasillo hacia donde estábamos nosotros. Su paso era tan suave y avanzaba tan segura que parecía deslizarse en vez de caminar. Portaba una lámpara de queroseno cuya llama se reflejaba en la pulida negrura de las paredes y generaba fantasmales sombras.

Sin decir una palabra, nos indicó que la siguiéramos. Recorrimos diversos pasillos y subimos y bajamos varios tramos de escaleras, y terminé por perder todo sentido de la dirección y la elevación. No sabía si habíamos subido a una habitación situada en uno de los torreones del Palacio de Antracita o si habíamos descendido hasta una mazmorra del hogar ancestral de los Llewellyn. Había colocado entre mis ropas el objeto que Holmes me había confiado. Sentía cómo trataba de escapar, pero estaba bien colocado y no podía hacerlo.

—¿Dónde está ese obispo que nos prometió? —le pregunté a la señora Llewellyn.

Nuestra anfitriona se volvió para mirarme. Había sustituido su colorido atuendo



de estilo cingaro por una túnica morado oscuro. Ese color me recordó el fulgor que emitía el cálido objeto que ahora llevaba oculto entre mis ropas. La túnica llevaba unos bordados cuyo diseño me confundía, por lo que no pude descifrar su naturaleza.

—Me ha entendido mal, doctor —entonó con su desagradable acento—. Lo que dije fue que confiaba en que la obispo Romanova pudiera oficiar la ceremonia. Y aún confío en ello. Lo descubriremos a su debido tiempo.

Nos encontrábamos en ese momento ante una pesada puerta asegurada mediante unas gruesas barras de hierro. La señora Llewellyn levantó una llave que llevaba colgada del cuello mediante un cordón carmesí. La introdujo en la cerradura y la giró, y luego nos pidió a Holmes y a mí que aplicásemos nuestra fuerza combinada a la puerta para abrirla. Mientras así lo hacíamos con los hombros, me dio la impresión de que la resistencia se debía a una cierta reluctancia voluntaria, y no simplemente al peso o a la corrosión.

No había luz alguna en la habitación, pero la señora Llewellyn cruzó la puerta con la lámpara de queroseno ante ella. Sus rayos iluminaron los muros de la cámara. Esta era idéntica a la habitación sellada del antiguo hogar de lady Fairclough en Pontefract que ella nos había descrito. Tanto la configuración como el número de superficies que nos rodeaban no parecían ser demasiado estables. Incluso me vi incapaz de contarlas. Los ángulos en los que se encontraban frustraban todos mis intentos por entenderlos.

El único mobiliario de esa espantosa e irracional cámara era un altar de antracita pulida.

La señora Llewellyn colocó la lámpara de queroseno sobre el altar. Entonces se dio la vuelta y nos indicó con un curioso gesto de la mano que nos arrodilláramos, como si participáramos en una ceremonia religiosa mucho más convencional.

Yo era reacio a obedecer su orden silenciosa, pero Holmes me indicó con un gesto que quería que lo hiciera. Me incliné, y vi que lady Fairclough y Holmes me imitaban.

La señora Llewellyn también se arrodilló, delante de nosotros y mirando hacia el



negro altar. Levantó el rostro como si buscara algún tipo de guía espiritual, lo que me recordó que el nombre completo de su curiosa secta era el Templo de la Sabiduría de los Cielos Oscuros. Comenzó una extraña salmodia en un idioma que, en todos los viajes que había hecho, jamás había oído. Recordaba ligeramente a la jerga de los derviches de Afganistán, al habla de los monjes budistas del Tíbet y al antiguo idioma incaico que aún hablaban algunas tribus perdidas de las llanuras del Choco, en los Andes chilenos; pero en realidad no se trataba de ninguna de esas tres lenguas, y las pocas palabras que pude llegar a entender me confundieron y me resultaron muy sugerentes a la vez, aunque no les encontré un significado concreto.

Mientras la señora Llewellyn continuaba salmodiando, levantó lentamente las manos sobre su cabeza, primero una y luego la otra. Movía los dedos de forma intrincada. Traté de seguir sus movimientos, pero entré en un estado de confusión. Habría jurado que sus dedos se retorcían y entretrejían como si fueran los tentáculos de un calamar. También cambiaban de color: bermellón, escarlata, obsidiana. Incluso parecían desaparecer y volver a aparecer ante mis fascinados ojos procedentes de algún oculto reino invisible.

El objeto que Holmes me había entregado palpitaba y se retorció contra mi cuerpo, y su desagradable calor y su textura escamosa hacían que deseara desesperadamente librarme de él. Solo la promesa que le había realizado evitó que lo hiciera.

Apreté los dientes, cerré con fuerza los ojos y traté de recordar imágenes de mi juventud y de mis viajes sin dejar de aferrar el objeto. De pronto, desapareció toda tensión. El objeto seguía allí, pero como si tuviera consciencia propia, dio la impresión de tranquilizarse. Se me relajó la mandíbula y abrí los ojos para encontrarme con una visión sorprendente.

Había emergido ante mí otra figura. Si la señora Llewellyn era robusta y morena, el prototipo de la gitana, esta persona era alta y esbelta. Vestida totalmente de negro, con un cabello que parecía de color azul medianoche y una tez tan negra como la del africano más oscuro, entró en colisión con mis ideas convencionales de belleza con un





glamour extraño, exótico e indescriptible. Sus facciones eran tan finas como las que se decía que tenían los antiguos etíopes, y sus movimientos eran tan gráciles que avergonzarían a las figuras principales del Covent Garden o el Bolshoi.

Pero, ¿cuándo había entrado esa aparición? Sacudí la cabeza, todavía arrodillado sobre el suelo de ébano de la habitación sellada. Daba la impresión de que había emergido del ángulo en el que se encontraban las paredes.

Flotó hacia el altar, levantó la parte de arriba de la lámpara de queroseno y apagó la llama con la palma de la mano desnuda.

Inmediatamente, la habitación quedó sumida en la más profunda oscuridad, pero, de forma gradual, una nueva luz, si es que puede describirse así, fue reemplazando la parpadeante iluminación de la lámpara de queroseno. Era una luz de oscuridad, si quieren llamarla así, un resplandor de negrura más profunda que la que nos rodeaba, y aun así, gracias a su luz pude ver a mis compañeros y mis alrededores.

La mujer alta nos sonrió a los cuatro que estábamos allí reunidos dándonos su bendición, e hizo un gesto hacia el ángulo que se encontraba entre las paredes. Se deslizó hacia la abertura con una gracia infinita y una lentitud aparentemente glacial, y allí pude percibir entonces unas formas tan enloquecedoramente caóticas que solo pude imaginarme su naturaleza cuando recordé las extrañas pinturas que decoran las criptas de los faraones, las estelas talladas de los misteriosos mayas, los monolitos del Mauna Loa y los demonios de los cuadros de arena tibetanos.

La sacerdotisa negra (pues así había empezado yo a llamarla) condujo tranquilamente nuestra pequeña procesión al interior de su reino de caos y oscuridad. Detrás de ella iba la gitana señora Llewellyn, seguida de lady Fairclough, que se comportaba como si estuviera en trance.

Debo confesar que mis rodillas habían empezado a quedarse rígidas debido a la edad, por lo que tardé en ponerme en pie. Holmes siguió a la procesión de mujeres mientras yo me quedaba atrás. Cuando él estaba a punto de entrar en la abertura, se volvió con los ojos centelleantes. Me transmitieron un mensaje tan claro como si lo hubiese expresado con palabras.



Reforzó el mensaje con un único gesto. Yo había utilizado las manos, apoyándolas en el negro suelo, para ponerme en pie. Ahora las tenía a los costados. Unos dedos tan rígidos y poderosos como la porra de un policía se me clavaban en la cintura. El objeto que Holmes me había dado para que se lo guardase se me había clavado en la carne, donde me dejó una extraña marca que sigue siendo visible hoy en día.

Supe inmediatamente lo que tenía que hacer.

Me aferré frenéticamente al negro altar y observé horrorizado cómo Holmes y las demás se deslizaban desde la habitación sellada hacia el reino de locura que se encontraba al otro lado. Me quedé allí, transfigurado, observando el séptimo círculo del infierno de Dante, el corazón de la Gehena.

Las llamas crepitaban, los tentáculos se retorcían, las garras se clavaban y los colmillos desgarraban la sufriente carne. Vi los rostros de hombres y mujeres que conocía, monstruos y criminales cuyos hechos sobrepasan mis pobres habilidades narrativas pero que son muy conocidos en los reinos inferiores de los bajos fondos del planeta, aullando de dolor y de agonía.

Allí había un hombre cuyas facciones se parecían tanto a las de lady Fairclough que lo reconocí como su hermano. No supe nada de su esposo desaparecido.

Y vi, cerniéndose sobre todos ellos, una criatura que tenía que ser el monarca supremo de todos los monstruos, un ser tan extraño que no recordaba a ningún ente orgánico que pisara alguna vez la Tierra, pero que era, al mismo tiempo, tan familiar que me di cuenta de que se trataba de la mismísima encarnación del mal que yace en el corazón de todo hombre vivo.

Sherlock Holmes, el ser humano más noble que yo haya conocido, se atrevió a desafiar en solitario a esa monstruosidad. Resplandecía con una espantosa e infernal llamarada verde, como si incluso el gran Holmes portara la marca del pecado y la estuviese exponiendo ante ese ser.

Cuando el monstruo empezó a acercarse a él con esa espantosa burla de brazos,



este se volvió y me hizo una señal.

Metí la mano entre mis ropas, saqué el objeto que guardaba contra la piel y que seguía palpitando, espantosamente vivo, eché el brazo hacia atrás y, murmurando una plegaria, realicé el lanzamiento más fuerte y preciso desde mis días en el campo de críquet de Jammu.

A mayor velocidad de lo que se tarda en describirlo, el objeto atravesó el ángulo. Golpeó de lleno al monstruo, se clavó en su cuerpo y lo envolvió, una y otra y otra vez, en una espantosa red de telaraña.

El monstruo sufrió una única convulsión, lo que hizo que golpeará a Holmes y que este saliera despedido por el aire. Con una presencia de ánimo que solo él, de todos los hombres que conozco, podría conseguir, Holmes agarró a lady Fairclough con una mano y a su hermano con la otra. La fuerza del monstruoso impacto les hizo atravesar el ángulo y regresar a la habitación sellada, donde chocaron conmigo para terminar todos rodando por el suelo.

El ángulo que se encontraba entre las paredes se cerró sobre sí mismo produciendo un ruido aterrador, más potente e inesperado que el trueno más ensordecedor. La habitación sellada volvió a sumirse en las tinieblas.

Saqué una caja de cerillas y encendí una de ellas. Para mi sorpresa, Holmes metió la mano en uno de sus bolsillos interiores y extrajo una barra de gelignita que poseía una larga mecha. Me hizo una seña y le pasé otra cerilla. La utilizó para prender la mecha de la bomba.

Usé otra cerilla y volví a encender la lámpara de queroseno que la señora Llewellyn había dejado sobre el altar. Holmes me mostró su aprobación y, con el gran detective abriendo el camino, los cuatro (lady Fairclough, el señor Philip Llewellyn, Holmes y yo) nos apresuramos a salir del Palacio de Antracita.

Cuando cruzábamos a trompicones el salón rumbo a la puerta principal, hubo un gran estallido que pareció provenir simultáneamente de lo más profundo de la casa, si es que no del mismísimo centro de la Tierra, y de los oscuros cielos que nos cubrían.



Salimos tambaleantes del palacio al aullante viento y a la heladora nieve de una nueva tormenta, a la gélida capa que nos cubría las botas por entero, y nos dimos la vuelta para ver el magnífico y negro edificio del Palacio de Antracita envuelto en llamas.



## La aventura del priorato de Exham

F. Gwynplaine McIntyre

Mi amigo Sherlock Holmes nunca volvió a ser el mismo después de su regreso de entre los muertos. Me refiero, por supuesto, a esa larga interrupción de su carrera como detective durante la que se lo consideró muerto al haber desaparecido tras caer por las cataratas Reichenbach: una ilusión que mantuvo durante tres años, hasta el instante en el que se quitó el disfraz en mi estudio de Kensington.

Pero el hombre que regresó había cambiado. Antes de su aparente muerte, Holmes había sufrido de ataques ocasionales de melancolía. Tras su vuelta, lo encontré cada vez más saturnino y amargado: sus períodos de buen humor eran cada vez más breves y menos frecuentes. Ahora, cuando Sherlock Holmes tocaba su violín ya no interpretaba valeses y barcarolas, sino que mostraba una nueva preferencia por las piezas más oscuras de Beethoven y Wagner.

Una tarde de abril de 1901 tuve que quedarme en mi consulta de Harley Street debido a un caso urgente. En consecuencia, no regresé a nuestros alojamientos en Baker Street hasta bien pasada la puesta de sol. Encontré a Sherlock Holmes vestido con su vieja chaqueta de esmoquin y sentado junto a la mesita auxiliar con una expresión de fatalidad en el rostro mientras sostenía entre sus largos dedos un objeto de forma extraña.

—Hola, Watson —me saludó mi amigo, y me hizo señas para que me sentara frente a él—. Veo que ha estado drenando la infección de mandíbula de un paciente.

—Dos infecciones —dije, atónito—. Pero, ¿cómo...?

—No importa, Watson. Mire, ¿qué opina de esto? —Cuando me senté, Holmes



me puso el extraño objeto en las manos.

Se trataba de una piedra tallada, de apenas unas nueve pulgadas de longitud, de un mineral negro que se parecía al basalto. Estaba muy pulido y tenía unas curvas pronunciadas (cóncavo por un lado, convexo por el otro), pero parecía tan tremendamente erosionado que hacía pensar que era realmente antiguo. Tenía un extremo roto y mellado.

—Parece un fragmento del borde de un cuenco o un plato de gran tamaño — sugerí.

—Exacto, Watson. Observe que la curvatura del borde es uniforme: formaba parte de un objeto circular, no de uno elíptico. He medido el arco del fragmento y he llegado a la conclusión de que formó parte una vez de un plato de unos trece pies de diámetro. Y está profundamente erosionado, pero el borde roto permanece muy afilado y la superficie mellada del borde está todavía oscura y satinada, por lo que el objeto original es antiguo, pero este fragmento se ha roto hace poco. ¿Qué más ve?

Acerqué más el fragmento a la lámpara eléctrica. La superficie convexa de la piedra negra tenía inscritos extraños jeroglíficos y runas. Sentí una repentina repulsión cuando vi que la parte cóncava del cuenco estaba cubierta de una capa de color rojo oscuro que parecía ser sangre coagulada.

—Holmes —le dije—, ¿de dónde ha sacado esto?

—Me ha llegado con el correo de la mañana —contestó tranquilamente—. El paquete llevaba matasellos de Anchester, que he identificado como un pueblo de la frontera galesa. Lo acompañaba una carta de lo más intrigante, en la que se decía... Un momento, llaman a la puerta.

Nuestra casera había llegado con un visitante: un hombre de estatura por encima de la media, demacrado y profundamente desaliñado. Su pelo era de un blanco ceniciento, tenía el rostro macilento. Sus ropas estaban bien confeccionadas y las llevaba immaculadas, pero le colgaban como si lo que había debajo fuera un espantapájaros.

El rostro del visitante era sorprendente. Parecía sufrir algún tipo de deformidad



congénita en un grado con el que nunca me había encontrado en mis estudios de medicina. Su cráneo era extremadamente estrecho, tenía una frente plana, unos ojos achinados y acuosos de color verde y una nariz achatada. Por encima del cuello de su camisa había varias filas de extrañas y profundas ranuras alineadas en ambos lados del cuello. Se le estaban pelando el rostro y las manos, como si sufriera una extraña enfermedad cutánea, y los dedos eran extraordinariamente cortos en proporción con las manos.

—He venido a Londres en cuanto he podido, a pesar del transbordo —dijo en un jadeante susurro sin aliento que me recordó a un pez fuera del agua. El visitante hablaba con una voz educada que no delataba acento alguno—. Y luego el caballo del carruaje perdió una herradura en Great Portland Street, así que tuve que bajarme y correr el resto del camino. ¿Cuál de ustedes es Sherlock Holmes?

—Yo tengo ese honor, caballero —contestó mi amigo—. Y es evidente que usted es Jephson Norrrys. Su familia procede de Cornualles, pero usted vive en las marcas galesas. Es usted un hombre de cierta riqueza, pero en los últimos meses ha estado profundamente alterado.

El recién llegado ya era pálido de por sí, pero ahora se puso ceniciento.

—¡Magia negra! —exclamó—. Ha leído mi carta, pero, ¿cómo ha sabido...?

—Simple deducción —contestó Sherlock Holmes, y señaló la chaqueta de nuestro visitante—. La leontina de su reloj tiene una insignia de marfil con la forma de una cruz negra sobre campo de plata: la bandera de Cornualles. Pero el marfil está amarillento por la edad, lo que indica que recibió la insignia como herencia..., probablemente de su padre, pero, sin duda alguna, de un antepasado de Cornualles. Si hubiese venido a Londres desde allí, su viaje en tren hubiese terminado en el andén de Great Western, en la estación de Paddington, pero ha mencionado Great Portland Street, que se encuentra justo en la dirección opuesta. La estación de ferrocarril más cercana que se encuentra en ese vecindario es Euston, y la ruta más corta desde Euston a Baker Street, junto con la que pasa por Marylebone Road, atraviesa Great Portland Street. Casi no he tenido que consultar mi Guía de ferrocarriles de Bradshaw para saber que la mayoría de las líneas



férreas que llegan a la estación de Euston Street tiene su origen en Birmingham. Y además ha mencionado usted un transbordo, por lo que su viaje debió comenzar antes de Birmingham: tal vez tan al este como Shrewsbury, en la frontera galesa. Pero si hubiese viajado desde Gales hasta aquí, habría necesitado dos transbordos... y solo ha mencionado uno. ¡En fin! Al este de Shrewsbury y al oeste de Birmingham: eso elimina todo el territorio excepto las marcas galesas. Acabo de recibir una carta urgente de un tal Jephson Norrrys, de Anchester, y, evidentemente, ese es usted.

—Y en cuanto al resto —sugerí yo a Norrrys—, su camisa y su traje son caros y nuevos, confeccionados para un hombre de su misma estatura, pero más corpulento, pues le están demasiado anchos. Evidentemente, ha perdido usted bastante peso en las últimas semanas, seguramente debido a los nervios.

Jephson Norrrys se enjugó la frente con un pañuelo.

—¡Sí! Es cierto todo lo que ustedes han dicho. Señor Holmes, afirman que es usted el único hombre de toda Inglaterra que puede ayudarme. ¿Aceptaré mi caso?

Sherlock Holmes asintió.

—Su carta me fascina. —Se volvió hacia mí y señaló—: Voy a necesitar un buen médico para ciertos asuntos en Anchester. ¿Qué me dice, Watson? ¿Puedo confiar en que suspenda su consulta en Harley Street durante unos días?

Miré a nuestro visitante, y debo confesar que a mi generoso deseo de ayudar a Jephson Norrrys se unía una egoísta necesidad de estudiar con más detenimiento sus síntomas médicos.

—Iré gustoso con usted —le respondí.

—Gracias a Dios —exclamó nuestro tembloroso visitante. Y sus ojos acuosos se posaron en el fragmento de oscuro basalto que Holmes había depositado sobre la mesita auxiliar—. Así que ha examinado lo que le envié —señaló Norrrys, refiriéndose a la piedra negra—. Señor Holmes, supongo que no ha visto usted nunca un objeto semejante.

—Al contrario —afirmó Sherlock Holmes. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un





objeto hexagonal de apenas unas seis pulgadas de ancho, que colocó en la mesita auxiliar junto al fragmento antiguo.

Se trataba de algún tipo de plato tallado en basalto negro y erosionado por el tiempo. Pude ver a lo largo del borde exterior del plato hexagonal unas series extrañas de jeroglíficos y runas en alguna escritura desconocida. La superficie interior del plato estaba manchada y cubierta de lo que parecía ser sangre coagulada.

—¿Dónde ha conseguido esto, Holmes? —le pregunté.

—Este plato ensangrentado lleva diez años en mi posesión —contestó mi amigo Sherlock Holmes—. Puede que haya llegado el momento, Watson, de contarle el encuentro que tuve con el espanto de Reichenbach.

Las horas siguientes estuvieron llenas de actividad. Le envié un telegrama a uno de mis colegas de Harley Street para pedirle que se hiciera cargo de mis pacientes hasta mi vuelta.

—Sería bueno que fuésemos armados, Watson —me dijo Holmes mientras metía sus cosas en un maletín de viaje. Cogí mi revólver Webley Bulldog y algunos cartuchos de cordita calibre 6,25 que se acababan de inventar, mientras la casera llamaba una calesa para que nos llevara a la estación de Euston Street. Holmes, Norrrys y yo cogimos el último tren a Birmingham y reservamos un vagón de primera clase para nosotros solos.

Jephson Norrrys mostraba síntomas de un profundo agotamiento, así que le di una pastilla para dormir. Antes de tragársela, Norrrys le puso a mi amigo en las manos un diario que tenía las hojas sueltas.

—Léalo, por favor. Le explicará muchas cosas —le dijo Norrrys con esa voz jadeante tan particular. Cuando por fin se durmió profundamente en un rincón de nuestro vagón, lo ausculté y me quedé atónito al descubrir que su ritmo cardíaco se encontraba en el límite inferior humano. A un hombre que se hallara en tal estado de



agitación y nerviosismo debería latirle el corazón como si fuera una ametralladora, pero el lento pulso de Jephson Norrrys indicaba un metabolismo más propio de un anfibio de sangre fría. Pero su respiración era regular, y daba la impresión de que Norrrys estaba a salvo por el momento. Mientras dormía, no cesaba de abrir y cerrar la boca en silencio, lo que recordaba a un pez respirando.

Holmes me miró con tristeza.

—Watson, viejo amigo, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Este enero, cuando murió la reina Victoria, hizo veinte años que usted y yo nos estrechamos por primera vez la mano en St. Bart's —le recordé.

—Y aun así me temo que nunca ha llegado usted a conocerme de verdad. —Holmes sacó de su tabaquera un puro de primera calidad mientras el tren nos transportaba a través de la oscura red de túneles ferroviarios hacia el noroeste de Londres—. Recordará usted, Watson, nuestro encuentro con el vampiro de Sussex. En ese momento señalé que no creía en fantasmas ni en entidades sobrenaturales. Dejé entrever que nunca había creído en ello.

Durante un tiempo bastante largo, Holmes se limitó a encender su puro sin cortar y a reflexionar en silencio.

—¿Qué recuerda usted de mi encuentro en las cataratas Reichenbach?

—Existen dos versiones diferentes —le contesté—. El profesor Moriarty y usted cayeron juntos por el precipicio y murieron. Más tarde, se dijo que solo murió Moriarty, y que usted decidió fingir su propia muerte.

—Y ahora debo explicarle una tercera versión —afirmó Holmes mientras nuestro expreso atravesaba Watford sin detenerse—. Ni Moriarty ni yo caímos por las cataratas. Al borde de las mismas, Moriarty enarboló un arma y me obligó a dirigirme hacia una senda cercana. A punta de pistola, hizo que fuera colina abajo hasta llegar a la cascada inferior del salto de agua. Allí nos encontramos con un muro de granito sólido al que unas enredaderas que habían crecido en exceso cubrían como si se tratase de una cortina. Moriarty me obligó a avanzar, y descubrí que ese sólido muro eran en realidad



dos paredes de roca independientes con un estrecho pasaje entre ellas, oculto por una capa de enredaderas. Todavía a punta de pistola, crucé entre las enredaderas y entré en una caverna... totalmente a oscuras excepto por el extraño resplandor que producían los líquenes fosforescentes que había en sus muros. Moriarty me pisaba los talones. Estaba claro que él conocía de antemano la existencia de ese lugar y que me había llevado hasta allí con algún propósito maligno.

Sherlock Holmes me ofreció su caja de puros. Acepté uno y saqué mi cortapuros mientras él continuaba con su narración.

—Dentro de la caverna nos esperaban tres figuras encapuchadas vestidas con túnica. Moriarty les habló en una lengua que me era desconocida, aunque me recordó un poco al antiguo caldeo. Moriarty me señaló y, gracias a su gesto y a su entonación, logré averiguar, en líneas generales, lo que decía: «este es el hombre que acepté traerlos».

»Pero, de pronto, en esa semipenumbra, uno de los encapuchados extendió sus brazos inhumanamente largos y le quitó a Moriarty su revólver, mientras otra de las figuras le inmovilizaba los brazos a mi enemigo. Oí cómo Moriarty gritaba en inglés: “¡no! ¡Yo no! ¡Vuestro amo me prometió que me liberaría si le entregaba a este hombre!”.

»Algo me golpeó. Me desperté en la oscuridad con un palpitante dolor de cabeza, tumbado boca arriba sobre la fría piedra. Algo que no podía ver me estaba palpando el rostro: unos extraños tentáculos presionaban sobre mis facciones y supuraban algo que se me metía en los ojos y la boca. Watson, oí algo que era pura obscenidad. Cerca, en la oscuridad, unas extrañas voces chirriantes me taladraron los oídos con sus agudos gritos: “¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!”. Bajo esos ruidos oí los quejumbrosos gemidos de una voz humana: la voz de Moriarty. ¿He dicho una voz humana? Watson, lo que oí en aquella oscura caverna me convenció de que Moriarty había perdido totalmente el juicio y que ya no seguía siendo humano. Como contrapunto a sus angustiados gemidos, y por debajo de ellos, oí un ruido húmedo y rápido, parecido al que producirían varias decenas de lenguas que lamiesen algún líquido desconocido.

Me estremecí, y casi me quemé al intentar encender el puro.



—¡Cielo santo, Holmes!

—El cielo carecía de toda embajada en aquel sombrío lugar, Watson. Tuve el sentido común de permanecer tumbado en el suelo, con la esperanza de que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. No lo hicieron. Pero, poco a poco, la procesión de tentáculos sobre mi cara fue haciéndose cada vez menos y menos frecuente, mientras que los sonidos de lenguas que lamían fueron aumentando de una forma espantosa. Había algo que cada vez me prestaba menos atención para concentrarse en los que consumían ese líquido desconocido. Los dedos de mi mano derecha tocaron algo en la oscuridad: un objeto frío y duro, con esquinas aguzadas. Podía agarrarlo con facilidad, pero era lo suficientemente pesado como para utilizarlo como arma.

»Esos impíos tentáculos habían dejado de explorar, y ahora todas las manos, mejor dicho, todas las lenguas, parecían haber centrado su atención en el líquido. Moriarty se había quedado en silencio. Lentamente, con mucho cuidado, me introduje ese pesado objeto en el bolsillo y me deslicé hacia la luz, el único débil resplandor que existía en aquella profunda oscuridad. Dejé los chirriantes gritos a mis espaldas y entré en otra cámara de la caverna, también repleta de esos hongos luminosos. Miré hacia atrás un instante y, recortada contra ese fantasmagórico fulgor de los hongos, vislumbré una inmensa y sombría silueta que poseía una extraña cabeza en forma de estrella. Desvié rápidamente la vista y no me atreví a volver a mirar. En cuanto vi lo suficiente como para atreverme a ponerme en pie, corrí colina arriba sin perder de vista las paredes de la caverna, y pronto llegué a la conocida cortina de enredaderas y el mundo exterior. Ya había caído la noche cuando salí de allí, pero al menos contaba con la luz de la luna llena. Watson, créame cuando le digo que huí del lugar lo más rápido que pude.

Holmes se sacó del bolsillo el plato hexagonal.

—Este es el objeto que encontré en la cueva que había bajo las cataratas Reichenbach. En cuanto pude, traté el plato con ácido carbólico para desinfectarlo y quitarle el mal olor. Pero nunca he limpiado las manchas, pues pretendo analizarlas. Las han examinado nueve químicos diferentes, y todos ellos han jurado mantener el secreto.

—¿Es sangre, Holmes? —le pregunté—. ¿Sangre humana?



—Hay una capa de sangre humana, sí. Pero hay una segunda mancha..., una capa de sangre coagulada procedente de una especie desconocida. Tiene algunos rasgos en común con la sangre humana, pero se parece más a los grupos sanguíneos propios de los vertebrados acuáticos. Esa sangre es, a la vez, de un hombre y de un pez.

Volví a estremecerme y miré cómo dormía Jephson Norrrys. Su boca se abría y se cerraba sin emitir sonido alguno.

—Watson, échele un vistazo a esto. —Sherlock Holmes me tendió un folio doblado—. Esta es la carta que me envió nuestro amigo Norrrys. Usted está tan metido en esto como yo, así que debería leerla.

Para ser breves, no voy a transcribir el texto completo de la carta. Baste con decir que Norrrys era el propietario del priorato de Exham, un edificio medieval que se encontraba en Anchester. Durante los últimos meses se habían producido unos curiosos incidentes en el priorato, que se unían a unos cambios especiales en su estado de salud.

Holmes estaba examinando el cuaderno de hojas sueltas que le había entregado Norrrys. Reconocí en su cubierta el emblema real del aniversario de diamante de su difunta Majestad la reina Victoria, acaecido cuatro años atrás.

—Sea lo que sea nuestro amigo Norrrys, es evidentemente un patriota inglés —comentó Holmes—. ¿Ve usted, Watson? Esta agenda es uno de los innumerables objetos, la mayoría de los cuales no eran más que baratijas, que los codiciosos comerciantes de recuerdos ofrecieron a la población británica en 1897 como recuerdo del jubileo. Mire aquí. —Sherlock Holmes sacó de un bolsillo interior de la tapa de la agenda un cuadrado de pasta pintado a mano. En él había dos fotografías, una al lado de la otra, como si se tratara de un stereopticon. La primera de las imágenes mostraba a la reina Victoria en su juventud, con el príncipe Alberto y algunos de sus reales hijos. La segunda de las imágenes mostraba a nuestra difunta reina tal y como era en el año 1897, vestida con sus ropas de viuda y la corona del Imperio.

—Observe, Watson —dijo mi amigo—. Este portarretratos de pasta de Su Majestad se incluyó en la agenda durante su fabricación para justificarla como recuerdo del jubileo. La pasta está rota y mellada, pero sigue guardado en su lugar original. Está



claro que Jephson Norrrys ha sacado muchas veces el portarretratos para contemplar a su reina y luego lo ha vuelto a guardar en su sitio, a pesar de lo deteriorado que se encuentra. El cuero de la tapa de la agenda está cuarteado y manchado, pero el emblema del jubileo real está como nuevo: lo han pulido y limpiado con mucho cariño, a pesar de que no posee valor económico alguno. Pase lo que pase, este Norrrys es un leal súbdito de la Corona. ¡Hmm! Veamos qué es lo que quería que encontrásemos en estas páginas.

Holmes empezó a leer las hojas sueltas de la agenda que Norrrys le había prestado y, cuando acababa con cada una de ellas, me las pasaba a mí. Habían pegado una fotografía de estaño, con fecha del mes del jubileo de 1897, en la primera página de la agenda. El retrato mostraba a un hombre apuesto, de ojos claros, vestido con una chaqueta Norfolk, y sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda cuando me di cuenta de que se trataba de Jephson Norrrys. Eché un vistazo a la hinchada deformidad que se encontraba en la esquina de nuestro vagón; ahora apenas parecía humano. ¿Cómo podía un hombre haber degenerado tanto en tan breve espacio de tiempo?

Todas las hojas habían sido escritas por la misma persona, que supuse que sería Norrrys... Pero, a medida que iba viendo la secuencia en la que habían sido escritas, la letra iba transformándose desde una clara cursiva de escolar hasta unos torpes garabatos. Me llevó la mayor parte de nuestro viaje en ferrocarril el analizar el conjunto. Resumiendo, Norrrys había sido un respetable hombre de Cornualles procedente de una buena familia y con una buena posición económica, hasta que su tío Habakuk Norrrys lo llamó para que acudiera a Anchester para ayudarlo en la administración del priorato de Exham. El decimoprimer barón de Exham había abandonado sus tierras durante la época de los Estuardo y se había marchado a la colonia de Virginia sin dar explicación alguna; el priorato había sido propiedad de la Corona desde entonces, hasta que el mayor de los Norrrys lo adquirió en 1894. El priorato no tenía instalación eléctrica, ni siquiera de gas, y Habakuk Norrrys había comenzado la ardua pero necesaria labor de renovación..., hasta que contrajo una curiosa enfermedad que parecía irlo deformando de forma progresiva. Ahora Jephson había contraído la misma enfermedad, y empeoraba a ojos vista.

Cogí la carta que le había enviado a Holmes y volví a leer su último párrafo.



Unos cuantos días atrás, Jephson Norrys había descendido, con una lámpara de parafina y una linterna eléctrica, al sótano del priorato de Exham para descubrir la fuente de unos «ruidos sobrenaturales» (como él los describió) que había oído por la noche: los rápidos pasos de unos pies con garras y unos extraños cánticos, como los salmodiados por unos acólitos obscenos. La cámara estaba oscura incluso a plena luz del día. Durante el descenso, Norrys resbaló en la escalera de piedra; se le apagaron la lámpara y la linterna y cayó de cabeza por las escaleras. En la oscuridad (escribió Norrys), la mano que tenía estirada tocó algo tan frío como la piedra, húmedo y de forma circular. Se le rompió un fragmento en la mano. Sin luz, subió las escaleras tan rápido como le permitió su deformidad y corrió hacia uno de los edificios exteriores que se encontraban en el patio del priorato. Intentó que los habitantes del pueblo más cercano lo ayudaran; lo echaron de allí, y la policía local se negó a entrar en el priorato. El magistrado del distrito decidió no tomar acción alguna.

El testimonio de Jephson Norrys acababa con una letra enloquecida apenas legible: «Había creído que esos sonidos nocturnos serían ratas en las paredes; ahora sé que se trata de algo mucho peor. Los susurros del sótano parecían humanos al principio; temí que se tratara de ladrones, o vagabundos, o contrabandistas evadidos de las prisiones galesas. Pero he visto el plato cubierto de sangre, y ahora lo sé: los que estaban en el sótano del priorato no tienen derecho alguno a considerarse humanos...».

—¡Vamos, Watson! —exclamó Sherlock Holmes con brusquedad—. Hemos llegado a Birmingham y debemos cambiar de tren para ir a Anchester. Iré a recoger nuestro equipaje mientras usted trata de despertar a nuestro compañero.

Ya había pasado la medianoche cuando llegamos a una oscura estación de ferrocarril en el noroeste de Shropshire. Había un único brougham en la parada de carruajes, y a pesar de la aviesa mirada que le dirigió el cochero a Norrys, Holmes lo convenció de que nos llevara hasta Anchester. Mientras el cochero tomaba las riendas, Holmes le devolvió el diario a Norrys, quien terminó de contar su historia.



—Mi agonía empeora progresivamente, caballeros. Cada mañana me despierto para encontrarme ligeramente menos humano. Por la noche, mis desesperados intentos por dormir se ven plagados de sueños espantosos: pesadillas en las que oigo voces oscuras que me susurran promesas obscenas. —Norrrys temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas—. La policía no va a ayudarme; los telegramas que envié al Ministerio del Interior no obtuvieron respuesta alguna. Señor Holmes, doctor Watson: ustedes dos son mi última esperanza.

—¿Qué espera conseguir? —le pregunté lo más amablemente que pude—. Bien puede suceder que su condición médica sea irreversible, y...

—Quiero que desaparezcan las voces de la oscuridad —dijo Norrrys con voz trémula—. Las voces... ¡y el ruido que hacen las ratas en las paredes! —Se llevó las manos a los oídos, aunque sus orejas se habían reducido hasta convertirse en meros restos vestigiales en su piel escamosa—. Mi vida ya no significa nada. Llevo tres días lejos del priorato... ¡y sigo oyendo las voces susurrantes y los ruidos que hacen las ratas en las paredes!

Nuestro coche se detuvo de forma abrupta y el cochero nos informó de que «no iba a acercarse más a ese priorato». Le pagamos y nos bajamos en un camino rural de Shropshire flanqueado por altos arbustos de aulagas amarillas. Frente a nosotros se cernía una torre oscura que se recortaba de forma extraña a la luz de la luna, y Norrrys nos aseguró que se trataba de nuestro destino. Holmes encendió su linterna y yo le quité el seguro a mi revólver.

Jephson Norrrys tuvo dificultades para seguir nuestro ritmo: caminaba a trompicones, como si sus piernas estuviesen decididas a fundirse la una con la otra y él tuviese que separarlas a la fuerza a cada paso que daba.

El priorato era una ruina cubierta de musgo que se alzaba al borde de un precipicio de caliza. La hierba que rodeaba el edificio estaba amarillenta y cubierta de plagas, y de los animales nocturnos tan comunes en la campiña de la región salupiana (murciélagos, búhos, ratones de campo) no había ni rastro. Vi algunas lápidas rotas en el extremo más alejado del patio. Norrrys sacó un antiguo anillo de bronce del que pendían





varias llaves de iglesia, que utilizó para abrir la puerta exterior, luego la puerta interior y, por último, la que conducía al propio priorato.

Nos invadió un olor extraño. Holmes me indicó por señas que tuviera lista mi arma y encabezó la marcha a través del recibidor hasta una puerta que estaba entreabierta. Allí nos detuvimos junto a unas ruinosas escaleras de caliza que descendían hacia las profundidades, y en las que se encontraban las celdas del priorato. Le dije amablemente a Norrrys:

—Tal vez debería usted esperarnos aquí...

Jephson Norrrys negó amargamente con la cabeza y apretó los pocos dientes que le quedaban.

—Me quedaré hasta el final, doctor.

Comenzamos el descenso. Sentí una enloquecedora certeza de que no estábamos solos. A nuestro alrededor, en la oscuridad, se oían ruidos ahogados, como si hubiese diminutas criaturas invisibles que se escabullían. Me dio la impresión de que unas voces me susurraban y trataban de entrar en mi mente. Las voces me abordaban y afirmaban ser moradores de diferentes siglos y lugares. Solo pude entender algunas. Una voz que hablaba en francés se me presentó como Montagny, uno de los cortesanos de Luis XIII. Otra, que hablaba en un barroco dialecto del inglés, afirmó ser la mente sin cuerpo de James Woodville, un mercader de la época de Cromwell. Mis conocimientos de latín eran lo suficientemente buenos como para percibir otra voz, que pretendía ser la mente de Tito Sempronio, quaestor palatii del Imperio romano. Todas estas voces, y otras más, pretendían que yo les prestara atención.

—¿Lo oye, Watson? —La voz de mi amigo Sherlock Holmes estaba teñida de asombro—. ¡Un parlamento de mentes! Parece que aquí se encuentran muchas inteligencias: una cosecha de intelectos reunidos durante varios milenios. He reconocido la lengua de una de las voces como chino predinástico, y otra de ellas utilizaba un dialecto griego. Como si fueran sombras fuera de tiempo que se hubiesen proyectado entre nosotros. ¡En verdad le digo, Watson, que todo esto es sorprendente!



—¿Cómo es posible, Holmes? —le pregunté mientras descendíamos las escaleras.

—Puede que, de alguna forma, estas voces hayan trascendido el tiempo. Watson, ¿Ha leído usted las obras de Henri Bergson, o las de Loubachevskii? Proponen la existencia de una cuarta dimensión del espacio que permitiría la comunicación instantánea entre lugares separados por grandes distancias o por una gran cantidad de tiempo. Me pregunto si...

—Siempre habló usted demasiado, Holmes —dijo una voz rasposa, a mayor volumen y más cercana que las demás.

A la pálida luz de la lámpara eléctrica de Holmes pude ver a un hombre extraño. Era tremendamente alto y delgado, tenía unos hombros redondos, una amplia frente despejada y un rostro protuberante en el que destacaban dos ojos profundamente hundidos. Del mismo modo que el aspecto de Jephson Norrys tenía algo de pez, el de este hombre tenía mucho de reptil. Se erguía en medio de la escalera de caliza, por debajo de donde nos encontrábamos nosotros, y miraba a Holmes con malevolencia.

—Doctor Watson, tengo el honor de presentarse al profesor Moriarty —dijo mi amigo Sherlock Holmes—. Aunque tenía entendido que Moriarty había abandonado hacía mucho este mundo terrenal y que había cambiado su dirección por la del reino de los muertos.

—Un simple inconveniente temporal, señor Holmes, se lo aseguro —contestó Moriarty. De la oscuridad que se encontraba a sus espaldas se elevó un cántico proferido al unísono por multitud de gargantas invisibles:

¡Tekeli-li, tekeli-li!

¡Tch'kaa, t'cnela ngöi!

Tekeli-li, teka'ngai

Haclíc, vnikhla elöi...



Levanté mi revólver, pero Holmes me puso la mano en el brazo y me detuvo.

—Tranquilo, Watson. El profesor Moriarty ya ha muerto una vez..., o tal vez dos, si los rumores que oí en Kowloon son fiables. —Le hizo un gesto a Jephson Norrrys para que se acercara más y dijo—: ¡Vamos, Moriarty! ¿Qué impío interés tiene en este hombre?

—Ninguno —respondió Moriarty—. Norrrys es solo el propietario del lugar. Es el priorato lo que buscamos. De todos los lugares de la Tierra, el sótano de este priorato es el que mejor se ajusta a nuestras necesidades. Por supuesto, me refiero a las mías y a las de los dioses antiguos.

Detrás de Moriarty, el cántico creció en intensidad.

—Hace mucho que sospecho, Moriarty, que soy yo su auténtica presa —comentó Sherlock Holmes—. El desafortunado Norrrys no es más que un cebo. Ahora que estoy aquí, ¿liberará a Jephson Norrrys y le devolverá su condición humana?

Moriarty abrió sus manos de dedos largos como las patas de una araña, con las palmas hacia arriba.

—Se equivoca conmigo, Holmes. Soy inocente de cualquier crimen cometido contra Norrrys. La mancha que observa se encuentra en su sangre. El linaje de los Norrrys descende de forma oblicua de la casa de los de la Poer, herederos ancestrales de este edificio... y de su maldición. Al regresar a estos terrenos, primero Hbakuk Norrrys y luego su sobrino Jephson, despertaron la mancha de su sangre ancestral que llevaba mucho tiempo dormida.

—¡Tekeli-li! —dijeron las voces, como si se mostraran de acuerdo con Moriarty.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Holmes.

—Eso está mejor —contestó Moriarty, frotándose las delgadas manos—. Se unirá a mí, Holmes, en un largo viaje... de un solo sentido, sin billete de vuelta. Un viaje a Yith.

—¿Así que ese es su hogar? —preguntó Jephson Norrrys.



Moriarty agitó una mano despectivamente.

—Yith es el hogar de los antiguos, a incontables millones de millas de distancia de aquí. Pero cuando las estrellas se encuentran en el punto preciso y las dimensiones del espacio pueden doblarse a los caprichos de los dioses antiguos, Yith se encuentra a escasas pulgadas del reino de Shropshire dentro de este sótano. —Moriarty nos indicó que nos acercáramos más y señaló la oscuridad que había a sus espaldas, al final de las escaleras—. Por aquí.

En ese momento surgió un peculiar resplandor de color violeta al pie de las escaleras. Comenzó como un sencillo punto de luz que luego, rápidamente, creció y se hinchó hasta convertirse en una esfera luminosa, y de pronto se aplanó y se convirtió en un hexágono de luz violeta que flotaba en el aire. El eje vertical del hexágono creció hasta que tomó forma de sarcófago.

Empezó a soplar un súbito viento en el aire inmóvil del sótano del priorato. Sentí una brisa que bajaba por las escaleras hacia el hexágono de luz y que me atravesaba al hacerlo. El viento me agitó las mangas, la chaqueta y la corbata. De pronto arrancó un trozo de musgo de la pared, cerca de mi codo: vi cómo el musgo giraba en el aire, atrapado dentro de un torbellino, hasta que, repentinamente, se vio atraído de una forma espantosa hacia el interior del aura violácea, donde desapareció. En un paroxismo de terror me di cuenta de que ese curioso hexágono resplandeciente era algún tipo de vórtice..., y que absorbía el aire y la vida de esa catacumba y los conducía hacia algún espantoso lugar.

Y entonces volví a oír las voces. Por debajo del extraño canto oí susurros en dialectos humanos dentro de mi cabeza: francés, latín, inglés antiguo y otros.

—¿Los oye, Watson? —preguntó Holmes a mi lado. Vi la expresión de su rostro y me estremecí. Sherlock Holmes temblaba en un éxtasis que parecía casi espiritual—. ¡Escúchelos, Watson! Todas las mentes que me han precedido en este lugar, intelectos arrebatados al tiempo, procedentes del pasado y del futuro de la Tierra. Algunas atrapadas involuntariamente, otras abducidas, pero todas me esperan en el extremo más alejado de ese vórtice... ¡y gloriosamente conscientes! ¡Piense en todos los secretos, en



todos los misterios que su sabiduría cautiva podría revelarnos! ¡Vamos, Watson! Visitemos Yith y llamemos a los antiguos.

—¡No, Holmes! —grité—. ¡Es un truco! No podemos... —Y, mientras hablaba, oí otra voz que se unía al extraño coro. Era una voz amable, tierna, y me resultaba familiar... Pude oír fácilmente sus dulces palabras por encima del creciente aullido del viento.

—John —decía la tentadora voz—. Querido John, estoy aquí...

La conocía, aunque no la había escuchado en los últimos siete años. Procedía del centro del vórtice. Yo sabía que no debía dirigirme hacia allí. Sabía que no debía levantar la vista y mirar. Y aun así... lo hice.

En el interior del resplandeciente hexágono se encontraba mi querida y difunta esposa, Mary, tal y como yo la había conocido antes de que su enfermedad se la llevara. Con todo mi intelecto, yo sabía la verdad: está muerta, está enterrada en el cementerio de Nunhead. Ningún poder de este universo podía devolverle la vida a mi amada Mary Morstan y depositarla, sonriente y completa, al otro lado de ese portal ultraterreno, desde el que ahora me llamaba. Y aun así, allí estaba...

De pronto me vino a la mente un recuerdo de mis días de universitario. Recordé la presentación que hizo uno de mis profesores de una curiosa flor rizomatosa, natural de ciertos pantanos americanos. Los insectos se veían atraídos hacia las hojas mortales de la planta debido al dulce néctar que exudaban sus flores, para tentar a la confiada presa. Se trata de la *Dionaea murcipula*, o venus atrapamoscas. Pero por qué recordaba eso justo en ese momento...

Sherlock Holmes me agarraba fuertemente del brazo. Sentí cómo tiraba de mí, acercándome poco a poco, bajando por esas escaleras de caliza hacia el vórtice, que seguía llamándonos. Traté de resistirme, al igual que trataba de resistirme a la llamada de mi difunta esposa, que yo sabía que no era ella en absoluto.

—Ven a mí, John —me susurró—. Date prisa, pues la puerta entre los mundos no puede seguir abierta mucho más.



Y supe que no me podría resistir...

—Ya voy, Mary. —Las palabras escaparon de mis labios a pesar de mí mismo.

En algún lugar muy lejano, pero al mismo tiempo muy cercano, oí cómo reía Moriarty.

—¿No se da cuenta de que es una trampa? —Alguien bajó a toda prisa por las escaleras y me dejó atrás. Vi cómo Jephson Norrrys se abalanzaba sobre Moriarty. Durante un instante, forcejearon al borde del oscuro vórtice: Moriarty desde su interior, Jephson aún en el exterior, en la parte baja de las escaleras que conducían al sótano. Observé cómo luchaban los dos hombres, pero resultaba evidente que Moriarty era el más fuerte. Riendo como un loco, agarró a Norrrys por la garganta y, sin ningún esfuerzo, le hizo doblarse hacia atrás hasta casi partirle el espinazo. Vi cómo Jephson Norrrys, con las manos de Moriarty alrededor de la garganta, jadeaba en busca de aire, como un pez fuera del agua, mientras el viento producido por el vórtice sacudía su abrigo.

Se le cayó algo del bolsillo. Me di cuenta de que se trataba del diario, que chocó contra las escaleras y quedó abierto sobre la caliza gris. Vi cómo el viento esparcía sus hojas sueltas. Observé cómo el vendaval atrapaba la fotografía de estaño de la juventud de Jephson Norrrys y el vórtice la absorbía. Vi que caía algo más del diario. A la pálida luz de la lámpara eléctrica pude apreciar un atisbo de color.

Moriarty también lo vio. Lo observé soltar a Jephson Norrrys, que cayó desmadejado mientras Moriarty dirigía su atención hacia los pies de la escalera de caliza. Mientras Norrrys se desplomaba, a su rival le cambió la cara. Sus facciones se suavizaron; la expresión de sádica crueldad se tornó casi melancólica. Contemplé el rostro de un hombre que, de pronto, veía algo precioso que temía haber perdido para siempre. Moriarty se agachó e intentó recogerlo...

Soltando un exabrupto, Jephson Norrrys se puso en pie con dificultad y se impulsó hacia delante. Agarró a Moriarty con todas sus fuerzas y se lanzó con él hacia la boca del vórtice. Oí un grito ahogado. Y entonces, abruptamente, los bordes del aura violácea se contrajeron. De pronto, las mandíbulas del remolino se cerraron con fuerza...



con Moriarty y Norrrys en su interior. Oí un espantoso crujido y, súbitamente, algo voló por encima de mi cabeza y aterrizó en las escaleras de caliza que tenía encima.

Lo que vi al resplandor de la lámpara fue la mano de Jephson Norrrys con una sección de antebrazo dentro de una manga de abrigo ensangrentada. Aquella ancha masa aplanada, el apéndice parecido a una aleta, señalaba acusadoramente hacia los pies de la escalera. Lo que quedaba de Norrrys, así como Moriarty al completo, había desaparecido totalmente. El vórtice interdimensional se había cerrado mientras el brazo de Jephson Norrrys continuaba en la abertura... por lo que se lo había cortado limpiamente.

Las voces susurrantes quedaron en silencio. Pero volví a oír esos ruidos ahogados que parecían los producidos por ratas invisibles dentro de los muros. Y de algún lugar en las cercanías, en la oscuridad, volvió a comenzar el débil susurro: Tekeli-li...

—La verdad, Holmes —me atreví a decir—, no veo motivo alguno para seguir aquí.

—Un momento, doctor.

Mi amigo se agachó para recoger algo con sus largos brazos, y luego subimos las escaleras a toda velocidad. Pronto, aunque no lo suficiente desde mi punto de vista, nos encontramos en el camposanto del priorato, iluminado por la luna. Hasta que no estuvimos muy lejos de aquel maldito lugar y a salvo en la carretera hacia Anchester no quiso hablar Holmes.

—Evidentemente, Bergson y Loubachevskii tenían razón —comentó, e hizo una breve pausa para encender su pipa antes de continuar carretera abajo—. Es posible cruzar el espacio que separa dos puntos alejados en las dimensiones del espacio. Algún factor desconocido del sótano de ese priorato lo convierte en una estación del viaducto entre la Tierra y otro lugar; puede que sea por los depósitos de caliza, o por alguna extraña mezcla de minerales que se han ido absorbiendo a lo largo de los siglos. Moriarty habló de que las estrellas estaban «en la posición correcta» para sus intenciones; pero las estrellas se mueven constantemente en el firmamento, y sus campos gravitacionales con ellas..., lo que podría explicar por qué Moriarty solo podía



mantener el conducto abierto por tan breve espacio de tiempo.

Caminamos en silencio durante un momento, durante el que encendí un puro, y luego Sherlock Holmes volvió a hablar.

—Ese vórtice, Watson, es lo más maligno con lo que me he encontrado jamás, con la posible excepción de la rata gigante de Sumatra. Algo en el interior de ese vórtice parecía prometernos lo que más deseábamos, aunque la verdad es que la promesa era falsa. A mí se me ofreció la oportunidad de reunirme con intelectos casi iguales al mío. Watson, le oí gritar el nombre de su amada y difunta esposa, así que puedo imaginarme lo que le ofrecieron a usted. Solo puedo esperar que Jephson Norrrys haya encontrado algo de paz, y que entrara en el vórtice por su propia voluntad. En cuanto a Moriarty, creo que halló su última tentación en este lado del maligno puente entre mundos.

—¿Qué quiere decir, Holmes?

—Los dioses antiguos, o quienes fueran, hicieron un trato impío con Moriarty — explicó Holmes—. Le arrebataron su humanidad y le dieron a cambio algo mucho más oscuro. Pero existe algo que los dioses antiguos no pueden ofrecer. Es algo que Moriarty les entregó libremente antes de nuestro encuentro en las cataratas Reichenbach. Y aun así, es algo que Moriarty deseaba, y se arrepentía de haberlo perdido. ¿Se dio cuenta de la expresión de añoranza que tenía en el rostro? Permítame deducir algo, Watson: deduzco que, en esos últimos instantes en el vórtice, Moriarty recordó de pronto lo que había perdido cuando le arrebataron su humanidad, su vida, su misma alma.

Nos acercábamos a una posada, donde dos lámparas de carruaje montaban guardia sobre la ventana principal. En esos momentos, Sherlock Holmes me mostró algo en su palma abierta, y a la luz de las lámparas vi lo que se había caído del bolsillo de Jephson Norrrys. Se trataba del objeto que había distraído momentáneamente a Moriarty y que había tratado de recoger: el retrato pintado a mano del aniversario de la reina Victoria.

—Por un instante, el profesor Moriarty recordó lo que significaba ser inglés — dijo Holmes, y se guardó en el bolsillo el marco de plata al irnos aproximando a la posada—. Eso es lo que entregó Moriarty en su trato con los antiguos..., y ni todos los





reinos infinitos de los dioses antiguos podrían compensar esa pérdida. ¡Vamos, Watson! Oigo un piano en el salón del bar, y voces que cantan... Y esta vez no se trata de Tekeli-li, sino más bien de Knocked 'Em in the Old Kent Road... Así que me resulta elemental deducir que esta taberna abre a todas horas y que encontraremos buena compañía en su interior. ¿Qué le parecería una pinta de cerveza amarga?



## La Muerte no se convierte en él

### David Niall Wilson y Patricia Lee Macomber

Han pasado muchos años desde que tuvieron lugar los hechos de los que ahora informo, e incluso en este momento, mientras los vuelvo a revivir en mi mente, no estoy seguro de si debo continuar. Está claro que existe un cierto problema de intimidad. Pero aún hay más. Estoy seguro de que, cuando todo haya acabado, estas palabras llegarán un día a manos de otros. Aunque nunca, en todos estos años, he tenido como propósito engrandecer mi reputación, y, ciertamente, en lo que respecta a otros he sido brutalmente honesto.

Déjenme que comience mencionando lo que resulta más sorprendente y extraño en todo esto. En este caso, cuando mi amigo Sherlock Holmes dejó entrar a su más reciente cliente en el 221B de Baker Street, este no era otro que yo, medio enloquecido y temblando como un perro asustado.

Cuando llegué al vecindario, el reloj del campanario de la iglesia acababa de dar las once. Era más tarde de lo que había pensado, y hacía demasiado frío como para que un hombre en sus cabales estuviera fuera de casa. Solo había una luz encendida en el piso de Holmes, por lo que supuse que dormía. No importaba. El peso de aquella noche era demasiado como para poder soportarlo yo solo, y lo mínimo que necesitaba era el consuelo de la gran inteligencia de mi viejo amigo.

Me dediqué a dar vueltas hasta que mis zapatos amenazaron con abrir surcos en el camino. Deseaba desesperadamente darme la vuelta y regresar a mi propia casa, tomarme una copa de brandy y deslizarme bajo las frías sábanas de mi cama. Lo que más profundamente deseaba era que mi relación con Holmes no se viese manchada por



la apariencia de la locura. Y aun así, no me quedaba más remedio que seguir adelante, por lo que, finalmente, me lancé desesperado hacia la puerta, queriendo llegar a ella antes de que mis traicioneros pies me volviesen a alejar de allí. Antes de que pudiese llevar la mano a la aldaba de la puerta, esta se abrió hacia dentro y tuve que detenerme torpe y desmañadamente ante el risueño semblante del señor Sherlock Holmes.

—Pase, Watson —me invitó Holmes con un brillo en los ojos que hizo que mis mejillas ardieran de vergüenza—. Unos pocos pasos más y se quedará sin suelas.

Cuando se dio cuenta de mi expresión se quedó serio, cerró rápidamente la puerta a nuestra espalda y cogió mi abrigo.

—Siento enormemente venir a estas horas, Holmes —le espeté—. Pero el asunto no podía esperar.

—Asumo por la extraña forma en la que lleva puesto el sombrero, y por el hecho de que el gabán está mal abrochado, que se trata de un asunto de cierta importancia —me contestó. Se giró y desapareció en su estudio, y yo me apresuré a alcanzarlo. Cuando llegué a la habitación tenuemente iluminada, él ya se encontraba en su silla, con las piernas estiradas y los dedos juntos bajo la barbilla—. Dígame, pues, qué lo trae tan tarde en una noche tan fría.

—He venido a presentarle un nuevo cliente, Holmes.

—Pero ha venido usted solo. ¿Quién, entonces, sería el cliente?

Lo observé durante un instante. No dejaba de mirarme, con los dedos juntos y los ojos chispeantes. Yo sabía que ya había deducido cuál iba a ser mi respuesta, pero de todas formas le contesté:

—Soy yo, Holmes. Esta vez soy yo quien necesita su ayuda.

Se le tensó la piel que rodeaba los ojos e hizo un mohín con los labios.

—Muy bien, Watson. ¿Por qué no se sienta, se toma una copa de brandy y me cuenta su historia?

Me senté, cerré los ojos y dejé que los sucesos de la tarde volvieran a hacerse



presentes en mi mente para narrar la historia lo mejor que pudiera. Sabía que cualquier detalle que dejase de narrar o del que me olvidara podría demostrar a Holmes que todo lo que decía no eran más que tonterías, así que puse mucho cuidado. El brandy me ayudó. Esta es la historia que le conté.

Hacía solo unas horas que llamaron a mi puerta. Era más tarde de lo que yo acostumbraba a recibir visitas. Asumí de forma inmediata que se trataba de usted, Holmes. ¿Quién más acudiría a verme a una hora semejante? Mi corazón se aceleró al pensar en la aventura y me apresuré a abrir la puerta.

El hombre con el que me encontré era flaco y alto, y estaba muy bronceado, como si hubiese pasado muchos años en la cubierta de un barco o trabajando en una granja. Era moreno de piel, y su abrigo le colgaba de los hombros como si se tratase de una mortaja. Pude ver en la oscuridad a otros dos hombres que se encontraban justo detrás de él.

—¿Doctor Watson? —preguntó con voz rasposa y aguda.

—Me tiene en desventaja —le contesté—. Yo soy Watson, ¿y usted? Por Dios, buen hombre, ¿sabe usted la hora que es?

—Soy muy consciente de la hora —me contestó—. Mis negocios con usted no pueden esperar.

El hombre sacó una hoja de papel y me la puso bajo la nariz, como si yo pudiera leer en la oscuridad.

—¿Firmó usted esto? —me preguntó con brusquedad.

—Desde aquí no puedo ver de qué se trata —le dije—. Pase, señor...

—Silverman —contestó, y atravesó la puerta con rapidez—. Aaron Silverman. Los compañeros son el señor Sebastian Jeffries y... En fin, lea el papel y se dará cuenta de quién más me acompaña.



Sabía que debería haberles dicho que regresaran por la mañana, pero les había invitado a entrar, por lo que ya no había remedio. Eché un vistazo a los otros dos, que permanecían en silencio. El primero se trataba de un anciano de pelo blanco, facciones rubicundas y ojos grandes y saltones. Tenía las mejillas tan gruesas que su labio se inclinaba extrañamente hacia abajo. No lo conocía. El tercero llevaba un abrigo oscuro, igual que Silverman, y se había encasquetado un sombrero para ocultar los rasgos de su cara.

Miré el papel y empecé a leer. Era un certificado de defunción. Lo había firmado yo apenas una semana antes, certificando que un tal Michael Adcott había fallecido a resultas de una herida de cuchillo en la espalda. El señor Adcott había salido hasta tarde por la parte equivocada de la ciudad, y, al parecer, alguien se había apropiado de su cartera.

—¿Qué tienen ustedes que ver con esto? —les pregunté cortante.

—El señor Jeffries —contestó el primero de los hombres— es mi procurador. Realmente debería decir que es el procurador de mi primo. No estoy seguro de que se lo hayan dicho, pero existe una cuantiosa fortuna, una tontina, relacionada con esta muerte. Michael era uno de los dos únicos miembros supervivientes de la tontina, y, al certificar su muerte, los tribunales le han entregado la tontina al señor Emil Laroche.

—No sé nada de ninguna tontina —le aseguré—, pero no veo cómo puedo ayudarlos en este tema. El señor Adcott murió, y según tengo entendido que funcionan esos acuerdos, eso indica que los tribunales tienen razón.

—Eso dice usted —dijo Silverman—, pero, por segunda vez en esta semana, está usted equivocado.

Parpadeé confuso.

—¿Equivocado? ¿Cómo...?

Silverman levantó una mano y se volvió hacia su tercer compañero.

—¿Michael?

Casi se me paró el corazón. El hombre se quitó lentamente el sombrero y me miró



con unos ojos que muy pocos días atrás yo había visto vidriosos y cerrados. No parecía verme, no de verdad, pero reaccionaba ante las palabras de Silverman con perfecto entendimiento. La expresión confusa y acosada de sus ojos se me quedó grabada a fuego en la mente, y tuve que sacudir la cabeza para librarme de la sensación de... algo, algo oscuro y profundo. Algo erróneo.

—Eso es imposible —afirmé—. No hay forma de que este hombre sea el mismo Michael Adcott que examiné esta misma semana. Ese hombre había recibido una herida directa de arma blanca en la espalda que le atravesó un pulmón, y estuvo muerto en la calle al menos una hora antes de que yo llegara al lugar. Había un policía en la escena del crimen; se llamaba Johnston.

—Y aun así —dijo Silverman, levantando una mano para silenciarme—, Michael Adcott se encuentra ante usted, respirando y completamente vivo, y, súbitamente, en la más completa de las miserias. Solo su intervención, doctor Watson, puede evitar un espantoso error de la justicia.

Ciertamente esta era una situación extraña, pero creo que, a lo largo de los años, me he enfrentado a sucesos igualmente curiosos. Sin dudar di un paso al frente y miré al hombre que tenía delante. Se balanceaba adelante y atrás, como si sus piernas apenas lo sostuvieran, y entrecerré los ojos, tratando de encontrar algo que no encajara en mi recuerdo del muerto con aquel que había interrumpido mi noche.

—Imposible —musité mientras retrocedía—. Es un engaño.

Silverman me miró con frialdad.

—Y, aun así, sospecho que se trata de un hecho difícil de negar —dijo cortante.

En ese momento el hombre rollizo, que hasta entonces había guardado silencio, dio un paso al frente, se sacó torpemente un monóculo del bolsillo del pecho y se lo colocó en el puente de la nariz con mano temblorosa. La lente se tambaleó, y estuve casi seguro de que se caería antes de que lograra estabilizarla; pero, milagrosamente, el hombre logró controlarla. Sacó un pequeño fajo de papeles y se lo acercó mucho para poder mirarlos a través de la lente.



—Parece —dijo despacio, con palabras forzadas— que nos enfrentamos a una situación que requiere actuar velozmente y con discreción.

—Usted debe de ser el señor Jeffries —afirmé, sin esperar respuesta—. Hubiera esperado, caballero, que de todos los que se encuentran hoy aquí en mi presencia, fuera usted el primero en darse cuenta de lo absurdo de lo que se me reclama. Los muertos no se levantan de sus tumbas, sin importar el vendaval económico que eso les proporcionaría a ellos mismos o a otros. Este hombre no puede ser Michael Adcott.

Jeffries levantó la vista de sus papeles a tal velocidad que el monóculo casi salió volando.

—Le aseguro, doctor Watson, que sí lo es. Llevo veinte años como procurador de los Adcott, y reconozco a mi cliente cuando lo tengo delante.

—Lo que me lleva a pensar, caballero, que usted ha certificado erróneamente la muerte del señor Adcott. —Silverman cruzó las manos frente a él y me miró por encima de su nariz.

Debo decir que antes admitiría un error de juicio que la posibilidad de un muerto resucitado. A pesar de todas las evidencias y de todas las pruebas, yo necesitaba que se marcharan ya.

—Regresen mañana a las cuatro en punto y tendré las respuestas que buscan —les dije; le devolví los papeles a Silverman y los conduje a la salida.

Holmes había ido entrando en un estado cada vez más contemplativo; sus ojos estaban enfocados, pero creo que no se centraban en ningún punto de la realidad que él y yo compartíamos. Inclinado hacia delante en mi silla, con las manos sobre mis rodillas, lo observé ansioso y concluí:

—Con la casa vacía de nuevo y con el corazón todavía latiéndome desbocado dentro del pecho, solo se me ocurrió hacer una cosa, y fue venir a comunicárselo a usted.



Los ojos de Holmes cambiaron de posición y se puso súbitamente en pie.

—E hizo usted bien, mi querido Watson, hizo usted muy bien.

Ya se encaminaba hacia la puerta, con una expresión distraída nada típica de él.

—Debo comprobar unas cosas, Watson —dijo de pronto—. Y usted, viejo amigo, debería descansar. Cuando el sol haya ascendido un poco más en el cielo, veremos qué podemos hacer.

—Pero, ¿no piensa usted nada de todo este asunto? —gemí.

—A menudo, todo lo que tenemos son ideas, Watson. No hay nada que pueda asegurarle, pero sí tengo algunas... ideas. Pero dejémoslo para mañana. Váyase y descanse.

Con eso, abrió la puerta y a mí no se me ocurrió nada que decir o que hacer, excepto salir a trompicones a la noche y dirigirme a casa, sin dejar de preguntarme si mi viejo amigo me consideraría en aquel momento un demente. El cielo ya se encontraba teñido del rojo sangre propio del amanecer.

Silverman miró furtivamente a ambos lados y luego se deslizó a través de la enorme puerta de madera y se introdujo en las profundidades del chato y monolítico edificio que se encontraba al otro lado. El exterior era de un sucio ladrillo; incluso el hollín y la porquería parecían estar asquerosos, y el lugar estaba cubierto de una capa aceitosa que brillaba enfermiza a la primera luz de la mañana.

Llevaba un maletín bajo el brazo, e iba a pie. No había ningún coche de caballos esperándolo fuera, y nadie lo vio entrar. En los últimos años, muy poco tráfico atravesaba esas puertas, y el poco que había se tendía a ignorar. Era mejor dejarles a los demás un conocimiento como este, o no dejárselo a nadie. Se trataba de un lugar oscuro, y los gritos de los que entraron en él y nunca fueron liberados resonaban por todo el lugar como si se tratase de electricidad. O eso les parecía a algunos.





El manicomio de San Elián había sido cerrado por razones nunca reveladas al público. Existían rumores acerca de experimentos oscuros, de tortura y de pecado, pero no solían repetirse, y normalmente morían antes de llegar a magnificarse. No había nada bueno en ese edificio, y, si no se requiriese entrar realmente en contacto con el lugar, muchos serían felices de esgrimir uno de los martillos que lo derribaran.

Silverman no había encontrado ningún problema para alquilar un sector del decadente edificio, y con Jeffries encargado de las cuestiones legales y del papeleo, había logrado hacerlo con bastante anonimato, pues al procurador se le había otorgado el poder de firmar en su nombre. El laboratorio de San Elián y la celda más próxima a ese maligno lugar habían caído fácilmente bajo el control de Silverman, y sin que nadie se lo disputase. Incluso los vagabundos y los borrachos evitaban el lugar. Estaba tan vacío y desprovisto de vida como una tumba, y eso le parecía estupendo a Aaron Silverman.

En esos momentos acababa de cruzar el oscuro pasillo principal y sacaba torpemente una enorme llave maestra de uno de los bolsillos de su chaqueta, mientras equilibraba precariamente el maletín de cuero bajo un brazo. Lo había limpiado tanto como le fue posible (o necesario), pero el viejo cerrojo rechinó en sus piezas metálicas con un incrédulo sonido ante la intrusión de la llave. San Elián no lo recibía de buena gana.

Una vez en el interior, Silverman no perdió el tiempo. Recorrió la habitación encendiendo las tenues luces y colocó una caja de madera con mucho cuidado sobre una repisa que había en la parte interior de la puerta. El laboratorio se hallaba prácticamente en el mismo estado en que él se lo había encontrado. Habían dejado atrás gran cantidad de equipo cuando se cerró el edificio, y nadie había sentido la necesidad de regresar y llevárselo. La sola idea del uso que se le podía haber dado servía para alejar hasta los dedos más avariciosos. Silverman había llevado a su interior, de noche y ocultos bajo la más densa niebla londinense, los últimos restos de lo que pudo sacar de casa de su padre. Su herencia.

A pesar del zumbido y el resplandor de las lámparas, las sombras se aferraban a cada superficie y a cada mueble como si fueran líquenes de pantano. Silverman empezó



a temblar; luego, enfadado consigo mismo, sacó una caja de cerillas y prendió la gran lámpara de aceite que estaba sobre la mesa que se encontraba junto a su maletín. Subió la mecha y observó cómo la llama la lamía, prendía y se asentaba. De pie en medio del círculo de luz que se creó con ello, sintió cómo se alejaba una parte del inquietante hechizo y exhaló profundamente.

Tenía poco tiempo, por lo que no le quedaba espacio para retrasos o dudas. Silverman abrió la caja y miró su contenido. El interior estaba forrado en terciopelo. Una hilera de seis viales descansaba en unos espacios fabricados especialmente para ajustarse a sus formas y tamaños exactos. Los tres primeros estaban vacíos. En los dos siguientes se agitaba un líquido verdoso. Este no estaba, tal y como debería haber sido, quieto, inmóvil sobre la mesa. Generaba remolinos y se curvaba hacia los bordes de los viales, trepando por los laterales y volviendo a caer, como si tratara de escapar. El último de los viales contenía un sencillo polvo rojo. Silverman lo contempló durante unos instantes como si estuviera hipnotizado.

Y entonces recobró el sentido, cogió el vial lleno más cercano y lo sacó junto al sexto, el que contenía el polvo.

Con un diestro movimiento de los pulgares, destapó ambos frascos. Dentro del primero, la solución (verde, líquida y luminosa) dejó de moverse. Levantó el segundo, ajustó el borde de este sobre el del primero y le dio unos suaves golpecitos, mientras contaba mentalmente los granos de polvo. El líquido verde lo devoró, cambió ligeramente de color y luego recuperó su aspecto normal, casi como si hubiese... digerido el polvo. Volvió a tapar los dos viales y colocó el polvo de nuevo en su lugar, dentro de la caja de madera. A la derecha de la caja, cerca del borde, había una caja de cartón abierta. Depositó el vial con mucho cuidado junto a ella, metió la mano en su interior y extrajo una bolsita de cuero. Le hubiese resultado más sencillo trabajar si hubiese desempacado todas sus cosas, pero había algo en el antiguo laboratorio y en las paredes del manicomio que lo rodeaban que hacía que Silverman deseara evitar un mayor contacto con el lugar del que fuera absolutamente necesario. Cuanto menos desembalase, menos tendría que volver a guardar una vez acabase de trabajar.



Abrió la bolsa y sacó de ella un pequeño equipo. Este consistía en una jeringuilla, una botella de alcohol y un pequeño conjunto de brillantes cuchillas y otras herramientas. Cogió la jeringuilla, que portaba una aguja larga y maligna, volvió a sacar los frascos y se dirigió hacia la puerta.

En ese mismo momento se oyó un gemido grave a lo largo de los pasillos que se encontraban al otro lado de la puerta, y Silverman se quedó helado. El sonido era profundo, se alzaba desde las entrañas de piedra del manicomio y se elevaba hasta convertirse en el alarido propio de una banshee, un gáñido que reverberaba y volvía sobre sí mismo, formando ondas sonoras sin ritmo o razón alguna. Aquel sonido estaba teñido de dolor.

Silverman se tambaleó y se llevó la mano a la frente para secarse el sudor, de tal suerte que casi se sacó un ojo con la jeringuilla. Soltó un grito mientras esquivaba su propia mano, y maldijo en voz baja.

—Maldito seas —dijo suavemente—. Es demasiado pronto. Debería haber dispuesto de varias horas. —Miró hacia la puerta y hacia el oscuro pasillo en sombras que se encontraba más allá—. Debería haber dispuesto de varias horas —susurró.

Volvieron a oírse los gemidos, esta vez a mayor volumen, y hubo un fuerte ruido metálico. Casi creyó que el sólido suelo de piedra se sacudía.

Aaron Silverman empezó a musitar una plegaria. Rezó las palabras de hebreo antiguo que le vinieron a la memoria, el encantamiento que su padre le había enseñado y que procedía de la mente y la fe de su abuelo, y del padre de su abuelo. Se acordó de la tela antigua y rasgada, hecha jirones, de la caligrafía parecida a las patas de una mosca que la cubría. Si cerraba los ojos, podía ver esas letras ardiendo, como si tuviesen vida propia. Podía sentir la locura que yacía tras esos versos, casi podía ver los salvajes ojos entrecerrados. Los había oído describir tantas veces que parecían formar parte de sus recuerdos, y no de los del padre de su padre.

Silverman habló lenta y suavemente, intentando que su voz no se fundiera con la otra, ese sonido espantoso y lleno de odio.



Salió al pasillo, inspiró profundamente una sola vez y relajó un tanto la presión que estaba ejerciendo sobre el vial antes de que terminara por aplastarlo con la mano y le perforase la piel. Se le llenó la frente de sudor ante la idea de que aquel líquido de un verde resplandeciente penetrara en sus venas. Le vino repentinamente a la cabeza la imagen de la caja que había dejado en el laboratorio a sus espaldas, los viales y el oscuro terciopelo. Esto lo condujo a recordar otras cosas, diarios e historias, historias imposibles de creer, cuya prueba se encontraba apenas a una planta de distancia, en una habitación de piedra con barrotes de hierro.

Se sacudió esos recuerdos y salió al pasillo, y desde allí se dirigió, veloz y lleno de convencimiento, hacia la fuente del sonido. No importaba nada excepto el vial que tenía en la mano, la jeringuilla que lo vaciaría y las palabras. Tenía que pronunciar las palabras, repetir las de memoria tal y como las había aprendido, o todo el esfuerzo habría sido inútil. La locura que reverberaba en las paredes sería suya, y el dinero... Todo ese dinero...

Había unas tenues luces a lo largo del pasillo que conducían hacia una ancha escalinata de piedra y hacia las sombras que se encontraban abajo. Bajó los escalones a buen paso ignorando los ruidos, que se habían convertido en un constante gemido enloquecido, en un incesante traqueteo metálico. Mientras bajaba, agarró la jeringuilla con más fuerza y la introdujo en el frasco. Sus pasos se aceleraron y los jadeos amenazaron con robarle las palabras de los labios, pero no podía esperar más. Tenía que ser ahora, y tenía que hacerlo rápido.

Llegó al último escalón, tropezó, recuperó el equilibrio y se apresuró por el corredor. Los ruidos se oían ahora más cerca, inmediatos y enloquecedores. A su derecha se alzaban puertas con barrotes, celdas que llevaban vacías muchos años, con sus puertas de hierro desvencijadas y oxidadas. Pasó frente a las dos primeras sin prestarles atención, redujo el paso y retrocedió hasta quedar en medio del pasillo. Unos dedos largos y nervudos se aferraron a los barrotes de esa tercera puerta, con fuerza. Los barrotes volvieron a agitarse.

Silverman dio un paso al frente, esgrimiendo la jeringuilla sobre su cabeza como



si fuera una daga. Las palabras fluyeron de sus labios, pero ya no poseía más control sobre ellas que sobre el temblor de su muñeca, o sobre esa paralizante sensación que amenazaba con negarle el uso de sus piernas. Se deslizó hacia la puerta con barrotes y de pronto un rostro se estampó contra ella, unos ojos desorbitados que lo observaban, flanqueados por una mata salvaje y enmarañada de pelo. La piel era pálida y cetrina, y los barrotes se sacudieron con más fuerza que antes, amenazando con soltarse de la piedra de los muros.

Con un grito, Silverman bajó la jeringuilla y la clavó en la carne de uno de los brazos, que, con los dedos estirados en busca de su garganta, salían por entre los barrotes. Sintió cómo se hincaba la aguja, llevó la mano libre al émbolo, apretó con fuerza con un gruñido de esfuerzo y retrocedió, dejando la aguja firmemente clavada en su objetivo; entonces observó con horror cómo el brazo se volvía a meter en la celda con mucha violencia, lo que provocó que la jeringuilla quedara atrapada entre los barrotes y se partiera por el centro de aquella aguja demasiado larga. El líquido verde salió volando y salpicó las paredes y el suelo con gotas que centellearon y sisearon. Silverman retrocedió aún más mientras profería un gemido ahogado. Su corazón empezó a latir con tanta fuerza, con tanta violencia, que temió que se fuera a parar. No podía respirar ni librarse del nudo que tenía en la garganta, y solo la pared que había a su espalda impidió que se desplomara sobre el suelo de piedra.

Los gritos atravesaron el aire con un volumen inhumano. Silverman se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos. No había nada que pudiese bloquear ese sonido, pero lo mitigó y, por suerte, en pocos segundos empezó a desvanecerse. Los gritos se convirtieron lentamente en gemidos, y los gemidos en sollozos. Abrió los ojos, se alejó de la pared y se dirigió hacia los barrotes de la celda. Inmediatamente, su voz se elevó para retomar el cántico: el antiguo hebreo volvió a la vida a través de su voz, y trató de imaginarse que controlaba la situación.

Se acercó más. La luz era muy tenue, y las huesudas muñecas y los amarillentos y escuálidos brazos ya no colgaban entre los barrotes. De hecho, el ocupante de la celda había retrocedido hasta la pared opuesta y se había deslizado hasta adoptar una posición sentada, con las rodillas elevadas y la cabeza gacha.



Silverman habló con más claridad, pronunciando con mucho cuidado. No hubo reacción alguna dentro de la oscura celda. Ningún movimiento, ningún sonido. Silverman se tranquilizó, ganó confianza y se acercó hasta quedar a un palmo escaso de los barrotes, desde donde miró fijamente al hombre que se encontraba encorvado contra la pared trasera. Salieron de sus labios las últimas palabras del cántico, fuertes y resonantes. Solo por un instante, cuando el pasillo quedó en silencio, Michael Adcott levantó la cabeza y miró a los ojos a su captor. Los del prisionero centellearon con algo que iba más allá de la furia o el dolor.

Pero solo fue un segundo. Y entonces esos ojos quedaron muertos. En blanco. No se reflejó nada en sus oscuras y vacías profundidades, excepto la pálida luz de las antorchas del pasillo. Silverman lo observó durante algún tiempo mientras permitía que su respiración recuperase un ritmo normal, se estiraba la chaqueta y se pasaba una mano por el cabello empapado en sudor.

Se llevó una mano al bolsillo, del que sacó un conjunto de llaves, e introdujo una enorme llave maestra de hierro en el gigantesco y antiguo cerrojo de la celda.

—Sal —dijo; se le quebró la voz un instante, pero luego recuperó su fuerza—. Sal, Michael. Tenemos trabajo que hacer, y ya he tenido suficientes tonterías por un día.

Adcott no se movió. No hasta que los dedos de Silverman lo agarraron por el brazo y tiraron de él. Y entonces, lentamente, con movimientos mecánicos, fue levantándose del suelo, sosteniéndose en la pared en busca de apoyo, hasta que se puso en pie. El hombre no se volvió hacia Silverman, ni tampoco le respondió. Cuando Silverman se giró hacia la puerta de la celda, Adcott lo siguió como si estuviese sujeto al paso del otro hombre.

Eran casi las tres cuando Holmes llegó a la puerta de mi piso. Se quedó fuera, y cuando lo invité a entrar negó impaciente con la cabeza.

—Su abrigo, Watson, de prisa. El tiempo es crucial, y tenemos varios sitios a los



que ir antes de que se haga de noche.

Ni lo dudé. Los muchos años que pasé en compañía de Holmes habían eliminado varias capas de mi reluctancia habitual. Solo había dos elecciones posibles: seguirlo lo mejor que pudiera o permitir que me dejara atrás y perderme lo que fuera a ocurrir. Con mi abrigo en una mano y el sombrero en la otra, me deslicé al otro lado de la puerta y Holmes la cerró fuertemente a mis espaldas.

Cuando estaba a punto de marcharme, vi que se doblaba por la cintura y recorría con un dedo una de las grietas del suelo. Tras enderezarse, se sacó un trocito de papel del bolsillo y, con mucho cuidado, guardó en él lo que fuera que hubiera sacado del suelo bajo la grieta. Pensé en preguntarle qué estaba haciendo, pero luego me lo pensé mejor. «Todo a su tiempo», me habría dicho. ¿Por qué forzarlo a hablar?

Nos estaba esperando un carruaje en el arcén, y Holmes se subió a él. Yo lo seguí y, sin que Holmes pronunciara una palabra, el conductor se puso en marcha. Me hubiese gustado preguntar hacia dónde nos dirigíamos, pero la experiencia me decía que desperdiciaría mis palabras. Holmes tenía esa mirada de depredador, ese brillo en los ojos propio de un cazador que yo tantas veces le había visto, y sabía que solo hablaría conmigo cuando él estuviera listo. Me conformé con ponerme el abrigo y recostarme en el asiento para observar las calles por las que pasábamos.

El carruaje nos condujo al centro de la ciudad, y no pasó mucho tiempo antes de que nos detuviéramos en el arcén. Un rápido vistazo por la ventana confirmó mis sospechas: nos habíamos parado frente al depósito de cadáveres.

—¿Por qué hemos venido aquí? —pregunté, sorprendido—. Le he dicho que el hombre se encontraba en mi piso, vivito y coleando, como usted o como yo.

—Si, efectivamente, el hombre que usted vio es el mismo Michael Adcott al que declaró muerto —contestó Holmes mientras salía del coche y le indicaba al cochero que nos esperara—, entonces, sin duda alguna, encontraremos aquí su cadáver. El que se haya encontrado con un hombre que usted cree que es Adcott no significa que el Adcott al que firmó el certificado de defunción no esté muerto.



Luego guardó silencio y dejó que yo siguiera el hilo de sus pensamientos hasta sus obvias conclusiones. ¿Un hermano? ¿Un primo cercano? ¿Por qué no se me había ocurrido? Me ardían las orejas al darme cuenta de pronto de que había actuado como un estúpido, pero de todas formas seguí a Holmes hasta la entrada del depósito. ¿En qué había estado pensando? ¿Muertos que caminan?

Ya estaba el día bastante avanzado, y no era probable que hubiese demasiada gente caminando por los pasillos de ese sombrío lugar, pero Holmes entró confiado, como si le resultase familiar. No me quedaba más remedio que seguirlo.

A Holmes le llevó bastante engatusarlo, pero, por fin, el empleado de detrás del mostrador, un hombrecillo amargado con gafas gruesas y un fruncimiento perpetuo de ceño que le había marcado la frente con profundas arrugas, accedió a acompañarnos adonde habían almacenado el cadáver de Adcott. Nos aseguró que el cuerpo se encontraba justo donde lo habían dejado, señalado y registrado.

—Le envié un informe hoy mismo, señor Holmes, ¿no recibió mi mensaje? ¿Entonces cree usted que se levantó y se marchó andando? —preguntó el hombre. Tenía un cierto tono de gravedad en la voz, pero ahora existía un brillo en sus ojos que no había estado allí cuando discutía con Holmes en el mostrador principal—. Hacen eso, ¿sabe usted? Un día están aquí, y al siguiente se levantan y se van, y días después vienen las esposas y las madres, las hijas y los amigos, y nos explican que se han encontrado con el cadáver en el camino y piden ver los restos. En ocasiones, simplemente no están aquí.

No aprecié demasiado la frivolidad del encargado, pero Holmes no le prestó atención alguna.

—Entonces ha visto usted al hombre —le preguntó Holmes sin dejar de observar el rostro del encargado con gran interés—. ¿Verifica personalmente la información que me envió?





El anciano se carcajeó.

—Si está en mi libro, señor Holmes, está en mi depósito. Deben rellenarse unos papeles antes de sacar un cuerpo, y deben conseguirse ciertos permisos. Esos papeles no han pasado por mi mostrador en relación con el difunto señor Adcott, y si no hay papeles no hay motivo para mirar. Está aquí.

—Pues entonces deseémosle buena suerte en su camino hacia el otro mundo —contestó Holmes—. Deje que veamos al señor Adcott con nuestro propios ojos, y luego ya veremos qué hacemos con el resto de este asunto.

Pero, por desgracia para mi cordura, los restos del difunto señor Michael Adcott no se encontraban en su lugar. Ninguna nota, ningún papel que lo explicara, ningún permiso. Los números y la documentación estaban pulcramente colocados en su sitio, pero no los acompañaba ningún cadáver. El hombrecillo se había vuelto menos parlanchín, así como algo menos seguro de sí mismo.

—Puede que lo hayan trasladado —sugerí.

El hombre negó con la cabeza sin mirarme a los ojos, con la vista fija en el vacío en el que debería haber estado el muerto.

—No había papeles. No se traslada a nadie sin papeles. A nadie.

—Y aun así —observó Holmes sarcásticamente—, parece que al señor Adcott le apetecía un paseo vespertino.

—¿Lo buscamos? —pregunté, dispuesto a remangarme y ponerme a la tarea.

—No hay tiempo —contestó Holmes, y su expresión cambió en un instante a la vieja y conocida intensidad de la caza—. La verdad es que no esperaba encontrarlo aquí, pero sin saberlo... —Se le fue apagando la voz, y lo seguí mientras salía por la puerta. Sin pronunciar palabra, regresó al coche y me sostuvo impaciente la portezuela mientras yo entraba.

Justo en ese momento se oyó un grito al otro lado de la calle, y me giré sobresaltado. Un joven apareció corriendo del otro lado de la esquina del edificio del depósito, con un pelo alborotado que enmarcaba una cara de pícaro y un papel aferrado



entre los dedos gordezuelos. Lo reconocí de inmediato, al igual que Holmes, que se levantó y salió del carruaje, tras pedirle al cochero que esperara.

Wiggins era el jefe de un grupo de chicuelos de la calle que Holmes había empleado varias veces en el pasado. Holmes aseguraba que se podía conseguir más y mejor trabajo de uno de esos pequeños mendigos que de una docena de miembros de la flor y nata de la sociedad londinense, y he tenido ocasión de comprobar la veracidad de tal afirmación. Pero, como siempre, la llegada de Wiggins fue toda una sorpresa para mí.

—Señor Holmes —gritó Wiggins mientras se detenía y le entregaba el papel—. Lo hemos encontrado, señor, tal y como nos pidió.

Holmes no dijo nada, sino que cogió el papel de la mano del chico, con los ojos centelleantes. Lo leyó rápidamente y luego lo dobló y lo guardó en uno de los bolsillos de su abrigo.

—¿Los otros están en sus puestos? —preguntó con ansia.

Wiggins asintió.

—No escapará, señor. Cuente con ello.

—Eso hago —le contestó Holmes, casi sonriendo. Unos chelines cambiaron de manos y Holmes se dio la vuelta y volvió a entrar en el carruaje antes de que yo pudiera preguntarle qué había escrito en ese papel o a quién estaban vigilando los «irregulares».

Sabía que era mejor no preguntar. Había observado demasiadas veces esa expresión en el rostro de Holmes. Estaba tras la pista de algo, y hasta que no lo consiguiese no lo compartiría con nadie. Era mejor continuar a su lado, guardarle las espaldas y esperar hasta que estuviese dispuesto a hablar. El carruaje se puso en marcha sin que Holmes pronunciase una palabra, y de pronto me di cuenta de que él ya había anticipado nuestra siguiente parada. O bien la nota que Wiggins le había llevado había confirmado sus sospechas, o bien trataba de un asunto completamente distinto.

Miré a través de la ventanilla cortinada cómo nos íbamos introduciendo más en la ciudad, mientras trataba de no pensar en el trozo de papel que Holmes llevaba en el



bolsillo, o en el pálido rostro de Michael Adcott, que me miraba a través de esos ojos de párpados cargados.

Silverman caminaba enérgicamente calle abajo, con las manos metidas profundamente en los bolsillos de su abrigo. Michael Adcott le pisaba los talones a un paso más lento, forzado y algo patoso. Silverman no prestaba atención alguna a su compañero. Debían reunirse con Jeffries en los tribunales antes de que el último de los jueces abandonara su despacho, por lo que les quedaba realmente muy poco tiempo. Se le estaba escapando entre los dedos a demasiada velocidad, y no había conseguido cosas que había esperado tener solucionadas para entonces.

El doctor (Watson, así se llamaba) estaba resultando un problema. El hombre ya debería haber visto lo que resultaba obvio, debería haber asumido el mal menor y haber firmado los documentos. Sin esa firma, se verían forzados a permitir que fuera un tribunal quien decidiera la situación de Michael, y, como mínimo, descubrirían que no era capaz de hablar por sí mismo. No podía permitirlo. Michael Adcott no podía hablar con nadie, y ese era otro problema.

De momento, las cosas seguían bajo control. El suero, por sí solo, no era suficiente. Eso habían dejado claro las escuetas notas que se habían incluido en la caja que esperaba en el laboratorio de San Elián. Solo el destino (una botella de vino) y una lengua suelta le habían proporcionado a Aaron Silverman la información que necesitaba.

—Hubo un tiempo —había dicho su padre, con la cabeza inclinada hacia la mesa y los dedos torpes sobre su vaso de vino— en el que teníamos formas de solucionar nuestros problemas. Nosotros sabemos cosas. —El anciano levantó la vista para ver si su hijo sabía a quiénes se refería ese «nosotros»—. Siempre hemos guardado secretos, Aaron. Hubo un tiempo en el que éramos menos vigilantes; en el que un rabino podía caminar por las calles sintiendo el respeto de aquellos que lo rodeaban. Lo sabían. Yo lo sé.



Varios vasos de vino después, y tras un montón de halagos por parte de Aaron para engatusarlo, esos secretos comenzaron a aflorar. Hombres de arcilla. La Cábala. Esquemas de palabras y formas, de ritmo y de respiración, que emulaban la creación del primer hombre. Un poeta árabe enloquecido que hablaba como si se encontrase en otro tiempo y lugar y que veía a través de distancias que no estaban allí. Esas palabras, que se copiaron en una esquina de la tela de una tienda, se guardaron y estudiaron, se cambiaron y recombinaron a lo largo de los años. El hombre se llamaba al-Hazred y, aunque había estado loco, también había sido un profeta. Un profeta con poder. Al principio, la idea le había resultado ridícula. Un monstruo de arcilla controlado por aquel que le había dado la vida, nacido de las palabras adecuadas, de la tierra adecuada (las oraciones), la fe del rabino y la visión de un demente.

Después de jurar mantener el secreto, Aaron abandonó la casa de su padre y trató de encontrarle algún uso a su recién descubierto secreto. Se recordaba a menudo que el dinero no lo era todo, pero el no tenerlo era algo que se debía evitar a toda costa. El dinero era poder, y si no eras tú quien tenía el poder te hallabas bajo el pulgar de otro. Aaron Silverman no quería sentir el peso del pulgar de ningún hombre.

Un encuentro fortuito le puso la caja de madera en las manos: se la ganó al póquer a un estúpido borracho. El hombre la apostó contra un billete de cinco libras, mientras la sostenía contra su pecho y anunciaba con voz pastosa que contenía los secretos del universo, y que por eso servía para apostarla contra cinco libras. Afirmaba que habían encontrado la caja flotando más allá de la costa de la isla de Eucrasia, tras la explosión que destruyó su civilización y a su gobernante. Había ido pasando de mano en mano desde entonces, y no se sabía nada de su contenido, excepto que procedía del laboratorio de un tal doctor Caresco Surhomme. Silverman, que conocía el trabajo de Caresco, había accedido con impaciencia, ansioso por poner sobre la mesa los cuatro treses que tenía en la mano, y se marchó con todo el dinero del otro hombre y con la caja de madera. Aún podía oír las palabras de aquel tipo en su cabeza: «allí dentro se va a encontrar con más de lo que se espera. Me alegro de haberme librado de ella. Dios carga con un enorme peso, amigo mío; no se dé tanta prisa en cargar con él».

Le llevó años de correspondencia y artículos, de diatribas a favor y en contra de



Caresco, de obras de ficción acerca del hombre y su obra, el darse cuenta de qué era lo que poseía. Le llevó otros cinco años analizar el suero y atribuirlo a una pequeña sección marginal del trabajo de Caresco: la forma de dar la vuelta al envejecimiento. La manera de eliminar los estragos del tiempo. Y llevado al extremo, junto con ciertas adiciones desarrolladas por Silverman, la forma de revertir el proceso de la muerte.

Silverman sacudió la cabeza para librarse del recuerdo de los sucesos pasados. Era más importante centrarse en las necesidades del momento. Condujo a Michael al otro lado de una esquina y desaparecieron en la niebla. Jeffries sabría qué hacer, y deberían realizarlo, fuera lo que fuera, sin perder más tiempo. El suero, los hechizos y los amuletos que su padre, reacio, le había proporcionado estaban resultando ser menos fiables de lo que había supuesto. Lo ocurrido antes en la celda había sido un paso en falso que no quería ver repetido.

El manicomio se cernía sobre la calle que tenía debajo, proporcionando una sensación de densidad tan inamovible y antigua como el tiempo. Cuando el carruaje se detuvo frente a aquel lugar y Holmes se bajó y le dio una buena propina al conductor, creí que había perdido totalmente el juicio. El manicomio de San Elián llevaba abandonado desde que yo era joven y aún recibía la educación y los títulos que me ayudarían a labrarme una carrera dentro de la medicina. Las historias que había oído acerca del lugar me parecieron risibles en aquel momento, pero cuando me enfrenté a la realidad y las recordé con toda su fuerza, traspasaron todos esos años y se instalaron en mi mente a una escalofriante velocidad.

Holmes no tuvo ninguna duda. Cruzó el espacio entre el carruaje y la puerta con pasos enérgicos, levantó la mano y llamó a la puerta con fuerza. Lo miré, y luego al edificio que se alzaba ante nosotros. Habría apostado mi última libra a que nadie había cruzado esa puerta durante los últimos diez años. Holmes volvió a llamar, y luego se volvió hacia mí con decisión.

—Parece que no hay nadie, Watson. Debemos apresurarnos.



—¿Apresurarnos adónde? —le pregunté.

Holmes ya estaba tratando de abrir la puerta. Por supuesto, estaba cerrada con llave, pero me fijé, con sorpresa y algo de alarma, en que Holmes había sacado una pequeña herramienta de su bolsillo y había introducido uno de sus extremos en la cerradura. Unos cuantos diestros movimientos de dedo y muñeca y oí cómo cedían los cierres. El cerrojo se rindió y Holmes abrió la puerta y se coló en el interior. No me quedaba otra opción que seguirlo entre las sombras y rezar porque la mayoría de las cosas que oí en la universidad fueran las tonterías que me parecieron entonces. La pesada puerta se cerró a nuestras espaldas con un fuerte chasquido. Holmes forcejeó con ella durante un instante y luego se dio la vuelta.

—Cerrada —susurró.

No había luz, pero Holmes se movía con rapidez y velocidad, y se abrió paso hasta la primera fila de puertas que se encontraba a su izquierda. Sacó una caja de cerillas, encendió una y la sostuvo en alto mientras entrábamos en la habitación. Era algún tipo anticuado y basto de laboratorio. En una de las estanterías había varias cajas abiertas, material de embalaje y otros objetos, como si las hubiesen abierto y hubiesen rebuscado en ellas a gran velocidad y sin mucho cuidado.

Me acerqué a Holmes y miré por encima de su hombro, mientras la luz de la primera cerilla parpadeaba hasta terminar por morir. Ese rápido vistazo fue suficiente.

—Equipo médico —susurré.

—Tal y como sospechaba —contestó Holmes, y se dirigió hacia la otra estantería. Encendió otra cerilla, y esta vez palpó la pared hasta que encontró el interruptor de la luz. La encendió.

—Nos van a ver —siseé.

Mi amigo me ignoró y, tras un breve vistazo a la habitación, me di cuenta de mi error. No había ninguna ventana. Estábamos rodeados de piedra por todas partes, como si nos encontráramos dentro de una tumba. La luz era muy tenue, pero Holmes hizo un rápido uso de ella y se abrió camino hasta una caja de madera que se encontraba abierta



en la parte superior de una de las estanterías.

En la caja había dos viales, y vi cómo Holmes ignoraba el centelleante líquido verdoso y se centraba en el otro, que estaba lleno de algo que parecía arena. Lo sacó de la caja y lo sostuvo contra la pálida luz. Luego extrajo el papel doblado que había traído desde la puerta de mi piso y lo abrió. Puso juntos los dos objetos y me di cuenta de que lo que había en el papel era un poco de arcilla. Arcilla roja, diferente a todo lo que se encontraba cerca de la ciudad. El polvo o la arena que había en el frasco tenía esa misma tonalidad rojiza.

—Watson, ¿ha oído usted hablar de un hombre llamado Caresco?

Me sorprendí tanto que casi me caí sobre la estantería más cercana.

—Caresco está muerto —le contesté, algo más calmado—. Su isla quedó enterrada bajo cenizas volcánicas. ¿Ese Caresco?

Holmes levantó la mano y yo guardé silencio. El verdoso contenido de esos frascos había adquirido un nuevo significado para mí. Había oído hablar de Caresco y de sus infernales experimentos, y conocía el fin que recibió. Jugar a ser Dios con la anatomía humana, esclavizar la mente. Buscar una cura para la muerte y el tiempo.

—Yo también conozco a Caresco —me aseguró Holmes—. Estaba bastante convencido de que su trabajo se hallaba ligado a esto, pero hay algo más, algo vital que se nos escapa.

Devolvió la tarjeta a la caja y empezó a dar vueltas por la habitación, revolviendo las otras cajas y haciendo a un lado documentos y equipo. Estaba claro que no tenía intención alguna de mantener nuestro allanamiento en secreto. Holmes se giró y levantó el vial que llevaba en la mano para que yo pudiera verlo mejor.

—¿Arcilla? —preguntó. No creí que esperara que le respondiese, así que permanecí en silencio mientras él volvía a guardar el frasco y seguía mirando la caja.

Y entonces, cuando estaba seguro de que él se daría la vuelta asqueado y nos marcharíamos de aquel maldito lugar, Holmes encontró un librito encuadernado en cuero. Lo acercó a la luz y abrió las portadas, que no tenían escrito nada más que unos



pocos caracteres en hebreo. Holmes frunció el ceño y empezó a pasar las páginas a gran velocidad, gruñendo para sus adentros.

Miré por encima de su hombro cómo pasaba las páginas. La letra era algo ruda, y aunque yo no soy lingüista me pareció ver frases alternas en hebreo y alguna versión anticuada de árabe. Había notas garabateadas en los márgenes. No pude descifrar ninguna de ellas, pero parecía que Holmes las estaba devorando.

—No tenemos tiempo que perder, Watson —dijo finalmente, mientras volvía a colocar el libro en su sitio y ordenaba la habitación lo suficiente como para que una mirada casual no detectara evidencia alguna de nuestra presencia—. Debemos escondernos.

En buena hora lo hicimos. Holmes acababa de apagar la luz y de arrastrarme a través del pasillo y de otra puerta cuando oímos el raspar de una llave de hierro al girar lentamente en la cerradura. Reconocimos a través de la gruesa madera la voz de Aaron Silverman, que no paraba de maldecir y que iba aumentando el volumen a medida que abría la puerta hacia dentro y penetraba en el interior.

—Maldigo el día en que te vi por primera vez —decía.

Había dos series diferentes de pasos, y supuse que la segunda pertenecería a Michael Adcott. No hubo respuesta alguna a la furiosa diatriba de Silverman, pero un eco de pies que se arrastraban siguió a sus rápidas y enérgicas zancadas hacia la sala. La puerta volvió a cerrarse y Silverman empezó a moverse por el laboratorio, revolviendo las cosas con furia. Contuve el aliento, pero no dio la impresión de que encontrara nada fuera de lugar.

—Supongo que no me queda más remedio que volver a encerrarte en tu celda e ir a buscar a Watson —dijo al final—. Existe más de una forma de conseguir que se firme un documento, y si Jeffries no logra solucionar esto sin la autorización del buen doctor, entonces obtendremos esa autorización.

Solo obtuvo el silencio por respuesta, y las dos series de pasos se volvieron a acercar a donde estábamos nosotros, cruzaron el pasillo pasando frente a nuestra puerta





y se perdieron en el tenebroso interior del viejo manicomio. Holmes dudó solo un instante, y luego los siguió. Yo lo seguí a él, algo más lentamente, con la mano derecha pegada a la pared más cercana. No quería arriesgarme a tropezar y alertar a Silverman de nuestra presencia. La verdad es que no sabía qué planeaba hacer Holmes, y deseaba estar lo más preparado que pudiese para cualquier circunstancia.

Seguimos a la pareja hasta las entrañas de esa retorcida estructura, y al final sentí la mano de Holmes sobre mi brazo y me detuve. Justo delante, al otro lado de la última esquina, había un resplandor estático, como si sostuvieran una antorcha o una linterna. Seguía oyendo los murmullos de Silverman, a los que se unió el ruido metálico de las llaves de un llavero. Holmes había vuelto a avanzar, esta vez muy lentamente, y yo lo seguí desde una cierta distancia, pues no quería que mi compañero tropezara por mi culpa.

Las palabras de Silverman empezaron a entenderse mejor. Estaba tan nervioso que le temblaba la voz. Si lo estuviera tratando en mi consulta, le habría prescrito un trago de brandy y unas cuantas horas de sueño, pero Silverman no estaba en absoluto preparado para descansar tal y como debe hacerlo un hombre.

—Lo encontraré, no te preocupes —decía—. Le obligaré a firmar estos papeles, le demostraré dónde se ha equivocado. Te ha visto en sus mismas narices, caminando. Vivo. No hay ninguna razón para que no firme, y por los dioses que lo hará.

Decía muchas más cosas. Sus labios no dejaron nunca de moverse, las palabras fluían de forma continua. Se oyó el retumbante clic de una llave al girar en la cerradura y el chirrido de unas bisagras oxidadas, al que siguió el arrastrar de unos pies. Empecé a deslizarme hacia delante, pues no quería perderme ni una palabra de lo que decían, pero sentí cómo Holmes me agarraba el hombro con fuerza y me quedé quieto.

Se acercó más y me susurró al oído:

—Está ocurriendo algo, Watson. ¡Escuche!

Lo hice... y oí dos voces. La segunda, nada coherente, comenzó como un gemido bajo y tembloroso que surgía de alguna profunda oscuridad que yo no lograba



relacionar con una consciencia humana. Oí unos zapatos arrastrarse por el suelo de piedra, pero no tenían la regularidad de unos pasos. El ruido era salvaje y aleatorio, y pronto se vio ahogado por esa quejumbrosa voz. Pasó de un gemido al alarido de una banshee a tal velocidad que quedé físicamente conmocionado por la onda de choque. Se produjo un golpe, y un grito agudo, al que siguió una retahíla de enloquecidas maldiciones.

—Ahora, Watson —siseó Holmes—. Debemos darnos prisa.

Holmes dobló la esquina sin mirar atrás y se detuvo. Lo seguí a corta distancia y miré por encima de su hombro.

Aaron Silverman empujaba frenéticamente a Michael Adcott hacia la puerta de la celda, insultándolo con cada inspiración mientras trataba de evitar los agitados brazos del otro. Adcott aferraba la cabeza de Silverman con ambas manos, le agarraba el fino y encrespado cabello entre los dedos, tiraba de él, volvía a agarrarlo y tiraba de nuevo. Los mechones volaban entre los dos en un pausado contrapunto de su pelea.

—Métete en esa celda, maldito —gruñó Silverman entre dientes.

O bien Adcott no oyó esas palabras o bien decidió ignorarlas. Empezó a avanzar, estampó a Silverman contra el muro de piedra, se hizo a un lado y empezó a golpear su propia cabeza con tanta fuerza que me puso enfermo verlo. Silverman, atontado por un momento, dio un paso hacia Adcott, pero luego pareció pensárselo mejor. Se llevó la mano a un bolsillo y sacó una hoja de papel muy arrugada. Con voz temblorosa empezó a leer, o al menos creo que estaba leyendo. Las palabras me resultaron totalmente desconocidas, y su cuerpo temblaba con tanta rabia y frustración que apenas podía sostener el papel quieto para alcanzar a leerlo.

Adcott se quedó inmóvil, pero solo un instante. Se volvió hacia Silverman, que se encontraba entre Holmes, yo y el propio Adcott, con lo que nos proporcionó una buena visión de conjunto. Nunca, hasta el día de mi muerte (que espero que sea más completa y duradera que la del propio Michael), olvidaré la imagen de aquellos ojos. Brillaban con una luz interior tan intensa que podía imaginarme mundos en su interior, brazos que se agitaban y voces que gritaban suplicando merced. Esos ojos eran ventanas



abiertas al infierno, y en ese segundo penetraron con toda su fuerza y abrazaron el alma de Aaron Silverman.

Silverman comenzó a retroceder. Trató de continuar salmodiando, pero se le trabucaron las palabras y le falló la voz, y luego quedó en silencio. Adcott comenzó a moverse con pasos rápidos y decididos que se convirtieron en una carrera en cuestión de segundos, lo que propulsó su escuálido cuerpo contra su atormentador a gran velocidad. La locura de unos instantes atrás se había transformado en una gran concentración de furia.

—Dios mío —susurré.

Adcott cayó sobre Silverman a toda velocidad. Una de las manos de Michael agarró al otro hombre por la garganta y lo empujó contra la piedra, lo que produjo un crujido enfermizo. Silverman trató de hablar, pero ni las palabras ni el aire lograron atravesar la zarpa de hierro que le aferraba el pescuezo. Le fallaron las piernas, y cuando Adcott siguió presionando hacia delante y apretó incluso con más fuerza que antes, Aaron Silverman cayó de rodillas con los ojos desorbitados.

Y entonces habló Adcott, con una voz tan nítida y pura que cayó sobre la escena como el agua de un arroyo de montaña sobre una llama. Pronunció dos breves palabras, y mientras lo hacía Silverman se estremeció por última vez, con los ojos aún más abiertos, si eso era posible, y luego quedó absolutamente inmóvil y la vida abandonó su cuerpo.

Adcott cayó hacia atrás. El esfuerzo de concentrarse lo había dejado seco, y esa rabia y fuerza sobrenaturales que había utilizado para propulsarse desaparecieron por completo. Se dio la vuelta, nos vio por primera vez y levantó la mano hacia Holmes, como si le estuviera pidiendo algo. Segundos después, vi cómo Michael Adcott moría por segunda vez en una semana, y casi me desmayé en el sitio.

Holmes me agarró por el brazo y me condujo hacia la puerta antes de que me volviera loco, y sin decir palabra salimos y subimos al carruaje que nos estaba esperando, no sin antes cerrar a cal y canto las puertas de San Elián. Holmes se quedó mirando fijamente hacia la noche y yo me hundí en el asiento y en mis propios



pensamientos, mientras el carruaje se perdía entre la niebla.

Esa misma noche estábamos en el estudio de Holmes, bebiendo brandy y mirando el fuego. Holmes tenía la vista fija en las llamas y no ofrecía explicación alguna. Finalmente, no pude soportarlo más.

—Holmes —le dije—, cuando estábamos en aquel laboratorio comentó que se nos escapaba algo. El trabajo de Caresco no me es desconocido, ni tampoco las abominaciones que se supone que creó. Me han contado que logró revertir el proceso de envejecimiento en algunos sujetos, aunque a costa de su mente; todo esto me supera. Pero nunca había oído que lograra engañar a la muerte y, de todas formas, Adcott no mostraba ninguno de los síntomas de locura que se dice que sufrieron los primeros experimentos. Gran número de sabios ha examinado al detalle lo que queda de sus notas; han llegado a la conclusión de que su investigación es una abominación y de que el proceso no tiene solución posible. ¿Era Silverman un genio loco?

—No lo era —contestó Holmes, y por fin me miró, juntó los dedos e inspiró profundamente—. Aaron Silverman era judío.

Contemplé a mi amigo, preguntándome si el asunto de aquella noche no le habría dañado la mente. Me devolvió la mirada con su habitual expresión franca y medio divertida en el rostro. Esperé, pero finalmente me derrumbé.

—¿Y qué demonios —le pregunté con cautela— tiene eso que ver con este desastre?

Por primera vez desde que abandonamos aquel manicomio dejado de la mano de Dios, Holmes sonrió.

—¿Qué conoce usted de la historia judía? —me preguntó. Yo me encogí de hombros, y él continuó hablando—. Existen leyendas. Leyendas que se remontan a Tierra Santa y que solo conocen unos pocos. La primera vez que me habló del asunto, yo estaba casi seguro de que Adcott tenía un hermano gemelo del que nadie había oído



hablar, o un primo que poseía un sorprendente parecido con el difunto y al que trataban de hacer pasar por Adcott para conseguir el dinero de la tontina. Eran respuestas obvias, pero rápidamente, una a una, las respuestas obvias tuvieron que ser desestimadas.

»Entonces empecé a explorar otras menos obvias, y hubo algo que me preocupó desde el principio. El nombre de Silverman. Sabía que me resultaba familiar, pero Aaron es un nombre bastante común, igual que Silverman, así que traté de descubrir qué era lo que me preocupaba.

»Mi búsqueda me condujo al templo local, y el rabino, un viejo amigo, me sirvió de gran ayuda. Recordó inmediatamente el nombre de Aaron Silverman, pero el Silverman que él recordaba llevaba muerto muchos años. Silverman era, o había sido, rabino. Emigró a Londres hará unos cincuenta años y se hizo aquí un hogar, pero incluso entre los suyos se encontraba aislado. El rabino Silverman había pasado varios años en el desierto de Arabia, estudiando y ayunando. Regresó... cambiado de esos estudios. Llevaba consigo rollos de pergamino y enseñanzas que los que ya estaban allí asentados desconocían, rollos que hacían referencia a criaturas legendarias y a la Cábala. Rollos que hablaban del gólem. Se dice que llevaba un jirón de tela en el que había unos versos del propio al-Hazred escritos en sangre. Un fragmento de una obra más amplia.

—¿El Necronomicón? —pregunté dubitativo—. Esa obra se considera desde hace mucho una leyenda. ¿Y qué demonios es un gólem, Holmes, y qué tiene eso que ver con Michael Adcott?

—El gólem era un instrumento de venganza —explicó Holmes—. Fue una criatura hecha de arcilla a la que trajeron a la vida la voluntad, la fe y la furia de un rabino. Servía al propósito de esa rabia y solo el rabino podía controlarlo.

—¿Y Adcott? —pregunté, aunque no estaba seguro de querer saber la respuesta—. Él no era ningún hombre de arcilla.

—No. —Holmes se mostró de acuerdo—. Era un hombre al que la ciencia de Caresco Surhomme y las diabólicas investigaciones de Aaron Silverman condujeron a una dolorosa e infernal no-vida. Fueron los hechizos y la arcilla, Watson, arcilla que procedía de otro lugar, de otro tiempo. Arcilla heredada del padre de Silverman, Aaron



Silverman padre, el rabino Silverman. La sustancia de ese sexto vial era esa arcilla de la que hablo. Cuando encontré un poco ante su puerta, me quedé intrigado. Cuando vi el frasco, estuve seguro.

»A través del poder que otorgaba la arcilla, Silverman era capaz de controlar la forma reanimada de Adcott y manejarlo en público. Se acordará de que Adcott no habló nunca, ni durante su primer encuentro ni después.

—Pero sí que lo hizo —dije al cabo de un rato—. Dijo algo, justo al final. ¿Qué cree usted que fue, y qué le permitió hacer lo que hizo?

—Habló en hebreo —contestó Holmes de inmediato—. Las palabras fueron muy claras, y sospecho que adecuadas. Creo que el alma de Adcott logró utilizar el mismo poder que el anciano Silverman había utilizado para animar la arcilla. Utilizó su fuerza de voluntad y su fe, y pronunció las únicas palabras que podían traerle la paz. Dijo: «está hecho».

Observé a Holmes durante mucho tiempo, tratando de ver duda, o fe, cualquier cosa en esos ojos grises que me sirviera de pista para entender la mente que se escondía detrás, pero él había vuelto a centrar la mirada en el fuego y todo quedó en silencio.

—Me pregunto —dije mientras me levantaba y cogía mi abrigo, sintiéndome de pronto muy cansado y listo para ir a casa y meterme en la cama— quién consiguió el dinero.

Holmes no levantó la mirada mientras yo me iba, pero sentí la sonrisa que había en su respuesta.

—Los despojos siempre van a los vivos, Watson. Siempre a los vivos.

Sacudiendo la cabeza, abrí la puerta y me alejé entre la niebla de última hora de la tarde.



## Pesadilla de cera

Simon Clark

### Prólogo

Los truenos rasgan el aire. Media Europa, al parecer, está en llamas. Las naciones se encogen ante el viento de Pentecostés. Hoy, el London Times informa que los hunos han hundido el Lusitania. Casi mil vidas inocentes perdidas. Mientras, la prensa continúa con su terrible letanía de decenas de miles de nuestros soldados consumidos por la guerra; esta guerra que pondrá fin a todas las guerras. En medio de este conflicto global, los casos de mi amigo Sherlock Holmes parecen tener poca importancia. Pero la pasada noche me sacaron de la cama tres visitantes. No voy a identificarlos por razones obvias; aunque dos de ellos son muy conocidos por todo el mundo, desde el rey al carretillero. Basta con decir esto: uno de los caballeros ostenta un puesto muy importante en el gobierno de Su Majestad; el segundo, un alto rango en el Ejército; y el tercero es una luminaria dentro del anónimo y clandestino mundo de nuestro servicio secreto.

Vestido con la bata y las zapatillas, los invité a pasar a mi cuarto de estar.

Dijo el militar:

—Doctor Watson. Disculpe que lo molestemos a esta hora de la noche, pero comprenda que nos encontramos aquí debido a un asunto realmente importante que afecta no solo a la seguridad del Imperio, sino también a la preservación de todas las naciones del mundo.



—Lo entiendo, caballeros —le contesté—. ¿En qué puedo ayudarlos?

El militar dijo:

—Hay dos asuntos que debemos presentarle. En primer lugar, ¿sabe usted cuál es el paradero de Sherlock Holmes?

Negué con la cabeza.

—Tengo entendido que se encuentra de viaje.

—¿Sabe adónde ha ido?

Volví a negar con la cabeza.

—Me temo que no.

—¿Se ha comunicado con usted el señor Holmes?

—Recibí un telegrama de su parte hará unas tres semanas.

—¿Puede divulgar el contenido del mensaje?

—Normalmente no debería hacerlo. Pero tratándose de ustedes, caballeros... —  
Me aclaré la garganta—. Holmes solo escribió: «Watson, ha empezado el juego».

—Ya veo...

En ese momento intervino el tercer caballero:

—Gracias, doctor Watson. Lo que nos lleva al segundo asunto. Hemos traído con nosotros unas grabaciones de fonógrafo que se realizaron hace unos años y que mis agentes encontraron en la caja fuerte del Ministerio del Interior. Le estaríamos muy agradecidos si escuchara estas grabaciones e identificara las voces que reconociera.

Nos llevó unos minutos preparar el fonógrafo con su cuerno y los cilindros de cera. Luego, el oficial de inteligencia puso en marcha el motor antes de accionar la manivela de bronce que ponía en marcha el mecanismo.

Las campanadas de medianoche del reloj de la iglesia que se encontraba al otro lado de la plaza murieron en el aire justo cuando el cilindro de cera reprodujo la voz de un hombre en la silenciosa habitación. Esto es lo que oí.





Allá vamos... ¿Les apetece jugar un poco? ¿Querrían ustedes adivinar mi nombre? ¿Qué es lo que han dicho? ¿Es un nombre de cierta importancia? ¿La Historia se acordará de ese nombre? ¿O, tal y como ha ocurrido con incontables miles de millones de hombres y mujeres que han ocupado la faz de este planeta como si fueran gusanos, se olvidará para siempre a los cuatro vientos?

¿Necesitan una pista?

Cierto detective aficionado, que juega con las pistas con la destreza de uno de esos simios que hacen juegos malabares, me describió como «el organizador de la mitad de todo lo que es maligno y de casi todo lo que ocurre en Londres sin que sea detectado». ¿Maligno? La interpretación que le da ese hombre a la palabra es realmente desafortunada. Admito que tengo la habilidad de obtener ese basto medio llamado dinero y de obligar a los hombres a realizar mis deseos sin el inconveniente de la conciencia. Más aún, el término «maligno» no es más que un insulto convertido en cliché y que los débiles dirigen contra los fuertes. Y ustedes serán realmente conscientes de que la Historia no olvida a los fuertes. Algunos acusarán al Julio César romano de ser maligno, pero nunca será olvidado. El séptimo mes del año recibió el nombre en su honor. Su sucesor, Augusto, un hombre poderoso y de escasa conciencia, reclamó póstumamente el siguiente mes, agosto. Tal vez mi nombre reciba algún día un honor semejante y se encuentre en el calendario.

Ah... ¿Ya han averiguado mi nombre? El detective anteriormente mencionado me otorgó el título de «Napoleón del crimen». Uno irrisoriamente inadecuado, debo añadir. Napoleón terminó perdiendo, mientras que yo seré el vencedor. Ya deben de haber averiguado cómo me llamo. ¿No?

Queridos, oh, queridos. Entonces no me demoraré más, pues solo dispongo de una hora para preservar para la posteridad este relato de mi singular tentativa. Soy el profesor James Moriarty. Como nunca he dudado en utilizar lo último en nueva tecnología, estoy grabando mi voz en un fonógrafo. Estos cilindros de cera preservarán



este testamento oral para toda la humanidad. Al fin y al cabo, no desearía que cualquiera que oiga esto crea que me limité a encontrarme con el mayor descubrimiento de la humanidad por simple casualidad. Créanme, la suerte es para los tontos. Lo que conduce al éxito es el esfuerzo unido a la inteligencia, no la casualidad. Lo que yo he descubierto es fruto de veinticinco años de duro trabajo y esfuerzo intelectual. Por supuesto, el propósito de mi carrera criminal, como la llamarían los ignorantes, era poder financiar un importante trabajo de investigación; aunque debo admitir que el desarrollar todas esas malvadas estrategias tuvo como recompensa un cierto entretenimiento. Me atrevería a afirmar que hubiese podido conseguir los fondos necesarios a través del comercio legítimo, pero qué aburridos habrían resultado todos estos largos años. De hecho, jamás habría tenido la oportunidad de entablar esos duelos mentales con el detective anteriormente mencionado, un tal Sherlock Holmes (un nombre, diría yo, estruendosamente olvidado por la Historia).

Y aquí estoy yo ahora, el profesor Moriarty, sentado a solas en un vagón decorado de una manera muy elegante conducido por una locomotora privada. Es el primero de noviembre de 1903. En el trono de Inglaterra y al mando del Imperio británico se encuentra ese idiota manirroto del rey Eduardo VII.

Sin duda alguna, podrán oír en las pausas el clacclac de las ruedas de hierro contra las vías. ¿No es un sonido evocador? ¡Una sinfonía para el viajero! Faltan diez minutos para la medianoche. Estamos atravesando un pantano prohibido que una gibosa luna ilumina de forma enfermiza. Dentro de poco... Allí... ¿Lo han oído? ¿El silbato del tren? El maquinista ha avisado de que quedan unas pocas millas para llegar a un destino sumamente peculiar. Ya puedo ver el mar a mi derecha.

Pero lo que se despliega al otro lado de la ventana en esta fiera y fría noche invernal tiene muchísima menos importancia que lo que se encuentra en el escritorio frente a mí. En este cálido y acogedor vagón se encuentra el resultado de veinticinco años del trabajo más arduo que se puedan imaginar. Si ustedes pudieran ver a través de estos cilindros de cera este objeto tan singular, no se emocionarían en un principio. «Si solo es un libro», dirían ustedes. Ah, pero qué libro. No es un libro cualquiera. ¿Oyen eso? ¿Esos susurros? ¿Cómo las voces de un millón de fantasmas que revelan secretos



más allá de la tumba? Ah... Ese sonido que oyen, amigos míos, procede de las páginas de este fantástico y glorioso volumen. Y si pudieran ver el título, ese título extraño y de un poder oscuro que ha aterrorizado a muchos hombres, aún seguirían sin entender su importancia. Pero yo proclamo, aquí y ahora, que este es, sin lugar a dudas, el libro de los libros. Es el puente entre los mundos... Es el Necronomicón.

Mis diarios revelan con todo detalle el desarrollo de mi investigación. Pero el proporcionarles pequeños retazos de información en bocados que puedan digerirse con facilidad los ayudará a entender lo que esta noche estoy a punto de conseguir. Hace veinticinco años llegó a mi poder un gran conjunto de libros antiguos desde las manos de un rufián que lo único que quería a cambio eran unos cuantos cuartos de ginebra en los que empapar su hinchado hígado. Debido al baúl empapado de sangre en el que venían, se podía deducir sin dificultad cómo se había hecho con ellos el rufián. No importa. Examiné los libros, pues mi intención era vendérselos a los coleccionistas. Pero no se trataba de libros corrientes. En su mayor parte trataban de temas de contenido ocultista, de diferentes culturas muy distintas entre sí.

Sin duda, esos libros picaron mi curiosidad de una forma muy agradable. Sobre todo los varios diarios escritos por la excitada mano del padre Solomon Buchanan. Un hombre de Dios que estaba evidentemente más interesado en lo que subyace tras los ritos paganos que en todo lo que puede encontrarse en los evangelios. Pronto descubrí el fondo de la fascinación de este hombre por unas culturas tan aparentemente dispares. Desde las Américas a Europa, desde África al Oriente, estudió la mitología pagana y los escritos arcanos en busca de un elemento común y universal en todas las culturas del planeta, un elemento común que era un secreto muy bien guardado, que solo conocía un santuario secreto de sacerdotes, curanderos y chamanes. Lo que lo convierte en algo del mayor interés, pues si los individuos más poderosos guardan cierta información en el mayor de los secretos, eso solo puede significar una única cosa: esa información confiere poder al que la posee. ¿Y no es el poder el logro más sublime de todos?



Sobre la mesa que tenía ante mí en mi estudio, hace tantos años, desplegué con mucho cuidado los dibujos que el padre Buchanan había realizado de estatuas de Mesopotamia, de dibujos de tumbas egipcias, de máscaras rituales de los Tehuacán de América Central, de urnas cinerarias de Ban Na Di, en la India, y de un caldero de bronce que perteneció a un sacerdote de la dinastía Shang, en China. Para el ojo inexperto, los dibujos mostrarían tan solo piezas de museo; pero, a pesar de que estos diseños de artefactos arqueológicos provienen de las cuatro esquinas del orbe y tienen una antigüedad de varios miles de años, todos ellos contienen la representación de un mismo ser: uno achaparrado y bulboso, hay quien diría que se parece a un sapo. Pero no tiene unos rasgos faciales demasiado marcados, excepto una fina boca vertical sobre la que se asientan unos ojos semejantes a los de un sapo. En cada una de las representaciones, unos sacerdotes encapuchados se alzan ante él, adorándolo. Y esparcidas frente a este objeto de veneración se observan varias extremidades y cabezas humanas.

Este es un ejemplo de las muchas deidades que tienen en común culturas tan dispares. Ergo, en algún momento de la Historia de la humanidad, unas criaturas fabulosas ocuparon nuestro mundo. Los diarios de Buchanan sugieren que pudieron mezclarse la sangre humana y la inhumana. Aún más, a estas criaturas se las adoraba como a dioses, como a los amos de la humanidad.

Noche tras noche, devoré los escritos del padre Buchanan. Estaba entusiasmado con un libro secreto, el *Necronomicón*. Relataba antiguos testimonios de hombres que enloquecieron después de un encuentro con abominables razas inhumanas que se ocultan en el mar o en madrigueras subterráneas. Unas extrañas palabras me llamaron la atención en el texto: Cthulhu, Dagón, Y'golonac, Shub-Niggurath, Daoloth. Pronto me di cuenta de que el sacerdote no solo había descubierto una raza de seres hasta ahora desconocida que hace mucho tiempo se introdujo en nuestro mundo, sino también que esos Primigenios poseían la fuente de un enorme poder ocultista. Un poder al que podía acceder (y explotar) un hombre de conocimiento y valor. Ahora, veinticinco años después, yo, Moriarty, me encuentro apenas a cincuenta minutos de adquirir precisamente eso. El poder del vapor y de la electricidad apenas...



Un momento, algo no va bien... El tren está perdiendo velocidad... No había ninguna parada programada aquí. Lo único que puedo ver por las ventanas es el cenagal. Al tren le faltan aún diez minutos para llegar a su destino, pero... Pero...

Disculpenme por esta pausa. Efectivamente, el tren se ha detenido. Ah, aquí está mi ayudante de confianza, el doctor Cowley.

—¿A qué se debe el retraso, Cowley? Debemos llegar a Burnston para las doce y quince.

—Continuaremos muy pronto, profesor. Nos hemos detenido para permitir que suba uno de los ingenieros.

—¿Qué demonios hace aquí un ingeniero? Debería estar en la zona de drenaje.

—Lo siento, profesor, pero parece que ha habido un problema.

—¿Problema? ¿Qué problema, Cowley? Recibí un telegrama que me aseguraba que habían drenado totalmente la zona.

—No... no estoy seguro de los detalles, profesor. Pero el ingeniero que espera...

—Pues hágalo pasar. Escuchemos qué tiene que decir.

Ah, esto es irritante. De todas formas, mantendré encendido el fonógrafo para poder grabar así mi conversación con el hombre que el doctor Cowley ha ido a buscar al siguiente vagón. Ja, el ruido de la locomotora... Ya estamos de nuevo en marcha. Me habría molestado no llegar a Burnston a tiempo.

Y aquí está el ingeniero, un hombre con gafas, de unos cincuenta y cinco años, diría yo, con su chaqueta de Norfolk y sus botas enfangadas.

—Siéntese, buen hombre. Y que no lo distraiga este aparato. ¿ha visto usted antes un equipo fonógrafo de grabación?

—Por supuesto que sí, caballero.

—Estoy realizando la grabación de un experimento científico. Todo sonido que usted emita quedará preservado en este cilindro de cera a medida que gira. No se preocupe, no lo morderá.



—Lo entiendo, caballero.

—Ahora necesito saber la naturaleza del problema que lo ha alejado de su trabajo y le ha hecho detener este tren.

—Bueno, caballero, creo que usted debería...

—Ah, antes que nada, ¿cómo se llama usted? En beneficio de la grabación.

—Por supuesto, caballero. Me llamo Victor Hatherley.

—¿Es usted el ingeniero hidráulico?

—Así es.

—Entonces, tal vez pueda explicarle brevemente a la audiencia la naturaleza del contrato de trabajo que firmé con su compañía este mismo año.

—Si eso es lo que usted quiere, caballero...

—Eso es lo que quiero, Hatherley. Ahora inclínese hacia delante. Pronuncie con claridad.

—La compañía de ingenieros para la que trabajo fue contratada para drenar una parcela de tierras bajas que se encuentra en la costa de Yorkshire. Hace cinco años, una tormenta en el Mar del Norte sumergió el pueblo de Burnston. Desde entonces, la aldea ha yacido en el fondo de una laguna de agua salada de unos doce pies de profundidad. Mis colegas y yo erigimos unos diques para aislar la laguna, y luego procedimos a drenarla mediante unas bombas de vapor.

—¿Y ahora el pueblo de Burnston ha sido reclamado al océano?

—Exacto, caballero.

—Entonces, ¿qué problema lo ha traído hasta aquí para detener mi tren?

—Los hombres quieren dejar de trabajar allí.

—Pues despídalos.

—Necesitamos un cierto número de hombres trabajando en las bombas, de lo contrario las filtraciones en el terreno provocarían nuevas inundaciones.



—¿Y por qué razón se niegan los hombres a ganarse las primas que les estoy pagando?

—Los peones no están contentos, dicen...

—Hable alto. El fonógrafo no puede grabar murmullos.

—Los profesionales continúan con sus obligaciones, pero los peones tienen miedo a entrar en el pueblo.

—Claro que tiene que haber unos cuantos huesos humanos entre los sedimentos, Hatherley; después de todo, creo recordar que desaparecieron unos ciento cincuenta aldeanos cuando se inundó el lugar.

—A los hombres no les asustan los esqueletos, caballero.

—Y entonces, por amor de Dios, ¿cuál es el problema?

—Cuando el nivel del agua descendió lo suficiente como para poder entrar en los edificios, encontraron cuerpos en ellos.

—¿Y qué?

—La gente que encontraron en las casas... seguía con vida.

Nuestro amigo Hatherley se encuentra ahora bebiendo té en otro vagón. Qué absurdos estos artesanos. Les asusta su propia sombra. Yo, el profesor Moriarty, por favor, no se olviden de ese nombre, no tengo miedo de entrar en ese pueblo inundado, pues sé que es allí donde se encuentra el mayor de todos los tesoros. Fue en Burnston donde el padre Solomon Buchanan descubrió un antiguo templo pagano bajo la parroquia... Un templo dedicado a la adoración de los Primigenios que describe el Necronomicón.

Dentro de poco entraré en el templo. Realizaré los ritos solemnes que he reconstruido con gran esfuerzo a través de miles de antiguos textos fragmentados. Y entonces veremos lo que veremos...



Continúo grabando mi relato en el fonógrafo. He levantado la persiana del vagón ahora que el tren está entrando en la estación ad hoc que han construido los ingenieros hidráulicos en la zona de drenaje. Pasan catorce minutos de la medianoche. ¿Qué es lo que veo ante mí? Un cuarto de milla atrás observé a la luz de la luna la plata del Mar del Norte. Entre la tierra y el océano hay un dique de tierra y rocas que los peones habían levantado para aislar la laguna de las mareas. Recordarán que la laguna se formó hace poco, cuando el pueblo de Burnston quedó sumergido debido a una tormenta. Veo hombres trabajando duro a la luz de las lámparas de tormenta. Caballos que arrastran carros llenos de gravilla amarilla con la que arreglar el camino. Chispas que se elevan de las chimeneas de los motores de vapor que hacen que las bombas extraigan el agua marina del pueblo inundado.

De la aldea en sí, lo que veo son casas sin tejado. Las calles siguen cubiertas de un barro asqueroso, que alcanza la altura de las ventanas. Allí está la posada del pueblo, La sirena, con su letrero todavía cubierto de algas marinas. Y allí está la iglesia de San Lorenzo, cubierta de percebes de un blanco leproso. Buchanan descubrió un templo pagano bajo la nave principal. En sus paredes hay símbolos tallados que evocan al Sin Nombre. Dentro de nada, abandonaré el vagón para realizar un breve ritual dentro del antiguo templo. Con eso, conseguiré acceder a lo inimaginable... Ah, aquí está otra vez Cowley; viene a interrumpir mi soliloquio. Tiene el rostro tan morado como una remolacha.

—Cowley, ¿no ve que estoy realizando una grabación fonográfica?

—Le ruego me disculpe, profesor.

—Diga.

—Esos individuos que los peones encontraron en las casas...

—Oh, sí, los duendecillos de los borrachos, no es nada.

—No, profesor. Esos individuos están atacando a los peones.





—Qué tontería.

—¡Están devorando a los trabajadores!

—Déjese de bobadas, hombre.

—No, profesor, señor. ¿No oye los gritos? Se están comiendo vivos a los hombres. Lo he visto con mis propios ojos. Los atacantes están deformados de una forma grotesca..., monstruosa.

—Shhh. Vamos, puede que el fonógrafo pueda captar esos sonidos. Sí, Cowley, no se equivoca usted. Oigo gritos. Fascinante. ¿Ha dicho que las casas están habitadas por gente que es, de algún modo, deforme?

—Peor que deforme, profesor. Soy médico, pero nunca he visto nada semejante. A estos individuos los aqueja algo que les otorga una piel muy parecida a la de los peces. No tienen párpados, y sí unos enormes ojos completamente redondos. Causan náuseas a cualquiera que los mire.

—Qué intrigante.

—Profesor, debemos partir de inmediato.

—No. No nos retiraremos. ¿Tiene su revólver?

—Sí.

—Pues vigile la puerta, hombre. Yo observaré cómo se desarrollan los acontecimientos desde el vagón.

—Pero...

—Haga lo que le ordeno, hombre.

—Sí, señor.

Continuaré ahora con mis observaciones. La verdad es que puedo ver una cierta cantidad de figuras que salen de las casas... Para ser más precisos, se deslizan a través de las ventanas como si fueran focas; se retuercen sobre sus barrigas a través de los sedimentos antes de erguirse. Mis trabajadores no parecen rivales para esas criaturas.



Matan y devoran a los hombres ante mis ojos. Y qué andares tan peculiares los de estas criaturas: se mueven de una forma inestable y tambaleante, como si no estuviesen acostumbrados a caminar en tierra firme. La batalla casi ha terminado. En estos momentos se aproximan al vagón unas cincuenta criaturas. Hacen gestos con sus extremidades; llamarlas brazos conduciría a error, pues tienen algo de tentáculo. Las cabezas de los seres son redondas, parecidas a cúpulas; sus ojos se parecen a los de un bacalao. Grandes, redondos y negros. No parpadean. Sí, la luz de la luna es lo suficientemente brillante como para apreciar más detalles de los que podría desear. Inicialmente pensé que atacarían, pero se han detenido a unos treinta pasos del vagón. Me miran. Puede que, gracias a una cierta clarividencia, reconozcan mi identidad. Puede que sepan que soy un amigo y aliado.

Vuelven a mover las extremidades. Se trata de un gesto sacerdotal... ¿Qué es eso? Oigo voces..., siseos: me recuerdan al ruido que hacen los delfines al exhalar aire por su agujero de respiración. Puede que este aparato sea lo suficientemente sensible como para captar el coro de voces.

—Fhe'pnglai, Fhe'glinguli, thabaite yibtsill, Iä Yog-Sothoth, Cthulhu...

Un hechizo. Lo reconozco de la traducción que hice del Necronomicón. Realmente, es una visión fascinante. Única. Un acontecimiento de los que hacen época. Podría... tut-tut... Otra interrupción.

—Usted es el ingeniero... ¿Hatherley?

—Sí, señor. He venido a advertirle de que...

—Siéntese aquí, hombre, y guarde silencio, por favor. ¿No se da cuenta de lo que estoy haciendo?

Ah, continuar... Ahora, un brillante destello de luz. Las criaturas están utilizando un poder extraño. Dios mío, oh, Dios mío... Y eso va a estar también a mi disposición. ¿Voy a convertirme también en el destructor de mundos?

Ah, esa luz me ha deslumbrado. Y es extraño... Extraño. No oigo el ruido de la locomotora, pero da la impresión de que nos movemos... Ajá... He logrado cerrar la



persiana, pero sigo deslumbrado debido a ese estallido de incandescencia... Qué curioso; el tren se está moviendo, pero es imposible, parece que descendemos. Y además a gran velocidad. Los moradores de Burnston deben de tener algún tipo inefable, exótico y arcano de influencia sobre el vehículo.

—Doctor Cowley.

—¿Sí, profesor?

—No esté tan asustado, hombre. Estando yo aquí, no pueden hacerle daño.

—Pero... estamos cayendo. ¿Qué han...?

—Silencio. Mantenga la compostura.

—Lo siento, señor.

—Y ahora vaya a la ventana. Mire sin descorder la cortina más de lo que sea necesario. Describa lo que ve fuera.

—¿Fuera, caballero?

—Sí, hombre, y rápido. Lo haría yo, pero el destello de luz me ha deslumbrado. En fin... ¿Ya está usted junto a la ventana, doctor Cowley?

—Sí, señor.

—Mire a través de la rejilla de la persiana, tal y como lo haría al espiar por el ojo de una cerradura. No la abra bajo ninguna circunstancia.

—Entiendo.

—Señor Hatherley, permanezca en su asiento. No intente mirar por la ventana. No toque las persianas jamás.

—Entendido, caballero.

—Excelente. Y ahora, doctor Cowley, describa exactamente lo que ve.

—Profesor... Oh, Dios mío, estamos cayendo... ¡Estamos cayendo!

—Describa exactamente lo que ve. El fonógrafo registrará cada palabra.



—Estamos cayendo dentro de lo que parece ser un hoyo, pero veo estrellas dentro de las paredes. Constelaciones enteras de fabulosa complejidad. Bajo nosotros hay unas luces y esquemas extraños... Formas geométricas. Formas muy extrañas. Me resulta inquietante mirarlas... Un momento..., ya lo veo. Es como si el tren se hubiera detenido al borde de un precipicio muy profundo. Estoy viendo desde arriba lagos, canales, ciudades y océanos. Nos dirigimos hacia una ciudad en cuyo centro hay una enorme montaña morada. El choque nos va a dejar hechos añicos.

—No lo hará, Cowley. Estamos perdiendo velocidad. Nos posaremos suavemente sobre la ciudadela. Y ahora describa.

—Veo cosas fabulosas..., pero terroríficas..., como si fueran visiones inducidas por el opio.

—Describa lo que ve. Concrete. Deme detalles. Colores. Formas. Metáforas y símiles, si debe hacerlo.

—Se trata de una ciudad exótica, como sacada de un sueño. Es como siempre me he imaginado que sería Bizancio. Estamos atravesando una niebla rosácea. Veo casas alineadas terraza tras terraza, como si marchasen hacia la cima de la montaña morada. Miríadas de chimeneas expulsan un humo fragante que gira en vientos estelares. Veo barcos de velas doradas sobre océanos esmeralda. Veo torres de marfil que se alzan hacia el cielo. Veo cúpula sobre cúpula sobre cúpula, y así hasta el infinito. Veo campanas de bronce del tamaño de cruceros de batalla dispuestas bajo arcos. Esas campanas oscilan hacia delante y atrás, y repiquetean en unas notas fabulosas que resuenan de forma extraña por toda la ciudad. El tañido de las campanas anuncia que nunca cambiará y que nunca decaerá mientras el cosmos mantenga su cohesión. A través de grietas en el marco de la ventana puedo oler el incienso más hermoso y exótico. También huele a especias, que proceden de unas cocinas que ya eran viejas cuando las pirámides estaban recién construidas. Oigo música ultraterrena. Flautas mágicas. El batir de tambores. Oigo cantar por las calles. Canciones de inefable belleza. Melodías con poder divino.

—Es nuestro comité de bienvenida, Cowley. Vamos a ser sus huéspedes de



honor.

—Ahora volamos sobre la ciudad. Veo gente... millones de personas por la calle. Siento su júbilo, la adoración que nos profesan. Se parece a una reunión familiar. No estamos yendo hacia allí, profesor. ¡Estamos regresando!

—Por supuesto, doctor Cowley.

—Ahora el tren se desliza por el aire; veo nuestra hilera de vagones encabezada por nuestra locomotora, que aún sigue expulsando vapor; el tren tiene la misma gracia de una serpiente sobre el agua. Bajo nosotros se encuentran bazares, mercados orientales, casbah cubiertas de telas de seda. Banderas de color turquesa ondean en la perfumada brisa de la tarde. Veo jardines con gansos tan blancos como la nieve. Fuentes con peces saltarines. Veo millones de personas vestidas con las exóticas ropas de Arabia. Telas doradas, carmesíes, escarlata, del color del jade.

»Ahora nos acercamos a esa montaña morada que se alza sobre todo como si fuera un antiguo dios. Reluce como si estuviese iluminada desde el interior. Oh, veo que se transfigura. No... ¡No!

—Cowley, continúe relatando lo que ve bajo nosotros.

—Pero... No... Está cambiando, se transforma..., se degrada: toda la ciudad se está fundiendo en la más obscena...

—Describa. Describa.

—Monstruos. Eso de ahí no son personas. Son criaturas con membranas interdigitales, con barbas en el cuello... Ojos como los de los sapos, que surgen de unos rostros realmente espantosos. Sé que no tengo ningún conocimiento al respecto, pero, de alguna forma, sé que estas bestias son algo impío. Son una mezcla pavorosa de persona y monstruo... Por favor, permítame cerrar los ojos.

—Doctor Cowley. Describame qué tenemos debajo.

—Veo una ciudad que es como una ampolla supurante en un cuerpo. De ella rezuman ríos de corrupción en los que nadan sus habitantes para burlarse de nosotros. Veo cómo la montaña crece, se hincha. Se transforma. Adquiere rasgos..., una boca...,



unos ojos, ojos malignos... que... ¡Oh! No puedo mirar esos ojos. Y habla... La montaña me está hablando... Sé qué quiere decir, aunque no conozco las palabras. Me dice que abandone toda esperanza. Describe en lo que me voy a convertir... ¡Por favor!

Ah, esos lamentables sollozos proceden de mi ayudante, el doctor Cowley. Ha perdido totalmente el control.

—Permanezca hecho un ovillo en el rincón si eso es lo que desea, caballero. Ha hecho lo que le pedía.

Así que eso nos deja únicamente al ingeniero y a mí con nuestras mentes intactas. Por razones obvias, no voy a arriesgarme todavía a mirar por la ventana, porque debo escudarme con los hechizos de protección del Necronomicón... Un momento, ¿y el libro? ¿Dónde está?

—Hatherley, ¿qué está haciendo con mi libro? Démelo ahora mismo.

—No, profesor Moriarty. No se lo voy a devolver.

—No soy el profesor Moriarty. ¿Qué demonios...?

—Claro que es usted, Moriarty. El profesor James Moriarty.

—Hatherley. Insisto...

—Vamos, vamos, Moriarty. Si yo conozco su verdadera identidad, seguro que usted puede descubrir la mía. Sobre todo si me quito las lentes y este irritante colorete procedente de la India que llevo en las mejillas.

—Holmes... ¿Sherlock Holmes?

—El mismo que viste y calza, profesor.

—Holmes, deme el libro. Si no lo hace, nos...

—... ¿matarán? Seguro que nos espera un destino bastante peor que ese. Pregúntele a su ayudante.

—Holmes: debe darme el libro antes de que sea demasiado tarde.

—¿Este libro, el Necronomicón? ¿Con todo su terrorífico y blasfemo contenido?



No, se queda con su verdadero propietario.

—¿Holmes? ¡No!

—Moriarty, confío en que su fonógrafo registre estos sonidos en su cilindro. El ruido de cristales rotos es inconfundible. Aunque estoy seguro de que no puede grabar el sonido que hace el libro al caer hacia un paisaje tan extraño como ese de ahí.

—Es usted idiota, Holmes. ¿Oye eso? ¿Oye esos gritos?

—Oigo gritos de frustración y decepción. De alguna forma, Moriarty, he contribuido al fracaso de sus planes... y de los planes de la monstruosidad que se desliza en ese mundo impío que yace bajo el nuestro.

—No sabe lo que ha hecho.

—No, no con exactitud. Creo que aquello con lo que hemos estado a punto de encontrarnos se halla más allá del conocimiento humano. Pero, si no me equivoco, ese sonido es el del silbato del tren... ¿Y eso? Eso que oye ahora con tanta claridad es el ruido de las ruedas de nuestro vagón que regresan a unas vías más terrenales. A menos que esté completamente equivocado, el tren regresa a ese helado pantano de Yorkshire.

—Holmes. Maldito sea...

—Y se estará dando cuenta de que el tren retrocede, se aleja de Burnston. Ah, y no se moleste en buscar la pistola de su ayudante: yo me ocuparé de ella. Aquí está... Sé que es de mala educación señalar a la gente, especialmente si se le apunta con un arma de fuego, pero creo que será más seguro para todos nosotros el que evitemos que usted se mezcle en asuntos que van más allá del conocimiento humano.

—¿Realmente cree usted, Holmes, que ha ganado? ¿Es por pura arrogancia o por presunción?

—Tal vez debe usted definir la palabra «ganar», Moriarty. Y entonces compare esa definición con lo que quería conseguir cada uno de los jugadores de este juego tan singular... ¡Moriarty, no sea estúpido!



Me llamo Sherlock Holmes. Hoy es tres de noviembre de 1903. El sol brilla sobre los campos recién roturados mientras el tren se dirige hacia la estación de York. Como me queda poco tiempo de viaje para realizar mi informe para un importante representante del gobierno de Su Majestad, he decidido dictarle mi posdata a este ingenioso artilugio mecánico, que quedará guardado en una caja fuerte secreta del Ministerio del Interior. Escucharán estos cilindros de fonógrafo y oirán las locuras de Moriarty. Ah, ¿y qué ocurrió con Moriarty? Prefirió saltar del tren a través de la ventana rota del vagón, la que se rompió cuando arrojé ese maldito libro del tren hacia la monstruosidad que había abajo. Se podría asumir que el villano se rompió el cuello en la caída, pero varias unidades de los fusileros de Yorkshire de Su Majestad han registrado esa sección del camino sin éxito alguno. Solo puedo llegar a la conclusión de que Moriarty ha logrado introducirse una vez más en ese maligno inframundo que es tan propio de él. Mientras hablo, otras unidades del regimiento se dedican a erradicar todo rastro de esos espantosos semihumanos que se ocultan en la ciudad sumergida. Después de hacerlo, los soldados tienen instrucciones de dinamitar el dique y devolver al mar esa maldita Burnston. ¿Y qué ocurrió con el doctor Cowley? Cuando miró a esas criaturas sin nombre, su alma perdió toda esperanza y paz de espíritu. Se quitó la vida con cloroformo. Apreciarán el hecho de que yo no hice nada que le impidiera realizar su acto final.

No le he dado a conocer a mi amigo Watson, que tan admirablemente ha registrado todos mis casos, ningún detalle de este, por razones que a ustedes les resultarán obvias. Por tanto, no voy a utilizar sus deliciosos y entretenidos métodos para introducir las evidencias, o su divertida forma de registrar mi descripción de las pistas pertinentes, su significado y la consiguiente deducción. Aquí, como mucho, lo que se va a encontrar es un conjunto bastante prosaico de frases in lieu de una completa y franca explicación de los orígenes del caso. Para ser sincero, ha sido largo y difícil, y mis métodos han resultado algo más oscuros de lo normal. En general, no son apropiados para que lo sepa el público. Para ser breve, diré que mis anteriores contactos con la cocaína, combinados con unos hongos exóticos procedentes de las Américas, me





abrieron las puertas de la percepción hasta extremos insospechados. Esas visiones narcotizadas de seres sin nombre que se encuentran en mares ultraterrenos sin marea me pusieron tras la pista de escritos arcanos. Baste con decir que Moriarty no es el único obseso que posee una copia del *Necronomicón*... Más aún, no es el único que busca su oculto poder. Tuve que acceder a sus recónditas propiedades para que la locomotora pudiese regresar de su destino de pesadilla y concluir este caso de forma satisfactoria.

Ah, la aguja ya ha llegado al final del cilindro. Lo único que le queda al propietario de esta voz que están oyendo, un tal Sherlock Holmes, es desearles a ustedes, mis oyentes, a través del abismo de tiempo que nos separa, sea el que sea, un sincero adieu.

### Epílogo, por John H. Watson, doctor en Medicina

Los tres caballeros han abandonado mi casa con su gramófono y los cilindros de cera que documentan estos sucesos tan particulares. Hice lo que se me pidió e identifiqué las voces de Holmes y de Moriarty. Mis tres visitantes quedaron aparentemente satisfechos, pero no explicaron nada más de la naturaleza de su misión o de cómo iban a utilizar la información que les había proporcionado. Ese es el secretismo propio de los tiempos de guerra. Vuelvo a encontrarme a solas con mis pensamientos y una transcripción de la grabación. Es evidente que si Moriarty hubiese conseguido el poder que otorga ese libro impío, el *Necronomicón*, habría dejado atrás el título de «Napoleón del crimen»: se hubiese convertido en un auténtico Satán. Pero mi viejo amigo Sherlock Holmes lo derrotó. Más aún, Holmes libró al mundo de un libro tremendamente maligno.

Si retrotraigo mi mente más de doce años, hasta aquel momento en el que Moriarty casi desencadenó, literalmente, el infierno, recuerdo a un Sherlock Holmes en



su momento más preocupado y oscuro. Lejos de mí sacar conclusiones, pero me atrevería a afirmar que era este caso lo que lo preocupaba tanto.

Debo confesar que ahora me preocupa a mí. Tal vez debería haber sido más sincero con mis visitantes, teniendo en cuenta sus elevadas posiciones, pero algún instinto me dijo que contuviera la lengua. Es cierto que Holmes me envió un telegrama con esa única frase que provocó que mi corazón latiera con más fuerza debido a la excitación: «¡Watson, el juego ha comenzado!». Pero justo el día después de recibir el telegrama me telefoneó a esta misma casa. La línea no funcionaba demasiado bien. El auricular siseaba y la línea se cortaba. No logré que mi viejo amigo me oyera. Y todo lo que él pudo hacer fue luchar contra esa tormenta de estática y repetir una y otra vez: «Watson..., he encontrado a Moriarty... Vuelve a tener el libro... ¡Tiene el Necronomicón!

*Fin*